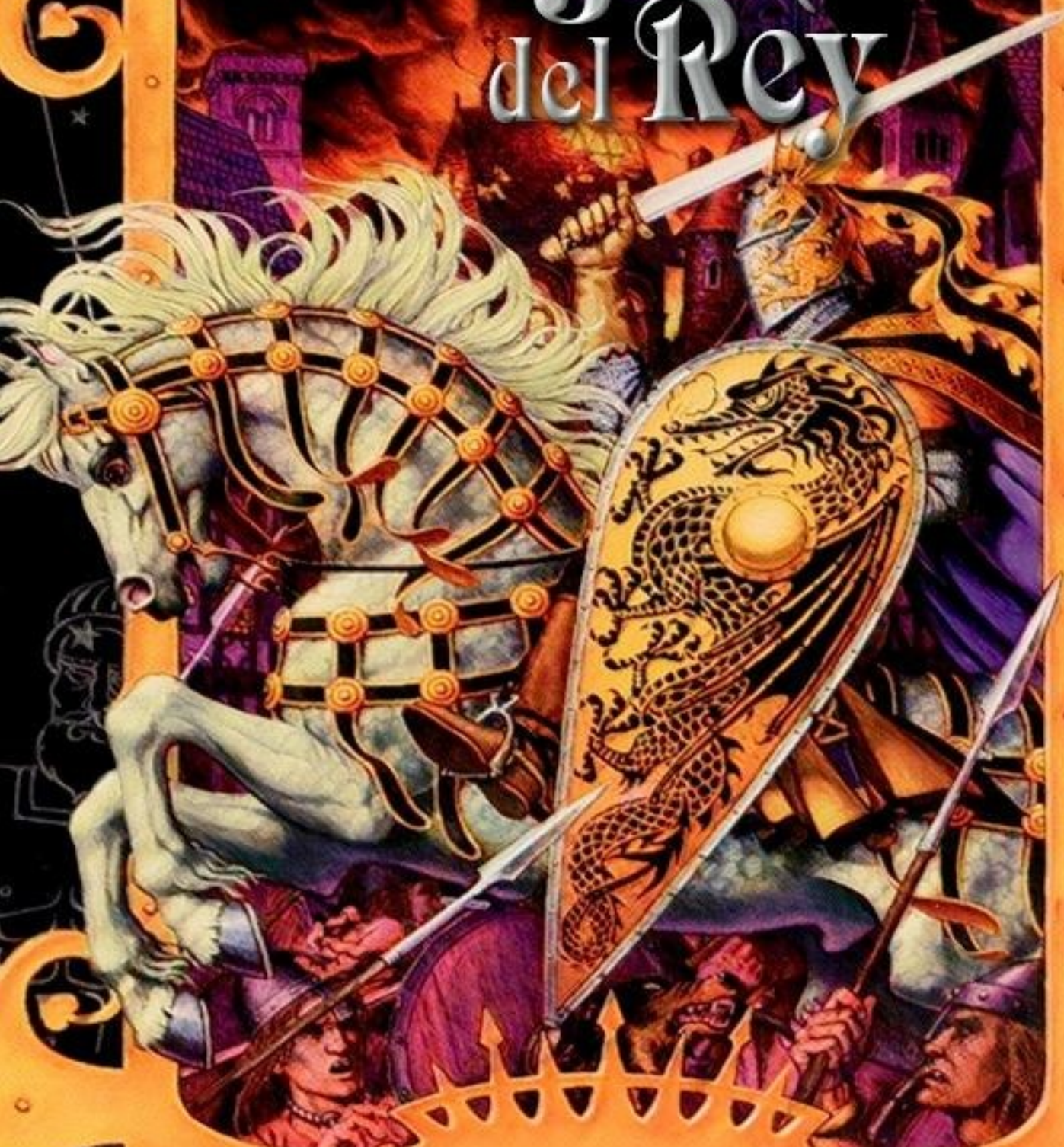


Corona de Estrellas 1

de

Los Dragones del Rey



Kate Elliott

Lectulandia

El rey Henry de Wendar se encuentra rodeado de amenazas. Su hermana Sabella trama una guerra civil, una raza de seres inhumanos está arrasando la costa norte y su corte le presiona para que nombre a su heredero. Mientras, dos muchachos deben salvar sus vidas en un entorno en extremo peligroso: Alain, un huérfano destinado a la Iglesia pero que juró fidelidad a la Dama de la Guerra cuando esta se le apareció, y Liath, que ha aprendido las artes mágicas prohibidas de mano de su padre.

Lectulandia

Kate Elliott

Los dragones del rey

Corona de estrellas-1

ePub r1.0

Titivillus 16.11.2017

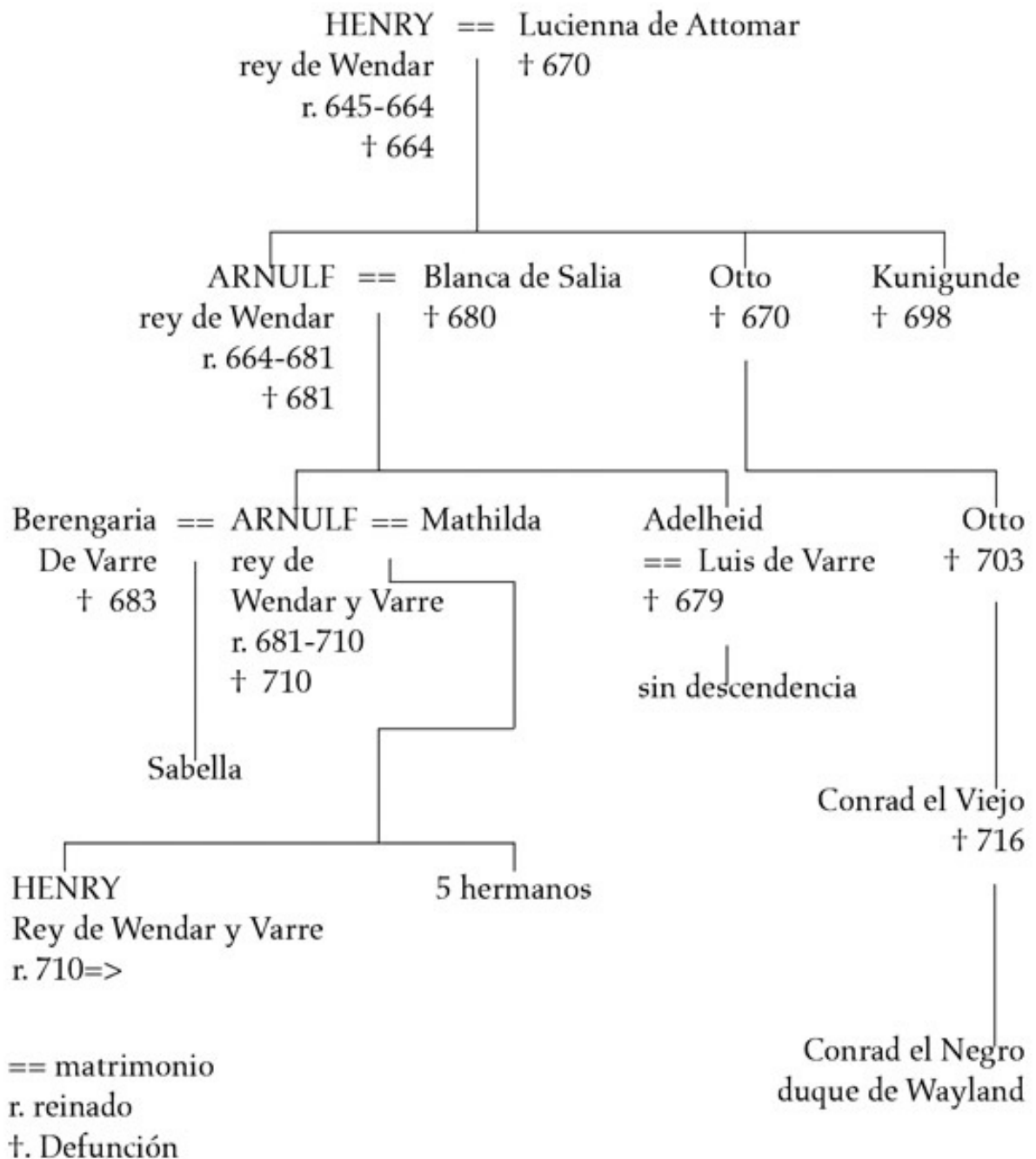
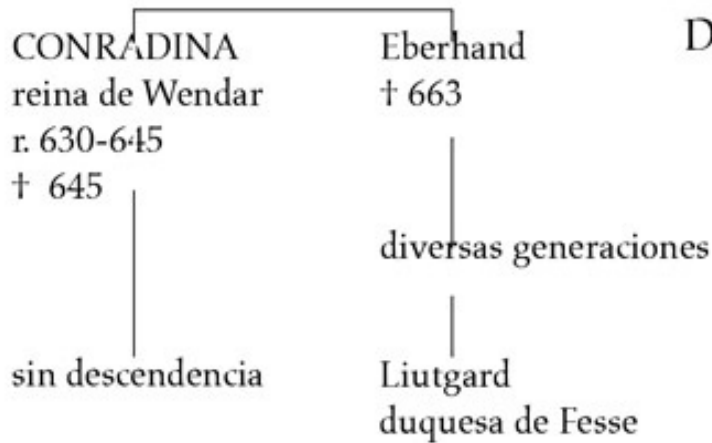
Título original: *King's Dragon*
Kate Elliott, 1997
Traducción: Isabel Merino Bodes
Ilustración de cubierta: Jody A. Lee

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



RECIENTES SOBERANOS DE WENDAR Y VARRE



PRÓLOGO

Un círculo de piedra se alza sobre una colina rodeada en sus tres terceras partes por un bosque y, en la cuarta, por las ruinas de una fortaleza. Las piedras coronan la colina con severa belleza, como los huesos de un castillo enterrado tan profundamente en el suelo que solo las almenas de la torre más alta sobresalen. Se dice que bajo estas piedras descansan cámaras repletas de tesoros y embrujadas por criaturas que no tienen forma humana. Se dice que sus pasadizos se extienden como ríos que emanan de un lago rodeado de tierra, alejándose de la colina y cruzando el territorio para dirigirse al frío mar del norte y las grandes montañas que se alzan muy lejos, en el sur.

En el tercer día del mes de Abril, a medida que la tarde se desvanece en la penumbra y la luna llena brilla en el cielo del atardecer, una viajera solitaria se abre paso entre las ruinas de la antigua fortaleza. Viste polainas, una sencilla túnica de lino y sandalias que ata a sus tobillos, un atuendo humano al que se ha acostumbrado en estas tierras extrañas, pero con el que no se siente cómoda. Sostiene una vara en su mano y lleva una talega atada al cinturón. Avanza por el laberinto de paredes como si lo conociera de memoria.

Las ruinas están situadas en la suave pendiente que asciende desde la orilla del riachuelo hasta el punto en el que el último muro, tan alto como un niño de un año, se ha desmoronado entre la tierra y los hierbajos. El bosque se extiende más allá. Al otro lado del río, más allá de los troncos de árboles caídos y los campos que acaban de quemar para sembrar cebada durante la primavera, arde un fuego de vigilancia que señala la única aldea que se puede ver desde esta colina coronada de piedras.

La viajera se detiene antes de superar el último muro de la fortaleza y se quita la capucha. Su cabello es tan claro que parece brillar con luz propia. Se lleva una mano a la talega y saca un trozo de tela raída y manchada de rojo. Haciendo una mueca, se dispone a tirarlo al suelo, como si deseara liberarse de su poder vinculante antes de acceder a la agreste majestuosidad de las piedras.

Sin embargo, se detiene e inclina la cabeza hacia un lado, como si hubiera oído algo. Blasfemando, vacila unos instantes... y el jinete que abre la marcha la ve.

Está oscuro, pero su cabello reluce y los ojos de aquel hombre son jóvenes y perspicaces. Además, la está buscando.

—¡Alia! —grita—. ¡Querida!

Espolea a su caballo, apremiándolo a ascender por las ruinas de la fortaleza. Más jinetes aparecen tras él. Tira de las riendas de su montura y se hace a un lado para que los hombres que van a pie, provistos de antorchas, puedan guiarle. Sujeta las riendas con una mano, pues en el otro brazo sostiene un fardo que abraza contra su pecho.

La mujer hace una mueca al ver su pequeña carga. La promesa que hizo años atrás, según miden el tiempo los humanos, ahora le resulta precipitada y desagradable. Se había alzado ante un consejo y había hablado con osadía, pero en aquel momento no imaginaba cuánto sufriría en un mundo de hombres.

Entonces, sus ojos se detienen en el estandarte. Un hombre repleto de cicatrices

de guerra, ataviado con un sobretodo dorado y negro, cierra el hueco que lo separa del joven príncipe. Erguido y arrogante en su silla, sostiene en sus manos el estandarte del dragón, símbolo de la guardia de élite que protege al heredero y, por extensión, al reino: un dragón negro enroscado contra un fondo dorado, salpicado por un grupo de siete estrellas. Sigue esta constelación con la mirada, recordándose a sí misma que simbolizaba la Corona de Estrellas que lucía el soberano del antiguo Imperio, ahora medio olvidada en el mundo de la humanidad, pero destinada a regresar. Esta es la razón por la que ha realizado el sacrificio.

Aprovechando su indecisión, el joven príncipe logra detener su montura junto a ella. Las antorchas arrojan lanzas de luz sobre las ruinas y su calor la rodea como una prisión de muros de fuego.

—¿Por qué me has seguido? —Pregunta—. Sabías que quería irme.

—¿Cómo puedes irte? —pregunta él, como un niño sollozante que no desea ser abandonado. Es demasiado joven, apenas un hombre; solo tiene dieciocho años según los calendarios de este mundo. Con esfuerzo, adopta una expresión de arrogante desdén y recurre a otra táctica para intentar convencerla—. Deberías quedarte hasta que el niño cumpla uno o dos años, para estar segura de que sobrevive.

—Ninguna enfermedad que conozcas le afectará jamás; ninguna herida infligida por criatura alguna le causará la muerte —responde, sin pensar sus palabras.

Un murmullo se abre paso entre los soldados, como el aliento del viento por el bosque. Aquellos que están lo bastante cerca para oír su profecía susurran sus palabras a los que se encuentran a mayor distancia. El viejo soldado se adelanta con su caballo y se detiene junto al príncipe. El estandarte del dragón ondula sobre la montura, rozando el brazo del joven.

Entonces, el fardo empieza a moverse. El bebé ha despertado e intenta desembarazarse de las mantas que lo envuelven. La mujer observa el oscuro cabello que corona su cabecita, su rostro diminuto y sus ojos curiosos, tan brillantes como el jade. Su piel no deja duda de que es carne de su carne, pues su delicado tono bronce no tiene nada que ver con la palidez norteña del joven príncipe, ni siquiera en aquellas zonas de su piel que han sufrido los rigores del sol y el viento. Su manita se cierra en una esquina del estandarte del dragón, que sujeta con fuerza infantil. Los soldados murmuran ante aquel augurio: el hijo bastardo nacido de una mujer no humana puede percibir su destino aunque ni siquiera tiene dos meses de edad.

El príncipe aparta la mirada y con cuidado, con sumo cuidado, entrega al bebé al anciano soldado, que deja el estandarte en manos de otro hombre. El príncipe desmonta, indica a sus hombres que se alejen y se vuelve hacia la mujer.

—¿Cómo es posible que no te importe el bebé?

Ella no sigue con la mirada al viejo soldado, que conduce su caballo hasta una zona menos salpicada de piedras sueltas para evitar que resbale.

—Ya no es mío.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Es el bebé más hermoso que he visto jamás!

—¡Solo porque es tuyo!

—¡También es tuyo!

—¡No lo es! ¡Lo llevé en mis entrañas, le di la vida y sangré lo suficiente para cubrir los campos que rodean la aldea por la que acabamos de pasar! Nunca fue mío y nunca pretendí que lo fuera. Déjame, Henri. —Nunca había aprendido el acento oriental, de modo que pronunciaba su nombre como lo haría un saliano—. Nunca te prometí nada, excepto el bebé. Déjame ir en paz.

El joven no dice nada durante un largo momento o, al menos, no lo hace con palabras. Tiene un rostro sumamente expresivo, pero está aprendiendo a controlarlo. Mirándole, la mujer se pregunta qué querrá decirle y qué le dirá. Cuando lo conoció, un año atrás, solía decir lo primero que se le pasaba por la cabeza, pero ahora que se había convertido en heredero por el derecho de la fertilidad, estaba aprendiendo a pensar antes de hablar.

—No quiero dejarte marchar —dice, por fin—. Invocando tu nombre, Alia, te imploro que te quedes conmigo.

—Alia no es mi nombre, Henri. Solo es como tú me llamas.

—No puedes marcharte aún. Después del parto estuviste muy enferma.

—Ya estoy bastante recuperada.

—¿Por qué viniste conmigo? ¿Ya no me quieres? —Su voz se quiebra al pronunciar estas palabras, pero enseguida recupera la compostura y se pone tenso, congelando su rostro en una máscara de piedra.

Esa máscara, piensa ella, será la que adopte con frecuencia cuando sea rey.

Piensa en contarle la verdad, pues le aprecia. Todavía es joven e inexperto, pero hay fuerza en su interior y es ambicioso, inteligente, atractivo al modo humano, elegante y orgulloso.

Pero no es ella quien debe contarle verdad, ni él debe saberla. Por mucho que se convierta en el futuro rey, solo será un peón en manos de aquellos cuyo poder es mayor de lo que será nunca el suyo, incluso como gobernante de dos reinos. Ambos eran peones... y eso le hacía sentir cierta simpatía por él.

Se inclina hacia delante y le besa en la boca.

—No soy inmune al encanto humano —miente ella—. Pero mi deber se encuentra en otro lugar.

Por lo menos, esto último era cierto.

Alia es incapaz de seguir escuchando, es incapaz de quedarse un instante más en este mundo. Siente su peso con demasiada fuerza, pues ya le ha robado demasiada sangre. Acaricia el trozo de tela ensangrentada, arrancado de las sábanas en las que había dado a luz. Esta tela (y lo que significa, su vínculo con el bebé) es lo último que la une a este mundo. Suelta el ensangrentado harapo, que desciende revoloteando hasta el suelo.

Cuando él se agacha para recogerlo, Alia sorteando el último muro. Henry se levanta, pronunciando su nombre, pero no intenta seguirla. Ella tampoco puede oír su voz

mientras las piedras se alzan ante ella y percibe la suave música que hacen al alinearse, cantando para ella.

Con su visión interior toca la piedra de viento, la de luz, la de sangre, la de agua, la de fuego y las demás, cada una con sus propiedades. Aquí, en el mundo humano, para tocar el corazón de cualquier objeto, para encontrar y manipular su esencia, tiene que trazar senderos sinuosos alrededor de los muros y barreras construidos por magos humanos, pues estos constriñen aquello que no pueden comprender para después dominarlo. Mientras entra en los límites de piedra, sus paredes se desmoronan. Levanta una mano. La niebla se alza a partir de la mezcla de agua y aire, rodeándola, ocultándola de la vista.

Accede al círculo de piedra. Sobre ella brillan las estrellas, que no han quedado ocultas tras aquella niebla. Tras leer su alineación e invocar el poder que estas entonan, une sus cánticos a los de las piedras, como un coro que alza su voz hacia el cielo. Llaman al corazón de su tierra natal, haciendo que se abra un portal en el altar de fuego y sangre.

No es una puerta ni un etéreo temblor de aire, sino una pérgola, una frondosa enredadera florida que crece alrededor de un arco. Puede oler la nieve y sentir el gélido viento invernal. Sin vacilar, cruza el portal y deja atrás el mundo de la humanidad.



El príncipe Henry, heredero de los reinos de Wendar y Varre, observa a Alia mientras esta se aleja hacia el círculo de piedra. Endurece su rostro, su corazón y el conjunto de su cuerpo, y cuando la niebla se levanta a su alrededor, aprieta la mano contra el trozo de tela que ha dejado atrás, que contiene todo lo que le queda de ella: su sangre.

Tres de sus hombres permanecen junto a él, sosteniendo en alto las antorchas para disipar la niebla que se ha levantado de forma repentina, la densa bruma que envuelve las piedras. La luz centellea en el círculo de piedra.

El gélido viento abrasa sus labios; un copo de nieve perfecto y cristalino descende en espiral con los últimos vestigios de viento y se disuelve sobre su bota. La niebla sigue ocultando el círculo de piedra.

—¿Debemos subir a buscarla, señor? —pregunta uno de sus hombres.

—No. Se ha marchado.

Guarda la tela en su cinturón y pide su caballo. En cuanto monta, vuelve a acostar al bebé en la curva de su brazo y, rodeado por su séquito, inicia el largo descenso por la colina. El bebé no llora, pero tiene los ojos abiertos y contempla los cielos... o a su padre... o el estandarte del dragón. Es imposible saberlo con certeza.

La brisa sopla desde las ruinas y una densa niebla descende desde lo alto de la

colina, envolviendo el edificio derrumbado y ocultando la luna. Todos avanzan con cautela. Los hombres que van a pie se sujetan a los arneses de los caballos; los demás se llaman entre sí, marcando la distancia con el sonido de sus voces.

—Estaréis mejor sin una mujer así —dice de pronto el viejo soldado, adoptando el tono de un hombre que tiene derecho a dar consejos—. La Iglesia jamás la habría aceptado. Además, esa mujer tiene poder sobre ciertas sendas de la naturaleza a las que es mejor no acercarse.

El estandarte del dragón pende con flaccidez, empapado de esta niebla antinatural que parece intentar hundirlo con su peso.

El príncipe guarda silencio y mantiene la mirada fija en las antorchas que le rodean, como fuegos de vigilancia que vierten luz sobre la oscuridad.



Un círculo de siete velas vierte luz sobre la oscuridad.

Los observadores ven la niebla que rodea el enorme bloque de obsidiana que se alza en medio del grupo. La oscuridad oculta sus rostros.

En la niebla ven figuras diminutas, un joven caballero que lleva en sus brazos un bebé, acompañado por sus fieles seguidores. Las figuras descienden lentamente por una fortaleza que en parte parece estar en ruinas y en parte sigue siendo el fantasma de la fortaleza que fue antaño. Las diminutas figuras avanzan entre sus muros como si fueran de aire, pues en realidad son de aire y es el recuerdo de lo que hubo allí antaño, en las mentes de algunos observadores, lo que crea aquellos muros espectrales, la sugestión de que el antiguo edificio esté de nuevo en pie.

—Debemos matar al bebé —dice uno de los observadores mientras la niebla se disipa, descendiendo sobre la piedra negra. Con ella se desvanece también la imagen del príncipe y su séquito.

—Ese niño está bien protegido —dice un segundo observador.

—Tenemos que intentarlo, pues pretenden romper el mundo en pedazos. —El primero de los observadores se mueve y, los demás, que estaban susurrando entre sí, guardan un silencio espectral.

—Nunca ha sido sensato buscar la destrucción —dice la mujer que está sentada entre ellos. Su voz es rica y profunda—. Eso solo deja ruinas; solo deja oscuridad.

—¿Entonces qué? —pregunta el primero, encogiéndose de hombros con impaciencia. La luz de las velas centellea sobre su cabello cano.

—Del mismo modo que el Enemigo puede hacer que los fieles den la espalda al Camino de la Luz para dirigirse al abismo, los incrédulos pueden dar la espalda a sus errores para ver la promesa de la Cámara de Luz. Debemos contrarrestar el poder que tiene el bebé en sus manos con nuestro propio poder.

—Pero hay una diferencia —dice el segundo—: nosotros conocemos la existencia de nuestros adversarios, mientras que estos ignoran la nuestra.

—O eso es lo que creemos —replica el primer hombre. Está sentado con la espalda rígida, como un hombre de acción poco acostumbrado a permanecer largo tiempo quieto.

—Debemos confiar en Nuestro Señor y Nuestra Señora —dice la mujer. Sus compañeros asienten y se oyen murmullos de aprobación.

La luz que ilumina su círculo procede de las velas, que arrojan fuertes destellos sobre la superficie del altar de obsidiana, de las estrellas que brillan sobre sus cabezas y del redondo e inmóvil globo de la luna. Grandes bloques de sombra les rodean, un cortejo de gigantes.

Más allá, el viento murmura entre restos de edificios que no se ven pero se sienten, pues son los últimos vestigios de un gran imperio que desapareció largo tiempo atrás bajo el azote del fuego, la espada, la sangre y la magia. Las ruinas finalizan en una línea costera tan escarpada que parece haber sido cortada por un cuchillo. Las olas sisean y rompen en el borde. La arena queda atrapada en el viento y asciende ondulando desde la orilla, colándose en las lenguas de los presentes y en los pliegues de sus capas.

Uno de los observadores se estremece y se cubre la cabeza con la capucha.

—Es una locura —dice—. Son más fuertes que nosotros, tanto aquí como en su propio país.

—Entonces tenemos que conseguir más poder —dice la mujer. Todos responden a sus palabras con un silencio expectante.

»Yo realizaré el sacrificio —continúa—. Yo sola. Ellos desean dividir el mundo, mientras que nosotros deseamos acercarlo a la Cámara de Luz, donde nuestras almas desean morar. Si ellos llevan un agente al mundo, nosotros tendremos que llevar otro. No podemos derrotarlos sin ayuda.

De uno en uno, todos agachan sus cabezas aceptando sus palabras, hasta que solo uno la mantiene levantada. El hombre apoya una mano en el hombro de la mujer y toma la palabra.

—No estarás sola.

Todos reflexionan en silencio. Las grandes ruinas descansan a su alrededor, reverberando su silencio, el esqueleto de una ciudad desatendida por muros espectrales y visiones de la grandeza de antaño. La arena emite un sonido agudo en las calles, salpicando la piedra y borrando con sus granos los inmensos frescos que adornan sus grandes muros. Pero allí donde las paredes se desvanecen en el mar, allí donde el filo del cuchillo las corta, la oscura forma de la vieja ciudad se mezcla con las olas, el recuerdo de aquello que fue y que no se había hundido en el mar, sino que había desaparecido por completo.

Las estrellas se mueven en lo alto, en su círculo infinito.

Las velas iluminan la brillante superficie del altar de obsidiana. En sus oscuras

profundidades permanece la imagen del círculo de piedra, que descansa ni el lejano norte. Las últimas antorchas de la comitiva del príncipe centellean y continúan alejándose hasta desaparecer en la nada.

PRIMERA PARTE

EL NIÑO
HÚÉRFANO



CAPÍTULO 1



VNA TORMENTA PROCEDENTE DEL MAR

Cuando el invierno dio paso a la primavera y la diaconisa de la aldea cantó misa en honor de Santa Tecla, que fue testigo del Éxtasis de Daisan el bendito, llegó el momento de preparar las embarcaciones para la estación de verano.

Alain había alquitranado la embarcación de su padre durante el invierno. Ahora estaba examinando el casco, pues la nave había pasado el invierno en la playa, sobre una cama de troncos. La vieja embarcación había soportado bien el mal tiempo, pero había una plancha suelta. La colocó en su sitio con un clavo de sauce, rellenó el agujero con lana de oveja empapada en alquitrán y fijó el clavo en su sitio con una arandela de madera. Por todo lo demás, la nave estaba en perfectas condiciones. Después de Semana Santa, su padre navegaría con un cargamento de barriles de aceite y piedras de molino traídas de canteras cercanas y acabadas en los talleres de la aldea.

Alain no iría con él, a pesar de que le había suplicado que le brindara aquella oportunidad, aunque solo fuera por una vez.

Se giró al oír risas en el sendero que conducía a la aldea y se limpió las manos en un trapo mientras esperaba que su padre acabara de hablar con otros mercaderes de Osna que también estaban examinando sus barcos, preparándose para navegar ahora que la Semana Santa había terminado.

—Ven, hijo —dijo Henri, después de examinar la embarcación—. Tu tía ha preparado un excelente banquete y después, con las campanas de medianoche, rezaremos para que el tiempo nos sea favorable.

Regresaron a la aldea de Osna en silencio. Henri era un hombre corpulento y no demasiado alto, de cabello corto y castaño salpicado de plata. Pasaba la mayor parte del año navegando, visitando puertos por toda la costa, y durante el invierno construía sillas, bancos y mesas en el taller de su hermana Bel. Hablaba poco y, cuando lo hacía, era en voz baja, no como su hermana que, como todos decían en broma, sería capaz de intimidar a un lobo con su afilada lengua.

Alain tenía el cabello más oscuro, era más alto y era muy posible que siguiera creciendo, del mismo modo que durante ciertos días de primavera es muy posible que se produzcan fuertes rachas de viento y repentinos chubascos. Alain nunca sabía qué decirle a su padre, pero hoy, mientras avanzaban por el arenoso sendero, intentó hacerle cambiar de opinión.

—¡Julien navegó contigo cuando cumplió los dieciséis, antes de que pasara un año al servicio del conde! ¿Por qué no puedo acompañarte?

—No puede ser. Cuando no eras más que un recién nacido, le juré a la diaconisa de la Fortaleza Lavas que te entregaría a la iglesia. Esa fue la única razón por la que permitió que te criara.

—Si tengo que hacer votos y pasar el resto de mi vida encerrado entre las paredes de un monasterio, ¿por qué no puedo pasar una estación viendo mundo? No quiero ser como el Hermano Gilles...

—El Hermano Gilles es un buen hombre —espetó Henri.

—Sí, lo es... pero no ha puesto un pie fuera de las tierras del monasterio desde el día que entró. ¡Y solo tenía siete años! No es justo que me condenes a esa vida. Si pasara una temporada navegando contigo, al menos tendría algo que recordar.

—El Hermano Gilles y sus compañeros monjes están muy contentos con su vida.

—¡Yo no soy el Hermano Gilles!

—Ya hemos hablado de esto, Alain. Eres mayor de edad y prometí que te entregaría a la iglesia. Todo sucederá tal y como Nuestro Señor y Nuestra Señora han decretado. Ni tú ni yo podemos cuestionar su decisión.

Cuando Henri guardó silencio, Alain supo que no respondería a ninguna pregunta más. Furioso, empezó a avanzar a grandes zancadas y sus largos pasos pronto le permitieron adelantar a su padre, aún sabiendo que era una descortesía. ¡Solo una estación! Una estación para ver un poco de mundo; para visitar puertos lejanos y costas desconocidas; para hablar con hombres de otros pueblos; para conocer las tierras extrañas de las que hablaba la diaconisa cuando leía las enseñanzas y las vidas de los fraters (los sacerdotes errantes) que llevaban la Palabra Sagrada de las Unidades a tierras bárbaras. ¿Acaso era mucho pedir? Cruzó la empalizada del ganado y pronto llegó a casa de tía Bel. Estaba de muy mal humor.

La tía Bel estaba en el jardín, examinando el perejil y los rábanos que acababa de plantar. Le observó atentamente mientras se levantaba y movió la cabeza hacia los lados.

—Hay que ir a por agua antes del banquete —le dijo.

—Hoy le toca a Julien.

—Julien está arreglando las velas... y te he dicho muchas veces que no cuestiones mis órdenes. Haz lo que te pido, muchacho. Y no discutas con tu padre, pues sabes que es el hombre más testarudo de la aldea.

—¡No es mi padre! —gritó Alain.

Recibió un sonoro bofetón, asestado con la fuerza de unas manos que llevaban treinta años amasando pan y talando leña. El cachete dejó una mancha roja en la mejilla y silencio en sus labios.

—Nunca vuelvas a hablar así del hombre que te ha criado. Y ahora ve a por agua.

Obedeció, pues nadie se atrevía a discutir con Bel, la hermana mayor de Henri el mercader, y madre de ocho hijos, de los cuales solo cinco seguían con vida.

Al caer la tarde asistió al banquete en silencio y acudió a la iglesia en silencio. La luna estaba llena y su pálida luz se filtraba por el nuevo ventanal de cristal que los mercaderes y propietarios de Osna habían comprado. La luz de la luna y las velas permitían ver las paredes, blanqueadas sobre madera y decoradas con enormes murales que describían la vida de Daisan el bendito y las hazañas de los gloriosos santos y mártires.

La diaconisa levantó sus manos durante la bendición y empezó a entonar la liturgia.

—Bendito sea el País de la Madre y el Padre de Vida, y de la Palabra Sagrada revelada en el Círculo de Unidad, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

—Amén —murmuró Alain, junto al resto de la congregación.

—Oremos en paz por Nuestro Señor y Nuestra Señora.

—Kyrie eleison. Que Nuestro Señor tenga piedad de nosotros. —Juntó las manos e intentó prestar atención mientras la diaconisa recorría la iglesia, siguiendo los pasos que describían la vida y el ministerio de Daisan el bendito llevando a los fieles la Palabra Sagrada que le había sido concedida por la gracia del Señor y la Señora—. Kyria eleison. Que Nuestra Señora tenga piedad de nosotros.

Sombrías imágenes brillaban en las paredes bajo la luz que proyectaban las antorchas. Allí estaba Daisan el bendito, ante el fuego en el que tuvo su primera visión del Círculo de Unidad. Y allí estaba Daisan el bendito con sus seguidores, negándose a arrodillarse ante la emperatriz dariyana Thaisania, la mujer de la máscara. Los pasos representaban en precioso detalle los siete milagros. En el último, Daisan el bendito yacía muerto en el Hogar, desde donde su espíritu ascendería por las siete esferas hasta la Cámara de Luz, mientras su discípula Santa Tecla lloraba a sus pies y sus lágrimas alimentaban el cáliz santificado.

Pero para Alain, en la oscuridad de la iglesia había otras formas más sombrías, escondidas bajo los brillantes murales. Sus contornos estaban engalanados con oro, sus ojos eran joyas encastadas y su presencia era como fuego en su alma.

La caída de la antigua ciudad de Dariya en manos de fieros jinetes; sus últimos defensores vistieron brillantes armaduras de bronce y tienen las lanzas y los escudos preparados. Libran una batalla desesperada con el honor de saber que no se doblegarán ante un enemigo deshonesto.

No eran imágenes de la iglesia, sino historias sobre las esplendorosas vidas de los antiguos guerreros. Le fascinaban.

La fatídica Batalla de Auxelles, donde el sobrino de Taillefer y sus hombres perdieron sus vidas pero lograron salvar el imperio de Taillefer de la invasión de los bárbaros.

—Por saludables estaciones, por la abundancia de los frutos de la tierra y por tiempos pacíficos, oremos.

La gloriosa victoria del primer rey Henry de Wendar contra los invasores qumanos a lo largo del río Eldar, donde su nieto bastardo, Conrad el Dragón, condujo

a su caballería hacia una terrible horda de jinetes qumanos, rompiendo sus filas y obligándolos a retirarse hacia sus propias tierras, persiguiéndoles y dándoles caza como si fueran animales.

—Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados. Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos conseguirán la misericordia. Bienaventurados los puros de corazón, pues tendrán la Palabra Sagrada en su boca.

El último viaje del rey Luis de Varre, que con solo quince años permaneció impávido ante la aproximación de las naves invasoras a la costa septentrional de su reino y que fue asesinado en la Batalla de Nysa. Ningún hombre sabe a quién pertenecían las manos que le asestaron el golpe final. ¿Serían de un príncipe invasor o de un traidor que cumplía las órdenes del nuevo rey de Wendar que, con la muerte de Luis, pasaría a ocupar también el trono de Varre?

En vez de escuchar las palabras de la diaconisa, Alain oía el tintineo de los arneses, el choque de las espadas, los chasquidos de los estandartes contra el viento, la fuerza con la que los guerreros entonaban el Kyrie eleison mientras cabalgaban hacia la batalla.

—Porque Vos sois nuestra santificación y en Vos conocemos la gloria, por la Madre, el Hijo y la Palabra Sagrada pronunciada en los cielos, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

—Amén —dijo, tropezando con la respuesta mientras la congregación alzaba su voz al unísono en la oración final—. Que podamos ir en paz, en nombre de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Tened piedad de nosotros.

—Tened piedad de nosotros —repitió su padre, con una voz tan suave como el susurro de las hojas en el techo.

Mientras abandonaban la iglesia, pasó el brazo alrededor de Alain y, a la luz de la antorcha, regresaron juntos a casa.

—Así es como debe ser —le dijo, y Alain supo que esta sería la última vez que Henri iba a hablar del tema. Hacía años que había tomado aquella decisión: uno al mar y otro al corazón de Dios.

—¿Cómo era mi madre? —preguntó el muchacho.

—Era hermosa —Alain percibió el brusco arañazo de pesar que había en la voz de su padre. No se atrevió a preguntar nada más, por miedo a reabrir aquella herida.

Entraron en casa y tomaron una última copa de vino calentado con especias. Al amanecer, Alain descendió hasta la playa y observó cómo deslizaban la embarcación sobre los troncos hasta llegar al agua, donde fue arrastrada por las olas. Empezaron a subir la carga. Su primo Julien estaba pálido por la emoción. Había navegado con anterioridad, pero solo hasta un puerto próximo a Varre. Jamás había viajado hacia el sur durante una estación completa.

—Honra a tus parientes —dijo Henri a Alain, Se despidió con un beso de la tía Bel y subió al barco después de que lo hubiera hecho el resto de la tripulación. Los remeros empezaron a remar mientras Julien jugueteaba con la vela cuadrada.

Alain permaneció en la playa mientras los demás regresaban al camino que conducía a la aldea. Permaneció allí hasta que fue incapaz de distinguir la vela entre las aguas grises y azuladas del mar. Por fin dio media vuelta, sabiendo que la tía Bel tenía trabajo para él. Regresó a la aldea con el corazón afligido.

En la neblina distante, allí donde el cielo se reunía con el mar, las islas que punteaban la Bahía de Osna se alzaban como oscuros picos de tierra que perfilaban el horizonte. Alain se levantó, se cubrió los ojos con una mano y ron templó el conjunto de la bahía y las islas. El agua brillaba como el metal, el mar estaba en calma y, desde la cumbre de la montaña Espalda de Dragón, las olas parecían desvanecerse bajo el destello del sol. Aquí arriba no soplaba ni una brizna de viento. Más allá de las islas vio un velo de nubes bajas que se aproximaba a tierra. Se avecinaban lluvias.

Por un instante, atrapada por un truco de la luz, se alzó una vela blanca, una mancha diminuta que desapareció en el horizonte de nubes y en las aguas grises mientras miraba. Quizá era la embarcación de su padre, abriéndose paso entre las islas.

Alain suspiró y, dando la espalda al mar, tiró de la cuerda del asno para apartarlo de una mata de hierba. El animal se agitó molesto pero obedeció. Avanzaron por el serpenteante camino que conducía al monasterio, levantando arena a su paso. Las olas murmuraban en la distancia.

El sendero empezó a descender hacia la Cola del Dragón, donde descansaba el monasterio. Alain no tardó en ver los edificios que se diseminaban alrededor de la iglesia y su torre, pero estos desaparecieron entre los peñascos que se alzaban a lado del camino y más adelante, entre los árboles del bosque.

Dejó atrás el bosque, cruzó los ordenados campos que se extendían ante él y llegó a las puertas abiertas del monasterio que, a partir del día de San Eusebio, se convertiría en su nuevo hogar. ¡Ay, Señor y Señora! No le cabía duda de que la culpa le había teñido el rostro de rojo para que todos lo vieran: amaba al Padre y a la Madre de Vida, pero se mostraba reacio a servirlos. Avergonzado, se miró los pies mientras avanzaba entre los edificios, dirigiéndose al scriptorium.

El Hermano Gilles le estaba esperando, paciente, apoyado en un bastón.

—Has traído el diezmo de velas de la aldea —dijo el anciano monje con aprobación—. Ah, y también veo un frasco de aceite.

Con cuidado, Alain descargó las cestas que colgaban a cada lado del burro. Dejó las velas, envueltas en un grueso paño, en el suelo de baldosas del scriptorium mientras el Hermano Gilles sostenía la puerta. Las diminutas ventanas estaban abiertas y también sus persianas, pero en los facistoles centrales había poca luz para

que los monjes pudieran copiar los misales y los leccionarios.

—La semana pasada hubo pocas capturas —dijo Alain, mientras levantaba el frasco de aceite—. La tía Bel ha prometido que enviará dos frascos más después del Día de la Señora.

—Es una mujer muy generosa. El Señor y la Señora la recompensarán por su servicio. Puedes llevar el aceite a la sacristía.

—Sí, Hermano.

—Te acompañaré.

Caminaron hacia el exterior, rodeando la iglesia y pasando junto al anexo cercado del noviciado, donde Alain pronto pasaría sus días y sus noches.

—Estás preocupado, muchacho —dijo el Hermano Gilles con suavidad, cojeando junto a él.

Alain se sonrojó. Temía decirle la verdad, temía deshonorar el acuerdo que habían sellado el monasterio, su padre y su tía.

El Hermano Gilles refunfuñó.

—Tu destino es la iglesia, muchacho, lo desees o no. Supongo que habrás oído demasiadas historias sobre las grandes hazañas de los guerreros del emperador Taillefer.

Alain se sonrojó aún más, pero no respondió. No soportaba la idea de mentirle al Hermano Gilles, que siempre le había tratado con la misma amabilidad con la que trataría a un pariente. Solo deseaba ir, aunque solo fuera una vez, a Medemelacha o algún otro puerto del sur... o quizá al reino de Salia. Solo deseaba ver con sus propios ojos las extrañas y maravillosas cosas que contaban los mercaderes que navegaban por la Bahía de Osna cada estación. Todos los mercaderes contaban esas historias... excepto su padre, que era tan elocuente como una roca.

Si se lo permitieran, podría ver desfilar a los soldados llevando el estandarte del rey saliano. Podría ver a los mercaderes Hessi, que vivían en tierras tan lejanas que ninguno de los mercaderes de Osna había visitado jamás sus aldeas. Los Hessi tenían el cabello y la piel inusualmente oscuros, llevaban sombreros redondos y puntiagudos en la cabeza incluso cuando estaban bajo techo y se decía que rezaban a un dios distinto al Señor y la Señora de las Unidades. Podría hablar con los comerciantes de la isla de Alba donde, según se decía, los Perdidos aún caminaban por las profundidades del bosque, ocultos de los ojos de los hombres. Puede que incluso oyera las aventuras de los fraters, los sacerdotes errantes que se aventuraban a viajar por tierras bárbaras para llevar la palabra de Daisan el bendito y la Iglesia de las Unidades a las personas que vivían fuera de la Luz del Sagrado Círculo de Unidad.

Una vez al año, durante el verano, se celebraba una gran feria en Medemelacha donde se podía comprar y vender de todo: esclavos de las tierras lejanas del sur, donde el sol, tan fiero como la fragua de un herrero, quemaba la piel hasta volverla negra; esclavos de las tierras de hielo, donde las personas eran tan pálidas que podías ver a través de su piel; crías de basilisco enjauladas y encadenadas; niños trasgo de

las Montañas Harenz, adiestrados como apesadores de ratas; rollos de seda de Arethousa; broches de esmalte tabicado en forma de cabeza de lobo, de colores dorado, verde y azul, que adornaban los cinturones y ataban las capas de los nobles; espadas exquisitamente forjadas; cántaros modelados con arcilla blanca y pintados con róeles y galones; ámbar; perlas de cristal en forma de lágrima de ángel; astillas de fuego de dragón osificados en obsidiana.

—Me has abandonado, Alain.

El muchacho regresó a la realidad y advirtió que se había detenido a diez pasos de la puerta que conducía al vestíbulo y, de allí, a la sacristía, donde se guardaban las vasijas y las vestiduras sagradas.

Sonriendo, el Hermano Gilles le dio unas palmaditas en el brazo.

—Debes aceptar lo que Nuestro Señor y Nuestra Señora han elegido para ti, hijo mío, porque Ellos ya han elegido. Ahora solo falta que comprendas qué quieren de ti y que les obedezcas.

Alain agachó la cabeza.

—Lo haré, Hermano.

Llevó el frasco de aceite al interior de la sacristía y lo dejó con uno de los hermanos mudos que la asistían. Cuando regresaron al exterior advirtió que las nubes habían oscurecido la tarde. Oyó caballos y el alegre sonido de jinetes libres del voto de silencio que hacen la mayoría de los monjes.

Al llegar a la puerta principal de la iglesia vio al Padre Richander, al Hermano Gilles y al celador del monasterio hablando con un grupo de visitantes vestidos con túnicas y capas brillantes, adornadas con hojas rojas y diamantes azules. El grupo lo formaban una diaconisa y su frater, que iban ataviados con túnicas marrones; una mujer envuelta en una capa ribeteada en piel; dos hombres bien vestidos; y media docena de soldados de infantería con túnicas de cuero. ¿Cómo sería cabalgar lejos del monasterio y de la aldea, hasta más allá de la Montaña Espalda de Dragón que delimitaba este mundo, y acceder a las tierras desconocidas que se extendían más allá?

Se acercó un poco más para escuchar.

—El diezmo habitual incluye el servicio, durante un año, de cinco jóvenes de cuerpo robusto, ¿verdad, Ama Dhuoda? —Preguntó el Padre Richander a la mujer de la capa ribeteada en piel—. Si pedís más, las personas de la aldea se verán obligadas a enviar a los jóvenes que asisten al monasterio y eso nos causaría ciertas dificultades, sobre todo ahora que llega la estación de la siembra.

La mujer tenía un rostro altivo, suavizado por una expresión severa.

—Es cierto, Padre, pero este año ha habido más invasiones a lo largo de la costa y el conde Lavastine necesita incrementar sus tropas.

¡El conde Lavastine! Ama Dhuoda era su castellana. Alain pudo ver su rostro cuando se volvió hacia él para hacer una señal a los soldados que la acompañaban. Si no podía navegar con su padre, al menos podría ser llamado al servicio del conde

Lavastine, aunque solo fuera durante un año. Pero eso no iba a ocurrir. Alain lo sabía. Todo el mundo lo sabía. La iglesia era el lugar perfecto para el hijo que Henri había aceptado y criado como propio, a pesar de que todo el mundo sabía que era el hijo de una prostituta.

—Que Dios agilice vuestro viaje, Ama Dhuoda —dijo el Padre Richander, mientras la castellana y la diaconisa montaban en sus caballos y los soldados se preparaban para ponerse en marcha.

El hermano Gilles se acercó cojeando a Alain.

—Si deseas compañía durante el camino puedes ir con ellos —dijo—. Pronto regresarás con nosotros.

—Lo haré.

Se situó tras los soldados de infantería. La castellana Dhuoda, que iba hablando con la diaconisa, no pareció advertir su presencia. Nadie le prestó ninguna atención.

Cruzaron las puertas del monasterio e iniciaron el largo ascenso por la colina. A sus espaldas, Alain oyó que los monjes iniciaban los cánticos del oficio de Nonas. Las voces del coro le siguieron mientras avanzaban hacia los árboles y hasta que desaparecieron en el bosque.

Estaba acostumbrado a caminar, pero los soldados del conde Lavastine iban refunfuñando.

—El monasterio del rey, eso es lo que son estos monjes —dijo el más joven de ellos.

—Del rey de Wendar, querrás decir. No es nuestro rey, por mucho que reivindique el trono.

—¡Ja! Y también unos cabrones egoístas que temen que el reclutamiento del conde les deje sin siervos. No quieren mancharse las manos realizando el trabajo de los plebeyos.

—Cierra el pico, Heric. No hables mal de los hermanos santos.

El joven Heric refunfuñó irritado.

—¿Acaso crees que al abad le importa si están reclutando soldados para luchar contra los invasores o para que se unan a la revuelta de *lady* Sabella?

—Cállate, idiota —espetó el de mayor edad, mirando atrás.

Alain agachó la cabeza, intentando parecer inofensivo. Por supuesto que sabían que estaba allí, pero habían preferido ignorarle. En Varre, nadie se atrevería a hablar de rebelarse contra el rey Henry sin conocer las lealtades de sus interlocutores.

Caminaron el resto del largo camino en silencio. Alain lo midió según las horas canónicas que pronto delimitarían sus días: llevaba de Nonas a Vísperas llegar a lo alto de la montaña y descender la larga ladera hasta la cabeza del dragón, donde descansaba la próspera aldea de Osna. Empezó a llover y una triste niebla les envolvió. Estaban empapados cuando llegaron a casa de tía Bel.

En la aldea, todos esperaban la llegada de la castellana Dhuoda. Los visitaba una vez al año para recaudar el dinero que debían pagar los aldeanos al conde Lavastine.

Por lo general, los jóvenes que habían pasado el año anterior al servicio del conde regresaban con ella y, por esta razón, el día de San Eusebio se había convertido en el día en que, por tradición, un joven se embarcaba en un aprendizaje o acudía a un hogar adoptivo. Sin embargo, este año Dhuoda viajaba solo con su séquito.

Alain permaneció junto al hogar, secándose la ropa al calor del fuego, mientras observaba la ceremonia de bienvenida que tenía lugar en un extremo del salón. En el extremo contrario, sus hermanos y primos ayudaban a los siervos de la propiedad a preparar la mesa en la que se serviría el banquete. Bajo los oscuros aleros que había a ambos lados del salón, los niños pequeños estaban sentados sobre baúles o acurrucados en sus camas.

El bebé empezó a llorar. Alain avanzó hasta la cuna y lo cogió en brazos. El pequeño se calmó al instante y miró con perfecta imparcialidad la escena, chupándose un dedo. Su madre había muerto durante el parto, pero no había duda de que el padre era su primo Julien, pues él y la joven habían anunciado a la diaconisa de la aldea su intención de casarse. Tía Bel había acogido al bebé en su casa porque su hija Stancy estaba criando un niño y tenía leche de sobra.

Cuando llegó la hora de servir el banquete, Alain dejó al bebé en brazos de uno de sus primos pequeños. Para resaltar la importancia de la castellana Dhuoda, tía Bel, una de las personas más ricas de la aldea, había ordenado que fueran sus parientes y no sus siervos quienes sirvieran la mesa. Alain se encargó de la cerveza y así pudo oír gran parte de la conversación que se desarrollaba entre la castellana y los mercaderes y propietarios que eran lo bastante importantes como para estar sentados en la misma mesa que la representante del conde Lavastine.

—El conde Lavastine se ha visto obligado a prolongar durante un año el servicio de los jóvenes que enviasteis el año pasado —explicó Dhuoda con serenidad, a pesar de que la mayoría de los aldeanos la miraban con disgusto mal disimulado.

—¡Esperaba que mi hijo ayudara en la cosecha de este año! —protestó uno.

—Solo en mi propiedad echamos de menos la habilidad de tejer de mi hija... y debéis saber que estamos negociando su matrimonio —dijo otro.

—Vivimos tiempos difíciles. Se han producido asaltos por toda la costa. Necesitamos a todos los jóvenes que ya están en la Fortaleza Lavas y a muchos más. La abadía de Comeng ha sido incendiada... —En este punto, la castellana hizo una pausa para observar las expresiones de dolor de sus oyentes—. Sí, qué pena, los invasores cada vez son más bárbaros. Suponen una terrible amenaza para todos aquellos que vivimos cerca del mar. —Llamó por señas a Alain—. Más cerveza. —Mientras se la servía, se volvió hacia la tía Bel—. Este muchacho se parece a usted. ¿Es uno de los suyos?

—Es mi sobrino —respondió con frialdad—. Su padre lo prometió al monasterio. Iniciará su noviciado el Día de San Eusebio.

—Me sorprende que enriquezca el monasterio del rey con un muchacho tan sano.

—La iglesia sirve a Nuestro Señor y a Nuestra Señora. Lo que ocurre en el

mundo no les atañe —espetó tía Bel.

Dhuoda sonrió con amabilidad, pero a Alain le pareció que su expresión era altiva.

—Lo que ocurre en el mundo les concierne tanto como a nosotros. Pero no importa; no seré yo quien intente romper ese juramento.

La conversación se dirigió hacia asuntos más amables, como la cosecha del otoño anterior, las recién acuñadas monedas que mostraban la impronta del odiado rey Henry, el comercio procedente del puerto meridional de Medemelacha, los rumores de que los tempestan, los brujos del tiempo, estaban provocando tormentas de granizo y hielo en la frontera que separaba Wendar y Varre.

Alain permanecía en la penumbra, escuchando las conversaciones, y solo se aproximaba a la luz de los fanales apostados alrededor de la larga mesa si tenía que servir cerveza en las copas vacías. La diaconisa de Dhuoda era una mujer de grandes conocimientos que tenía un interés especial por las leyendas antiguas. Para la sorpresa de Alain, se ofreció a recitar un poema.

*En aquellos días que los Perdidos gobernaban
cuando estas tierras descansaban en manos
de personas nacidas de ángeles y mujeres humanas,
apareció un extranjero que se convirtió
en emperador de hombres y duendes.
Las habilidades que tenía, que podía unir,
que podía gobernar, hicieron que las estrellas
cantaran su canción de poder.
Las artes que conocemos con el nombre de brujería
le fueron enseñadas por su madre.
En aquellos días, en las tierras del norte
durante la brillante primavera llegó un dragón
recorrió todas las tierras, bordeando el mar
y dejando solo desolación.*

Pero el Emperador se enfrentó al dragón. La bestia logró herirlo de muerte pero, con las últimas fuerzas que le quedaban, el emperador lanzó un gran hechizo y la convirtió en piedra. Y aquí yace, en la montaña que delimita la Bahía de Osna, conocida por todos como Espalda de Dragón.

Alain observaba a la arrogante castellana, a sus siervos, a la instruida diaconisa y al joven frater que había prestado juramento a la orden de los sacerdotes errantes y no a un monasterio, entre cuyas paredes un hombre quedaba encerrado de por vida. Ojalá pudiera viajar, aunque solo fuera una vez, a la Fortaleza Lavas. Ojalá pudiera prestar servicio al conde durante un año. Su padre había ido allí diecisiete años atrás para servir al antiguo conde Lavastine durante un año, como era costumbre, pero

había regresado a casa con un bebé entre sus brazos y un gran pesar en el corazón. Nunca había contraído matrimonio, para gran consternación de su hermana mayor, y había vuelto su corazón hacia el mar, donde ahora pasaba la mayor parte del tiempo.

Bel, que tenía un corazón generoso, había criado al bebé y lo había convertido en un joven sano y fuerte.

¿Cómo sería el lugar en el que nació? Henri siempre le había dicho que su madre había muerto tres días después del parto pero, quizá, en la Fortaleza Lavas aún la recordaba alguien.

Alain parpadeó, intentando contener las lágrimas. Nunca lo sabría. Mañana, la víspera de San Eusebio, pasaría la noche de vigilia ante las puertas del monasterio, como era costumbre entre los conversi, aquellos que desean servir a Nuestro Señor y Nuestra Señora. Al día siguiente pronunciaría sus votos y quedaría encerrado para siempre entre las paredes del monasterio. Para siempre.

—¿Qué te ocurre, Alain? —Preguntó su prima Stancy, acercándose a él y acariciándole la mejilla—. Lloras si tienes que hacerlo, pero marcha con buen corazón. Piensa en el bien que llevarán tus plegarias a tus parientes. Piensa que aprenderás a leer y a escribir... y que es posible que te conviertas en una persona tan instruida como esta diaconisa. Entonces podrás viajar a lugares muy lejanos...

—Pero solo en mi mente —dijo él con amargura.

—¡Ay, mi pequeño! ¡Conozco tan bien tu corazón! Sin embargo, esa es la carga que han impuesto sobre ti y debes llevarla con orgullo.

Su prima tenía razón. Le dio un cariñoso beso y se alejó hacia el fondo del salón en busca de más aceite para los fanales.

La víspera de San Eusebio amaneció clara y hermosa. Las puertas revestidas de malla crujieron perezosamente durante toda la mañana bajo la suave brisa primaveral. Banderines rojos pintados con el Círculo de la Unidad chasqueaban y ondulaban en los tejados de las casas que rodeaban la plaza del pueblo.

Todos los aldeanos se habían congregado en la plaza para pagar sus tasas a la castellana Dhuoda. Tinajas de miel. Barriles de cerveza, rubia y tostada. Una vaca o cinco carneros. Gansos. Queso. Forraje. Salmón ahumado y anguilas. Tía Bel no pagó con aceite ni cerveza, sino con los elegantes broches que había traído del sur el padre de Alain. Un granjero dejó a su hijo al servicio del conde durante cinco años para no tener que entregar sus dos mejores vacas lecheras. Un matrimonio llevó a su esclava alegando que ya no la podían mantener; tras examinar a la joven saliana, Dhuoda anunció que le parecía apta y la aceptó como pago. Como ya era habitual, la anciana Ama Garia pagó con largas piezas de tela exquisitamente tejida, pues tenía cinco hijas adultas que, al igual que ella, eran excelentes tejedoras. Dhuoda aceptó el pago con evidente placer. Unos pocos pagaron en moneda y solo un puñado de aldeanos quedaron marcados como morosos, puesto que Osna era una aldea pudiente y sus aldeanos, como Alain sabía por los informes de su padre, eran prósperos.

La recaudación se prolongó durante toda la mañana y hasta pasado el mediodía, cuando los aldeanos que vivían en las granjas más alejadas llegaron para presentar sus respetos y efectuar el pago.

Al caer la tarde, Alain se preparó para marchar. Se arrodilló ante su tía y pronunció las palabras tradicionales:

—Tía Bel, la tradición dicta que el conversus haga vigilia ante las puertas del monasterio para mostrar sus deseos de servir a Nuestro Señor y Nuestra Señora.

—Que mi bendición te acompañe, hijo mío, y también la de tu padre. —Le dio un beso en la cabeza.

Alain se levantó para despedirse del resto de la familia. Tres de los hijos de tía Bel tenían ya hijos propios, de modo que había muchas personas a las que decir adiós. Finalmente dio un beso al bebé, abrazó a su tía por última vez y, sacudiendo los hombros, se puso en marcha.

Se había levantado viento. Las puertas revestidas de malla repicaban contra sus marcos. Una oscura lluvia empezó a caer. Al mirar atrás vio que la castellana Dhuoda

llevaba apresuradamente su mesa a una de las casas que se alzaban alrededor de la plaza para seguir trabajando bajo cubierto.

Cuando cruzó la valla para el ganado que bordeaba la aldea, la lluvia empezó a caer con fuerza. Sin embargo, Alain emprendió con paso firme la caminata de tres horas que le conduciría al monasterio.

El viento arreció mientras ascendía por el sendero que llevaba a la cima de la montaña Espalda de Dragón. La tierra se convirtió en barro; se pegaba a sus finos zapatos de cuero y se colaba entre las costuras. Su pequeño fardo apenas le sirvió de lastre cuando llegó a lo alto de la montaña y tuvo que enfrentarse a toda la fuerza del viento. Ahora estaba solo. A sus pies, las grandes olas, encrespadas y cubiertas de espuma, rompían contra la bahía; las elevadas colinas boscosas se extendían a sus espaldas. La aldea y el monasterio quedaban ocultos tras las rocas que se alzaban a un lado del sinuoso sendero que discurría junto al mar.

Alain tuvo que inclinarse hacia delante para poder avanzar. Se preguntó brevemente por el barco que había visto el día anterior. ¿La tormenta le habría alcanzado lejos del abrigo de la bahía o habría logrado refugiarse en alguna cala? Volvió su rostro hacia el viento y contempló el mar. La sorpresa le obligó a detener sus pasos.

La tormenta se aproximaba con rapidez, pero jamás había visto nada similar: la mitad de la bahía había desaparecido, había sido borrada de su campo visual. Un banco de niebla se deslizaba hacia él, perseguido por una densa cortina de nubes negras que engullía todo a su paso. En cuestión de instantes quedó envuelto en la niebla. Ni siquiera veía qué había a tres pasos de él. Se acuclilló antes de que la primera ráfaga de viento huracanado le golpeará, dio la espalda a la bahía y agachó la cabeza.

El viento rugía como si el dragón que había bajo la petrificada espalda del dragón hubiera cobrado vida. Soplabá con tanta fuerza que, a pesar de estar agachado, Alain cayó sobre sus rodillas. Nubes negras y arrolladoras se cerraban a su alrededor. Una lluvia amarga empezó a caer sobre él, golpeándole con fuerza. Entre un aliento y el siguiente, quedó empapado hasta la médula.

Esta lluvia no es normal.

Mientras pensaba esto, dejó de llover por completo pero el viento no amainó. Seguramente era el castigo que le habían impuesto por traicionar la promesa que habían hecho en su nombre, la promesa de servir a Nuestro Señor y a Nuestra Señora. O quizá era una prueba.

Se puso en pie y se enfrentó de nuevo al vendaval. A pesar de todo, a pesar de sus verdaderos deseos, conseguiría llegar al monasterio. No estaba dispuesto a deshonorar a su padre y a su tía. El viento azotaba su cabello y le picaba en los ojos. Sus labios, húmedos de saliva y fría lluvia, ardían bajo la fuerte corriente de aire que giraba como un remolino a su alrededor.

La niebla se disipó y vio una luz fantasmal en el recto sendero que discurría por la

cumbre de la espalda del dragón. Era una presencia sobrenatural; cada vez estaba más cerca y crecía sin parar, disipando la niebla a su paso... pero solo a su alrededor, pues advirtió que la tormenta se cerraba de nuevo en cuanto pasaba la luz. Percibía el olor de los capullos primaverales y la sangre fresca de la matanza.

Un jinete se aproximaba, ataviado con una brillante armadura flexible. Su caballo avanzaba a paso calmado y la furia del viento no parecía afectarle. Alain pensó en echar a correr, pero este pensamiento se desvaneció en el viento con la misma rapidez con la que se formó. Tenía que seguir mirando.

El caballo era hermoso, tan blanco como la nieve recién caída, y el jinete...

No habría podido moverse ni aunque hubiera querido. El jinete detuvo su caballo de batalla junto a él. Era una mujer de mediana edad, con cicatrices en la cara y las manos. Llevaba unas botas llenas de barro y rozaduras y su cota de malla estaba remendada aquí y allá con brillantes aros de hierro. Su larga espada, envainada en cuero, osciló ante él. Un escudo redondo y maltrecho colgaba a la altura de su rodilla, atado a la silla de montar. La mujer se movió sobre su montura para observarle. Ambos permanecieron completamente inmóviles. La tormenta profería con furia a tres pasos de ellos.

Su mirada era distante y, a la vez, penetrante. Si sus ojos tenían color, no supo distinguirlo; parecían tan negros como una maldición. Alain los miró fijamente y un gélido temor apesó su corazón.

—¿Qué tengo que pagarte para que vayas a la guerra? —preguntó. Sus labios se movían formando las palabras, pero su voz, grave y profunda como la campana de una iglesia, vibraba en su cabeza, reverberando.

Alain se arrodilló, pues no sabía qué más podía hacer. No se atrevió a apartar sus ojos de los de ella; parpadear podía ser fatal.

—Mi señora —dijo, con voz demasiado ronca. Lo intentó de nuevo—. Estoy comprometido con la iglesia.

—No en tu corazón —replicó la mujer, sacando la espada. Alain no sabía qué esperar, pero esta no centelleó ni chispeó; tampoco ninguna llama brilló en su filo. Era de metal, duro y bueno, y había sido forjada para matar. Trazó un elevado arco sobre su cabeza y señaló hacia el lugar por el que había venido.

El aire parecía ser absorbido por la cima en la que se encontraban. Vio el monasterio al final de un largo túnel, visto desde los ojos de un águila, pero sabía que era imposible que pudiera ver desde donde estaba, la ordenada disposición de los edificios o el muro que los encerraba. Por un instante le pareció ver un segundo patrón subyacente a los edificios del monasterio, algo antiguo y perturbador...

Pero su visión empezó a descender, cada vez más, hasta que vio dos embarcaciones que eran arrastradas hacia la orilla. Unas criaturas salieron a trompicones de ellas. No eran hombres, pues tenían rostros extraños y afilados y colores inhumanos. Iban desnudos hasta la cintura y decoraban sus abdómenes y sus rostros con cicatrices blancas y colores brillantes. Llevaban hachas, lanzas, arcos y

flechas con puntas de piedra, y su piel emitía un destello escamoso y metálico. Algunos tenían garras que brotaban de sus nudillos, unas protuberancias horribles y blancas. Junto a ellos corrían manadas de perros enormes y espeluznantes que tenían menos piedad que sus amos.

Las criaturas prendieron fuego a los tejados de paja de los edificios circundantes y asesinaron a los monjes sin piedad. De algún modo, logró ver el interior de la capilla. El Hermano Gilles estaba arrodillado ante el altar sujetando su amado Libro de Unidades de páginas doradas, que era el tesoro del monasterio. Un bárbaro de cabellos blancos golpeó al anciano por la espalda y, quitándole el precioso libro de sus agonizantes manos, arrancó la cubierta de oro y joyas incrustadas y dejó caer las hojas sueltas sobre su ensangrentado cadáver como si fuera basura.

—Todavía no has pronunciado tus votos —dijo la mujer.

Con una sacudida, Alain se alzó de nuevo sobre la montaña, azotada por la tormenta.

—¡Debo ir! —gritó. Se levantó, impulsado por el salvaje apremio de salvar al Hermano Gilles, pero ella le detuvo con su espada.

—Ya es demasiado tarde para ellos, pero mira...

Apuntó con la espada hacia la aldea.

Vio una confusión de luces. Los banderines ondeaban en los aleros, empapados por la lluvia. La mayor parte de las casas estaban cerradas a cal y canto, excepto la de tía Bel. La mujer estaba acurrucada en el umbral, observando con una expresión desesperada, de amarga preocupación, el camino por el que Alain había partido. A sus espaldas, Stancy jugaba al ajedrez en la mesa con su hermana pequeña, Agnes. Movié ficha y el Dragón blanco se comió la Torre roja. Los demás niños jugaban con círculos de madera junto al hogar y el bebé dormía en su cunita. El fuego resplandecía y crepitaba, caliente y humeante.

Los ojos de Alain se llenaron de lágrimas. Qué calor hacía ahí dentro... pero entonces fue arrastrado al exterior, bajo el frío y el gélido viento. En la playa que descansaba a los pies de la aldea había atracado una embarcación alargada y estrecha. ¡Por el Señor y la Señora! ¡Había más! Las criaturas salieron en tropel del barco, con sus garras y sus pinturas, preparando sus armas.

Apartó de un manotazo la niebla que borbollaba ante sus ojos. Las lágrimas veteaban su rostro.

—Es demasiado tarde. —Se volvió hacia la mujer, que estaba sentada, tan serena como la muerte, en su caballo blanco—. ¿Por qué me enseñáis esto?

Ella sonrió. Su belleza era terrible, abrasada por las dificultades y la agonía y la locura salvaje de la batalla.

—Sírveme —dijo ella—. Sírveme, Alain hijo de Henri, y salvaré la aldea.

—¿Y cómo podréis hacer algo así? —Alain jadeó, pensando en el Hermano Gilles y el monasterio que ardía en llamas. Observó a las criaturas salvajes, que corrían por la playa hacia las casas de sus parientes y vecinos.

—Sírvenme —dijo ella.

Alain cayó sobre sus rodillas. ¿Estaba oyendo los lloros de un bebé en el viento?

—Lo juro.

—Levántate.

Obedeció. El frío acero de su armadura se posó sobre su hombro derecho, después sobre el izquierdo y por fin, sobre su cabeza, donde permaneció unos instantes. Estaba dolorosamente frío, tanto que parecía absorber todo el calor de su interior; sin embargo, también le quemaba.

—¿Quién sois? —susurró.

La espada se separó de su cuerpo. Su respuesta reverberó en el aire, pero quedó ensordecida por el aullido del viento.

—Soy la dama de las batallas. Toma esto, mi símbolo.

Entonces desapareció. Una luz cegadora perforó sus ojos y el dolor apuñaló su corazón. Las oscuras nubes le envolvieron. Oyó un grito de guerra, alegre y ronco en la distancia, que pronto se desvaneció.



Despertó de repente y se incorporó asustado. El Día de San Eusebio amanecía claro y brillante, y en el cielo no había indicios de nubes. Era un día de buenos augurios. El mar se deslizaba formando suaves ondas y el rico verdor de los árboles enmarcaba el cuenco azul del cielo. Blasfemó, intentando desembarazarse de su estupor, y se levantó.

Vio una diminuta rosa de color rojo sangre en el camino. Centelleaba como una joya, pero cuando se acercó para recogerla, advirtió que sus pétalos eran tan suaves como la primera flor de la primavera. Al moverse, una espina se hundió en su piel, dejando una gota de sangre.

—Tía Bel —murmuró—. Stancy.

El bebé. Pasó el tallo de la rosa por el cinturón y regresó a Osna a todo correr.

Algunas personas le miraron con sorpresa cuando se detuvo, jadeante, junto a la plaza de la aldea. Cuando tía Bel le vio, su rostro recobró al instante el color. Corrió hacia él y le abrazó con fuerza.

—¡Alain! ¡Oh, hijo mío! Pensaba que te habíamos perdido.

—¿Estáis todos aquí? ¿Estáis bien? ¿Dónde está Stancy...?

—En el taller. Mi pobre muchacho, pasa, pasa. —Alain no protestó cuando le llevó al interior de la casa y, tras sentarle a la mesa, le sirvió una taza humeante de leche de oveja—. ¡Por Nuestro Señor y Nuestra Señora! —Secó una lágrima de su rostro arrugado—. Estaba segura de que estabas allí. Señor y Señora, os doy gracias, os doy gracias. —Trazó el Círculo de Unidad sobre su pecho—. ¿Cómo escapaste?

Cuando el anciano Gilles nos dio la noticia...

Alain se llenó de esperanza.

—¿El Hermano Gilles?

—No, muchacho. Gilles Fisher. No llegó a ver las naves, pues llegaron con aquella maldita tormenta y se marcharon de nuevo, en un abrir y cerrar de ojos. Quemaron el monasterio y los monjes fueron asesinados. Todos murieron. Sin embargo, a nosotros no nos hicieron nada. Nuestro Señor y Nuestra Señora nos protegían. En la aldea no vimos ni oímos al enemigo. Todos estamos a salvo. Estoy segura de que Henri también está a salvo, pues navegaba hacia el sur y ellos venían del norte.

—No llegué al monasterio —susurró él, pero lo único que podía ver era la imagen distante de aquellas criaturas provocando incendios, asesinando, atracando su barco en la playa que descansaba a los pies de la aldea. No se atrevió a hablar de su visión, pues ni siquiera él sabía si realmente había ocurrido.

—Pero deseo creer que ha sido la sentencia que han dictado Nuestro Señor y Señora contra el monasterio —continuó tía Bel en voz baja—, por no darle el trato que merece como reina reinante. Sin embargo, no hay que hablar mal de los muertos. Algunos hombres de la aldea han acudido al monasterio para celebrar un funeral decente.

—Hay algo que necesito ver —dijo Alain, levantándose. Tía Bel le dedicó una mirada inquisidora, pero antes de que pudiera preguntarle nada, ya había cruzado la puerta. El joven descendió corriendo hasta la playa, donde los pescadores y los comerciantes dejaban sus embarcaciones cuando se detenían en Osna para comerciar o buscar refugio.

Tuvo que dar un largo paseo para encontrar la larga y profunda cicatriz que había dejado el barco al ser arrastrado por la arena. Allí donde la marea no las había borrado, aún quedaban algunas huellas que corrían hacia la ladera y entonces se detenían. También había una mancha de sangre en la arena y la huella del casco de un caballo.



La mañana se mantuvo clara y agradable mientras ascendía por la montaña. Desde la cumbre no vio señales de las naves, ni en la bahía ni en el lejano horizonte gris azulado del mar. Siguió caminando hasta llegar a un mirador que había junto al sendero, que ahora descendía serpenteando hacia el bosque, y observó el monasterio que descansaba en la base de la ladera, a gran distancia. Solo quedaban sus humeantes ruinas. Algunos buitres volaban en círculo. Al norte de la torre de la iglesia habían cavado una fosa que, desde donde estaba, parecía una boca oscura.

Los hombres se movían, llevando cadáveres hacia la tumba. Echó a correr, pero cuando llegó a las ruinas del monasterio, la diaconisa de la castellana Dhuoda ya estaba leyendo la misa por los difuntos mientras los hombres de la aldea lanzaban tierra sobre la tumba para cubrir los cadáveres de los monjes asesinados.

—Muchacho —dijo la castellana Dhuoda. Alain se sorprendió, pues no la había visto—. Eres el joven que tenía que comenzar hoy su noviciado, ¿verdad? ¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis? Sí, y puedo ver que eres un joven sano y alto.

Le miraba como si fuera un caballo o un esclavo traído desde más allá del mar del norte para ser vendido.

—Ya no hay nada para ti en este lugar, y el conde Lavastine necesita muchos brazos fuertes, como has podido ver con tus propios ojos. Corren malos tiempos. Hablaré con tu tía pero, en cualquier caso, mi autoridad me permite llevarte junto al conde. Vendrás con nosotros mañana, cuando partamos.

Alain no supo qué decir. Estaba tan contento por tener la posibilidad de partir que temía que hubiera sido su deseo de librarse de la vida monacal lo que había llevado la muerte a los monjes. Sin embargo, su padre diría que era de soberbios pensar que sus deseos egoístas y triviales podían afectar al mundo del modo en que lo hacía la voluntad de Dios. Habían sido aquellos bárbaros impíos quienes habían asesinado con crueldad a los monjes. Él no había tenido nada que ver.

Dhuoda le miró con impaciencia, esperando una respuesta. En cuanto Alain asintió con la cabeza, la mujer dio media vuelta y se alejó. Su capa ribeteada en cuero ondeó tras ella mientras avanzaba hacia la diaconisa, que ya había concluido la precipitada misa.

Alain acercó la mano al cinturón y se acordó de la rosa. ¡No se había aplastado ni se había marchitado! Era tan perfecta como una rosa recién cortada del rosal. La llevó en la mano durante todo el camino de regreso a Osna.

A la mañana siguiente, la ató con cuidado a un fino cordel de cuero y la colgó de su cuello, entre la camisa y la túnica, para que nadie pudiera verla. De un cordel más grueso pendía el Círculo de Unidad de madera que le había regalado tía Bel para que recordara la promesa que había hecho su padre a la iglesia.

Tras una despedida agrídulce, se echó la bolsa al hombro y siguió a la castellana Dhuoda y a su séquito al exterior de la aldea, hacia el mundo que se extendía más allá.

CAPÍTULO 2



EL LIBRO DE LOS SECRETOS

En los límites septentrionales de la Marca Norte de Wendar existe un grupo de aldeas y pueblos conocido como Descanso del Corazón. Sus lugareños hablan un extraño dialecto del wendiano sazonado con palabras extrañas y una pronunciación poco convencional.

Los fraters errantes habían advertido con inquietud que, en las iglesias de Nuestro Señor y Nuestra Señora, un árbol alarmantemente pagano ocupaba un lugar tan prominente como el Círculo de Unidad. La obispa de Descanso del Corazón volvía la mirada hacia otra parte, pues le preocupaban más las invasiones que cada año se producían a lo largo de la costa. Sin embargo, nunca había impedido que los fraters más estrictos enviaran informes de esta práctica pagana a las tierras del sur.

Pero estos informes no habían tenido ninguna repercusión. Descanso del Corazón estaba demasiado lejos al norte, su población era escasa y no tenía las riquezas suficientes para llamar la atención del rey ni de la skopos. Era una península tranquila, separada del conjunto de Wendar. Los lugareños hablaban con suavidad, se ocupaban de sus propios asuntos y se mostraban tolerantes con los forasteros que de vez en cuando llegaban a sus costas, del mismo modo que su obispa toleraba los ritos paganos que se celebran en las iglesias que estaban bajo su tutela.

Es un lugar aislado y tranquilo, solía decir la gente con firmeza. Los forasteros que venían aquí a descansar podían encontrar la paz durante un tiempo...

Dependiendo de qué les perseguía y hasta dónde estaba dispuesto a seguirles.



—Mira allí —dijo papá—. Al oeste, poniéndose detrás de los árboles. Es la Estrella de la Rosa, conocida por los antiguos magos babaharshanos como Zuhia, sol de la noche, mago y erudito. ¿Qué puedes contarme de ella?

—Los astrónomos dariyanos le pusieron el nombre de Aturna, el Mago Rojo. Es menos brillante que la Estrella de Sangre, pero su luz es más certera. Aturna es una de las estrellas errantes, también conocidas como erráticas o planetas. Gobierna la séptima esfera, cuya superficie superior es tangente a la órbita de las estrellas fijas,

tras las cuales descansa la Cámara de Luz. Su superficie inferior es tangente a la sexta esfera, gobernada por el planeta Mok. Aturna tarda veintiocho años en recorrer el camino de las doce Casas de la Noche.

Estaban en el claro, por encima de los árboles y bajo el rocoso borde de la colina que se alzaba sobre ellos. La hierba, que crecía con frondosidad ahora que había llegado la primavera, les llegaba a las rodillas. A sus espaldas, en una zona nivelada de tierra, la cabaña descansaba a oscuras excepto por el débil destello rojizo del fuego del hogar, que escapaba por la puerta y la ventana. Era una noche perfecta para observar las estrellas. No había ninguna nube en el cielo.

—Designa las siete esferas y su orden —dijo papá.

—La esfera más próxima a la Tierra es la de la Luna, la segunda es la del planeta Erekes y la tercera es la del planeta Somorhas, también conocida como la Dama de Luz. La cuarta es la esfera del Sol. Después llega la quinta esfera, que está regida por el planeta Jedu, el Ángel de la Guerra. La sexta esfera la rige Mok y la séptima, Aturna. Más allá de Aturna se encuentra el campo de estrellas, cada una de las cuales es un fuego que brilla con intensidad ante la Cámara de Luz.

—¿Y las siete escaleras conocidas por los magos, por las que pueden ascender los doctos como si lo hicieran por las siete esferas y llegar al lugar de sabiduría y dominio? —Papá dio la vuelta al libro que sostenía en sus manos pero no lo abrió. Tres perdices cazadas por Liath colgaban de una cuerda que llevaba al hombro. Habían ido a cazar y habían regresado tarde pero, como siempre llevaban el libro y un astrolabio consigo, podían observar los cielos desde cualquier lugar.

Liath vaciló, cambiando el peso del arco y el carcaj sobre su espalda. Este conocimiento era nuevo. Papá y ella habían observado las estrellas, tanto las fijas como las errantes, desde que ella había tenido la edad suficiente para señalar hacia el cielo, pero solo el mes pasado había empezado a enseñarle la sabiduría secreta de los magos. El Día de Santa Oya, patrona de los misterios y los secretos, papá había recordado (como si la rueda de las estrellas del cielo y el avance de los días en la Tierra hubiera dado un repentino e inesperado salto) que Liath cumpliría dieciséis años en el equinoccio de primavera, el primer día del año nuevo. El Día de Santa Oya también era un día auspicioso para que una niña tuviera su primera regla, de modo que papá le había llevado a la posada para la celebración tradicional.

Liath había disfrutado de la fiesta y de las canciones, pero solo se había sentido diferente por los cambios de su cuerpo. Sin embargo, desde el día de Santa Oya, papá la había tratado de un modo distinto: le hacía leer y recitar y memorizar a un ritmo frenético, como cuando arrojas madera al fuego esperando que arda con más intensidad.

Según el cómputo de los días y los años que le había enseñado papá, ayer había sido el primer día del año nuevo y Liath había cumplido dieciséis años. Cuando papá y ella habían acudido a la iglesia de la aldea para celebrar la misa Mariana (el nombre con el que la iglesia conocía el día del equinoccio de primavera) Liath había cantado

en la congregación como una mujer, pues ya no era una niña que se sentaba en los bancos de los niños.

—¿Liath? —Papá esperaba.

Se mordió el labio. Deseaba que su respuesta fuera perfecta, pues odiaba decepcionarle. Respiró hondo y habló con la voz cantarina que solía adoptar para recitar las palabras y frases que su padre le enseñaba.

*Por esta escalera asciende el mago:
Primero a la rosa, cuyo roce es sanador.
Después a la espada, que nos confiere fuerza.
La tercera es la copa de aguas infinitas.
La cuarta es el círculo de fuego del herrero.
El trono de virtud sigue en quinto lugar.
El cetro de sabiduría ocupa el sexto.
Y el peldaño más elevado busca la corona de estrellas,
donde se revela la canción de poder.*

—Muy bien, Liath. Esta noche proseguiremos con nuestras mediciones de la eclíptica. ¿Dónde está el astrolabio?

El instrumento colgaba de su aro, en su pulgar. Levantó el brazo ante ella y contempló el delicado grupo de estrellas conocido como «La Corona», que ahora descendía hacia el oeste. La noche era tan clara que quizá podría ver la séptima «joya» de la corona de estrellas. Por lo general, solo se veían seis, pero Liath tenía una visión tan afilada que en ocasiones podía ver la séptima. Estaba a punto de calcular la altitud y girar la malla de bronce cuando advirtió un movimiento: un búho había remontado el vuelo desde un árbol, al borde del claro. Siguió al ave con la mirada; sus pálidas alas se batían contra la noche, iluminada tan solo por las estrellas y la luna creciente. Y allí abajo, en el este...

—¡Mira, papá! Allí, no. En el Dragón. Nunca había visto esa estrella... y no es ninguno de los planetas. Las demás estrellas ocupan sus posiciones correctas.

Papá contempló el cielo. Sus ojos ya no eran tan sagaces, pero pronto vio lo que Liath señalaba. Era una estrella que estaba fuera de lugar en la constelación del Dragón, la Sexta Casa del Gran Círculo, el dragón del mundo que controla los cielos. Tenía un brillo medio, aunque le pareció que cada vez brillaba con mayor intensidad. Proyectaba una luz oscilante, como si estuviera arrojando chispas.

—¡Por la Sangre de la Señora! —blasfemó papá. Se estremeció, aunque la noche era cálida. Una sombra blanca pasó volando junto a ellos. El búho descendió a menos de diez pasos y, cuando alzó de nuevo el vuelo, lo hizo sujetando en sus garras una forma que se retorcía—. Así descienden los grandes sobre los pequeños. Volvamos dentro, hija mía.

—Pero, papá, ¿no deberíamos calcular su posición? ¿No deberíamos observarla?

Debe ser una señal de los cielos. ¡Quizá es un ángel que ha descendido a las esferas inferiores!

—¡No, hija! —Se abrochó el abrigo y apartó la mirada del cielo. Sus hombros se sacudían—. Tenemos que entrar.

Mordiéndose la lengua para no replicar, Liath recogió el astrolabio y le siguió sumisa. Hacía demasiado calor en el interior de la cabaña, pues el fuego rugía en la chimenea. Siempre ardía el fuego en su hogar y papá siempre tenía frío. Recordaba que, cuando era una niña, con un simple gesto podía invocar mariposas con los colores del arcoíris y perseguirlas por el jardín, pero eso había terminado el día que murió su madre... si es que era un recuerdo real y no una ilusión que sus propios deseos habían hecho realidad. Ahora solo le quedaban recuerdos empañados por el paso del tiempo y por los infinitos kilómetros que había recorrido junto a su padre, cruzando mares y montañas, tierras nuevas y ciudades extrañas. Eso... y el fuego que siempre ardía en el hogar.

En cuanto estuvieron dentro, papá atrancó la puerta y sufrió un repentino ataque de tos. Recuperándose, dejó el libro sobre la mesa y la capa en el banco. Entonces se sirvió una cerveza.

—Papá —dijo ella, que odiaba verle así. Él se limitó a beber otro trago. Para horror de su hija, le temblaban las manos—. Papá, siéntate.

Se sentó. Liath colocó el astrolabio en el estante, dejó el arco y el carcaj en el rincón y colgó las perdices de las vigas. Tras echar un leño al fuego, se volvió para mirar a su padre. El suelo de madera crujía bajo sus pies. ¡La habitación estaba tan vacía! Recordaba cuando tenían más dinero, cuando en su hogar había tapices, bancos tallados, una silla de verdad, un gran vestíbulo y vino servido en jarras de cristal. Habían construido esta cabaña con sus manos, cavando el suelo, hundiendo los postes, serrando los tablones, colocándolos sobre el sótano y enmasillando las paredes de madera con barro y paja. Era una cabaña tosca pero práctica. Aparte de la mesa y el banco (que también era el arcón donde guardaban la ropa), solo tenían la cama de su padre, que descansaba en el rincón más oscuro, y un lujoso estante de nogal cuya madera había sido pulida hasta brillar y en cuya superficie habían tallado un diseño de bestias fascinantes con los ojos pintados en rojo.

Papá tosió de nuevo y abrió el libro, buscando algo en su espeso texto. Al acercarse para ayudarle, Liath pasó junto a la ventana. Las persianas estaban abiertas y, a través del suave cuero que tapaba el agujero, tan fino que era translúcido, vio una tenue luz. Alguien se aproximaba por el sendero que descendía hacia la aldea.

—Viene alguien —anunció, dirigiéndose a la puerta.

—¡No abras!

Se sobresaltó al oír su voz.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —Liath miró fijamente a su padre, asustada por su repentino y manifiesto terror—. ¿Esa nueva estrella es un presagio? ¿Has leído su llegada? ¿El libro habla de ello?

Nunca llamaban al libro por su nombre. Algunas palabras, pronunciadas en voz alta, llamarían la atención sobre ellos.

Papá cerró el libro de golpe y lo abrazó contra su pecho. De un salto, cogió el arco que descansaba en el rincón y, con ambos objetos en sus manos, se acercó a la ventana. Entonces, su expresión se suavizó.

—Solo es el frater Hugh.

Ahora fue ella quien se estremeció.

—No le dejes entrar, papá.

—No seas tan severa, chiquilla. El frater Hugh es un buen hombre, comprometido con Nuestro Señor y Nuestra Señora.

—Comprometido consigo mismo, querrás decir.

—¡Liath! ¿Cómo puedes hablar así? Solo desea conocimientos. Siente tanta curiosidad como tú. ¿Cómo puedes reprochárselo?

—Dame el libro, papá —utilizó un tono más amable, para engatusarlo. Lo que sabía de Hugh era demasiado peligroso para contárselo.

Pero papá vaciló. Había otros cuatro libros en la estantería del rincón y todos ellos eran preciosos: Historia de Dariya, la obra enciclopédica de Polyxene; Los actos de Santa Tecla; Tratado sobre plantas, de Theophrastos; y Sueños, de Artemisia. Ninguno de los cuatro contenía conocimientos prohibidos, que habían sido condenados por la iglesia en el Concilio de Narvona cien años atrás.

—Pero él podría ayudarnos, Liath —dijo, poniéndose serio—. Llevamos demasiado tiempo escapando. Necesitamos un aliado, alguien que pueda entender los grandes poderes que tejen sus trampas a nuestro alrededor, alguien que pueda ayudarnos a luchar contra ellos...

Liath le arrancó el libro de las manos y subió por la escalerilla que conducía al desván. Desde su refugio, bajo el tejado puntiagudo, podía ver parte de la sala que descansaba a sus pies y oír todo lo que se dijera. Se tumbó sobre su colchón de paja y se tapó con una manta.

—Dile que estoy dormida.

Musitó una respuesta inaudible, pero Liath sabía que no intentaría persuadirla. Papá cerró las persianas, volvió a dejar el arco en el rincón, abrió la puerta y permaneció en el umbral, esperando al frater Hugh.

—¡Saludos, amigo! —gritó. Su voz sonó alegre, pues apreciaba a aquel hombre—. ¿Habéis venido a contemplar la noche conmigo?

—¡Ay, amigo Bernard! Pasaba por aquí...

Pasaba por aquí. Todo lo que decía eran mentiras pronunciadas con una voz dulce como la miel.

—... de camino al hogar del viejo Johannes. Tengo que administrar los últimos ritos a su mujer, para que su alma ascienda en paz a la Cámara de Luz. Ama Birta me pidió que le trajera esta carta.

—¡Una carta! —La voz de papá casi se quebró. Llevaban ocho años yendo de un

lado a otro y jamás habían tropezado con nadie que hubieran conocido en el pasado. Jamás habían recibido una carta ni ningún otro tipo de mensaje—. ¡Ay! ¡Por Nuestra Señora Bendita! —Murmuró apesadumbrado—. He permanecido demasiado tiempo en este lugar.

—¿Disculpad? —dijo el frater Hugh. La luz del fanal se filtraba por la ventana, iluminando la figura de papá—. Parecéis enfermo, amigo mío. ¿Puedo ayudaros?

Papá vaciló de nuevo y Liath contuvo el aliento. Deslizó la mirada hacia el desván y sacudió lentamente la cabeza.

—No hay nada que podáis hacer, pero os lo agradezco. —Extendió la mano para que le diera la carta. Liath deslizó los dedos a lo largo del lomo del libro, sintiendo las gruesas letras pintadas de su cubierta de cuero. El Libro de los Secretos. ¿Invitaría a entrar al frater Hugh? Papá era un hombre solitario y estaba asustado—. ¿Queréis pasar? La noche es tranquila y temo que será muy larga.

Liath retrocedió hacia las sombras del desván. Hubo una larga pausa mientras Hugh meditaba. Podía sentir sus deseos del mismo modo que podía sentir el calor del fuego. Deseaba entrar y persuadir a papá para que confiara en él, cada vez más, hasta que por fin le contara todos sus secretos.

—Lo lamento, pero esta noche tengo otras obligaciones. —A pesar de sus palabras, no se movió. La luz del fanal se derramó por cada una de las cuatro esquinas de la sala inferior, buscando—. Vuestra hija está bien, ¿verdad?

¡Qué dulce era su voz!

—Muy bien. Confío en que el Señor y la Señora cuiden de ella si a mí me ocurre algo.

Hugh dejó escapar una suave carcajada y Liath retrocedió aún más hacia las sombras, como si el hecho de ocultarse pudiera protegerla.

—Os aseguro que lo harán, amigo Bernard. Os doy mi palabra. Deberíais descansar; estáis muy pálido.

—Vuestra preocupación me da coraje, amigo —Liath pudo ver la sonrisita de papá, la que solía calmarle. Sabía que no era sincera, pero no por Hugh, sino por la carta, el búho y el athar, la nueva estrella que brillaba en los cielos.

—Entonces, que paséis una buena noche, Bernard.

—Adiós.

Se separaron. El fanal se alejó por el camino que descendía hacia la aldea, dirigiéndose quizá al hogar del viejo Johannes. Seguro que el frater Hugh no tenía razones para mentir sobre un asunto tan serio, pero Liath no se creía que «solo pasara por aquí».

—Es un hombre amable —dijo papá—. Liath, baja.

—No lo haré —replicó—. ¿Y si se ha quedado merodeando?

—¡Baja!

Tarde o temprano tendría que decir la verdad, aunque solo fuera en parte.

—Me mira, papá. Y no imaginas de qué modo.

—¿Acaso mi hija es tan vanidosa que imagina que un hombre que ha consagrado su corazón a la iglesia la desea más a ella que a Nuestra Señora? —siseó airado.

A pesar de que papá no podía verla, Liath ocultó su rostro en las sombras, avergonzada. ¿Realmente era vanidosa? No, por supuesto que no. Ocho años escapando habían afilado sus instintos.

Pasaba por aquí.

Hugh se acercaba con frecuencia a la cabaña para visitar a papá. Ambos hablaban sobre teología y textos antiguos. Ahora, seis meses después de haberse conocido, habían empezado a tantear las artes ocultas de la hechicería... solo como un ejercicio intelectual.

Por supuesto.

—¿No lo ves, papá? —Dijo ella, esforzándose en encontrar las palabras, en encontrar el modo de hacerle entender sin decirle aquello que los destruiría, como había ocurrido dos años atrás en la ciudad de Autun—. Hugh solo desea tus conocimientos de brujería. No quiere tu amistad.

Aunque Hugh los visitaba con frecuencia, desde el Día de Santa Oya había empezado a «pasar por aquí» cuando sabía que papá había salido a hacer un recado o a trabajar. Su salud había empeorado tanto que no tenía fuerzas para trabajar durante toda una jornada y, aunque Liath deseaba ayudarle, papá siempre le decía: «Alguien debe quedarse junto al libro». Además, no quería que saliera sola de casa.

«Pasaba por aquí, Liath. ¿Te ha dicho alguna vez alguien lo hermosa que eres? Ya eres una toda una mujer. Tu padre debe estar pensando qué será de ti... y de todo aquello que te ha enseñado, de todo aquello que sabes sobre él, de sus viajes y su pasado. Yo puedo protegerte... a ti y al libro». Entonces le había tocado los labios, como si quiera despertar el aliento de vida en ellos.

Que un padre pío de la iglesia hiciera proposiciones a una joven inocente que aún no había cumplido los dieciséis años era algo obsceno. ¡Solo un idiota podría confundir su tono y su expresión! A Liath nunca le había gustado Hugh, pero le sorprendía y le aterraba que el frater hubiera traicionado la confianza que papá había depositado en él de un modo que ella jamás podría revelar.

Si le contaba la verdad a papá y él le creía, acusaría al frater Hugh y puede que incluso intentara pegarle. Dos años atrás, en Autun, había ocurrido algo similar: papá, con la impetuosidad que le caracterizaba, había atacado al mercader que le había propuesto un contrato de concubinato, pero lo único que había conseguido había sido que los guardias de la ciudad le asestaran una paliza y que ambos fueran expulsados de la ciudad. Si papá acusaba a Hugh y le atacaba, solo conseguiría un poderoso enemigo, pues su madre era una margrave, una de las grandes princesas del territorio, y Hugh se encargaba de que todo el mundo lo supiera. Papá y ella no tenían ningún familiar que les protegiera.

Y si se lo contaba y no le creía, entonces... ¡Ay, Señora! Papá lo era todo para ella, era todo lo que tenía. No podía correr semejante riesgo.

—¿Papá? —No había dicho nada durante el largo silencio—. ¿Papá?

Bajó de un salto la escalera al oír un suave gruñido y el débil crujido del papel. Papá había arrugado la carta y la había arrojado al fuego. Las llamas saltaron, destellantes. Liath saltó adelante, intentando rescatarla... y papá le golpeó en la mano.

—¡No te acerques! —Estaba pálido y sudoroso—. Si tocas algo que hayan rozado sus manos, ellos establecerán un mayor vínculo contigo. —Se dejó caer en el banco y apoyó la frente sobre una mano—. Partiremos mañana, Liath.

—¿Qué?

—Nunca nos dejarán en paz.

—¿Quiénes, papá? ¿De quién estamos huyendo? ¿Por qué no me lo dices?

—Porque la ignorancia es lo único que te protege. Ellos tienen el poder de buscar y encontrar, pero te he protegido de ellos. —Siempre le decía lo mismo: en su momento. Cuando seas más fuerte—. Si partimos por la mañana les sacaremos varios días de ventaja. No deberíamos habernos quedado tanto tiempo aquí.

Habían permanecido tanto tiempo porque ella se lo había implorado, porque por primera vez en su vida tenía amigos. De pie, en el centro de la pequeña cabaña, su cabeza casi tocaba los ásperos tablones del desván. Papá era una sombra a la luz del fuego semioculta en la penumbra pero, a pesar de la oscuridad, podía verlo perfectamente. Solían decirse en broma que tenían ojos de salamandra, como los diminutos espíritus que habitaban en el elemento de fuego. Liath recordaba haberlos visto, muchos años antes de que muriera su madre; sus formas eran tan líquidas como el agua y sus ojos, chispas de fuego azul.

Ahora, por muy atentamente que mirara, solo veía las llamas que saltaban y chispeaban en el hogar, consumiendo la madera hasta volverla roja como el carbón, y las cenizas que se agitaban debajo, creando un oscuro manto.

—Todavía no eres bastante fuerte —dijo papá.

—Soy fuerte, papá. Lo sabes.

—Vete a la cama y deja el libro a tu lado. Por la mañana cogeremos todo aquello que necesitamos y nos iremos.

Liath se secó las lágrimas. Se marcharían, dejando atrás dos años de alegrías. Esta aldea era un buen lugar... o al menos lo había sido hasta el otoño pasado, cuando llegó el frater Hugh. No podía soportar la idea de dejar atrás a sus dos amigos. Estaban tan unidos como si fueran parientes y Liath no tenía más familia que su padre.

Pero tenían que marcharse. Lo que fuera que impulsaba a papá a escapar, la arrastraba con él. Jamás le abandonaría.

—Lo siento, Liath. Soy un mal padre. No te he hecho ningún bien. Debería... —Sacudió la cabeza—. Mi obcecación me ha hecho débil.

—¡No digas eso, papá! —Se arrodilló junto al banco y le abrazó. ¡Había envejecido tanto en aquellos dos últimos años, desde la paliza de Autun! Su hermoso

cabello castaño se había vuelto gris y, a pesar de ser un hombre que siempre había caminado bien erguido, ahora su espalda se encorvaba, como si transportara una carga invisible. Bebía tanta cerveza como cuatro hombres juntos, a pesar de que no podían permitirse derrochar así el dinero: en estos parajes apenas había trabajo para un hombre que no tenía fuerzas para cultivar la tierra y cuya única habilidad era dibujar signos mágicos cerca de los gallineros, para protegerlos de los zorros, o escribir en pergaminos o en trozos de corteza las palabras de aquellas personas que deseaban enviar cartas a sus parientes o sellar acuerdos con colegas que se encontraban a varios kilómetros de distancia. De todos modos, no les había ido tan mal.

—Acuéstate, hija —repitió—. Partiremos al amanecer.

Liath le dio un beso en la mejilla y se levantó. Se detuvo junto al fuego y buscó entre las llamas, pero el pergamino se había consumido y ya solo quedaban las cenizas. Su padre suspiró con fuerza. Le dejó con sus pensamientos, pues no sabía cuáles eran ni adónde le conducirían.

Una vez en el desván, se quedó en combinación y se acostó bajo las mantas, escondiendo el libro bajo su pecho. La sombra del fuego danzaba en el techo y su suave crepitar la calmaba. El silencio era tal que oyó que papá se servía más cerveza y se la bebía.

—No confíes en nadie —murmuró papá. Entonces, con un suspiro agonizante, pronunció el nombre de su esposa—: Anne.

Muchas noches le había oído pronunciar el nombre de su madre. A pesar de que ya habían transcurrido ocho años, el recuerdo seguía siendo tan doloroso como cuando acabas de cortarte con un cuchillo. ¿Alguna vez mantendré una relación tan estrecha con alguien?, se preguntó.

La danza de las sombras, los crepitantes movimientos de su padre en el piso inferior, el susurro del viento sobre el puntiagudo tejado y el murmullo distante de los árboles empezaron a pesar sobre ella, adormeciéndola. Estaba tan cansada. ¿Qué sería aquella extraña estrella que había cobrado vida en el Dragón? ¿Sería un ángel? ¿Un daimone de la atmósfera superior?

Se quedó dormida.

Y mientras dormía, soñó.

Fuego. Solía soñar con fuego purificador. Hay espíritus que arden en el aire con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos. En sus espaldas las llamas se alzan furiosas hacia la oscura noche, pero no hay nada que temer. Cuando las cruzas, encuentras un nuevo mundo. En la distancia, un tambor resuena como el latido del corazón y el viento transporta el sonido de una flauta, similar al aleteo de un pájaro.

Unas alas se posan en el alero. Una repentina ráfaga de nieve blanca entra por el hueco de la chimenea, aunque todavía no ha llegado el invierno.

Está dormida y a la vez despierta. Está despierta pero, como es incapaz de moverse, todavía está dormida. La oscuridad tira de ella como si fuera un peso dispuesto sobre su cuerpo.

Campanas que parecen sonar en el viento.

¿La esposa del viejo Johannes habrá pasado a la otra vida? ¿Las campanas anuncian la ascensión de su alma a la Cámara de Luz? Una campana para marcar su paso por cada una de las esferas y las tres últimas para simbolizar el Aleluya del coro de ángeles, que alzan sus voces para darle la bienvenida.

Pero las campanas son una voz estremecedora. Suenan dos fuertes golpes; algo duro golpea la madera. Si tan solo pudiera mirar, podría ver... pero no puede moverse, no se atreve a hacerlo. Debe permanecer escondida. Eso es lo que le ha dicho papá.

—Tus débiles flechas no te ayudan en nada —dice la voz de las campanas. Liath no sabe si pertenece a un hombre o a una mujer—. ¿Dónde está ella?

Siente aquella voz como el roce de algo viejo y corrupto arrastrándose por su piel.

—Allí donde no podáis encontrarla —responde papá. Jadea, como si hubiera estado corriendo.

El sudor empapa su frente mientras intenta moverse. Solo es un sueño, ¿verdad?

De repente, el fuego se aviva y brilla con intensidad; las chispas centellean con fuerza hasta que todo queda a oscuras y en silencio.

Liath duerme.

Despertó cuando faltaba una hora para el amanecer; la luz ya llevaba una sugerencia de gris. Se estiró y advirtió que sostenía el libro en sus brazos. Los dedos le hormigueaban, medio dormidos.

Algo no iba bien.

Papá se había quedado dormido en el banco, con los brazos sobre la mesa. La cabeza le colgaba en un ángulo extraño. El arco, encordado, yacía en el suelo junto a él. Con los huesos entumecidos, empezó a descender los escalones.

Papá no estaba dormido.

Las persianas estaban cerradas y atrancadas, al igual que la puerta. Durante ocho años, estuvieran donde estuvieran, siempre había brillado el fuego en el hogar, pero ahora estaba frío como la piedra.

Vio en el suelo una esbelta huella de ceniza gris que parecía haber salido de la chimenea. En la pared de madera que se alzaba junto al hogar había dos flechas clavadas.

Y sobre la mesa, junto a la mano derecha de papá, había una pluma blanca muy diferente a cualquier otra que hubiera visto antes. Era tan pálida que brillaba.

El viento descendió siseando por el agujero de la chimenea, agitando la pluma, borrando la huella y diseminando sus líneas hasta que desapareció. Liath se acercó a la pluma para cogerla...

¡No la toques!

Retiró la mano como si papá le hubiera dado un manotazo. Si tocas algo que hayan rozado sus manos...

«¿Dónde está ella?», había preguntado la voz. Papá se había negado a responder.

Contempló su anciano cuerpo. Parecía que el suave roce del viento fuera a desmigajar y convertir en ceniza su armazón mortal.

No confíes en nadie.

Lo primero que hizo fue ocultar el libro.

El lento goteo del agua sacó a Liath de su agitado sueño.

—¿Papá? —preguntó, pensando que volvía a haber una fuga en la artesa que descansaba bajo la cabaña. Abrió los ojos en la oscuridad de la celda y recordó. Papá estaba muerto. Había sido asesinado.

Por la delgada ranura de la ventana, dispuesta en lo alto de la pared de barro, solo pasaba una tenue franja de luz que el suelo de piedra absorbía del mismo modo que una planta seca absorbe el agua. Liath se incorporó. La tierra se aferraba a su túnica, pero estaba demasiado sucia y cansada para limpiarla. Aún le dolía la cara por los golpes que le había asestado el frater Hugh. Se llevó los dedos a la mejilla derecha y esbozó una mueca de dolor. Sí, se había amoratado. Le dolía el brazo izquierdo, pero creía que no estaba roto. Se permitió esbozar una triste sonrisa.

Se sentó sobre sus rodillas y el movimiento le causó un intenso dolor de cabeza. Por un instante regresó a la cabaña. Está arrodillada en el banco, junto a cadáver de papá. Este parece agarrotarse ante sus ojos. La puerta se abre de golpe y la brisa empuja la pluma blanca contra su piel desnuda.

Siente un gran dolor, como si tuviera un cuchillo clavado en la sien. Oye una voz distante, como el oleaje en una costa rocosa...

Se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos, deseando dejar atrás aquella visión. Lentamente, el dolor y el recuerdo remitieron. Apoyó una mano en la pared y, tras ponerse en pie, permaneció inmóvil unos instantes, recuperando las fuerzas.

El goteo procedía de la esquina contraria; era constante y sumamente uniforme. Había un charco de agua sucia en el suelo. No recordaba cómo había llegado hasta aquí, pero estaba segura de que se encontraba en el putrefacto sótano de la Alcaldía, porque ni siquiera Hugh habría podido convencer al Mariscal Liudolf de que la encerraran en la cripta de la iglesia. Ese goteo significaba que se encontraba debajo de los abrevaderos de los cerdos y, por lo tanto, a tan solo unos pasos de los límites del bosque. ¡Si la ventana no fuera tan estrecha, ni tan gruesos los cuatro barrotes de hierro que la tapiaban!

Se oyó un siseo fuerte y ansioso junto a la ventana.

—¿Liath? ¿Estás ahí?

—¿Hanna? —Su corazón palpitó, lleno de esperanza—. ¿Has encontrado el libro? Un suspiro de ansiedad aplacada le respondió. Instantes después, Hanna habló de

nuevo.

—Sí, debajo de los tablones del suelo, donde dijiste que estaría. Y lo he enterrado donde me pediste.

—Demos gracias a Nuestra Señora —murmuró Liath.

Hanna continuó, sin oír su breve plegaria.

—No tenemos suficientes monedas para saldar la deuda... —titubeó—. Ni siquiera para la fianza. Mañana habrá una subasta. Lo siento.

Liath se acercó a la ventana y sujetó una barra de hierro con cada mano. Alzó la mirada hacia la luz del sol, pero apenas podía distinguir el rostro de Hanna.

—Papá tenía cuatro libros; seguro que consiguen un buen precio. Esos cuatro libros por sí solos valen lo mismo que dos caballos.

—¿Acaso no te lo ha contado el Mariscal Liudolf? El frater Hugh dijo que esos libros eran propiedad de la Iglesia y los confiscó. No serán vendidos.

—¡Por la Sangre de la Señora! —blasfemó Liath. La amarga cólera la inundó, llenándola de dolor. ¿Porqué papá había confiado en aquel hombre?

—Lo siento... —repitió Hanna.

—No es culpa tuya. No puedes hacer nada.

—Si Inga no hubiera sido tan egoísta con la fiesta de su boda, podríamos haber pagado la fianza...

—Tampoco es culpa de Inga. El frater Hugh desea pagar la deuda, así que no habría servido de nada.

—De todos modos, ¿cómo se las arregló tu padre para contraer semejantes deudas en tan solo dos años? Nunca me dijiste nada. Todo este tiempo... —Hanna hablaba con un hilillo de voz. Una sombra cubrió el suelo, y la barbilla y la boca de su amiga aparecieron ante sus ojos. Entonces, una fuerte mano se cerró sobre la suya—. Mi madre dice que no proceden de empresas naturales.

Liath apretó con fuerza la cálida mano de Hanna. Mi padre es un hechicero. Por supuesto que esas deudas no proceden de empresas naturales. Pero no podía decir estas palabras en voz alta, ni siquiera a su querida amiga. En la aldea, todos creían que Maese Bernard era un monje expulsado de su orden, un hombre que había deshonrado sus votos y se había visto obligado a abandonar el monasterio al dejar embarazada a una mujer. Los clérigos sabían escribir y conocían el poder de las hierbas y los hechizos, que utilizaban para protegerse de la peste, la enfermedad y los espíritus malignos. Papá nunca les había sacado de su error, pues ayudaba a que los aldeanos le aceptaran sin temor. Un clérigo expulsado de su orden era un hombre deshonrado, pero no peligroso.

Solo el frater Hugh había sospechado la verdad; solo él había intentado ganarse su confianza. Unos pasos se acercaban por el pasillo, a sus espaldas. Oyó voces amortiguadas.

—Hanna, márchate.

—Pero, Liath...

—Viene alguien.

—Mamá vendrá a traerte comida. Volveré por la noche.

Una llave arañó la cerradura. Las cadenas se unieron y tintinearono suavemente.

Liath se volvió a la vez que la sombra desaparecía del borde de la ventana. La puerta se abrió con el suave rechinar de la madera contra la piedra. La muchacha retrocedió hasta que su espalda quedó apoyada contra la pared y levantó la barbilla, desafiante.

Había tres figuras ante ella, pero solo entraron dos: el frater Hugh y el mariscal. Hugh llevaba una vela. Lo que mejor ilumina su atractivo rostro, pensó Liath con frialdad.

—El libro —dijo Hugh, con una voz entrecortada y arrogante, totalmente distinta a los sonidos melosos que empleaba para engañar a su padre—. Después de haber pasado la noche aquí, ¿has decidido decirme dónde está el libro?

—Frater —le interrumpió el mariscal, con voz calmada—. Ya interrogasteis a la muchacha y me complació saber que no tuvo nada que ver con la muerte de su padre. —El mariscal Liudolf llevaba un libro de cuentas debajo del brazo—. Hija —dijo, volviéndose hacia Liath—. He calculado las deudas y posesiones de tu padre y el frater Hugh las ha copiado en estas páginas. A continuación procederé a enumerarlas.

Hugh la miraba fijamente. Liath había centrado sus ojos en el viejo mariscal, pero podía sentir su mirada. Hugh había encontrado cuatro libros en la cabaña y los había robado, por mucho que dijera que pertenecían a la Iglesia. Además, sabía que existía un quinto libro, uno que ella había escondido.

El mariscal Liudolf enumeró sus bienes en voz alta sin mirar el pergamino: no sabía leer, pero tenía buena memoria. La cantidad que debía papá era impresionante, comparada con sus bienes: un arco, un carcaj y catorce flechas; plumas, una cuchilla y pergaminos; una sceatta de plata acuñada durante el reinado del emperador Taillefer; una olla, un cuenco, dos cucharas y un cuchillo; una piedra de afilar; dos camisas y una túnica de lana; una capa de lana ribeteada con piel de conejo; un broche de bronce; polainas, botas; una cama, una mesa, un banco, un estante y una palangana de bronce; dos mantas de lana; medio barril de cerveza, miel, carne ahumada y tres vasijas de esteatita, una llena de sal y las otras dos de maíz molido; dos gallinas; dos cerdos; y una hija.

—De quince años —concluyó Liudolf.

—Cumplí los dieciséis hace cuatro días, el día de la Misa Mariana.

—¿De verdad? —preguntó Liudolf con interés—. Eso cambia la subasta. Como adulto legal debes asumir las deudas de tu padre, a no ser que tengas algún pariente...

—No, que yo sepa.

El hombre suspiró y asintió.

—En ese caso, quien salde tu deuda comprará también tu libertad.

—Había libros —se apresuró a decir Liath, sin mirar a Hugh—. Mi padre tenía cuatro libros y un... —aquí debía ser prudente—. Y un instrumento de bronce para

saber la hora.

—Esos objetos han sido confiscados por la iglesia.

—¡Pero bastan para pagar la deuda de mi padre!

—Lo siento, pequeña —dijo con firmeza. Liath supo al instante que no serviría de nada discutir. ¿Por qué iba a escuchar a una niña que no tenía parientes ni posesiones ni nadie que la protegiera?—. Tienes que marcar la página en la que está escrito todo esto para indicar que has sido informada como es debido.

Liath cogió la pluma y balanceó el libro abierto sobre su mano izquierda. Hugh la observó con avidez, pero la muchacha trazó una torpe «X» debajo de la última línea escrita. Entonces devolvió el libro al mariscal, que suspiró con una expresión que sugería que lamentaba de verdad su situación, suspiró una vez más y se rascó la cabeza.

—La subasta será mañana, muchacha —Liudolf miró a Hugh, pues sabía tan bien como Liath que era la única persona capaz de pagar su deuda, sobre todo ahora que tenía sus libros. O, al menos, Hugh era la única persona que querría comprar a Liath. El anciano conde Harl tenía dinero e incluso algunos esclavos, pero jamás se había interesado por los asuntos de la aldea, excepto para contratar a la madre de Hanna como nodriza de sus hijos.

—Os ruego que me disculpéis —dijo una mujer a sus espaldas—. ¿Puedo entrar ya?

—Por supuesto, por supuesto. Ya hemos terminado. —Liudolf se retiró y Hugh miró colérico a Liath, sin moverse—. Frater —dijo el conde, con voz amable—. Nos queda mucho trabajo que hacer.

—Tendré ese libro —murmuró el sacerdote. Se marchó, llevándose la vela.

Ama Birta se acercó desde la penumbra con una jarra y un paquetito envuelto en tela.

—Toma, Liath. He oído decir que ayer no comiste ni bebiste nada.

—Tenía un poco de vino. —Sus manos temblaron cuando cogió la jarra y la dejó en el suelo. Al desenvolver la tela encontró una hogaza de pan y un trozo de queso de cabra—. ¡Oh! ¡Bendita seáis, Ama Birta! ¡Tengo tanta hambre! No me había dado cuenta hasta ahora.

Ama Birta miró atrás. Los hombres la esperaban en el húmedo pasillo.

—Te enviaré comida por la mañana. —Entonces levantó ligeramente la voz. Con osadía, pensó Liath—. Sean cuales sean tus circunstancias, no es justo que te hagan pasar hambre. —Se acercó un poco más y añadió en un susurro—: si hubiéramos podido, pequeña, habríamos pagado la fianza y te habríamos tratado bien, pero las ventas no han ido bien este año y con la boda de Inga del otoño pasado...

—Por favor, Ama Birta —se apresuró a decir Liath, avergonzada—. Sé que habéis hecho todo lo posible, pero papá nunca fue consciente del precio que tendría... —se interrumpió, advirtiendo el silencio del pasillo; sabía que Hugh escuchaba con avidez todas y cada una de sus palabras—. Vivir como él quería. Le encantaba este

lugar y pasó muchas veladas agradables en la posada, conversando con vuestro marido.

—Sí, pequeña —dijo Birta con rapidez, entendiendo su señal—. Ahora tengo que dejarte. No me han permitido traerte una manta, pero confío en que Nuestra Señora y Nuestro Señor hagan que la noche sea cálida.

Besó a Liath en la frente y se marchó.

La puerta se cerró a sus espaldas, arañando la piedra. Liath se quedó sola. Comió toda la comida pero solo bebió un poco de cerveza. Entonces, empezó a pasear por la celda.

Aunque solo podía dar cinco pasos y un giro, cinco pasos más y otro giro, caminar le ayudaba pensar. Recorrió la celda cien veces, pero fue incapaz de olvidar que papá la había abandonado. Papá estaba muerto. Mañana, sus posesiones serían vendidas para pagar las deudas que había contraído. Mañana perdería su libertad. Sin embargo, tenía en su poder el tesoro de papá, El Libro de los Secretos. Mientras el libro estuviera en sus manos, su corazón disfrutaría de cierta libertad.

Se acurrucó en un rincón y, acercando las rodillas al pecho, hundió la barbilla en las rodillas y cerró los ojos. Se sobresaltó, pues le pareció oír una voz pronunciando su nombre. La voz no volvió a hablar. Se frotó los ojos y se abrazó con más fuerza para darse calor. Temblando, se sumió en un sueño agitado.

Papá había sido asesinado. Sus enemigos habían puesto fin a su vida. ¿Cuándo había perdido su poder? ¿O acaso había sido él quien había utilizado el don de su madre para invocar mariposas en el aire y alegrar los solitarios días de su infancia?

—La han asesinado, Liath —le había dicho aquel día de hacía ocho años—. Han matado a Anne y se han llevado su don para utilizarlo como si les perteneciera. Tenemos que huir. No deben encontrarnos nunca.

Su madre. Su rostro apareció en su mente: tenía el cabello tan pálido como la paja y la piel tan clara que parecía no haber sido tocada jamás por el sol, a pesar de que pasaba horas enteras sentada en el jardín. Liath solía sentarse junto a ella y mirarla. En ocasiones, se frotaba con fuerza la piel, intentando deshacerse de la suciedad... pero la suciedad no desaparecía jamás, pues parecía que Liath había sido creada en un horno y que su piel se había tostado en marrón dorado antes de ser traída a este mundo.

Cuando iniciaron el largo e infinito camino que les alejaría de la cabaña y del jardín en el que había muerto su madre, Liath había empezado a apreciar su piel, pues nunca se quemaba ni le salían ampollas, ni siquiera cuando el sol estival ardía con más fuerza. Al principio pensaba que la protegía la magia de papá, pues su piel sí que se quemaba y se ampollaba. Después, cuando comprendió que papá no tenía magia, que los únicos hechizos que conocía eran algunos trucos y remedios caseros, además de sus conocimientos enciclopédicos, pensó que era su propia magia quien la protegía, esperando en estado latente a que ella tuviera la edad suficiente, a que fuera lo bastante fuerte.

Pero papá le había dicho una y otra vez que no tendría jamás aquel don. Los frágiles hechizos que conjuraba no tenían el menor efecto en ella. Si papá invocaba fuego, este no ardía en sus manos; si conjuraba que se cerrara una puerta, Liath podía abrirla como si el hechizo no hubiera surtido efecto... pero entonces llegaba Hanna y le sorprendía que la puerta estuviera atrancada.

«Eres sorda a la magia», solía decirle papá. «Eres como un mudo que no puede hablar, como un mudo que puede ver hablar a la gente, pero no oye lo que dicen». En cierta ocasión, papá le había sorprendido leyendo en voz alta un conjuro del libro. No había ocurrido nada, pero se había enfadado tanto que le había ordenado pasar la noche en la pocilga para que aprendiera la lección. A ella no le había importado dormir con los cerdos.

—Liath.

Despertó sobresaltada, se levantó y se acercó a tientas a la ventana. No había nadie. El viento susurraba entre los árboles, pero no había movimiento alguno. Se frotó los brazos con las manos, tiritando... no de frío, sino de miedo.

Por mucho que hubieran viajado, por mucho que hubieran vivido de un día para otro, buscando y siguiendo extrañas señales y misteriosos presagios que solo papá reconocía, siempre había estado con él. Independientemente de lo que hubiera sido o hubiera querido ser, siempre había cuidado de ella, siempre la había amado. Se secó una lágrima de la mejilla, y otra.

—Te quiero, papá —susurró al fresco aire de la noche. No obtuvo respuesta.



Por la mañana, el mariscal Liudolf la escoltó hasta la plaza. Todos los aldeanos estaban presentes, y también algunos granjeros que vivían en tierras remotas y se habían acercado al saber que se iba a celebrar una subasta. Ama Birta y Maese Hansal habían sacado algunas mesas de la posada a la calle, pero Liath no podía culparles de que aprovecharan esta inesperada circunstancia para intentar incrementar sus ventas. Rechazó el asiento que le ofreció el mariscal. El frater Hugh permaneció a un lado, en silencio, mientras el mariscal iba vendiendo cada artículo de la lista. Puede que papá fuera un hombre extraño, pero siempre había ayudado gustoso a cualquier persona que llamara a su puerta. De hecho, Liath era tan pobre porque papá había gastado gran parte de su dinero ayudando a otros a cambio de nada. Las pujas fueron elevadas, pues papá había sido un hombre muy querido, pero la deuda seguía sin estar cubierta cuando todos sus bienes terrenales fueron vendidos.

Liudolf asintió, dejó escapar un fuerte suspiro y la miró. La multitud la miraba. Hanna observaba la escena desde la puerta de la posada, con una expresión de cólera y pesar, pero sin llorar. Se oyó un alboroto en el extremo más alejado de la plaza y

entonces apareció un jinete.

Hugh levantó la cabeza y miró a su alrededor con una expresión airada.

—¡Ivar! —gritó Hanna. Corrió a sujetar las riendas de su caballo mientras el muchacho desmontaba.

Estaban demasiado lejos para que Liath pudiera oír lo que decían, pero vio que Hanna hablaba con rapidez, gesticulando. Ivar sacudió la cabeza. Hanna dijo algo más, con pasión, pero Ivar sacudió de nuevo la cabeza. Juntos avanzaron por la plaza, sin dejar de hablar, y se detuvieron delante el mariscal.

Liudolf levantó las cejas.

—Mi señor Ivar —dijo con gentileza—. ¿Habéis venido por orden de vuestro padre?

Ivar miró a Liath, pero enseguida apartó la mirada. Hanna y ella ya no eran las niñas que habían sido dos años atrás, cuando los tres habían forjado sus lazos de amistad. Ivar, en cambio, seguía pareciendo un crío, pero sabía que pronto crecería y perdería su torpe gracia.

—No —dijo, en voz muy baja.

Hugh sonrió alegre.

—Acabo de enterarme de la muerte de Maese Bernard —prosiguió. Se volvió para mirar a Hugh—. He venido a comprobar... que están tratando bien a Liath. —Su tono fue enérgico, como una amenaza o una promesa lanzada contra la presuntuosa confianza de Hugh, pero sus palabras no tuvieron ningún efecto. Hugh tenía ocho años más que Ivar y la gracia natural que le proporcionaba su alma tiránica y su vanidad. Y aunque el padre de Hugh fuera de baja cuna (al menos, eso era lo que decía Birta) su madre era una margrave y, por lo tanto, estaba por encima del conde Harl. Bastardo o no, Hugh estaba destinado a cosas más importantes, como las posesiones que su madre y su abuela habían donado a la iglesia. No era habitual que un hombre trabajara como administrador de los bienes de la iglesia (el Señor debe atender al rebaño errante para que la Señora atiende el hogar), pero podía darse el caso, sobre todo en aquellos monasterios que controlaban grandes propiedades. Eso era lo que había dicho Ama Birta el año anterior, cuando el frater Hugh llegó a Descanso del Corazón como sacerdote errante. Ama Birta era la fuente de noticias, habladurías y sabiduría más fiable de Descanso del Corazón.

—Mariscal —dijo Hugh en voz baja, con una expresión de tedio en el rostro—, ¿podemos terminar? Mis ocupaciones me impiden pasar el día entero en este lugar.

Ivar se sonrojó y, haciendo una mueca, cerró la mano derecha en un puño. Hanna le cogió de la muñeca y lo llevó de vuelta a la posada. El muchacho obedeció sin ofrecer resistencia. Liudolf suspiró de nuevo y, con gran beato, calculó las monedas y trueques conseguidos con la venta de las posesiones de papá.

—¿Cuánto falta? —quiso saber Hugh.

—Dos nomias de oro, o sceattas por el mismo valor.

—Es una vergüenza —murmuró alguien entre la multitud.

—Es lo que costarían los libros —susurró Liath.

Sin pestañear, Hugh tendió dos monedas al mariscal. Liath miró con atención, intentando verlas, pero Liudolf cerró la mano con rapidez, con una expresión de sorpresa que hizo que Liath se preguntara si habría visto alguna vez una nomia. Hugh se volvió hacia ella.

—¿Vas a moverte o tengo que llevarte a rastras?

«Debes dejar que los demás piensen que sabes algo que ellos no saben», solía decir papá. Miró a sus amigos, que estaban bajo el alero de la posada, contemplando la escena. Hanna estaba pálida e Ivar colorado. Liath les asintió, deseando que creyeran que estaba tranquila, y empezó a caminar hacia la iglesia que se alzaba al final del sendero que conducía a la plaza. Su repentina condescendencia cogió desprevenido a Hugh, que tuvo que correr para alcanzarla. Esto proporcionó cierta satisfacción a la muchacha.

Sujetándola del codo, entró en la capilla y recorrió la nave hasta la pequeña madriguera de cámaras que había en la parte posterior, hasta llegar a la pequeña celda en la que descansaba su cama.

—Aquí —dijo, sujetándola con fuerza. La habitación era más lujosa de lo que Liath esperaba, pues el párroco anterior, el frater Robert, había dormido en un catre en la nave. En la habitación había una mesa y una silla exquisitamente talladas, y un baúl de madera esmaltada con gemas brillantes incrustadas. Sobre la mesa había pergaminos, tres plumas y un frasco de tinta. Una gruesa moqueta adornada con estrellas de ocho puntas cubría el suelo. Era un diseño arethousano, pero no permitiría que Hugh supiera que tenía esta información. Sobre la cama descansaban un colchón y una colcha de plumas.

—Aquí es donde dormirás —dijo Hugh.

—Jamás.

—Entonces, con los cerdos.

—Lo haré de buen grado, si eso me ayuda a estar lejos de vos.

Hugh la abofeteó. Mientras su dolorida piel se sonrojaba por el golpe, el hombre la abrazó con fuerza y la besó en la boca. Ella separó sus labios con la mano y le apartó de un empujón.

Él rio, con fuerza y sin aliento.

—Estúpida. Mi madre me ha prometido la abadía de Firseburg en cuanto muera el viejo abad. Cuando sea el abad, podré influir en los movimientos del rey Henry si lo deseo. Y en menos de cinco años tendré un báculo de presbítero en mis manos y me moveré entre aquellos que asesoran a la skopos. Si me das el libro y me enseñas lo que tu padre te enseñó, no habrá nada que tú y yo juntos no podamos conseguir.

—Ya os llevasteis sus libros. Los robasteis. Habrían bastado para saldar la deuda y pagar mi libertad.

Su expresión hizo que se le helara la sangre.

—Jamás serás libre, Liath. ¿Dónde está el otro libro?

—Vos matasteis a papá.

Él soltó una carcajada.

—Por supuesto que no. El mariscal Liudolf dijo que había muerto porque su corazón estaba enfermo. Si piensas lo contrario, bonita, quizá deberías empezar a confiar en mí. Una temporada más y tu padre habría depositado en mí toda su confianza. Sabes que es cierto.

Lo era. Papá estaba muy solo y Hugh podía ser encantador. A papá le caía bien; le gustaba su mente ágil, su curiosidad e incluso su arrogancia, puesto que Hugh tenía la extraña costumbre de tratarle como si fuera su igual.

—Papá nunca supo elegir a sus amigos —dijo ella precipitadamente, intentando apartar de su mente estos pensamientos.

—Sé que nunca te he gustado, Liath, pero no logró comprenderlo. Nunca te he agraviado. —Apoyó dos dedos bajo su barbilla para obligarla a levantar la cabeza—. De hecho, no hay ninguna otra mujer en esta aldea ni en este erial helado a quien haya ofrecido mi cama, y eso que he dormido con una duquesa y he rechazado a una reina. En cuanto sea abad de Firseburg tendrás tu propia casa, tus propios criados, tu propio caballo y todo aquello que desees. Y no tengo intenciones de pasar la vida entera en Firseburg. Tengo planes.

—Si vos tenéis planes, sin duda alguna son desleales. —Se retorció, intentando liberarse de su agarre—. El rey Henry y la skopos están en contra de la brujería. Solo *lady* Sabella acoge con los brazos abiertos a los herejes.

—Qué poco sabes de la Iglesia, hermosa mía. La brujería no es ninguna herejía. De hecho, la skopos suele ser más dura con los herejes que con los hechiceros. La Iglesia solo prohíbe la hechicería cuando esta se practica fuera de la supervisión de la skopos. Me pregunto quién sería el profesor de tu padre. De todos modos, te sorprendería saber lo tolerantes que pueden llegar a ser el rey Henry y los nobles príncipes cuando los medios favorecen sus objetivos. ¿Dónde has escondido el libro?

Liath retrocedió hasta la puerta, sin responder.

Él sonrió.

—Soy un hombre paciente, Liath. Por el Señor y la Señora, ¿en qué estaban pensando tus padres cuando decidieron bautizarte con un nombre arethousano? Liathano. Un antiguo nombre vinculado a la brujería. Cuando se lo comenté a tu padre, me dijo que era verdad.

—Habría bebido demasiado.

—¿Acaso eso hace que su respuesta fuera menos cierta? —Liath no respondió—. ¿Dónde está el libro? —Hugh sacudió la cabeza, pero la sonrisa permaneció en sus labios—. Soy un hombre paciente. Bueno, ¿qué prefieres? ¿Mi cama o los cerdos?

—Los cerdos.

Con la rapidez de un rayo, la cogió de la muñeca con una mano y le pegó un fuerte bofetón con la otra. Entonces la abrazó y deslizó un brazo por su espalda. Liath sentía el calor de su aliento en el cuello. Permaneció rígida, pero cuando empezó a

llevarla hacia la cama, puso un talón detrás de su tobillo para hacerle tropezar. Ambos cayeron al suelo, pero Liath logró escapar de sus brazos y se puso en pie. Riendo, Hugh la cogió por un tobillo y tiró de ella con tanta fuerza que cayó al suelo de rodillas y se quedó sin aliento. Entonces la soltó y, poniéndose en pie, hizo una educada reverencia y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse.

—Vendrás a mi cama voluntariamente o no vendrás. —Sacó un trozo de lino blanco de su cinturón, le limpió la mano derecha con él y se inclinó para besarle los dedos—. Mi señora —dijo, quizá para burlarse de ella. Liath estaba demasiado desconcertada para interpretar su tono. Su cabello dorado le acarició la mano mientras se enderezaba de nuevo—. Esta hija de Sais, morena y adorable, ha sido rozada por el aliento del sol. Aparta tus ojos de mí; son tan brillantes como la estrella matutina.

Liath escondió la mano detrás de la espalda y la restregó contra su túnica.

—Darás de comer a los cerdos y a las gallinas, barrerás la celda, me prepararás el baño y después irás a decir a Ama Birta que ya no es necesario que me traiga comida dos veces al día, pues supongo que sabrás cocinar.

—Por supuesto. ¿Puedo irme?

Él se hizo a un lado para dejarla pasar, pero Liath solo había conseguido llegar al estrecho pasillo cuando la llamó de nuevo.

—Liath —al girarse vio que estaba apoyado en el umbral. A pesar de la semipenumbra de la madriguera de celdas, su cabello dorado, su limpia túnica de lino y su suave piel parecían brillar—. Puedes pasar el verano entero con los cerdos, pero no creo que te apetezca tanto cuando llegue el invierno.

¿Hasta dónde lograría llegar si intentaba escapar? Seguro que no muy lejos. Además, ¿cómo lograría sobrevivir? Durante los ocho años que había pasado huyendo de un lado a otro, había vivido circunstancias mucho peores que esta.

Hugh cloqueó, confundiendo su silencio con una respuesta.

—Dile a Ama Birta que puede poner en mi cuenta cualquier alimento o artículo que compres, y que le pagaré cada Día de Nuestra Señora. Espero que las comidas sean buenas. Tú cenarás conmigo. Ya puedes irte.

Liath se alejó. Mientras daba de comer a los animales que estaban en el establo, junto a la bodega, vio un jinete montado en su caballo, entre los árboles. Era Ivar. Al verla, el muchacho empezó a cabalgar hacia ella. Liath le indicó por señas que se alejara, asustada, pues había visto algo más en la habitación del padre Hugh, descansando sobre la colcha de plumas: una delicada espada con la empuñadura de oro, enfundada en cuero rojo. La espada de un noble. No le cabía ninguna duda de que Hugh sabía cómo utilizarla y que no dudaría en hacerlo, aunque fuera contra el hijo del conde local.

Ivar tiró de las riendas para que el caballo se detuviera y la observó trabajar. Cuando terminó, Liath regresó al interior. Salió de nuevo, llevando dos cubos colgados de un palo que sostenía sobre sus hombros, para llenarlos de agua y preparar

el baño. Ivar había desaparecido.

CAPÍTULO 3



SOMBRA DEL PASADO

Según había dicho el sargento al mando, se tardaban diez días en recorrer el trayecto que separaba la aldea de Osna de la Fortaleza Lavas. Esta primavera les llevó quince días porque la castellana y su séquito se detuvieron en cada aldea y propiedad por la que pasaron para recolectar dinero o reclutar a los jóvenes que quisieran servir al conde durante el año venidero. Llegaron a la Fortaleza Lavas el día de Santa Marcia. Alain contempló la elevada empalizada de madera que rodeaba la fortaleza y el gran pabellón de madera construido sobre una ladera, tras el que se alzaba un muro de piedra. Una empalizada de menor tamaño rodeaba los dos edificios centrales. La aldea, que se acurrucaba bajo la empalizada exterior, descendía hacia la orilla de un río que fluía con placidez.

No tuvo demasiado tiempo para observar lo que le rodeaba, pues todos fueron conducidos precipitadamente a un enorme patio de tierra, donde formaron una desordenada fila mientras la castellana Dhuoda y su séquito preparaban una mesa para ir llamando de uno en uno a los miembros de la compañía. Alain quedó rodeado por un grupo de jóvenes y pronto le tocó el turno de presentarse ante el Sargento Fell.

—¿Sabes montar a caballo? ¿Has manejado alguna vez la lanza? ¿Has trabajado con caballos, quizá? No, por supuesto que no. —El fornido sargento indicó al siguiente de la fila que se adelantara.

—Pero... señor... —empezó a decir Alain, desesperado. ¿No le habían prometido que le enseñarían las artes de la guerra?

—¡Muévete, vamos! El tiempo apremia y no podemos convertir a los nuevos reclutas en soldados. El conde Lavastine ya ha partido en busca de los Eika y nosotros debemos partir con un segundo ejército en veinte días. Reúnete con el otro grupo y no me hagas perder el tiempo, muchacho.

Alicaído, Alain se retiró a la segunda fila, formada por hombres y mujeres, chicos de su edad y chicas que aún no eran mujeres; personas de diferente edad, condición social y procedencia. Pronto le llegó el turno de presentarse ante la castellana Dhuoda. Esta le hizo unas cuantas preguntas que él respondió en voz tan baja que apenas se oyó. La mujer llevaba el cabello cubierto por una limpia tela de lino, pero Alain veía rebeldes mechones pelirrojos que se ondulaban sobre sus orejas y su frente, escapando de su encierro.

—¡Menudo acento! —comentó la castellana al joven clérigo que estaba sentado

junto a ella, ataviado con una sencilla túnica marrón—. Bueno, muchacho, Maese Rodlin podrá darte trabajo en los establos. ¿Siguiente?

—Pero el Hermano Gilles me enseñó las letras. Sé escribirlas con pulcritud.

Al oír esto, el frater levantó la mirada con interés. Tenía unos ojos fieros, como los de un halcón.

—¿Sabes leer? —preguntó.

—No... todavía no, pero estoy seguro de que seré de gran ayuda a los clérigos. Sé contar... —Advirtió que el frater ya había apartado la mirada para observar al siguiente candidato. Desesperado, Alain se volvió hacia la castellana Dhuoda. Nada estaba yendo como había imaginado—. Seguro que recuerda que mi tía Bel le dijo que iba a ser confirmado como...

—Muévete —dijo la mujer. Una joven se adelantó para ocupar el puesto de Alain, de modo que no le quedó más remedio que hacer lo que le ordenaban.

En cuanto llegó a los establos, le encomendaron una tarea que cualquier idiota sabría realizar: llenar una carretilla de estiércol y llevarla a los campos de cultivo. Su único compañero era un muchacho retrasado llamado Lackling. Era un joven larguirucho y patizambo, de aproximadamente su edad, que tenía la mandíbula deformada y no podía formar bien las palabras. Además, era asustadizo y solía quedarse embobado mirando las nubes mientras realizaba su trabajo, pero Alain era incapaz de enfadarse con él.

—Veo que te llevas bien con nuestro Lackling —dijo Maese Rodlin aquella tarde, después de que los jóvenes cenaran queso, pan y una cebolla—. Puedes compartir el pajar con él. Asegúrate de que los nuevos no le molestan demasiado. Es una criatura tan inofensiva que incluso los animales confían en él, pues supongo que saben que es tan estúpido como ellos.

Lackling emitió un extraño sonido con la nariz y recogió las migajas de pan que habían caído al sucio suelo del establo. Con aquel tesoro en sus manos, salió al exterior y se quedó inmóvil, con la mano extendida, mirando el cielo y arrastrando los pies.

Maese Rodlin gruñó, pero no sin piedad.

—Cree que los pájaros vendrán a comer de su mano —comentó—. La diaconisa Waldrada dice que, como buenos daisanitas, es nuestro deber dar cobijo a los débiles. Este muchacho nació aquí, a la sombra del fuerte. Su madre murió durante el parto... y, quizá, habría sido mejor que también él hubiera muerto. Pobre criatura estúpida.

—Yo también nací aquí —dijo Alain—. En la Fortaleza Lavas.

Rodlin le miró con interés.

—¿Quién era tu madre?

Alain se sonrojó.

—No lo sé.

—Ah —exclamó Rodlin—. Fuiste adoptado, ¿verdad? En un pueblo como este, siempre hay alguna mujer que no puede hacerse cargo del bebé que lleva en sus

entrañas y lo da en adopción.

—No me dio en adopción. Murió durante el parto.

—¿No tenía familia? ¿Qué me dices de tu padre?

Alain movió la cabeza. La curiosidad desapareció del rostro de Maese Rodlin y en su lugar apareció una sonrisa de indiferencia: había dado por sentado que era el hijo no deseado de alguna prostituta.

—Bueno, sigue con tu trabajo —continuó—. Se te dan bien los establos, pero no entres en las perreras.

—No hay perros en ellas.

—No, pero los habrá cuando regrese el conde Lavastine. Tan pronto te matan como te ignoran. No olvides mis palabras... y no te acostumbres a pasar por ahí. Mira esta cicatriz —Le mostró una cicatriz blanca que se extendía desde el oído hasta el hombro—. Me hicieron esto y más. Mantente bien alejado de ellos y estarás a salvo.

—¿Por qué tiene unos perros así? —preguntó, pero Rodlin ya se estaba alejando, pues tenía cosas más importantes que hacer que charlar con un mozo de cuadra huérfano de madre.

Lackling, con las migajas aún en la mano, regresó al interior desolado. Alain estornudó y limpió el polvo de heno de sus labios.

—Supongo que no sabes nada de esos perros...

—Moewr —dijo Lackling—. Hroensgueh lakalig.

Alain le sonrió con tristeza. ¿No era autocompasión sentir lástima de sí mismo cuando tenía delante a Lackling, que ya no era un niño y que nunca sería un hombre de verdad? En la aldea de Osna había sido el sobrino de Bel, pero aquí solo era un aldeano de tierras lejanas que no conocía las artes de la espada, que no tenía ningún conocimiento que le avalara ni ningún pariente que pudiera acudir en su ayuda. Por eso le habían convertido en mozo de cuadra y le habían ordenado que abonara los campos. Pero al menos tenía ingenio, fuerza y el cuerpo entero.

—Ven —dijo a Lackling. Le cogió del hombro y lo condujo al exterior, donde el anochecer ocultaba la torre de piedra en una guirnalda de sombra. El último destello del sol iluminó el estandarte que ondeaba sobre la puerta de la empalizada: dos galgos negros sobre un campo de plata, el emblema de los condes de Lavas—. Abre la mano. Voy a ahuecar tus manos en las mías. Ahora tenemos que quedarnos muy quietos...

Permanecieron inmóviles mientras el crepúsculo caía sobre ellos. Los animales se movían y daban coces en los establos, pero el silencio se iba adueñando de la corte a medida que el día llegaba a su fin. Se acercó un gorrión revoloteando entre la penumbra y se posó en los dedos de Alain, que asomaban sobre las pequeñas manos de su compañero. El ave picoteó una migaja... pero Lackling canturreó de alegría y el pájaro escapó.

—Shh —dijo Alain—. Tienes que estar muy quieto.

Esperaron de nuevo. Pronto se acercó otro gorrión, y un tercero, y se comieron

todas las migajas mientras Lackling lloraba de alegría, en completo silencio.



Mientras hiciera lo que le pedía, Maese Rodlin trataba a Alain con indiferencia. De hecho, durante aquel primer mes, todo el mundo le trató con indiferencia. Alain observaba cuando los demás jóvenes se enzarzaban en disputas que solían acabar a puñetazos (aunque una de ellas se zanjó con una puñalada); observaba con atención y con vergonzosa curiosidad cuando los soldados flirteaban con las criadas y se escabullían con ellas a algún rincón oscuro del pajar; y observaba a los hombres más experimentados cuando preparaban sus armas y perfeccionaban sus técnicas de combate.

El Día de Santa Kristine, la santa mártir de la ciudad Gent, una mujer ataviada con la capa y el emblema de las Águilas del rey les visitó para entregar un mensaje al conde. Aquella noche, durante la cena que se celebró en el pabellón, Alain advirtió sorprendido que la conversación que mantenía el Águila con la castellana Dhuoda degeneraba en una disputa.

—No se trata de ninguna petición —dijo el Águila con evidente indignación—. El rey Henry espera que el conde Lavastine le atienda en su marcha. ¿Me estáis diciendo que el conde se niega?

—Os estoy diciendo —dijo Dhuoda con voz calmada—, que le enviaré un mensaje con el sargento Fell cuando parta junto a sus hombres dentro de dos días. El conde Lavastine regresará a finales de verano y estoy segura de que actuará tan pronto como le sea posible.

—Podrías enviar a ese sargento y a sus hombres conmigo. Sería un buen modo de convencer al rey Henry de la lealtad del conde.

—Solo él puede tomar esa decisión —Dhuoda hizo una señal para que trajeran más cerveza. A estas alturas, Alain se había dado cuenta de que el vino estaba reservado para las visitas más privilegiadas, y era evidente que el Águila del rey no lo era—. Los Eika han quemado un monasterio y dos aldeas esta primavera, de modo que el conde necesita a todos los hombres de este condado que sean capaces de pelear y proteger sus tierras. Sin embargo, os aseguro que incluiré todo lo que habéis dicho en el mensaje que escriban mis clérigos.

Todos los presentes, incluida el Águila, sabían que las respuestas de Dhuoda eran legítimas, pero también elusivas.

Cuando el Águila partió al día siguiente, aún parecía enfadada. Un día después, el sargento Fell y sus hombres se pusieron en marcha. Los caballos y el ganado restante (algunos caballos de tiro, los burros, un viejo caballo de batalla y una vaca coja que aún daba leche) fueron llevados a los campos de pastura. La mayoría de los aldeanos

trabajaban los campos, cultivaban sus huertas o recogían fruta en el bosque que crecía más allá de los campos de cultivo. Los pocos criados que quedaban en la fortaleza realizaban sus obligaciones con tal eficiencia que tenían tiempo de sobra para beber y charlar durante las largas y acogedoras tardes.

Nadie molestaba a Alain ni nadie se preocupaba de que realizara su trabajo. Cada noche, tumbado junto a Lackling en el pajar que descansaba sobre los establos, acariciaba el Círculo de Unidad que tía Bel le había dado y los suaves pétalos de la rosa que colgaba de su cuello. ¡La visión de la montaña Espalda de Dragón ahora le parecía tan distante! Estaba dispuesto a creer que solo había sido una ilusión, provocada por la tormenta y el pesar, pero la rosa de color rojo sangre que llevaba al cuello, escondida bajo la camisa, seguía estando fresca como el primer día.

El mes transcurrió tranquilo. Alain, que había sido educado por un navegante, contemplaba los cielos cuando la noche era clara. La luna menguó, creció y menguó de nuevo. Lackling le enseñó brillantes claros escondidos en lo más profundo del bosque, donde crecían los mejores arbustos de bayas, y juntos encontraron un sendero que se adentraba en las colinas, pero Lackling se asustó y le obligó a dar media vuelta.

Cuando Alain preguntó a Maese Rodlin si conocía algún viejo sendero que discurriera por el bosque, este le respondió que había unas ruinas antiguas en lo alto de la colina y que más de un incauto se había roto una pierna o un brazo encaramándose a sus derrumbados muros. Al igual que las perreras, incluso un retrasado evitaría aquellas ruinas.

Ahora que los establos estaban prácticamente vacíos, a Alain le encargaban las peores tareas, aquellas que nadie quería hacer. Cada vez pasaba más tiempo en los vacíos establos, mirando al infinito apoyado en una pala. El momento en que la Dama de las Batallas le había investido con su terrible espada en lo alto de la Espalda de Dragón no le parecía más que un sueño. ¿Cómo era posible que hubiera sido elegido para una gesta importante? ¿O acaso cavar letrinas lo era?

—¡Ah! ¡Ahí está! —dijo una voz femenina. Entonces se oyó una risita nerviosa.

Alain giró sobre sus talones. Dos de las doncellas que trabajaban en las cocinas se habían detenido en la puerta del establo, que estaba abierta para que entrara el aire. La luz fluía a su alrededor, salpicando de motas de polvo su cabello despeinado. El heno que revoloteaba desde el desván se asentó en los cubos vacíos que transportaban. Una de las muchachas estornudó y la otra rio de nuevo.

Sonrojándose, Alain avanzó hacia ellas con paso firme y salió al exterior. No estaba dispuesto a que le intimidaran un par de doncellas de su edad, unas muchachas que jamás le habrían mirado si en la fortaleza hubiera habido más hombres solteros que Lackling y el viejo Raimond.

Cuando pasó junto a la joven de ojos azules, esta bajó un poco el hombro para que el vestido resbalara y mostrara una seductora extensión de carne.

Alain avanzó con torpeza.

—Te llamas Alain, ¿verdad? —preguntó Ojos Azules.

Sabía que solo quería burlarse de él, pero no pudo evitar responder.

—Sí. —Era consciente de lo sonrojado que estaba.

—¿Has oído hablar de las ruinas que hay detrás de la colina? —preguntó Ojos Azules, enderezándose. Su amiga, cuyos ojos eran de un anodino color avellana, rio de nuevo y se tapó la boca con una mano para ocultar sus torcidos dientes.

—Sí, he oído hablar de ellas —respondió Alain con cautela.

—Withi, no te atreverás a hacerlo —dijo su amiga, con voz entrecortada.

Ojos Azules la miró con desdén.

—No seré yo quien no se atreva —volvió a mirar a Alain—. ¿De dónde eres?

—De la aldea de Osna —respondió con orgullo, pero las jóvenes le miraron con expresiones vacías, pues jamás habían oído hablar de aquel lugar—. También se llama Espalda de Dragón, por la montaña que...

Por alguna razón, estas palabras provocaron un ataque de risa en las chicas, como si hubiera dicho algo indecente.

—¿Ahora se llama Espalda de Dragón? —preguntó por fin Ojos Azules. Era la más bonita de las dos, aunque tenía una herida en carne viva en el labio y en su cabello había más mugre que color—. Subiré a las ruinas al anochecer, esta tarde. ¡Dicen que la víspera del Solsticio de Verano los fantasmas de los daimones caminan por la tierra! —Pestañeó y, llevándose las manos a los labios, los movió de forma provocativa. Alain se esforzó en mantener la calma, pero sabía que se estaba sonrojando de nuevo. Withi era una de las muchachas que los soldados solían llevar al pajar. Hasta el día de hoy, nunca había tenido tiempo para él.

Respiró hondo.

—En el sermón de la semana pasada, la Diaconisa Waldrada dijo que no fueron diablos ni daimones quienes construyeron aquellas ruinas. Dijo que fueron construidas, hace mucho tiempo, por el pueblo del viejo imperio Dariyano, antes de que Taillefer fuera emperador de estas tierras. Que fueron construidas por hombres como nosotros, o por duendes.

—¡Oh! ¡Qué joven más instruido! ¿Acaso tu padre fue el abad del monasterio «Espalda de Dragón» y hacía la espalda de dragón con alguna doncella dulce e inocente de la aldea? —Soltó una carcajada y Dientes Torcidos también rio.

—¡Mi padre es mercader! Es un hombre bueno y decente que sirvió al viejo conde. Y los hermanos del Monasterio Cola de Dragón están muertos; fueron asesinados esta primavera durante el ataque de los Eika. La Dama desprecia a aquellos que se ríen de las desgracias ajenas.

—¡Eh! —dijo Dientes Torcidos, con desdén—. Hablas como un clérigo. Te crees demasiado bueno para nosotras, ¿verdad? Me marchó, Withi. —Giró los cubos con muchas florituras y se alejó, en dirección al pozo.

Withi se demoró unos instantes.

—De todos modos, voy a ir. —Empezó a seguir a su compañera, pero se detuvo y,

girándose, le dedicó una sonrisa—. Si no te da miedo, puedes reunirte conmigo allí. Puede que te enseñe algo que no has visto en tu vida. —Miró a Dientes Torcidos y gritó—: ¡Espérame!

Cavar letrinas era un trabajo tan asqueroso que se sintió aliviado cuando Maese Rodlin le llamó. El sargento Fell había regresado a la fortaleza acompañado por un regimiento de soldados y tenía que ayudar a descargar el carromato. Antes de la cena, se lavó la cara y las manos y limpió sus botas.

La castellana Dhuoda había cabalgado hacia el este para escoltar a la esposa del primo de Lavastine, que pasaría el resto del embarazo en la Fortaleza Lavas. Debido al calor estival y a la ausencia de nobles en la fortaleza, Cook había preparado dos mesas en el exterior, detrás de las cocinas. El regimiento de soldados ocupó una mesa entera y, jactándose de sus grandes proezas, dio cuenta de la cena, consistente en pan de maíz, sopa de guisantes, pescado asado y bayas del mismo sabor. El sargento Fell, sentado a la cabecera, toleraba el buen humor de sus hombres.

Lackling estaba solo en el extremo de la otra mesa, colocada junto a la primera. Si los soldados no hubieran estado tan ocupados flirteando con Withi, Dientes Torcidos y una mujer de cabello negro, probablemente se habrían burlado de él. Alain se sentó junto al muchacho que, a modo de saludo, le dedicó una sonrisa y una de sus incomprensibles frases.

—Entonces —dijo el sargento Fell, prosiguiendo con su relato. Tenía una impresionante cicatriz en la mejilla izquierda que no había estado allí cuando partió con sus hombres—. El conde nos dice que tenemos que cabalgar hacia el este para unirnos en la marcha del rey...

—¡No! —exclamó Cook—. ¡No puede ser cierto! ¿El conde Lavastine ha decidido jurar lealtad a Henry?

Alain contuvo el aliento. Aunque no había terminado la sopa, dejó la cuchara sobre la mesa para escuchar con atención.

—No lo creo —dijo el Sargento—. Creo que solo quería conseguir la ayuda de Henry, pues los ataques que ha sufrido han sido terribles. De todos modos, no pudo hacerlo porque llegó un muchacho del oeste anunciando que los Eika habían atacado de nuevo.

Cook se acarició la barbilla.

—Pero si ya han quemado los dos monasterios de la costa. Creía que no había nada más en la región que fuera lo bastante rico para tentarles.

—Y en la costa no hay nada más, pero si navegan por el río Mese encontrarán el Monasterio de San Sydonios, que cuenta con las generosas donaciones del abuelo del conde... y si prosiguen su camino llegarán a esta fortaleza.

—Cuando yo era un muchacho —dijo el viejo Raimond con voz quejumbrosa—, cumplíamos las leyes de la Iglesia. Nuestra fe bastaba para mantener a esos bárbaros alejados de Varre. —Golpeó la mesa con su jarra de estaño para dar énfasis a sus palabras—. Pero eso fue antes de que Henry ocupara un trono que no le pertenecía.

Cuando yo era joven, los Eika arrasaban con todo a su paso y solo dejaban las ruinas. Incluso los salianos venían por aquí, huyendo de ellos. —Raymond era tan anciano que su cabello y su barba no eran más que mechones sueltos de cabello rizado—. En aquel entonces, la última hija de Taillefer seguía con vida y aunque era obispa, ni sus oraciones ni los soldados del rey saliano lograron expulsar a los Eika. Al final tuvieron que pagarles. —Cloqueó, encantado por esta muestra de desagrado del Señor y la Señora hacia los salianos—. ¡Aquellos sí que eran tiempos difíciles!

Uno de los soldados rio.

—¿Cómo es posible que sepáis algo sobre lo que ocurrió en Salia si jamás habéis puesto un pie fuera de la Fortaleza Lavas? —espetó. Satisfecho con su réplica, pidió más cerveza.

El sargento Fell le pegó una colleja.

—¡No seas insolente, Heric! Debes tratar con respeto a los ancianos, ¿entendido? ¡Me sorprendería que llegaras a vivir tanto tiempo! —Los demás soldados se echaron a reír—. Mi viejo tío decía lo mismo: que el rey de los salianos tuvo que pagar a los Eika para que se marcharan y que estos solo se fueron después de haber saqueado las zonas rurales. Cook, no sé qué debemos hacer con respecto a *lady* Sabella y su estandarte, ni con respecto a la marcha del rey. Lo único que sé es que, por petición del conde, debemos visitar a la obispa Tierra para pedirle el oro de la iglesia, pues necesitamos más carromatos y más provisiones. Este año hay demasiados ataques y el conde Lavastine necesita ayuda.

Withi se detuvo junto al sargento y se inclinó hasta rozarle con el vestido.

—¿Es cierto que los Eika son la prole del dragón? ¿Que tienen garras y la piel escamosa como las serpientes?

Alain se estremeció. El interés de Withi le parecía vulgar.

—He oído una historia peor —anunció el Sargento, apoyando una mano en la cadera de la doncella—. Pero no sé si serás lo bastante valiente para escucharla.

—¡Lo soy!

El hombre sonrió.

—Bien, entonces te la contaré. En cierta ocasión me contaron que los Eika surgieron de la magia impura y de una maldición: uno de los grandes dragones fue asesinado y, mientras yacía agonizante, maldijo a todo aquel que osara profanar su cadáver. Todas las mujeres de la aldea habían oído historias sobre el gran poder del corazón del dragón... un poder que, según se decía, podían utilizar para hechizar a cualquier hombre que desearan. Por este motivo, abrieron en canal el cuerpo del dragón y extrajeron su corazón, que estaba cubierto de sangre y tan caliente que humeaba. Lo cortaron en varios trozos para repartirlo.

—¿Y se lo comieron? —Withi hizo una mueca a la vez que se separaba del sargento.

—Hasta la última migaja —Todos los presentes escuchaban silencio—. Pronto, todas esas mujeres quedaron embarazadas... y cuando dieron a luz, de sus entrañas

salieron monstruos.

Todos dieron un respingo al oír esta palabra. El Sargento cloqueó, complacido por el éxito de su relato.

—Y se dice que esos monstruosos bebés escaparon al norte y que nadie volvió a verlos jamás... hasta que las criaturas que conocemos como Eika llegaron con sus ataques.

—Yo vi el cadáver de uno —dijo Raimond, impávido—. No tenía garras, pero su piel era dura como el cuero y brillaba como el oro pulido.

El joven Heric cloqueó.

—¡Como el oro pulido! ¡Seguro que era la armadura que había robado a algún cadáver saliano! He oído decir que secuestran a las mujeres... —Se interrumpió en este punto para mirar a Withi de arriba abajo, con una sonrisa en los labios— ¿Pero para qué iban a necesitar a una mujer si realmente fueran la prole del dragón? Son solo hombres, como nosotros.

—¡Oh! —exclamó Withi, con desdén—. Y supongo que también crees que las viejas ruinas que hay en lo alto de la colina fueron construidas por hombres idénticos a nosotros y no por daimones y demonios y otras criaturas impías.

—Shh, Withi —dijo Cook, con voz enérgica.

Heric rio. Algunos de sus compañeros le imitaron, pero no el Sargento.

—Se nota que todavía no has visto a los Eika, Heric —dijo este—, pues de otro modo no reirías. No es prudente reírse de aquellas cosas que han dejado en la tierra unas criaturas que no conocemos.

Un silencio indefinible se cernió sobre los presentes, que escuchaban con tensa atención.

—He oído decir —continuó Withi, desafiante—, que si una persona sube a las ruinas en la víspera del solsticio de verano, puede ver los fantasmas de aquellos que las construyeron.

—Iré contigo —dijo Heric, guiñando el ojo y dando codazos a sus compañeros—, solo para ver lo que queda.

Todos rieron con disimulo y tosieron.

—No bromearías si hubieras estado allí —dijo Raimond, haciéndose eco de las sombrías palabras del sargento—. Oh, lo recuerdo con claridad. En aquella época, una muchacha subió a las ruinas en la víspera del solsticio de verano. Fue un desafío. —Miro a Withi con dureza—. Regresó al amanecer, trastornada y embarazada, como supimos en su debido momento. Y murió mientras daba a luz al niño que había engendrado en aquellas ruinas. —Con manos temblorosas, cogió la taza por el asa y golpeó con ella la mesa, para dar énfasis a sus palabras.

—¿Qué? —se burló Heric—. ¿Fue la mujer que dio a luz a Lackling?

—No... y no te rías, muchacho. Uno de los hombres del condado se llevó al niño.

—Escúchame con atención, Heric —dijo Cook con gran aplomo—. Lo que dice Raymond es cierto. Además, no hace tanto que ocurrió, pues esa mujer y yo fuimos

amigas en nuestra infancia. Era una niña morena y hermosa. Sus padres llegaron desde Salia huyendo de los ataques de los Eika. A pesar de que todo el mundo le dijo que no lo hiciera, subió a las ruinas y me dijo... —En este punto, la voz de Cook se convirtió en un susurro y todas las conversaciones se desvanecieron como un copo de nieve al fuego. Los presentes se inclinaron hacia delante para escuchar—. Me dijo que la sombra de un príncipe élfico, uno de Los Perdidos, había yacido con ella en la cámara del altar y que el niño que llevaba en sus entrañas le pertenecía. —Nadie, ni siquiera Heric, emitió sonido alguno—. Pero el Señor y la Señora no conceden sus favores a aquellos mortales que tienen tratos con Los Perdidos, porque estos no son creyentes, así que la mujer tuvo que pagar por lo que había hecho y murió tres días después de dar a luz al bebé.

Alain miraba fijamente a Cook. El sargento Fell había contado una historia para asustar y sorprender a Withi, pero el relato de Cook era completamente distinto. Sin duda alguna, estaba contando la verdad, pues tenía edad suficiente para ser su madre. Alain era moreno y tenía unos rasgos más afilados, o eso era lo que solían decirle sus vecinos de Osna. ¿Sería su madre la muchacha saliana de cabellos morenos? ¿Sería su padre la sombra de las ruinas, uno de los Perdidos? Eso explicaría que la Dama de las Batallas se hubiera mostrado ante él. Además, siempre se había sentido diferente. Se decía que los duendes eran daimones porque, a diferencia de los hombres mortales, no morían por el paso natural de los años; además, si perdían la vida en un accidente o sufrían una muerte violenta, no viajaban a la Cámara de la Luz, sino que estaban condenados a vagar por este mundo como sombras oscuras durante toda la eternidad.

—De todos modos voy a ir —insistió Withi.

—Yo también iré —dijo Heric, mirándola con lascivia.

—No lo haréis —replicó el Sargento—. Y es una orden. No tenemos tiempo que perder. Al amanecer partiremos en busca de la obispa Thierra.

—Ningunos de vosotros es lo bastante valiente para ir —les desafió Withi, sacudiendo la cabeza.

—Yo iré —dijo Alain, sorprendido de que su voz sonara tan fuerte en aquella tarde infinita de verano que se fundía con el largo y brillante atardecer.

Todos le miraron. La mayoría de los soldados le miraron y rieron, pues era el único que estaba sentado junto a Lackling y estaba casi tan sucio como él.

El Viejo Raimond resopló pero no dijo nada.

—¿Quién es ese jovencito? —preguntó Heric—. Le crece un poco de barba en las mejillas, pero eso es lo único que tiene de hombre... —Fue el único que se rio de su propio chiste.

—Es el mozo de cuadra —respondió Cook, con cortesía.

Todos le prestaban atención, pero Alain hubiera preferido pasar desadvertido. Se sentía cómodo en el anonimato. Bajó la mirada y miró fijamente la mesa.

—¡Es el único que tiene valor para subir a las ruinas! —dijo Withi.

—¡Heríc! —El Sargento parecía preocupado—. Si pretendes comportarte como un estúpido, haré que te azoten por la mañana. Ven aquí, muchacha. Se me ocurre una idea mejor para que pases la noche entretenida.

Alain levantó la mirada para ver que el Sargento tiraba de la muchacha hacia él, pero Withi le apartó de un empujón. La obstinación se dibujaba en su rostro.

—Os podéis reír todo lo que queráis, pero voy a ir.

Heríc se levantó.

—No permitiré que ningún mozo de cuadra...

—¡Heríc, siéntate o te azotaré aquí mismo!

Heríc vaciló entre el orgullo ebrio y el temor a una humillación inmediata, pero finalmente se sentó.

Lackling eructó sonoramente y, cuando todos rieron, parpadeó con alegría. El sargento Fell continuó hablando sobre los ataques de los Eika y los planes del conde para proteger sus tierras y aldeas costeras.

Alain se escabulló mientras el sargento describía la última aldea devastada y les contaba que corrían rumores de que un convento que se alzaba en el este, más allá de la frontera de Wendar, había sido atacado por los Eika. Había oído que todas las monjas y seglares habían sido violadas y asesinadas excepto la anciana abadesa, a la que habían dejado en libertad tras mutilarle los pies, para que recorriera el largo y doloroso camino que conducía a la aldea más cercana.

Ya estaba oscureciendo; las estrellas empezaban a cobrar vida en el cielo. La historia que había contado Cook tenía que ser cierta... pero solo podría conocer la verdad si visitaba las ruinas la noche que regresarían las sombras de sus antiguos constructores.

Se cambió de camisa (tía Bel era demasiado orgullosa para permitirle marchar con solo una) y se puso encima la vieja túnica de lino. Tras vacilar unos instantes, pidió prestado un fanal. Armado con un grueso palo que cogió de los establos, se puso en marcha por el camino que ascendía hacia las arboladas colinas, serpenteando entre los muros y las cuatro torres de madera de la Fortaleza Lavas. No vio ni oyó a Withi por ninguna parte. Avanzó en soledad, acompañado tan solo por los sonidos de las criaturas nocturnas: el ulular de un búho, el aleteo de un pájaro, un chillido, un frenético susurro entre la maleza.

La noche era terriblemente oscura y no había luna, pero las estrellas brillaban con intensidad. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. No deseaba encender aún el fanal, pues el aceite era demasiado precioso. El largo camino ascendía por la montaña y se internaba en el frondoso bosque. Cuando el sendero le dejó en los límites del bosque, delante de las ruinas, la brillante estrella roja del este, conocida como el Ojo de la Serpiente, ya brillaba en lo alto.

El bosque acababa de repente, en una extraña fila de árboles centenarios que se alzaban al borde del claro. En el prado que se extendía más allá no crecía ningún árbol, a pesar de que las ruinas llevaban siglos allí, desde antes de los tiempos del

emperador Taillefer, desde la época en que Daisan el bendito, pisó por primera vez la Tierra llevando su mensaje a los fieles. En este lugar había algo antinatural.

De repente tuvo la impresión de que las piedras sentían su presencia.

Un muro exterior de piedra casi tan alto como él rodeaba las ruinas. La escarpada montaña se alzaba detrás y los árboles se diseminaban por sus laderas. Este lugar estaba más silencioso que el bosque. Mientras miraba, una sombra revoloteó sobre su cabeza y desapareció entre los árboles. Sujetó el palo con más fuerza y avanzó con cautela por el terreno desigual, hasta un hueco que había en la pared. Parecía una vía de salida o una entrada de servicio (o quizá, algo más arcano e inescrutable), pero la piedra derrumbada lo había bloqueado parcialmente. Si una puerta había cerrado aquel hueco, ahora había desaparecido. Se encaramó con cautela a lo alto del muro para contemplar las ruinas.

La piedra emitía un pálido brillo similar a la fosforescencia de la espuma y las algas de las aguas que bañaban la Bahía de Osna; las estrellas brillaban con misteriosa intensidad. Algunas de las pocas constelaciones que le había enseñado su padre (que, como marinero, necesitaba también ser navegante), centelleaban con un brillo espectral, como si algún poder invisible hubiera invocado un fuego más brillante en sus profundidades.

Por las ruinas se agitaban más sombras de las normales; sombras que cubrían el suelo en ángulos extraños que era imposible que proyectaran sus muros derrumbados. El aire se agitaba. Oyó un suave sonido...

Se quedó paralizado al ver que una forma silenciosa sobrevolaba las ruinas, pero al instante se relajó, pues solo era un búho.

Permaneció allí largo rato, manteniendo un equilibrio precario sobre el derrumbado bloque de piedra, sin hacer otra cosa que mirar a su alrededor. Ahora sabía que no era una buena noche para pasearse por aquellas ruinas, pero necesitaba ver la cámara del altar para comprobar si sentía un vínculo, si sentía la llamada de la sangre. Encendió el fanal y parpadeó sorprendido, pues las sombras que cubrían el suelo y las paredes cambiaron bajo su resplandor.

De pronto comprendió qué estaba viendo.

No estaba viendo las sombras de las ruinas que se diseminaban por el claro, sino las sombras de lo que fueron en la antigüedad. La pálida luz del fanal y el destello de la piedra iluminaban las sombras de los edificios como si aún se alzaran en todo su esplendor.

La filigrana de arcos, columnas y muros que se extendían como sombras imposibles por el suelo era la proyección de la vieja fortaleza, que había cobrado vida en la víspera del solsticio de verano. Había cuatro edificios: uno al oeste, otro al sur, uno al este y otro al norte. Justo en el centro se alzaba un quinto edificio circular. Todos ellos estaban unidos por arcadas.

Una rama restalló en el bosque que se alzaba a sus espaldas. Se agazapó contra la piedra y miró atrás. Nada ni nadie apareció en el claro, pero advirtió algo extraño: la

sombra del muro exterior, el más próximo a los árboles, seguía siendo la sombra del muro en ruinas, deteriorado por el paso del tiempo y las Manos del Señor y la Señora. El hechizo, si realmente era eso, solo tenía lugar en el interior de las ruinas.

Descendió de la roca y avanzó lentamente hacia la antigua fortaleza. Bordeando las sombras de paredes que no existían, vio que la construcción de este lugar era superior a la del muro exterior, del mismo modo que el valiente corcel del conde era superior al viejo asno que Lackling y él enganchaban a la carreta para transportar el estiércol a los campos.

La hierba crecía entre las grietas del suelo. Se arrodilló y deslizó los dedos sobre una superficie de piedra demasiado lisa para ser obra del hombre, incluso vieja y rota como estaba ahora. La pared del edificio más próximo le llegaba por la cintura y era de una piedra tan negra como la brea. Acercó el fanal al muro y lo examinó bajo su luz. En la piedra habían tallado rígidas formas de criaturas con cuerpo de mujer y cabeza de halcón, serpiente o lobo, cuyos ojos brillaban como gemas en llamas. El edificio central resplandecía con gran intensidad al final de la avenida. Su piedra blanca parecía alcanzar los cielos y tocar las constelaciones soberanas (la Espada, la Vara, la Copa y la Reina, cuyo arco apuntaba hacia el Dragón), atrayendo su luz mediante hilos invisibles y proyectándola de nuevo como luminiscencia.

Aquel edificio circular y blanco albergaba el altar.

Una sombra se separó de una pared lejana. Alain se puso en pie de un salto, pero al instante se quedó paralizado. No era Withi.

La sombra, que caminaba con la forma de un hombre, se dirigía hacia la cámara del altar.

Pero aunque era alta y esbelta, la sutil gracia con la que caminaba y el extraño corte de su ropa revelaban que no era un hombre. La figura se detuvo ante la sombría entrada del edificio y se giró lentamente, observando las ruinas. Su mirada pasó sobre Alain como si no hubiera percibido su presencia.

Tenía una maravillosa e inquietante consistencia, en parte sombreada y en parte real. Estaba muy oscuro, pero Alain podía ver sus rasgos con claridad. Tenía el rostro delgado, la tez bronceada y unos ojos profundos y viejos bajo una melena morena.

¡Era moreno, como él!

Iba afeitado o era imberbe, a pesar de que un verdadero hombre debía lucir barba. Vestía una fina coraza de metal, decorada con bestias entrelazadas, sobre una camisa de cuero que finalizaba en sus muslos. Debajo de esta llevaba una túnica de lino sencilla y sostenía una capa blanca sobre su brazo izquierdo. Estaba buscando a alguien... o iba a reunirse con alguien.

Alain oyó el susurro de unos pasos indecisos. A su izquierda, por un hueco de la piedra, vio aparecer la forma opaca de una mujer. Su plúmbea pesadez le indicó que era mortal, como él. La mujer miró a su alrededor. Sus ojos se deslizaron sobre la sombra, sin verla, y encontraron a Alain... o el fanal.

—¿Alain? —preguntó en voz baja, nerviosa—. ¿Eres tú?

El muchacho dio un paso adelante. La sombra le imitó y sus miradas se encontraron.

Se sentía mareado. Oía el sonido distante de las llamas y percibía un intenso olor a humo.

—¿Adónde ha ido Liathano? —La sombra ahora llevaba una lanza en la mano, afilada y letal, pero la sostenía en alto.

—No... no lo sé —tartamudeó Alain. No podía apartar la mirada de los ojos de la sombra. Centelleaban, al igual que el edificio del altar y el fino contorno de su cuerpo, más en dorado que en blanco. Oyó cascos de caballos que iban al galope, un grito distante, un débil cuerno atrapado en el viento...

—No eres de la sangre —dijo la sombra de repente, levantando la lanza desafiante—... pero tienes que serlo, ¿pues de qué otro modo podrías estar aquí? ¿Cómo te llamas? ¿Quién es tu madre? ¿Cómo has venido?

Aunque era incapaz de apartar los ojos de la sombra, su visión periférica le permitía ver las formas de los edificios. Se alzaban hacia el cielo, hermosos y sorprendentemente delicados para ser unas estructuras de piedra tan descomunales. Pero ahora, las llamas proyectaban su rojizo color sobre ellas. Estaban ardiendo. El humo ascendía ondeando y el viento barría el denso olor del aceite, frotando su rostro. Tosió.

Realmente era un príncipe perdido. Alain por fin comprendía qué estaba viendo: la destrucción final de la fortaleza. Los sonidos de la batalla, la terrible música del destino, cada vez estaban más cerca.

—Me llamo Alain —dijo, deseoso de ayudar, aunque sabía que la fortaleza estaba condenada. ¿Qué podía hacer? ¿Quién era Liathano? ¿Sería esta sombra su verdadero padre?—. No sé cómo he llegado aquí ni quién es mi madre.

—Eres un hombre —dijo el príncipe, abriendo los ojos con elegante desconcierto—. Sin embargo, has sido marcado. Ojalá dispusiéramos de tiempo para desentrañar este enigma.

Levantó la barbilla y apartó la mirada como si alguien le hubiera llamado.

Una voz chilló aterrada. Alain se tambaleó y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Eres tú, Alain!

A través del dolor que sentía en las sienes, la oyó correr hacia él por el agrietado pavimento.

—¿Has visto eso? ¿Has oído eso? —Withi se abalanzó sobre él con la fuerza de su temor. El fanal se le cayó de las manos y se apagó con un chispazo—. ¡Eran completamente negros y corrían por el cielo como los perros del conde, pero aullando de hambre! ¡Si nos hubieran atrapado, nos habrían devorado!

El calor de su cuerpo contra el suyo hizo que la niebla de su mente se disipara. Withi siguió hablando sobre ojos rojos y perros de seis patas, pero Alain la apartó de un empujón, recogió el fanal y corrió hacia el edificio del altar. La sombra había desaparecido.

—¡No entres ahí! —gritó Withi al ver que cruzaba el umbral vacío.

Pero no había nada en su interior, nada excepto el resplandor de las derrumbadas paredes y una piedra ovoide de pálido mármol (lo que personas como Cook llamarían altar) incrustada en el suelo, en el centro de la sala. No había nada más que hierbajos y un arbusto silvestre cuyas hojas cerúleas dejaron un limo pegajoso en sus dedos. Oyó lloros en el exterior y el sonido de los pasos de Withi alejándose a todo correr por la erosionada avenida.

Se sentó en el altar de piedra.

Este fortín del viejo imperio Dariyano se había alzado en toda su gloria muchísimo tiempo atrás y durante muchísimos años... aunque ignoraba cuántos, pues los Perdidos vivían muchos más años que los hombres. Al final había ardido en llamas mientras el príncipe perdido buscaba a su Liathano y los caballos se alejaban al galope en una noche que el fuego había teñido de rojo.

La brillante piedra se desvaneció entre las sombras; tan estrellas perdieron su milagroso hechizo y se deslizaron hacia el oeste en su giro infinito. Alain se llevó una mano a la cara y descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Una sombra pasó volando sobre su cabeza, pero solo era el búho, cazando en la noche.

El verano pasó. Alain no tuvo ánimos para regresar a las viejas ruinas, pues sabía que las encontraría vacías, que allí no encontraría respuestas. Withi ya no le hablaba y, cuando la miraba, recordando la fuerza con la que le había abrazado, sabía que hablaba de él a los demás. La amargura le carcomía por dentro.

Ningún otro incidente alteró la calma de los largos días estivales. El trigo fue cosechado, la cebada no tardó en madurar y la castellana Dhuoda regresó a la fortaleza acompañada de la esposa de Geoffrey, el primo de Lavastine. *Lady Aldegund* era una muchacha de unos quince años que llegó a Lavas desfallecida, tanto por la extenuación como por el avanzado estado de su embarazo. Un jornalero errante que viajó hasta Lavas para la cosecha le dijo que había estado en la aldea de Osna el mes anterior, que tía Bel y su familia estaban bien y que le habían dado trabajo durante tres días, transportando piedra para las muelas desde la cantera hasta el taller.

El día de Santa Tiana la alegre, santa mártir de la ciudad de Bens, llegó un mensajero a la fortaleza. Alain estaba en el cobertizo apilando los fardos de heno de la segunda cosecha recolectada en los campos meridionales.

El hombre llevaba un sucio harapo blanco y manchado de sangre alrededor de la cabeza, para ocultar el ojo y la oreja derechos, y vestía ropas harapientas y llenas de remiendos. Detuvo su montura junto al pabellón y avanzó cojeando. Alain tardó un buen rato en reconocerlo: era Heric, el presuntuoso soldado que había pasado la víspera del solsticio de verano en la fortaleza. Ahora, el joven había perdido todo su brillo.

Alain se apoyó en la barandilla que rodeaba el lado abierto del cobertizo y escuchó a Heric, mientras este entregaba su mensaje a la castellana Dhuoda y al clérigo que siempre la acompañaba. La gente se congregó a su alrededor para oír las noticias.

—La campaña ha concluido por esta temporada —anunció, con voz vivida y penetrante—. Los vientos están cambiando y los Eika han zarpado hacia el norte para pasar el invierno en sus hogares. Han atacado toda la costa. Aquí, tres de sus naves quedaron atascadas en el Vennu cuando se retiró la marea. Construyeron una empalizada, pero el conde, implorando la Gracia de Nuestro Señor y Nuestra Señora, dirigió el ataque. ¡Los vencimos! —Se golpeó la palma de la mano con el puño y

sonrió por primera vez—. Incluso sus perros retrocedieron ante nosotros, aún siendo más feroces que sus amos, pues se comen de buena gana a todo aquel que esté al alcance de sus colmillos. —Su audiencia murmuró satisfecha por este macabro detalle. Heric continuó—: Masacramos a los Eika como si fueran ovejas... y es cierto que tienen la piel muy dura, tan dura como el cuero y tan brillante como si hubiera salido de la forja de un herrero. No parecen ser hijos de criaturas decentes, como nosotros. Aquellos que lograron escapar hacía las llanuras quedaron atrapados cuando subió la marea y sus espeluznantes perros desaparecieron con ellos.

—He oído decir que son cambiaformas —dijo Cook, cuyo rango había permitido que le abrieran paso hasta el frente—. Hombres pez.

Heric se encogió de hombros y la expresión triunfal de sus ojos desapareció. Ahora solo parecía agotado.

—En el agua se ahogan igual que nosotros. Si alguno de ellos logró alejarse a nado... bueno, yo no lo vi. Tenemos un rehén, un príncipe de su raza. Lord Geoffrey quería matarlo, pero el conde, sabio como siempre, dijo que sería mejor tener algo por lo que quisieran pagar un rescate y no algo por lo que quisieran vengarse. Lo están trayendo aquí, enjaulado, con los perros del conde atados a las barras de su jaula para que nadie pueda entrar ni él pueda escapar. —Se estremeció y trazó el Círculo de Unidad en su pecho.

La castellana Dhuoda recorrió con la mirada el patio de la fortaleza, tomando nota de todos aquellos que habían desatendido sus obligaciones para escuchar el relato del mensajero.

—¿Cuándo llegará el conde?

—En cinco días. Les saqué una gran ventaja, pues el verano ha sido largo y ha habido demasiadas batallas. Todos estamos ansiosos por regresar a casa.

—Id con Cook; ella os dará de comer. —Dhuoda asintió bruscamente a la mujer, que se apresuró a regresar a las cocinas—. Después vendréis a verme... ¿Podéis repetirme vuestro nombre? Quiero que me hagáis un informe más detallado.

Su mirada se deslizó de nuevo entre los holgazanes. Alain, que estaba medio escondido, vio que todos se alejaban con rapidez. Él permaneció donde estaba.

Cuando el patio quedó desierto, Dhuoda indicó al mensajero que aguardara unos instantes.

—¿El conde os dio alguna instrucción sobre dónde deseaba que fuera confinado el príncipe Eika? ¿Abajo, quizá? ¿O en alguna de las cámaras de la torre?

—No sabría responderos, señora —replicó Heric, agachando la cabeza. A Alain le maravillaba lo mucho que había cambiado el joven soldado desde el solsticio de verano—. Creo que desea encerrarle con sus perros de caza. Le oí decir que, quizá, el príncipe Eika sabía encontrar algún medio sobrenatural de escapar.

La castellana mantuvo su plácida expresión, pero el frater trazó el Círculo sobre su pecho, como si deseara protegerse de un mal augurio.

—Eso es todo —dijo Dhuoda—. Podéis iros.

Heric inclinó la cabeza en señal de respeto y se alejó cojeando hacia las cocinas.

Dhuoda y el frater regresaron a las puertas. Alain se ocultó entre las sombras cuando pasaron junto a él y pudo escuchar su conversación.

—¿Es cierto que esos perros negros mataron a la esposa y a la hija del conde Lavastine? —preguntó el frater—. ¿Es cierto que el conde los sigue teniendo porque su abuelo hizo un pacto con unos demonios impíos cuyas representaciones vivientes son esos perros negros?

—Solo os lo diré una vez —respondió Dhuoda en voz baja. Alain tuvo que hacer grandes esfuerzos para oírla—. Hablar de esas cosas, frater Agius, hará que seáis tan bien acogidos en este lugar como si estuvierais defendiendo posiciones heréticas delante de la skopos.

—¿Pero vos creéis que es cierto? —preguntó Agius.

—Es cierto que los primeros perros negros y sus descendientes obedecen únicamente a los condes de Lavas legítimos. Nadie sabe de dónde proceden, solo que fueron un presente de una obispa saliana...

Siguieron caminando y Alain ya no pudo oírlos. Todo el mundo decía que los perros negros solo viajaban allí adonde iba el conde Lavastine, que nadie más era capaz de controlarlos y que habían asesinado a más de un siervo de la propiedad. Ni siquiera obedecían a Maese Rodlin, que estaba al mando de los establos y las perreras.



—Caballos —dijo Lackling, o al menos, emitió un sonido que Alain supo que significaba «caballos», pues echó la cabeza hacia atrás y arañó el suelo con un pie, como haría un jamelgo. Entonces olfateó el aire, como si pudiera oler su proximidad. Y quizá podía. En ocasiones, Cook decía que, aunque su aspecto fuera totalmente humano, Lackling era un changeling, el hijo de un duende, y que tenía una gran afinidad con los animales. Los demás decían que los animales, inocentes a los ojos de Dios, reconocían a los retrasados como sus semejantes.

Impaciente, Lackling corrió al exterior.

Alain terminó de engrasar el arnés que tenía en sus manos. Habían transcurrido ocho días desde que Heric llegara a la fortaleza y les anunciara el regreso del conde, así que podía esperar un poco más antes de salir a mirar. Era un día inusualmente auspicioso para que el conde y sus fuerzas regresaran a casa: durante el servicio de la mañana, la diaconisa les había recordado que era el día de San Lavrentius, venerado con reliquias y su propia capilla en la iglesia de Lavas, que se alzaba en el exterior de la ciudad. La Fortaleza Lavas también descansaba bajo la protección de San Lavrentius. En la iglesia había un relicario de marfil que contenía algunos huesos del

mártir y un trozo de la correa de cuero que le había sujetado a la rueda en la que había muerto martirizado durante los últimos años del imperio Dariyano. Pensar en la rueda le hizo pensar en las estrellas que se deslizan por el cielo en su giro infinito, en la visión que había tenido en la víspera del solsticio de verano y en cómo le había rehuido Withi desde entonces.

Suspiró. Tía Bel le diría que no valía la pena afligirse por una sirvienta como Withi y le recordaría con aspereza que estaba consagrado a la iglesia y, por lo tanto, al celibato. Sin embargo, Alain no podía evitar pensar en ella.

Colgó el arnés de una clavilla y, cuando se detuvo junto a la puerta del establo, advirtió que el centinela ondeaba un brazo a una figura lejana mientras anunciaba a aquellos que estaban a sus pies:

—¡Ya están aquí! ¡Ha llegado el conde!

El patio se convirtió en un bullicio de actividad.

Alain y Lackling se refugiaron en un rincón de los establos para no molestar. Desde allí vieron cómo la milicia cruzaba las puertas de la ciudad, dirigidos por un señor que, sin duda, era el conde Lavastine. El conde cabalgaba sobre un caballo capón castaño, acompañado de lord Geoffrey, que montaba una yegua roana y cuya elegante armadura revelaba su noble posición. Junto a ellos cabalgaba un joven envuelto en una capa que mostraba el emblema las Águilas del rey. Le acompañaban el capitán de la guardia, dos clérigos y una docena de soldados de caballería que Alain no reconoció. Detrás de estos avanzaba la milicia, liderada por el sargento Fell, seguida por los carromatos y las mulas de carga, que levantaban una nube de polvo a su paso.

El conde detuvo su montura ante los escalones que conducían al pabellón. Allí esperaban la castellana Dhuoda, rodeada por su séquito, y Aldegund, la joven esposa de lord Geoffrey, que ya lucía una enorme tripa de embarazada. Tan pronto como el conde desmontó, Lackling se adelantó y estuvo cambiando su peso de un pie a otro mientras el conde tendía las riendas a su capitán y saludaba a sus parientes. El capitán miró a Lackling y, con un leve asentimiento, permitió que caminara junto a él mientras llevaba el caballo del conde a los establos.

De pronto, todos los caballos miraron atrás y se encabitaron. Uno de los clérigos fue derribado de su montura y lord Geoffrey blasfemó y forcejeó con su yegua hasta que se quedó quieta. Solo el capón cuyas riendas tenía Lackling en sus manos permaneció tranquilo. Unos aullidos perforaron el aire, acompañados por un coro de ladridos y desagradables gruñidos. El conde Lavastine abandonó a las mujeres y bajó a todo correr los escalones.

Un carromato tirado por cuatro bueyes cruzó las puertas. Un hombre rechoncho avanzaba delante del primer buey, que se encontraba a gran distancia del carromato. De pronto, seis perros de caza negros saltaron sobre los soldados y los espectadores, que retrocedieron gritando, pero las gruesas cadenas atadas a la parte inferior del carruaje obligaron a los animales a retroceder. Sobre la base del carromato se alzaba

una cruz construida con gruesos troncos, a la que habían encadenado...

No era un hombre.

Alain retrocedió, como los demás. Le infundía más miedo el prisionero que los perros salvajes.

¡Era un príncipe Eika! De repente, la historia que había contado el sargento Fell sobre el corazón de un dragón y su maldición le pareció más cierta.

No era la primera vez que Alain veía una criatura similar. Había visto a las bestias, más espeluznantes aún por ser tan similares a los hombres, que habían asesinado al frágil y bondadoso Hermano Gilles y a todos los monjes del Monasterio Cola de Dragón. Descoloridos remolinos de colores decoraban su pecho y su rostro, y unas garras duras y blancas sobresalían del dorso de sus huesudas manos. La criatura llevaba un maltrecho brazaletes de oro en el brazo derecho y dos de bronce, enroscados como serpientes, en el izquierdo. Vestía unos pantalones acartonados por el barro y un fajín de sorprendente belleza: eslabones de oro diminutos y exquisita loza rodeaban su estrecha cintura y colgaban sobre sus caderas. Iba desnudo de cintura para arriba y su piel, bajo la pintura, no parecía de carne, sino de cobre escamoso. A pesar de su fiero aspecto, tenía la arrogancia de un príncipe. Sus ojos negros estaban rasgados, ataba su áspero cabello blanco en una gruesa trenza que caía sobre su cintura y sus finos labios esbozaban una expresión similar a la de un perro enseñando los colmillos. En sus dientes había joyas diminutas que proporcionaban a su terrible sonrisa un brillo inesperado.

Sus tobillos estaban atados a la base de la cruz y sus muñecas, a la cruceta. Cuando el carromato se detuvo dando un bandazo, mantuvo hábilmente el equilibrio. Los perros, furiosos, saltaban alrededor del carromato ladrándose e intentando morderse. Nadie se atrevía a acercarse. El príncipe Eika miró a su alrededor, desafiante, y todos los presentes se acobardaron ante su mirada. Incluso varios soldados retrocedieron unos pasos, al ver que se alzaba ante ellos con semejante osadía, a pesar de estar encadenado.

Cuando Lavastine se volvió para hablar con Dhuoda, el príncipe Eika echó hacia atrás la cabeza y aulló. Los perros enloquecieron.

Forcejeaban furiosos con sus cadenas, sofocando el terrible aullido del Eika con sus ladridos cacofónicos. Tan negros como una noche sin luna, eran unas criaturas terribles de contemplar.

Con un chasquido, uno de los lados del carromato se vino abajo y dos perros saltaron hacia delante. Uno de ellos logró liberarse de sus ataduras, se abalanzó sobre el soldado más próximo y, derribándolo, hundió el hocico en su garganta. Todos contuvieron la respiración, inmóviles. Entonces empezaron los gritos.

La multitud se dispersó cuando el perro, dejando atrás una confusión de sangre y un cuerpo que se sacudía espasmódicamente, echó a correr hacia el conde. Cundió el pánico y todo se sumió en el caos.

El otro perro aullaba desesperado a su compañero. Tirando con todas sus fuerzas

de sus cadenas y ladrando con furia, saltó sobre el carromato para atacar al cautivo.

Alain, tuvo la impresión de que transcurría una eternidad sin que nadie pareciera advertir que el príncipe Eika, incapaz de defenderse, estaba siendo atacado. Algunos soldados avanzaron muy despacio hacia su compañero caído y el hombre corpulento tiró con fuerza del primer buey para que se pusiera en marcha. Alain se alejó de la pared. Tenía la impresión de encontrarse en un mundo completamente distinto al que giraba en el patio, que estaba a solas con el príncipe Eika y el perro salvaje.

Al llegar junto al carromato, sujetó al perro por las patas traseras, dobló las rodillas y tiró del animal con todas sus fuerzas.

Un nuevo grito le hizo estremecer. Tambaleándose, dio un paso atrás y cayó al suelo. El perro saltó sobre él con fuerza y, por un instante, Alain quedó aturdido. Las garras del animal se hundían en su túnica, intentando desgarrarle la piel, mientras gruñía desde lo más profundo de la garganta.

Alain contempló sus enloquecidos e insondables ojos de ámbar negro. Al oír otro gruñido se dio cuenta de que había caído dentro del campo de acción de uno de los perros que seguían encadenados. La saliva goteaba sobre su rostro y pudo ver sus dientes.

Sus potentes mandíbulas iban a arrancarle la cara de un mordisco.

En la distancia, un hombre reía. Sus carcajadas reverberaban.

Porque estoy a punto de morir, pensó con firmeza, pero con calma. Esto fue lo primero que pasó por su mente.

—Siéntate.

Jadeando, el perro se sentó sobre sus caderas. Su peso le aplastaba contra el duro suelo y las piedritas le lastimaban. La saliva escapaba entre los incisivos del animal, mojando su túnica. El otro perro se acercó y, acariciándole con el hocico, empezó a lamerle la cara, a limpiarle la mejilla con su húmeda lengua.

De pronto, ambos perros levantaron la mirada y gruñeron amenazadores a los soldados que se habían detenido a varios pasos; todos tenían las lanzas preparadas, pero no se atrevían a seguir adelante. Tras ellos, alguien gemía y aullaba de dolor. Un hombre daba bruscos órdenes, pero Alain era incapaz de comprender sus palabras. Buscó con la mirada qué había detrás del amplio lomo del perro que se le había sentado encima y encontró el rostro del príncipe Eika. ¡Aquel bárbaro tenía unos ojos tan negros como la obsidiana y le estaba sonriendo! Sus dientes eran afilados y blancos, similares a los de un perro. En su ataque, el animal le había arrancado una pernera del pantalón y la sangre, tan densa como la humana pero con un tinte verdoso, se deslizaba por la desgarrada tela. Si la herida le dolía, su rostro no lo revelaba.

El perro que tenía encima se levantó de un salto y, abalanzándose sobre el círculo de lanzas, hundió los colmillos en el brazo de un soldado. La formación se disolvió al instante, pues sus compañeros escaparon a todo correr. Con un grito de dolor, el pobre soldado logró liberar su brazo de las fauces de la bestia y retrocedió

tambaleante. El perro aulló, tirando con todas sus fuerzas de la cadena que le impedía avanzar. Por fin desistió y se sentó de nuevo sobre las piernas de Alain.

—¡Retroceded! Llevad a esos hombres a la enfermería y el carromato a las perreras. Vamos, que esos bueyes se pongan en marcha. Esperad un momento. Dejad que se levante el muchacho.

El conde Lavastine se acercó, seguido por un perro negro jadeante que escondía el hocico en su palma. El príncipe Eika contempló a su captor.

—¡Pesar! ¡Arriba, muchacho!

El perro permaneció cómodamente tumbado sobre las piernas de Alain.

—¡Arriba! —La voz del conde sugería que no toleraba la desobediencia de sus vasallos. Pesar se levantó e intentó llegar hasta su amo, pero como la cadena se lo impedía, finalmente desistió.

—¡Levántate! —repitió el conde.

Alain se dio cuenta de que el conde se estaba dirigiendo a él. Se levantó con dificultad y apenas tuvo tiempo de apartarse cuando los bueyes pasaron junto a él, tirando del carromato.

Aunque el conde Lavastine era un hombre pequeño, bastante más bajo que él, a Alain jamás se le ocurriría buscarle las cosquillas. El conde le miró durante unos instantes, pero sus ojos pronto le abandonaron, en busca de mejores vistas. Los dos soldados heridos ya habían sido llevados a la enfermería. Lord Geoffrey y los dos clérigos se aproximaron y se detuvieron a una distancia prudente. El perro, acariciando con las orejas las yemas de los dedos de Lavastine, les dedicó un gruñido que a Alain le pareció más obediente que sincero.

—¡Lleva a Rabia a las perreras! —ordenó el conde, cogiendo la cadena rota y tendiéndosela a Alain. Los eslabones rotos estaban fríos y sus uniones de hierro eran ásperas. Lavastine dio media vuelta y se reunió con lord Geoffrey. Entonces, como si no hubiera ocurrido nada, regresó junto a su castellana y ambos desaparecieron en el pabellón.

Rabia, que resoplaba a los pies de Alain, se incorporó hasta que su cabeza quedó a la altura de sus rodillas; entonces, sujetó la mano de Alain entre sus dientes y la mantuvo allí, gimoteando.

Las pocas personas que permanecían en el patio le miraban desde la seguridad de los portales, desde detrás de las vallas o desde la protección que les ofrecían sus armas, entre las que se incluían horcas. Rabia movió el rabo con la fuerza de un látigo y lo hizo restallar contra los muslos de Alain que, con cautela, apartó la mano de su boca y la examinó. Había unas marcas rojas allí donde los dientes del animal habían hecho presión, pero no tenía ninguna herida. Sujetó la cadena con más fuerza y respiró hondo.

—Vamos, muchacha —le dijo, con la certeza de que opondría resistencia.

Para su sorpresa, Rabia obedeció y empezó a caminar a su lado, deteniéndose tan solo para gruñir y mostrar sus dientes a cualquier que intentara acercarse. El frater

Agius los miraba sombrío desde las escaleras, con la mano preparada para dibujar el Círculo en su pecho. Alain se estremeció. Se sentía igual que en la víspera del solsticio de verano en las ruinas, cuando se dio cuenta de que, de algún modo, ya no estaba en el mundo que conocía. Era malo saber que todo el mundo le miraba y que todos hablarían de este incidente durante días, pero el hecho de que Agius le hubiera marcado...

Nunca le había importado el brillo militante de los ojos del frater Agius, tan diferente a la calmada serenidad que transmitía el Hermano Gilles.

Dobló la esquina del pabellón y pasó ante un grupo de soldados, que retrocedieron unos pasos a pesar de encontrarse a varios metros. Todos dibujaron el Círculo en sus corazones como si quisieran alejar al diablo.

—Es antinatural —les oyó murmurar.

—Ni siquiera Maese Rodlin puede acercarse a esos perros. Nadie puede hacerlo, excepto el conde o sus herederos, si los tuviera.

—Pensaba que los mataría después de lo que hicieron con su hijo...

—¡Silencio! No hables de eso.

—Es impío. La sangre del diablo, eso es lo que es. Mi padre me dijo que esos perros solo obedecen al conde, a su heredero o a aquellos en quienes pueden oler la sangre del diablo. Esos perros fueron engendrados por una raza élfica.

Alain bajó la mirada y fingió no oír nada. Un furioso coro de ladridos lo apartó de sus pensamientos. Cruzó una empalizada y se detuvo ante el muro que rodeaba las perreras.

El polvo se arremolinaba a los pies de los perros que estaban encadenados al carromato, tirando de sus cadenas y mordiendo a Maese Rodlin y a sus dos ayudantes, que llevaban protecciones acolchadas alrededor de los brazos y las piernas. El príncipe Eika observaba el espectáculo con una fría sonrisa. La sangre seguía escapando por la herida que tenía en el muslo.

—Entra —dijo Alain, con un tono que esperaba que fuera autoritario, empujando al perro hacia la puerta que conducía a las perreras. El carromato todavía no estaba dentro, pero ya se habían llevado a los bueyes. Rabia tiraba de Alain hacia el lado contrario, ansiosa por participar en la refriega. Alain advirtió que le habían seguido unos soldados. Debían de ser los guardias del príncipe Eika, pero parecían más interesados en Maese Rodlin y sus ayudantes, que intentaban desencadenar a los perros y encerrarlos en la perrera sin que les hicieran pedazos.

Suspirando, Alain empujó a Rabia hacia la puerta.

—¡Vamos! ¡Entra! —Rabia obedeció, gimoteando una disculpa. Entonces, Alain regresó al carromato, donde Pesar había conseguido apoderarse de la pierna de uno de los ayudantes e intentaba destrozar la acolchada protección para alcanzar la tierna carne que se escondía debajo.

—¡Quieto! ¡Siéntate! —Alain cogió al perro por el collar. Pesar gimió y, sentándose de golpe, liberó la pierna del hombre. El ayudante se alejó cojeando y,

cuando estuvo lejos de su alcance, se dejó caer al suelo. Maese Rodlin y el otro cuidador retrocedieron con rapidez, mirando a Alain y a los perros con inquietud.

Alain advirtió que le temían tanto como a los perros. ¡Ay, Señor y Señora! ¿Qué había hecho para merecer esto?

—Vamos, muchacho —dijo a Pesar—. Entra en la perrera.

De uno en uno, Pesar y cuatro perros más entraron en la empalizada, donde aguardaban otros cuatro animales que habían sido llevados en una jaula diferente. Se sentó junto a ellos para contenerlos (con palabras y en una ocasión recurriendo a la fuerza) mientras los nerviosos soldados tiraban del carromato e instalaban al príncipe Eika en un cobertizo enrejado que había sido construido por orden de la castellana Dhuoda en el centro mismo de la perrera. Si el príncipe lograba liberarse de sus cadenas y de su jaula, los perros le detendrían.

—Tendrán que mirarle esa herida —dijo Maese Rodlin, mirando al príncipe desde una plataforma de observación construida sobre puntales junto a la empalizada—. Aunque me atrevo a decir que es muy probable que muerda como un perro a la persona que le cure.

El príncipe los observaba. La sangre seguía escapando por la herida, pero parecía ignorarlo.

Un clérigo se asomó nervioso a la puerta de la perrera y miró primero a los perros y después al príncipe Eika.

—Maese Rodlin, os imploro que me disculpéis —gritó, cuando descubrió que estaba en lo alto de la plataforma—. Su señoría desea veros, a vos y al muchacho.

—¿A qué muchacho? —preguntó Maese Rodlin. Al instante, todos los presentes miraron a Alain. Rodlin también le miró y, al instante, incluso el príncipe Eika volvió sus ojos hacia él. El muchacho se agitó inquieto. Rabia y Pesar, que estaban sentados a sus pies, gruñeron.

—Todo el mundo fuera —ordenó Rodlin. La rapidez con la que los soldados y cuidadores se retiraron provocó una sonrisa de desdén en el Eika, que mostró sus afilados dientes—. Ven conmigo, Alain.

Rodlin desapareció en los escalones que conducían a la base de la plataforma mientras Alain soltaba a los perros. Al instante, estos echaron a correr por la perrera, ladrando sin cesar. Rabia y Pesar le siguieron hasta la puerta, pero Alain acarició sus grandes cabezas y, tras prometerles que regresaría, salió y cerró la puerta tras él. Los cuidadores echaron los candados.

—Sígueme —dijo Rodlin con brusquedad. Caminaron juntos en silencio, siguiendo los pasos del clérigo, que les condujo al pabellón.

A Alain nunca le habían permitido entrar en el gran salón en el que se celebraban los banquetes. Tras cruzar una puerta que conducía a un diminuto jardín multicolor repleto de plantas y flores fragantes, ascendieron por una escalinata curva hasta una sala circular de la torre de piedra. Sus paredes estaban encaladas y una magnífica cristalera con la representación del martirio de San Lavrentius dejaba que la luz se

filtrara en la sala. Le sorprendió que hubiera una segunda ventana en la cámara; carecía de cristal y sus persianas estaban abiertas de par en par para que entrara la luz y el aire. El conde Lavastine estaba sentado tras una mesa, acompañado por la castellana Dhuoda, lord Geoffrey, el frater Agius y el capitán del ejército de Lavas.

Cuando entraron en la sala, el conde levantó la mirada de unos documentos que estaba consultando. El clérigo que les había guiado cruzó la sala y se detuvo junto a lord Geoffrey. Rodlin hizo una breve genuflexión para mostrar su obediencia y Alain le imitó, sintiendo que le temblaban las rodillas.

Lavastine apartó la mirada y continuó ocupándose de sus muchos asuntos.

—Creo que, por esta estación, estamos libres de amenazas —dijo a lord Geoffrey—. Ya no necesito la ayuda de tus hombres. Puedes regresar a las propiedades de tu esposa cuando estés preparado.

—Sí, primo. —Lord Geoffrey asintió. Aunque le sacaba una cabeza y era mucho más corpulento, parecía terriblemente intimidado ante la presencia de Lavastine—. Pero esperamos que puedas sufrir nuestra presencia un par de meses más. Mi preciosa Aldegund es joven y este es su primer embarazo. Sería bueno que...

—¡Por supuesto! —Lavastine golpeó la mesa con los dedos, impaciente—. No partiréis hasta que *lady* Aldegund haya dado a luz y el bebé tenga fuerzas suficientes para soportar el viaje de cinco días. —Sus labios se estrecharon cuando esbozó a su primo lo que podría considerarse una sonrisa—. Si la mano de Dios le confiere vida y salud, puede que ese niño se convierta en el heredero de mis tierras.

—Siempre puedes contraer matrimonio de nuevo —dijo Geoffrey con gravedad. A pesar de sus palabras, incluso Alain sabía que un hombre tan amable y tan poco ambicioso como lord Geoffrey podía albergar grandes deseos para sus hijos.

El conde Lavastine dibujó un rápido símbolo, como si quisiera protegerse del diablo o de un mal augurio.

—Te pido perdón —se apresuró a decir Geoffrey—. Yo no...

—No importa —replicó Lavastine.

Alain tenía la rodilla aplastada contra la alfombra y empezaba a dolerle. Intentó cambiar de posición...

Como un rayo, la mirada de Lavastine se posó en él.

—Maese Rodlin. ¿Es este el muchacho? ¿Cómo se llama?

—Alain, mi señor.

Lavastine le miró. Visto desde tan cerca y sin su armadura flexible, era más delgado de lo que parecía. Tenía el rostro afilado y el cabello de un marrón indescriptible, pero sus ojos eran profundamente azules.

—¿Quiénes son tus padres? —preguntó—. ¿De qué aldea procedes?

—Soy hijo de Henri, mi señor —respondió Alain, sofocado. No podía creer que estuviera hablando con un gran señor—. Nunca conocí a mi madre. Soy de la aldea de Osna, situada en la Espalda de Dragón...

—Sí. Su monasterio ardió a principios de primavera. Un beneficio real —se

interrumpió el tiempo suficiente para que Alain se preguntara si le complacía o le disgustaba que hubiera ardidado en llamas un monasterio al que el rey Henry había cedido tierras y rentas—. Y también es un puerto, uno del emporio. ¿Sabes algo de eso?

—Mi padre es mercader, mi señor. Mi tía es una buena mujer que administra todo lo que él lleva a casa y tiene un taller en el que fabrica bienes para que los venda, como piedras de afilar.

—¿Habías cuidado perros con anterioridad?

—No, mi señor.

—Subiste a las viejas ruinas en la víspera del solsticio de verano. ¿Viste algo allí?

Parecía una pregunta casual. Alain, sin atreverse a apartar la mirada del conde (a pesar de que apenas se atrevía a mirarle), se encogió de hombros mientras intentaba poner en orden sus pensamientos, para decidir qué responder.

—¿Y bien? —preguntó Lavastine, que era un hombre poco paciente.

¿Debía admitir lo que había visto? ¿De qué podían acusarle? Sentía la mirada del frater Agius sobre él, buscando, indagando. ¿Brujería? ¿Magia prohibida? ¿La mancha de la sangre del diablo? ¿Debía negar por completo su visión y permitir que la mentira pusiera en peligro su alma?

Lavastine se levantó.

—De modo que viste algo. —Caminó hasta la ventana abierta y observó los campos y bosques que se extendían más allá—. Maese Rodlin, os llevaréis a este joven como ayudante. Os ayudará a cuidar de los perros.

Decepcionado, Alain empezó a arrodillarse de nuevo, pues Rodlin ya estaba retrocediendo, disponiéndose a marchar. Bueno, cuidar de los perros era mucho mejor que cavar letrinas.

El conde apartó la mirada de la ventana y le observó con atención.

—También te presentarás ante el sargento Fell, que empezará a prepararte como soldado.

Alain se quedó boquiabierto. Incapaz de articular palabra, siguió con la mirada al conde, que regresó a la mesa y se sentó.

—Frater Agius, decidle a la Diaconisa Waldrada que hablaré con ella después de cenar. —El frater asintió y, tras dedicarle una intensa mirada, abandonó la sala. Lavastine prosiguió con sus asuntos, como si Alain ya no estuviera presente—. Capitán, este otoño levantaremos empalizadas a lo largo de la costa del Vennu. Para ello, grabaré un impuesto adicional. Si las disponemos de esta forma...

Rodlin cogió a Alain del codo.

—Vamos.

Alain se incorporó y, mientras avanzaba con Rodlin hacia la puerta, observó los dos tapices que pendían a cada lado. Uno era emblema de Lavas, dos perros de caza negros sobre un fondo plateado; el otro representaba una escena que le sorprendió: Un príncipe cabalga con su séquito por un oscuro bosque. Una montaña se alza en la

distancia; el ahumado gris de su cumbre acaricia el cielo del atardecer. Del caballo del príncipe cuelga un escudo: una rosa roja sobre un fondo de cebellina.

Rodlin le cogió del brazo y tiró de él para que abandonara la sala, mientras el conde Lavastine discutía con el capitán, su familia y sus ayudantes los planes para el otoño y el invierno y la introducción de un arado nuevo y más resistente para arar nuevos campos en el bosque.

¡Una rosa roja en un escudo! Por supuesto que la visión había sido real. Solo tenía que ser paciente.

Mientras esperaba a que Rodlin hablara con el sargento Fell, deslizó los dedos por la tela. Los soldados jóvenes paseaban ociosos por el patio, mirándole y susurrando entre sí, pues no tenían nada mejor que hacer.

A través de la tela sintió la calidez de la rosa y tuvo la impresión de que esta se había alegrado al saber que sería adiestrado como soldado. El día era cálido, pero estaba tiritando. Sentía que había sido bendecido, pues le habían concedido aquello que siempre había deseado. Sin embargo, ahora se preguntaba si era seguro haber llamado la atención de semejante poder, ya fuera una santa fallecida que caminaba por la Tierra o un ángel de guerra que había descendido del reino de las estrellas para que fuera su paladín... o próxima víctima.

CAPÍTULO 4



LA SALA DEL TESORO

Lo que más odiaba de Hugh era que la mirara constantemente. A Liath le resultaba extenuante tener que controlar todo lo que decía y todo lo que hacía en cada momento del día. Hugh esperaba... y Liath sabía que tarde o temprano haría algo que la traicionaría.

Cuando más lo odiaba era al anochecer, cuando terminaba su jornada laboral y debería poder librarse de él, al menos durante la hora que separaba las Nonas de las Vísperas, antes de tumbarse en su lecho de paja para pasar la noche. Si la dejara sola, podría observar los cielos y recordar su vida anterior con papá, pero Hugh solía sentarse hasta tarde en una silla que colocaba en el patio posterior y la observaba, esperando a que hiciera algo que la traicionara.

Su única defensa era fingir que no sabía nada, que papá no le había enseñado ningún secreto, ni de los cielos ni de ningún otro tipo. Liath guardaba silencio cuando Hugh se sentaba con el astrolabio en las manos y lo giraba, movía la alidada y seguía sus líneas con los dedos. Era evidente que no tenía ni idea de cómo utilizarlo, siquiera para saber la hora.

Le asombraba que Hugh, siendo un clérigo educado, ignorara la presencia del Athar, la estrella que brillaba en el Dragón con tanta intensidad como la luna en su cuarto creciente. Le asombraba y también le asustaba. Hasta ahora, nunca había sido consciente de lo prohibido que era el conocimiento de los cielos... el conocimiento que había empezado a aprender, sentada en las rodillas de papá, con la misma facilidad con la que un pato aprende a nadar.

Los hechiceros y los navegantes estudian los cielos porque tienen que hacerlo, solía decir papá.

Solo cuando tenía la certeza de estar a solas, contemplaba los cielos. Papá solía anotar sus observaciones en los márgenes del Libro de los Secretos, con su letra precisa y diminuta, pero ella solo podía anotarlas en su mente.

Pues como rezan las Memorias de Alisa de Jarrow, «El conocimiento es la sala del tesoro y el corazón es la caja fuerte». Debes convertir tu memoria en una gran ciudad, Liath, y trazar sus calles como si tus piernas pudieran caminar por ellas. Esa será tu ciudad, Liath, tu ciudad secreta. En ella deberás dejar todas aquellas cosas que desees recordar y tendrás que proporcionar a cada una de ellas un sello o un retrato para poder encontrarlas. Cada cosa deberá ocupar su lugar correcto y su orden

correcto. Con esta ciudad serás tan rica como cualquier rey. El conocimiento es un tesoro incorruptible que nunca perderá su brillo.

Con los años y grandes dosis de concentración, Liath había convertido su memoria en una ciudad imaginaria que dibujaba en su mente. Era una ciudad tan completa que, si cerraba los ojos, podía caminar por ella como si realmente existiera.

En un gran lago descansa una isla perfectamente redonda, cuyos lados se inclinan suavemente formando una pequeña meseta circular. La ciudad se alza sobre la isla, siete niveles bordeados por siete paredes, todas ellas pintadas de un color diferente. En las paredes superiores, sobre la meseta, descansa una plaza rodeada por cuatro edificios, uno en cada punto cardinal, y en el centro se alza una torre de piedra. El observatorio, un edificio circular de mármol, se alza sobre el eje norte-sur, mirando hacia la estrella polar, Kokab, y la constelación conocida como el Guardián.

Las noches de verano que contemplaba los cielos desde el patio que separaba la capilla de la pocilga, imaginaba el observatorio con sus paredes curvadas, sus piedras, sus puntos de observación y su pilar central. Imaginaba los doce arcos que representaban las doce casas del zodíaco, también conocidas como las Casas de la Noche, el dragón del mundo que controla los cielos.

En la casa del Dragón colocó, en su memoria, una estrella marina idéntica a la que había visto en cierta ocasión en los charcos que había dejado la marea en la costa de Andalla. La estrella de mar tenía seis brazos y emitía una brillante luz blanca, como el Athar. La colocó en la arcada del Dragón, a quince grados, para recordar la posición que había ocupado en la constelación. A su alrededor fijó sellos imaginarios que le ayudarían a recordar dónde estaban el Sol y la Luna y los otros planetas, en qué posición y en qué Casas. De este modo, en cinco o veinte años, si todavía vivía, podría enseñar a otro mathematicus (un hechicero versado en el conocimiento de las estrellas), dónde y cuándo exactamente había brillado el Athar por vez primera.

El verano pasó y, tres meses y medio después de que apareciera, la estrella se empezó a apagar. Su centelleante brillo decrecía. Aún podía verla, pero ahora solo era una estrella más entre las que formaban la constelación del Dragón, una estrella normal y corriente. Quizá, así era como nacían los ángeles: un brillo para anunciar su nacimiento, seguido por el largo y constante resplandor del trabajo de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Quizá, solo era un cometa, pues así era como llamaban los mathematici a las estrellas que tenían cola y que en ocasiones se movían por la esfera del Sol.

Hasta ahora, había albergado la esperanza de que papá regresaría, de que no había muerto, de que la rescataría de forma milagrosa. La estrella misteriosa había empezado a brillar la misma noche que murió, como si fuera un heraldo de muerte, y solo ahora se daba cuenta de que eso era lo que papá había leído en ella. A medida que el Athar se apagaba, las esperanzas de Liath se fueron desvaneciendo. Papá estaba muerto, se había ido, había cruzado las siete esferas que conducían a la Cámara de la Luz. No iba a regresar. Estaba sola.

Liath estaba esparciendo hojas y abono por el húmedo terreno para prepararlo para el año siguiente cuando Hugh salió de los establos tirando de su yegua picaza. Lo miró. Él no dijo nada, pero pareció complacido al verla trabajar. Cuando terminó la hilera, Liath se apoyó sobre la pala y lo miró con seriedad.

Hugh sonrió. Parecía estar contento consigo mismo.

—Debo partir hacia el norte de Freelas para tener noticias de la obispa y atender las propiedades que hay en el camino. Estaré fuera doce días. Mientras esté ausente puedes comer en la posada, pero cenarás conmigo el próximo Día de la Señora.

Liath agachó la cabeza, asintiendo. Seis semanas atrás, Hugh había viajado a Freelas durante ocho gloriosos días. Algo en su expresión debió de revelar su alegría, puesto que Hugh soltó las riendas de su yegua, se acercó y, deteniéndose ante ella, levantó una mano muy limpia y muy blanca y le apartó de los ojos el cabello que había escapado de su trenza. Liath permaneció completamente rígida.

—Bueno —dijo, regresando junto a la yegua. Montó con la gracia que proporcionan años de práctica y observó a Liath desde su elevada montura—. Toma un baño. Hay enaguas y un delicado vestido en el arcón. Quiero que lo lleves puesto cuando cenemos juntos. —Tiró de las riendas del picazo, que avanzó hasta el camino y se alejó hacia el norte. Resultaba extraño que, vistiendo la humilde sotana marrón de frater, separada para montar y colocada sobre la túnica y las calzas de un noble, llevara una espada larga a la espalda.

Liath completó cinco hileras más antes de entrar en la cocina para lavarse la cara y las manos. El agua del pozo cada vez estaba más fría, pues el verano estaba dando paso al otoño. El verano había sido agradable, pero ya empezaba a refrescar. La noche anterior, Trotón se había acurrucado junto a la barandilla de madera que separaba su lecho de paja seca de la pocilga para darle calor en la espalda.

Suspiró y, tras secarse las manos en la túnica, avivó el fuego para que el caldo que reposaba en la gran cazuela de cobre hirviera a fuego lento. Hacía demasiado calor en la despensa, un pequeño edificio situado a unos pasos de la asimétrica madriguera de celdas de la capilla que, con el paso de los años, habían ido quedando abandonadas. La gente decía que el núcleo central de esta madriguera había sido construido por un frater del reino de Aosta. El hombre, que no estaba acostumbrado a los inviernos fríos, había sellado y aislado la estructura de madera para que el edificio conservara

el calor. Probablemente, durante el verano, Liath había estado más fresca en la pocilga que Hugh en la celda.

Estornudando, apartó una brizna de paja de su rostro y salió al exterior. El sol brillaba sobre los árboles otoñales, de hojas doradas y rojo fuego, y sobre sus compañeros más altos de hoja perenne. Hugh solía ausentarse con frecuencia para visitar a los enfermos, a los moribundos y a aquellos que vivían aislados y ansiaban el consuelo de los sermones y las oraciones de un hombre santo, pero esas ausencias no se prolongaban más de una tarde o, en el mejor de los casos, una noche. La primera vez que viajó a Freelas, Liath no se había atrevido a ir a ninguna parte, pues durante aquellos ocho días había tenido la certeza de que Hugh se había escondido para intentar descubrir su secreto. Sin embargo, Hugh tenía sus obligaciones y siempre las acataba. Quizá, en esta ocasión, podía arriesgarse a visitar el lugar en donde Hanna había enterrado el libro.

Pensaba constantemente en el libro. Era prácticamente imposible que hiciera algo que la traicionara porque, aunque Hugh no lo había mencionado ni una sola vez durante todo el verano, era obvio que siempre lo tenía presente en sus pensamientos. Lo veía en su modo de mirarla y en el modo en que acariciaba otros libros delante de ella, como si quisiera recordarle que sabía que le estaba ocultando algo.

Existen niveles de libertad entre aquellos que no son libres. Hugh poseía su cuerpo, pero no su alma ni su mente. El Libro de los Secretos le seguía perteneciendo a ella.

Rebuscó en las bodegas hasta que encontró un trozo de tela encerada y una paleta de mano. Tras mirar por última vez el camino que se alejaba hacia el norte, echó a andar hacia las arrolladoras colinas arboladas que se alzaban al oeste.

Era un agradable día otoñal. Dejó atrás la iglesia y la capilla, la pocilga y los establos, la cocina y la huerta, sintiendo que se liberaba de un peso. Durante el breve paseo, se olvidó de la opresiva presencia de Hugh y de todo aquello que le recordaba su pérdida de libertad. Había dejado de ser una esclava. Papá habría llorado si la hubiera visto así, sabiendo que había sido su propia estupidez lo que la había arrastrado a la esclavitud. Pobre papá. Se secó una lágrima. Estaba tan sola.

Un pájaro trinoó y una ardilla gorjeó y huyó precipitadamente por una rama. Las hojas caídas y los restos del verano amortiguaban sus pasos. Empezó a cantar, primero en voz baja y después con más confianza. Cantaba una vieja canción que le había enseñado su madre, palabras cuyo significado no comprendía, pero que tenían un fluir meloso que se mezclaba con la exótica melodía para hacerla más hermosa. Conocía el dariyano lo bastante bien para suponer que aquellas palabras estaban relacionadas con la lengua del imperio que había desaparecido siglos atrás, pues tenían la misma cadencia.

—Liath.

Se quedó inmóvil.

—¿Hanna?

Un animal se agitó entre los árboles, a sus espaldas. Se giró, pero no vio nada. Debía de haber sido un truco de la brisa o el deseo de su mente, el tenue recuerdo de la voz de su madre. Siguió adelante.

Cuando llegó al claro en el que se alzaba el viejo roble, se detuvo junto a los árboles y escuchó con atención durante un largo momento. Un pájaro trinaba, repitiendo un silbido de cinco notas. En la distancia oyó los golpes rítmicos y constantes de alguien talando madera. No había nada más. Estaba sola.

Había transcurrido tanto tiempo que le sorprendió la claridad con la que el libro apareció en su mente. Podía sentir la textura de sus páginas contra su piel, cambiando a medida que el lector avanzaba en su lectura pues, en realidad, El Libro de los Secretos eran tres libros.

El primero estaba escrito en papel de pergamino y en dariyano, la lengua de la iglesia y el viejo imperio que había nacido en la ciudad de Darre, donde la skopos controlaba el gran Hogar de Nuestra Señora. Excepto las tres primeras páginas, había sido escrito por su padre y, hacia el final, por Liath. Era una larga y confusa compilación de conocimientos recabados durante años por los mathematici, pues papá había ido copiando cada dato que había podido recordar o encontrar en las bibliotecas que había visitado durante sus viajes. Liath no había memorizado todo el florilegio, pero fragmentos de este aparecían en su mente como peces nadando hacia la superficie.

«La astronomía se interesa por las revoluciones de los cielos, por cómo salen y se ponen las constelaciones, por sus movimientos y sus nombres, por las posiciones de las estrellas y los planetas, por el Sol y la Luna y las Leyes que gobiernan estos movimientos y todas sus variaciones...». «Los mathematici buscan los secretos de los cielos más allá incluso de estas leyes, pues sus movimientos invocan poderes y dichos poderes pueden ser utilizados para la magia...».

«Pues incluso el mar armoniza de forma maravillosa con el curso de la Luna. Son compañeros que crecen y decrecen juntos...». «En el mes de Novarian suena la campana de Vigilias cuando Arktos se alza en el cielo. Entonces pueden cantarse treinta salmos sin dificultad...». «No te afeites cuando la Luna esté en el símbolo del Halcón...». «Cuando Aturna y Erekes están en oposición, los daimones de la séptima esfera pueden descender hasta la segunda esfera y, si la Luna está llena, su influencia les empuja hacia los vínculos de tu invocación...».

El tercer libro estaba escrito al modo infiel (sobre papel) y en lengua infiel, con giros y bucles curvados que parecían caprichosas huellas de pájaro. Era el gran tratado astronómico de los jinna, Sobre la configuración del Mundo, escrito por el erudito infiel al-Hasan ibn al-Haithan al-Tulaytilah. Esta copia procedía de los

escribas del gran erudito, que habían conocido a papá durante los dos años que residieron en la corte del Califa de Qurtubah, en el reino infiel de Andalla.

El más viejo y frágil de los libros, escrito en papiro amarillento y quebradizo, ocupaba la parte central. La mano que había escrito cada una de sus palabras y cada una de sus páginas lo había hecho utilizando un alfabeto que Liath desconocía, pero el antiguo texto había sido glosado en arethousano. Su contenido era un misterio, pues papá desconocía la lengua del texto original y, aunque sabía arethousano, no había tenido tiempo de enseñarle aquel complejo idioma. Solía aprovechar el poco tiempo del que disponían para afilar los conocimientos que ya tenía: la ciudad de su memoria, la posición de las estrellas, su comprensión del wendiano, el dariyano y el jinna. Papá le había contado que, de pequeña, Liath solía hablar saliano y aostano, pero hacía años que había olvidado esas lenguas.

«Mejor saber tres idiomas bien que media docena mal», le decía.

El pájaro cantó de nuevo y el viento agitó las ramas de los árboles. Respiró hondo para infundirse valor y, cruzando el claro, se arrodilló junto al viejo roble. Debajo, entre las raíces que asomaban por el suelo, descansaba un escondrijo semioculto entre las hojas y las ramas secas. Liath trabajó con rapidez con la paleta para desenterrar el libro.

Una rama restalló a sus espaldas. Los pájaros chillaron y batieron las alas, abandonando los árboles hacia la seguridad del cielo. Se hizo el silencio. Liath se incorporó, pero era demasiado tarde.

¡Estúpida! ¡Había sido una estúpida! Hugh se alzaba al borde del claro, sonriente. Avanzó hacia ella muy despacio, saboreando su victoria. Liath colocó los pies a cada lado del agujero y levantó la paleta a modo de inútil defensa. ¿De qué podía servir una pala de jardín frente a un hombre que había sido adiestrado como soldado y que blandía una espada?

—Desentiérralo —ordenó, deteniéndose ante ella. Hugh no deseaba ensuciarse las manos ni marcharse el dobladillo de su elegante túnica azul celeste arrodillándose en el suelo. Liath se preguntó dónde habría dejado sus hábitos de frater.

Dejó caer la pala.

—No. Hazlo tú.

La golpeó con el dorso de la mano con tanta fuerza que Liath cayó aturdida al suelo. No podía mover las manos ni las piernas, pero oía el suave sonido de la pala hundiéndose entre las hojas y arrojando a un lado una ducha de tierra.

Hugh dejó escapar un gruñido de satisfacción.

—Aquí está —murmuró.

Liath respiró hondo, inhalando una nube de polvo. Tosió sofocada y advirtió que ya podía moverse. ¡No podía permitir que Hugh se quedara con el libro! Era lo único que tenía. Mientras se levantaba, temblorosa, vio que el frater sacudía un rollo de tela vacío.

Hugh la observó con atención. La tela, manchada de polvo y humedad, se agitó

perezosa bajo la brisa. Aterrada, Liath se arrastró sobre las manos y las rodillas y sacó más tierra de la madriguera. ¡Estaba vacía!

—¡Ha desaparecido! —gritó, dejándose caer al suelo y apoyando la cabeza contra el roble. Había desaparecido. Un animal lo había desenterrado y lo había roto en pedazos. Un niño que buscaba huevos lo había encontrado y lo había llevado a casa para alimentar la hoguera. ¡Ay, por el Señor y la Señora! ¿Cómo era posible que algo tan precioso se hubiera perdido de un modo tan estúpido? Ojalá se le hubiera ocurrido un lugar mejor donde esconderlo, pero solo había podido hablar con Hanna unos instantes antes de que el mariscal Liudolf la llevara a rastras a su celda. El viejo roble era el lugar donde ambas solían encontrarse. ¿Y si Hanna no había escondido el libro, a pesar de lo que le había dicho? ¿Y si había decidido quedárselo...?

No, esa forma de pensar era consecuencia de la mala influencia de Hugh. Si no podía confiar en Hanna, nunca volvería a confiar en nadie ni en nada.

—Maldita seas —dijo Hugh—. Una bonita farsa. Pero conseguiré ese libro, Liath. Soy mucho más paciente de lo que puedas imaginar.

La muchacha agachó la cabeza, esperando un bofetón, pero este no llegó. Oyó pasos y, al volver la cabeza, advirtió que Hugh se estaba internando en el bosque. Momentos después vio que su yegua avanzaba entre la espesura. El sonido de sus cascos se alejó hasta desaparecer en la tarde.

Se echó a llorar, pero al instante cerró los ojos con fuerza. No podía dejarse llevar por la desesperación. Había resistido todo el verano. Si ahora se rendía, se entregaría por completo a la voluntad de Hugh.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo en voz baja. Se secó con fuerza los ojos para que el dolor aplacara sus lágrimas y regresó a la capilla. Lo primero que tenía que hacer era hablar con Hanna. Como decía papá: «Debes dar los pasos de uno en uno, pues solo así sabrás dónde tiene que ir el siguiente pie».

Esperó un día entero antes de ir a la posada. Maese Hansal estaba en el exterior, rellenando las grietas de la pared de madera. Al verla, interrumpió su trabajo.

—Bienvenida, pequeña —dijo, con su voz lenta y malhumorada—. Ayer vino el frater Hugh a anunciar que estaría ausente durante doce días, pues debía ir a Freelas para visitar a la obispa. Nos dijo que comerías con nosotros. Creo que es un hombre muy generoso.

Muy generoso. Liath se llevó una mano a la sien izquierda, donde Hugh la había golpeado. Todavía le dolía.

—Buenos días, Maese Hansal. ¿Está Hanna dentro?

—Sí, está ayudando a Birta. Estoy seguro de que podréis charlar un rato, si es que dispones de tiempo.

—Gracias. —Corrió al interior, aliviada de poder alejarse de él.

Ama Birta estaba inclinada sobre el hogar, colocando nabos limpios sobre una hilera de brasas que había apartado del fuego. Cuando terminó, se enderezó.

—¡Liath! Mi corazón se llena de alegría al verte, pequeña. El frater Hugh estuvo

aquí.

Liath detuvo sus pasos. ¿Dónde estaba Hanna?

—Ama Birta, yo también me alegro de veros.

Birta sacudió su delantal. Olía a cebolletas.

—Estoy bien, gracias a la bendición de Nuestro Señor y Nuestra Señora. ¿Y tú, muchacha? Te confieso que estuve muy preocupada tras la muerte de tu padre, pero el frater ha sido generoso. De hecho, puedo decir que ha sido más que generoso. Hay muchos propietarios libres que, trabajando más duro que tú, no viven tan bien ni pueden comer carne cuatro veces por semana. Sin embargo, no estoy diciendo que no te lo merezcas. El frater Hugh no es mala persona. Puede que sea un bastardo y un hombre orgulloso, algo que cabe esperar en cualquiera de sangre noble, pero nunca he oído decir que descuide sus obligaciones. Jamás se ha negado a visitar a un enfermo ni un hogar demasiado humilde. Cuando la vieja Martha, la de la Ribera, estaba muriendo de viruela, le pidió que pusiera las manos sobre ella para bendecirla y lo hizo sin ningún temor.

—Martha murió.

—Puede que no sea de tu agrado, muchacha, y no me cabe duda de que Hugh puede pedirte cosas que tú no quieras concederle... —Birta titubeó—. Pero recuerda que es un hombre noble y que no podemos discutir con los que son como él. Cuando, años atrás, el anciano conde Harl trajo al pequeño Ivar y me pidió que lo amamantara a la vez que a Hanna, temí no tener leche suficiente para los dos, pero hice lo que me pedía. Tú debes hacerlo mismo. Recuerda que siempre podría haber algo peor.

Liath se ruborizó. El calor era como un bofetón que le picaba en las mejillas.

—Ha prestado sus votos a la iglesia. Al igual que todos los hermanos, se afeitó la barba como ofrenda a lo Señora y juró servirla únicamente a Ella.

—Estoy segura de que nunca contraerá matrimonio para no ser objeto de su desaprobación ni la de la skopos —espetó Birta—. ¿Pero qué tiene eso que ver contigo? Hay quien dice que un hombre no es realmente un hombre si no tiene barba, y que los clérigos son hombres que fingen ser mujeres. Sin embargo, aunque un clérigo haya pronunciado sus votos ante la iglesia, ¿debemos esperar que carezca del apetito de los hombres? —Su expresión cambió, como si un nuevo pensamiento hubiera aparecido en su mente—. ¿Acaso creías que iba a abandonar sus votos para casarse contigo?

—¡Yo no he dicho eso!

—Escúchame, muchacha. Tu padre y tú llegasteis desde tierras remotas, tú con ese color y ese acento y tu padre con sus educados y elegantes modos. Todo el mundo sabe que no eres como nosotros, que no naciste en estas tierras ni en libertad, que eres de un lugar completamente distinto, aunque ignoro de cuál se trata. No he oído decir que ningún familiar vaya a venir a rescatarte, y tú misma le dijiste al mariscal Liudolf que no tenías parientes. Eres una muchacha demasiado hermosa para vivir sola, sin ningún familiar que te proteja, de modo que el frater Hugh cuidará de ti. Procede de

una familia poderosa y es hijo de una noble. ¡Ay, muchacha! Piensa antes de gritar contra la injusticia. En ningún lugar estarás mejor que a su lado.

Liath perdió los estribos.

—¡Me pega!

—Con ese carácter, no me sorprende. Él te compró. Ya no importa tu vida anterior, ya no importan tus orígenes ni tampoco los parientes que hayas podido dejar atrás, si es que los hay. Ahora eres una esclava, la esclava de Hugh. Si eres lista, conseguirás que aprenda a valorarte. Puede que, en su momento, si eres dócil y obediente, escriba una liberación de esclavitud y te deje libre, pero hasta que llegue ese momento serás inferior al más humilde de los campesinos que cultiva estas tierras. Eres una muchacha orgullosa y creo que aún no eres consciente de tu situación.

Liath intentó contener diversas réplicas feroces, pues sabía que las palabras de Birta encerraban la cruda realidad. Con voz sofocada por la cólera, el pesar y el temor a perder a Hanna si se enfrentaba a su madre, musitó una disculpa.

—Os ruego que disculpéis mi desdichada lengua. Siempre habéis sido amable conmigo, Ama Birta. Lamento haber sido impulsiva y grosera.

La mujer rio incómoda.

—Eres una buena chica, Liath, pero debes aprender a sacar lo mejor de aquello que Nuestra Señora y Nuestro Señor te han dado. Hay varias muchachas en esta aldea que miran con deseo a nuestro atractivo frater. La iglesia nos enseña que los hombres que le prestan sus votos renuncian a su unión con las mujeres, pero es extraño que un clérigo pueda decir con el corazón limpio que eso sea cierto.

Liath no podía soportar que la gente dijera que era la amante de Hugh.

—¡Yo nunca...! —Tropezó con sus propias palabras, furiosa y azarada—. ¡Y nunca lo haré!

Ama Birta suspiró y sonrió con pesar. Para el inmenso alivio de Liath, Hanna apareció en ese instante.

—¡Liath! —Hanna corrió a abrazarla, pero al llegar junto a ella retrocedió—. Hueles como los cerdos, Liath. El frater estuvo aquí para anunciar que iba a ausentarse... ¿Qué ocurre?

—Quizá deberías acompañar a Liath al patio y beber un poco de leche caliente.

Hanna parecía sorprendida.

—De acuerdo, mamá —cogió a Liath de la muñeca y la arrastró hacia la puerta principal—. Vamos antes de que cambie de opinión. —Entró en la bodega, cogió dos tazas y vertió en ellas el contenido de un cántaro, sin parar de hablar—. Nunca es tan generosa si no hay una moneda de por medio. ¿Qué ha ocurrido?

—Me ha dicho que toda la aldea sabe que soy la amante de Hugh y que todos lo aprueban, pero acaba de descubrir que no lo soy, que no quiero serlo y que nunca lo seré.

—¡Ah! Salgamos al patio. Nos sentaremos en el banco —Hanna la condujo al

patio de los establos. Había una escoba y un rastrillo apoyados en un lateral de la casa; franjas paralelas de tierra removida indicaban las zonas en las que el patio había sido rastrillado. Las dos muchachas se sentaron en un banco, al sol—. Desde la subasta no has tenido tiempo de sentarte a charlar conmigo... excepto aquella vez que Hugh partió a Freelas y fui a visitarte. He advertido que nunca te quita los ojos de encima. —Miró hacia la posada y bajó la voz—. ¿De verdad que no te ha obligado a acostarte con él? Todo el mundo sabe que pretendía...

—¡Hanna! —Liath apoyó una mano en su brazo para que guardara silencio—. ¿Qué ocurrió con el libro?

—¿El libro? —De pronto, su rostro se iluminó—. ¡En aquel momento pensé que habías perdido la cabeza! ¡No me digas que has ido a buscarlo!

Liath cogió las manos de su amiga. Su corazón latía con fuerza.

—¿Lo tienes?

—¡Ay! ¡Suéltame! ¡Claro que sí! Lo enterré donde me dijiste, pero entonces pensé que los animales salvajes, los lechones de Johan o los niños que buscan huevos enterrados podían encontrarlo, así que me lo llevé. ¿Cuándo estuviste allí?

—Ayer. Creía que Hugh se había marchado.

—¿Fuiste allí el mismo día que partió? Por eso parecía tan enfadado cuando visitó la posada. ¡Serás idiota! Yo te habría aconsejado que esperaras un día o dos, para cerciorarte de que se había marchado. Si desea tanto ese libro...

—Lo sé, lo sé. No lo pensé. Pero como ya se había ausentado otras veces, pensaba que era seguro. Solo necesitaba verlo, Hanna.

Hanna miró furtivamente a su alrededor, corrió hacia la puerta de la despensa y, tras echar un vistazo a su interior, volvió a mirar la sala posterior de la posada. Entonces, le indicó por señas que le siguiera a los establos.

Dejaron atrás los pesebres, el redil de las ovejas y el abrevadero de los cerdos, dirigiéndose a la tenada. La paja y el heno revoloteaban perezosamente, girando en espiral a la luz del sol que se filtraba por las ventanas allí donde los postigos estaban abiertos. El hermano de Hanna estaba sentado en el pajar, con las piernas suspendidas en el aire.

—Karl, márchate. Tienes que acabar de rastrillar el patio.

—¡Es tu trabajo!

—Ahora es el tuyo. ¡Márchate!

Karl hizo una mueca, musitó un «hola» a Liath y descendió por la escalerilla lateral. Hanna esperó a que se marchara; entonces se arrodilló, levantó los tablones de la artesa en la que comían los cerdos y extrajo de su interior un paquete envuelto en lana vieja y sucia.

Liath se lo quitó y lo desenvolvió con manos temblorosas. Sus dedos acariciaron los grandes broches de metal que mantenían unido el libro. Cuando retiró el último trozo de tela, vio las grietas, finas como el cabello, que se extendían por la recia cubierta de cuero que el paso del tiempo estaba volviendo de color gris. Deslizó un

dedo por el lomo, siguiendo las rosas de bronce que adornaban sus broches de metal y leyendo las letras grabadas en dariyano: El Libro de los Secretos. Papá solía decir que su título ocultaba el verdadero nombre de los libros que contenía en su interior.

Abrazó el libro contra su pecho y durante un largo momento permaneció en silencio, con los ojos cerrados. Cuando por fin los abrió, vio que Hanna la miraba desconcertada.

—Pensaba que había desaparecido —le explicó, con voz entrecortada—. Gracias Hanna. Sabía que no me fallarías. —La abrazó, aplastando el libro entre ambas, pero al instante retrocedió—. Hugh cree que si me acuesto con él le daré el libro, pero nunca lo haré.

—Liath... —Hanna la miró con el ceño fruncido—. No es un libro eclesiástico. He visto el salterio que utiliza el frater Hugh el Día del Señor y los Versos Sagrados que lleva consigo la diaconisa cuando visita la aldea. —Titubeó, nerviosa. Con su cabello claro peinado en una trenza y sus ojos azules tan brillantes como el cielo otoñal, Hanna parecía tan perdida como debía estarlo la hija de un propietario ignorante. Sin embargo, Liath sabía que su capacidad de pensar y razonar estaba más desarrollada de lo que nadie sospecharía jamás. Además, Hanna había heredado la implacable y práctica rapidez de su madre y jamás contaba ningún secreto.

—Liath, sé que sabes leer y escribir... y no solo porque corregías las cuentas de mamá. Te he visto escribir en ese libro que tienes ahora en tus brazos mientras subía por el sendero que conducía a la cabaña de tu padre, antes de que advirtieras mi presencia. Si no confías en mí, ¿en quién vas a confiar?

—Tienes razón. Ahora solo te tengo a ti, Hanna.

—Y a Ivar.

—Ivar solo es un niño, con cinco hermanos mayores y ese viejo oso que tiene como padre.

—Tiene la misma edad que nosotras...

—Nunca ha visto más allá de sus narices. Actúa antes de pensar... y la verdad es que nunca piensa.

—¿Cómo puedes decir eso? Tiene un buen corazón y me trata como a un pariente, aún siendo el hijo de un conde. Nunca le ha dado vergüenza ser mi hermano de leche. Todo va bien, Liath. Incluso el anciano y estricto frater Robert tuvo una amante durante un tiempo, la vieja Martha. De hecho, posiblemente fue él quién le contagió la viruela. A pesar de que los monjes y fraters juran consagrarse por completo a Nuestro Señor y Nuestra Señora, siempre hay quienes se atan el cabello y se afeitan la barba, pero no siguen fielmente las reglas. Hugh jamás ha prestado atención a las mujeres de esta aldea ni de las granjas de las proximidades, excepto para pedirles que den agua a su caballo y le lleven algo de comer. Estamos tan por debajo de él que creo que ni siquiera le importamos, pero sabe que es nuestro pastor. Son muchos los que creen que ha consagrado su vida a Nuestro Señor y Nuestra Señora, al igual que la Diaconisa Fortensia o los Hermanos del Monasterio Cabeza de

Oveja. Yo misma lo creería si no hubiera visto cómo te mira, Liath. Si lo único que deseara fuera el libro, te aseguro que buscaría otra forma de conseguirlo. Nunca ensuciaría su nombre con algo que no quisiera de verdad.

Liath se quedó desconcertada ante aquella diatriba.

—Hanna... —No le salían las palabras—. Hanna, yo... —Su amiga esperó, paciente—. Tú no deseas que Hugh... que él quisiera... que él... —vaciló. El agujero era demasiado grande para saltarlo—. Pero Ivar y tú...

—Ivar es mi hermano de leche. Por supuesto que le quiero, pero solo es un muchacho, mientras que Hugh es un hombre. ¿Has visto lo limpias que están siempre sus manos? ¿Y el delicado tejido de su ropa? También su aroma es diferente, más dulce. ¿Y has visto lo azules que son sus ojos? A veces sonrío... pero no sabe que existen personas como yo.

Liath se quedó tan sorprendida por la confesión de Hanna que no supo que decir.

—Yo no quería que ocurriera esto. No quería que se fijara en mí.

Hanna suspiró.

—Por supuesto que no. Nunca deseas que se fijen en ti. Ivar también te quiere, pero tampoco te has dado cuenta. Espero que nunca te enamores de un hombre que no puedas tener. Bueno, ¿qué quieres hacer con el libro? —preguntó, volvió a ser la persona práctica que era.

Oyeron que Ama Birta les llamaba.

—¡Hanna! Ya habéis hablado bastante rato. Hay trabajo que hacer.

Liath abrazó el libro. Era lo único que le quedaba de papá... ¿pero realmente era lo único que le había dejado? Aún tenía que resolver un secreto que había permanecido escondido durante todos estos años, su derecho de primogenitura, pero no sabía por dónde empezar a buscar.

—Liath —dijo Hanna, nerviosa—. Si no quieres que Hugh lo encuentre, cometerás una estupidez llevándolo a la iglesia.

A regañadientes, Liath le tendió el libro y la tela encerada. Tuvo que sujetarse las manos y morderse los labios para no arrebatárselo mientras Hanna lo envolvía y lo guardaba en el agujero que había bajo la artesa. Colocó los tabloncillos en su sitio y regresaron juntas al patio.

—Hanna —dijo en voz baja, mientras cruzaban el patio interior. Karl estaba rastrillando las hojas y las ramitas que habían sido transportadas por el viento durante la noche—. Puede que sea un hombre atractivo, pero no le amarías si realmente le conocieras.

—Tú eres mi amiga y eso es lo único que importa.

Ama Birta se reunió con ellas en la puerta.

—¿Cenarás con nosotros, Liath? —Tenía el rostro manchado de sudor y de hollín, pues estaba trabajando junto al fuego.

—Lo haré gustosa. Regresaré por la tarde.

Su mente estaba tan confusa que el camino de regreso a la iglesia se le hizo muy

corto. ¿Cómo era posible que Hanna pensara en Hugh de ese modo? Papá siempre había dicho que no debías hacer votos si no tenías intención de mantenerlos. Hugh le había desagradado desde el mismo instante en que se presentó en su cabaña, hacía más de un año, diciendo que estaba haciendo su ronda, conociendo a su rebaño. A pesar de sus palabras, Liath sabía que había oído algo en la aldea que le había impulsado a investigar a papá.

Desde entonces les había visitado con asiduidad y papá, que se sentía muy solo, siempre le había recibido con los brazos abiertos, pues le complacía poder hablar con otro hombre educado. No había vuelto a ser el mismo desde que su amada Anne había muerto; nunca había sido capaz de cuidar de sí mismo. No habían pasado penurias durante los dos años que pasaron en Andalla, pero aquello terminó una noche terrible. Durante los cuatro años siguientes habían vivido en la pobreza y la precariedad y, aunque a Liath nunca le había importado tener que trabajar duro, añoraba las comodidades del pasado. Como decía papá cuando había bebido demasiado: «¿Qué hombre puede llamarse señor si no tiene criados?».

Se secó una lágrima. No le había hecho ningún bien llorar cuando mamá había muerto. En aquel momento, habían recogido todo aquello que podían cargar y habían abandonado su hogar en la mitad de la noche. Ahora tampoco le haría ningún bien llorar.

Al llegar a la iglesia vio que había una pequeña yegua gris junto al capón de Hugh. Ivar le esperaba en la cocina.

—¡Liath! —dijo, abrazándola—. Hueles igual que los establos. —Soltó una carcajada, pero de repente se separó de ella, como si le avergonzara haberse tomado semejantes libertades.

Liath sonrió muy a su pesar. Ivar esbozaba una sonrisa radiante, pues se alegraba mucho de verla. Le dio un beso en la mejilla y ambos se sonrojaron.

—No esperaba verte aquí —dijo apresuradamente, intentando ocultar su incomodidad.

Ivar echó un leño al fuego.

—Ayer vi al frater Hugh cabalgando hacia el norte, así que pensé que estarías sola.

—Y lo estoy. He ido a la posada.

Ivar permaneció junto al fuego, pero sus ojos se deslizaron hacia ella. Las llamas iluminaban su cabello rubio rojizo y daban color a sus pálidas y pecosas mejillas.

—Ven conmigo —dijo, con voz suave, sería—. Ahora mismo. Hoy. No puedes quedarte aquí. Sé que Hugh te... —titubeó—. Te maltratará. Nunca me ha gustado. Se cree mejor que mi padre, aunque solo sea un bastardo.

Ivar siempre había sido una de esas personas que disparan al ciervo antes de tener el arco en sus manos.

—¿Adónde iríamos?

—He oído decir que los Dragones cabalgan por Freelas, dirigidos por el príncipe.

Dicen que los Eika han atacado la costa septentrional durante la primavera y el verano. La obispa envió un mensajero al rey Henry anunciado que habían sido vistos en Cabeza de Oveja.

—¿De verdad crees que los Dragones me aceptarán? Tú eres hijo de un conde y sabes luchar. Si tu padre se lo pidiera al rey Henry, te aceptarían, pero yo solo sé las cosas que mi padre me enseñó para que pudiera defenderme durante nuestros viajes. No tengo parientes que respondan por mí, ni puedo imaginar porqué querría unirme a los Dragones, si todo el mundo sabe que luchan en las batallas más encarnizadas y que muchos mueren antes de completar su primer año de servicio.

Ivar se sonrojó, herido por sus palabras.

—Supongo que la cama de Hugh es mucho más cómoda.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? ¡Retíralo inmediatamente! ¡Prefiero dormir con los cerdos antes que estar cerca de ese hombre! —Estaba tan furiosa que temblaba.

A pesar de la luz del fuego, Ivar se quedó tan pálido que sus pecas destacaban aún más.

—Perdóname —musitó por fin—. Es solo que yo... —Se interrumpió, pero Liath aún estaba demasiado enfadada para disculparse por su exabrupto—. ¿Qué pretendes hacer? Puede que ahora te permita dormir con los cerdos, ¿pero crees que dejará que las cosas sigan así?

—Es un hermano de la iglesia, y ya sabes qué juramento hacen.

Incluso a ella le pareció un argumento carente de fuerza.

—Creo que no entiendes cómo funciona esto. Hugh ingresó en la iglesia porque era bastardo. Mi propio padre tuvo una hija con... bueno, no importa con quién, y ahora ella es diaconisa en el sur, en Wisslaren. Mi padre aún tiene que decidir a cuál de sus hijos menores enviará a la iglesia. Antes de que yo naciera, mi hermana Rosvita se ordenó primero como monja y después como clérigo en la escuela del rey Henry. No fue ella quien lo decidió, pero lo aceptó de buen grado. ¿Qué te hace pensar que fue Hugh quien decidió ingresar en la iglesia y renunciar a sus... placeres?

Se le ocurrieron diez respuestas distintas, pero sabía que todas ellas eran absurdas. No podía mentir a Ivar con el único objetivo de mentirse a sí misma, así que guardó silencio.

—Escúchame. —Con la misma cautela con la que un hombre se aproximaría a un perro herido, Ivar se acercó a Liath y tomó su mano—. Sé que lo de los Dragones es una idea descabellada; sin embargo, papá enviará tropas al rey Henry la próxima primavera y es probable que yo las dirija. Si es cierto que los Dragones han cabalgado hacia el norte, seguro que les acompaña algún Águila para llevar mensajes al rey. He oído decir que las Águilas acogen en sus rangos a cualquier persona de voluntad férrea que haya nacido en libertad, y tú cumples esos requisitos. Gero partirá mañana hacia Freelas. Le pediré que haga ciertas averiguaciones.

—No se te ocurrirá contarle tus planes, ¿verdad? —Lo más terrible de aquella idea era que le había devuelto la esperanza.

—A Gero se le da muy bien hacer conjeturas, pero podemos confiar en él, pues odia a Hugh con todas sus fuerzas. Es el heredero de mi padre y, la pasada primavera, el frater le insultó a la cara y le trató como si fuera un estúpido. —Era evidente que aquello todavía le dolía, pues enrojeció y su voz se acaloró—. Mi padre es un conde de la tierra, pero como vivimos tan al norte, las tropas del rey nunca llegan aquí ni ninguno de nuestros muchachos le ha servido jamás, excepto mi hermana como clérigo y un tíoabuelo, que murió como Dragón en la Batalla de Lenzen. Gero tuvo que soportar sus insultos en silencio, pues no deseaba levantarle la mano a un hermano de la iglesia.

Ella apenas le oía.

—Siempre he querido ser mensajera del rey.

—Pero las Águilas cabalgan solas. Es muy peligroso, aún contando con la protección del sello real.

—No sería tan diferente a la vida que llevaba con papá. Y sería libre, Ivar. No tendría ataduras. Las Águilas solo deben rendir cuentas al rey. —Intentó reprimir una dolorosa sonrisa—. De todos modos, haya nacido libre o no, no podrán llevarme consigo, pues ya no soy libre. Hugh me compró por dos nomias. Hasta el día de la subasta, nunca había visto una de esas monedas.

Ivar le soltó la mano y empezó a pasearse por la sala.

—Tu padre tenía cuatro libros. Seguro que, como mínimo, valían una nomia.

—Hugh se los quedó sin pagar nada por ellos. Dijo que pertenecían a la iglesia. Los robó.

Por una vez, Ivar no compartió su indignación.

—La diaconisa Fortensia dice que todos los libros deben pasar a ser propiedad de la iglesia. Además, no sirven de nada si no sabes leer. —Se detuvo ante ella y la miró con seriedad—. Liath, prométeme que si encuentro el modo de sacarte de aquí, vendrás conmigo.

¡Parecía tan joven! Era un niño que intentaba parecer un hombre aunque ni siquiera tenía barba. Liath se sentía infinitamente mayor y más lista; además, estaba muy cansada de enfrentarse a Hugh. Pero si Hanna había escondido el libro en un lugar mejor que el que se le había ocurrido a ella, ¿no era posible que Ivar descubriera el modo de escapar?

—Te lo prometo. Gracias.

Sonrojándose, Ivar se inclinó hacia delante y la besó, pero sus labios inexpertos no se unieron correctamente. Sonrojándose aún más, se disculpó y se marchó precipitadamente, dejando a Liath a solas en la cocina.

El corazón de la muchacha se iluminó. ¡Había tocado el libro! Si se habían producido ataques en el oeste, era muy posible que las Águilas aceptaran en sus rangos a alguien como ella. También era posible que el conde Harl necesitara

voluntarios para sus tropas, para defender al rey Henry de los ataques de los Eika. Si el invierno era suave, podría resistirse a Hugh. Sí, lo haría.



Los primeros cinco días pasaron con demasiada rapidez. Liath estaba nerviosa; temía que Hugh regresara en cualquier momento, que cada sonido que oía fueran las pisadas de sus botas. Pero Hugh no regresó. Dormía en la cocina, se demoraba en la posada y ayudaba a Hanna en sus tareas. Incluso en una ocasión, temblorosa y aterrada porque Hugh pudiera surgir de la nada, entró en los establos de la posada para tocar su precioso libro. Por fortuna, Hugh seguía sin aparecer.

En la primera Víspera de Nuestra Señora, contempló el oscuro cielo y se permitió un breve momento de satisfacción. Hacía frío y estaba nublado, así que no podía ver las estrellas, pero se consoló pensando que Hugh aún tardaría siete días en regresar. Fue al pozo en busca de agua y la calentó para prepararse un baño. Su mente evocó los viejos baños dariyanos de los que disfrutaba cuando vivía con papá y mamá. Recordando la época en la que se bañaba con agua caliente, echó la cabeza hacia atrás y su cabello flotó sobre las ondas que provocaba su cuerpo cada vez que se movía en la gran bañera de cobre. El rugido del hogar calentaba la sala. Oía el suave repiqueteo de la lluvia que caía en el exterior. En cuanto salió de la bañera, lavó cada una de sus prendas (algo que no se atrevía a hacer cuando Hugh estaba cerca) y las colgó de las sillas que descansaban ante el fuego para que secaran. Se tapó con una manta y, tras un instante de indecisión, se dirigió a la celda de Hugh con una expresión de determinación en el rostro.

La habitación estaba fría y vacía. Vacía. Vertió un caldero de brasas en el brasero y, mientras la sala se calentaba, se arrodilló en la suave alfombra y abrió el arcón. Una túnica esmeralda descansaba doblada arriba del todo y debajo había tres exquisitas camisolas de lino. Cogió una y se la puso. La tela era muy suave. Suspiró de placer y siguió investigando. Había una elegante túnica de hombre y un vestido de mujer de seda dorada. Lo contempló durante un largo momento. ¿Sería un regalo de su madre? ¿Por qué lo guardaba? Lo dobló de nuevo y volvió a dejarlo en el arcón. Siguió investigando...

Y encontró libros.

Reconoció al instante los cuatro primeros: eran los libros de papá. Buscó a tientas el astrolabio, pero había desaparecido; Hugh debía de habérselo llevado. Por fin levantó el quinto libro. Tenía la cubierta raída, pero estaba grabado en oro y en su lomo había perlas engarzadas, aunque faltaban algunas. Lo abrió.

Los Actos de los Magos. Durante un largo momento fue incapaz de mover la mano. Ni siquiera se atrevía a tocar las palabras. Papá le había hablado de este libro.

«Chaldeos fue ministro de la emperatriz Thaisania, la dama de la máscara. Por orden de la Emperatriz, escribió una lección para sus tres hijos, con el objetivo de que estos aprendieran la magia mediante la que los Aoi controlaban su imperio».

Por fin consiguió abrirlo por la primera página. El pulcro puño de un escriba había escrito tres estrechas columnas en cada página. La primera estaba en dariyano, la segunda mostraba las gráciles huellas de pájaro del jinna y la tercera estaba escrita en arethousano. Observó las columnas en dariyano y jinna y descubrió que cada columna era una traducción de la anterior. Si lograba descifrar las letras del arethousano y las comparaba con las de las otras dos lenguas, podría aprender a leerlas, pues cada una de ellas desentrañaba un código.

La lluvia golpeaba con fuerza los postigos. Había tormenta. Las brasas se habían apagado y tenía las manos entumecidas por el frío. Dejó el libro sobre la cama, se envolvió de nuevo en la manta y corrió a la cocina para atizar el fuego, encender un fanal y recoger más brasas para el brasero. De nuevo en la habitación, contempló la silla, pero sus ojos se desviaron hacia la cama de plumas. Solo por esta noche podría permitirse el lujo de leer hasta tarde en aquella suave, gloriosa y cálida cama. La idea le parecía indecente... pero el libro, abierto por su primera página, le llamaba a gritos. Los Actos de los Magos. Su padre había empezado a enseñarle sus secretos un mes antes de morir.

¿Por qué no? Podía actuar de forma imprudente por una vez. Se tumbó sobre aquella maravillosa cama y se apoyó sobre los codos para leer.

Perdió la noción del tiempo.

Libro Primero. Los Cursos de las Estrellas y las Esferas de los Cielos; cómo pueden adivinarse según los antiguos magos Babaharshanos para dar fuerza al Arte.

Conocía tan bien el dariyano que pudo leer el texto casi en su totalidad. Sus labios daban forma a las palabras, pero no las pronunciaban en voz alta. Leer el jinna era un proceso más laborioso; a pesar de que antaño lo había hablado con fluidez, ahora tenía que articular cada una de sus letras y mezclarlas para formar las palabras.

Gran parte de este material le resultaba familiar: las estrellas siguen un curso fijo y la estrella polar, Kokab, es el eje alrededor del cual gira la gran rueda de las estrellas en su vuelta infinita. La rueda inferior se conoce como el zodiaco, el dragón mundial que controla los cielos. Es un círculo de constelaciones, cada una de las cuales representa una de las Casas de la Noche. A través de estas casas se mueven el Sol, la Luna y las estrellas errantes conocidas como planetas. Los antiguos magos Babaharshanos recabaron estos conocimientos durante mil años de observaciones y lograron dominar la magia recurriendo a los poderes de las estrellas y los planetas a medida que su luminosidad aumentaba o disminuía.

Se oyeron unas pisadas y después una risita. Desconcertada, Liath contuvo la respiración y levantó la mirada del libro. Se quedó paralizada, aterrada. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba leyendo ni de cuánto tiempo llevaba él viendo cómo formaba las complejas palabras del jinna y las pronunciaba en voz alta. ¡Se había

delatado!

Hugh entró en la celda. Estaba empapado y fatigado. Su capa de montar colgaba de uno de sus hombros y su hábito de clérigo estaba salpicado de gotas de lluvia. Tenía el cabello despeinado, las pálidas mejillas cubiertas de polvo y parecía muy satisfecho.

—¿Qué es esto? —preguntó. Liath era incapaz de moverse. Le arrancó el libro de las manos y echó un vistazo a la página por la que estaba abierto—. No solo sabes leer, sino que además entiendes este libro. Estoy impresionado. No me sorprende que conozcas el dariyano, incluso en su forma antigua, ¿pero cómo es posible que sepas leer el jinna? Ni siquiera yo conozco esa lengua, a pesar de que fui educado en la corte. Solo sé arethousano y dariyano.

—¿Sabes hablar arethousano? —preguntó ella, impulsada por sus grandes deseos de aprender. Se interrumpió al instante, cogió la raída manta y la envolvió alrededor de su cuerpo. La camisola de lino era demasiado ligera para llevarla sin nada encima, sobre todo delante de Hugh.

Sonriendo, dejó el libro sobre la mesa y empezó a quitarse los guantes, muy despacio. Entonces, apoyó las manos en la cama y se inclinó hacia delante hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del suyo.

—Me gusta que lleves el pelo suelto. —Levantó una mano y la deslizó a lo largo de su cuello, antes de enredar los dedos en su cabello—. Y está tan limpio. ¿Has cambiado de opinión, preciosa? —Su voz adoptó una nota extraña, ronca.

—No —Liath se apartó de él y esperó a que la abofeteara.

Él se enderezó.

—Es una cama muy cómoda. Pronto la compartirás conmigo. Quiero que me prepares el baño. Puedes quedarte la camisola, pero deberás cuidarla como se merece, pues su tejido es muy delicado y valioso. Por cierto, la cena será esta noche, no el próximo día de la Señora. Quiero que te pongas el vestido dorado. —Echó un vistazo al arcón abierto y añadió—: Creo que ya lo has encontrado.

Sonrió de nuevo. Liath era incapaz de imaginar qué era lo que le había puesto de tan buen humor.

—Habrás cosas más elegantes que estas, Liath. Por fin ha muerto el abad de Firsebarg y mi madre se ha encargado de supervisar la elección de su sucesor. ¿Cuándo quieres que partamos hacia el sur? Te gustará Firsebarg. Creo que incluso te gustará mi madre. Como fue educada en un convento sabe leer, aunque creo que no tan bien como nosotros. Sin embargo, no conoce el jinna, pues esa lengua nunca ha sido enseñada en las escuelas de la iglesia.

Viajar al sur. Liath le miró fijamente. Nunca se le había ocurrido pensar que la obligarían a abandonar a las únicas personas en quienes confiaba, que la obligarían a alejarse del último vínculo que la unía a papá. ¿Cómo se llevaría el libro sin que Hugh lo encontrara durante el viaje? Seguro que sabía que lo llevaría consigo. En Firsebarg, donde no conocía a nadie, estaría por completo a su merced.

Hugh la miró, disfrutando de su confusión.

—Creo que no partiremos hasta la primavera. No hay prisas. Odio viajar en esta época del año.

Sin decir nada, Liath sujetó con fuerza la manta, como si esta pudiera protegerla.

—¿Debemos continuar con esta farsa? Sé que has sido instruida. Te delatas constantemente con tus palabras, con tu forma de hablar y con esos conocimientos que no deberías tener. Me aburro, Liath. Nunca me había aburrido tanto como durante estos dos últimos años, deambulando por estas tierras cuidando de mi bendito rebaño. Ay, Liath, podríamos firmar una tregua y conversar como personas educadas que somos. Incluso podríamos hacer un pacto.

Hizo una pausa para que la muchacha fuera consciente de su generosidad.

—Te enseñaré arethousano si tú me enseñas jinna. La reina Sophia fue muy firme en que todos los que estudiábamos en la escuela del rey aprendiéramos arethousano. Era la sobrina del emperador arethousano, como estoy seguro que sabes, y Arnulf el joven la trajo a estas tierras ignorantes para que contrajera matrimonio con su heredero. Nuestra preceptora, la sacerdotisa Mónica, aceptó enseñar arethousano a los pocos jóvenes que tuvimos la gran suerte de estudiar con ella, por si alguno de nosotros debía dirigir una embajada a esas tierras lejanas. Sin embargo, me abofeteó con fuerza cuando le pedí que nos enseñara jinna. «Esa es una lengua que solo hablan los infieles y los hechiceros», espetó. Sus palabras no hicieron más que incrementar mis deseos de aprenderla, pero nunca más volví a pedírselo. Tu padre era la única persona que la conocía... y ahora estás tú, preciosa. ¿Qué me dices?

En todo esto había algo muy extraño. Liath sabía que, mientras no le diera nada, estaría a salvo, pero le había surgido una pequeña duda. Quizá, Hugh merecía cierta compasión. Le habían obligado a abandonar el brillante centro de la corte real y le habían destinado a estas tierras remotas, donde no había nadie como él. No era extraño que ansiara la compañía de papá.

Además, si aprendía arethousano, podría traducir las glosas del volumen más antiguo del Libro de los Secretos. Quizá, incluso podría desentrañar aquella lengua desconocida, escrita por aquella mano antigua...

—No sé —dijo en voz baja.

Hugh sonrió. Liath comprendió de inmediato que había perdido algo importante. Hugh había ganado esta batalla y estaba en mejores condiciones de ganar la guerra. Bajó de la cama y se apoyó contra la pared para dejar la máxima distancia posible entre ambos. Entonces, salió corriendo de la celda y bajó a la cocina, a la seguridad del trabajo.

A sus espaldas oyó que Hugh canturreaba:

*«Nuestra Señora es gloriosa en Su belleza.
Nuestro Señor es poderoso con Su espada.
Benditos somos nosotros, Sus hijos.»*

*La gloria descansa allí donde posan Sus ojos.
La gloria duerme en Su hogar».*

Su voz era hermosa.

La mañana de la primera helada, Liath despertó al amanecer de un sueño intermitente. Con la manta bien envuelta alrededor del cuerpo, avanzó arrastrando los pies hasta la leñera. Le dolía estirar los dedos y tocar cualquier superficie, y tuvo que morderse los labios para soportar el dolor de tirar de los leños y liberarlos de la capa de hielo que los cubría. Tuvo que forcejear con el picaporte para conseguir abrir la puerta y acceder a la cocina. El cambio de temperatura fue tremendo. Casi dolía tanto como el frío.

Avivó el fuego y se quedó ante el hogar, temblando y tosiendo. Después, se inclinó para verter un poco de agua templada en su boca. El líquido se deslizó por su garganta, calentándola. Miró a su alrededor para cerciorarse de que no había nadie más y hundió las manos en el caldero para que entraran en calor. El fuego ardía y restallaba tan cerca de su rostro que le ardía, pero no le importaba. Oyó algo, una voz, unos pasos. Sintiendo culpable, apartó las manos del caldero y se agachó para coger harina de centeno con la que preparar las tortas.

Hugh apareció en el umbral.

—Hace frío. Hace un frío de mil demonios y lo odio. Odio este erial congelado y no quiero pasar aquí el invierno. Tendríamos que haber viajado al sur el mes pasado, cuando recibí la noticia, pero ahora es demasiado tarde. —Cruzó a grandes zancadas la habitación y la cogió de la barbilla para que le mirara—. Tienes un aspecto horrible. Pareces una maldita campesina con la tez quemada por el sol, porque pasas el día entero realizando tareas de hombre. Tienes el rostro agrietado y la nariz enrojecida. Ve a calentar mi cuarto y prepárame el desayuno. Cuando termines, márchate de aquí. No puedo soportar mirarte.

Le dio un bofetón en la mejilla, que le hizo más daño del habitual porque tenía la piel congelada. Se alejó acobardada, intentando no llorar. La celda de Hugh estaba más caliente que la cocina. Amontonó brasas relucientes en el brasero y se agachó junto a él, absorbiendo su calor. Sobre la mesa descansaba un ornado pergamino escrito con gráciles letras. Estiró el cuello para leer las palabras.

—¡Fuera de aquí! —Hugh apareció tras ella y le dio un cachete en la nuca—. Estás mugrienta. ¡Fuera!

Corrió a la cocina y se entretuvo allí todo el tiempo que le fue posible, preparando gachas y tortas para Hugh, pero este no tardó en regresar de su celda y la obligó a

salir al exterior. Liath escondió las manos en las axilas y corrió hacia la posada. Era una buena excusa pues, al fin y al cabo, tenía que ir a por carne. Nada más llegar, antes de que su corazón hubiera palpitado dos veces ante el hogar y sus ojos miraran al viajero que comía en soledad en una mesa situada a escasos pasos de ella, Hugh entró como una exhalación por la puerta principal.

No fue necesario que dijera nada. Además, Liath habría preferido morir antes que provocar una escena. Ama Birta salió de la cocina con la ración de carne adobada que tenía preparada para el sacerdote y le saludó, pero Hugh respondió con un monosílabo. Hanna salió de la recámara mientras Liath recogía la carne que le daba Birta y retrocedía hacia la puerta. Hugh la seguía a dos pasos de distancia, apremiándola. El viajero levantó la mirada. Era un hombre de cabello canoso y rostro curtido que vestía una capa de montar forrada de piel. Observó la escena con interés. Mientras abandonaba la posada, Liath sintió su mirada clavada en su espalda.

Una vez en el exterior, Hugh la abofeteó. Llevaba puestos los guantes, así que el golpe no fue excesivamente doloroso.

—¿Acaso te he dado permiso para venir hasta aquí?

—Tenía que recoger la carne...

La abofeteó de nuevo. Incapaz de contenerse, Liath se cubrió la mejilla con una mano. ¡Por la Señora, cómo dolía! Algo se movió bajo los sombríos aleros de la posada. Alguien les observaba.

—Cada vez que quieras ir a alguna parte me pedirás permiso. Ahora espérame aquí.

Hugh regresó al interior.

Mientras esperaba, Hanna se asomó con sigilo desde un lado del edificio.

—Liath...

La puerta se abrió y salió Hugh. Ama Birta le seguía como si fuera su fiel criada.

—Por supuesto, frater —estaba diciendo, con unas manos y una expresión tan rígidas como las de una imagen tallada en madera—. A partir de ahora, mi hijo Karl se encargará de realizar las entregas.

Atravesó a Hanna con la mirada y la muchacha desapareció precipitadamente tras la esquina.

—Vamos, Liath. —Hugh la cogió del brazo, con dedos fuertes como garras, y tiró de ella.

La muchacha se liberó de su agarre y siguió caminando por su cuenta. Hugh no dijo nada más durante el camino de vuelta ni tampoco habló durante el resto del día, pero siguió con atención todos sus movimientos y la abofeteó cada vez que pensó que estaba desatendiendo sus obligaciones para resguardarse del frío.

Aquella noche durmió de forma intermitente, al igual que al día siguiente, y al otro, hasta que los días se convirtieron en una confusión de fría tristeza y perdió la noción del tiempo. Cada vez hacía más frío, pero aún no había llegado el invierno. Trasladó su sucio montón de paja a la pocilga, para dormir entre los cerdos. Trotón,

que era el que más afecto le tenía, le permitía acurrucarse a su áspera espalda.

En cierta ocasión, mientras cepillaba los caballos, oyó la voz de Hanna en el exterior. Corrió hacia la puerta para ver que Hugh observaba a su amiga con gélido desdén.

—Tu hermano pequeño es quien debe realizar las entregas —le dijo—. Eso es lo que acordé con tu madre.

—Os lo suplico, frater. Si tan solo me dejarais hablar con...

—Te he dicho que te vayas.

Hanna se giró y vio a su amiga.

—¿Intentas desafiarme, muchacha? —preguntó Hugh.

Hanna no podía hacer nada más que marcharse.

—Vuelve al trabajo —espetó Hugh a Liath.

La joven desapareció en el establo, siéndole negada incluso la tristeza de ver a Hanna partir.



Una mañana, temprano, Ivar apareció montado sobre su yegua. Iba envuelto en una abultada capa forrada de piel y tenía el rostro pálido de frío y pesar.

Liath, que estaba cortando madera, se quedó parada, mirándole. Hacía tanto tiempo que no veía un rostro familiar que pensó que estaba soñando.

—Liath —Ivar habló en voz baja, muy rápido—. Ven conmigo. Tengo un plan. Gero me ayudará a esconderte y entonces... —Levantó la cabeza, escuchando. Hugh la llamaba desde el interior.

Corrió hacia Ivar, cogió su mano y, de un salto, montó sobre su tripa a lomos del caballo; entonces, movió rápidamente las piernas hasta quedar sentada a horcajadas. Ivar obligó a la yegua a dar media vuelta y la espoleó para que se pusiera en marcha. Era un animal robusto capaz de cargar con ambos, pero a un trote discordante.

Cuando estaban a punto de llegar a la propiedad del padre de Ivar, Hugh los alcanzó con su capón bayo. Dejó atrás a la yegua y se detuvo ante ellos mientras desenvainaba la espada.

—¿Vas armado, muchacho, o eres más listo de lo que pensaba?

Ivar, a quien le asustaba la simple visión de una daga, se detuvo.

—Liath, desmonta —ordenó Hugh.

Liath obedeció.

—Liath —protestó Ivar—. No puedes...

—Todavía no he terminado contigo —dijo Hugh al muchacho—. Puedes venir conmigo y presentar tu caso ante el conde Harl; en caso contrario, yo mismo me encargaré de contarle tu estupidez. No me importa. Liath, camina junto a mi montura.

Ella empezó a andar, con la cabeza agachada. Al menos, caminar le ayudaba a mantenerse caliente. Tropezó una vez, pero no por la fatiga, sino por la desesperación.

Fue incapaz de levantar la mirada mientras cruzaban el foso y la empalizada y accedían al gran patio exterior del castillo del conde Harl. Liath miraba sus pies y los de Hugh, que recorrieron el ancho sendero que conducía al pabellón y subieron los escalones de piedra que llevaban a los aposentos del conde. Oyó voces que decían su nombre y el de Ivar, pero no se atrevió a mirar los rostros que la observaban.

Una castellana los condujo a los aposentos privados de Harl. El anciano conde estaba aún en la cama, con las colchas amontonadas a su alrededor. Un clérigo con tonsura y recién afeitado escribía a su dictado en un pergamino. ¡La habitación era tan cálida! Liath se acercó discretamente al hogar, pero Hugh la cogió del brazo y tiró de ella para que se colocara en una fría corriente de aire.

—Conde Harl —dijo con sequedad, saludándole con un rígido movimiento de cabeza. Era una muestra de su arrogancia y, si Liath no le hubiera odiado tanto, habría admirado su vanidad. Le maravillaba que, siendo un simple bastardo, se creyera superior a un conde legítimo. Sin embargo, su madre era una margrave, una princesa del reino, y su familia era mucho más poderosa que la de Harl—. Este mozalbete acaba de intentar robarme a mi esclava.

La muchacha miró de reojo a Ivar, que estaba de pie junto a la puerta. Su tez había adoptado un color rojo intenso y las lágrimas manchaban su rostro. No era justo que fuera humillado por intentar ayudarla, pero Liath no se atrevía a hablar.

Harl se frotó su cabello entrecano y observó a Hugh con evidente desagrado. Durante el silencio, un hombre que llevaba en la mejilla la marca de los esclavos entró en la habitación y vertió nuevas brasas en el brasero.

Ignorando al esclavo, Harl dirigió los ojos hacia su hijo.

—¿Es cierto eso, Ivar?

—Tengo algo de plata ahorrada... no la suficiente, pero los demás se ofrecieron a ayudarme a reunir la cantidad necesaria para saldar su deuda.

—No está a la venta —dijo Hugh con voz suave—. Ni tampoco habrá ninguna orden de liberación de esclavitud salvo la que escriba yo con mi puño y letra.

—No has respondido a mi pregunta, Ivar.

El muchacho miró a Liath con expresión dolorida antes de agachar la cabeza.

—Sí, mi señor.

Harl suspiró y volvió a posar sus ojos en Hugh.

—¿Qué queréis?

—Solo quiero que me prometáis que no volverá a ocurrir.

La esperanza brilló de nuevo. ¿Acaso Hugh temía que Ivar encontrara el modo de liberarla? Todo el mundo sabía el poco aprecio que sentía el conde Harl por el frater.

—Muy bien —dijo Harl, aunque por la expresión de su rostro parecía que había visto gusanos en su comida—. No volverá a ocurrir.

—¿Podéis asegurármelo? —insistió Hugh.

Liath advirtió que el rubor se extendía por la piel arrugada del conde Harl, que ahora estaba tan sonrojado como su hijo.

—¿Acaso dudáis de mi palabra? —preguntó con suavidad. Liath se estremeció. Granjearse el desprecio del conde era una cosa, pero ganarse su enemistad era otra completamente distinta.

Hugh esbozó su sonrisa más desagradable y poco sincera, que aún resultó más terrible porque su rostro no perdió ni un ápice de belleza.

—Por supuesto que no, conde Harl. Jamás cuestionaría vuestro honor. Sin embargo, vuestro hijo es joven e impulsivo... y mi propiedad es bastante valiosa.

Por primera vez, Harl posó sus ojos en Liath. Fue una mirada tan intensa que la muchacha se vio obligada a mirarlo. La estaba evaluando (dientes, rostro, constitución, juventud, fuerza...), pero no supo leer en su expresión si consideraba que su valía era clara o dudosa. Por fin, el conde volvió a posar sus ojos en Hugh.

—Podéis descansar tranquilo, frater. Vuestra propiedad estará a salvo de mi hijo. En Quedlinhame descansa el monasterio en el que, hace ya muchos años, mi primera mujer dio a luz a salvo de la tormenta. Durante todos estos años he buscado el modo de agradecerse, así que he decidido enviar a Ivar al sur para que sea investido monje. No volverá a molestaros.

Liath se quedó boquiabierta e Ivar palideció. Los labios de Hugh se movieron... no para sonreír, sino para esbozar una mueca de satisfacción que casi resultó obscena.

—Ahora, tened la bondad de marchaos —añadió Harl con brusquedad—. Tengo trabajo que hacer. Ivar, tú quédate aquí.

Ivar le dedicó una última y desesperada mirada mientras Hugh la sacaba de la sala. Un soldado les escoltó colina abajo hasta la empalizada, donde les esperaba el caballo capón de Hugh, vigilado por un mozo de cuadra.

—Montarás conmigo —dijo Hugh.

—Prefiero caminar.

La golpeó, pero el instinto le permitió apartarse con rapidez y solo recibió un ligero golpe a un lado de la cabeza.

—Montarás conmigo —repitió. Sujetando las riendas con fuerza, esperó a que Liath le tendiera la mano y la ayudó a montar a sus espaldas.

El camino de vuelta fue largo y silencioso.

Pero el cuerpo de Hugh era cálido.

La noche invernal llegó con todos sus rigores. Hacía tanto frío que Liath era incapaz de dormir. Acurrucada entre los cerdos, temblaba de tal manera que se levantó en la mitad de la noche y se paseó, arriba y abajo, arriba y abajo, hasta el amanecer. Durante el día, se sentía tan cansada que en un par de ocasiones estuvo a punto de quedarse dormida mientras realizaba sus tareas, pero tenía los hombros y la cabeza tan doloridos por los golpes que le propinaba Hugh que Uno más no suponía ninguna diferencia.

Las nubes llegaron la noche siguiente y con ellas, la nieve. Su situación mejoró levemente porque, aunque había más humedad, la temperatura era un poco más cálida. Sin embargo, durante la semana siguiente, el cielo se mantuvo claro y la nieve no se derritió, de modo que las temperaturas descendieron. Llevaba puestas todas las prendas que tenía, pero tiritaba el día entero y al anochecer estaba aterida de frío. Le dolía todo el cuerpo. Intentaba moverse en todo momento, por exhausta que estuviera. Incluso en la cocina se movía de un lado a otro y agitaba las piernas, intentando que el calor se adentrara en sus huesos. Tenía la certeza de que nunca más volvería a sentir calor. El frío era un dolor constante que la consumía.

Al anochecer, Hugh le ordenó abandonar la cocina. Se dirigió hacia el cobertizo arrastrando los pies, pues ya no tenía energías para levantarlos, y se sentó junto a Trotón. A pesar de los cerdos, hacía mucho frío. Se meció adelante y atrás, adelante y atrás, adelante y atrás, hasta que el ritmo de su balanceo la dejó aturdida. ¡Hacía tanto frío!

De pronto fue consciente de que moriría si se quedaba allí. No sucedería esta noche, pero sí la siguiente, o la próxima, o la siguiente. Se preguntó si le importaba. ¡Ay, Señora! Se horrorizó al descubrir que sí. En su interior ardía un fuego diminuto y odioso que deseaba vivir.

—No quiero morir —susurró. Tenía los labios demasiado secos, demasiado agrietados y demasiado ateridos de frío para poder formar palabras. Temblaba convulsivamente. Ay, Señora. No tenía energías para hablar y ni siquiera le quedaban lágrimas. Iba a morir y no quería.

Al principio, cuando vio la luz, fue incapaz de imaginar de qué podía tratarse. ¿Acaso el Athar estaba descendiendo de los cielos? La luz se tambaleó y osciló arriba y abajo hasta que Liath pensó que estaba soñando, que solo eran visiones, pero se detuvo ante su mirada borrosa, con un cálido aliento. Era un fanal.

—Liath —dijo Hugh con voz suave—. Entra, Liath. —Parecía estar persuadiendo a un niño dolido o a un perro herido—. Entra conmigo.

Ella se estremeció, balanceándose. Hugh apoyó una mano en su hombro, con delicadeza.

—Liath —repitió, con aquel tono suave y calmado—, entra conmigo.

Apartó la mano y esperó.

Liath permaneció inmóvil durante el espacio de diez respiraciones, reflexionando. Estaba aterida de frío y sentía un gran dolor que perforaba su corazón. Cualquier cosa sería mejor que esto.

Intentó ponerse en pie y Hugh la ayudó; solo la ayudó. Tampoco tiró de ella, sino que se limitó a guiarla cuando sus pies empezaron a caminar por voluntad propia hacia la cocina.

¡Qué calor más maravilloso había en su interior! Al ver la columna de vapor que se alzaba junto al fuego del hogar descubrió que Hugh le había preparado un baño, cargando el agua y calentándola por sí solo. Liath permaneció inmóvil mientras él

retiraba la mugrienta manta que cubría su cuerpo y, con sumo cuidado, le ayudaba a despojarse de las mugrientas prendas que vestía. Sostuvo la ropa quisquillosamente, con los guantes puestos, pero en cuanto estuvo desnuda, se los quitó, se remangó y la ayudó a entrar en la caliente bañera.

El calor le dolió como si un centenar de agujas diminutas disparadas por un duende se hubieran clavado en su cuerpo. Se secó las lágrimas. Hugh restregó su piel con un cepillo duro, haciendo que se irritara. Eso le provocó un dolor aún mayor, pero no tenía energías para protestar.

Con el dolor, el calor empezó a extenderse por su piel. El calor veteaba el fuego y se adentraba en su carne, en sus huesos. Hugh se levantaba cada pocos minutos para verter un poco de agua caliente en la bañera y en dos ocasiones salió al exterior con el cubo y llenó el enorme caldero con un agua tan fría que siseaba al entrar en contacto con la del interior.

A continuación, cogió un paño limpio y suave y lo pasó por su cabello y su rostro, por sus manos y su pecho, por sus caderas y sus muslos, por sus pantorrillas y sus pies, mientras canturreaba con voz grave y hermosa un verso sinuoso formado por notas, no por palabras. Liath se estaba sumiendo en una especie de sopor, pero su cuerpo seguía entumecido.

Hugh la cogió de las manos y la sacó del agua. Tras secar su cuerpo con un paño suave, la envolvió en una manta de suave felpa y retrocedió un par de pasos.

No dijo nada. Se limitó a observarla, sin sonreír ni fruncir el ceño. No había expresión alguna en su rostro... o, al menos, no había ninguna que ella pudiera comprender. Sabía que no podía regresar con los cerdos, pues papá siempre le había dicho: «No debes hacer promesas si no piensas mantenerlas».

Se volvió y avanzó por el estrecho pasillo hasta su celda. Dos fanales ardían en ella, dos fuegos gemelos la iluminaban. El brasero resplandecía en rojo y el libro de magia dariyano estaba abierto sobre la mesa. Sin ni siquiera mirarlo, Liath se acercó a la cama y se sentó en el borde.

Hugh la siguió al interior, cerró la puerta a sus espaldas y se quedó unos instantes apoyado en la madera, contemplándola. Seguía remangado, así que Liath podía ver sus pálidos y musculosos antebrazos y el suave vello que los cubría.

—¿Me enseñarás jinna? —preguntó él con voz suave. No parecía un ataque lanzado para ganar la batalla, sino una pregunta formulada para saciar su curiosidad. De hecho, parecía sorprendido por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Ella asintió. Solo eso... pero eso era todo.

—Ah —dijo él.

Liath levantó la cabeza, pues aquel silencio le resultaba extraño. Hugh la estaba observando. Su expresión le resultaba aún más perturbadora porque su hambre era evidente.

—Ni siquiera sabes qué eres, ¿verdad? —preguntó—. Eres la sala del tesoro,

como dice el libro sagrado. «Mi prometida es un jardín cerrado, una sala del tesoro enrejada. He venido al jardín, amor mío; he comido mi miel y he bebido mi vino. Comed, amigos, y bebed hasta que estéis ebrios de amor».

La siguiente estrofa apareció en la mente de Liath con tanta claridad que tuvo la impresión de que alguien estaba pronunciando aquellas palabras en voz alta: «Duermo, pero mi corazón está despierto. Venid, amado mío; os abriré la puerta».

Permaneció sentada, tan quieta como el amargo y gélido aire del exterior, y le observó mientras se desvestía. Puede que estuviera despierta, que su cuerpo hubiera dejado de sentir frío, pero su corazón se había quedado helado. Se limitó a observarlo, incapaz de sentir nada, hasta que estuvo desnudo. Entonces se sonrojó y apartó la mirada. Hugh soltó una carcajada.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo junto a ella. Apoyó una mano en su espalda y la tumbó sobre la lujuriosa suavidad del lecho de plumas. Entonces, apartó la manta de su cuerpo y lo cubrió, junto al suyo, con la colcha de plumas.

—Tu piel sigue estando fría —susurró, deslizando las manos por sus brazos y subiéndolas después por el abdomen hasta rozar sus pechos—. Liath, dime algo.

Desde tan cerca, su belleza resultaba abrumadora. La muchacha hizo acopio de valor para mirarle a los ojos y lo que vio allí hizo que se resquebrajara parte del hielo que la entumecía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Los cerró y, girando la cabeza, permaneció rígida entre sus brazos, pero no se movió ni intentó escapar.

—Sé lo que quieres —dijo en voz baja—. Pero está cerrado. Está cerrado y nunca lo tendrás.

—No estamos hablando del libro, ¿verdad, preciosa mía? —Hugh parecía divertido y enfadado a la vez, pero la abrazó. Suspiró y, de repente, su piel dejó de estar fría. De hecho, estaba tan caliente que casi quemaba—. Vos que os sentáis en mi jardín, amor mío, permitid que tenga también vuestra voz —añadió entre jadeantes susurros.

Le temblaba la voz, pero no por la pasión o lo que otros llamarían lujuria, sino porque sentía algo más fuerte y aterrador. No solo deseaba su cuerpo y el libro, sino que también la quería a ella. Había algo más profundo que solo ahora sabía que existía. Liath era la hija de dos hechiceros y, aunque era sorda a la magia, escondía en su interior algo que no podía ver.

Pero Hugh sí que podía. Liath siempre le había temido, pero ese miedo no había sido nada en comparación con el terror que sentía ahora. Hugh tenía los conocimientos necesarios para verlo y unos ojos que le permitían ver más allá de lo visible. Ahora, mientras Hugh acariciaba su cuerpo, Liath descubrió la verdad.

Papá había estado escapando durante todos estos años para protegerla, para esconderla. Quienquiera que había matado a su madre, ahora la quería a ella. Ella era el premio, el tesoro. Pero no sabía por qué.

Hugh suspiró. Su aliento era cálido y dulce contra su mejilla. Liath mantuvo los ojos firmemente cerrados.

—No temas —dijo él con suavidad—. No seré brusco contigo. Aquí no. Aquí nunca.

Hugh sabía lo que hacía.

Liath encontró la ciudad de su memoria y pisó la blanca orilla que las lentas olas del lago lamían al son de los latidos de su corazón. Ascendió por la sinuosa avenida de mármol, cuyas uniones eran tan perfectas que parecía una superficie lisa e infinita que se iba haciendo más sinuosa a medida que ascendía. Siguió caminando y cerró a sus espaldas cada uno de los siete elevados portales que cruzó.

Cuando por fin llegó a la cima, encontró la helada torre de su corazón, que enrejó con parras y espinas y lanzas de hierro. Una vez en su interior, cruzó la puerta y trepó por una escalerilla hasta la cámara superior, la sala de las puertas que papá había imaginado para ella. En la habitación había cuatro puertas que daban a los cuatro puntos cardinales, y una quinta puerta situada de forma imposible en el centro. Esta última estaba cerrada incluso para ella. Tras cerrar cada una de las puertas con una llave de bronce para quedar atrapada en el interior, se acercó a la puerta del norte y dibujó una sombra, una puerta secreta que conducía al bosque. Allí trazó un sendero que serpenteaba entre obstáculos grandes y pequeños, entre bosques intransitables y caminos misteriosos, para que solo pudiera encontrarlo alguien que de verdad conociera su corazón. Después arrojó la llave a la zona más intransitable y laberíntica de aquel bosque. Si algún hombre buscaba la llave, no lo haría sin correr ningún peligro.

Se aferró a esta visión para salvarse.

Hugh fue gentil y le dijo palabras dulces hasta que por fin se quedó dormido.

Ella permaneció despierta sellando la ciudad de la memoria, hasta que se sintió segura en su interior, hasta que estuvo sola y supo que nadie podría llegar junto a ella, más que siguiendo el pequeño sendero que Hanna encontraría con facilidad. Solo entonces se relajó y, aunque Hugh la rodeaba con un pesado brazo, se quedó dormida en la maravillosa suavidad de aquel glorioso y cálido lecho.

Al día siguiente, Hugh contrató a un matrimonio de una aldea próxima a la fortaleza del conde Harl para que se encargara de las tareas rutinarias de la iglesia.

Ambos limpiaron la celda contigua a la suya mientras Hugh rescataba de los almacenes una práctica mesa y silla rota que pronto fue arreglada. Lard mató un ganso y, mientras Dorit lo cocinaba, Liath preparó algunas plumas para escribir. Hugh abrió dos arcones de la bodega que escondían tesoros inesperados: pergaminos y tinta, un tablero de escritura encerado, un punzón y otros enseres propios de una escuela eclesiástica, dos alfombras más (ninguna de ellas tan delicada como la alfombrilla arethousana que descansaba en su celda) y otros lujos.

Liath estudiaba, pues solo así conseguía olvidar todo lo demás y apartarlo de su mente como si jamás hubiera existido. Durante una parte del día hablaban en dariyano; después, Hugh le enseñaba, palabra a palabra, la lengua arethousana, y ella le mostraba las curvadas letras del jinna que solo podía escribir con torpeza. Finalmente, ella leía en voz alta fragmentos de los libros que su padre había dejado atrás. Leía sobre las hierbas curativas y su farmacología en el Tratado sobre plantas; leía sobre presagios, augurios y visiones en los Sueños de Artemisia; leía sobre los juicios y los actos sagrados de Santa Tecla, fundadora de la Iglesia de las Unidades de Darre, la primera y gran discípula de Daisan el bendito y la primera mártir de la fe que se opuso con firmeza a las persecuciones del emperador pagano; y leía sobre los primeros días del imperio Dariyano, sobre sus mayores triunfos, según les contó Polixena, una erudita arethousana de la corte imperial dariyana que solo pretendía descubrir «cómo los dariyanos, conocidos por no ser humanos, consiguieron tener al conjunto del mundo bajo su mando durante cincuenta y tres años».

Juntos avanzaron lentamente por las lecciones de Los actos de los magos. Hugh encendió una vela sin tocar la llama y predijo una tormenta. Liath permanecía ciega y muda a todo, excepto al sentido de las palabras. Traducía el jinna para él y empezó a descifrar las letras y palabras que aparecían en la columna escrita en arethousano. Esta fue la tarea en la que se concentró. Todo lo demás estaba envuelto en una neblina, sobre todo el tiempo que pasaban juntos por la noche. Se sentía tan desapegada de su cuerpo que tenía la impresión de ser dos personas distintas: a una de ellas le estaba ocurriendo todo esto, mientras la otra observaba desde su refugio en lo alto de la gélida torre.

En ocasiones, Hugh debía ausentarse para impartir la extremaunción, bendecir a un recién nacido o realizar alguna cura. La primera vez que pasó la noche fuera, Liath se levantó por la mañana, dejó atrás los hornos de ladrillo en los que Dorit horneaba el pan y salió al patio, pero las gélidas rachas de viento y la nieve amontonada la asustaron tanto que regresó al interior de la iglesia y no se aventuró a salir de nuevo.

Cada día del Cielo, los aldeanos acudían a la iglesia para escuchar el evangelio. Liath jamás había eludido su obligación de asistir a misa, pero ahora sentía terror. La primera vez que se había negado, Hugh la había abofeteado con fuerza y la había amenazado con volver a dormir en la pocilga, de modo que no le había quedado más remedio que obedecerle. Sabía que solo deseaba exhibirla. Había escondido su ropa vieja y le hacía vestir delicadas túnicas. Liath temía hablar con la gente, pero también temía que su silencio les hiciera pensar que se había convertido en una persona arrogante.

Los escasos momentos que pasaba en soledad solía arrodillarse en la capilla vacía. No lo hacía para rezar; de hecho, ni siquiera pensaba. Se limitaba a descansar, arropada por el silencio de Dios, y en ocasiones recordaba momentos que había vivido con papá.

«Liath, puedes dejar que tu fantasía juegue con las letras, pues se han escrito varios tratados sobre diversas escuelas de caligrafía de la vieja Dariya. Sin embargo, cuando aprendas los viejos patrones, cuando dibujes la Rosa, deberás hacerlo siempre con exactitud. Debes dibujarlo como si fuera el original, sin improvisaciones. Lo que dibujas con la mano es el patrón con el que ejercitas tu mente hasta que dejas de necesitar un vínculo físico para invocar la Rosa o, en el caso de un hechicero, hacer que se manifieste a su voluntad». Por lo general, papá hablaba con confianza, pero ahora su expresión se había ensombrecido y tenía los hombros encorvados. Parecía cansado. «Anne te habría enseñado todo esto mucho mejor que yo».

Liath había acercado una mano a su cabello, que se había vuelto blanco demasiado pronto.

«No digas eso, papá. Tú mismo me dijiste que debía aprender estas cosas para saberlas y, quizá, transmitir las, pero que nunca conseguiría esgrimir semejante poder». Él había suspirado. «¿Te gustaría tenerlo?».

Liath se había encogido de hombros. «Supongo que sí. O al menos, desearía que hubieras empezado a enseñarme antes las artes conocidas por los hechiceros. ¿Por qué esperaste tanto tiempo, papá?». «Todavía no eres lo bastante fuerte. Es muy arriesgado, pequeña. Pasará mucho tiempo antes de que estemos a salvo».

Pero nunca habían estado a salvo.

—¡Liath!

El susurro fue suave pero contundente.

Dio un respingo y se golpeó las rodillas contra el duro suelo. Entonces, se puso en pie con dificultad y permaneció inmóvil unos instantes, analizando al intruso.

—¿Ha... Hanna?

—Estás tan... pálida no, sino gris. —Hanna avanzó hacia ella con el ceño fruncido. La energía que irradiaba proporcionaba calor a la fría capilla, calentada tan solo por las brasas que Liath había dejado en el brasero al ser incapaz de soportar por más tiempo el frío—. Dicen que en esta ocasión el viejo Johan cruzará de verdad las esferas. Vi cabalgar a Hugh hacia su casa y, como supongo que estará fuera hasta el anochecer, decidí venir. Mamá me dijo que podía hacerlo. No he hablado contigo desde... —vaciló, pero Liath se limitó a mirarla. Le costaba comprender las palabras que eran pronunciadas por una voz distinta a la de Hugh—. Desde aquel día que te golpeó en las puertas de la posada. ¿Recuerdas al hombre que estaba allí? Viajaba hacia Freelas y, cuando Hugh te llevó de vuelta a la iglesia, preguntó por ti y también por tu padre.

—No le recuerdo —respondió Liath con voz monótona. Las palabras de Hanna no tenían ningún sentido... o quizá lo tenían para otra persona, para una que ya no estaba allí—. No deberías estar aquí.

Hanna se puso rígida.

—¿Quieres que me vaya?

Liath sacudió la cabeza. No era eso lo que quería decir, pero apenas sabía hablar. Ahora solo sabía recitar palabras que otros habían escrito.

—No, pero no deberías estar aquí. —De repente se sentía muy nerviosa. Miró atrás sobre su hombro, hacia la arcada que conducía a la nave central—. Él regresará...

—Ha ido a Recodo del Río. Es imposible que esté de vuelta antes del anochecer.

—Lo sabrá y regresará. Sabrá que estoy con alguien. Siempre lo sabe.

—Liath, siéntate. Estás temblando. —Hanna la tocó y aquel contacto fue como un fuego que crepitaba en su brazo. Podía moverse, pero solo encontró fuerzas para hacerlo cuando su amiga la cogió de la cintura, la acompañó hasta uno de los bancos y se sentó junto a ella. Liath estaba tan cansada que apoyó la cabeza en su hombro—. Lars ha ido a visitar a su madre y Dorit está en la posada charlando con mamá, de modo que es imposible que Hugh se entere de que he estado aquí. Dorit dice que te mueves con el sigilo de un fantasma, que nunca hablas a no ser que el frater te hable y que la mitad de las veces lo haces en alguna lengua del diablo.

Hanna guardó silencio y le acarició el brazo. Permanecieron largo rato sentadas sin que ninguna de las dos hablara.

De repente, Liath levantó la cabeza.

—¿Qué día es hoy?

—La Víspera del Día de la Señora.

—No. ¿En qué mes estamos? ¿En qué estación? ¿Todavía es invierno?

Hanna la miró y Liath se dio cuenta de que se sentía incómoda, que estaba asustada, pero no sabía porqué.

—Falta al menos un mes para el deshielo. El solsticio de invierno ya ha quedado atrás. Y también la Festividad de Santa Herodia. La cosecha fue buena y nadie está pasando hambre a pesar de lo avanzado de la estación. La mayor parte del centeno sembrado el pasado otoño ha sobrevivido al invierno.

—Entonces en la Misa Mariana, después del deshielo —dijo Liath, esforzándose en recordar algo importante que papá le había dicho en cierta ocasión. ¿O había sido su madre? Sí, había sido ella. Estaban en el jardín, el día de Misa Mariana, observando los nuevos frutos del jardín y preguntándose por qué habrían brotado tan pronto aquel año. Mamá era una mujer espléndida, de cabello claro y porte elegante. Recordaba la escena con claridad, pero no lo que le había dicho—. Cumpliré diecisiete años —añadió, aferrándose a lo único que tenía un poco de sentido.

—Liath, mírame. —Liath levantó la cabeza con gran esfuerzo y advirtió que el rostro de su amiga estaba desgarrado por la angustia—. Mis padres quieren desposarme con el joven Johan, en la Misa Mariana. Les dije que lo pensaría. — Ahora parecía perdida. Le estaba suplicando ayuda—. ¿Qué debo hacer? No quiero casarme con él y pasar la vida entera trabajando sus tierras y criando a sus hijos hasta que muera. Sé que eso es lo que Nuestra Señora me ha concedido y que debería estar orgullosa de ser una mujer libre, pero no es eso lo que deseo... aunque tampoco sé qué otra cosa podría hacer.

Hanna la necesitaba. La puerta de sombras que había dibujado en la puerta del norte de la sala sellada se abrió levemente, permitiendo que su amiga dejara atrás el bosque y accediera al baluarte.

—¡Oh Hanna! —Un repentino fuego ardía en su interior—. Si papá... si tan solo pudiéramos regresar a Autun, donde vivíamos antes de venir aquí. O a la corte del Califa de Qurtubah... o a Darre, el primer lugar donde vivimos. Si pudiéramos hacerlo, te llevaríamos con nosotros.

—¡Darre! ¡Hay demonios en Darre!

—¿Demonios? ¿Bajo la mirada de la skopos? —Liath rio—. Supongo que quieres decir elfos. No son realmente demonios, Hanna. Ni siquiera son daimones.

—Pero la diaconisa Fortensia dice que son el fruto de la unión entre un ángel caído y la hija de un hombre. Por eso son demonios.

—Eso no es lo que Daisan el bendito nos enseñó. Papá decía que los elfos nacían del fuego y la luz y que solo los mancillaba la oscuridad que llegó al mundo en tiempos del caos. Y que ya existían antes de que la humanidad fuera gobernada por la Palabra Santa.

Hanna la observó con cierto temor, como si Liath acabara de revelarles que era un demonio, que había nacido de la unión antinatural entre una mujer humana y un ángel que había abandonado a Nuestro Señor y Nuestra Señora.

—Sabes tantas cosas extrañas —murmuró por fin.

—Solo porque he aprendido a leer, Hanna. Tú también podrías hacerlo si quisieras.

—¡Si estuviera en la iglesia!

—En Darre. ¡Lo recuerdo, Hanna! —Los recuerdos afloraron tras la nube en la que se había escondido, como si el deshielo hubiera llegado a las gélidas tierras septentrionales—. Papá decía que fue en Darre donde el rey Henry conoció a la mujer élfica que dio a luz al bebé que aseguró su sucesión.

Hanna aún parecía dudar y recelar de sus impías palabras, pero la escuchó con atención y preguntó animada:

—¿Es cierto que el príncipe es medio elfo? Tiene que serlo. Inga dice que la esposa del primo de su marido estuvo en Freelas el día que pasaron por ahí los Dragones y que los vio. A los Dragones. Dijo que no había ninguna duda, que aquel hombre solo pertenecía en parte a la raza humana, que era un ser terrible y a la vez espléndido. Su cabello era negro como la noche, su piel del color del bronce y sus ojos verdes.

Liath soltó una carcajada, pero se interrumpió, vacilante. Hacía meses que no oía aquel extraño sonido... el sonido de su propia risa.

—¿Cómo es posible que la esposa del primo de su marido estuviera tan cerca del príncipe y de los Dragones para distinguir el color de sus ojos?

—Tiene los ojos verdes y por sus venas corre sangre élfica. ¡Pobre bastardo! Su madre lo abandonó antes de que tuviera dos meses.

Liath se giró con tanta rapidez que cayó al suelo y se quedó postrada sobre sus rodillas. Advirtió vagamente que, a sus espaldas, Hanna se levantaba. ¡Era tan valiente! Hugh se alzaba bajo la arcada que conducía a la iglesia. Por supuesto que lo había sabido.

—Jamás supo hablar wendiano ni várrico, solo dariyano y un poco de aostano, que es tan similar al dariyano que podemos entender uno si sabemos el otro. Dicen que llegó de Alba, un lugar conocido porque los Perdidos aún caminan por senderos secretos iluminados por la luna. La lengua que hablaba con más fluidez era el saliano, y fue en esa lengua en la que bautizó a su hijo. —Hugh sonrió. Era consciente de que su simple presencia obligaba a Liath a permanecer arrodillada, rígida, paralizada, a los pies de Hanna—. Se llamaba Alia, que significa «otro» en dariyano, aunque el entonces príncipe Henry no logró desentrañar el enigma. Mi antigua aya fue una de las personas que la asistieron en el parto; necesitaban varios testigos porque la fertilidad de Henry quedaría demostrada con ese hijo. Mi aya me dijo que tras contemplar la placenta, al recién nacido y la sangre que mancha dichos acontecimientos, Alia dijo: «Estos son los campos sangrientos a los que me han traído. Llévenselo». Le bautizaron con el nombre de Sanglant, pues este fue el nombre que oyeron pronunciar a su madre.

Su tono cambió y su dura mirada se clavó en ella.

—Liath, a partir de ahora cabalgarás conmigo. ¿Sabes montar, verdad?

Ella asintió, enmudecida.

»Entonces, ven.

—Pero hace mucho frío.

—Vendrás conmigo. Ahora.

Liath se levantó y obedeció.

Liath se levantó sin mirar a Hanna, sin advertir siquiera su presencia, y recorrió la nave central de la capilla con tal rigidez que parecía que unas cuerdas invisibles movían sus extremidades. Tras dejar atrás a Hugh, desapareció en el interior de la iglesia.

En el mismo instante en que desapareció, Hugh volvió los ojos hacia Hanna y la miró con atención, como intentando decidir si suponía una amenaza para él. Entonces, sacudió con desdén su hermosa cabeza y, dando media vuelta, siguió a Liath al exterior.

—Estúpida —dijo Hanna entre dientes, viendo cómo su forma desaparecía en la penumbra de la iglesia. ¿Era posible contemplar a aquel hombre y después mirar al joven Johan sin sentir repugnancia, con su rostro picado, sus uñas sucias y su hablar torpe y pausado?

—Estúpida —repitió, solo para asegurarse de que comprendía a la perfección lo que era. Satisfecha, se sentó en el cojín acolchado en el que se había arrodillado Liath, que estaba templado por el brasero, y reflexionó, largo y tendido, sobre lo que acababa de ver.

Cuando abandonó la iglesia no se dirigió a la posada, sino que recorrió el largo camino que conducía a la fortaleza del conde Harl. Quizá, solo quizá, podría persuadir a alguien para que le dejaran ver a Ivar allí donde su padre lo tenía encerrado hasta que llegara la primavera y, con ella, el momento de viajar a Quedlinhame. Conocía cien formas distintas de convencerlo, por enfadado que pudiera estar, por mucho que todos supieran que Liath era la concubina del sacerdote, para que llevara un mensaje consigo cuando viajara hacia el sur.

El hombre que había pasado por la aldea tres meses atrás no había llevado consigo ropas ni insignias que lo identificaran pero, por la noche, mientras Hanna atizaba el fuego, le había visto escribir en un pergamino. Quizá era una carta, aunque no era ningún clérigo, pues llevaba barba. ¿Pero qué tipo de soldado sabía escribir?

Se había acercado un poco más, intentado ver qué hacía, y la buena suerte le había permitido ver un símbolo escrito en la parte inferior del pergamino. Hanna no sabía leer, pero como buena hija de posadero sabía reconocer varios símbolos. Este lo conocía bien, a pesar de que no se veía con demasiada frecuencia en Descanso del Corazón.

Era el emblema de las Águilas del rey.

CAPÍTULO 5



EL CORAZÓN INTERIOR

—Porque el Libro Sagrado dice que nuestro sufrimiento es el castigo que sufrimos por nuestros pecados —sermoneó el frater Agius.

Y es cierto, pensó Alain mientras se levantaba para la oración final. Nunca se había sentido tan alegre y a la vez tan desgraciado como durante estas dos últimas estaciones. El otoño había dado paso al invierno y ahora que se acercaba el deshielo, el invierno cedería su puesto a la primavera, dando así una vuelta completa, porque todo en la vida pasaba una y otra vez por el Círculo de Unidad. Su sueño se había cumplido, pues estaba aprendiendo el arte de los soldados y los guerreros de las leyendas, tal como le había prometido la visión de la Montaña Espalda de Dragón. Sin embargo, todos le evitaban, tanto por los perros como por haber incumplido la promesa de su padre y haber renunciando a servir al Señor y la Señora. Todos menos Lackling.

—Benedicidnos —dijo la congregación al unísono.

Agius alzó las manos hacia los cielos. Tenía una voz fuerte, preparada para los largos sermones con los que guiaba a la congregación de la Fortaleza Lavas ahora que la Diaconisa Waldrada estaba tan enferma de fiebre pulmonar que apenas podía hablar entre susurros.

—Que Daisan el bendito, que ahora reside en el seno de Nuestra Madre, se apiade de nosotros y nos salve. Que Santa Cecilia, cuya festividad celebramos en él día de hoy, San Lavrentius, cuyos huesos santifican nuestra iglesia, y todos los santos y nuestra madre entre ellos, Clementia, segunda con ese nombre y skopos en Darre, intercedan por nosotros ante la Madre y el Padre de Vida para que nos concedan su gracia y amen al conjunto de la humanidad. Que así sea.

Alain esperó junto a los siervos hasta que el conde Lavastine y su familia abandonaron la iglesia. Dio un codazo a Lackling, que estaba contemplando la gran vidriera roja, dorada, azul celeste y verde esmeralda, con la cabeza ladeada de un modo que le hacía parecer más el hijo de un duende que un joven nacido de una madre humana. El resto de la congregación empezó a salir en fila al exterior. Alain tiró con más fuerza del brazo de Lackling y, sobresaltado, el muchacho miró asustado a su alrededor mientras rebuscaba en su cinturón. Sacó de su interior un sucio trozo de tela y lo desenvolvió para mostrarle un pedazo desmenuzado de queso y una cebolla. Con impaciencia, dejó atrás a Alain y avanzó con su arrolladora cojera hacia

las puertas.

Alain corrió tras él.

—Lackling —le llamó, intentando hablar entre susurros—. No puedes hacer eso. Está prohibido.

—Amigo mío.

Alain se volvió. El frater Agius le miraba desde el altar. Tenía la impresión de que, desde el episodio de los perros de caza, sus brillantes ojos se posaban en él con demasiada frecuencia. Agachó la cabeza a modo de respuesta.

—La castellana Dhuoda me ha contado que estabas destinado a la iglesia.

—Sí, Hermano —mantuvo la mirada en el suelo—. Se suponía que tenía que prestar mis servicios en el monasterio de Cola de Dragón.

—Era un monasterio del rey, ¿verdad?

—Sí, Hermano.

—¿Los Eika lo redujeron a cenizas y asesinaron a sus monjes?

—Sí, Hermano.

—Sin embargo, hace cuatro meses actuaste con rapidez para impedir que el prisionero Eika sufriera daños.

—Sí, Hermano.

—¿Por qué lo hiciste?

—La Señora nos enseña a ser piadosos, Hermano —respondió con rapidez, deseando que el frater Agius concluyera el interrogatorio para poder salir al exterior antes de que descubrieran a Lackling.

—¿No odias al prisionero Eika, a pesar de que existe la posibilidad de que estuviera entre aquellos que asesinaron a los hombres que podrían haber sido tus hermanos? ¿Es posible, amigo mío, que fueras ofrecido a la iglesia en contra de tu voluntad?

Alain se sonrojó y mantuvo la mirada fija en el suelo. No respondió.

—¿Y tus padres? —preguntó Agius, bajando de la tarima y avanzando por la nave central hasta detenerse junto a él. El muchacho percibió el olor del algodón mojado y las especias del agua bendita, además de un suave aroma a aceite de rosas. Las manos de Agius, marrones y callosas, eran las de un hombre habituado al trabajo manual, pero su acento revelaba que pertenecía a una familia de la más alta cuna.

—No sé quién fue mi madre, frater Agius. Me crio Henri de Osna, hijo de Adelheid. Él es el único padre que conozco. Mi familia vive en la aldea de Osna. Tía Bel, la hermana de Henri, y sus hijos, me tratan como a un primo. Me crie con ellos.

—¿Bel y Henri? Supongo que fueron bautizados así por Henry con «y» y Sabella, aunque sus nombres tienen un toque saliano. ¿Fuiste adoptado?

Agius tenía una mirada afilada, capaz de penetrar en el corazón de las cosas. O eso temía Alain.

—Sí, Hermano.

—Los aldeanos dicen que el viejo conde Lavastine, abuelo del actual conde, hizo

un pacto con los diablos a cambio de esos perros de caza. —Alain se movió nervioso, deseando irse de allí—. También dicen que el acuerdo pactado requería y prometía sangre, y que los perros solo obedecerían al conde o a un heredero de su sangre. He preguntado a la castellana Dhuoda si es posible que seas el hijo bastardo del conde Lavastine. Según mis cálculos, tras consultar los registros, fuiste engendrado aproximadamente en la misma época en la que se prometió a la mujer con la que más tarde contrajo matrimonio. ¿No crees que, en un momento así, habría sido vergonzoso engendrar un hijo bastardo en el vientre de una muchacha corriente, por hermosa que fuera esta? Muchos de esos hijos bastardos son entregados a la iglesia para alejarlos de sus familias.

Algo en el tono de su voz le obligó a levantar la mirada y farfullar:

—¿Vos? ¿Vos sois un hijo bastardo entregado a la iglesia en contra de vuestra voluntad?

Agius no sonrió.

—No, no lo soy. Entré en la iglesia en contra de los deseos de mis padres. Me prometieron a una mujer con la que no deseaba casarme. Habría sido un buen matrimonio para mi familia, pero no para mí, pues ya había prometido... —se interrumpió, y tras vacilar unos instantes, continuó:—... consagrar mi vida a Nuestra Señora de Gracia. —Se llevó una mano al pecho—. Nuestra Señora bendijo mis deseos. Mi hermano, un año más joven que yo, era más atractivo y estaba más dispuesto a casarse con ella. Juntos, logramos convencer a mi prometida de que él sería un mejor marido. Juré mis votos a los dieciocho años y mi hermano se casó poco después. Ahora está muerto; fue asesinado en las guerras del rey Henry —dijo esto con voz serena, pero Alain tuvo la impresión de que sus ojos centelleaban de furia y su boca se torcía en una amarga mueca—. Sin embargo, no te pareces en nada a él... aunque la sangre fuerte suele hacer que los niños se parezcan a sus madres.

Alain tardó unos instantes en comprender qué le estaba diciendo. No te pareces en nada al conde Lavastine. Eso era lo que Agius había querido decir.

—¿Acaso cambiaría algo si fuera hijo del conde Lavastine? —Preguntó, molesto porque el sacerdote se hubiera olvidado tan rápidamente de Henri—. Fui adoptado. Aunque lo que decís fuera cierto, él se deshizo de mí.

—Ni tú mismo crees que ese sería el final de la historia. Varios nobles colman de favores e incluso riquezas a los hijos bastardos engendrados o nacidos de familias nobles. Si tu corazón está consagrado a la iglesia deberías pensar qué puedes ofrecer a Nuestra Señora y a Daisan el bendito. El hijo de una dama noble ofrecería riquezas o tierras, el hijo de un hombre noble haría una donación al monasterio o, si fuera lo bastante querido, su padre buscaría una institución en la que cobijarle.

—Aunque fuera cierto —susurró Alain—, ahora solo soy el hijo de un mercader. Jamás podría demostrarlo.

Aunque deseara que fuera cierto. Alain sabía que un muchacho nacido en la nobleza, aún siendo bastardo, podía prestar servicio al rey, heredar tierras que le

permitieran dirigir su propio ejército o acceder a la élite de la caballería real, los Dragones.

—He consultado el registro de nacimientos del año en que naciste. De todos los niños que nacieron aquel año, solo tres escapan a mi conocimiento pues ni siquiera fueron bautizados. Algunos murieron de pequeños y ascendieron a la Cámara de Luz, pero sus muertes quedaron registradas en el libro parroquial. A los demás los he buscado y he podido verlos con mis propios ojos. De los tres que he mencionado en primer lugar, uno fue registrado como niña, nacida de una pareja legítimamente casada que pronto abandonó estos parajes. Los otros dos fueron registrados como bebés nacidos de mujeres solteras cuyos nombres no figuran en el registro, aunque una de ellas tuvo que cumplir penitencia por sus pecados. ¡Es una lástima que la diaconisa que atendía el Hogar de la Iglesia de Lavas en aquellos días haya fallecido! De todos modos, la cocinera tiene una memoria excepcionalmente buena para estas cosas y me ha asegurado que aquel año no hubo más nacimientos. Tampoco recuerda que ningún niño fuera abandonado a las puertas de la iglesia.

Alain intentó imaginar al conde Lavastine reconociéndole como hijo bastardo, como sangre de su sangre, e invistiéndolo en un nuevo y elevado rango. Sin embargo, solo pudo ver el rostro de su padre Henri, desgarrado por el dolor, recordando a la mujer que había sido su madre, la mujer a la que había amado.

—¿No tienes nada que decir? Eres un muchacho ambicioso, ¿verdad?

—La hija de lord Geoffrey, la muchacha que dio a luz *lady* Aldegund el pasado otoño, será la heredera del conde Lavastine. Los oí hablar del tema.

—Si sobrevive y no encuentran un candidato mejor. *Lady* Aldegund procede de una familia de Wendar. Son tierras fronterizas, cierto, pero las gentes de este lugar preferirían un niño con sangre de Varre... sea bastardo o no.

—No hay ninguna prueba —repitió Alain, sintiéndose terriblemente incómodo con Agius y su insistente interrogatorio. ¿No podía dejarle en paz de una vez?—. Nunca he oído decir a nadie que el conde hubiera dejado embarazada a una sirvienta. Estoy seguro de que, de haberse sabido, habrían circulado diversos rumores. El conde Lavastine tuvo una heredera, pero ahora está muerta, ¿verdad? Además, siempre puede volver a contraer matrimonio.

—Quizá. Nadie habla de esas muertes, excepto para decir que fue un terrible accidente. Bueno, no me cabe duda de que el conde Lavastine investigará tu nacimiento si desea hacerlo. De hecho, no es asunto mío. No es pariente mío y, además, ya no estoy consagrado a la iglesia ni a las preocupaciones de este mundo. —Su voz se volvió enérgica y, de repente, pareció preocupado por otros asuntos—. Hablaré con Maese Rodlin y el sargento Fell. Quiero que me sirvas durante una hora diaria. No puedo olvidar que sigues prometido a la iglesia, de modo que te instruiré en las letras y en la lectura, como debe ser.

Se volvió bruscamente hacia el altar, se arrodilló y empezó a rezar.

Alain retrocedió por la nave central con gran sigilo y, al llegar al vestíbulo, salió

disparado al exterior.

¡Demasiado tarde! Allí estaba la maldita evidencia, justo al lado de ella. Vestida con una arpillera y con el cabello cubierto de cenizas, Withi sollozaba, arrodillada sobre el frío suelo junto a las puertas de la iglesia. Llevaba diez días allí, desde que el capitán la había sorprendido fornicando con el joven Heric en los establos. Había habido más testigos, así que no le había quedado más remedio que exigir que confesaran su pecado públicamente. El frater Agius había impuesto a los pecadores el máximo castigo y el capitán había enviado a Heric a su aldea, sabiendo que la diaconisa de su parroquia se mostraría más piadosa.

Withi lloraba. Sus ojos azules ya no eran bonitos, pues estaban inflamados por las lágrimas; el frío había agrietado su rostro y tenía las manos enrojecidas e hinchadas. Lackling había dejado el queso y la cebolla en un lugar bien visible, como una ofrenda, pues lo que él entendía era que le habían prohibido comer nada que no fuera pan y agua. El muchacho, que estaba escondido en un rincón de la iglesia, salió disparado al ver a Alain. Su hablar era más parecido a los gruñidos y gritos de las bestias del bosque que a las palabras de un ser humano. Withi sollozaba avergonzada. Algunos de los soldados se detuvieron para mirarla. Alain se adelantó de un salto y escondió la sucia tela con su tesoro prohibido debajo de su vestido.

Intentando contener las lágrimas, Withi cerró la mano sobre la tela.

—¿Has traído esto para mí? —susurró—. Es pecado aliviar la carga de un penitente como si fueras un diácono o un padre con autoridad para mitigar el castigo de un pecador.

—Solo es un pecado menor —replicó Alain con rapidez. No podía evitar sentir lástima de ella. Lackling gruñó emocionado junto a él—. Además no he sido yo. Ha sido Lackling...

Ella levantó la cabeza.

—No lo olvidaré —le dijo, ignorando a Lackling.

El muchacho retrasado arrugó su rostro e intentó hablar.

—Güifoe...

Ella se encogió de hombros y le dio la espalda.

Lackling solo intentaba pronunciar su nombre.

El frater Agius apareció en la puerta.

—Amigos —dijo, acercándose a ellos—. La compasión es una virtud, pero la penitencia limpia el alma. Alain, por haberte detenido a hablar con esta penitente, ayunarás el próximo día de Nuestra Señora y reflexionarás sobre el significado del sermón de hoy. Que Nuestra Señora se apiade de tu alma. Amén. Ahora ven. Voy a hablar con Maese Rodlin y con el sargento Fell.

Agius ignoró a Lackling, como el resto del mundo, y a Alain no le quedó más remedio que seguirle. Además, tampoco podía hacer nada por Withi. La joven le había evitado desde el regreso del conde Lavastine y el incidente con los perros de caza, pero le dolía verla postrada en el suelo, sollozando a la puerta de la iglesia. La

Diaconisa Waldrada nunca habría sido tan dura. Lo mejor que decía la gente del frater Agius era que juzgaba a todos con la misma dureza, incluido a sí mismo.

Tras entretenerse unos momentos junto a Withi sin que esta diera señales de advertir su presencia, Lackling perdió toda esperanza y echó a andar tras Alain. Era tan leal como los perros, pero le dispensaban peores cuidados: nunca le permitían comer carne, ni siquiera los días festivos, pues tales exquisiteces eran demasiado valiosas para desperdiciarlas con un bobalicón. Aparte de tener el rostro deformado, era huesudo y bajito, y sus piernas arqueadas le proporcionaban un extraño andar arrollador. Incluso los perros, que ladraban y mordían a todo el mundo, se mostraban indiferentes ante su presencia. Alain sentía lástima de él y hacía todo cuanto estaba en su mano para protegerlo de las burlas y la crueldad de otros jóvenes.

El frater Agius caminaba con tanta rapidez que tuvo que correr para alcanzarle. Pronto dejaron atrás a los soldados que avanzaban hacia el castillo. Si Alain hubiera estado solo, le habrían insultado y escupido, pero había aprendido a soportar sus vejaciones porque había comprendido que, al igual que llorar a las puertas de la iglesia, era la penitencia que tenía que cargar sin quejarse. Ahora, al ir acompañado por Agius, los soldados se limitaron a mirarle en silencio.

Maese Rodlin y el sargento Fell estaban en el patio del castillo. Pronto, el frater les dio a conocer sus deseos.

—¡Bueno! —dijo el sargento Fell cuando Agius se despidió—. Has reunido a tu alrededor extraños benefactores, muchacho.

Intercambió una mirada con Maese Rodlin, que tenía los brazos cruzados y el rostro sereno.

Alain deseaba preguntarles si creían que podía ser el hijo bastardo del conde, pues ambos llevaban largo tiempo trabajando a su servicio, pero no se atrevió a hacerlo.

Cuando llegó el momento de que el sargento Fell llevara a los campos a los jóvenes que había adiestrado como soldados de infantería, Alain los acompañó como había hecho durante todo el invierno. Aquel año había nevado poco y, aunque la Misa de Santa Herodia aún no se había celebrado, marcando así el fin del deshielo, los vientos invernales habían limpiado de nieve los campos, dejando un terreno liso apto para los juegos de guerra. A Alain no le importaba que sus compañeros le atacaran con más fuerza de la necesaria con las puntas acolchadas de sus lanzas, ni que le golpearan en la cabeza con el escudo, ni que le obligaran a permanecer con más frecuencia de la habitual en el punto de formación, donde el riesgo era mayor. Consideraba que cada herida le hacía más fuerte. El sargento Fell asentía con gravedad y en cierta ocasión dijo que estaba recibiendo la mejor instrucción.

Cuando el conde Lavastine, lord Geoffrey y otros nobles fueron de caza con sus halcones, los soldados se adelantaron como ojeadores, pero a Alain le tocó correr junto a los perros para evitar que hirieran a los jinetes. Los animales derribaron a un jabalí en el bosque que se alzaba más allá de las viejas ruinas y el joven hijo de lord Geoffrey, nacido de su primera esposa, tuvo el honor de asestarle el golpe final.

Cada día, Alain pasaba una hora con el frater Agius practicando las letras y aprendiendo de memoria pasajes del libro sagrado. Por las tardes se sentaba en el salón a comer y beber. Con sigilo, pasaba trozos de pescado a Lackling mientras escuchaba los versos de los bardos y las canciones de los músicos o contemplaba el mudo espectáculo de los mimos que entretenían al conde, a su familia y a sus invitados.

Después se escabullía a la empalizada, a su lecho de paja, y se acurrucaba bajo la manta de lana que tía Bel le había enviado aquel otoño a través de un vendedor ambulante. Solo se sentía en paz en las perreras, con los perros... y con el príncipe Eika que seguía atado a la jaula. La criatura había soportado los rigores del invierno sin perder ni un ápice de ecuanimidad.

Le fascinaba el príncipe Eika. Era una bestia, una criatura salvaje que había estado a punto de degollar a uno de los ayudantes que se había acercado a él para llevarle la cena durante su primera semana de cautiverio. El hombre no había muerto, pero había perdido la capacidad de hablar. El príncipe solo parecía respetar a los perros, a los que sin duda alguna, reconocía como iguales en su intensa furia.

Habían encomendado a Alain la tarea de alimentarlo, una vez al mediodía y otra cuando sonaba la campana del anochecer. Con los perros como ruidosa escolta, dejaba un cuenco de carne y gachas (lo único que comían los Eika) en la jaula, liberaba una de sus manos y se alejaba de su alcance.

Le sorprendían las delicadas costumbres del príncipe, tanto para comer como para cuidar de su persona. No se abalanzaba sobre la comida, a pesar de que las raciones que le proporcionaba el conde Lavastine eran tan diminutas que debía de estar siempre hambriento. Comía con elegancia, con mejores modales que muchos de los nobles que se sentaban a la mesa del conde. Y si tenía que aliviarse (Alain tenía la impresión de que lo hacía con mucha menos frecuencia que cualquier ser humano) siempre lo hacía en el mismo rincón de la jaula, lo más lejos que le permitían llegar sus cadenas. Alain sentía lástima de él y limpiaba ese rincón una vez por semana, pues ningún otro hombre se atrevía a acercarse a la jaula. El príncipe le miraba, pero nunca intentó atacarle, ni siquiera cuando le soltaba una mano para que pudiera comer... quizá, porque Alain siempre iba acompañado de su séquito de perros, que eran tan temibles y peligrosos como aquel príncipe provisto de garras y escamas de cobre.

O quizá, como oyó murmurar a Maese Rodlin en cierta ocasión, aquel diablo Eika conocía por instinto al hijo engendrado por un ser inhumano. Rodlin siempre le trataba con imparcialidad y jamás le pegaba, como hacía con Lackling o los muchachos que trabajaban a sus órdenes cuando cometían un error o no realizaban sus tareas con la rapidez necesaria. Sin embargo, ¿si era el hijo bastardo del conde Lavastine, cómo iba a ser el hijo nacido de la unión entre una mujer humana y la sombra de un príncipe mágico, en la víspera del solsticio de verano?

El príncipe Eika soportó su cautiverio sin quejarse durante el frío invierno y el

lento transcurrir de los días hacia el nuevo año.

La Festividad de Santa Herodia llegó y pasó. Ya se aproximaba la Misa Mariana, el primer día de primavera, el inicio del nuevo año que, según los cálculos que Agius le había enseñado, sería el setecientos veintiocho desde que Daisan el bendito, también conocido como el Proclamador, proclamara el Logos Divino, la Palabra Santa.

Un extraño llegó al castillo y fue escoltado hasta el gabinete privado del conde. Cuando lo abandonó, dos horas después, le proporcionaron un nuevo caballo y partió sin más demora hacia el sur. Entonces empezaron los susurros.

—¿Será eso cierto? ¿Va a venir *lady* Sabella?

—¿Acaso el conde pretende unirse a su rebelión? ¿Desea jurarle su lealtad?

—¿Tendremos que luchar contra el rey?

—No es nuestro rey. Henry no es el rey legítimo de Varre, solo el de Wendar. Su abuelo robó el trono de Varre a sus propios hijos.

El día de Santa Rosina, una semana antes de Misa Mariana, Alain se armó de valor y se dirigió al frater Agius para formularle dos preguntas.

—Os ruego que me disculpéis, Hermano, ¿pero tendré que regresar a mi aldea cuando termine mi año?

—¿Tu año? —Agius hojeaba distraído el Libro Sagrado, sin mirar sus páginas.

—Mi año de servicio. Dentro de quince días será el día de San Eusebio.

Agius frunció el ceño.

—Si deseas regresar tendrás que hablar con la castellana Dhuoda, pues esa es su jurisdicción. De todos modos, esa decisión también está en manos de tu tía... aunque no creo que el conde Lavastine pueda prescindir este año de ninguno de sus soldados.

—No deseo regresar, todavía no —se apresuró a añadir, temiendo que malinterpretara sus palabras. Deseaba quedarse. No estaba preparado para regresar a la aldea de Osna, pero sentía que estaba siendo desleal con su padre y su tía por querer quedarse en la fortaleza, en vez de regresar a casa para ayudarles en sus tareas. Sabía que si volvía, buscarían otro monasterio al que enviarle. Al ver que Agius lo miraba con curiosidad, Alain recordó su otra pregunta.

—¿Es cierto que va a venir *lady* Sabella?

—Sí, es cierto —respondió Agius.

—¡Pero no hemos preparado...! —no concluyó la frase. Agius estaba demasiado ocupado sacando la navaja y cortando la mecha de su fanal para oír sus palabras. Y no le sorprendía. ¡Por la Sangre de la Señora! Iba a venir una princesa de la casa real de Wendar y Varre al Castillo de Lavas.

Aquella tarde, en el salón, el conde Lavastine se levantó y se dirigió a su pueblo. Su discurso fue breve y directo.

—He recibido un mensaje de su Excelentísima Majestad Sabella, hija de Arnulf el joven, rey de Wendar, y de la reina Berengaria de Varre, cuyos nombres recordamos en nuestras oraciones. Nos envía saludos y ha anunciado que llegará a Lavas con su

marido, el príncipe Berengar de Varre, su hija Tallia y su séquito, dentro de diez días.

—¡Diez días! —protestó Cook, furiosa, en privado—. Muchachos, tendré que enviaros a todos a por cada cerdo y oveja que haya en las aldeas cercanas. Al menos necesitaremos quinientos. ¿De dónde voy a sacar vino y cerveza suficientes en esta época del año? ¡Y grano! ¡Y pollos! Y cinco carretas llenas de nabos, si es que queda alguna en las bodegas. ¿De dónde voy a sacar todo eso?

La castellana Dhuoda y sus ayudantes barrieron los campos durante diez días y regresaron trayendo consigo todas las provisiones que Cook necesitaría, además de siervos y doncellas adicionales. Alain trabajaba desde el alba hasta el anochecer, transportando, buscando y construyendo cobertizos temporales. No había tiempo para adiestrarse en las armas ni para aprender con el frater Agius. Y aunque le sorprendía, echaba de menos esas lecciones.



La campana de la iglesia sonó al amanecer del día de Penitire, llamando a los fieles a cumplir penitencia. Alain se levantó, dio de comer a los perros y ahuecó las manos para coger un poco de agua fresca de lluvia con la que humedecer su garganta. Desde la empalizada podía ver el camino que descendía serpenteando por el valle hasta la aldea de Lavas y la iglesia. Ya había personas dirigiéndose hacia allí, algunas arrastrándose sobre sus rodillas, otras completamente encorvadas y las demás con las manos asidas al pecho. El frater Agius oficiaría el servicio de la mañana, pues la Diaconisa Waldrada seguía estando demasiado enferma.

Los mozos de cuadra debían ocuparse de las bestias que tenían a su cargo antes de poder ir a rezar, del mismo modo que Daisan el bendito había llorado, orado y sufrido por los pecados de su rebaño antes de encontrar su liberación de la Tierra y cruzar las siete esferas hasta el corazón del Señor y la Señora.

Alain se giró al sentir que alguien le miraba. Era el príncipe Eika. Su cabello, tan blanco como los huesos, marcaba una pálida línea contra las oscuras paredes de listones de la jaula. ¿Alguna vez dormía? Alain empezaba a dudar.

Maese Rodlin no le había dejado instrucciones respecto al príncipe. El día de Penitire todo el mundo ayunaba, pero el príncipe Eika adoraba a dioses falsos, de modo que Alain decidió que lo más piadoso sería darle la ración de comida que le había sido asignada. Mientras comía, le habló en voz baja (pues no deseaba asustarle) sobre Daisan el bendito y el Sagrado Círculo de Unidad. Al fin y al cabo, pensó, la luz de los fieles puede brillar sobre todas las criaturas. Además, recordaba que la parentela trasgo de las Montañas Harenz había sido llevada a la fe gracias a los esfuerzos de San Martín y su hermana, Santa Placidana mártir.

—En este día recordamos nuestros pecados —explicó. En el frío y silencioso

amanecer, su voz sonaba etérea; parecía pertenecer a otra persona. Como contrapunto a sus palabras oía los suaves gruñidos de los perros royendo huesos. El príncipe comía sin hacer ningún ruido—. Después, durante siete días, rezamos y ayunamos del mismo modo que hizo Daisan el bendito, en el Hogar de la iglesia de Sais, la ciudad bendita. Esos siete días se llaman el Éxtasis. Mientras rezaba, en trance, buscando la redención para que todos pudiéramos entrar en el Círculo de Unidad trazado por Nuestro Señor y Nuestra Señora, su alma ascendió por las siete esferas hasta que por fin, en la mañana del séptimo día, llegó a la Cámara de Luz. Y, en su misericordia, el Señor y la Señora lo llevaron directamente al cielo. En los Actos de Santa Tecla, la Testigo, está escrito que la iglesia quedó completamente iluminada por la luz de la piedad de Dios y que dicha luz fue tan brillante que Santa Tecla quedó ciega durante siete veces siete días. Daisan el bendito se había ido, había ascendido a la Cámara de Luz. Nosotros conocemos ese día como el Translatus y lo celebramos con fiestas y algarabía, pues sabemos que encontraremos piedad en la gracia de Nuestro Señor y Nuestra Señora.

Al igual que los perros, el príncipe parecía preferir la carne cruda y nunca dejaba nada en el plato, ni siquiera los huesos. Levantó la cabeza y lamió el aire con su fina lengua. Desde tan cerca, su piel brillaba como la de una serpiente, en un suave marrón rojizo. No olía como los humanos, a sudor y piel, sino a cueva mohosa, a piedra enterrada y seca.

Y sabía hablar.

—Halane.

Alain retrocedió un par de pasos, sorprendido. Entonces, se adelantó de un salto y volvió a encadenar su mano.

—Halane —dijo el Eika, mirando a Alain con sus ojos rasgados. Ahora estaba atado, así que solo podía mover la barbilla, arriba y abajo. Su voz tenía el meloso tono de una flauta.

Intenta decir mi nombre, pensó el muchacho, estremeciéndose. Halane.

—Me llamo Alain —dijo, vacilante, sin saber si estaba interpretando correctamente las palabras del príncipe—. Soy Alain, hijo de Henri. ¿Tú tienes nombre? —Imitó el gesto que había hecho la criatura—. ¿Tú tienes nombre?

El príncipe le mostró los dientes, pero Alain no supo si con aquella mueca pretendía asustarle o simplemente sonreírle.

—Henry. Rey.

Alain tragó saliva.

—El rey Henry es el soberano de Wendar y Varre. ¿Cómo te llamas? ¿Quién gobierna las tierras de las que procedes?

—Corazón Sangriento. Rey de los marineros. Yo también hijo. Hijo de Corazón Sangriento.

¡Hijo del rey Eika! ¿Era eso lo que estaba diciendo el príncipe? Para su sorpresa, una gran carcajada intentó escapar por su boca. ¡El príncipe Eika pensaba que Alain

era el hijo del rey Henry!

De repente, antes de que pudiera decir nada, los perros abandonaron los huesos y corrieron inquietos a la puerta de la empalizada. Simultáneamente, el príncipe Eika echó hacia atrás la cabeza y soltó un aullido ensordecedor. Alain se llevó las manos a los oídos y, abandonando de un salto la jaula, cerró la puerta a sus espaldas y echó el cerrojo. ¡Menudo estruendo! Los perros gemían y aullaban como criaturas salvajes. Corrió hacia la escalerilla, ascendió por ella y desde lo alto pudo ver lo que las bestias habían olido y oído.

Por el camino ascendía la procesión más gloriosa que había visto jamás: unos cincuenta jinetes avanzaban rodeados por un gran conjunto de siervos y otros acompañantes que viajaban a pie. Estandartes y pendones ondeaban con la brisa, iluminados por el sol que empezaba a inundar el valle con su luz. Les seguían carromatos y carretas, en su mayoría pintados de colores brillantes. Completaban la procesión carros de provisiones, caballos adicionales, algunas bestias de diferente descripción y una gran jaula tapada.

Alain descendió los escalones y, bajando al suelo de un salto, echó a correr. Nunca había visto ni había esperado ver algo así: la comitiva de un gran príncipe. Cuando llegó a las puertas del castillo, pudo unirse a una procesión de menor tamaño, compuesta por el conde Lavastine (vestido con una túnica sencilla y calzones sin adornos, como debía ser en el día de Penitire) y su séquito. Todos se aproximaron a pie a la comitiva de *lady* Sabella y se reunieron con ella ante la iglesia, donde ya se había congregado la multitud.

Alain observó boquiabierto a las distinguidas damas, a los elegantes caballeros y a sus espléndidos caballos. Todos llevaban hilvanes de oro en sus túnicas y vestidos. La obispa que viajaba con ellos vestía una sotana blanca ribeteada en oro y la montura de su asno estaba adornada con cuentas y plata. De todos ellos, la más maravillosa era *lady* Sabella.

Alain la reconoció al instante, pues llevaba una diadema de oro en la frente y un espléndido collar de oro alrededor del cuello. Vestía una túnica de un grueso tejido dorado, unas medias doradas y un cinturón tachonado con piedras preciosas. En este asomaba una espada cuya hermosa empuñadura tenía incrustaciones de oro. Era extraño que una mujer llevara una espada, pero no inaudito. De todos modos, Alain se estremeció al verla y se preguntó cuál sería la reacción del conde. Una mujer de rango tan elevado como *lady* Sabella solo blandiría una espada si pretendiera dirigir un ejército bajo su propio mando, sin recurrir a ninguno de sus parientes. Las facciones de su rostro eran duras y llevaba el cabello peinado hacia atrás, adornado en oro y plata pero sin que nada lo cubriera, como un soldado. Al verla, Alain pensó en la Dama de las Batallas que se había aparecido ante él hacía casi un año.

El conde Lavastine dio la bienvenida a *lady* Sabella pero no la ayudó a desmontar. Fue uno de sus vasallos quien lo hizo, sujetando los estribos mientras ella se deslizaba hacia el suelo. Después desmontó su marido, un hombre panzudo que solo

se diferenciaba de los demás por el collar de oro que llevaba al cuello. Junto a ellos había varias muchachas tan envueltas en sus chales que Alain no logró encontrar ninguna señal externa que le permitiera distinguir a Tallia, la hija de Sabella, de las demás.

El joven avanzó con sigilo hacia las puertas de la iglesia y se detuvo cerca de la pobre Withi, que seguía postrada sobre sus rodillas.

La obispa, con la vara en la mano, condujo a la comitiva hacia las puertas. El frater Agius se había arrodillado en el pórtico para recibirlos.

—¿Dónde está vuestra diaconisa? —preguntó la obispa.

—La diaconisa Waldrada tiene la fiebre de los pulmones, Excelencia —respondió Lavastine—. Aún no está lo bastante recuperada para dirigir el servicio.

—Entonces obedecemos los dictados de Nuestra Señora y Nuestro Señor. Aunque no sea habitual, este hermano de la iglesia me asistirá en el día de hoy, junto con mis clérigos y diaconisas. —Cuando ya casi estaba en el pórtico, vio a Withi postrada en el barro. Levantó su vara y señaló a la muchacha—. ¿Quién es esta penitente que se arrodilla ante los demás con los cabellos manchados de ceniza?

Alain estaba tan cerca de la muchacha que vio que sus hombros temblaban al oír estas palabras. Deseaba adelantarse, confortarla, decirle que seguro que aquella mujer, con su rostro amable y sus maneras gentiles, no sería más dura que el frater. Dio un paso adelante, pero se detuvo al oír la dura voz de Agius.

—Esta pecadora ha confesado haber cometido el pecado de fornicación, Excelencia. Se ha arrepentido de su pecado y ahora debe permanecer arrodillada ante la iglesia los cien días que le han sido prescritos, para que todos puedan ver y oír sus súplicas a Nuestra Señora, que es piadosa.

—Pobre muchacha —replicó la obispa. Era una mujer anciana, de cabellos blancos y fuertes y mejillas sonrosadas—. ¿No deberíamos ser también nosotros piadosos en este día de arrepentimiento? —Se adelantó y tendió su mano a Withi, que la miró boquiabierta.

La multitud empezó a murmurar ante aquel signo de compasión por parte de la obispa, que era una mujer noble de elevado rango.

—Ven, muchacha —dijo la obispa con voz gentil—. Debes entrar en la casa de Nuestro Señor y Nuestra Señora y ser exculpada de tus pecados.

Withi empezó a sollozar de nuevo, pero extendió una mano agrietada y callosa que la obispa cogió entre las suyas, blancas y limpias, para ayudarla a levantarse. Acompañada por la muchacha, condujo a la comitiva al interior de la iglesia.

Agius permaneció arrodillado a un lado con la cabeza agachada, de modo que Alain no pudo saber si estaba furioso o avergonzado.

Al haber sido adiestrado como soldado, Alain pudo servir durante el banquete que se celebró en el pabellón. Además, la castellana Dhuoda recordaba haberle visto sirviendo la mesa de su tía, en Osna.

—Tus modales son exquisitos y tu porte decoroso —le dijo—. Ayudarás a servir el vino en la mesa principal.

No llenaría la copa del conde, ni la de *lady* Sabella, ni las de otras personalidades, puesto que todos ellos contaban con sus propios sirvientes, pero le fue asignado el importante cometido de permanecer detrás de la mesa para asegurarse de que los cántaros de los sirvientes nunca se vaciaban. Como durante la Semana Santa se comía y se bebía con moderación (o se ayunaba, como hacía el frater Agius), Alain pudo permanecer largo tiempo cerca de la mesa, escuchando. Y eso fue lo que hizo.

—Soy un conde fronterizo, Alteza. Poseo tierras en ambos reinos.

—Pero la mayor parte de vuestras tierras descansan en Varre, ¿verdad? Y también este castillo y vuestras propiedades más antiguas. Sois primo de mi marido, el príncipe Merengar, y por lo tanto, pariente lejano de la corona de Varre.

—Que ahora descansa en manos del rey Henry —el conde Lavastine utilizaba un tono tan neutro que Alain no sabía si apoyaba a *lady* Sabella, al rey Henry o a ninguno de los dos.

—Pero no le pertenece. Mi hija y yo somos las últimas herederas de la casa real de Varre, a través de mi madre, la reina Berengaria. Soy la única hija con vida de Arnulf y Berengaria, cuyos nombres recuerdo a diario en mis oraciones.

—El rey Henry también es hijo de Arnulf.

—Pero nació de una mujer que no fue reina por derecho propio, sino porque contrajo matrimonio con Arnulf. Yo soy la reina legítima, conde Lavastine, y cuando recupere mi corona con la ayuda de mis fieles seguidores, entregaré a mi hija Tallia el trono de Varre y la daré en matrimonio a uno de los hombres de cuna noble que me hayan servido. De este modo recuperaré Varre, que volverá a separarse de Wendar y dejará de estar sujeto a las tasas y obligaciones impuestas por el rey Henry.

Alain apenas podía contener el aliento, oyendo las ásperas palabras de Sabella. Era evidente que el conde Lavastine tenía grandes reservas de calma, pues su rostro no mostró emoción alguna.

—Alteza, estáis hablando de rebelaros contra el rey Henry, a pesar de que este

recibió la bendición de la skopos de Darre y de la asamblea de obispos y presbíteros de Autun. Arnulf el joven, vuestro padre, fue quien le nombró heredero. Además, ¿no jurasteis ante la obispa Antonia de Mainni, hace siete años, que os reconciliaríais con vuestro hermano?

—Y en aquel entonces lo hice, porque era más joven y mi hija no gozaba de buena salud. Tras muchos años de oración, gracias a los sabios consejos de la obispa Antonia y el considerado apoyo de Rodulf, duque de Varingia, y Conrad el Negro, duque de Wayland, he decidido seguir adelante. Permitidme que os hable con franqueza, conde Lavastine. También deseo vuestro apoyo.

Sabella tenía una voz monótona, pero los profundos surcos que arrugaban su airado rostro le conferían una aparente frialdad.

—Es una decisión que no puedo tomar a la ligera —respondió Lavastine. Miró a Alain, como si supiera que estaba escuchando aquella conversación y, cambiando discretamente de tema, le habló de los ataques de los Eika del verano anterior y del prisionero que había capturado en la batalla del Vennu.

Sorprendido por la mirada del conde, Alain permaneció inmóvil hasta que uno de los clérigos de la obispa le hizo una señal para que rellenara una delicada jarra de cristal.

Entró en las cocinas para llenar su cántaro de cerámica con el contenido de los barriles traídos de la bodega y descubrió que allí se estaba desarrollando una discusión paralela.

—He oído decir que destinarán cincuenta de los cerdos a la bestia que ocultan en aquella jaula —comentó uno de los ayudantes de Cook.

—Silencio —dijo la mujer—. Vuestros cuchicheos no nos harán ningún bien. Proseguid con vuestras tareas.

—La he oído resollar y chasquear los dientes, y uno de los mozos ha perdido una mano. Apuesto que se la arrancó de un mordisco.

—¡Es un monstruo!

—No, es un leopardo. Eso es lo que me dijo uno de los siervos que estuvo cerca del carromato.

—¿Acaso lo llegó a ver? Y si realmente es un leopardo, ¿por qué tapan la jaula? ¿Por qué lo tienen en el exterior de la empalizada, en el bosque, como si quisieran mantenerlo oculto? Es un basilisco... y prestad atención a lo que os digo: con solo una mirada, os convertirá en piedra.

—¡No estoy dispuesta a tolerar esto! —dijo Cook con severidad. Sus ojos penetrantes se posaron en Alain—. Muchacho, ¿no deberías estar sirviendo el vino?

Regresó corriendo al salón, sirvió el vino y rellenó las jarras una vez más. ¡Un monstruo en una jaula tapada! No estaba seguro de cómo eran los leopardos. ¿Se parecerían a los basiliscos?

Empezó a avanzar hacia el conde, pero se detuvo tras la silla de la obispa Antonia, que estaba sentada junto a la muchacha de tez cetrina que Alain había

identificado como Tallia, la hija de Sabella y Berengar. La observó con disimulo. Ya no era una niña, pero tampoco una mujer, y sus pálidos rasgos no guardaban parecido alguno con los de su padre ni los de su madre. Ocultaba su cabello bajo un delicado echarpe de color trigo con leones bordados en oro que le hacía parecer aún más pálida. El collar de oro que rodeaba su esbelto cuello era tan grueso y pesado que, más que ensalzarla, parecía aprisionarla.

El pescado (el día de Penitire los nobles no comían carne para guardar el ayuno), la verdura y demás exquisiteces descansaban intactos en su plato. Solo había comido pan, aunque en un par de ocasiones la había visto beber el vino aguado de la copa que había acercado a sus labios la solícita obispa. Más allá, en la misma mesa, el príncipe Berengar bebía y comía con entusiasmo.

Por fin, la pálida Tallia se inclinó hacia la obispa y habló.

—¿Por qué mi señor padre no observa la Semana Santa con devoción, Excelencia?

La mujer le dio unas palmaditas amables en la mano.

—Eso no debe preocuparte, hija mía. Cada uno de nosotros debe aceptar la carga que el Señor y la Señora le han impuesto.

—Mi señor padre es estúpido —murmuró Tallia, sonrojándose en el acto.

—No, pequeña, no digas eso. Es un bobalicón, pero recuerda que el Libro Sagrado nos dice que «el alma del simple está más cerca de Dios».

—Sois muy amable al decir eso —respondió Tallia, mirando mortificada a su padre, que estaba pidiendo a gritos más vino. *Lady Sabella*, sentada al otro lado de la obispa Antonia, no pareció oír la voz estridente de su marido, pero los criados se apresuraron a llenar su copa. Poco después, Alain vio que Sabella hacia una señal a su mayordomo y, al instante, un par de jóvenes fornidos acompañaron al príncipe Berengar al exterior, pues este había empezado a cantar la primera estrofa de una canción que Alain solo había oído en alguna ocasión en los cuarteles.

—¿El frater Agius lleva mucho tiempo con vos? —preguntó la obispa, volviéndose hacia el conde Lavastine.

—Está aquí desde hace un par de años —respondió el conde—, pero tendréis que dirigiros a mi castellana si deseáis conocer más detalles.

—¿Es un buen hombre?

—Es devoto. Ningún escándalo ensucia su nombre.

—Es muy duro imponiendo penitencias, virtud que solo poseen aquellos hermanos exaltados que consagran sus vidas a erradicar sus propias deficiencias espirituales. No todas las almas nacidas en esta tierra son capaces de cumplir con tanto rigor sus cometidos espirituales. Me gustaría que centrarais vuestra atención en la pobre muchacha que encontré postrada a los pies de la iglesia esta mañana. Estoy segura de que cuarenta días de penitencia habrían sido suficientes. Es joven y hermosa, y asumo que no nació libre. ¿No creéis que habría sido mejor para ella que la obligaran a contraer matrimonio con el joven en cuestión? De ese modo, podría

haber cumplido con la obligación que el Señor y la Señora le han encomendado, engendrando niños saludables y disfrutando legítimamente de los placeres terrenales que también forman parte de la naturaleza de aquellos que somos humanos... pues todos nosotros, incluso Daisan el bendito, estamos manchados por la oscuridad. Esos niños saludables y fuertes habrían podido trabajar vuestros campos, conde Lavastine. Solo prosperaremos si ayudamos al Señor y la Señora a llegar a los corazones de los fieles, tendiéndoles una mano para que también puedan servirles.

Inclinó levemente la cabeza.

—Os agradezco vuestro consejo, Excelencia. —Alain no sabía si el conde estaba siendo sincero o sarcástico—. Como mis soldados no pueden contraer matrimonio sin mi permiso, asumo que ese joven está soltero. Si es esta vuestra voluntad, hablaré con mi capitán y con mi castellana sobre el asunto. Confío en que podrán resolverlo con la máxima celeridad y para satisfacción de todos.

Sabella contempló este intercambio con una ceja levantada, como si estuviera esperando algo. ¿Pero qué? La obispa Antonia asintió, sonriente, y volvió la cabeza para cerciorarse de que Tallia había comido todo su pan.

—El amor que profesas a Nuestra Señora y Nuestro Señor es un ejemplo para todos, pequeña, pero debes conservar las fuerzas.

—Sí, Excelencia —dijo la muchacha. Jugeteó con el pan antes de llevárselo a la boca y tragarlo, ayudándose de un sorbo de vino. A Alain se le hizo la boca agua. Durante todo el día solo había bebido agua y comido un poco de pan, y el resto de la Semana Santa aún estaba por llegar: seis días de ayuno que finalizarían con la llegada de la Festividad de Translatus. Dejando escapar un suspiro, fue a por más vino.



Despertó al amanecer al oír que llamaban a la puerta. Al asomarse, vio que era Maese Rodlin.

—¡Levántate, rápido! —Dijo con brusquedad—. El conde traerá a Su Majestad *lady* Sabella después del servicio matutino para mostrarle al príncipe Eika. Debes atar a todos los perros para que puedan entrar a salvo. Tengo aquí cinco ayudantes, y puedo enviarte más si es necesario.

Alain prefirió encadenarlos sin la ayuda de nadie y permaneció junto a ellos mientras el conde y sus huéspedes visitaban la empalizada. La castellana Dhuoda, el frater Agius y el capitán les acompañaban. Entraron en la empalizada y se apretujaron a un lado del recinto para mantenerse bien alejados de los perros. Las bestias gemían y gruñían llamando a su amo, y el conde Lavastine se acercó a ellos y los acarició de uno en uno: Alegría, Terror, Leal, Ferviente, Dicha, Temor, Buena Salud, Pesar y Rabia. El viejo Rencor había muerto durante el invierno y Alegría había estado en

celo dos semanas atrás y creían que estaba embarazada de Temor. Los animales lamieron las manos de Lavastine y aporrearon sus cadenas contra la barra de madera que los sujetaba. Algunos gruñeron a los visitantes. El príncipe Berengar hizo ademán de acercarse para acariciar a aquellas «dulces criaturas», pero sus ayudantes se lo impidieron con la máxima delicadeza. Era evidente que Sabella hacía lo imposible porque la persona de su marido no resultara agraviada. Lavastine asintió brevemente a Alain y regresó junto a los demás.

—Sentaos —susurró el muchacho a los perros, antes de encaminarse hacia la jaula. Sabella, la obispa Antonia y los demás observaron al prisionero. El príncipe Eika los miró con frialdad, pero permaneció en absoluto silencio. Qué destino más terrible: ser observado de ese modo y no poder hacer nada por evitarlo. Le sorprendía la compasión que sentía por el príncipe. ¿No debería odiar a todos los Eika por lo que habían hecho al Hermano Gilles y a los demás monjes del Monasterio Cola de Dragón?

—Realmente es cierto que Nuestro Señor y Nuestra Señora trabajan de modos extraños —comentó la obispa Antonia—. Nunca antes había visto una criatura como esta y, sin embargo, sé que la creación de todos los seres de esta Tierra es obra de Dios en la Unidad. De todos modos, no me cabe duda de que esta raza no ha sido creada a partir de la luz y el viento, sino de otras cosas que crecen en la tierra, como la piedra y los metales oscuros.

—¿Habéis recibido algún mensaje o pedido algún rescate? —preguntó Sabella.

—Me temo que solo podemos utilizarlo como rehén —respondió el conde Lavastine—. La verdad es que come tanto como dos de mis perros y me resulta mucho menos útil.

—¿No habla? —Preguntó Sabella—. Quizá, si le persuadierais, podría daros información sobre las naves y los movimientos de su pueblo.

—Lo hemos intentado. No conoce nuestra lengua y ninguna persona de este lugar sabe hablar la suya. Ni siquiera sabemos si estos bárbaros hablan con palabras o con gritos, como los animales.

—Quizá le podríamos enseñar nuestra lengua —sugirió Sabella, pero incluso ella parecía escéptica—. Hay marcas en las cadenas, aquí.

—Intentó roer el metal para liberarse pero, a pesar de lo afilados que son sus dientes, no lo consiguió. Ha desistido en su empeño, o eso es lo que creemos.

—La paciencia es una virtud —dijo la obispa Antonia—. Y significa que se ha sometido a la voluntad de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Puede que aún haya esperanzas de que su raza sea llevada al Círculo de Unidad.

El príncipe no habló ni realizó movimiento alguno, aunque miraba con atención a sus captores, como si estuviera memorizando sus rasgos. Si le hubieran preguntado hacía dos días, Alain habría dicho que estaba seguro de que el príncipe Eika no conocía su lengua, pero ahora sospechaba que entendía mucho más de lo que dejaba entrever.

—Si no os resulta útil —comentó la obispa Antonia—, aceptaría gustosa hacerme cargo de él cuando partamos.

¿Qué se hará cargo de él? Alain no confiaba en nadie más que en sí mismo para cuidar del príncipe. ¿Qué ocurriría si descubrían que sabía hablar? Seguro que le torturarían, pues así era como se interrogaba a los prisioneros. ¿Y por qué no iban a hacerlo? Los Eika habían torturado y mutilado a aldeanos inocentes y a los monjes del monasterio. ¿Por qué deberían ser piadosos con una criatura que les mataría si tuviera la oportunidad de hacerlo?

Benditos son los píos, porque ellos recibirán misericordia.

—Su Excelencia es muy generosa —dijo el conde Lavastine—, pero no será necesario. Considero que su presencia es una garantía para la seguridad de mis tierras frente a nuevos ataques.

—Solo si el pueblo Eika se preocupa tanto por su gente como para abstenerse de atacar para no herir a uno de los suyos —replicó Sabella—. Pero quizá, como los perros salvajes, son capaces de devorarse entre sí.

Lady Sabella se alejó y sus siervos se apretujaron tras ella como si fueran perlas ensartadas en una cuerda. Los perros, con una templanza sorprendente, se limitaron a gruñir.

Mientras la mujer se retiraba, el frater Agius inclinó su oscura cabeza y juntó las manos.

—Poco a poco se está haciendo realidad la amenaza que lanzó Nuestra Señora por boca de Su profeta: «Una maldición del lejano norte se extenderá sobre todos los habitantes de la Tierra».

La obispa Antonia miró con seriedad al sacerdote y extendió una mano.

—Aguardad un momento, conde Lavastine, si lo tenéis a bien.

—Como deseáis, Excelencia. —Sus siervos se apiñaron a sus espaldas.

—Si lograra extraer información a este príncipe mediante un interrogatorio, ¿estaríais dispuesto a cederme su custodia a cambio de los conocimientos obtenidos? Siento un gran interés por aquellas criaturas que, a pesar de haber sido creadas por Nuestro Señor y Nuestra Señora, son diferentes a nosotros porque proceden de tiempos más antiguos y solo forman parte de nuestro recuerdo. Podéis llamarlo estudio, si así lo deseáis, una lista confeccionada al estilo de los filósofos dariyanos, si permitís que haga referencia a los paganos. —Sonrió suavemente y dedicó una mirada inquisidora, o quizá reprobatoria, al frater Agius—. Sin embargo, Daisan el bendito se alzó sobre su pueblo para llevar la verdad de la luz a aquellos que se encontraban en la oscuridad.

—Si esas son vuestras órdenes —Lavastine parecía molesto, pero no podía oponerse a los deseos de una obispa.

—Creo que será lo mejor, conde Lavastine. —La obispa deslizó la mirada, posándola en Alain y manteniéndola hasta que el muchacho deseó fundirse en el suelo. Entonces miró hacia los perros y, dando media vuelta, siguió a *lady* Sabella al

exterior. El conde Lavastine la escoltó.

El frater Agius también miró a los perros, que ladraron cuando la obispa pasó junto a ellos. No parecía tenerles ningún miedo.

—¿Cuidas del prisionero a diario, verdad Alain? —preguntó Agius de repente.

Alain inclinó la cabeza, obediente.

—En efecto, Hermano. —Mantuvo la cabeza agachada, pero era muy consciente de que los ojos del Eika, al igual que los de Agius, estaban fijos en él. Ambos le miraban. Juntó los dedos y los apretó con fuerza, intentando que la presión le calmara.

—Entonces puede que hayas visto cosas que no han visto los demás.

—Sí, Hermano.

—Confío en que seas honesto conmigo.

Le ardía la cara de calor. Arrastró los pies, inquieto, pero fue incapaz de responder. ¿Qué debía hacer?: ¿mentir al frater o traicionar al príncipe? ¿Acaso tenía alguna obligación con el príncipe Eika? Sus lealtades eran para Nuestro Señor y Nuestra Señora y, después, para el conde.

—Mañana te reunirás conmigo tras el servicio matutino —ordenó el frater—. ¿Entendido?

—Sí, Hermano.

Misericordiosamente, abandonó la empalizada.

—Halane.

Sintiéndose culpable, Alain miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. Todos se habían marchado, aliviados de poder abandonar la perrera. Los perros se habían sentado sobre sus patas traseras y esperaban pacientes a que el joven los liberara.

—Solo debes hablar cuando estemos solos. —Se horrorizó al oír salir de su boca aquellas palabras—. Si no, te harán daño.

—No daño —dijo el Eika—. No daño Halane. Libre.

—No puedo liberarte. Debo servir al conde.

—Nombre hombre.

—El conde Lavastine es tu captor, pero estoy seguro de que ya lo sabías.

—Tre hombre mira. Un, do, tre hombre. Nombre hombre.

¿Qué quería? ¿Los nombres de las personas que habían venido a verle? ¿Creía que todos ellos eran varones o quizá no conocía ninguna palabra que diferenciara a los hombres de las mujeres? Lo ignoraba. Pero del mismo modo que no podía traicionar al príncipe cautivo e indefenso, tampoco podía traicionar la confianza del conde. ¿Y si el príncipe escapaba y conocía por su rostro y por su nombre a *lady* Sabella? Si los Eika conocían la palabra «rey», también debían conocer el significado de «reina» o «príncipe».

—No puedo decirte sus nombres. Espero que puedas comprenderlo.

El príncipe no respondió, sino que se limitó a parpadear como un búho. Alain se

marchó apresuradamente. Tenía demasiadas cosas que asimilar.

Aquel mismo día, mientras servía la mesa, la conversación se centró en el reino del emperador Taillefer, que cien años atrás había unido Salia, Varre, los ducados más occidentales de Wendar y la mayoría de los principados meridionales en una gran confederación bendecida y ungida por la skopos de Darre como el renacimiento del imperio Dariyano. Solo entonces, Alain se dio cuenta de que el príncipe Eika había contado «un, dos, tres» en una forma degradada de la lengua que se hablaba en Salia. Conocía un poco aquel idioma, lo suficiente para comunicarse con los mercaderes salianos que anclaban sus botes en la aldea de Osna, ¿pero cómo era posible que lo hubiera aprendido un príncipe Eika?



Por la mañana, la obispa Antonia ofició un sombrío servicio para celebrar el segundo día del Éxtasis. Mientras la congregación abandonaba la iglesia, Alain se deslizó sigilosamente a la capilla y se arrodilló. Lackling le siguió y, aunque intentó hacerle marchar con gestos y susurros, este hizo caso omiso de sus indicaciones (quizá, no las entendió) y se arrodilló a su lado en silencio. Respiraba con fuerza y el aire escapaba entre los huecos de sus dientes con un suave silbido, pero nunca había roto el silencio de la iglesia con sus gruñidos, sus exclamaciones a medio formar ni sus risitas ahogadas. Alain apoyó una mano en su hombro y juntos miraron el altar, dedicado a San Lavrentius, que había muerto antes de los tiempos del emperador Taillefer mientras llevaba el Círculo de Unidad a las tribus várricas que habitaban en esta región.

Permanecieron arrodillados en tanto silencio que los ratones que anidaban bajo el altar se aventuraron a salir de su refugio. Lackling contuvo el aliento, pues amaba a aquellas criaturas diminutas. Alain acercó lentamente una mano al suelo y un ratoncillo de brillantes ojos marrones arrugó la nariz y se aproximó a todo correr, ansioso por investigar sus dedos. Lo levantó con cuidado y dejó que Lackling acariciara su suave pelaje. Sabía que eran plagas, pero Alain era incapaz de matar a aquellas criaturas que se acercaban con tanta confianza a sus manos.

De repente, el ratón escarbó frenético los dedos de Lackling y abandonó de su salto sus manos. Desapareció bajo el altar a la vez que todos los crujidos y arañazos cesaban.

—Amigo mío.

Aunque se había preparado para aquel momento, no pudo evitar dar un respingo al oír la suave voz de Agius a sus espaldas. El frater se arrodilló junto a él, pero no sobre la almohadilla que descansaba en el suelo con ese propósito.

—¿Hay algo que desees decirme, Alain?

Alain tragó saliva con dificultad.

—Te juro que lo consideraré una confesión privada entre tú y Dios.

—¿Una confesión privada?

—Algunos de los que formamos parte de la iglesia creemos que la confesión debería ser un asunto privado entre el penitente y Nuestra Madre, donde el sacerdote hace exclusivamente de intermediario. No creo en la confesión pública, Alain, aunque puede que algunos me tachen de radical por profesar dicha fe. Cada uno de nosotros debe inclinar su corazón ante Nuestra Señora y el Logos Divino, la Palabra Santa, pues a Dios solo le importa nuestro corazón interior.

—Pero, frater Agius, ¿no es cierto que el aspecto exterior revela el corazón interior?

—Solo podemos conocer el corazón interior a través de la gracia de Nuestra Madre. Quizá crees que sirvo a Nuestra Señora con un corazón verdadero y decidido, ¿pero realmente puedes ver más allá de mi aspecto exterior para saber que mi corazón interior está lleno de presunción y orgullo, pues creo que puedo servir a Nuestra Madre mucho mejor que cualquier otro hombre? Rezo cada día para que me sea inculcada esta lección de humildad. Amigo mío, por el bien de tu espíritu inmortal te imploro que me digas lo que sabes.

—No... no sé nada. El príncipe Eika ha dicho algunas palabras. Eso es todo. — Aunque se sujetaba con fuerza las manos, estas le temblaban.

—¿Palabras en qué idioma?

—Wendiano, pues no conozco ningún otro.

—En Varre hay muchas personas que conocen también el saliano.

—Yo solo conozco unas cuantas palabras. El príncipe contó en saliano o, al menos, sus palabras eran parecidas a las salianas, pero no exactamente iguales. De todos modos, casi no dijo nada. No sabe hablar nuestro idioma.

—¿Por qué no se lo dijiste al conde Lavastine?

Alain se sentía como una rata acorralada.

—Yo... creo que no sería piadoso que le torturaran si no sabe hablar lo bastante bien para responder a quienes le interrogan. —Se arriesgó a mirar a Agius, pues temía que considerada que sus palabras eran una señal de deslealtad, pero el frater miraba fijamente la imagen de San Lavrentius en la rueda en llamas.

—Tienes un corazón compasivo, Alain. Meditaré sobre ello antes de tomar una decisión. ¿Hay algo más que hayas visto u oído y que deseas contarme?

La Dama de las Batallas. La visión que había tenido en las ruinas. El búho que había cazado la noche de la víspera del solsticio de verano. Sin embargo, no se atrevía a hablar de estas cosas ni con Agius ni con nadie que no perteneciera a su familia. Temiendo que se le escaparan estos secretos, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Por qué *lady* Sabella no es la reina de Wendar? Es la hija mayor, ¿verdad?

—El soberano no escoge a su heredero basándose únicamente en la primacía de la

edad. Gobernar es una carga muy pesada y el heredero debe poseer ciertas cualidades. De entre ellas, la principal es que sea capaz de engendrar un heredero. Una familia solo será fuerte mientras haya niños fuertes que la hagan perdurar. ¿Has oído hablar de la marcha del heredero?

Alain sacudió la cabeza.

—Cuando el heredero alcanza la mayoría de edad debe realizar una marcha por sus tierras, del mismo modo que el rey Henry viaja constantemente por su reino para garantizar su buena salud. Nuestra Señora observa dicha marcha y, si le concede su favor, la mujer regresará con un niño en sus entrañas o el hombre dejará embarazada a una mujer. Solo cuando queda garantizada la fertilidad del príncipe este se convierte en el heredero.

—¿Y un hombre no puede mentir y decir que ha dejado embarazada a una mujer?

—Tanto él como la mujer deben jurar ante una obispa, en nombre de las Unidades, que el hijo ha sido concebido por ambos. Y el niño debe nacer sano para demostrar que su concepción no ha sido mancillada por el pecado.

—¿Qué le ocurrió a Sabella?

—Emprendió su propia marcha, pero regresó sin haber engendrado ningún hijo.

—¿Y el rey Henry tuvo un hijo?

—Ah, sí... El rey Henry lo tuvo, de un modo muy extraño. Pero eso es una leyenda en y de por sí.

—Entonces, ¿por qué desea rebelarse? ¿Cómo puede afirmar que es la reina legítima?

—Varios años después, *lady* Sabella contrajo matrimonio y dio a luz a una heredera, demostrando de este modo su fertilidad. Tras el nacimiento de Tallia, *lady* Sabella exigió que Henry renunciara al trono en su favor. Por supuesto, este se negó.

—¡Oh! —Agius hablaba de las gestas de los grandes nobles, pero esta historia le resultaba familiar: dos años atrás, una familia de Osna se había enzarzado en una amarga disputa sobre sus derechos de heredad que quedó zanjada (tras una desafortunada muerte) por intercesión de la diaconisa, que ordenó que todas las partes implicadas permanecieran arrodilladas durante cinco días y cuatro noches en el Hogar de la iglesia mientras ella recitaba los Versos Sagrados—. ¿Creéis que su causa es justa, Hermano?

—Estos asuntos terrenales no son de mi incumbencia, Alain, y tampoco deberían ser de la tuya. —Se volvió bruscamente e, instantes después, Alain oyó unos arañazos en la puerta.

La obispa Antonia, vestida con una sotana blanca ribeteada en oro, avanzaba por la nave central. Su rostro era tan cordial que Alain no pudo evitar sentir afecto por ella. Le recordaba a la anciana diaconisa de su aldea, la amable diaconisa Miria, que trataba a todos los niños de la aldea de Osna como si fueran sus nietos y siempre juzgaba con firmeza y misericordia, pero con justicia.

—Frater Agius, esperaba encontraros aquí, en vuestras devociones.

—Me esfuerzo en servir a Dios lo mejor que puede esta carne indigna, Excelencia.

La mujer no respondió. Alain agachó la cabeza, deseando ser invisible, pero sintió que sus ojos se posaban brevemente en él.

—He oído decir al conde que hay unas ruinas dariyanas en las proximidades. Mañana me acompañaréis a verlas.

—Soy vuestro siervo, Excelencia.

—¿Lo sois, Hermano? He oído rumores sobre vos, frater Agius. Dicen que profesáis una devoción tan grande por Nuestra Señora que mucho me temo que con frecuencia descuidáis rezar a Nuestro Señor, el Padre de Vida. Pero... —miró de nuevo a Alain, que agachó con rapidez la cabeza—... ya hablaremos de ello en otra ocasión.

Agius acercó la mano a su pecho para hacer la señal que denotaba su sumisión a la voluntad de sus superiores: flexionó los dedos y los cerró sobre el pulgar.

La obispa se arrodilló ante el hogar, pronunció una oración y trazó el Círculo sobre su pecho. Acto seguido abandonó la iglesia.

—Puedes irte —dijo Agius—. Reúnete aquí conmigo mañana, después del servicio matutino. Me gustaría que me acompañaras.

—¿Yo? —preguntó Alain con voz aguda.

En vez de responder, Agius se inclinó hacia delante para postrarse ante la imagen de San Lavrentius.

Alain dio un codazo a Lackling.

—Vamos —susurró, temiendo molestar a Agius, que había cerrado los ojos y movía los labios en una rápida plegaria. El muchacho le siguió de buena gana. En el exterior, el sol se había abierto paso entre las nubes matinales y ahora brillaba con fuerza. Su luz le picaba en los ojos.

Por el desierto camino que conducía a las ruinas avanzaba un pequeño grupo formado por la obispa Antonia, dos de sus clérigos, el frater Agius, Alain y, por supuesto, Lackling, que se aferraba a él con la lealtad de un perro. Para sorpresa de Alain, la obispa no montaba sobre su mula, sino que caminaba junto a los demás como una humilde peregrina.

—Muchacho, camina a mi lado —dijo, señalándole. El joven se apresuró a obedecerla—. Ayer te vi en la iglesia con el frater Agius.

—Sí, Excelencia.

—¿Sois parientes?

Sorprendido de que le relacionara de un modo tan informal con un hombre de casa noble, Alain se apresuró a negarlo.

—¡No! —Al instante se avergonzó de su rudeza—. Soy adoptado, Excelencia. Fui criado en la aldea de Osna.

—¿Naciste libre?

—Sí, Excelencia. O eso me dijo mi padre y así fue como me educó. Mi padre, mi tía y mis primos son libres desde antes de la época del emperador Taillefer. Nadie ha nacido en la esclavitud en nuestra familia.

—Pero tú eres adoptado. —Dijo esto con tanta amabilidad que, a pesar de lo mucho que le asustaba que una persona tan importante le prestara atención, deseaba confiar en ella. Era una mujer anciana y merecía su respeto, pues como decía el refrán: «El cabello blanco solo se consigue mediante las buenas gestas y la buena vida». Además, le recordaba a la diaconisa Miria de la aldea de Osna, una mujer con la que todos se confesaban de buena gana, pues sabían que la penitencia que les impondría sería justa y nunca demasiado dura.

Agachó la cabeza, halagado por su interés.

—Mi padre, Henri, es un mercader de la aldea de Osna.

—¿Te refieres a tu padre adoptivo?

Alain vaciló. El hijo bastardo de una prostituta. Pero Henri había amado a su madre. ¿Alguien podía afirmar que no era su verdadero padre? No, pero tampoco él lo sabía con certeza, pues Henri nunca le había hablado del tema.

Al ver que no respondía, la obispa continuó:

—He oído decir a los aldeanos de la Fortaleza Lavas que esos perros negros son

la camada del diablo y que solo puede acercarse a ellos sin correr ningún peligro una persona que haya nacido con la sangre de sus antiguos amos o con la del conde Lavastine. Sin embargo, ayer pude comprobar que los perros te obedecían con la misma lealtad que al conde Lavastine.

Alain tragó saliva con dificultad.

—Esos perros obedecen a todo aquel que los trata con firmeza y sin miedo, Excelencia. Solo eso.

—¿Temes al prisionero Eika?

—No, Excelencia. Está atado con cadenas.

Agius miró atrás con seriedad y Alain cerró la boca. Tenía la repentina sensación de que el frater no deseaba que hablara a la obispa sobre el prisionero Eika. Agius tenía sus propios secretos y, evidentemente, sus propios planes. Afortunadamente, la obispa Antonia no le hizo más preguntas sobre el príncipe.

—Tu hablar es educado, algo que no es habitual en un muchacho que no ha sido instruido.

—Conozco las letras, Excelencia. El frater Agius ha tenido la amabilidad de enseñarme a leer y mi tía, que administra una gran propiedad, me enseñó los números.

—Asumo que es una mujer instruida.

Alain no pudo evitar sonreír.

—Sí, Excelencia. Tía Bel es una mujer muy culta, madre de cinco hijos y, de momento, de un número idéntico de nietos. —Quizá más, porque Alain llevaba mucho tiempo lejos de su hogar. El pasado invierno, además de la manta, le enviaron un mensaje verbal que decía que Stancy volvía a estar embarazada. ¿Habría nacido ya el bebé? ¿Viviría? ¿Estaría sano? ¿Stancy habría sobrevivido al parto? Le embargó de tal modo la nostalgia que estuvo a punto de desfallecer. No sabía que los echaba tanto de menos. Henri embarcaría de nuevo después de Semana Santa, como hacía cada año. ¿Quién repararía su embarcación? ¿Quién la había alquitranado el pasado otoño? Nadie lo hacía con tanto esmero como él. Esperaba que Julien estuviera dedicando tanto tiempo a ayudar a Henri con la embarcación como cortejando a las jóvenes de la aldea. ¿Y qué sería del bebé? Debía de haber crecido mucho, si es que había sobrevivido al invierno. Seguro que sí, pues era un niño sano y tía Bel cuidaba bien de él.

Caminaron en silencio durante un rato y al llegar al claro se detuvieron para contemplar las ruinas que se diseminaban por un prado primaveral en el que brotaban flores amarillas y blancas. Al otro lado del claro discurría un riachuelo, bordeado por un pequeño margen de piedra blanca, que desaparecía en el extremo más alejado del bosque. No lo había visto la víspera del solsticio de verano, pero ahora sus aguas centelleaban a la luz del sol del mediodía.

—Se dice que el emperador Taillefer poseía una manada de perros de caza negros —dijo de pronto la obispa Antonia, con la mirada fija en las ruinas. Su voz parecía

muy lejana, como si durante el largo silencio hubiera estado meditando—. Pero se dicen tantas cosas del emperador Taillefer que nadie sabe diferenciar la realidad de las historias que urden por los bardos de la corte para entretenernos. —De pronto, como el ataque repentino de un búho, volvió la mirada hacia Agius—. ¿No es cierto, Hermano?

—Lo que vos digáis, Excelencia.

—No me cabe duda de que tenéis una imagen más severa de la verdad que esta, frater Agius.

Por extraño que resulte, Agius parecía avergonzado.

—Sigo la Palabra Santa lo mejor que puedo, Excelencia, pero soy imperfecto y, por lo tanto, un pecador. Solo el amor desinteresado de Dios puede redimirme.

—Oh, sí —La obispa esbozó una dulce sonrisa, pero Alain sospechaba que aquella conversación hacía referencia a un tema bien distinto—. ¿Vamos?

Rodearon el claro hasta encontrar la entrada original, donde aún podía distinguirse una torreta desmoronada. A Alain le sorprendió lo diferentes que parecían ahora las ruinas. Ningún hechizo confería a la piedra un resplandor preternatural y las sombras se recortaban en el suelo, oscureciendo el césped y los hierbajos que crecían entre el pavimento. Antaño, allí se habían alzado elegantes edificios, pero ahora solo quedaban los restos de una época perdida y olvidada. Descendió por el sendero siguiendo a la obispa, que se dirigió hacia el centro del complejo deteniéndose con frecuencia para examinar los grabados que habían quedado en la piedra: una doble espiral; un halcón con las plumas picadas por la erosión; una mujer laboriosamente vestida con un traje de plumas, cuya cabeza era un cráneo con las cuencas de los ojos vacías.

Los clérigos murmuraron, viendo en esas marcas la huella de constructores paganos. Lackling tropezó con un bloque de piedra semienterrado y empezó a llorar.

—Ya pasó, muchacho, ya pasó —la obispa intentó confortarle, a pesar de que estaba tan sucio como solo un mozo de cuadro podía estarlo.

Agius se detuvo con los brazos en jarras y observó con desaprobación la cámara del altar.

—Acércate —dijo la mujer a Lackling, pero el muchacho dejó de llorar en cuanto el dolor remitió y se alejó a todo correr para alcanzar a Alain.

Al llegar a la cámara del altar, los clérigos se quedaron atrás mientras la obispa Antonia cruzaba el umbral sin mostrar ningún temor. Alain la siguió al interior, pero Lackling se negó a entrar.

—Viniste a estas ruinas —dijo la obispa sin girarse, observando la blanca piedra del altar—, o eso me dijeron la castellana Dhuoda, el conde Lavastine y la muchacha que pronto contraerá matrimonio con el joven soldado. Withi me contó que vio perros negros corriendo por el cielo, pero que tú no los viste. También me dijo que, cuando te vio, estabas mirando hacia este edificio y hablando al aire, donde no había nada ni nadie. ¿Tuviste una visión?

Aunque estaba dando la espalda a la entrada, Alain sintió que entraba Agius, sintió su presencia. ¿Qué debía responder? ¡No podía mentir a una obispa! Pero si confesaba la verdad, le condenarían por ser un brujo impío. De pronto, ser el hijo bastardo de la sombra de un príncipe que llevaba muerto largo tiempo no le parecía tan buena idea, sobre todo si podían condenarle por ello. Por otra parte, ser el hijo bastardo del conde Lavastine podía convertirle en un títere en una batalla por hacerse con sus posesiones, si no había ningún otro heredero directo.

Alain se llevó la mano al pecho, donde la rosa descansaba cálida y brillante bajo la tela. Agius y la obispa le miraron expectantes, como si pudieran sentir la presencia de la rosa escondida. De repente, ser el hijo de Henri el Mercader y el sobrino de Bella Adelheidsdotir, respetable propietaria de la aldea de Osna, le parecía una alternativa mucho más segura que sus sueños de grandeza.

Sin embargo, era incapaz de mentir.

—Tuve una visión, Excelencia —dijo a regañadientes. Entonces, bajó la mano y añadió—: pero estoy prometido a la iglesia.

Deseaba que aquello lo explicara todo.

—Es cierto que muchos de los que han prometido servir a Nuestro Señor y Nuestra Señora tienen visiones —respondió la obispa con calma—, pero en el mundo sigue habiendo una mancha de oscuridad que puede provocar falsas visiones y falsas creencias.

Dedicó a Agius una mirada mordaz.

El frater empezaba a parecer enfadado.

—Si no me equivoco, esta estructura se conoce como la cámara del altar. —Se inclinó y deslizó una mano moteada por la edad sobre la superficie de mármol del altar—. Este podría ser el Hogar de Nuestra Señora, ¿verdad? Detecto restos de un viejo fuego aquí, en el centro. —Con un dedo, apartó el polvo de los surcos tallados en la piedra. Dichos surcos trazaban una espiral similar a la que habían visto en las paredes del exterior, aunque aquí, cuatro espirales conducían a un agujero del tamaño de un puño que descansaba en el centro de la blanca piedra. La mujer sonrió, sin apartar la mirada del altar—. Es una carga terrible tener un corazón interior que no vive en armonía con el aspecto exterior, ¿verdad, frater Agius? Si todos y cada uno de nosotros supiera lo que tiene que hacer y actuara en consecuencia, Nuestra Señora y Nuestro Señor sabrían, por nuestro aspecto externo, que seguimos la fe gustosos y con un corazón honesto. Profesar nuestra fe a una doctrina herética y esconderla de todos excepto de aquellos que piensan como uno mismo me parece la peor de las hipocresías.

—¡No es una doctrina herética! —gritó Agius, con el rostro colorado—. ¡Es la skopos quien niega la verdad! ¡Fue el Concilio de Addai quien negó la redención y ocultó la verdad!

La obispa Antonia permaneció impávida, contemplando las paredes circulares. Cerca del suelo, medio escondidos entre el musgo y los hierbajos, unos grabados

decoraban la blanca piedra: caracoles encrespados rodeados por delicadas rosetas. La mujer caminó alrededor del altar contando sus pasos, midiéndolo. Cuando terminó, pasó delante del frater, que parecía haber quedado pegado al suelo, y salió al exterior.

Alain vaciló.

Agius se arrodilló en el suelo.

—Yo lo diré —murmuró, para sí mismo o para los cielos—. Debo contar la verdad para que aquellos que residen en la penumbra de la falsa creencia puedan venir a la verdadera luz que nos fue concedida mediante su sacrificio y redención.

Fueron unas palabras extrañas y perturbadoras. Alain pasó junto al frater, pero este no le vio, pues había apoyado la frente en sus manos. Al salir, vio que la obispa Antonia estaba ayudando a Lackling a amontonar piedras sueltas. La mujer levantó la mirada y le sonrió.

—Es devoto pero está desorientado. Rezaré para que Nuestro Señor y Señora lo lleven de vuelta al Círculo de Unidad. —Se volvió hacia sus clérigos—. En este lugar hay buena piedra. Podríamos utilizarla para reforzar la muralla de la fortaleza del conde Lavastine. ¿Qué opináis?

—Si los aldeanos se niegan a acercarse a este lugar, también se negarán a perturbar las ruinas —dijo uno de los clérigos.

—Estoy segura de que han desaparecido parte de los restos. Estos muros son tan bajos que alguien tuvo que llevarse la piedra, pues en el suelo no hay suficiente para reconstruirlos hasta la altura a la que supongo que fueron construidos. ¿Qué opináis, Hermano Heribert? Estudiasteis masonería y construcción para la iglesia en Mainni.

—No puedo más que estar de acuerdo con vos, Excelencia... a no ser que la mitad del muro fuera de piedra y el resto hubiera sido construido con madera, pero lo dudo. He visto otras ruinas del imperio Dariyano y siempre han sido edificios de piedra con, quizá, un tejado de madera o paja.

—Entonces regresemos. Deseo pedirlos que habléis sobre este asunto con el conde.

Ambos se inclinaron ante ella y emprendieron el regreso entre las ruinas. Alain miró hacia la cámara del altar.

—Deja que el frater Agius rece, muchacho. Necesita hacerlo. Ven conmigo.

Alain regresó a la Fortaleza Lavas con la obispa Antonia. Lackling caminaba a tres pasos de ellos, saltando como un perrito asustado cada vez que el viento se movía entre los árboles. Durante el camino, la obispa entonó himnos a la gloria de Nuestra Señora y, aunque Alain le tenía demasiado respeto para unir su voz a los cánticos, los clérigos lo hicieron de buena gana y con vigor.



Durante los dos días siguientes, Alain siempre vio a Agius en el mismo lugar: arrodillado en la iglesia, con la cabeza inclinada y la frente apoyada en las manos, rezando en un suave murmullo que parecía el susurro de un riachuelo oído en la distancia.

Alain siguió sirviendo la mesa. El conde Lavastine se mostraba educado con *lady Sabella*, pero esta empezaba a parecer inquieta e incluso preocupada, como si no estuviera consiguiendo algo que quería.

El hombre silencioso y lleno de cicatrices que cuidaba la jaula arrojaba en ella, dos veces al día, una oveja sacrificada. En cierta ocasión, mientras sacaba a los perros para que corrieran, Alain oyó el sonido de una criatura alimentándose, un sonido similar al que haría un perro royendo un hueso. Nadie se atrevía a mirar el interior de la jaula, ni siquiera los soldados más jóvenes y temerarios.

En la mañana del sexto día de Éxtasis, Alain dio de comer a los perros y al prisionero Eika, como siempre. De pronto, este levantó la cabeza como si fuera a aullar, pero solo emitió un grave gruñido y sacudió sus manos encadenadas. Los perros empezaron a ladrar y corrieron hacia la puerta, gruñendo. Alain intentó calmarlos, pero ladraban tan fuerte que solo por casualidad alcanzó a oír unas voces al otro lado de la puerta. Apoyó una mano en la escalerilla y empezó a ascender por ella, pero de pronto se quedó paralizado. Los perros daban vueltas a sus pies, gimiendo. Como la empalizada había sido construida con robustos tablones del grosor de una pierna, unidos entre sí mediante cuerdas, nadie podía verle desde el exterior, y no había subido tanto como para que quienes hablaban al otro lado hubieran oído sus pasos.

Pero él sí que podía oír sus palabras.

—Ha aceptado, pero a regañadientes, y solo porque le dejé bien claro que no me marcharía hasta que recibiera a la criatura como presente por nuestra marcha. Ahora tenéis que conseguir las otras promesas que necesito.

—Está todo dispuesto para mañana por la noche, tras el Banquete del Translatus, Alteza. Cogemos al prisionero y lo llevaremos a las ruinas; allí celebraremos el rito. La sangre fuerte atraerá a los espíritus y los someterá a mi control.

—¿Qué hay de los perros?

—Mañana, durante el banquete, ordenaréis que sean atados antes del anochecer.

—Ya veo. Ulric me ha contado que el guivre está inquieto. Necesita alimento. No podemos permitir que escape de su jaula como hizo dos meses atrás, cuando estaba tan hambriento.

—Debemos ser pacientes, Alteza. Si queda algo después del sacrificio, lo llevaremos a la jaula. Pero como sabéis, en este lugar no podemos darle aquello que más necesita, pues surgirían demasiadas preguntas.

—Entonces lo dejo en vuestras manos. No me falléis.

—No lo haré, Alteza. Nuestra Señora y Nuestro Señor favorecen vuestra demanda.

—Es lo que decís siempre, pero creo que los clérigos de la escuela real que asisten a mi hermano Henry en su marcha no estarán de acuerdo con vuestras palabras, pues interpretan las decisiones del Concilio de Narvona de un modo distinto, ¿verdad, mi querida obispa?

—Es cierto que disentimos en lo que respecta al uso y al beneficio de la magia en la iglesia. Por eso actuamos juntas, Alteza, como corresponde a aquellos cuyas palabras no han sido escuchadas como es debido.

—¿Partiremos pasado mañana?

—Sí, y todo habrá terminado para entonces, Alteza.

Los perros ladraron sin entusiasmo mientras ambas se alejaban. Alain sintió su ausencia porque el hormigueo de su piel se desvaneció y dejó de oír sus voces. Sus dedos se asían al peldaño con tanta fuerza que le dolían. Los flexionó y se soltó, pero antes de que pudiera poner en orden sus pensamientos, Maese Rodlin le llamó para el servicio de la tarde.

En la iglesia se arrodilló junto a los demás, pero posó su mirada primero en la obispa y después en el frater Agius. ¿Realmente había pronunciado aquellas palabras tan extrañas y terribles? La sangre fuerte atraerá a los espíritus y los someterá a mi control. No sabía si las había oído bien... ni si las había entendido, pues la obispa hablaba wendiano con un extraño acento; además, Antonia era un nombre forastero. Debería hablar con el frater Agius, pero este parecía sumido en su caos personal. Alain no sabía qué hacer.

Durante la noche, despertó con cada gruñido de los perros dormidos, con cada ráfaga de aire primaveral que golpeaba la puerta de su cobertizo y con cada grito distante que traía la brisa desde las cocinas, donde ya habían comenzado los preparativos del Banquete del Translatus. En una ocasión se levantó para ver al príncipe Eika que, como siempre, estaba despierto.

—Halane —susurró con suavidad en el aire de la noche—. Libérame.

Pero Alain regresó al cobertizo y tiritó bajo su manta durante el resto de aquella larguísima noche. Sangre fuerte. ¿La de quién? Pero sabía perfectamente a quién se refería.

No pudo concentrarse durante el servicio de la mañana. Sirvió durante el gran banquete, que empezó a mediodía, pero sus manos y su cuerpo se movían sin que su mente las controlara. No entendía las conversaciones que se sucedían a su alrededor y fue incapaz de seguir la obra, interpretada por los actores sureños que acompañaban a *lady* Sabella, que relataba el viaje y las experiencias de Santa Eusebc y la visión que le fue concedida del gran misterio de Santa Tecla presenciando el Éxtasis y el milagro final del Translatus: la brillante luz que es la gloria de Dios y que descansa en las alas de los ángeles, que transformó la capilla y el Hogar en una visión de la Cámara de Luz.

El actor que interpretaba el papel de Santa Eusebc, proclamó extasiado: «Y en las alas de los ángeles, el cuerpo mortal de Daisan el bendito se alzó hacia la Cámara de

Luz, donde Su espíritu ya residía con Nuestro Señor y Nuestra Señora».

El banquete se alargó varias horas, pero Agius permaneció junto a la puerta sin probar bocado.

Cuando por fin quedó libre, Alain regresó corriendo a la empalizada. Había dejado a los perros sueltos a propósito, aunque Rodlin le había pedido que los encadenara. El prisionero Eika seguía en su jaula, en silencio.

¿La obispa pretendía matarle? ¿Qué era el Concilio de Narvona? Asuntos de la iglesia, seguro. Alain no sabía nada de los asuntos ni los concilios eclesiásticos; tampoco sabía nada de brujería, excepto que las diaconisas les aconsejaban que se guardaran de los falsos hechiceros y de la mancha de oscuridad que deambulaba por la tierra disfrazada de hombres y mujeres hermosas, seductores del espíritu y el cuerpo, que prometían mucho, se llevaban más y no daban nada a cambio.

El conde Lavastine no había prometido unirse a la revuelta de Sabella; se había mostrado educado en todo momento, pero no se había comprometido con su causa. Del mismo modo que varios meses atrás había rechazado los ruegos del rey Henry, ahora rechazaba las súplicas o exigencias de *lady* Sabella. El conde era un hombre que seguía sus propios consejos y no confiaba sus pensamientos a nadie.

Alain se sentó entre los perros y dejó que su cálido aliento, sus pesados cuerpos, sus húmedas lenguas y el amistoso azote de sus rabos lo rodearan. Puede que fueran la prole del diablo o los daimones, pero confiaba en ellos porque ellos confiaban en él.

Gruñeron cuando la obispa Antonia llegó acompañada de sus clérigos para visitar al prisionero.

—Partiremos por la mañana —dijo con severidad a Maese Rodlin—, y el conde Lavastine nos ha dado permiso para llevarnos al prisionero Eika. Partiremos temprano, de modo que los perros deberán pasar la noche encadenados.

En cuanto abandonó la empalizada, Maese Rodlin reprendió a Alain por no haber encadenado a los perros.

—Se llevarán al monstruo Eika por la mañana —dijo—. De buena vamos a librarnos.

Se marchó con el semblante airado.

Alain no estaba seguro de qué había querido decir. ¿De quién se iban a librar? ¿Del príncipe Eika o de *lady* Sabella y su séquito que, además de haber comido hasta la saciedad y haberles dejado sin provisiones, habían requisado cinco de los mejores caballos del establo? Aunque Maese Rodlin se refiriera a los visitantes, bien era cierto que a nadie le importaba que asesinaran al príncipe Eika, que se lo llevaran enjaulado o que se desvaneciera misteriosamente en la noche y nadie volviera a verlo jamás. ¿Y por qué iba a importarles? Al fin y al cabo, solo era un salvaje.

Pero Nuestro Señor y Nuestra Señora habían creado todas las cosas que había sobre la faz de la Tierra. Amaban a todos los seres vivos, pero no todas las criaturas vivían dentro de la luz del Círculo de Unidad. Por eso, las impías podían comportarse

sin piedad o de un modo que atentara contra de las leyes de la iglesia. Además, ¿no servías a Nuestro Señor y Señora si intentabas conducir a dichas criaturas al conocimiento de las Unidades?

¿Y si estaba equivocado? ¿Y si había entendido mal la conversación que habían mantenido *lady* Sabella y la obispa Antonia? Sin embargo, sería mucho peor que no hubiera entendido mal sus palabras y se quedara de brazos cruzados.

Al anochecer tomó una decisión. Después de encadenar a todos los perros excepto a los dos más leales, se quitó el Círculo de Unidad que le había regalado tía Bel y corrió hacia la jaula.

—Siéntate, Rabia. Siéntate, Pesar —ordenó.

Ambos perros le obedecieron. Alain descorrió el cerrojo de la jaula bajo la atenta mirada del príncipe, que no intentó hablar. A continuación, deslizó por la cabeza del prisionero la correa de cuero de la que pendía el Círculo y, respirando hondo para hacer acopio de valor, soltó las cadenas que ataban sus manos y sus pies.

Le extrañó que los perros permanecieran en silencio y que no se abalanzaran sobre el príncipe para atacarlo.

La criatura flexionó los brazos y las piernas, estirándose, y entonces se giró.

Era muy rápido. Alain no la vio venir hasta que fue demasiado tarde. El príncipe Eika le sujetó el brazo izquierdo y, con un poderoso movimiento, le clavó en el dorso de la mano las pálidas garras que brotaban en sus nudillos. Alain empezó a sangrar. Estaba demasiado aterrado para moverse, demasiado consternado por la estupidez que acababa de cometer. Voy a morir, pero estoy seguro de que el Señor y la Señora me perdonarán, pues mi error surgió de la compasión. Le sorprendía que los perros no se movieran ni intentaran atacar al príncipe.

El Eika se llevó la mano de Alain a la boca y lamió su sangre. El muchacho, tarareado de lo asustado que estaba, solo pudo mirar mientras el prisionero hundía las garras en su propia mano y después la levantaba... para que Alain hiciera lo mismo, para que imitara su gesto.

—Libre —dijo el príncipe—. Paier sanguis.

Pago con sangre.

Pesar gimió y Rabia gruñó desde lo más profundo de su garganta, a la vez que volvía la cabeza hacia la puerta.

No había tiempo que perder. Conteniendo las náuseas, Alain lamió su mano. La sangre era asombrosamente dulce, como la miel. Retrocedió, sintiendo que se le nublaba la vista. En la distancia se oían los murmullos de un pequeño grupo que avanzaba por el patio exterior. Oyó el suave crujido del cuchillo contra la tela y percibió el fétido hedor de las letrinas. Parecía que aquellas personas avanzaban a favor del viento que soplaba en las letrinas, aunque la brisa era tan ligera que debería haberle resultado imposible percibir sus voces y aquel olor.

—Mi nom es fil fifte litiere fifte —tras decir esto, el príncipe se esfumó.

Alain hundió los nudillos en sus ojos y los frotó con fuerza. Los perros intentaron

llamar su atención y, cuando abrió los ojos de nuevo, vio que una sombra ascendía por la escalerilla, daba un salto al llegar a lo alto y desaparecía. Alain empezó a correr.

Llegó a lo alto de la escalerilla a tiempo de ver que la sombra se desvanecía en el bosque. Era libre. La mano le palpitaba. Acercó la herida a sus labios y probó su sangre. Tenía un sabor fuerte.

Por la noche, en el bosque cobran vida extrañas criaturas. Sus pies descalzos se hunden en el barro de las hojas caídas durante el otoño anterior. Hace frío y está oscuro, y las hojas dan rápidos saltos bajo la brisa nocturna, dibujando sombras que pueden verse sobre otras sombras aún más oscuras.

Alain sacudió su cuerpo para regresar a la realidad. ¡Allí! Un grupo formado por seis personas apareció en la puerta de la empalizada, junto a las letrinas. Supo de inmediato que la figura central era la obispa Antonia, aunque la noche era demasiado oscura para distinguir algo más que la sugerencia de su presencia. El sabor de la miel se demoraba en su boca.

Se dirigían hacia las perreras.

Bajó corriendo las escaleras y desencadenó a los perros. Por la mañana tendría que enfrentarse a la cólera de Maese Rodlin y fingir que se había quedado dormido. Sabía que solo un cobarde obraría de esa forma, que debía enfrentarse a ella... pero era una obispa, una mujer importante de la corte. En comparación, él no era nada ni nadie.

Se escondió en el cobertizo mientras llamaban a la puerta. Los perros saltaron, ladraron y gruñeron. Momentos después, la obispa y sus acompañantes se marcharon.

—Todo está preparado —oyó decir a la obispa con su nuevo y misterioso oído agudizado, mientras la mujer regresaba a la empalizada—. Es necesario que actuemos con la máxima celeridad. Debemos encontrar a alguien a quien ungir en el atar, alguien a quien nadie vaya a echar en falta. —Sus palabras se desvanecieron en una repentina visión en la que alguien corría por una pronunciada pendiente en la oscuridad del bosque.

Mi nom, había dicho el príncipe Eika, utilizando palabras salianas. «Me llamo Quinto Hijo de la Quinta Camada». Alain sacudió la cabeza. Seguía aturdido por el miedo, por la emoción, por la culpabilidad, por el sabor de la sangre. Seguro que lo había oído mal.

«Alguien a quien nadie vaya a echar en falta».

Los perros gimieron. Pesar logró descorrer con el hocico el cerrojo de la puerta y, abriéndola de un empujón, se abalanzó sobre Alain para lamerle la cara y el corte de la mano, como un sanador curando heridas.

Aparte del príncipe Eika, en la fortaleza solo había una persona a la que nadie echaría en falta ni lamentaría su pérdida. Temor olfateó su mano y le lamió los dedos.

Alain silbó a los perros para que le obedecieran y se llevó a Pesar y Rabia consigo para que le protegieran. Cuando llegó a los establos, Lackling ya había desaparecido.

Angustiado y aterrado, avanzó con ambos perros por el viejo sendero sombrío que serpenteaba por la colina, dirigiéndose a las viejas ruinas. Caminaba lo más deprisa que podía, pero el sendero era estrecho, sus giros repentinos y en más de una ocasión sus pies tropezaron en un trozo de roca suelta o en una raíz y cayó con fuerza al suelo. Los perros corrían a grandes zancadas junto a él y solo se detenían para lamerle y acariciarle con sus hocicos cada vez que caía.

Cuando por fin llegó al borde del claro y observó las ruinas, tuvo la breve impresión de que la gibosa luna decreciente se había separado en dos lunas y que la otra mitad ardía en las ruinas, asistida por la brillante Seirios, la estrella que los navegantes conocían con el nombre de Flecha Ardiente. Pero no veía lunas ni estrellas, sino fanales que se alzaban alrededor de la cámara del altar como centinelas. Una luz borrosa brillaba en el interior, escapando por las paredes sin techo.

Lackling gritó.

Rabia y Pesar levantaron sus cabezas y, mirando la luna, lanzaron un largo y quejumbroso aullido. Los cogió del collar y tiró de ellos hacia atrás antes de que salieran disparados hacia las ruinas. Se calmaron de inmediato. ¡Ay, Señora! ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? Oyó que una voz melodiosa entonaba un cántico sinuoso que subía y bajaba, encrespándose sobre sí mismo para después desencrespase. Debajo de este se oían los gemidos de una criatura aterrada.

Con los dientes apretados, dejó escapar el aire. Tiritaba de lo asustado que estaba, pero tenía que continuar. De pronto, los perros empezaron a gruñir. Una sombra apareció en el borde del bosque. Rabia y Pesar se levantaron, con los pelos erizados, e intentaron escapar de sus manos para atacar al intruso.

—Alto —dijo con suavidad. La sombra se adelantó y cobró la forma del frater Agius—. Sentaos.

Los perros obedecieron.

—No vayas —dijo Agius. Estaba muy pálido y tenía la mirada sombría.

Los lloros prosiguieron en contrapunto con el cántico espectral. La luz que brillaba entre los muros de la cámara del altar cada vez era más brillante y Alain pudo ver una sombra enorme que era arrojada contra el cielo. La imagen no tardó en desvanecerse. Los gritos se convirtieron en hipidos de terror y los perros saltaron hacia delante, arrastrando a Alain consigo.

Agius le cogió del brazo para detenerlo. Al instante, Rabia se giró y saltó sobre él.

—¡Alto! ¡Siéntate! —siseó Alain.

Agius aprovechó la confusión para sujetarle del brazo. Era muy fuerte.

—No vayas —repitió con voz grave, sombría. Parecía ignorar a los perros, que aullaban a sus pies—. Solo conseguirás que te mate.

—¡Entonces debo regresar al castillo a buscar ayuda!

—Está demasiado lejos. No conseguirías regresar a tiempo.

Alain sintió que su determinación se esfumaba con el terrible cántico y aquellos gemidos espantosos que eran lo único que Lackling podía articular. No podía hacer

nada. ¿Cómo iba a poder enfrentarse a una obispa?

Abajo, la luz brillaba con un fulgor anaranjado, como si hubieran lanzado al fuego más madera o algún otro elemento desconocido. Lackling había empezado a llorar y el terror que transmitían sus lamentos le rompió el corazón.

—¡Tengo que ayudarle!

Se liberó de sus manos, pero el frater le sujetó de nuevo. Los perros, que intentaban arrastrarlo hacia las ruinas, retrocedieron de un salto. Pesar hundió los dientes en la sotana del clérigo, pero este no le soltó ni gritó de dolor.

—¡Suéltalo! —horrorizado, Alain golpeó a Pesar.

Estaba tan ocupado intentando que Pesar soltara al frater e impidiendo que Rabia corriera a las ruinas o atacara también a Agius, que advirtió demasiado tarde que el viento había cambiado. De pronto, los perros se calmaron.

De las piedras emanaba un olor a humo y a algo más, a hierbas, a algo sucio. De repente se oyó un terrible gorjeo y al instante le llegó un suave olor a carne quemada. La mano de Agius sujetó con más fuerza su brazo. Los perros, ignorando al frater, se situaron delante de Alain como si también quisieran impedirle avanzar.

—Somos los testigos —susurró Agius—. Del mismo modo que Santa Tecla presenció la Pasión de Daisan el bendito, tú y yo debemos presenciar este sufrimiento.

Resultaba obscuro oírle hablar con tanta serenidad mientras, en las ruinas, Lackling estaba siendo torturado, asesinado y sacrificado.

El viento arreció. La lluvia empezó a caer, repicando sobre las piedras y trayendo consigo el aire frío. Entonces todo quedó en calma, en absoluta calma, excepto por la neblina que ascendía desde la cámara del altar. Un silencio extraño, roto tan solo por la voz vibrante que sonaba como si estuviera enterrada bajo la roca, y un débil sollozo, como el de un gatito, tan suave que Alain no lograba comprender cómo era capaz de oírlo. Pero no se oían los murmullos y susurros del viento, las aves nocturnas y los muchos animales del bosque. Era como si todos ellos se hubieran desvanecido o se hubieran quedado mudos.

Agius soltó a Alain y, arrodillándose, inclinó la cabeza.

—Es una señal —susurró—, para que salga a predicar la verdadera palabra de su Pasión, que fue su sufrimiento y sacrificio, además de su redención.

Un olor brotó de las ruinas. Era como el aliento de la fragua, caliente y picante. A Alain se le erizó el vello de los brazos y la nuca. Agius levantó la cabeza. Los perros gimieron y, acobardados, se escondieron entre las piernas de Alain.

El muchacho sentía una presencia... varias presencias... a sus espaldas. Un centelleo se deslizó por el aire como si el viento se hubiera hecho visible. Oyó que la obispa pronunciaba unas palabras que no reconoció, pero tenía la certeza de que eran palabras de poder. Entonces, con una voz insólitamente armónica, entonó un gemido informe y desesperado que no parecía humano. Alain empezó a llorar, pero permaneció inmóvil. Había condenado a Lackling y no podía hacer nada para salvarlo.

El hedor a hierro quemado inundó el aire. Formas menos negras que la oscuridad de la noche pasaron junto a él, deslizándose por el aire. Las formas le tocaron y se alejaron estremeciéndose, pues su cuerpo humano suponía un obstáculo para su paso. No vestían formas humanas ni humanoides, como la del difunto príncipe dariyano o los duendes que eran los hermanos mayores de la humanidad. De hecho, no tenían forma alguna, más que las de las ráfagas de aire que barren la orilla de un lago, curvándose, oscilando y enderezándose. Por lo demás, parecían ignorar a Alain, a los perros y al frater, que las observaba boquiabierto y en silencio.

Las formas descendían cruzando las piedras, como si estas no tuvieran sustancia, y ascendían reptando por la corriente. Se aproximaban desde todos los puntos cardinales.

«La sangre fuerte atraerá a los espíritus y los someterá a mi control».

Se precipitaron hacia la cámara del altar y, con un sonido similar al de una vela al apagarse, todos los fanales se oscurecieron. El resplandor del interior de la cámara cobró intensidad hasta que por fin quedó oculto entre las sombras invocadas mediante la sangre y la magia, hasta que Alain no pudo ver nada más que la oscuridad que engullía el centro de las ruinas, hasta que no pudo oír nada más que la voz de la obispa.

Un gemido burbujeante, silencio y, en la distancia, el débil sonido de las campanas. Los perros se tiraron al suelo y permanecieron allí, gimiendo como cachorros indefensos.

Alain se sacudió, tembloroso. La luna asomó tras las nubes que, sin que él lo advirtiera, habían ocultado el cielo, mostrando las silenciosas y vacías ruinas. El viento empezó a soplar y, al instante, las nubes se deslizaron para cubrir una vez más la luna y las estrellas. Empezó a llover, primero como una neblina y después con más fuerza, hasta que todo quedó empapado y se perdió cualquier resto de aroma o sonido. Alain permaneció inmóvil, calado hasta los huesos, buscando, escuchando, pero no vio nada ni a nadie.

Lackling había muerto.

Por fin cesaron los gritos.

En la cámara del altar no había indicios de movimiento ni de vida.

—¡Espero que estén todos muertos! —exclamó Alain, con una vehemencia que le sorprendió. Acababa de darse cuenta de que era capaz de odiar.

Agius se levantó, muy tenso.

—Vamos, Hermano —dijo—. Ya no podemos hacer nada más que recordar lo que hemos visto, rezar para que nunca más vuelva a ocurrir y dejar nuestro testimonio allá donde pueda hacer algún bien.

—¿No deberíamos bajar a ver si Lackling...?

—Si la obispa continúa allí y averigua que hemos presenciado lo ocurrido, ¿crees que tendrá algún reparo en eliminarnos? El martirio es una empresa honorable, amigo mío, pero no cuando queda relegada al olvido.

Empezaron a avanzar por el sendero, dirigiéndose hacia el bosque.

—¿Qué son? —susurró Alain.

Agius se detuvo y se volvió para mirarle.

—No lo sé.

—¿Sabíais que pretendía hacer esto?

—¿Si sabía que era una hechicera? En la iglesia, todos sabemos que la obispa Antonia y sus seguidores difieren con la skopos respecto al lugar que debe ocupar la magia en la iglesia. Era de esperar que pusiera en práctica sus conocimientos mágicos.

—¿Pero sabíais que esta noche... iba a... hacer...? —fue incapaz de formar las palabras que describían lo terrible que había sido lo ocurrido.

—Los Días Sagrados poseen un gran poder, Alain. ¿Qué es la magia, sino el conocimiento del poder que descansa en la tierra y los cielos, y los medios y la voluntad necesarios para amarrarlo y modelarlo según nos convenga?

El agua goteaba entre los árboles. En las ruinas, todo seguía en silencio.

—Vamos, Alain —dijo Agius, apremiante—. Debemos regresar. —El muchacho obedeció y los perros le siguieron como si fueran sonámbulos—. Al principio no sabía que pretendía sacrificar al prisionero Eika —prosiguió Agius, con aquella voz grotescamente calmada—, pero tu inesperado acto de misericordia...

—¡Solo provocó un crimen peor! —El grito de Alain reverberó en el aire. Pesar

gimió.

—¡Silencio! No me cabe duda de que te arrepientes de tu acto, pero Nuestra Señora obra de formas misteriosas. Entregó a su único Hijo para que expiara nuestros pecados. Debes considerar lo ocurrido como una señal de la piedad infinita de Nuestra Madre, que está en el Cielo y conduce a los inocentes hacia una vida más bendita bajo la luz sagrada de los mártires que ilumina la Cámara de Luz.

—¿Una... señal?

Empezaron a descender por el estrecho sendero. Agius abría la marcha. En cuanto dejaron atrás la primera curva del camino, el frater encendió el fanal.

—De Dios, del sacrificio que realizó Su Hijo en el día de hoy que conocemos erróneamente como Translatus, cuando deberíamos conocerlo como Redención: nuestra salvación del pecado a través del sacrificio de Nuestro Señor, Daisan. Del mismo modo que Santa Tecla presencié la Pasión de Daisan el bendito, nosotros hoy hemos sido testigos del sufrimiento.

—¡Pero Daisan el bendito ayunó y oró durante siete días! ¡No sufrió!

—Eso es lo que nos ha enseñado la iglesia durante años, pues esta verdad fue proclamada herejía por el Gran Concilio de Addai hace más de trescientos años. Sin embargo, la verdad no puede ser destruida y es la siguiente: Daisan el bendito fue despellejado vivo por orden de la emperatriz Thaisania, la dama de la máscara, como se acostumbraba a hacer en aquella época cuando un hombre era acusado de criminal. Y cuando le arrancaron el corazón, su sangre floreció en la Tierra como una rosa roja. Daisan sufrió y murió, pero vivió de nuevo y ascendió a la Cámara de la Luz. Mediante su sufrimiento nos limpió a todos de pecado, pues solo mediante la piedad del Hijo, Daisan el bendito, solo mediante su sufrimiento y su redención, los pecadores de esta Tierra podremos entrar en el cielo.

¡Eso era una herejía! Aquellas palabras tan inquietantes y tan opuestas a lo que siempre le habían enseñado hicieron que olvidara por un instante la cámara del altar y el terrible destino de Lackling. Agius era un hereje del peor tipo.

—Pero Daisan el bendito fue un hombre como cualquier otro —protestó—. Todos nosotros alcanzaremos la Cámara de la Luz si nos esforzamos en limpiar la mancha de oscuridad...

—Esa es la herejía —replicó Agius con suavidad—. Cuidado, Alain. Aquí hay una rama.

La lluvia que caía entre los árboles mojó sus manos y, de repente, el muchacho descubrió que todavía lloraba.

»Al principio fueron los cuatro elementos puros: luz, viento, fuego y agua. Sobre estos residía la Cámara de Luz, y debajo, su enemiga la oscuridad. Por casualidad, los elementos transgredieron los límites que les habían sido impuestos y la oscuridad aprovechó esto para mezclarse con ellos. —La delicada solemnidad de su voz revoloteaba a su alrededor como una loa a los muertos que le adormecía mientras caminaba, siguiendo la luz del fanal. Los perros avanzaban tras él, gimiendo y tan

mansos como corderos.

»A partir de este caos, la Madre de Vida ordenó el mundo con el Logos Divino, la Palabra Santa, pero en él aún reside cierta cantidad de oscuridad. Esa es la razón de que haya maldad en el mundo. De todas las cosas que hay en esta Tierra, Daisan el bendito es lo único que no ha sido contaminado por la oscuridad. Solo mediante Su redención podremos salvarnos.

Alain sofocó un sollozo.

—Yo le maté —jadeó. La enormidad de lo que había presenciado volvió a golpearle con fuerza.

—No, muchacho. No ha sido culpa tuya. Lo que hemos presenciado aquí esta noche ha sido terrible. Que Nuestra Señora nos perdone —dibujó la señal bendita sobre el muchacho—. Vamos, apresurémonos a regresar a nuestras camas antes de que nos descubran.

Los perros gimieron en respuesta a su tono apremiante. Rabia cogió la mano de Alain entre sus poderosas mandíbulas y tiró de él, obligándole a adentrarse más en el bosque. Sin dejar de llorar, Alain siguió caminando.



Y esto fue lo que soñó:

Una mano, con garras y escamas, se sumerge en un riachuelo de rápida corriente. El agua está tan fría que duele, pero él bebe.

Entonces, como si lo acabara de pensar, toca el Círculo de madera que descansa sobre su pecho. Está frío y silencioso. Si hay un dios en su interior, este no puede hablar... o no puede hacerlo en un idioma que él entienda.

Levanta la cabeza y olfatea el aire en busca de un aroma. Escucha con atención. ¡Allí! Un zorro se detiene a olisquearle, pero pronto se escabulle con sigilo. ¡Arriba! Un búho se desliza sobre su cabeza y desaparece en la noche.

Percibe el olor de la llegada de la mañana en el aire nocturno y busca un bosquecillo en el que poder esconderse hasta que vuelva a caerla noche, cuando escapar sea más seguro. Al norte, siempre al norte, hacia el mar.

CAPÍTULO 6



LA CIUDAD DE LA MEMORIA

Aunque las últimas nieves aún se demoraban en el lado de sotavento de los árboles y a lo largo del sombrío borde de los campos de Descanso del Corazón, la primavera ya estaba en camino cuando llegó la Semana Santa. Como debía empezar en el Día de la Luna y terminar en el Día del Cielo (el día que Daisan el bendito fue transportado sobre las alas de los ángeles hacia el cielo), la luna llena, mediante la que se calculaban las fechas de la Semana Santa, solía brillar antes del primer día de Penitire. Pero este año sería auspicioso, pues la luna llena había brillado el primer día, al igual que sucedió el año del Translatus. Tales acontecimientos estaban registrados en los Versos Sagrados y los evangelios de Matthias, Mark, Johanna y Lucia.

Cuando partía con Hugh hacia aldeas remotas (él sobre su capón bayo y ella sobre la yegua picaza), veía los brotes verdes que crecían en los árboles y asomaban en la tierra. Los campesinos habían empezado a cultivar los campos y el sol brillaba con calidez. Liath solía permanecer en el exterior cuidando de los caballos mientras Hugh predicaba a aquellas personas que vivían demasiado lejos de una iglesia para asistir a sus servicios de forma regular. Las breves horas que pasaba a solas en el exterior eran un bálsamo para ella, aunque sabía que Hugh la obligaba a esperar fuera para mantenerla aún más aislada del mundo.

La primavera también trajo consigo una especie de infección: Lars se pasaba el día silbando y Dorit, que durante todo el invierno le había tratado con una indiferencia que rozaba la frialdad, ahora intentaba bromear con ella de vez en cuando.

Hugh estaba inquieto, pues ningún vendedor ambulante había llegado al norte por el camino que conducía al ducado de Saonia, la región central del reino de Wendar. Solo cuando llegara el primer mercader sabría que los caminos estaban despejados y que podían cruzar las Colinas Iels y el vado de Hammelleft.

En la mañana del duodécimo día del mes de Yanu, Día de Santa Perpetua, que este año caía dos días después de la Festividad del Translatus, Hugh se levantó temprano y se vistió. Ahora solía ausentarse sin ella para poder realizar sus rondas lo más rápido posible. De este modo, cuando la carretera estuviera abierta, podrían partir de inmediato hacia el sur.

—Liath —dijo con brusquedad—. Ahora me iré. Quiero que prepares una lista con nuestras pertenencias para el viaje a Firseburg. Quiero ver esa lista cuando

regrese.

—¿Adónde vas? —preguntó, no porque le importara, sino para saber de cuánta bendita soledad podría disfrutar. ¿Sería solo un breve respiro matutino o un largo y tranquilo día sin él?

Pero Hugh conocía demasiado bien los muchos modos con los que intentaba librarse de él y los iba recortando poco a poco.

—Voy a predicar a mi rebaño —respondió, esbozando su hermosa sonrisa. Acarició su hombro izquierdo y después el derecho, siguiendo con los dedos el collar de esclava (invisible e insustancial, pero tan pesado como cualquier collar de hierro) que su propiedad y la capitulación de Liath habían forjado alrededor de su cuello—. Regresaré cuando regrese.

Dicho esto, se marchó.

Liath decidió no preparar la lista. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Hugh. Quizá se enfadaba y la golpeaba... o quizá se reía, considerando que era una forma trivial y pasiva de mostrar su rebeldía. Se dirigió al aula de estudio, como de costumbre, y practicó con el estilete y la tablilla la curvada escritura jinna, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Después, más despacio, copió las palabras arethousanas y las unió para formar las sencillas palabras que Hugh le había enseñado. Su mente empezó a divagar, libre de la asfixiante presencia del frater. Sus pensamientos se perdieron en los misterios de los cielos y el paso de los días, pues eso era lo que papá le había enseñado: la sabiduría de los mathematici.

Con el primer día del mes de Yanu y la Misa Mariana, que marcaba el equinoccio de primavera, había empezado un nuevo año. Era el setecientos veintiocho desde que Daisan el bendito proclamara la Palabra Santa, él Logos Divino. Liath ya tenía diecisiete años.

—Papá —susurró, secando la lágrima que se deslizaba por su mejilla. Papá se había ido, pero todo lo que le había enseñado permanecía en ella, así que, en cierto sentido, papá permanecía con ella a través de sus recuerdos.

«Por esta escalera asciende el mago...». Su cuerpo se tensó; estaba aterrada. ¿Qué venía a continuación? ¡Lo había olvidado! No ejercitaba su memoria como debería, no cuando Hugh estaba cerca, mirando todo lo que hacía.

—¿En qué piensas cuando te quedas tan quieta? —solía preguntarle. Por eso, era mejor no quedarse quieta, evitar que curioseara. Odiaba el modo en que parecía intentar acceder a su interior, romper el cerrojo que ambos sabían que cenaba la puerta para impedirle el paso. Ella tenía el libro y él no. Eso era lo único que la mantenía libre.

Hugh no tardaría en regresar, pero ahora no estaba.

Se recostó sobre su asiento y cerró los ojos. No tardó en encontrar la ciudad de su memoria. Una avenida pavimentada con piedras blancas discurría entre la playa y la primera puerta. Avanzó por ella. La primera puerta se alzó ante sus ojos, permitiéndole acceder al primer nivel: la Puerta de la Rosa. Pudo ver con claridad en

su mente todas y cada una de las puertas, en su orden correcto: Rosa, Espada, Copa, Anillo, Trono, Cetro y Corona.

—La brujería, como cualquier otra rama del conocimiento, debe ser aprendida, utilizada y dominada. El joven aprendiz de herrero no empieza forjando una elegante espada para el príncipe; el primer tejido de una aprendiz no se destina a la alfombra del hogar de la reina; un orador pronuncia su primer discurso delante del espejo, no en el mercado; y el joven soldado libra su primera batalla contra un compañero y no contra el enemigo mortal de su señor. Daisan el bendito proclamó la Palabra Santa durante veintiún años antes de dominar el arte de la oración y la meditación y poder ascender a la Cámara de Luz. Debes aprender estas cosas, Liath. No puedes utilizarlas, pues eres sorda a la magia, pero puedes pensar en ellas y practicarlas como si fueras un aprendiz de mago. Así, con el tiempo, conseguirás la sabiduría del hechicero. Dominar el conocimiento es ser capaz de extraer poder de este.

Allí, en la puerta que solo existía en su mente, descansaba una constelación de joyas que, como las estrellas, dibujaban la silueta de una rosa. Y en cada una de las otras puertas había una nueva constelación: la espada, la taza, el anillo... Estas constelaciones también brillaban en lo alto, junto a las doce constelaciones que formaban las Casas de la Noche, el dragón del mundo que controla los cielos, y las muchas otras que la sabiduría infinita de Nuestra Señora y Nuestro Señor habían dispuesto como emblemas en las esferas de las estrellas fijas.

Con los ojos cerrados, dibujó en su mente el contorno de la rosa, pero su forma y su etérea sustancia se desvanecieron como las huellas de pájaros en la arena barrida por la marea. No podía hacer nada para evitarlo... pero podía utilizar la tablilla como una superficie de grabado. Apoyó suavemente la mano en la madera pulida y, con suma cautela, dibujó el contorno de la Rosa. ¿Cómo era posible que una tarea tan liviana le hiciera sudar tanto? Tenía el rostro sonrojado por el calor y le ardía todo el cuerpo.

Se detuvo al finalizar el dibujo y dejó la mano suspendida al borde de la mesa.

Un repentino sonido la sacó de su concentración.

—¿Liath? ¿Hay algún fuego encendido?

Liath se levantó tan deprisa que se golpeó los muslos con el borde de la mesa. Blasfemando para sus adentros, se giró.

—¡Hanna! ¡Me has asustado!

Hanna, con la nariz arrugada, olfateaba y miraba a su alrededor como un perro.

—Tu brasero debe de haberse recalentado. Huele a madera quemada. Será mejor... —mientras hablaba, el olor se disipó. Suspiró—. Al menos tienes color en las mejillas —Se acercó a ella y la cogió de las manos—. No me gusta verte siempre tan pálida.

—¿Hugh sabe que estás aquí? —preguntó, corriendo hacia la puerta y asomándose. El pasillo estaba vacío. Oyó que Lars talaba madera en el exterior.

—Por supuesto que no. Lo vi cabalgar hacia...

—Sabrá que estás aquí. Regresará.

—¡Liath! ¡Tranquilízate! —Hanna volvió a coger sus manos y las apretó con fuerza—. ¿Cómo va a saberlo si se ha ido de la aldea? Además, no me ha visto abandonar la posada.

—No importa. Lo sabrá —Una oleada de emociones recorrió su cuerpo—. Tú eres todo lo que tengo, Hanna —dijo con voz ronca, abrazándola con fuerza—. Lo único que me mantiene a salvo es saber que puedo confiar en ti.

—¡Por supuesto que puedes confiar en mí! —Pero entonces vaciló y, muy despacio, escapó de los brazos de su amiga—. Escucha. He hablado con Ivar. Necesita siervos que le acompañen y que le asistan en el monasterio. Va a llevarme con él. —Liath, asombrada, oyó el resto de la confesión a través de un velo de entumecimiento—. Lo siento, Liath, pero era la única forma de evitar mi boda con el joven Johan. Mamá y papá están de acuerdo.

Ahora que no había nada que la sujetara, Liath se desplomó sobre la silla.

—Oh, Liath... Jamás pretendí... —Hanna cayó sobre sus rodillas—. No quiero dejarte.

Y yo no quiero que me dejes... pero Liath sabía que no debía pronunciar estas palabras.

—No —dijo en voz tan baja que las palabras apenas remontaron el vuelo—. Debes ir. No puedes casarte con Johan. Si te marchas con Ivar podrás encontrar un matrimonio mejor o una mejor posición. Quedlinhame es una buena ciudad. Tanto el monasterio como el convento están dirigidos por la Madre Escolástica. Es la tercera hija de Arnulf el joven y la reina Matilda. Es una mujer instruida y por eso lleva ese nombre, Escolástica, pues en realidad fue bautizada como Richardis. —Todo estaba allí, en la ciudad de la memoria. Todos los conocimientos que papá le había transmitido estaban pulcramente ordenados en nichos, a lo largo de avenidas o bajo portales y arcadas, ¿pero de qué le servían si se quedaba completamente sola? Deseaba llorar, pero no se atrevía a hacerlo delante de Hanna, así que siguió hablando —: la reina Matilda se retiró a Quedlinhame después de que el rey Arnulf el joven, muriera y su hijo Henry fuera coronado rey. Quedlinhame está bajo su protección especial, así que, según dicen, es un lugar excelente. Creo que el rey lo visita cada año durante la Semana Santa, si sus obligaciones se lo permiten, para honrar a su madre. Ese lugar está lleno de oportunidades para alguien tan inteligente como tú. Puede que incluso te unas a la marcha del rey, a su comitiva. Además, el rey tiene dos hijas, Sapientia y Theophanu, que ya son lo bastante mayores para tener su propio séquito, sus propios sirvientes.

Hanna apoyó la cabeza en las rodillas de Liath. El peso y la calidez eran reconfortantes, pero sabía que pronto desaparecerían para siempre.

—Lo siento tanto, Liath. No quiero dejarte, pero Inga regresará de Freelas en verano con su marido y el niño, así que no habrá sitio para mí. Debo contraer matrimonio o servir.

—Lo sé, claro que lo sé. —Sus esperanzas se habían desvanecido como el agua en un cubo agujereado. Cerró los ojos como si creyera que, así, nada de esto se haría realidad.

—Liath, tienes que prometerme que no perderás la esperanza. No voy a abandonarte. Haré lo imposible por conseguir que te deje en libertad.

—Hugh nunca me dejará libre.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Hanna levantó la cabeza—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

Suspiró profundamente y, sin abrir los ojos, dejó la ciudad de la memoria atrás, abandonando la rosa enojada y las palabras de papá.

—Porque sabe que papá tenía secretos y cree que yo también los sé. Porque sabe que tengo el libro. Nunca me dejará marchar... pero no importa, Hanna. Hugh está a punto de trasladarse a Firseburg, donde será investido abad. Partiremos en cuanto sea posible viajar hacia el sur. —Abrió los ojos y, aunque estaban solas, se inclinó para susurrarle al oído—: Tienes que llevarte el libro. Tienes que sacarlo de aquí. Si lo guardo yo, me lo quitará. Por favor, Hanna, tienes que hacerlo. Si alguna vez me deja en libertad, te encontraré.

—Liath...

Pero nunca la dejaría libre.

Hugh lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

Soltó sus manos y se levantó. Hanna se puso en pie el mismo instante en que el frater abría la puerta.

—Fuera de aquí —dijo con frialdad. Hanna miró brevemente a su amiga—. ¡Fuera!

Sostuvo la puerta hasta que se marchó y, entonces, la cerró de un portazo.

—No me gusta que tengas visitas —avanzó hacia Liath y la cogió de la barbilla con la mano izquierda; sus dedos formaron una copa bajo su mandíbula. La miró. El intenso tinte azul de su túnica acentuaba el penetrante azul de sus ojos—. No volverás a entretener a ninguna otra visita, Liath.

Ella apartó la cara de sus manos.

—¡Veré a quien me plazca!

Hugh la abofeteó y ella le devolvió el bofetón, con fuerza.

Su rostro palideció, excepto allí donde los dedos de Liath habían dejado una marca roja sobre su delicada piel. La empujó sobre la mesa, presionó dolorosamente sus muñecas contra la dura superficie de madera y la retuvo allí. Lívido de cólera, la miró con ojos furiosos mientras su respiración se aceleraba.

—No volverás... —empezó a decir, pero contuvo el aliento al ver algo que había detrás de Liath. La levantó con brusquedad y la apartó de un empujón. Liath permaneció inmóvil, observándole, pues lo que fuera que le había poseído se había esfumado. Hugh deslizó la mano por la superficie de la mesa y empezó a trazar una línea que, estrechándose y formando espirales, perfilaba el contorno de una rosa

chamuscada en la madera bruñida. En su rostro se dibujó una expresión extasiada. Por fin se giró.

—¿Qué has hecho?

—Nada.

La cogió de la mano y la obligó a tocar la mesa. Aunque el dibujo era prácticamente invisible, sintió sus líneas como si fueran de fuego.

—La Rosa de la Curación —dijo él—. Has quemado su forma en la mesa. ¿Cómo lo has hecho?

Liath intentó soltarse, pero era demasiado fuerte.

—No lo sé, no lo sé. No pretendía hacerlo.

Él la cogió por los hombros y la zarandeó.

—¿No lo sabes? —Parecía aún más furioso que cuando la había abofeteado—. ¡Dime cómo lo has hecho!

—No lo sé.

Hugh la golpeó con el dorso de la mano y sus pesados anillos le cortaron la mejilla. La golpeó de nuevo, embargado por una extraña furia.

—¿Sabes cuántos años llevo estudiando, intentando encontrar la clave de la Rosa de la Curación? ¿Cómo puedes decirme que no lo sabes! ¿Dónde está el libro de tu padre? ¿Qué fue lo que este te enseñó?

—No lo sé... —replicó ella. La sangre se deslizaba por su mejilla.

Hugh la levantó del suelo y la llevó a su celda. Una vez allí, la arrojó sobre la cama. Liath permaneció inmóvil, mirándole. Él la observaba, abriendo y cerrando la mano izquierda a un ritmo que solo él conocía.

Por fin se arrodilló en la cama junto a ella y secó con delicadeza la suave película de sangre que manchaba su mejilla.

—Liath —su voz era persuasiva—. ¿De qué sirven los conocimientos si no se comparten? ¿Acaso no hemos aprendido juntos durante el invierno? ¿No podríamos aprender más? —Le besó en la mejilla, en el corte, y después en el cuello y en la boca, muy despacio, con insistencia.

Pero un diminuto fuego había despertado en su ser. Desde que había dibujado la rosa, una serie de emociones ardían en su interior allí donde antes no había sentido nada. El fuego derrite el hielo. Cada vez que Hugh la besaba, ella retrocedía, estremeciéndose.

—No —dijo en voz baja, preparándose para recibir otro golpe.

—Liath —suspirando, deslizó una mano por las curvas de su cuerpo. Su respiración era entrecortada, mucho más que cuando estaba enfadado—. Nunca te he tratado mal en mi cama.

—No —se sintió obligada a responder con la verdad.

—Podrás disfrutar de los placeres, pero antes deberás confiar en mí. He visto lo rápido que aprendes. ¡Tienes tantas ganas de aprender! —Apoyó todo su peso sobre ella. Aunque estaba vestida, sentía que el calor de su piel le quemaba—. Sabes

perfectamente que no hay nadie más a quien puedas preguntar, que no hay nadie más a quien puedas recurrir. Yo soy el único. Corrieron rumores sobre tu padre, el querido Maese Bernard, pero los aldeanos le dejaron en paz porque le apreciaban y porque la obispa de Freelas tenía cosas más importantes de las que preocuparse que de un hechicero que lanzaba maleficios para mantener a los zorros alejados de los gallineros.

Atrapada en esta diminuta celda donde los muros eran tan gruesos y el aire estaba tan quieto, se sentía atrapada, perdida en una prisión creada por Hugh.

—Pero tú no tendrás tanta suerte, ni por lo joven que eres ni por tu aspecto —Deslizó una mano por su cuello y enredó los dedos en su cabello—. Tienes un cabello fino y hermoso y tu piel conserva el moreno durante todo el invierno, como las personas que viven en las tierras del sur. ¿Pero quién ha visto a una de esas personas en estas tierras olvidadas por Nuestra Señora? Es más, ¿quién cree en ellas? ¡Y tus ojos! Son tan azules como el fuego intenso, ¿lo sabías? Desde que era un niño he deseado desentrañar los secretos de la magia. No hay nadie como yo, nadie que se esfuerce tanto en aprender y dominar esos conocimientos, pero de algún modo, tú naciste con ellos en la sangre. Sé qué eres, pero jamás revelaré tu secreto a nadie. ¿No me crees?

Estaba atrapada bajo su cuerpo y era consciente de que Hugh diría lo que fuera necesario para convencerla de que le diera el libro y le contara todo lo que sabía, pero se horrorizó al descubrir que sí que le creía. Tuvo la repentina sensación de que había pronunciado aquellas palabras precipitadamente, sin pensar que se estaba comprometiendo.

—Te creo —Aquellas palabras le dolieron. Hugh sabía qué era. «Una hechicera se hace a sí misma, pero dos hechiceros no deben casarse jamás», le había dicho su madre en cierta ocasión, apoyando una mano en su frente. Y no debían hacerlo porque el hijo de dos hechiceros podía heredar una reserva de magia más peligrosa que la cólera de un rey, aunque Liath solo había heredado una especie de sordera. Papá le había transmitido aquellos conocimientos, pero solo para que pudiera protegerse. Siempre le había dicho: «No puedes utilizarlos, pues eres sorda a la magia».

Eso era lo que siempre había creído, pero ahora había dibujado la Rosa de la Curación en la superficie de madera, chamuscándola.

Sabía que Hugh no se opondría a que estudiara el libro de papá ni ningún otro, siempre y cuando compartiera con él todo lo que sabía y todo lo que aprendiera.

—Te seré leal, Liath —dijo, envolviendo su rostro entre sus manos, el dulce gesto de un enamorado—, siempre que tú también me seas leal.

¡Ay, Señora! ¡Cómo quemaba el nuevo fuego que ardía en su ser! Dolía terriblemente y se extendía por líneas que habían sido grabadas con fuego en su carne. No podía seguir refugiándose en su letargo; debía tomar una importante decisión.

Hugh se apartó suavemente de ella, emitiendo un sonido grave y contenido desde lo más profundo de su garganta.

—Liath... —dijo entonces en voz baja, abrazándola con más fuerza.

Hanna se iba a marchar y ella iba a mudarse a Firseburg, donde estaría a solas con Hugh. No podía seguir resistiéndose toda la vida, paralizada, apática, entumecida... Le había sido prohibido todo contacto humano excepto el de Hugh, que hacía todo lo posible por mantenerla aislada del mundo.

¿No sería más sencillo rendirse? ¿No sería más sencillo darle lo que quería? Ama Birta le había dicho que su posición era envidiable. Y sabía que el frater no la trataría mal... De hecho, si le daba lo que quería, seguramente la trataría bien.

Había grabado la Rosa de la Curación en la mesa. Quizá aprendería lo suficiente para saber si realmente era sorda a la magia o si papá se había equivocado y ella había nacido con el poder de los magos. O si papá lo había sabido desde siempre y le había mentado.

¿Pero por qué iba a mentarle? Quizá, para protegerla.

Hugh deslizó las manos por sus brazos y le acarició el cuello, trazando un óvalo en él, como si fuera una joya. Liath se estremeció. Él respiró hondo y se llevó una mano al cinturón para desabrochárselo.

—Deja de resistirte, Liath. ¿Por qué no intentas disfrutar? ¿Por qué?

La joven sintió un hormigueo en la piel cuando sus labios se tocaron.

¿Por qué no?, se preguntó. Había llegado el momento de elegir.

—No seré tu esclava —susurró. Le costó tanto pronunciar estas palabras que sintió deseos de llorar, pero estaba demasiado aterrada para hacerlo. Apoyó las manos en el pecho de Hugh para quitárselo de encima, haciendo fuerza con los codos y dejándolos rígidos.

Hugh permaneció inmóvil.

—¿Qué has dicho?

Ya lo había dicho una vez; ahora solo tenía que aferrarse a ello con todas sus fuerzas. Se apartó y rodó por la cama hasta que aterrizó pesadamente sobre sus rodillas. Se quedó acurrucada en la alfombra, mirándole del mismo modo que un conejo miraría a un zorro. Entonces, levantando la voz, repitió:

—No seré tu esclava.

Hugh se enderezó.

—Ya eres mi esclava.

—Solo por el oro que pagaste.

La sonrisa de Hugh se desvaneció.

—Entonces regresarás al exterior con los cerdos. —Dijo esto con una sonrisa, sabiendo perfectamente que después de un invierno lleno de comodidades, no estaría dispuesta a volver a pasar por aquello.

Liath pensó en la sucia paja, en la espalda de Trotón, en las frías noches de primavera...

—De acuerdo —respondió lentamente—. Regresaré al exterior con los cerdos.

Se puso en pie y avanzó con rigidez hacia la puerta. Ninguna de sus extremidades funcionaba bien.

En un abrir y cerrar de ojos, Hugh se levantó, la cogió por los hombros y, obligándola a dar media vuelta, la golpeó con tanta fuerza que se tambaleó. Cuando la abofeteó de nuevo, Liath cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la pared. Detuvo su caída con una mano y se obligó a sí misma a levantarse. Entonces, protegiéndose el rostro con un brazo, siguió avanzando hacia la puerta. Hugh la golpeó una vez más. Y otra. Liath cayó sobre sus rodillas y el dolor la obligó a permanecer quieta unos instantes, jadeando. Su cuerpo ardía de dolor y le pitaban los oídos. Hugh le pegó una patada en el costado y ella gimió, intentando contener las náuseas.

—Y ahora —dijo él, con la voz tensa por la furia—, ¿los cerdos o mi cama?

Liath se levantó lentamente. Su equilibrio no funcionaba demasiado bien y el ojo derecho no enfocaba. Dio un paso vacilante y contuvo el aliento para dar el siguiente. Entonces apoyó la mano en el pomo de la puerta y lo giró.

La puerta se abrió a la vez que Hugh iniciaba un nuevo ataque. Cayó de bruces en el pasillo, sobre manos y piernas. Recibió otro golpe en las costillas, seguramente una patada. Intentó levantarse, pero cada vez que lo hacía e intentaba avanzar, él la golpeaba de nuevo.

La sangre nublaba su ojo derecho, pero no le importaba porque ya no podía ver con él. Apoyó una mano en la pared y se levantó de nuevo, pero al instante fue arrojada con fuerza contra la pared contraria. Su cabeza chocó contra la piedra y cayó al suelo de bruces. Cuando intentó levantarse de nuevo, fue incapaz de hacerlo. Permaneció allí tendida, gimoteando, intentando no emitir sonido alguno y esforzándose en mover las piernas. La bota de Hugh le golpeó de nuevo en el costado.

—Bueno, Liath, ¿qué decides?

—Los cerdos —respondió ella. Le costó pronunciar estas palabras, pues tenía la boca llena de sangre. No podía levantarse, de modo que se apoyó sobre los codos e intentó avanzar a rastras. Esta vez, cuando Hugh la golpeó (yo no sabía si con las manos o con las botas), un remolino de oscuridad la engulló. Oía sus laboriosos jadeos, pero no veía nada. Su visión se volvió gris y, cuando se iluminó de nuevo, el estrecho pasillo no era más que un dibujo confuso de piedra y sombras. Se apoyó sobre los codos y, arrastrándose, avanzó hacia los cerdos.

Oyó unas palabras y una exclamación horrorizada.

Le dolía todo el cuerpo. Las heridas le ardían, sentía un intenso dolor en los huesos y fieras puñaladas en las costillas. La sangre salada escapaba entre sus labios. Su boca estaba seca, pero no tenía sed. Podía ver los cerdos en su mente. Vivían cómodamente en el exterior de la ciudad de la memoria. Trotón, su favorito, la vieja puerca Trufa y los cochinitos Hib, Nib, Jib, Bib, Gib, Rib y Tib. Podía distinguir a

algunos lechones, pero ahora no recordaba cuáles habían sido matados y salpresados y cuáles habían sobrevivido al invierno.

Hugh la golpeó de nuevo, por su lado ciego, y Liath cayó sobre el frío suelo. Sentía la áspera piedra contra su rostro, pero los diminutos e irritantes granos le ayudaron a permanecer consciente. Contó los granos que presionaban sus mejillas y se colaban en sus heridas como la sal. Le costaba respirar; inspirar y exhalar le resultaba doloroso, pero sabía que tenía que llegar junto a los cerdos. Con ellos estaría a salvo. El libro estaba a salvo con los cerdos.

Un cuchillo al rojo vivo se hundió en su abdomen y gritó de absoluto pavor. Hugh no la dejaría marchar; antes la mataría. Iba a matarla... pero esa no había sido una opción.

Abrió el ojo izquierdo y vio que el frater estaba a dos pasos, mirándola. Su rostro era frío y severo como la piedra, pero no había sido él quien le había tocado.

La puñalada de dolor regresó y un líquido cálido se deslizó por el interior de sus muslos. El dolor la atacó de nuevo. Intentó hablar, pero su lengua se negaba a formar las palabras. ¡Ay, Señora, cuánto dolor! Se hizo un ovillo y se desvaneció.



Recuperó la conciencia cuando Lars la cogió en brazos. Dorit estaba hablando. Vio a Hugh un instante, pero enseguida desapareció. Tenía los muslos pegajosos y húmedos. El fresco aire de la tarde la hizo tiritar cuando Lars la llevó al exterior. El dolor recorrió su abdomen una vez más. Se retorció, echando la cabeza hacia atrás. Dorit le estaba hablando, pero no lograba entender sus palabras.

Los pasos de Lars provocaban descargas de dolor en sus piernas. Se desvaneció de nuevo.



Esta vez, cuando advirtió que estaba despierta, intentó no dejarse llevar por el pánico. Estaba acostada sobre una superficie dura. No podía abrir los ojos, pues los tenía cubiertos por algo frío y viscoso, por la mano de un muerto, el cadáver putrefacto de...

Intentó quitárselo de encima, pero sus manos estaban atrapadas en otras.

—Liath, soy Hanna. No hagas eso. Confía en mí.

¡Hanna! Podía confiar en Hanna. Apretó con fuerza sus manos. ¿Qué había ocurrido? Estaba desnuda de cintura para abajo, con las piernas levantadas, tumbada

sobre su espalda y muerta de dolor.

Otra voz interrumpió sus pensamientos.

—¿Puedes sentarte, Liath? Sería bueno que lo hicieras... si puedes.

—Te ayudaré —dijo Hanna, con aquella voz maravillosamente práctica que tenía. Voy a rodear tu cuerpo con mis brazos para ayudarte. Solo tienes que apoyarte en mí.

Aunque solo se incorporó ligeramente, sintió unas fuertes palpitaciones en la cabeza. El dolor de su abdomen iba y venía a oleadas. La mano fría y viscosa se desprendió de su rostro y descubrió que solo era un trapo frío. Con su ojo bueno vio a Ama Birta y, más al fondo, a Dorit. Ama Birta, que hasta ese momento había estado acucillada a los pies de Liath, se levantó. Tenía las manos rojas de sangre.

Liath se mareó.

—Necesito tumbarme —jadeó. Mientas se acostaba, ayudada por Hanna, perdió de nuevo el conocimiento.



Cuando recuperó la conciencia seguía acostada sobre la superficie dura. Ama Birta estaba hablando.

—La llevaremos arriba. He hecho todo lo que estaba en mi mano.

—Alguna vez le vi pegarla —dijo una nueva voz que Liath reconoció vagamente como la de Dorit—, pero con ese carácter que tiene Liath, aún siendo su esclava, nunca le culpé. Sin embargo, esto... —Hubo un largo silencio, seguido por el chasquido de varias lenguas—. Es un pecado contra Nuestra Señora. No podía dejarla allí tirada, sangrando, viendo cómo perdía al bebé.

Hanna y Birta la llevaron al piso superior mientras Liath intentaba asimilar las palabras de Dorit:

Cómo perdía al bebé.

La acostaron en la cama de Hanna y la cubrieron de musgo para que este absorbiera la sangre que aún escapaba de su cuerpo. Birta le cubrió las caderas para que pudiera descansar con cierto pudor.

—¿Es cierto? —dijo con dificultad—. ¿Estaba embarazada?

—Por supuesto, muchacha. ¿Acaso crees que puedes acostarte con un hombre durante todo el invierno sin quedarte embarazada? ¿No te habías dado cuenta de que se te había interrumpido el periodo?

Liath guardó silencio y sintió que la cálida mano de Hanna acariciaba su cabello. ¡Resultaba tan reconfortante! ¡Qué buena era Hanna!

—Estoy tan cansada... —susurró.

—Duerme, pequeña —dijo Ama Birta—. Hanna se quedará contigo un rato.

—¿Por qué no se me ocurrió pensarlo? —Susurró Liath—. ¡Un hijo de Hugh!

¡No lo habría soportado!

—Silencio, Liath —dijo Hanna—. Creo que deberías dormir. Por Nuestro Señor y Nuestra Señora, menuda paliza te ha dado. Tienes todo el cuerpo magullado. Debíó volverse loco.

—No seré su esclava —murmuró Liath.



Cuando despertó de nuevo, mucho más tarde, sintió una agradable lasitud. La pequeña habitación del ático estaba a oscuras, pero por las persianas se filtraba un poco de luz. La vieja manta que cubría su cuerpo era áspera pero caliente. Estaba exhausta pero sola. Hugh no estaba allí.

Y eso era bueno.

Oyó el sonido de pisadas en las escaleras posteriores, acompañado por unas voces airadas.

—¡No os permitiré despertarla, frater!

—Dejadme pasar, Ama Birta, y por esta vez ignoraré vuestra impertinencia.

—Frater Hugh, puede que no deba hablaros así, pero si no me obedecéis, os aseguro que enviaré a mi marido junto a la obispa de Freelas para que, Dios mediante, le informe sobre este incidente.

—Ama Birta, estoy seguro de que la obispa tiene preocupaciones más importantes. No me castigará por tener una concubina.

—Estoy segura de ello —replicó Ama Birta con sorprendente brusquedad—, pero no creo que vea con buenos ojos que hayáis golpeado a vuestra concubina tan brutalmente como para hacerle perder al niño que había sido concebido por vuestra unión ilegal.

—No era ningún niño. Ni siquiera era un embrión.

—Pero lo habría sido si esa hubiera sido la voluntad de Nuestra Señora y vos no le hubieseis propinado semejante paliza.

—Os recuerdo que es mi esclava y que puedo hacer lo que me plazca con ella. Creo que olvidáis... o quizá ignoráis... que la obispa de Freelas, aún siendo una mujer noble de carácter afable, no tiene parientes poderosos. Yo sí que los tengo, así que apartaos.

—Pero Liath sigue siendo una hija de Nuestra Señora y Nuestro Señor, frater Hugh. Es su Voluntad, y no la vuestra, la que decide si un niño se pierde antes de nacer. Las mujeres somos las vasijas que Nuestra Señora ha elegido y, mediante Su Voluntad, nos ha sido concedido el don de dar a luz, un don que va acompañado de dolor, ¿pues cómo si no íbamos a conocer la verdad de la oscuridad del mundo y la promesa de la Cámara de Luz? He ayudado a muchas mujeres de estas tierras a traer

a sus hijos al mundo. He visto cómo muchas de ellas perdían a sus bebés por la enfermedad, el hambre o la casualidad que Ella hubiera designado. También las he visto morir durante el parto, junto a sus bebés. Sin embargo, jamás había visto que una mujer perdiera a su hijo al ser víctima de una paliza tan brutal. Os aseguro que eso es lo que testificaré delante de la obispa si tengo que hacerlo.

Hubo un largo silencio. Liath calculó con la mirada la distancia que separaba su cama de las persianas, pero sabía que no tenía fuerzas para llegar hasta allí, abrirlas y arrojarlas al vacío para poder escapar de Hugh. Además, no deseaba morir. La luz que entraba en la habitación empezaba a disipar las sombras y oía cacarear al gallo en el patio. Debía de ser muy temprano. El silencio hizo que se le erizara la piel. Temblorosa, esperó a que se abriera la puerta.

Cuando Hugh habló, lo hizo con voz tensa, intentando controlar su furia. ¡Ay, Señora! Liath le conocía tan bien que podía ver la expresión de su rostro en el ojo de su mente.

—Me la devolveréis cuando pueda volver a caminar. Partiremos hacia Firseburg en diez días.

—Solo la enviaré con vos cuando esté recuperada.

Hugh estaba furioso. Podía oírlo en su voz.

—¿Cómo os atrevéis a contradecirme?

—Puede que Liath muera pronto, frater. Aunque no sea pariente mía, siento un gran cariño por ella. Además, es una mujer y, como yo misma y todas las mujeres, se encuentra bajo el cuidado especial de Nuestra Señora. ¿Pues no está escrito en los Versos Sagrados que «las mujeres cuidarán Mi Hogar, donde arde el fuego de la sabiduría»? Podéis amenazarme si así lo deseáis. No me cabe duda de que podéis arruinarme la vida, pues todos sabemos que vuestra madre pertenece a la nobleza. Sin embargo, os aseguro que no permitiré que Liath abandone esta casa hasta que tenga la certeza de que puede recorrer sin problemas tan duro camino.

—Muy bien —espetó—. ¡Tenéis un gran coraje, Ama Birta! —Soltó una carcajada—. Pero quiero verla hoy, antes de regresar a casa.

Liath cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que Ama Birta se lo impidiera.

—Estáis en vuestro derecho —respondió ella, a regañadientes.

La puerta se abrió.

—A solas —dijo Hugh.

Liath mantuvo los ojos cerrados.

—Esperaré fuera —replicó Birta—. Junto a la puerta.

Hugh cerró la puerta a sus espaldas y echó el cerrojo. Liath oyó el movimiento de sus botas deslizándose por el suelo de tablones, su respiración, el crujido de una tabla suelta bajo su peso, la puerta cerrándose, el chasquido del cerrojo que les aprisionaba en el interior de la habitación. No abrió los ojos. Hugh no dijo nada. Irradiaba tanta vida que sabía con exactitud a qué distancia se encontraba, sabía que el menor movimiento haría que su sotana acariciara la manta que cubría su cuerpo, sabía lo

cerca que tenía las manos de su rostro.

Pero también sabía que Hugh no se marcharía mientras mantuviera los ojos cerrados. Papá solía decir que debías enfrentarte a aquello que temías pues, de otro modo, te convertías en su víctima. Por supuesto, papá solía decirlo con una sonrisa burlona en los labios pues, desde que mamá murió, se había pasado la vida huyendo.

Sujetó con más fuerza la manta, respiró hondo y miró a Hugh. Él la observaba con una expresión curiosa, intensa. Estaba tan cansada que ni siquiera era capaz de sentir miedo.

—¿Por qué no me mataste? —susurró.

Hugh soltó una risita.

—Eres un tesoro demasiado precioso. No puedo deshacerme de ti tan a la ligera. —Su expresión cambió con la misma rapidez con la que una tormenta se aproxima desde el mar—. Pero no debes hacerme enfadar, Liath. Nunca más. Nunca más.

La joven desvió la mirada hacia los toscos tablones de la pared. Algunos trozos sueltos de paja asomaban desde el otro lado.

Hugh se sentó junto a ella.

—He pensado que necesitarás una sirvienta durante el viaje... y estoy seguro de que te sentirás más cómoda en Firseburg si tienes allí a alguien a quien conozcas. He oído decir que la hija de Ama Birta va a casarse con un propietario de la región y que ella se muestra reacia a contraer matrimonio. Creo que estaría bien que nos acompañara. Podría hacerte compañía y encargarse de las tareas. Además, si demuestra ser lo bastante lista, podría convertirse en la castellana de nuestra propiedad. Sería una gran oportunidad para alguien de su posición social. Si estás de acuerdo, hablaré ahora mismo con Ama Birta.

Nuestra propiedad.

Por mucho que hubiera intentado resistirse, por mucho que le hubiera hecho enfadar, por mucha frialdad que le hubiera mostrado, por mucho que hubiera cerrado su corazón y por mucho que hubiera ocultado el libro y los conocimientos que encerraba, sabía que la terca insistencia de Hugh acabaría desgastándola. Estaba completamente decidido a poseerla. Además, si pudiera escapar, ¿adónde iría? A la muerte, sin duda alguna, o a una vida de degradación, hambre y suciedad. ¡Ojalá pudiera escapar! Pero sabía que por grande que fuera la ventaja que le sacara, Hugh siempre lograría encontrarla. Siempre sabía dónde estaba y qué hacía. Era tan paciente que, mientras lucra su dueño, no podría hacer nada por escapar.

—El conde Harl ha permitido que Hanna acompañe a Ivar a Quedlinhame —replicó Liath. Tenía la voz un poco ronca, pero no sabía por qué. Apenas era consciente de estar hablando.

—¿Hanna? ¿Así es como se llama esa muchacha? Bueno, yo pronto seré abad, Liath, y en unos años alcanzaré el rango de presbítero y me ganaré la confianza de la mismísima skopos. Puedo ofrecerle un futuro mucho mejor que un monje común y corriente. Si quieres que nos acompañe, no creo que tenga ninguna dificultad en

arreglarlo todo con sus padres. ¿Quieres que venga?

¿Por qué no ceder a lo inevitable? Ojalá se hubiera ocupado mejor de los bienes de papá. Ojalá hubiera insistido en que debían vivir con más humildad. Ojalá no le hubiera implorado en primavera que se quedaran solo un verano más en Descanso del Corazón.

¿Le hacía algún bien librar esta incesante batalla, cuando era obvio que jamás la ganaría? No podía continuar así eternamente. Si Hanna estaba con ella, seguramente las cosas no irían tan mal. Podría estudiar y aprender secretos de las estrellas... y quizá muchos más. Puede que incluso descubriera el misterio de la rosa chamuscada en la madera. Sí, ese sería su consuelo.

—Sí —respondió—. Me gustaría que Hanna nos acompañara.

—¿Dónde está el libro, Liath? —su expresión no se alteró.

—El libro...

—El libro —repitió—. Sí, el libro, Liath. Dime dónde está y permitiré que esa muchacha nos acompañe.

Liath cerró los ojos. Hugh deslizó suavemente los dedos por su clavícula, dibujando su collar de esclava, que no era de hierro ni de madera ni de ningún material que pudiera tocarse, pero que la ataba irremediabilmente a él.

Hugh había ganado. Él lo sabía... y también ella.

No abrió los ojos.

—Bajo las tablillas del abrevadero de los cerdos, en los establos de la posada.

Él se inclinó y la besó suavemente en la frente.

—Realizaré los arreglos necesarios para que la muchacha nos acompañe. Partiremos en diez días.

Oyó cómo se descorría el cerrojo. Las voces de Hugh y Ama Birta se alejaron escaleras abajo y se detuvieron en el salón. Diez días.

Se cubrió el rostro con las manos y permaneció acostada en la cama, desesperada.

Las horas pasaban muy lentamente, un largo día seguido de otro. Tardó mucho más en recuperar las fuerzas de lo que Ama Birta había pensado. Al principio dormía durante la mayor parte del día, un sueño doloroso e intermitente, empeorado por el incómodo terliz de paja de la cama de Hanna. El simple hecho de levantarse para orinar en el cubo que había junto a la puerta la dejaba exhausta.

Diez días después pudo empezar a descender las escaleras una vez al día. Se encontrabarecostada en un banco del piso inferior, esperando a que Ama Birta le trajera la comida del mediodía, cuando Hanna entró corriendo.

Tenía el rostro sonrojado por el sol, pero sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas, se secaba la nariz con el dorso de la mano y se sorbía los mocos como si estuviera resfriada. Se dejó caer en el banco, junto a Liath. Estaba desolada.

—Ivar ha partido esta mañana. Fui corriendo a su casa cuando me enteré, pero ya se había marchado. Ni siquiera me ha dejado un mensaje.

Una amarga vergüenza se abrió paso hasta el corazón de Liath.

—Es culpa mía. Lo siento. Él te necesitaba. No debería haber implorado que te quedaras conmigo. Ivar no deseaba ingresar en la iglesia, sino cabalgar con los Dragones... y habría podido hacerlo si no hubiera sido por mi culpa.

—¡Ay, Madre de Vida, líbranos de esto! —exclamó Hanna, dejando escapar un suspiro impaciente—. Tú eres tan culpable como él. Por supuesto que estará bien. El conde Harl ha ordenado que le acompañen dos sirvientes a Quedlinhame, de modo que verá rostros familiares. Si es cierto que el rey Henry se detiene allí cada primavera, podrá ver a su hermana Rosvita, que es clérigo en la schola del rey. Entre su posición y el regalo que el conde Harl está haciendo al monasterio, estoy segura de que recibirá un trato inmejorable... posiblemente mejor que el que le dispensa su padre, pues su hermana pequeña es la niña de los ojos del conde. Además, con la ayuda de su hermana Rosvita, puede que el rey Henry se fije en él, ¿no crees?

Liath olvidó sus propias miserias al darse cuenta de que bajo aquellas prácticas palabras sobre la situación de Ivar se ocultaba una gran preocupación.

—Sí —respondió, pues tenía la impresión de que eso era lo que Hanna deseaba oír—. Por supuesto que sí. Ellos le educarán. —Hizo una pausa y cogió una mano entre las suyas—. Hanna... —miró a su alrededor, aguzando el oído; no había nadie cerca—. Sé que sabes llevar las cuentas, pero te enseñaré a leer y a escribir. Tendrás

que aprender si quieres convertirte en castellana.

Hanna también miró a su alrededor y después, a la puerta que conducía al patio y a la cocina. Como estaba entreabierta, oyeron que Ama Birta le pedía a Karl que llevara huevos a la cabaña del viejo Johan para intercambiarlos por hierbas.

—Pero yo no puedo recibir educación eclesiástica. Si supiera leer o escribir, la gente me llamaría bruja o hechicera.

—No más que a mí. —Soltó la mano de Hanna y empezó a retorcerse las suyas. Estaba muy nerviosa—. Escucha Hanna, será mejor que lo sepas ahora, antes de que estemos en Firseburg. Papá...

—Liath, todo el mundo sabe que tu padre era un hechicero, además de un monje que colgó los hábitos. Un error, una hija, no basta para que un hombre sea expulsado del monasterio, de modo que debió de hacer algo grave: desobediencia, desafío o algo más... como estudiar las artes prohibidas. La diaconisa Fortensia nos ha contado tantas historias, como dedos tengo en las manos y los pies, sobre monjes y monjas que han leído libros prohibidos en el scriptorium y han acabado enamorándose de las artes oscuras. Pero tu padre nunca hizo nada malo, no como la vieja Martha, que intentó lanzar hechizos a las personas que la ofendieron después de yacer con el frater Robert y convertirse en una mujer soberbia. Martha desistió en su empeño en cuanto le quedó claro que ninguna de las personas de esta aldea estaba dispuesta a tolerar algo así. Tu padre era un hombre generoso y, como dice la diaconisa: ¿qué daño hace la magia si se utiliza para hacer cosas buenas?

—Pero papá no era un hechicero. Tenía los conocimientos, pero nada de lo que hizo...

Hanna la miró con extrañeza.

—¡Por supuesto que lo era! Por eso nos alegraba tanto que hubiera echado raíces en este lugar y se quedara año tras año, a pesar de que todos pensábamos que se iba a marchar. ¿No lo sabías? La gente no visita a un hechicero si sus hechizos son inútiles. ¿Qué me dices de la vaca del viejo Johan que no pudo parir a su ternero hasta que tu padre urdió un hechizo que abrió su canal de nacimiento? ¿Y qué me dices de aquella primavera que la nieve no se derretía hasta que invocó la lluvia? Podría contarte veinte historias más. ¿De verdad que no lo sabías?

Liath se quedó sentada en silencio, aturdida. Lo único que recordaba eran las brillantes mariposas, aleteando con rapidez y desvaneciéndose en el cálido aire estival como fantasmas que eran, como el fantasma que era la magia de papá, que se había esfumado en el mismo instante en que murió mamá.

—Pero... ¿pero realmente hizo algo? Sabes que una tormenta puede llegar por sí sola, que el tiempo puede cambiar aunque no haya tempestari que invoquen tormentas.

Hanna se encogió de hombros.

—¿Quién sabe si fue la oración, la magia o simplemente la buena suerte? ¿Pero qué me dices de aquel lobo que logró esquivarnos a todos hasta que tu padre lo atrapó

en una jaula de caña? No me cabe duda de que aquello fue magia, pues cualquier lobo podría haber escapado de una jaula tan delicada.

Liath lo recordaba. Papá había escuchado, aterrado, los rumores de que un lobo acechaba en las colinas sin matar a las ovejas. Había conseguido atraparlo, aunque había dejado que fueran otros quienes lo mataran y había llorado durante los días siguientes. Después de aquello, Liath había necesitado tres días de lloros y súplicas y discusiones para convencerle de que se quedaran en Descanso del Corazón.

Hanna seguía hablando.

—Puede que no fuera un verdadero hechicero, como los demonios que erigieron el viejo imperio Dariyano y construyeron el muro que se alza al sur de la aldea, que se extendía de un mar al otro pero se ha derrumbado ahora que no hay más hechiceros de ese linaje que lo mantengan en pie.

—No creo que papá fuera un verdadero hechicero —replicó Liath, más hablando para sí misma que para Hanna—. Puede que fingiera serlo, que lo intentara y que incluso lo consiguiera en un par de ocasiones, pero la hechicera era mi madre. Ella sí que fue una verdadera hechicera. Son pocas las cosas que recuerdo, pero esta es una de ellas. Fue asesinada por este motivo. Yo solo tenía ocho años, pero sé que poseía verdaderos poderes y que hacía... —se detuvo y miró de nuevo a su alrededor, aunque nada había cambiado. Su voz se convirtió en un susurro—... antigua magia Dariyana.

Hanna reflexionó sobre esta revelación.

—El libro...

—Ha desaparecido —respondió Hanna—. Hugh vino y se lo llevó. No pude detenerlo...

—Por supuesto que no pudiste —Liath estaba demasiado conmovida para llorar—. Es un libro de magia. Contiene los conocimientos que papá fue recolectando con el paso de los años... —Y que había escrito con su puño y letra. ¡Señora, cómo se odiaba a sí misma! Al revelar el escondite del libro había traicionado a papá—. No tienes que venir conmigo. Antes de que Ivar se marchara, debería haberte contado lo de papá y el libro. Ahora que sabes la verdad, supongo que no querrás estar conmigo. Podrías haberte marchado con Ivar...

—¿Crees que me has hecho cambiarle opinión? Si es cierto que el frater Hugh va a convertirse en abad, supongo que sabrá lo que hace al llevarte consigo como concubina.

Este terreno le resultaba mucho más sencillo.

—Me contó que hay personas en la iglesia que estudian la magia. Papá solía decir que *lady* Sabella daba cobijo a los herejes y a los hechiceros para que le ayudaran en su lucha contra el rey Henry.

—Bueno —dijo Hanna, reflexionando—, considero que es mejor morir quemada en la hoguera que casarse con el joven Johan. ¡Por Nuestra Señora del Cielo! Necesitas que alguien te proteja de Hugh. Aún estás pálida, pero al menos tienes buen

apetito. Mamá siempre dice que si tienes hambre, no estás lo bastante enfermo para morir.

Liath soltó una carcajada.

A sus espaldas, la puerta que conducía a la entrada principal se abrió. Hanna se puso en pie y levantó la barbilla, desafiante. Liath se puso rígida. ¿Por qué venía cada vez que empezaba a sentirse libre de aquel peso interminable que había impuesto sobre ella? ¿Sería esta su magia: averiguar y saber, cazar y devorar? Deseaba esconderse bajo la mesa, pero se obligó a sí misma a permanecer inmóvil. Estaba a sus espaldas, pero podía sentir su calor y su presencia física. Cuando le tocó el brazo, se encogió acobardada.

No intentó rebelarse cuando la ayudó a ponerse en pie. Hugh llevaba bajo el brazo El Libro de los Secretos, como si temiera separarse de él.

—Tienes buen aspecto —dijo con brusquedad—. Nos vamos. —Miró a Hanna con desinterés—. Muchacha, recoge lo que quieras llevarte y dile a Ama Birta que mis planes han cambiado. Nos marchamos ahora mismo. El carromato está cargado y nos aguarda en la iglesia. Vamos.

Hanna le miró boquiabierta, pero enseguida corrió hacia la puerta que conducía a la parte posterior.

—Nos vamos —repitió Hugh.

Había en su voz una desconcertante urgencia que Liath no lograba entender. Era evidente que no serviría de nada resistirse. Ya lo había perdido todo. Hugh la condujo a la puerta y, de ahí, al exterior. Hanna apareció corriendo desde el otro lado de la posada.

—Recogeré mis cosas —gritó, jadeante—. Enseguida voy. ¡No partáis sin mí!

Hugh hizo un gesto impaciente y siguió caminando. Liath estaba tan cansada que ni siquiera pudo implorarle que no dejara a Hanna atrás.

Hizo lo imposible por seguirle, pero aún no había recorrido una cuarta parte del camino que los separaba de la iglesia cuando cayó al suelo, arrastrando a Hugh consigo.

—Necesito descansar.

—Estás gris —dijo él, pero no con piedad, sino como una simple observación—. Te llevaré en brazos.

—Solo necesito descansar un poco. —¡Por la Sangre de la Señora! No quería que nadie le viera en sus brazos como si fuera una desvergonzada prostituta.

—No hay tiempo. —Dejó el libro en sus manos y, pasándole un brazo por la espalda y otro bajo las piernas, la levantó. Siguió caminando con rapidez, cargando con ella. Alguna necesidad le impulsaba a avanzar. Liath abrazó el libro contra su pecho; estaba tan débil que temía que se le cayera de las manos.

Al llegar a la iglesia vio que el carromato esperaba en el exterior, cargado hasta los topes y cubierto por una alfombra de lana enfurtida. Tres hombres a los que Liath reconoció vagamente como soldados del conde Harl holgazaneaban junto a la puerta

del edificio, armados y equipados para el largo trayecto. Dorit se retorció las manos nerviosa cerca de Lars, que sujetaba las riendas de los caballos que tirarían del carromato.

Hugh dejó a Liath sin contemplaciones en la parte posterior del carromato, sobre la cama de plumas. En ese momento, un cuarto soldado salió de los establos, tirando de la yegua picaza y del capón bayo. Solo el capón estaba ensillado. Hugh tomó las riendas del animal y montó.

—¿Dónde está esa muchacha? —preguntó—. ¡No podemos esperar! Dorit, si no la vemos junto a la posada y aparece por aquí, decídele que nos siga por el camino del sur. Si se apresura, podrá alcanzarnos antes de que caiga la noche.

—Pero no podemos dejarla —gritó Liath, saliendo de su estupor—. ¡Me lo prometiste!

—No podemos esperar.

—¡Allí está! —anunció Dorit.

Hanna corría por el camino, con una bolsa de cuero colgada al hombro.

Hugh espoleó a su caballo y Lars se apartó de un salto cuando uno de los soldados subió de un salto al carromato, que se tambaleó mientras sus ruedas empezaban a girar. El soldado que sujetaba las riendas de la yegua y sus dos compañeros echaron a andar en silencio tras el carromato, lanzando miradas furtivas a Liath y al viejo libro de cuero que sostenía en sus brazos. Hanna se detuvo al llegar al carromato.

—Tú caminarás —ordenó Hugh desde el frente. Entonces, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió—: pero puedes dejar la bolsa dentro, con las demás.

Hanna la lanzó al interior del carromato y echó a andar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó en voz baja—. Parece nervioso.

—No lo sé, pero me ha dado el libro, Hanna.

Hanna guardó silencio y solo entonces Liath fue consciente de la amarga verdad. Hugh le permitía tener el libro porque sabía que podía arrebatárselo cuando quisiera. La iglesia fue menguando de tamaño a sus espaldas. Dorit y Lars estaban de pie junto a sus grandes puertas, viendo cómo se alejaba la comitiva hacia el sur. Todos avanzaron en silencio hasta que la aldea y la posada aparecieron ante sus ojos. Entonces, Hugh blasfemó.

Liath se incorporó y miró a su alrededor.

Cuatro jinetes (un espectáculo inusual en cualquier día del año) esperaban delante de la posada. Reconoció al mariscal Liudolf. Los otros tres llevaban las capas ribeteadas en escarlata y los emblemas de bronce que los marcaban como jinetes al servicio del rey. ¡Eran las Águilas del rey! Dos eran jóvenes, un hombre y una mujer, y el tercero era un hombre de cabellos canos y rostro curtido que le resultaba familiar, aunque no sabía por qué.

—Es el viajero que pasó por aquí el pasado otoño —dijo Hanna en un susurro—. El que preguntó por ti, Liath.

—Continuad —ordenó Hugh con brusquedad.

—¡Frater Hugh! —el mariscal Liudolf levantó una mano—. Concedednos unos instantes.

Por la postura de su espalda, Liath supo que Hugh deseaba ignorar la orden del mariscal y proseguir con su camino, pero tiró de las riendas de su caballo para que se detuviera. Al instante, las ruedas del carromato dejaron de girar. Ama Birta salió de la posada y se detuvo cerca de la puerta, atenta, silenciosa.

—Como podéis ver, mariscal —dijo Hugh—, acabamos de ponernos en marcha. Nos espera un largo viaje hacia el sur que nos llevará diez o veinte días, dependiendo de las lluvias, y la luz de sol no ilumina demasiado en esta época del año.

—No os entretendré demasiado, frater. Estas Águilas del rey se presentaron ayer ante mí en busca de jóvenes sanos que puedan servir como mensajeros reales. —El mariscal se interrumpió y dedicó una mirada inquisitiva, casi obediente, al jinete de mayor edad.

—Soy Wolfhere —dijo este. Sus ojos se hundían bajo unas cejas plateadas y su cabello era prácticamente plateado, aunque aún quedaban algunos mechones de su antiguo marrón—. Debéis comprender que, con los ataques de los Eika y los rumores de los problemas que está ocasionando *lady* Sabella en Varre, necesitamos jóvenes que puedan trabajar con las Águilas como mensajeros.

Hugh sujetaba con fuerza las riendas de su montura.

—Lo comprendo perfectamente. Creo que el conde Harl tiene dos hijos jóvenes a los que podréis persuadir.

—No estamos buscando hijos de la nobleza —dijo Wolfhere con suavidad—. Pero estoy seguro de que eso ya lo sabéis, frater Hugh, pues fuisteis educado en la escuela del rey. De hecho, he oído decir que fuisteis uno de sus mejores estudiantes.

—Aprendí todo lo que tenían que enseñarme... pero vos, por supuesto, no tuvisteis la oportunidad de disfrutar de tal educación. No recuerdo los nombres de vuestros padres ni los de sus familias.

Wolfhere se limitó a sonreír.

—Ninguna de las Águilas procede de la schola del rey, pero tampoco buscamos niños criados en el campo que no estén preparados para asumir esta responsabilidad. Tengo entendido que recientemente habéis comprado a una joven que podría interesarnos —dijo esto sin mirar a Liath, aunque seguramente sabía que era ella la muchacha de la que hablaba.

—Pagué la deuda de su padre. No estoy interesado en venderla. —El tono de Hugh era frío y monótono.

—Pero mi querido frater —dijo Wolfhere, esbozando una sonrisa idéntica a la mueca que haría un lobo—, llevo el sello del rey. El mariscal Liudolf me ha dicho que pagasteis dos nomias por ella. Aquí tengo el oro. Quiero a la muchacha. Podéis protestar, pero tendréis que hacerlo delante del rey Henry. Hasta el momento en que el rey pronuncie su veredicto, estoy en mi derecho de exigir su presencia en el

servicio real.

Se hizo un silencio tan intenso que Liath pudo oír la suave brisa que soplaba entre los árboles y la coz de un viejo caballo de labranza en los establos de la posada. La luz del sol pintaba el camino del color amarillo de la arcilla. El caballo del mariscal movió una oreja y en algún lugar, a sus espaldas, Karl cantaba desafinadamente mientras realizaba sus tareas.

Hugh permaneció sentado sobre su caballo bayo, rígido por la cólera. Wolfhere no había mirado aún a Liath, pero las otras dos Águilas sí que lo habían hecho. Sentadas sobre sus caballos parecían muy altas, sobre todo la mujer, que tenía el rostro y la nariz afilados (una nariz de halcón, como decían en este lugar) y una mirada brillante y franca. La miraba con un interés salpicado de escepticismo. Su capa ondeaba sobre el lomo del caballo, mostrando el forro de cuero. Cuando las Águilas volvieron a mirar a Wolfhere, sus insignias centellearon a la luz del sol.

Hugh habló por fin.

—Creo que se necesita el consentimiento de la joven.

Wolfhere inclinó la cabeza.

—Cierto.

Hugh desmontó y, tras tender las riendas de su caballo a uno de los soldados, avanzó hacia el carromato. Liath deseaba desaparecer, pero no había ningún lugar a donde escapar. Hanna vaciló, pero finalmente se apartó para dejar sitio al frater, que se inclinó sobre Liath y apartó una de sus manos del libro, al que seguía abrazada con fuerza.

—Mírame. —Liath obedeció. Hugh levantó su barbilla con la otra mano para que le mirara a los ojos. ¿Cómo era posible que no recordara que eran de un azul tan complejo que no estaba compuesto por un solo tono, sino por la combinación de cientos de ellos?

»¿Qué dices Liath? —preguntó en voz baja, presionándola con su férrea voluntad, con el frío de los gélidos meses invernales. Sus ojos, del pálido azul del hielo astillado por la fría luz del sol, eran deslumbrantes... pero tan desapacibles como los vientos del invierno que se abren paso por campos de hielo y nieve.

Liath intentó apartar la mirada, pero no pudo. Hugh nunca renunciaría a ella. Jamás. ¿Para qué molestarse en intentarlo? Rápidamente encontró la ciudad que descansaba en su memoria. Allí, en la sala del tesoro, había encerrado su corazón y su alma.

No. El fuego centelleaba, los estandartes se alzaban en las siete murallas que bordeaban la ciudad. No. Pero no tenía voz. Hugh le había arrebatado la voz.

Allí, como una baliza, oyó el tintineo de un arnés cuando uno de los caballos de las Águilas se movió, esperando. Esperando a que hablara.

—No —graznó, cuando por fin consiguió que aquella palabra saliera por su boca.

—Ya veis —dijo Hugh, sin apartar sus duros ojos de ella—. No desea acompañaros.

Se hizo el silencio.

El terror se adueñó de Liath. Aquellos hombres darían media vuelta y se marcharían, dejándola para siempre bajo el control de Hugh.

—No —dijo. Lo repitió con más fuerza—. ¡No! —Intentó deshacerse de su control moviendo la cabeza, pero no podía—. No. No deseo estar con vos. ¡Dejadme marchar!

Su voz sonaba tan débil.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Wolfhere.

Un caballo se movió; sus cascos resonaron contra el suelo, pero Liath no sabía si se había acercado o se había alejado de ella. ¡Por favor, Señor, que no se hubiera alejado!

—Dice que no desea quedarse con vos, que desea que la dejéis marchar —dijo Hugh, con voz firme y triunfal.

—¡No es cierto! —replicó Hanna. Su voz resonó con claridad por el patio—. Liath no desea quedarse con él. El frater Hugh está tergiversando sus palabras.

—Frater —dijo Wolfhere con una voz falsamente gentil—. Os sugiero que os apartéis de la muchacha para que podamos oírla.

Hugh no la dejó escapar de inmediato, sino que fue relajando su control lentamente hasta que, con el rostro pálido de cólera, la dejó marchar y se alejó un par de pasos del carromato.

Sin previo aviso, Hanna arrebató el libro que sostenía Liath en sus brazos.

—¡Dame eso! —espetó Hugh, intentando alcanzarla.

Hanna retrocedió de un salto y corrió a ponerse a salvo entre las dos Águilas más jóvenes.

—Ha estado enferma —gritó, dirigiéndose a Wolfhere—. Aún no está lo bastante recuperada para viajar. Tengo que ayudarla a bajar del carromato.

Titubeó, pues no sabía qué hacer con el libro.

Pero la esperanza ardía como el fuego dentro de su ser, un fuego que estaba medio apagado y había cobrado vida de nuevo, eliminando su desesperación. Con gran esfuerzo, Liath se puso de rodillas y, deslizándose hacia un lado del carromato, se sujetó con fuerza al borde y se balanceó. Estuvo a punto de caer, pero su absoluta obstinación le permitió recuperar el equilibrio. No miró a Hugh, pues sabía lo peligroso que sería hacer algo así. Respiró hondo, intentando aplacar el fuego que ardía en su ser. El calor la abrasaba, pero fue remitiendo lentamente. Por fin miró a Hanna, en busca de fuerzas.

Hanna le dedicó una mirada clara y pura, y sonrió a la vez que asentía. En sus brazos, como si fuera un bebé precioso, sostenía el libro. Liath cogió aire y alzó la mirada hacia Wolfhere. El anciano había detenido su caballo a unos pasos de ella, de modo que pudo ver que sus ojos eran de un extraño y penetrante color gris.

—Quiero ir con vos —Su voz fue ganando fuerza con cada palabra—. Quiero ser un Águila.

Agachó la cabeza, esperando a que Hugh la golpeara.

Pero la mujer de rostro de halcón ya había desmontado y se había situado entre ambos. Era casi tan alta como Hugh y llevaba una espada en la cadera y un cuchillo atado al cinturón.

—Que así sea —respondió Wolfhere, sacando dos monedas del bolsillo. Eran tan doradas como el sol y doblemente bienvenidas. Se las tendió al mariscal—. Quiero que seáis testigo de esta transacción, mariscal Liudolf, y que paguéis este oro al frater Hugh a cambio de esta joven.

—Soy testigo de esta transacción —dijo Liudolf—. Tomo estas nomias y las dejo en posesión del frater Hugh para compensarle por esta joven, Liath, hija de Bernard.

—No las aceptaré —replicó Hugh—. Denunciaré este robo. Negaré que haya tenido lugar ningún tipo de pago. Y ya os digo ahora, Wolfhere, que llevaré este asunto ante el rey Henry.

—Estáis en vuestro derecho —respondió Wolfhere—. De todos modos, la muchacha vendrá conmigo. Esos hombres no lucharán en esta batalla, pues no son vuestros soldados. Y si alguno de nosotros resulta herido, seréis llevado ante el rey Henry para responder por el crimen. Os aseguro que todos aquellos beneficios que hayáis podido recibir, como la abadía, serán revocados.

—¡Esto no ha terminado! —gritó Hugh. Entonces, bajando la voz, añadió—: No estás libre de mí, Liath.

Liath no se atrevió a mirarle. Mantuvo la mirada fija en la elegante y brillante insignia que adornaba el hombro derecho de la capa de la mujer: un águila remontando el vuelo, con una flecha en el pico y un pergamino en sus garras.

Estuviera libre o no de Hugh, mientras no lo mirara estaría a salvo... si es que realmente era posible estar a salvo de él.

—Mariscal —dijo Wolfhere—, os ruego que toméis este oro y que lo guardéis como testimonio. También os pido que seáis testigo de la negativa del frater Hugh a aceptarlo.

—Soy testigo —dijo el mariscal Liudolf.

—Soy testigo —dijeron las Águilas.

Nadie se movió durante un largo momento, pues nadie parecía saber cómo salir de aquel *impasse*. El silencio solo estaba perturbado por el canto de los pájaros en los árboles y el grito distante de un granjero arando la tierra y obligando a su buey a avanzar. El aroma a judías cocidas escapaba de la cocina. La madera del carromato era suave bajo la mano de Liath.

—Esto no ha terminado —repitió entonces Hugh.

Se movió y Liath retrocedió acobardada, pero el frater se estaba alejando hacia su caballo. Montó y dio la señal para partir.

La muchacha saltó del carromato justo a tiempo de rescatar la bolsa de Hanna, pero Hugh no pareció darse cuenta. Sin decir ni una palabra más, sin dedicar una sola mirada a lo que estaba dejando atrás, cabalgó hacia el sur, seguido por el carromato y

su pequeña comitiva.

Liath soltó la bolsa y se dejó caer al suelo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la mujer de nariz de halcón.

Los cuatro libros de papá se habían marchado con Hugh, pero sus textos permanecían en la ciudad de la memoria, junto con todo lo demás que papá le había enseñado. Hanna tenía el otro libro.

—No —susurró—. Solo necesito descansar un instante.

Alzó los ojos y se encontró con la mirada firme y estimativa de la mujer; entonces miró a Wolfhere y vio que la observaba con atención.

¿Por qué? No podía preguntarlo en voz alta.

—Antes de que os vayáis, mariscal Liudolf —dijo Wolfhere en el silencio—, escribiré una liberación de esclavitud, pues en las Águilas no aceptamos a nadie que no sea libre. Para ello necesitaré otro testigo.

—Yo seré vuestro testigo, señor —dijo Ama Birta, adelantándose—. Soy una mujer libre, nacida de una mujer libre.

—Ah —dijo Wolfhere—. Vos sois Ama Birta, si no recuerdo mal.

La mujer se sonrojó de vergüenza y placer.

—La misma, señor.

—Y supongo que esta muchacha es vuestra hija Hanna —añadió, desviando sus ojos hacia la joven.

—En efecto, señor.

—¿Deseáis que también ella sea enviada al servicio del rey?

Ama Birta se sonrojó tanto y pareció tan alterada que, por un instante, Liath olvidó sus miedos y esperanzas para preguntarse por los sueños secretos de aquella mujer.

—Señor, debéis saber que ese sería el mayor de los honores para nuestra familia.

Wolfhere no sonrió, sino que asintió con gravedad, entendiendo la verdad de sus palabras.

—No entretengamos al mariscal Liudolf más tiempo del necesario. Ahora escribiremos y sellaremos la liberación de esclavitud. Después tengo que ocuparme de unos asuntos en Precias. Como veo que la muchacha parece exhausta y no está en condiciones de viajar, viajaré solo hacia el norte y la dejaré aquí descansando diez días más... si vos estáis de acuerdo, Ama Birta. Manfred y Hathui también se quedarán, por si el frater decide cometer alguna estupidez. ¿Os parece bien?

Birta asintió. Era la primera vez que Liath la veía así, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Wolfhere desmontó y Manfred tomó las riendas de su caballo y el de Hathui y los llevó a los establos.

—Hanna —dijo Ama Birta, recuperándose con rapidez, como buena posadera que era—. Ayúdale con los caballos.

Hanna asintió y echó a correr tras el joven.

Liath intentó levantarse, pero no pudo. En un instante, Hathui estuvo junto a ella y le pasó un brazo alrededor de la espalda.

—Te ayudaré a entrar —le dijo.

—Acompañadla al piso superior y acostadla —ordenó Ama Birta—. Le subiré algo de cena. Necesita descansar.

—Bueno, Ama Birta —dijo Wolfhere—. Veo que puedo confiar en que le dispensareis el mejor de los cuidados. Mariscal Liudolf, ¿podemos continuar?

Liath no oyó la respuesta del mariscal, pues ya estaba en los cálidos confines de la sala común de la posada. A pesar de la ayuda de Hathui, apenas fue capaz de subir las escaleras. Cuando se desplomó sobre la cama, cerró los ojos y dejó que la embargara la extenuación y la alegría de ver sus esperanzas cumplidas.

Estaba libre de Hugh. ¡Aún tenía el libro y era un Águila! Ahora solo tenía que recuperar las fuerzas. No podía creer que todo esto estuviera ocurriendo de verdad. Se quedó dormida.

Más tarde, Ama Birta le llevó un cuenco de sopa de judías y pan negro. El hambre la despertó por completo y engulló con rapidez la comida. ¡No se había dado cuenta de que estaba famélica! Ama Birta se retiró cuando Wolphere entró en la pequeña habitación del ático. El hombre, que olía a lluvia y a lana mojada, se sentó al borde de la cama y le tendió un sencillo aro de bronce en el que estaba grabado el sello de las Águilas del rey. Liath lo cogió con cautela y, mientras lo sostenía sin saber qué debía hacer con él, oyó el golpeteo de la lluvia en el tejado. La luz borrosa que entraba en diagonal por las persianas cerradas le indicó que había dormido la mayor parte del día.

—Este anillo representa el sello de nuestro pacto —explicó Wolphere—. Ofrecerás tu nombre y tu linaje a las Águilas como pago por entrar a formar parte de su servicio.

Liath temía mirarle.

—Me llamo Liath —dijo, pero su voz sonó falsa incluso para sus oídos—. Mi padre se llamaba Bernard.

Wolphere suspiró con pesadez, quizá por la decepción o quizá por el pesar.

—Liath, tienes que confiar en mí, pues de otro modo no habrá servido de nada que te haya liberado y te haya llevado junto a las Águilas. Conocí a tu madre. Llevo ocho años buscándoos a ti y a tu padre.

Como un conejo paralizado al ver al lobo, la muchacha observó el anillo. En el exterior, la lluvia se estaba deteniendo, desvaneciéndose en un goteo intermitente.

—Si os hubiera encontrado antes —añadió Wolphere con seriedad—, es posible que tu padre aún siguiera con vida. —Levantó una mano y Liath retrocedió asustada—. ¡Ay, Señora! Ahora escúchame, jovencita. Escúchame con toda tu atención. No voy a obligarte a formar parte del servicio del rey como Águila. Independientemente de lo que decidas, serás libre y podrás seguir tu propio camino, si eso es lo que quieres.

—¿Adónde más podría ir? —preguntó Liath con amargura—. ¿De vuelta con Hugh? No quiero volver a verle jamás.

—No te obligaré —repitió él—. Pero tampoco te enviaré con las Águilas a no ser que me confíes tu nombre completo y tu linaje. ¿Qué decides? —Le quitó el anillo de las manos y lo sopesó en su palma. Era un objeto muy liviano—. Para cabalgar con

las Águilas debes confiar por completo en tus compañeros. De otro modo, no merecerá la pena. Si no eres capaz de confiarme algo tan trivial, estarás demostrando ser demasiado peligrosa, serás un eslabón demasiado débil para que podamos confiar en ti.

—Los nombres no son cosas triviales.

—Eso es cierto —inclinó la cabeza, dándole la razón—. Por eso deseo conocerlos.

—¿Por qué me habéis liberado?

—Porque conocí a Anne. —Liath se sobresaltó. Resultaba extraño y casi aterrador oír el nombre de su madre en una voz que no era la de su padre. Wolphere sonrió con ironía—. Y también te conocí a ti cuando solo eras un bebé.

—¡Yo no os recuerdo!

—Anne me pidió que te cuidara si alguna vez le ocurría algo —replicó él, con la calma que le caracterizaba.

Deseaba confiar en él, pero después de lo que le había hecho Hugh, no se atrevía a confiar en nadie. Miró a Wolphere, que la observaba con una expresión más paciente que divertida. Ya no era joven, pero seguía conservando el vigor y poseía la autoridad natural de aquellos que han vivido muchos años y han sobrevivido a las dificultades. Una vieja cicatriz trazaba una línea en su cuello, esquivando por escasos milímetros la vena de la garganta. Estaba sentado con la serenidad de un hombre acostumbrado a los consejos reales y a las habladurías de los campesinos en las posadas. ¡Sería tan sencillo ceder a su petición! Sin embargo, no era eso lo que quería de ella. Lo que le estaba pidiendo era mil veces más difícil.

Quizá, solo quizá, podría abrir a salvo la primera puerta de la ciudad de la memoria, la inferior. Quizá podría aprender a confiar en él y en las otras Águilas. Le temblaban las manos cuando cogió el anillo de su palma.

—Liathano es mi verdadero nombre —dijo, con una voz que apenas era un susurro—. Soy la hija de Anne y Bernard, pero no conozco más detalles sobre mi linaje.

Ya estaba hecho. Temblaba tanto que apenas pudo deslizar el anillo por su dedo, el sello de su pacto. Él se levantó al instante. No era un hombre especialmente alto, pero resultaba imponente.

—Bienvenida a las Águilas, Liath —dijo con voz sombría—. Este servicio te resultará duro, pero estoy seguro de que jamás lamentarás haber tomado esta decisión. Cuando regrese de Freelas cabalgaremos hacia el sur.

Dicho esto se marchó.

Cabalgaremos hacia el sur. Por la mañana, estas palabras le habían llenado de desesperación, pero ahora encerraban en su interior todo un mundo de posibilidades.

Se tumbó. Estaba exhausta, pero era incapaz de dormir. La paja se clavaba en diferentes puntos de su cuerpo cada vez que cambiaba de posición. La lluvia empezaba a caer y el aire húmedo traía consigo el aroma del moho que crecía en el

bosque. Estornudó.

Se oyó un arañazo en la puerta y Hanna asomó la cabeza. También ella llevaba un anillo, símbolo de su nueva condición.

—Pensé que querrías saberlo —susurró, sentándose en la cama junto a ella—. He vuelto a dejarlo en su escondite. Eres libre, Liath.

Libre.

Liath estaba demasiado cansada para responder, así que se limitó a apoyar la cabeza en el brazo de su amiga.

¿Dónde estaría Hugh ahora? Si la Señora era bondadosa, alejándose un poco más con cada paso. ¿Wolfhere sería mejor que él o también intentaría encerrarla en su propia jaula? ¿Cómo había conocido a su madre? ¿Sabía que Anne fue una hechicera? ¿Por qué la había buscado durante tantos años y cómo la había encontrado? ¿Por qué papá nunca le habló de él y tampoco ella le recordaba, a pesar de que en su memoria guardaba tenues recuerdos de su bonita cabaña y su brillante jardín?

¿Cómo era aquello que solía decir papá? Liath, es inútil lamentarse de que te vas a mojar si ya has cerrado la puerta a tus espaldas un día de lluvia.

La lluvia y el calor de Hanna la arrullaron. Liath se quedó dormida.

CAPÍTULO 7



LA PARTIDA

Alain nunca encontró el cadáver de Lackling a pesar de que, durante los días siguientes, cuando tenía la oportunidad y lo consideraba seguro, subía la colina y deambulaba entre las ruinas en busca de cualquier señal de tierra removida.

Pero tampoco había esperado encontrar nada. La mañana siguiente a aquella terrible noche había dejado atrás la caravana de ganado de *lady* Sabella y se había escondido en un lugar desde el que podía ver la jaula tapada. Su misterioso oído agudizado, al que aún no se había acostumbrado, le había permitido oír a los vigilantes hablando entre sí.

—No queda demasiada carne en la carcasa, pero la bestia quedará satisfecha de momento. Demos gracias a Nuestra Señora.

Solo dejó de mirar cuando la comitiva de *lady* Sabella terminó de empaquetar sus cosas y se puso marcha, una gran procesión que serpenteaba hacia el sur por el camino que conducía a las tierras controladas por el duque de Varingia. Aquella noche, Lavastine convocó a todo su pueblo en el pabellón. La castellana Dhuoda y los clérigos esperaban a sus espaldas, pero Alain tenía la impresión de que estaban tan desconcertados como el resto de los presentes. Lavastine, pálido y apático, permaneció inmóvil largo rato, mirando al aire como si viera algo que los demás no podían ver. Era tan extraño en una persona firme e impaciente como él, que Alain sintió una amarga sensación en las entrañas, una sensación de pavor. Los perros gemían, agazapados a los pies de su amo. Rabia y Pesar estaban sentados junto a Alain, jadeando y mirando a su alrededor. Desde la noche del sacrificio se habían mostrado excesivamente sumisos.

Eso tampoco había pasado inadvertido. Ahora, la mayoría de las personas que vivían en la Fortaleza Lavas trataban a Alain con tensa deferencia salpicada de aversión, como un hombre que teme escupir a un mendigo leproso por miedo a que este resulte ser un santo disfrazado.

—Nos vamos —dijo de repente Lavastine—. Nos equiparemos con armas y provisiones y partiremos el Día de Santa Isidora. Celebraremos la Festividad de San Sormas en el salón de *lady* Aldegund y mi primo lord Geoffrey, que deberán tomar una decisión: unirse a lo rebelión de Sabella o perder sus tierras.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez, entre susurros.

—¡Faltan menos de veinte días! —exclamó Cook, indignada—. ¿Cómo vamos a

equipar a todo el mundo y hacer la siembra de primavera? No hay tiempo suficiente para hacer bien ninguna de las dos cosas.

Los demás estuvieron de acuerdo con ella, pero Lavastine permaneció inmóvil, observándoles, hasta que por fin guardaron silencio. Tomó de nuevo la palabra.

—Después —continuó con el mismo tono monótono, como si no hubiera oído ninguna objeción—, proseguiremos nuestro viaje y nos reuniremos con *lady* Sabella y su ejército. Lucharemos contra Henry, el rey ilegítimo de Wendar y Varre. —Levantó una mano, con autoridad—. Estas son mis palabras. Que nadie las cuestione.

Alain estaba tan desconcertado que no pudo más que permanecer sentado. Cook tenía razón. Siempre la tenía. Sería un error ponerse en marcha antes de que terminara la siembra de primavera. Entonces, una extraña cólera empezó a adueñarse de él. Deslizó una mano por la abertura del cuello de su túnica exterior y recorrió con los dedos la correa de cuero hasta que tocó la rosa. ¿Qué estaba más caliente, sus pétalos o las yemas de sus dedos?

Lavastine estaba conduciendo a su pueblo a la guerra.

Había algo muy extraño en todo esto.

En cuanto le fue posible, se disculpó y abandonó el salón. Al llegar a la capilla, ordenó a Rabia y Pesar que se sentaran y esperó a la luz de las siete velas que iluminaban el Hogar. Como había imaginado, Agius no tardó en aparecer. El hombre se arrodilló con torpeza, pues el mordisco que le había propinado Pesar le dificultaba los movimientos.

—Frater —dijo Alain en voz baja—. ¿Creéis que es magia?

Agius hizo un gesto impaciente y se arrodilló en el suelo de piedra, pero no apoyó la cabeza en sus manos. Por una vez, estaba preocupado por los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor.

—Quizá el conde considera que es la decisión más sabia que puede tomar.

—¿Pero vos qué pensáis? —insistió Alain—. Mientras estuvo aquí *lady* Sabella, jamás le mostró su favor, siempre evitó todas sus preguntas y nunca quiso comprometerse. No podemos arar solo la mitad de los campos primaverales y dejar toda la cosecha del trigo sembrado en otoño a... —se interrumpió. Había estado a punto de decir: «A Lackling y a aquellas personas que no sean aptas para la guerra», pero estas palabras se sofocaron en su garganta.

Agius le miró, sorprendido por su vehemencia. A la luz de las velas parecía mucho más joven de lo normal: las llamas suavizaban sus duros rasgos y las líneas que surcaban su rostro se mezclaban con las sombras suavizando su perfil. Alain se dio cuenta de que eran las arrugas de un hombre que nunca estaba en paz consigo mismo. Agius debía de tener la misma edad que Stancy, la hija mayor de tía Bel, que ya había celebrado veinticinco Penitires.

—Mató a Lackling —consiguió decir por fin—. ¡Lo mató aún siendo una santa obispa! —Alain era incapaz de imaginar qué habría dicho el Hermano Gilles, un hombre bondadoso y gentil, de haber sido testigo de una traición semejante—. Y

ahora Lavastine anuncia que iremos a la guerra, a pesar de todo el trabajo que queda por hacer en los campos. ¡E incluso habla de enfrentarse a su amado primo! ¡Esto no es normal!

Agius suspiró.

—Ven aquí, Alain. Arrodíllate junto a mí. Aún tienes muchas cosas que aprender sobre los caminos del mundo. Puede que algún día consigas dar la espalda a sus intrigas, como he hecho yo. Lo que hizo la obispa... —Esbozó una mueca cuando apoyó todo su peso sobre la pierna herida. Alain se acercó a él, vacilante, y se arrodilló—. Ten por seguro que informaré de ello, si puedo, pero es muy posible que nadie me crea, pues es una santa obispa ordenada por la mismísima skopos. Aunque mi palabra es valiosa, solo nosotros dos presenciemos aquella abominación. Sin embargo, si Lavastine te reconociera como hijo bastardo, tu palabra tendría mucho más peso, Alain.

Alain recordó el pálido rostro y la voz monótona de Lavastine proclamando su lealtad hacia Sabella y no estuvo seguro de querer ser pariente suyo... sobre todo, si eso iba a atraer una mayor atención sobre su persona.

—De todos modos, Alain, existen muchas razones por las que los señores y las damas nobles cambian sus lealtades. Muchas razones... y pocas de ellas buenas. Los grandes príncipes suelen pasar la vida entera dejándose seducir por el mundo y sus placeres, sin volver sus corazones y sus ojos hacia el Hogar de Nuestra Señora. Por eso, es imposible saber si ha sido la magia la causante de la decisión del conde.

—¡Yo sí que lo sé! —estalló Alain—. ¡Lo sé con certeza!

Agius levantó una ceja. Parecía escéptico.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Eres un adepto? ¿Acaso has recibido adiestramiento en las artes prohibidas?

Alain reprimió el impulso de enseñarle la rosa y permitirle oler su fragancia. No era la estación de las rosas, pero el conde tenía un pequeño jardín protegido de los vientos y abierto al sol que con frecuencia calentaban con braseros. En él, las rosas florecían durante el año entero. Cabía la posibilidad de que Agius no se creyera la historia de la visita de la Dama de las Batallas y le acusara de haber robado aquella rosa.

O, peor aún, ¿y si le creía? ¿Y si Agius decidía que el destino de Alain era algo que él podía y debía controlar?

—No —respondió por fin con humildad, inclinando la cabeza—. No sé nada de hechicería, excepto las historias que conocen todos los niños y los relatos que cuenta nuestra diaconisa.

Agius movió la mano con impaciencia, deseoso de cambiar de tema.

—Tienes que esperar y ver qué ocurre, Alain. De todos modos, tales asuntos ya no me conciernen, pues me quedaré en la Fortaleza Lavas para seguir predicando.

—¿No vendréis con nosotros? —Se sintió culpable al recordar el mordisco de Pesar. Si hubiera controlado mejor a los perros, Agius no habría resultado herido.

Pero el frater no mencionó para nada la herida.

—Soy sacerdote y he jurado servir a Nuestra Señora. Aunque me haya detenido en esta Fortaleza durante un tiempo, no estoy al servicio del conde. Tú sí que lo estás... o, al menos, deberías.

Pesar, que aguardaba paciente junto a la puerta, gimió y Alain recordó que tenía trabajo que hacer. Maese Rodlin debía de estar esperándole. Se levantó.

—Hermano Agius, ¿qué haréis si el conde Lavastine os ordena seguirle?

Agius sonrió débilmente.

—Lavastine no puede darme órdenes, Alain. Y tampoco lo intentará.



Partieron el Día de Santa Isidora, poco después del amanecer, veinte soldados de caballería y ochenta de infantería, acompañando una caravana formada por veinte carromatos. El frater Agius no les acompañó, ni tampoco la castellana Dhuoda, que se quedó atrás para cuidar las propiedades del conde.

Alain no sabía si lo que sentía se debía a la enfermedad o a su intensa emoción. ¡Iba a dejar atrás todo lo que conocía! Aunque no había estado en la aldea de Osna desde hacía un año, siempre había sentido su proximidad, pues se encontraba a cuatro días de trayecto y en unas tierras que le resultaban familiares. Pero ahora, esas tierras familiares estaban desapareciendo a sus espaldas, desvaneciéndose en el oeste. Cruzaron el Vennu y avanzaron hacia el este por campos desconocidos y extrañas colinas.

Durante el primer día de viaje sintió con intensidad una combinación de miedo y emoción, pero al tercer día, la lluvia intermitente y el pesado ritmo de la marcha humedecieron su espíritu y le dejaron con una tos persistente y una nariz que no paraba de gotear. Tenía las botas rebozadas de barro y, al caer la noche, las manos y los pies congelados.

Solo se sentía cómodo durante el día, cuando el sol brillaba en lo alto. Dormía con los perros debajo de un carromato, junto a la tienda que montaban a diario para el conde; así al menos pasaba la noche seco. Muchos soldados no eran tan afortunados y protestaban sin cesar.

Durante el cuarto día de marcha, mientras llevaba a los perros a un riachuelo para que bebieran, alguien le lanzó una piedra desde los arbustos que crecían con profusión a lo largo de la ribera. La piedra le golpeó con fuerza y le dejó un cardenal en la espalda. Gritó de dolor y se oyeron unas risitas disimuladas en la espesura. Los perros corrieron hacia los arbustos ladrando y gruñendo; cuando Alain logró detenerlos, sus torturadores ya habían escapado, chillando y dispersándose por el bosque. No pudo ver sus rostros; solo sus espaldas. Eran tres.

Después de aquello le dejaron en paz, aunque de vez en cuando aparecía una rata muerta en su sopa. Agius no estaba allí, así que no tenía a nadie con quien hablar. Maese Rodlin le trataba educadamente pero con frialdad y los demás le evitaban o eran demasiado importantes para fijarse en él. El conde Lavastine no hablaba con nadie, excepto para dar breves órdenes. Alain era el responsable del cuidado de los perros y, aunque estos eran buenos compañeros (y cada vez le obedecían más), cuando llegaron a la propiedad en la que lord Geoffrey y *lady* Aldegund habían levantado su hogar, el joven se sentía inmensamente desdichado.

Lord Geoffrey se sorprendió al ver a su primo, pero salió de su fortaleza acompañado por los clérigos, la castellana de su esposa y varios familiares para darle la bienvenida y acompañarle en el último tramo del trayecto. Se aproximaron a pie, como era la costumbre. Lavastine no desmontó para abrazar a su primo.

Lord Geoffrey parecía desconcertado.

—Te pido disculpas —dijo, esforzándose en encontrar las palabras mientras observaba alarmado a Lavastine—. Mi querida Aldegund está en la cama con fiebre, pero como todos los niños han tenido la aflicción y se han recuperado, no tememos por su vida. Hay un... sanador a su lado. —Titubeó antes de pronunciar esa palabra, como si hubiera estado a punto de decir otra y hubiera cambiado de opinión en el último segundo—. El bebé que nació en la Fortaleza Lavas está sano. Ya tiene casi seis meses y ha celebrado su primer Penitire. La uncieron con agua bendita y le dieron el nombre de Lavrentia, como te prometimos. ¿Qué te trae a esta fortaleza, primo? ¿Has venido a celebrar la Festividad de San Sormas con nosotros? ¿Por qué te acompaña semejante comitiva?

Era imposible ignorar a los hombres que acompañaban al conde. A simple vista, ni siquiera el enorme séquito de *lady* Sabella parecía tan preparado para la batalla y tan dispuesto a luchar.

—He venido para que me des tu palabra, tu persona y tus soldados para uniros a la causa de *lady* Sabella.

Lord Geoffrey se sobresaltó. Para Alain, esta era la confirmación de que Lavastine había sido hechizado. Sin duda alguna, Geoffrey sabía mejor que nadie qué pensaba su primo respecto a este asunto.

—¿Para unirnos a *lady* Sabella? —balbució.

—Eso es lo que he dicho —espetó Lavastine.

—Pero eso sería traicionar al rey Henry.

—La traición sería no ayudar a *lady* Sabella en su causa. Ella es la hija mayor, la heredera legítima. Su madre fue reina de Varre por derecho propio.

—Pero el derecho de fertilidad... —protestó Geoffrey.

—Sabella tiene una hija nacida de sus entrañas. ¿Con qué derecho reclama Henry el trono? ¿Acaso por el que le fue concedido por un hijo bastardo nacido de una criatura que ni siquiera puede decirse que fuera una verdadera mujer? ¿Cómo sabemos que aquella criatura no mintió cuando prestó juramento ante las obispas

congregadas? ¿Cómo podemos saber con certeza que fue Henry quien engendró al niño en su vientre? ¿Cómo podemos confiar en la línea de sangre masculina? Solo la femenina nos permite conocer con certeza al progenitor.

A Geoffrey pareció asombrarle aquel argumento.

—P-pero, primo. Tu propia línea, tu propio padre... Durante tres generaciones, Lavas ha transmitido su legado a través de la línea paterna.

—¿Estás conmigo? —preguntó Lavastine, sin emoción alguna—. ¿O estás en mi contra?

Levantó una mano, llamando a sus tropas al orden. Incluso su capitán vaciló, de lo mucho que le sorprendió aquel gesto.

—N-n-necesito tiempo para pensarlo.

—¡No lo hay! ¡Debes escoger ya!

Lavastine espolé a su caballo a la vez que sacaba la espada. Alegría y Temor saltaron junto a él. Geoffrey se quedó paralizado al ver que su primo avanzaba hacia él con la espada en alto. Afortunadamente, sus clérigos y sirvientes no tardaron tanto en reaccionar. Muchos de ellos corrieron a colocarse delante de su amo para protegerle, de modo que cuando Lavastine bajó la espada, fue un hombre vestido con polainas y una túnica de lana quien recibió el golpe que iba dirigido a su señor. Geoffrey gritó asustado.

Un clérigo vestido con el humilde hábito de frater dio media vuelta y corrió hacia las puertas. Quizá corría para ponerse a salvo o, quizá, para alertar a los del interior.

Alain nunca lo supo, pues un arquero disparó y la flecha se hundió en la espalda del frater, que cayó sobre sus rodillas y, por un instante, quedó atrapado en posición de plegaria, antes de desplomarse sobre un charco. El barro salpicó su túnica y el agua se volvió de un turbio tono rojizo.

Lavastine dejó atrás a Geoffrey y al grupo de hombres que se había congregado a su alrededor, dejándolos a merced de sus soldados, y pasó junto al agonizante clérigo. El capitán espolé a su caballo a la vez que llamaba a sus hombres para que siguieran a Lavastine. Delante, alguien intentaba cerrar la puerta de la empalizada.

—¡Vamos! —gritó el sargento Fell, avanzando a toda velocidad a lo largo de la línea de soldados de infantería—. ¡Poneos en formación y avanzad al trote!

Lo que ocurrió a continuación sucedió tan deprisa que Alain, por muchas vueltas que le dio después, fue incapaz de entenderlo. Echó a correr junto a los soldados, sin poder evitarlo. Los perros ladraban y pellizcaban el aire, percibiendo el olor de la batalla. Logró contener a algunos, pero tres escaparon y corrieron junto a Lavastine.

Alrededor de lord Geoffrey había estallado una batalla. Aunque sus siervos sabían que no lograrían salir victoriosos, golpeaban a diestro y siniestro con manos, palos y lanzas ceremoniales, incluso con el asta sobre el que ondeaba el estandarte de la familia de *lady* Aldegund, un ciervo blanco que corría contra un fondo del color azul marino del cielo del atardecer.

Lavastine, respaldado por su caballería, llegó a las puertas de la fortaleza. La

resistencia que encontraron allí fue superficial, pues, ¿cómo iban a imaginar los soldados de lord Geoffrey que el primo de su señor pretendía atacarles? Sin embargo, un hombre había conservado la razón y había permanecido en la torre de vigilancia con una ballesta en la mano.

Quizá pretendía disparar a Lavastine pero le tembló la mano, o quizá pretendía que ocurriera exactamente lo que ocurrió. Alain se dio cuenta porque, cuando el proyectil se hundió en Alegría y atravesó su corazón, los demás perros enloquecieron.

Nadie, ni siquiera él, fue capaz de controlarlos.

Lavastine había desaparecido en el interior de la fortaleza. Alain echó a correr detrás de los perros y no tuvo ningún problema en abrirse paso entre el sargento Fell y los demás soldados, que se habían dispersado en cuanto los perros se habían abalanzado sobre lord Geoffrey y sus hombres, sus objetivos más cercanos.

Alain los golpeó con la lanza pero, en su locura, los perros también le mordieron a él. Fue incapaz de salvarlos a todos pero, a patadas, logró rescatar a un pobre frater y apartó a puñetazos a los perros que rodeaban a lord Geoffrey antes de que estos le gruñeran y escaparan a todo correr hacia la fortaleza. Tenían los ojos enloquecidos, inyectados de rojo por la locura de la batalla. La sangre y la saliva se deslizaban por sus hocicos.

Lo que dejaron detrás era terrible de contemplar: un hombre con una mano arrancada de un mordisco y otros con cortes tan profundos que podía verse el hueso. Un pobre muchacho, el portador del estandarte, tenía la garganta abierta en canal. Lord Geoffrey había recibido varios mordiscos, pero aún se mantenía en pie, tambaleante. ¿Sería por la conmoción de las heridas o por la sorpresa del ataque de su primo?

Ser atacado por un miembro de tu propia familia era la peor de las traiciones.

¿Sería este el tipo de guerra que la Dama de las Batallas pretendía que librara?

No podía ser. Lavastine siempre había avanzado por la mitad del camino. ¿Acaso no entendía que una guerra entre Sabella y Henry era la cosa más horrible que podía suceder?

Entonces Alain supo que, independientemente de lo que Agius dijera, Lavastine ya no pensaba ni actuaba por voluntad propia. Incluso al frater Agius le habría desconcertado este ataque, pues todo el mundo sabía que lord Geoffrey siempre había contado con el favor de Lavastine. La sangre y la vida de Lackling habían sido robadas para conceder a la obispa Antonia el poder necesario para robar el corazón y la voluntad del conde.

—Me quedaré con él —murmuró Alain, avergonzado por su propia arrogancia—. Alguien tiene que protegerlo.

Aunque ese alguien fuera un muchacho normal y corriente que no era nadie ni tenía nada... excepto una rosa que nunca se marchitaba. El sargento Fell envió a la mitad de sus hombres a la fortaleza, a pesar de que la breve agitación de gritos y chillidos que surgía del interior de la empalizada ya se había detenido. Junto con los

hombres que quedaban, empezó a poner orden en el campo de batalla y pareció sumamente incómodo cuando dejó a lord Geoffrey bajo custodia. Un frater conocido por tener conocimientos curativos corrió al carronato de Lavastine para atender a los heridos.

—¡Eh, tú! ¡Muchacho! —gritó el sargento Fell al ver a Alain—. Vamos, deprisa. Debes ir en busca de los perros y atarlos. Piensa en los niños que viven ahí.

Al instante, muchos soldados dibujaron el círculo en sus pechos. ¿Acaso alguno de ellos había olvidado que esos mismos perros habían asesinado a la mujer y al hijo de Lavastine? Alain jamás había oído la historia completa, pues ninguna persona de la Fortaleza Lavas podía hablar de lo ocurrido.

—¡Vamos! —ordenó Fell.

—¡Mi esposa! —jadeó lord Geoffrey—. ¡El bebé!

Si Alain hubiera esperado un instante más, habría sido demasiado tarde. No tuvo ningún problema en seguir el rastro de la manada, pues contó dos hombres muertos y once heridos a medida que avanzaba por el gran patio. Los Siervos estaban junto al pozo, protegidos por cinco de los soldados de Lavastine.

El caballo de Lavastine aguardaba en el exterior del gran pabellón de madera que era la residencia de los señores de la fortaleza. La mitad de los soldados de caballería habían desmontado y entrado en el pabellón, siguiendo a su conde, y diversos mozos de cuadra sujetaban aterrados las riendas. Alain corrió al interior.

Los perros se apiñaban en los escalones que conducían a la espaciosa buhardilla que descansaba sobre el pabellón, donde se refugiaban *lady* Aldegund, las mujeres de su familia, los niños y sus criados. La locura de la batalla se reflejaba aún en sus ojos. Alain corrió lo más deprisa que pudo y, cogiendo al último perro de la manada por su delgada cola, tiró de él hacia atrás. El animal se giró e intentó morderle.

—¡Pesar! ¡Siéntate!

Milagrosamente, el animal le obedeció. Rabia, que estaba en lo alto de los escalones, también se sentó al oír su voz, pero los demás corrieron escaleras arriba como el agua que asciende por una colina y que solo un verdadero hechicero puede detener, pues únicamente la magia permite que ocurran actos tan antinaturales como ese.

Alain subió los escalones de dos en dos y se abrió paso a empujones entre los perros. Estos le mordieron, pero sus víctimas les interesaban bastante más que un joven delgado. Lavastine avanzaba delante, con la espada en alto. No parecía ser consciente de la presencia de los perros ni de la amenaza que suponían... no para él, por supuesto, sino para las mujeres, los niños y el puñado de hombres que, paso a paso, retrocedían hacia la pared opuesta de la sala.

Solo dos tuvieron el coraje de adelantarse. Alain reconoció a la joven *lady* Aldegund al instante. No era mucho mayor que él, pero ya era toda una mujer. Pálida y temblorosa, cogió una vara y avanzó hacia Lavastine.

—¿Qué está ocurriendo, primo? —gritó—. ¿Por qué vienes con una actitud tan

belicosa a una casa que siempre te ha dado la bienvenida con amistad y amor?

Sostenía al bebé de seis meses en sus brazos, la niña que el propio Lavastine había designado heredera. Junto a ella había una llorosa mujer que parecía querer proteger con su cuerpo a *lady* Aldegund, salvarla de la espada de Lavastine y de los sangrientos colmillos de los perros.

Alain intentaba sujetarlos por la cola o por los costados, pero las bestias lograban escabullirse y se abalanzaban contra *lady* Aldegund. Deseaban matarla... y si nadie hacía nada por evitarlo, también harían pedazos al bebé.

Empezó a golpear a diestro y siniestro con la punta de la lanza, sin pensar en las consecuencias.

—¡Sentaos! ¡Malditas bestias, vais a obedecerme! ¡Sentaos! —En el mismo instante en que Terror logró llegar junto a *lady* Aldegund, Alain lo golpeó con tanta fuerza en la cabeza que el animal se quedó aturdido. Entonces, todos le obedecieron, pero siguieron gruñendo amenazadores a las personas que se apiñaban contra la pared.

Lavastine no envainó su espada.

—Juraréis lealtad a la causa de *lady* Sabella o tendréis que marchaos —dijo.

Aldegund jadeó. Parecía estar a punto de desmayarse, pero cuando su leal pariente la cogió del codo recuperó la compostura.

—Eso es imposible —dijo con orgullo—. La lealtad de mi familia se remonta a la época del primer rey Henry, cuando la reina Conradina ignoró a su hermano Eberhard y nombró heredero a Henry, que en aquel entonces era duque de Saonia. Aunque haya contraído matrimonio con un miembro de la familia de Varre, no traicionaré la fe que mi familia ha guardado en su corazón durante tantas generaciones.

Alain era incapaz de imaginar lo mucho que le habría costado decir eso. Ignoraba cómo reaccionaría Lavastine. Seguramente, tampoco ella lo sabía, pero llevaba un bebé en sus brazos y tenía dos hijastros a los que proteger. Además, Aldegund tampoco sabía qué le había ocurrido a su marido.

Lavastine permaneció inmóvil tras el valiente alegato de la mujer.

—Me darás a los niños como garantía de tu buena conducta —dijo con aquella voz monótona—. Después abandonarás este lugar con tu séquito y regresarás a las tierras de tu madre.

—¡Estas son las tierras de mi madre! —protestó Aldegund—. ¡Me fueron entregadas en mi matrimonio! ¡No puedes arrebátarmelas!

—¿Acaso podrás impedírmelo? Estas tierras ahora sirven a la causa de *lady* Sabella. Serán controladas por una castellana hasta que decidas tomar la decisión más sabia y des tu apoyo a Sabella, o hasta que Sabella designe a una nueva dama para que las administre.

Hizo una señal y sus hombres (a regañadientes pero sin ningún deseo de contravenir sus órdenes), se adelantaron y rodearon a los niños.

Alain había atado a todos los perros a una larga correa. Estos gruñían y se

mordían entre sí, pero ya no ofrecían resistencia. Rabia y Pesar siempre le obedecían, de modo que los había dejado sueltos. Estaban sentados junto a las escaleras como centinelas, observando.

Aldegund abrazó al bebé contra su pecho.

—¡No voy a renunciar a mi hija! —exclamó—. Todavía la estoy amamantando. Es una ofensa contra Nuestra Señora arrebatarse un hijo a su madre.

—Dejadle el bebé, conde Lavastine —murmuró Alain.

No sabía si el conde le había oído o no.

Lavastine pestañeó y sus ojos vacilaron. Se golpeó el rostro, como si intentara espantar una mosca.

—Solo los niños mayores —dijo con voz insegura, desconcertado.

La boca de Aldegund tembló, pero la mujer no dejó que las lágrimas escaparan por sus ojos. Mientras se llevaban a los dos niños que lord Geoffrey había tenido con su primera mujer, Lavastine envainó la espada y miró a Alain con una expresión confusa. Entonces sacudió la cabeza y se enderezó, perdiendo toda expresión. Hizo restallar sus dedos y los perros se apiñaron a su alrededor para lamerle los dedos y acariciarle las botas. El conde cogió la correa, dio media vuelta y, sin decir ni una palabra más, abandonó la sala.



Celebraron la festividad de San Sormas en la fortaleza, pero fue una fiesta sombría. Solo Lavastine y sus soldados participaron en el banquete, servido de mala gana pero sin protestar por los siervos de Geoffrey y Aldegund. Geoffrey estaba encerrado en la celda de la torre y Aldegund y su séquito, en la sala que descansaba sobre el pabellón.

A la mañana siguiente, Lavastine permitió que las mujeres partieran, con comida suficiente para el viaje que duraría cinco días, hacia las tierras orientales de Wendar, donde vivía *lady* Alberga, la madre de Aldegund. Era una triste comitiva: Aldegund, el bebé y las dos mujeres de su familia, además de la nodriza y dos sirvientas. Con semejante séquito, ¿cómo iba a saber alguien que aquella mujer era una gran dama? No le permitieron llevarse su caballo y tuvo que viajar a lomos de un burro.

Geoffrey no estaba en condiciones de viajar. Las heridas que le habían infligido los perros eran graves, pero no mortales, así que le dejaron al cuidado del frater, con la orden de que abandonara la propiedad en cuanto fuera capaz de viajar.

Lavastine designó un castellano de entre sus propios siervos, un hombre nacido de padres libres que había entrado a formar parte del servicio del conde con la esperanza de ganar algo más que la parte de la granja de sus padres que correspondía al hijo menor. Si Sabella tenía éxito en su rebelión, era muy posible que este hombre se convirtiera en el administrador de una buena propiedad. En caso contrario...

Los carromatos abandonaron matraqueando la fortaleza, cargados de verduras, legumbres y grano molido, además de escudos, puntas de lanza y robustas astas de madera, espadas, cascos viejos, cuero y telas nuevas para fabricar túnicas y tabardos. También habían incautado cinco cofrecitos llenos de plata y oro que constituían la riqueza móvil de Geoffrey, atesorada en su matrimonio como regalo de bodas y como dote por parte de la familia de Aldegund. Mientras los carromatos se alejaban, Alain fue consciente de que Sabella había incrementado en gran medida sus posibilidades de arrebatar el trono a Henry.

Avanzaron hacia el sur por las tierras fronterizas que antaño separaban Wendar de Varre y que seguían teniendo tantos pretendientes. En dos fortalezas encontraron un apoyo entusiasta y Lavastine reunió veinticuatro soldados más que marcharon bajo el mando de sus propios capitanes.

Durante los diez días siguientes tomaron tres fortalezas controladas por nobles señores que profesaban lealtad al rey Henry, aunque ninguno de ellos ofreció resistencia al ver el cortejo de Lavastine y oír su alegato. Todos conservaron la vida, pero perdieron más de la mitad de sus bienes. La caravana de provisiones de Lavastine cada vez era más larga y los cinco cofres de plata, oro y piedras preciosas se convirtieron en nueve.

En cuanto llegaron a las tierras que eran leales al duque de Varingia, se dirigieron hacia el oeste para regresar a Varre y buscar al ejército de Sabella.

—Los seguidores de Sabella fueron separados de sus tierras y sus riquezas tras su fallida revuelta, ocho años atrás —dijo Maese Rodlin una noche, después de dar de comer a los caballos. Era obvio que estaba muy preocupado, pues raramente hablaba con Alain y no confiaba en él.

Alain había dado de comer y beber a los perros y los había atado bajo un carromato para que pasaran la noche. Cinco de los ocho que quedaban estaban allí tumbados: Temor, Dicha, Ferviente, Leal y Buena Salud. Todos tenían los ojos abiertos y miraban a Alain y el restallante fuego sin parpadear. El viejo Terror dormía en la tienda de Lavastine desde que Alegría había muerto y Alain dejaba sueltos a Rabia y Pesar porque siempre obedecían sus ordenes y no atacaban a nadie.

Alain deseaba decirle: «¿Y es justo que los defensores de Henry sean privados de las tierras y riquezas que han poseído sus familias durante generaciones?»; sin embargo, guardó silencio. No se atrevía a hablar. Maese Rodlin pensaría que simpatizaba con el rey Henry.

Y no era cierto. De Henry no sabía más que su nombre, pero tampoco simpatizaba con Sabella. ¿Cómo podría, después de haber sido testigo de lo que había hecho la obispa Antonia contando con su complicidad?

Tenía mucho tiempo para pensar, y eso era lo que hacía. En su corazón, lo principal era Dios, Nuestra Señora y Nuestro Señor. Después iba su familia, su padre Henri, su tía Bel y sus primos. Su familia estaba muy lejos, pero solo en la distancia.

En la aldea de Osna solían decir que el conde Lavastine era un hombre piadoso

que cobraba impuestos justos a cambio de la protección que ofrecía al pequeño puerto. Como allí vivían tantos mercaderes, Osna era un objetivo muy atractivo para saqueadores de todas partes, que llegaban tanto por mar como por tierra.

Pero los condes de Lavas habían protegido la aldea durante años, desde que se estableció el emporio en tiempos del emperador Taillefer. Ningún propietario absoluto de la aldea de Osna (excepto aquellos que no habían sabido administrar bien sus fortunas), se había visto obligado a perder su libertad por no poder pagar una renta o unas tasas exorbitantes. Cosas así ocurrían con frecuencia en Salia, pues sus nobles eran muy avariciosos. En la aldea de Osna, nadie había tenido que vender jamás a ninguno de sus hijos a la esclavitud para poder pagar sus deudas o impuestos; sin embargo, cada verano llegaban a Osna esclavos salianos, hijos nacidos de padres libres o que antaño habían sido libres, que habían sido vendidos a las familias de las tierras cercanas o que habían zarpado hacia puertos orientales.

A pesar de la confusión que había en su mente, tenía una cosa clara: se quedaría junto a Lavastine tanto como pudiera y tanto como se lo permitieran. ¿Sería esa la tarea que le había encomendado Nuestra Señora? ¿Habría sido Su Mano la que le había permitido congeniar con los perros de Lavastine para poder estar cerca del conde?

Sí, seguro que sí. Agius pensaba que era el hijo bastardo de Lavastine pero, si eso fuera cierto, ¿por qué le había enviado junto a un hombre libre, pudiendo haberle dejado en un monasterio?

Puede que la obispa Antonia pensara que había sido concebido por una mujer humana y la sombra de un príncipe élfico en la víspera del solsticio de verano, ¿pero cómo era posible que una criatura muerta, mágica o no, pudiera dejar embarazada a una mujer viva?

¡Y el príncipe Eika había malinterpretado sus palabras y creía que era el hijo del rey Henry!

¡Sabía qué diría tía Bel sobre tales fantasías! «Todo lo que hacen el Señor y la Señora tiene una razón de ser». Era una mujer práctica. Para ella, al igual que para la diaconisa de la aldea de Osna y los demás propietarios absolutos, Dios obraba de formas prácticas y recompensaba a aquellos que tenían fe, trabajan duro y eran pragmáticos. Por supuesto, tía Bel sabía que el mundo era obra de Dios, que los ángeles podían iluminar los hogares humildes y que los santos viajaban a tierras foráneas para salvar a los desamparados. Ella no dudaría de la rosa de Alain ni de lo que había visto en el antiguo fuerte dariyano.

Sin embargo, esperaría que esas experiencias le hicieran humilde y no orgulloso.

«No te habrían ocurrido tales cosas si no te aguardara una tarea», le diría.

Alain era la única persona que sabía y creía que Lavastine no cabalgaba hacia la guerra porque apoyara a Sabella, sino porque era víctima de un hechizo.

No sabía qué podía hacer por él, más que protegerlo. Por lo tanto, esa debía ser la tarea que le había sido encomendada.

Wolphere regresó de Freelas catorce días después, trayendo consigo amargas noticias.

Los invasores Eika habían devastado el monasterio de Cabeza de Oveja y a continuación habían navegado hacia el este para reunirse con su ejército. Según decían los rumores, este pequeño ejército había sitiado la gran ciudad portuaria de Gent, vía de acceso a las ricas tierras centrales de Wendar y lugar de nacimiento del tatarabuelo del rey Henry, duque y posteriormente rey, el primero que reinó con este nombre. En la catedral de Gent, el primer hijo de Henry, conocido como Arnulf el Viejo, había celebrado el matrimonio de su hermana de siete años, Adelheid, con Louis, el joven rey de Varre, que tan solo tenía cinco años de edad. Por supuesto, Arnulf el Viejo había sido su regente. También había prometido en matrimonio a Berengaria, la hermana pequeña de Louis, con su heredero, Arnulf el Joven, que más adelante se convertiría en el padre de Henry. El hecho de que el rey Louis de Varre hubiera muerto joven y sin dejar un heredero había sido obra de la Gracia del Señor y la Señora, que deseaban conceder fortuna al hogar de Arnulf; y el hecho de que Berengaria hubiera muerto durante el parto unos años después solo había ayudado a zanjar el tema. Para los reyes de Wendar, Gent simbolizaba el fin de la casa noble de Varre y su derecho a gobernar.

—Debemos cabalgar hacia el este —dijo Wolphere—, hacia Gent, para conocer por nosotros mismos la verdad de dichos rumores. En estos momentos, el rey Henry no osará cabalgar hacia el norte a no ser que sea absolutamente necesario. Corren demasiados rumores sobre las actividades de su hermana *lady* Sabella. Algunos incluso dicen que está hablando de una verdadera rebelión. Es tan triste que suceda justo ahora, cuando necesitamos a todos los soldados aquí en el norte.

Estaba sentado en la sala común de la posada, con los codos apoyados sobre la mesa y una jarra de cerveza en la mano izquierda. Hablaba sobre todo a Manfred y Hathui, aunque de vez en cuando deslizaba sus ojos hacia Liath y Hanna, que estaban sentadas en silencio pero muy atentas a un lado de la mesa. Al atardecer, muchos aldeanos se habían acercado a la posada para tomar un trago, pero Hanna sabía que en su mayoría estaban allí para ver a las Águilas y enterarse de qué ocurría en el gran mundo que se extendía más allá. Esta era la costumbre que habían seguido los lugareños durante los últimos diez días, y ocho días atrás, cuando Hathui había roto la nariz a un joven granjero muy pesado y muy borracho, había dejado de ser una

cuestión de simple curiosidad y se había convertido en un objeto de gran interés.

Hanna admiraba a Hathui, una mujer fuerte y corpulenta que, según ella misma les había explicado, se había criado entre caballos en las lejanas tierras fronterizas de Eastfall, tras las cuales se extendía el agreste territorio de los bárbaros qumanos o, como ella los llamaba, los jinetes alados. Vivían en la oscuridad, lejos de la Luz del Círculo de Unidad. El hermano de Hathui había viajado como misionero a esas tierras oscuras y no había regresado jamás.

—Por eso consagré mi vida Santa Perpetua, la Dama de las Batallas —había dicho Hathui—, y juré luchar por ella.

Hasta el día que tomó el anillo que la convertía en un Águila al servicio del rey, Hanna no había sido consciente de lo mucho que deseaba ver el mundo que se extendía más allá de Descanso del Corazón antes de asentarse y, como su madre, convertirse en la castellana de su propia posada. Nunca se había permitido desearlo, pues sabía que estaba fuera de su alcance. ¿De qué sirve desear algo que nunca vas a tener? La idea de tener su propia posada le atraía pues, como rezaba el refrán: «El posadero ve el mundo a través de los huéspedes que cruzan las puertas de su hogar».

Sin embargo, podría haber ido con Ivar a Quedlinhame, donde habría visto la corte del rey, o podría haber acompañado a Liath a Firseburg. No, era mejor no pensar en Firseburg, pues eso le hacía pensar en Hugh.

—Y respecto a vosotras dos, jovencitas —añadió Wolfhere, obligando a Hanna a centrar de nuevo su atención en el asunto que estaban tratando—, tendréis que aprender las costumbres de las Águilas mientras cabalgamos. Habría deseado... —se interrumpió para beber un largo sorbo de cerveza y, suspirando, dejó la jarra sobre la mesa con tanta fuerza que la espuma se derramó por los lados—. Habría deseado que todo esto ocurriera más adelante. ¿Has recuperado las fuerzas, Liath? Si no, podemos dejarte aquí y...

—¡No! ¡Ya estoy recuperada!

Hanna apoyó una mano en su brazo para calmarla. Sabía que Liath era más fuerte que ella, pero vivía sumida en un miedo constante. A pesar de lo que le había hecho a su amiga, todavía había noches en las que Hanna soñaba con Hugh... la mayoría, la verdad sea dicha. Pero no había ningún otro hombre como él o, al menos, no lo había visto. Sabía que debía dejar que su recuerdo se desvaneciera, que no debía soñar algo que nunca podría conseguir y que, sin duda alguna, sería mejor que nunca consiguiera. Seguro que durante el camino vería cosas que le ayudarían a borrar a Hugh de su mente.

—He conseguido caballos para vosotras en Freelas —Wolfhere guiñó un ojo a Manfred y Hathui—. ¿Creéis que serán capaces de cabalgar como es debido?

—¿Qué? —preguntó Hathui con una enorme sonrisa—. ¿Te refieres a los caballos? No sé, pues no los he visto.

Wolfhere desnudó sus dientes en una enorme sonrisa.

—Son dos caballos briosos y llenos de vitalidad. No debéis intentar complacerme

en este asunto, hijos míos. El viaje a Gent será duro y no sé qué encontraremos allí ni si nos veremos obligados a partir de inmediato. Dicen que un rey dirige al ejército de los Eika, un hechicero al que nadie puede matar. Si estas dos jóvenes retrasan nuestros pasos, no nos quedará más remedio que dejarlas en Freelas o en nuestra base de Steleshame.

Hanna no era de casa noble, de modo que nadie le había enseñado a montar desde pequeña. Los caballos estaban presentes en su vida solo porque sus padres eran posaderos. Liath contemplaba el fuego, distraída.

—Hanna es práctica montando, pero solo eso —respondió Manfred con su brusquedad habitual—, pero creo que su voluntad es lo bastante fuerte y confío en que podrá seguirnos, por muchos obstáculos que encontremos en el camino.

Wolfhere levantó una ceja.

—Manfred, una alabanza que salga por tu boca es una alabanza ganada con sudor. ¿Y Liath?

Liath se enderezó al oír su nombre.

—Liath —respondió Hathui—, sabe cabalgar perfectamente, aunque afirma no haber montado a caballo desde hace más de tres años. Aún está algo débil, pero creo que recuperará sus fuerzas durante el viaje. Si no lo ha hecho cuando lleguemos a Steleshame, podemos dejarla allí.

—Entonces está decidido —anunció Wolfhere, y Hanna dejó de contener el aliento—. Hijas mías, venid a ver vuestros caballos. Son los mejores que he podido encontrar en un plazo tan breve. Partiremos en cuanto los hayáis ensillado.

¡Partir! Hanna sintió que sus pies se enraizaban en el suelo y se deslizaban entre la madera para evitar que abandonara su amado hogar. ¡Pero partir era una palabra tan maravillosa!

—¿Tan pronto? —consiguió preguntar, sin que su voz se quebrara—. Pensaba que hasta mañana...

Wolfhere la miró con reprobación y Hanna descubrió que era un hombre amable hasta que hacías algo que se oponía a sus deseos.

—Somos Águilas, Hanna. No puede haber demoras en los asuntos del rey. ¿Entendido?

La muchacha se levantó obediente. Había soñado y sus sueños le habían sido concedidos. Se negaba a que el miedo arrebatara lo mejor de ella, sobre todo después de haber visto cómo este consumía y controlaba a Liath.

—Por supuesto, señor.

Él soltó una carcajada.

—Además, hoy es el día de San Eusebg, ¿verdad? El sexto día de Abril. ¿Acaso habría un día más auspicioso para iniciar vuestro aprendizaje como Águilas del rey?

—Se levantó—. Hathui, ocúpate de las provisiones. Liath, ha llegado el momento de ponerse en marcha. Las dos vendréis conmigo a los establos.

Hanna tenía la impresión de que Wolfhere suavizaba ligeramente su tono cuando

se dirigía a Liath. ¡Pobrecilla! Sabía que su amiga no pretendía parecer tan exóticamente adorable ni tan tristemente perdida. Le tocó el hombro y Liath, sobresaltada, se puso en pie de un salto, golpeándose los muslos contra la mesa. Siempre que alguien la tocaba cuando estaba distraída ocurría lo mismo, pero esta vez blasfemó para sus adentros y se frotó las piernas, mientras todos, incluso ella, se echaban a reír.

Una vez en los establos, Hanna contempló al robusto capón de patas blancas que Wolfhere le había traído antes de aventurarse a darle una manzana a modo de bienvenida. Entonces empezó a acariciar sus flancos y no tardó en ensillarlo.

Todos los caballos estaban preparados para partir menos la yegua baya de Liath, que estaba tan inquieta que la joven no se atrevía a ponerle las bridas. Hathui llegó con las provisiones que habían entregado los aldeanos como parte de su diezmo real y, con la rapidez que proporciona la práctica, las cargó sobre la mula de carga. Entonces, Manfred y ella se llevaron a la mula y a los demás caballos al exterior.

—Empaquetad lo que deseéis llevaros —dijo Wolfhere—, pero recordar que es poco lo que un Águila puede permitirse poseer, aparte de la confianza de sus Compañeros y su propia fuerza.

—No tengo nada más que la ropa que visto —respondió Liath.

Era una mentira tan evidente que Hanna la miró con sorpresa, pero su amiga mantuvo los ojos fijos en la pared. Los demás no parecían haberse percatado de su mentira, pero no la conocían tan bien como ella.

—Iré a por mi bolsa —dijo Hanna—. ¿Puedo despedirme de mi familia?

—Por supuesto —respondió Wolfhere.

Liath permaneció en pie, con la mirada perdida en el infinito.

Hanna tragó saliva y continuó.

—Mi madre os estaría muy agradecida si también os despidierais de ella, señor.

—Ah —dijo Wolfhere, sin revelar emoción alguna. Había visto el libro, como todos los demás, pero nadie había hecho ningún comentario al respecto. ¿Acaso sospechaba que era algo importante y que Liath intentaba esconderlo? No tenía ni idea—. Lleva tu caballo junto a Hathui. Iré a despedirme de tu madre mientras Liath acaba de ensillar su caballo y se reúne con nosotros en el exterior.

Hanna le permitió salir delante, como dictaba la buena educación.

—Gracias —murmuró Liath, mientras su amiga conducía a su caballo capón al patio.

La luz del sol de mediodía brillaba sobre las lejanas colinas y los verdes campos de la aldea. La familia de Hanna se había congregado en el patio de los establos. Le sorprendió que Karl cargara con su bolsa (en la que había guardado una muda, una cazuela, una cuchara y otros objetos) y que quisiera ser él quien la atara a las alforjas. Cuando la miró con ojos brillantes, Hanna descubrió que la admiraba, que estaba contemplando a la nueva y brillante Águila del mismo modo que ella miraba a Hathui. Estuvo a punto de ponerse a llorar.

—No pareces ni un pez ni una gallina —dijo él impertinente, estropeando el efecto.

Pero ella sonrió. No tenía ropa elegante ni práctica, ni una larga túnica cortada para montar como la que vestían las Águilas. Ella, al igual que Liath, llevaba una combinación de prendas propias y ropa vieja de Thanymar, su hermano casado, cortadas y remendadas para que duraran mucho tiempo. Ama Birta nunca había escatimado dinero en telas ni en tejidos ni en polainas, pues consideraba que si pagabas un poco más por una tela que te duraría el doble de tiempo estabas economizando. Hanna se sentía rara, vestida en parte como mujer y en parte como hombre, pero Liath le había asegurado que así era como había vestido siempre mientras viajaba con papá.

Birta se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Hanna —le dijo al oído—, recuerda que debes cuidar de ti y de Liath, pues es más frágil de lo que pensaba y necesitará algo de tiempo para reponerse.

—Lo haré, te lo prometo. —Abrazó a su padre, que permaneció tan mudo como siempre, y después a Karl—. Y que un demonio te maldiga —le dijo, sujetándole por la túnica—, si no obedeces a papá y a mamá en todo lo que te digan. ¿Entendido?

Karl asintió y corrió a ponerse a salvo. Hanna se secó una lágrima con el dorso de la mano.

Liath salió de los establos tirando de su yegua baya. Era imposible saber si algo nuevo y voluminoso descansaba en sus alforjas, algo rectangular como un libro. Seguramente había reorganizado las alforjas para esconderlo y mantener el peso equilibrado. Sin mirar a Hanna, se acercó a Birta, Hansal y Karl para despedirse de ellos. Los aldeanos se habían acercado a mirar, pero se mantuvieron a una respetuosa distancia.

Por fin montaron y siguieron a Wolfhere por la carretera que les llevaría al sur. De los cinco, solo Hanna miró atrás cuando doblaron la curva y la posada y la aldea desaparecieron de su vista.

—Nunca más regresaré a este lugar —dijo Liath cuando los árboles ocultaron la última casa de la aldea. Los caballos avanzaban por el silencioso camino bordeado de campos arrasados por el firme avance del bosque.

Hanna se estremeció. De pronto estaba asustada.

—¿Es un juramento? —preguntó Wolfhere, con un amago de sonrisa.

Liath se sobresaltó, como si acabara de darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—No —dijo—. Nunca haría algo así. Simplemente tengo la sensación de que, de algún modo, esa es la verdad.

—Anne solía tener ese tipo de sensaciones —comentó Wolfhere con suavidad.

¡Anne! ¡La madre de Liath, que había sido hechicera y había muerto por ello! Aquí había gato encerrado. Pero Hanna estaba decidida a hacer lo que fuera necesario para proteger a su amiga.

—Vamos —dijo Wolfhere—. Nos aguarda un largo viaje.

Siguieron adelante, sin hablar demasiado pero con decisión. Avanzaban a paso firme y constante, sin forzar a los caballos. Cuando cayó la noche, Descanso del Corazón estaba ya muy atrás.

SEGUNDA PARTE

LAS HAZAÑAS
DEL GRAN
PRÍNCIPE



CAPÍTULO 8



EN LA MARCHA DEL REY

Rosvita de Korvei, la más humilde de las siervas de Nuestra Señora y Nuestro Señor, declara humildemente su más completa devoción a su majestad imperial, la reina Matilda, y le envía saludos cordiales en Nombre de Nuestra Señora. Que su renovada sabiduría y su gloria singular os iluminen, nuestra graciosa majestad, madre de nuestro glorioso rey Henry, el segundo con ese nombre.

El mensaje de su padre descansaba en lo alto de la siguiente página, cubriendo las palabras que había escrito el día anterior antes de ser interrumpida primero por un mensajero del norte y después por la noticia de la disputa que había estallado entre los consejeros del rey. Deslizó el pergamino en el bolsillo de su túnica exterior y sus dedos tocaron la suave seda de la sotana de oro que utilizaban todos los clérigos del rey. Era muy suave al tacto. Como todos los placeres terrenales, se recordó a sí misma con ironía. La sotana de oro, símbolo del servicio del rey, cubría la áspera tela que llevaba debajo, la túnica negra que indicaba que procedía del Convento de Nuestra Señora de Korvei.

Volvió a centrar su atención en el libro.

A petición vuestra emprendo la labor de escribir sobre las hazañas del gran príncipe. También realizo el esfuerzo de escribir algunas palabras referentes al origen y la condición del pueblo wendiano, cuyo primer monarca fue el rey Henry, el primero con dicho nombre, con el ánimo de que leyendo sobre dichas hazañas podáis complacer vuestra mente, aliviar vuestras preocupaciones y disfrutar de este agradable placer.

En este punto se había detenido la tarde anterior. Era un alivio poder regresar al silencioso scriptorium tras el alboroto de anoche, que se había prolongado hasta que el rey Henry se había retirado. Consultó la tablilla de cera, con sus frases elaboradas y reelaboradas, tachadas y rascadas; entonces, hundió la pluma en la tinta y siguió escribiendo.

Confieso que me resulta imposible incluir todas sus hazañas, pero las relataré brevemente y no de forma extensa, para que su narración sea clara y

no resulte tediosa a los lectores. Por eso os ruego, Alteza, que leáis este pequeño libro teniendo en consideración nuestra labor y la piedad y la devoción con los que ha sido escrito.

Aquí termina el Prefacio del Primer Libro de las Hazañas del Gran Príncipe.

Rosvita se movió sobre su taburete. Le dolía la espada. A los veinte años, cuando llegó a la Capilla del rey procedente del Convento de Korvei, había sido capaz de permanecer sentada hasta bien entrada la noche, levantándose tan solo de su asiento cuando la llamaban para orar. Trabajaba durante horas a la luz de las velas, copiando una y otra vez textos antiguos y otros de su propia creación, aún sabiendo que dichas creaciones denotaban una gran falta de humildad en alguien tan joven. Después de veinte años de trabajo, primero al servicio del rey Arnulf el Joven y ahora del rey Henry, su cuerpo ya no era tan flexible ni tan fuerte.

Mientras preparaba la siguiente página, sonrió al recordar las palabras de la anciana Madre Abadesa: «El dolor de la edad nos recuerda la sabiduría que hemos adquirido a través de las pruebas que nos ha ido deparando la vida». En aquel momento, la Madre Otta de Korvei había sido una anciana vigorosa de más de setenta años que jamás había pasado un día enferma y que seguía siendo la persona más amable, más afable y más sabia que Rosvita había conocido jamás, de modo que estas palabras resonaron en su mente con una agradable y absolutamente apropiada humildad. La Madre Otta seguía con vida: estaba a punto de celebrar su nonagésimo Penitire, señal de la Gracia de Nuestro Señor y Nuestra Señora, aunque ahora era una anciana frágil y estaba prácticamente ciega.

Rosvita llevaba diez años tomando notas, conversando con obispos y cortesanos ancianos y estudiando viejos registros de los archivos de los monasterios y conventos por los que había viajado la Corte del rey en su marcha infinita. Ahora había empezado a escribir. Tenía la esperanza de completar este gran proyecto a tiempo de que alguien pudiera leérselo a la Madre Otta antes de que falleciera.

Aquí empieza el Primer Libro de las Hazañas del Gran Príncipe.

Después de veinte años trabajando en el scriptorium, Rosvita sabía lo difícil que sería hacer cambios una vez hubiera empezado a redactar su obra; sabía el tiempo que le llevaría volver a copiar una página completa o, peor aún, todo un capítulo. Ya había decidido el orden de los capítulos, de modo que había llegado el momento de dejar de planear y empezar a componer.

1. En primer lugar dejaré constancia de ciertas cosas referentes al origen y la condición del pueblo wendiano, aunque para ello atenderé únicamente a los rumores, puesto que el transcurso de los años ha oscurecido demasiado la verdad.

Algunos afirman que el pueblo wendiano vivió originariamente en las

tierras del norte y fue conducido hacia el sur por las incursiones de aquellos a quienes nosotros llamamos Eika, los hombres dragón. Otros sostienen que los wendianos procedían de los arethousa y que eran soldados del gran ejército dirigido por Alexandros, el Hijo del Trueno, que tras ser denotados por las tropas de la emperatriz dariyana Arku-ak-nin, se diseminaron por el mundo entero. Oí este parecer en mi juventud por boca de un anciano erudito. Sin embargo, la afirmación más comúnmente aceptada es que el antiguo y noble pueblo wendiano fue conocido por los Hessi, quienes escribieron sobre ellos en sus libros más antiguos, y sobre los que hace referencia la Historia de Dariya, de Polixeno.

Sabemos con certeza que el pueblo wendiano llegó a estas tierras por mar y que desembarcó en la aldea conocida como Hathelenga, que descansa al oeste de la ciudad de Gent. Los nativos que vivían en esas tierras, supuestamente los ostravianos, levantaron sus armas contra ellos, pero los wendianos lucharon con valentía y lograron ocupar las tierras costeras.

De repente se oyó un gran alboroto a la entrada del scriptorium. Los clérigos y los monjes, centrados en su trabajo, se enderezaron o volvieron sus cabezas cuando la anciana clériga Mónica apareció ante un grupo ruidoso y, de momento, indócil. No se trataba de ninguna invasión de las tribus wendianas; simplemente era la llegada inoportuna de los miembros más jóvenes de la schola del rey.

Rosvita suspiró y dejó la pluma sobre la mesa. Entonces, reprendiéndose a sí misma por su exasperación, se levantó y ayudó a la clériga Mónica a buscar asiento para sus pupilos en los pupitres que quedaban libres. A continuación, se sentó de nuevo y observó el pergamino que acababa de preparar con el anhelo de alguien que sabe que no podrá seguir trabajando durante la hora siguiente. Un joven se deslizó en el banco junto a ella.

—Os ruego que me disculpéis —susurró.

Berthold Villam le dedicó una agradable sonrisa. Era uno de esos jóvenes sumamente atractivos que, insólitamente, no son conscientes de serlo. De todos los niños y jóvenes que asistían a la marcha del rey, Berthold era su favorito. Había cumplido quince años el pasado invierno y, como era costumbre, le había sido asignado un acompañante. Ahora era demasiado mayor para asistir a las clases, pero deseaba aprender y sentía una gran curiosidad.

Levantó el brazo con timidez y tocó el pergamino con la yema del dedo. La tinta todavía estaba húmeda.

—¿Es esta vuestra Historia?

Rosvita asintió. Acababa de darse cuenta de que había otros niños compartiendo banco con los clérigos que trabajaban en el scriptorium. Durante el pasado medio año, se había multiplicado por dos el número de niños presentes en la marcha del rey, señal inequívoca de que había problemas en el Reino.

Su mirada se posó en una muchacha que estaba sentada, en silencio y con una expresión obstinada, en el banco más próximo a la clériga Mónica. La última en llegar había sido la hija mayor de Conrad el Negro, duque de Wayland. Aunque solo tenía ocho años, sabía que la tenían allí como rehén para garantizar la buena conducta de su padre.

—Bueno, niños —dijo la clériga Mónica. La artritis la obligaba a caminar encorvada, pero su aspecto era imponente. Miró a los niños hasta que estos guardaron silencio y entonces levantó una mano—. Prestad atención. Hay suficientes tablillas para que solo tengáis que compartirlas con un compañero. Además, algunos de vosotros solo tenéis que escuchar.

Berthold se agitó nervioso en su asiento y empezó a jugar con la pluma de Rosvita.

Como la mayoría de los niños y jóvenes que estaban destinados a contraer matrimonio y pasar la mayor parte de su vida cabalgando a la guerra o protegiendo las tierras de su esposa, Berthold no había aprendido a escribir, pero sabía leer. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, agachó la cabeza avergonzado.

—Puedes usarla —dijo Rosvita.

Una sonrisa iluminó el rostro del muchacho, que escribió laboriosamente una «B» en la tablilla.

—Prestadme atención —dijo la clériga Mónica—. Para leer las obras de los antiguos debéis conocer el dariyano, pues esa es la lengua que se escribía y hablaba en el viejo imperio Dariyano. Podemos obtener grandes conocimientos de las obras que quedaron atrás tras la caída del gran imperio, pero existe una sabiduría aún mayor: que el viejo Imperio, la unión de duendes y hombres, estaba destinado a caer porque sus emperadores y emperatrices se negaron a recibir en sus corazones la verdad de las Unidades y la bendición de la Luz. Esa es la razón por la que, cuando el gran Taillefer restauró el imperio en el año 600, decidió llamarlo Santo Imperio Dariyano.

—Sin embargo, nadie reprocha la devoción de Taillefer —murmuró Berthold, intentando escribir una «E» que tuviera líneas rectas—, aunque su imperio se vino abajo y, desde entonces, ningún otro rey ha sido coronado Emperador del Santo Imperio Dariyano de Darre. ¿Cómo se explica eso?

—Buena pregunta —murmuró Rosvita, pero entonces advirtió que la dura mirada de la clériga Mónica se había vuelto hacia ellos. Era una lástima que aquel muchacho tuviera que casarse. Habría llegado a ser un excelente historiador.

La clériga Mónica carraspeó para llamar su atención y prosiguió con sus explicaciones. Berthold suspiró e intentó escribir una «R» mientras Rosvita recorría con la mirada a los niños congregados.

Los hombres más poderosos del reino debían enviar a uno de sus hijos a la marcha del rey. Algunos, por lo general los hermanos pequeños, serían educados como clérigos y con el tiempo se unirían a la capilla del rey y la gran Schola. Otros

solo estarían allí un año o dos, para conocer el sabor de la vida en una corte siempre cambiante y en constante movimiento, que viajaba por las tierras gobernadas por el rey Henry.

Sin embargo, los hijos de nobles de sospechosa lealtad podían permanecer allí mucho más tiempo. Aunque nadie pronunciaba jamás esta palabra, aquellos niños eran rehenes que recibían un trato inmejorable.

Pero este no era el caso de Berthold. Su padre, el margrave Helmut Villam, era el asesor preferido del rey y su hombre de confianza.

De los grandes príncipes del reino, los cuatro margraves solían ser los más leales al rey pues necesitaban todo su apoyo. Como administradores de las tierras fronterizas, las que limitaban con los territorios orientales controlados por los pueblos wendianos y sus aliados, siempre estaban en primera línea de batalla cuando las bárbaras tribus orientales invadían las tierras civilizadas en busca de botines y esclavos.

Los misioneros partían de esas tierras para convertir a los paganos de los territorios bárbaros, y los colonos más intrépidos llegaban a ellas para atacar a las tribus paganas a cambio de buenas tierras que cultivar, libres de obligaciones excepto con el rey.

Durante tres años había reinado la paz en las tierras fronterizas, de modo que los margraves (o sus herederos) habían podido pasar parte de cada año acompañando al rey. Esta primavera, la marcha del rey contaba con la presencia de Villam y la ilustre Judith, margrave de Olsatia y Austra.

Judith había dejado sus tierras fronterizas en manos de su hija mayor y había venido a la corte acompañada de sus dos hijos pequeños. Uno de ellos, una niña cetrina de unos catorce años, estaba sentada con la boca abierta, mirando a la clériga Mónica como si a esta le hubieran salido cuernos y alas.

Werinhar, margrave de Westfall, había enviado a su hermano menor. El joven estaba destinado a la iglesia y, como buen aprendiz de clérigo, en estos momentos estaba copiando diligentemente las palabras de Mónica.

Como siempre, eran los duques (los príncipes más poderosos del reino) quienes presentaban el mayor problema. Saonia, Fesse y Avaria, los tres ducados cuyas tierras descansaban en el viejo reino de Wendar, mantenían sus lealtades y tenían hijos o hermanos pequeños aquí. En los últimos veinte años, Rosvita había visto llegar y partir a varios jóvenes de estas familias.

Pero los ducados de Varingia, Wayland y Arconia descansaban en el antiguo reino de Varre, y la lealtad de sus duques era menos constante... y más sospechosa. La hija del duque Conrad de Wayland estaba sentada al frente de la clase, copiando laboriosamente las letras bajo la estricta atención de la clériga Mónica. Seis meses atrás, Tallia, hija de Sabella y Berengar había alcanzado la mayoría de edad y había abandonado la marcha del rey para regresar a Arconia. En aquel momento a todos les había parecido normal.

Pero dos meses atrás, Rodulf, duque de Varingia, había ordenado el regreso de su hijo menor, Erchanger, y ahora se oían rumores a diario de que Sabella pretendía rebelarse contra la autoridad de Henry.

—Ekkehard ha vuelto a quedarse dormido —musitó Berthold, divertido.

—Ay, Señora —murmuró Rosvita, sin atreverse a mirar aún. Cuando lo hizo, vio que el único hijo del rey Henry y la reina Sophia estaba completamente dormido, con la cabeza apoyada en un brazo y la túnica torcida, mostrando el collar de oro que adornaba su cuello. Roncaba suavemente. Ekkehard era un buen chico, pero en vez de dedicar su tiempo al estudio de las letras, como era su obligación, solía quedarse hasta tarde en los banquetes escuchando a los bardos y a los músicos.

Por fortuna, Mónica aún no se había dado cuenta de que el joven estaba dormido, pues había centrado la mayor parte de su atención en la hija del duque Conrad, una muchacha esbelta que había heredado gran parte de la sangre de su abuela, pues era tan negra como un mercader jinna. El collar de oro reservado a los descendientes directos de los reyes brillaba espléndido contra su oscura piel.

Berthold, siguiendo la mirada de Rosvita, murmuró con malicia:

—De mayor será muy hermosa.

—Eso mismo se decía de su abuela, una mujer de gran belleza pero con una complexión muy distinta a la que estamos acostumbrados a ver. De todos modos, Daisan el bendito vivió en las tierras ahora conquistadas y controladas por los jinna, así que, ¿quién sabe si su tez fue tan oscura como la de ella?

—No se puede acusar a una persona por ser alta o baja de estatura, por ser blanca o negra de piel, por tener los ojos grandes o pequeños o por contar con algún defecto físico —recitó Berthold.

—Silencio —musitó Rosvita, cubriéndose los labios para ocultar su sonrisa.

—Lord Berthold —dijo la clériga Mónica—. Os ruego que prestéis atención a mis palabras o que nos abandonéis para que los demás podamos trabajar en paz.

El muchacho inclinó la cabeza obediente. Mónica prosiguió con su lección, recitando unas palabras que le resultaban tan familiares que sonaban como un ronroneo. Rosvita se enderezó y se frotó la espalda, intentando que nadie se diera cuenta, pero Berthold la vio y sonrió mientras terminaba de escribir su nombre.

De repente, Rosvita fue consciente de las voces que llegaban desde el jardín a través de los postigos, que estaban abiertos para que la luz del día bañara los pupitres. Los demás, tanto los clérigos como los niños, estaban tan concentrados en su trabajo o en la lección que no parecían oír nada, pero ella era incapaz de ignorarlas.

¡Por Nuestra Señora Bendita! Las hijas del rey estaban discutiendo de nuevo.

—Solo he dicho que eres tonta por permitir que un hombre como ese ejerza tanta influencia sobre tus consejos.

—¡Estás celosa porque prefiere mi compañía a la tuya!

—¡Por supuesto que no! Solo me preocupa tu reputación. Todos saben que no es más que un farsante.

—¡No lo es en absoluto! Todos envidian su sabiduría.

—Pensaba que todos despreciaban su arrogancia y sus desagradables modales.

Suspirando, Rosvita dejó la pluma sobre la mesa y, tras deslizar con rapidez los dedos sobre un trapo, se levantó de su asiento y se frotó su dolorida espalda. Berthold levantó la mirada, sorprendido, pero ella le indicó que se quedara donde estaba. La clériga Mónica la miró y asintió brevemente. No había duda de que sabía y aprobaba lo que se disponía a hacer.

Rosvita recorrió con rapidez la nave central del scriptorium, cruzó la sacristía (sobresaltando al anciano hermano que estaba al cargo y se había quedado dormido al lado de las vestiduras) y salió al jardín a tiempo de ver a las dos hermanas discutiendo junto a la fuente.

Cada una de ellas era una extraña combinación de sus padres. Sapientia, al igual que su madre, era pequeña y tenía la piel oscura y brillante, pero en todos los demás aspectos se parecía a su padre, sobre todo en su desafortunada tendencia a sonrojarse cada vez que perdía los nervios.

Theophanu era más alta y tenía una figura más esbelta, robusta y bien formada, pero había heredado el gélido talante de su madre, la treta oriental, como decían los cortesanos, que jamás habían confiado por completo en la reina Sophia, aunque habían llorado con gran pesar cuando falleció. Sin duda alguna, pensaba Rosvita sin ninguna benevolencia, porque sabían que el orden aceptado en la corte del rey Henry y modelado durante aquellos dieciséis años de soberanía se convertiría en un auténtico caos cuando el rey contrajera matrimonio de nuevo.

—Estás furiosa porque papá desea nombrarme margrave de Eastfall y entregarme esas tierras para que las administre. ¡Y tú las quieres para ti! —En este momento, el rostro sofocado de Sapientia rivalizaba con las brillantes floribundas rosas que cubrían el muro de piedra que rodeaba el jardín privado, pero el color no le sentaba tan bien como a las flores.

En dieciocho años, Rosvita jamás había visto perder los nervios a Theophanu, ni siquiera de pequeña. ¡Qué muchacha tan extraña! Conocía otros métodos más efectivos para hacer enfadar a su hermana mayor.

—Considero que papá me dará posesiones cuando él lo considere oportuno. Nunca he creído que deba suplicar por algo antes de que él considere que ha llegado el momento de concedérmelo.

Rosvita corrió hacia ellas. ¡Pobre Sapientia! Con este insulto, su hermana había pretendido recordarle la tempestad del día anterior y sabía que estaba a punto de sucumbir a una de sus famosas rabiets.

—Sus Graciosas Majestades —dijo Rosvita, mientras Sapientia cogía aire, preparando su réplica—. ¡Por fin os encuentro!

Sus alegres palabras tuvieron el efecto deseado: Sapientia, que aún no había contraatacado, perdió el hilo de sus pensamientos.

Theophanu arqueó una ceja de forma provocativa.

—¿Traéis noticias? —preguntó con educación, aunque Rosvita sabía perfectamente que no había engañado a la princesa con su transparente ardid.

Rosvita recordó el mensaje que le había enviado su padre y dio gracias a Nuestra Señora por su inspiración.

—Simplemente se trata de un pequeño asunto familiar. No es nada importante, pero con gran humildad deseo hablaros de ello, Altezas.

—Confiádnoslo de inmediato —dijo Sapiaientia, acercándose y tomando sus manos entre las suyas—. Haremos todo lo posible por ayudaros.

Theophanu se limitó a levantar una mano a modo de asentimiento.

—Tengo un hermano llamado Ivar que acaba de ser enviado a la iglesia. Pronto será monje en un monasterio de Quedlinhame dirigido por la Madre Escolástica. Os agradecería que mostrarais cierto favor hacia mi persona y mi familia pidiendo a vuestra tía Escolástica que cuidara de él durante sus primeros días en la orden. Es muy joven, unos dos o tres años menor que vos, Alteza —asintió a Theophanu—. Y por el tono de la carta de mi padre, creo que Ivar no tenía ninguna intención de entrar a formar parte de la iglesia.

—Es el hijo menor —dijo Sapiaientia—. ¿Qué más podía desear?

—No conozco su mente, pues solo he coincidido con él en un par de ocasiones. Nació diez años después de que yo abandonara mi hogar para convertirme en novicia en Korvei. Es el hijo de la segunda esposa de mi padre, hija de la condesa de Hesbaye.

—Ah, sí. Tuvo tres hijas con su tercer marido —Sapiaientia soltó las manos de Rosvita y avanzó hacia la fuente seca. Cuatro unicornios de piedra que se alzaban sobre sus patas traseras la miraban con calma y su superficie punteada estaba manchada por el agua que solía salir de sus crines y cuernos. Las tormentas invernales habían estropeado la fuente y aún no había sido reparada. El Padre Bardo se había disculpado profusamente cuando el rey y su corte habían llegado al Monasterio de Hesford para descubrir que la hermosa pieza central del jardín no funcionaba.

Era un cálido día de primavera y la temperatura seguía subiendo. Sin un chorro de agua que refrescara el patio, Rosvita sentía con intensidad el calor que irradiaban las baldosas del mosaico que rodeaba la fuente.

—Su hija, que ahora es la esposa de Helmut Villam, habló en mi favor anoche —continuó Sapiaientia, soltando una carcajada—. Será interesante ver quién entierra a más cónyuges antes de morir: Helmut Villam o la condesa de Hesbaye. Villam ya va por su quinta esposa, ¿verdad? El cuarto marido de la condesa sigue con vida, de modo que tendrá que enviarlo pronto a la guerra como hizo con los anteriores.

—Has sido muy descortés al decir eso —la regañó Thoophanu—. No me extraña que papá no te permita unirme a su marcha.

Sapiaientia giró sobre sus talones, dio dos rápidas zancadas hacia su hermana y la abofeteó.

—Que la Señora se apiade de mí —murmuró Rosvita, corriendo hacia ellas.

Theophanu no sonrió triunfal ni gritó de dolor. En su rostro no se dibujaba emoción alguna.

—Su pérdida no debería ser pasto para tu diversión.

—Vamos, vamos —dijo Rosvita, situándose rápidamente entre ambas—. No debemos discutir y atacar cuando sentimos el calor de nuestra pasión. Lo correcto es solucionar las cosas hablando, como dijo Daisan el bendito cuando sus discípulos le preguntaron qué debían hacer si les acusaban falsamente de practicar la magia.

—Porque la verdad nos hará libres —concluyó Theophanu.

—No estoy segura de que sea correcto atormentar a vuestra hermana de esta forma.

—Si tan solo pensara un poco antes de hablar... —Theophanu se interrumpió, dio media vuelta y se alejó varios pasos para dar la bienvenida al hombre que acababa de aparecer en el patio. Al igual que las hermanas, llevaba un collar dorado al cuello, una sólida trenza de oro que no acababa de formar un círculo completo.

—Padre —dijo Theophanu, arrodillándose.

El hombre apoyó una mano en su oscuro cabello.

Rosvita también se arrodilló.

—Majestad.

—Levantaos, mi más apreciada clériga —dijo el rey—. Tengo un encargo para vos, pues tengo la certeza de que sois la única persona capaz de llevarlo a cabo.

Rosvita se levantó y miró al rey Henry. De joven solía ser imprudente, como su hija mayor, pero ahora mostraba una expresión grave que contrastaba con la brillante luz de su cabello plateado.

—Soy vuestra sierva, Majestad —fue incapaz de contener una sonrisa—. Vuestros elogios me honran.

—No más de lo que merecéis, amiga mía. Os suplico que os encarguéis de este asunto con la máxima urgencia.

—Por supuesto.

—El Padre Bardo me ha informado de que un eremita, un monje sagrado, vive en una aldea en las colinas que se alzan sobre el monasterio. Es anciano y, según me han dicho, antaño fue un erudito.

Muy a su pesar, Rosvita sintió que su corazón se aceleraba. ¡Un anciano erudito! El testimonio de tales personas siempre enseñaba algo nuevo.

—Dicen que está bien versado en las leyes del emperador Taillefer y que conoce los reglamentos de aquellos tiempos que han quedado perdidos en el olvido. Sin embargo, se muestra reacio a abandonar su contemplación, según me ha informado el Padre Bardo.

—¿Y debemos pedirle que la rompa, Majestad?

—Necesito saber ciertas cosas sobre las herencias —replicó, en un tono que revelaba cierta agitación. Theophanu miró con dureza a su padre, pero guardó

silencio—. Y respecto a vos, Rosvita, el Padre Bardo me ha informado de que el monje sagrado ha oído hablar del trabajo que estáis realizando, recopilando la historia del pueblo wendiano para mi bendita madre, y que es posible que esté dispuesto a hablar con vos. Quizá, su curiosidad se impone sobre su serenidad.

Dijo esto último con la suave indiferencia que muestra un noble hacia las empresas de aquellos que se han comprometido con la iglesia.

Quizá, su meditación sobre las Sagradas Obras de Nuestro Señor y Nuestra Señora no ha logrado aplacar su pasión por aprender, pensó Rosvita.

—¿Pensáis lo mismo que yo? —dijo el rey, esbozando una sonrisa.

—Sí, Majestad.

—Entonces debéis hablar con libertad ante mí. ¿De qué otro modo podría beneficiarme de vuestro sabio consejo?

Ahora fue Rosvita quien sonrió. Siempre le había gustado Henry, en la medida en que alguien puede permitirse sentir aprecio por un heredero al trono. En los últimos años, él la había ido acercando cada vez más a su entorno y ella había aprendido a respetarlo.

—Entonces os debo preguntar si deseáis descubrir alguna cosa concreta a raíz de dicha entrevista.

El rey levantó la mano que había apoyado en la cabeza de Theophanu y miró a su alrededor. Rosvita advirtió que un par de cortesanos aguardaban con discreción tras un seto. El de mayor edad era Helmut Villam, el eterno compañero del rey y su asesor de confianza. El otro quedaba escondido entre las hojas.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó Henry a su hija—. Ordené que vinierais juntas a este lugar.

—Ha regresado al interior.

—Si tienes la bondad de esperar junto a Villam, permitiré que vengas a cabalgar conmigo.

—Te esperaré, padre —se levantó y se alejó obediente hacia las dos figuras. Rosvita miró de reojo a Berthold Villam, que se había adelantado para recibir a Theophanu con la intención de averiguar qué estaba ocurriendo. Ahora podía ver a la otra persona. Era la formidable Judith, margrave de Olsatia y Austra, y tras ella aguardaban diversos sirvientes.

El sol primaveral, resplandecientemente abrasador en este jardín de piedra, setos y rosas, desapareció de repente tras una nube.

—Ya sabéis qué murmura todo el mundo —dijo Henry—, pues nadie se atreve a decirlo en voz alta.

Los duques y margraves, condes y obispos, clérigos y cortesanos presentes en la marcha del rey hablaban libremente de las graves preocupaciones del reino: ¿Sabella, la hermana de Henry, pretendía iniciar una revuelta abierta contra él? ¿Este iba a ser un verano de invasiones a lo largo de la costa septentrional o, como se decía, los Eika desembarcarían sin un ejército? ¿Qué pensaba hacer la skopos de Darre respecto a los

rumores que afirmaban que la herejía estaba arraigando en el interior de la iglesia?

Sin embargo, todos guardaban silencio respecto a un tema o, en el mejor de los casos, lo rodeaban pero jamás lo abordaban de frente. En la terrible discusión que había estallado la noche anterior y durante el tenso banquete celebrado a continuación, donde los susurros y las miradas airadas habían continuado la disputa, nadie se había atrevido a pronunciar un nombre en voz alta.

—Sanglant —dijo ella, pronunciando esta palabra al modo saliano: sahnglawnt.

—¿Qué es lo que dicen sobre Sanglant?

—No hablan sobre Sanglant, sino sobre vos. Dicen que vuestro sentimiento se ha impuesto a vuestra razón. Dicen que ha llegado el momento de enviar a Sapientia a su propia marcha para que puedan juzgar si merece o no ser nombrada vuestra heredera. Y dicen que si Sapientia no lo consiguiera, deberíais enviar a Theophanu.

—Theophanu no es tan querida.

—No, por lo general no.

—Sin embargo, es mucho más capaz que Sapientia, Rosvita.

—No me corresponde a mí juzgar dichos asuntos.

—¿Entonces a quién corresponde? —ahora parecía impaciente.

—A vos, Majestad. Esa es la carga que Nuestro Señor y Nuestra Señora han impuesto al rey soberano.

El monarca levantó una ceja y, por un instante, Rosvita advirtió lo mucho que Theophanu se parecía a él... no en rasgos, sino en astucia e inteligencia. La campana de la iglesia empezó a sonar, llamando a los monjes al servicio del mediodía. El aire olía a carbón y a carne asada, pues los cocineros ya estaban preparando el banquete de la noche. Tras una larga pausa, Henry habló de nuevo.

—¿Qué dicen de Sanglant?

Sería mejor contarle la verdad que ya sabía y que sus sentimientos le obligaban a ignorar.

—Que es un bastardo, Majestad. Que no es un verdadero hombre. Puede que tenga muchas cualidades y que todo el mundo sea capaz de reconocerlas, pero estas jamás lograrán compensar su nacimiento y la sangre de su madre —vaciló, antes de continuar—. Ni tampoco deberían hacerlo.

El rey pareció molesto, pero no respondió de inmediato. La campana dejó de sonar. Rosvita oyó el susurro de los hábitos de los monjes que se habían quedado rezagados y corrían hacia la capilla.

—Asistiré al servicio —dijo el rey—. Vos visitaréis al ermitaño, Rosvita, y averiguaréis si el santo monje conoce algún precedente en que un hijo nacido de una concubina u otra unión no oficial haya sido nombrado heredero.

Bajó la voz mientras pronunciaba estas fatídicas palabras. Solo ella las oyó, aunque no le cabía duda de que todo hombre o mujer que hubiera participado en la marcha del rey conocía perfectamente los deseos de este: que su hijo mayor, el hijo bastardo de una mujer Aoi nacida en tierras desconocidas que había hechizado al

joven Henry en su marcha como heredero, siempre había sido su favorito, a pesar de que tenía tres hijos legítimos nacidos de su unión con la reina Sophia, cada uno de los cuales poseía una mente y un cuerpo sanos.

Rosvita vislumbró un antiguo anhelo, una pasión que jamás se había extinguido y jamás se había satisfecho, pero pronto quedó escondido tras la máscara de piedra que llevaba el rey.

—Haré lo que me pedís, Majestad —respondió. Inclino la cabeza ante lo inevitable, pues estaba segura que de esta obsesión no podía surgir nada bueno.

CAPÍTULO 9



LOS DRAGONES

Diez días después de abandonar Descanso del Corazón, Liath estaba sentada sobre un viejo muro de piedra disfrutando del sol primaveral. Estaba cansada, pero no excesivamente. Una vez libre de Hugh, había recuperado las fuerzas con rapidez.

Utilizó este momento de descanso para analizar la fortaleza de Steleshame: tinajas de tinte resguardadas en un cobertizo; un gallinero; dos calderos rebosantes de agua hirviendo atendidos por tres mujeres que agitaban la tela de lana a medida que esta encogía; campesinos trabajando al sol; dos herreros uniendo diminutos aros de hierro en una malla; trozos de cuero extendidos y ensartados, listos para ser curados.

Aquí, en el gran patio protegido por una empalizada de madera, descansaban los restos de una antigua estructura. Las Águilas habían derribado un fortín y habían utilizado la vieja piedra para construir una torre de defensa. La propietaria de la fortaleza y su familia vivían en una estructura de madera, material con el que también habían sido contruidos los establos. Ahora solo quedaba el armazón del antiguo fuerte, líneas rectas que dibujaban los equinoccios y los solsticios, el mapa del sol. Liath podía rastrear esas líneas con los ojos, y leer, aquí y allá, inscripciones en dariyano antiguo que habían sido talladas en la piedra por los soldados y los artesanos que habitaron este lugar muchos años atrás.

Lucian ama a la mujer pelirroja.

Estephanos debe ocho quimones a Julia.

Se hace saber que este fortín ha sido erigido por orden de Arki-kai Tangashuan, bajo los auspicios de Su Más Gloriosa Emperatriz Thaissania, la dama de la máscara.

Liath se arrodilló para limpiar el polvo de esta última inscripción, grabada en un bloque de piedra semienterrado en el suelo junto a la artesa de riego. ¿Cuántos años llevaría allí, pisoteada por caballos y vacas, erosionada por el viento y el polvo, empapada por la lluvia? Tosió al respirar una bocanada de polvo que había levantado una ráfaga de viento. Siguió la inscripción con los dedos, hasta que estos arañaron la tierra; la inscripción continuaba, pero estaba enterrada bajo el suelo.

—La Dama de la Máscara —dijo Wolfhere a sus espaldas—. La emperatriz pagana ante la cual Daisan el bendito se alzó sin miedo para proclamar la Palabra Santa y la Piedad salvadora del Señor y la Señora de las Unidades.

Sorprendida, Liath se levantó de un salto. Wolfhere sonrió, desnudando sus dientes.

—No niegues que puedes leerlo, muchacha. Tanto tu padre como tu madre fueron instruidos por la iglesia... y a los seis años de edad, tú misma sabías leer los antiguos textos dariyanos con la habilidad de un erudito criado en el convento.

—Ya será menos —farfulló, avergonzada.

Ahora, la sonrisa de Wolfhere parecía menos forzada.

—Puede que no lo hicieras con la destreza de un adulto, pero te aseguro que tu habilidad resultaba sorprendente. Acompáñame a la armería. Tenemos que encontrar armas apropiadas para ti. La nieta de Ama Gisela está cosiendo los rebordes de las nuevas capas que vestiréis Hanna y tú.

Hanna ya estaba en la torre comprobando el peso de las espadas, arma que manejaba con torpeza. Llevaban diez días viajando y, durante ese tiempo, Hathui y Manfred habían comprobado su habilidad con la espada. Los resultados habían sido decepcionantes.

—Las Águilas no son soldados —estaba diciendo Hathui a Hanna cuando Liath y Wolfhere se detuvieron ante la pesada puerta ribeteada de hierro que conducía a la cámara circular de la base de la torre—. Pero debes saber cómo defenderte contra los bandidos y los enemigos del rey. ¿Qué sabes hacer, muchacha?

—Sé ordeñar las vacas y preparar queso y mantequilla —resopló Hanna—. Y preparar una buena comida para veinte viajeros, talar madera, preparar un fuego, salar y ahumar la carne, enriar y dar vueltas al lino...

Hathui soltó una carcajada a la vez que bajaba la espada. A ella no le faltaba el aliento.

—¡Basta! ¡Basta! —Ambas mujeres habían estado luchando y girando en círculos mientras Manfred utilizaba una vara para mantener a distancia a los niños, perros y pollos que infestaban el patio—. Nuestra Señora honra a aquellos que son castellanos de un hogar, pues Ella misma es la castellana de todos nosotros. Sin embargo, Hanna, la espada no es tu fuerte. Manfred, dale una lanza.

El hombre hizo lo que le pedía y Hanna solo pudo dedicar una breve mirada a Liath que parecía decir: «Ojalá estuvieras aquí y yo allí, junto a la puerta», mientras le devolvía la espada y tomaba la lanza.

—Es como una vara —dijo Hanna, mientras la cogía con maestría y empezaba a propinar golpes al grueso poste semienterrado en medio del patio. Para sorpresa de Liath, Hanna sonrió de repente—. Cuando llevábamos a pacer a las ovejas, Thanctmar y yo solíamos pelear con palos para pasar el rato.

Hathui no parecía impresionada.

—Cuando aprendas a manejar una lanza a lomos de un caballo podrás alardear todo lo que quieras. Un Águila desmontada es una mala compañía y, con toda probabilidad, un Águila muerta. Aquí te servirá de poco lo que admiraban las ovejas.

Hanna soltó una carcajada.

—He cabalgado sin parar durante diez días y no he desistido, aunque solo la Señora sabe las ampollas que tengo y dónde las tengo. Por Nuestro Señor que

también podré aprender esto.

—Y todavía tienes que aprender las artes de la espada —continuó Hathui, como si Hanna no hubiera hablado. Su tono era severo, pero ahora había una pequeña sonrisa en su rostro.

—Entremos —dijo Wolfhere.

Liath se agachó para cruzar el dintel, construido a poca altura para ofrecer una mayor protección, y al instante estornudó. Se secó las lágrimas de los ojos y parpadeó mientras Wolfhere encendía un fanal y rebuscaba entre las sombras de la sala. Todo estaba pulcramente ordenado: sacos de cebollas y zanahorias; cestas de judías, guisantes y manzanas; tarros de aceite; barriles de madera llenos de costillas recubiertas de manteca. Algo se estaba pudriendo. Más allá había cinco cofres cerrados con pasadores de hierro. Wolfhere se detuvo ante uno que tenía leones de bronce incrustados; sus goznes estaban bien engrasados, así que el cofre se abrió sin chirriar.

Mientras Liath se acercaba a él, pisó algo que quedó aplastado bajo su bota y al instante percibió el olor enfermizamente dulzón de la fruta podrida. Una mosca zumbó junto a su oído.

—Hathui me ha comentado que eres hábil con el cuchillo. Supongo que aprendiste esa técnica de tu padre Bernard mientras viajabais. Creo que por aquí hay una vieja espada que podrías utilizar. La recuperamos del fuerte.

—¿Qué fuerte? —preguntó, pero entonces supo que se refería a este lugar, al viejo fuerte dariyano construido por orden de Arki-kai Tangashuan setecientos años atrás, según los calendarios que ella conocía. Ahora se llamaba Steleshame y era una pequeña hacienda controlada por Gisela, una propietaria libre. Como era un destino oficial de las Águilas del rey, estaba bajo la protección del rey y no del conde local.

Wolfhere levantó un bulto envuelto en tela y lo desenvolvió lentamente.

—Es más corta y roma que las espadas a las que estamos acostumbradas, pero te resultará útil mientras te acostumbras a las artes de la espada. Hathui mencionó que blandías el cuchillo de carnicero con gran maestría.

Mientras retiraba la última capa de tela encerada, Liath observó el interior del arcón y contuvo el aliento. Sobre el lino amarillento descansaba un estuche y en su interior, un arco con la cuerda desatada. Tallado en el cuero rojo del estuche había un grifo con las alas extendidas que sostenía en su pico la cabeza de un ciervo. Las puntas de la cornamenta se habían transformado en las cabezas de águilas copetudas, sugiriendo que, al ser devorado, el ciervo se estaba transformando en el depredador que le había matado.

—¿Puedo? —preguntó.

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó Wolfhere, pero Liath ya había introducido las manos en el cofre y había sacado el estuche—. Ah. Obra de bárbaros. Observa la forma del arco.

Al estar descordado se curvaba de forma extraña, pero Liath conocía a la

perfección este tipo de arco. Dio la vuelta al estuche. Ningún adorno decoraba el otro lado, pero había diez símbolos dibujados en el cuero formando un círculo, como runas.

—¿Son letras? —preguntó. Wolfhere se encogió de hombros—. Es como el arco que tenía papá. Decía que procedía del este, que tenía un alcance inmejorable y la extraña propiedad de ser eficaz incluso a lomos de un caballo. Me enseñó a utilizarlo porque cuando viajábamos... —se interrumpió y miró a Wolfhere, que seguía arrodillado sobre el sucio suelo. Una espada corta descansaba sobre la tela encerada, a sus rodillas.

—¿Porque cuando viajabais qué...? —preguntó en voz baja—. Bernard y tú viajasteis durante largo tiempo, Liath, y jamás os quedasteis en ningún lugar durante mucho tiempo.

—Hasta que llegamos a Descanso del Corazón —dijo ella con amargura. Hasta que le imploró que se quedaran solo una estación más, y después otra, hasta que lo que papá temía se hizo realidad y sus enemigos les encontraron. ¿Por qué no contar la verdad a Wolfhere? Él no había estado allí cuando papá fue asesinado. Además, ahora estaba bajo su tutela—. Estuvimos huyendo. Siempre huyendo.

—¿De qué?

Su tranquilidad contrastaba con la terrible cólera que sentía por haber perdido a papá, por haber pasado tantos años asustada y escondiéndose para nada.

—Quizá de vos.

Wolfhere meditó su respuesta unos instantes, pero entonces se encogió de hombros y se levantó, sujetando la espada corta con ambas manos.

—Se decía que, como joven clérigo, Bernard viajó a lugares lejanos y exóticos; que fue enviado a las tierras oscuras para llevar la Palabra Santa a aquellos que viven en la noche. Sin embargo, apenas sé nada sobre esos viajes.

—¿Papá fue sacerdote? —le miró boquiabierta.

—¿No lo sabías, muchacha?

Movió la cabeza hacia los lados.

—¿Dónde crees que fue educado? ¿No conoces a su familia?

Negó en silencio de nuevo. Se había preguntado muchas veces si Wolfhere conocía la historia de papá, pero no se había atrevido a investigar por si él también decidía hacerle alguna pregunta. No había esperado que él le proporcionara voluntariamente ninguna información.

—Procedía de un linaje no demasiado poderoso que llegó del este en tiempos del imperio de Taillefer, cuando el Emperador decidió hacerse con el dominio de Wendar. Taillefer fracasó, pero eso no le desacredita, pues en aquellos días las tribus wendianas eran ingobernables y aún no estaban bajo la Luz de Dios. La familia de Bernard levantó sus propiedades en lo que eran tierras salvajes, del mismo modo que en la actualidad el rey Henry envía hombres y mujeres libres a las tierras que hay más allá del río Eldar para extender su reino hacia el este, hacia lo que todavía son tierras

bárbaras.

—¿Tengo algún pariente vivo? —Había estado sola tanto tiempo, primero en la aldea con sus padres y después en el largo camino con papá, que no podía creer que hubiera personas a las que estuviera unida por los vínculos de sangre y la obligación.

—La mayor parte de ese linaje ingresó en la iglesia, de modo que es poco probable que tuvieran algún hijo. Por desgracia, en la crisis que originó la sucesión de Arnulf el Viejo, apoyaron una demanda contra Arnulf y, por lo tanto, perdieron el favor real y una cantidad sustancial de propiedades. Sé que Bernard tenía una prima que sigue con vida, aunque los estados que administra no son ni la sombra de los que poseyó su abuela. Uno de sus hijos cabalga con los Dragones del rey y supongo que pronto lo veremos; otro es monje en la Abadía de San Remigius; y su hija ya debe de haber contraído matrimonio.

—¿Dónde está su propiedad? ¿Cómo sabéis todo esto? —Y la pregunta que no podía formular: ¿por qué papá nunca me lo contó?

—Cerca de Boldfeld. Llevo largo tiempo buscándote, Liath. —Su modo de hablar, severo y casi despiadado, la hizo estremecer. Retrocedió un paso, asustada—. Era el compañero leal de tu madre en otros asuntos, de modo que estoy vinculado a ella de formas que no puedes comprender.

—¿Qué formas? —Liath no deseaba hacerle aquella pregunta, pero no pudo hacer nada por evitarlo. Había demasiadas cosas sobre sus padres que deseaba saber.

—Tu madre fue una de esas personas a las que denominamos magos. Y eso es lo que soy yo, pero de un modo más pobre.

—Entonces... —no logró que las palabras salieran por su asfixiada garganta. Eres sorda a la magia, Liath, le había dicho siempre papá. Sin embargo, había dibujado el contorno de la Rosa en la mesa, sin quemarse la mano—. ¿Entonces por qué estáis con las Águilas?

—Buena pregunta. Presté juramento en las Águilas cuando tenía aproximadamente tu edad, pequeña. La verdad es que, en cuanto recibes la insignia de Águila, jamás puedes abandonarlas. Lo mismo les ocurre a aquellos que se entregan al servicio de los Dragones, que prefieren morir antes que retirarse. Y también a la guardia real de soldados de infantería, los Leones, aunque también se dice que los viejos Leones suelen estar descansando en sus campos mientras sus mujeres administran sus propiedades.

—¿Cómo conocisteis a mis padres?

—Nuestros caminos se cruzaron. ¿Qué sabes de la magia, Liath?

—N-nada —pero su lengua se trabó traicioneramente en la palabra.

—Debes confiar en mí, pequeña.

—¿Cómo puedo confiar en vos o en cualquier otra persona? —espetó ella. Sujetó con más fuerza el estuche y sintió la suave madera del arco presionando su cadera—. Papá y yo estuvimos escapando todos esos años para nada. No sé quién le mató. Podríais haber sido vos o alguna persona que trabajara para vos. O podría haber sido

una persona que también fuera vuestra enemiga. Nunca lo sabré. Papá solo me transmitió los conocimientos de un erudito. Apenas me enseñó nada del mundo. Ni siquiera sabía que tenía una prima, un hogar al que hubiéramos podido huir... —Se interrumpió al ver la expresión de Wolfhere, Su sonrisa torcida, la ligera oscilación de su cabeza.

—Cuando Bernard abandonó la iglesia, sus parientes lo repudiaron. Se fue por una razón bochornosa. Por amar a una mujer, por amar a Anne, tu madre.

Liath se sonrojó por el calor de su propia vergüenza.

—Son muchos los miembros de la iglesia que dicen haber consagrado su vida a Nuestro Señor y Nuestra Señora y, sin embargo, no mantienen sus votos —mientras decía esto, deslizó su mirada hacia las sombras. Empezó a temblar y se le helaron las manos, recordando a Hugh.

—Pero raramente abandonan la iglesia. Todos nosotros dependemos de la Gracia y la Piedad de Nuestra Señora y Señor para que perdonen nuestros pecados. Una falta puede ser perdonada si hacemos penitencia. Sin embargo, Bernard dio la espalda a la iglesia. Según tengo entendido, se involucró en la Herejía del Cuchillo y después conoció a Anne. Para su familia, que contaba con diversos hombres y mujeres santas entre sus ancestros, fue como si hubiera renegado de las enseñanzas de Daisan el Bendito y el Círculo de Unidad.

—¡Eso no es cierto!

—Siempre se ha murmurado que los mathematici, aquellos que observan los cielos y registran sus movimientos y su influencia sobre el plano de esta tierra, no veneran a Nuestro Señor y Señora, sino a los daimones del aire cuyo conocimiento es mayor que el nuestro y su visión, más aguda. Son tan antiguos como la creación y están por debajo de los ángeles, pero son demasiado orgullosos para inclinarse ante Nuestra Señora y Señor o para ocupar el lugar que les corresponde en la Cámara de Luz.

—¡Pero eso no es cierto! ¡Papá no creía en tales cosas! Era un buen hombre. Rezaba tanto como cualquier otra persona.

—Yo no he dicho que fuera cierto, Liath. Solo he constatado lo que otros piensan de aquellos que están versados en el antiguo conocimiento de la magia. Harías bien en recordar esto.

—Papá siempre decía que la gente cree lo que quiere creer, sea cierto o no. —Parpadeó para secar las lágrimas de sus ojos y se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Pero yo soy sorda a la magia, Maese Wolfhere, de modo que no importa lo que sepa.

—¿De verdad lo crees? —preguntó con suavidad.

—¿Aún no habéis terminado ahí dentro? —preguntó Hathui desde la puerta, asomando la cabeza y observando la marca que Wolfhere había dejado en un soporte de hierro—. La pobre Hanna ha terminado y necesita descansar. ¿Puedes pedir a Liath que salga?

Wolfhere recogió la espada corta y se levantó. Liath le siguió al exterior y, apoyando el estuche del arco contra la pared de piedra, sopesó la espada. Era pesada, pero podría acostumbrarse a manejarla.

—Es un buen arma —comentó Hathui, acercándose para examinarla—. Forjada para matar, no para ser hermosa en manos de un noble que ordena a otros que luchan por él.

—¿No eres de cuna noble, Hathui? —preguntó Hanna desde el lugar que ocupaba, apoyada contra la pared de la torre. Parecía cansada, pero no estaba dispuesta a sentarse.

—¿Acaso lo dudabas? —espetó Hathui—. Mi madre es una propietaria absoluta que no tiene obligación alguna hacia ningún señor. Su hermana, su hermano y ella viajaron al este hace varios años, en la época en que Arnulf el Joven ofrecía terrenos a aquellos que estuvieran dispuestos a cruzar el Eldar y construir propiedades en tierras paganas. Mi tía fue asesinada por los jinetes qumanos, pero mi madre y mi tío aún trabajan esas tierras. Han conseguido cultivar más campos que cualquier otro propietario de nuestro valle. ¿Qué es esto? —Distraída, frotó la hoja de la espada en el punto en que se unía a la empuñadura. El brillo de su sudor sobre el hierro hizo que las letras centellearan durante unos instantes.

—Esta buena espada es amiga de Lucian, hijo de Livia —leyó Liath, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Esta espada habría pertenecido al mismo Lucian que había tallado en piedra su amor por una mujer pelirroja? De repente advirtió que los demás la miraban boquiabiertos, excepto Wolfhere. Los tres niños que habían presenciado el duelo de Hanna y Hathui se acercaron un poco más, observando con atención a aquella exótica joven que, aunque no llevaba hábitos de diaconisa, sabía leer unas palabras tan antiguas, Liath pensó de inmediato en las palabras de Wolfhere: «Salo he constatado lo que piensan otros».

—No sabía que habías sido educada en la iglesia —dijo Manfred, tan sorprendido por esta revelación que permitió que todos oyeran su voz.

Hathui carraspeó con fuerza y corrió hacia los niños para que se retiraran.

—La educación eclesiástica no te salvará la vida cuando te ataquen los paganos —dijo, mientras le indicaba por señas que accediera al patio de los establos, que estaba casi tan limpio como el de Ama Birta. Entonces añadió, quizá con compasión —: recuerda, muchacha, que no hay nada como un arma apreciada. Ahora lucha conmigo. Voy a realizar una serie de ataques.

Hathui era más rápida, más fuerte y más alta; además, su sable tenía un alcance mayor que la espada corta de Liath. Tras unos cuantos movimientos de ataque, anunció que estaba satisfecha y que creía que pronto sería capaz de defenderse con la espada. Liath, jadeante y sudorosa, tenía un terrible cardenal en la rabadilla por un golpe que le había propinado Hathui con la parte plana de su arma.

—Manfred tallará algunas varas de madera de la longitud de las armas que habéis elegido —añadió Hathui, mientras Liath y Hanna intercambiaban miradas—, y cada

día, cuando nos detengamos para que descansen los caballos, practicaremos con ellas.

Liath avanzó cojeando hasta la pared, espantando a los pollos con los pies para que la dejaran pasar. Tendió la espada a Hanna, sacó el arco de su estuche y, sujetándolo por su empuñadura, empezó a girarlo lentamente. Entonces lo acercó un poco más a sus ojos y pudo distinguir tres capas: un eje de madera, dos bandas de cornamenta unidas al vientre y tendones dispuestos a lo largo de la parte posterior, que había sido pintada de color carmesí. Diversas líneas y grietas perturbaban el brillo de la pintura. Los extremos del arco estaban cubiertos por capuchas de bronce en forma de cabezas de grifo, cuyos afilados picos sostenían la cuerda del arco. Era un arma sólida.

En el estuche encontró una cuerda de seda. Se humedeció los dedos y deslizó la cuerda entre ellos para alisar sus deshilachados extremos. Entonces, sujetó el arco entre sus rodillas y, gruñendo, ensartó la cuerda.

Apuntó hacia la puerta de la empalizada para probar el arma y advirtió que en la cara interior del cuerno había diminutas salamandras con los ojos moteados en azul y unidas entre sí mediante aros entrelazados. Letras antiguas se deslizaban como el agua por el vientre del arco, entre las salamandras. Las siguió con la mirada y pudo leer:

Me llamo Buscador de Corazones.

Hathui se había acercado a la artesa para humedecerse el cabello y la cara. Mientras regresaba, goteando, indicó a Hanna que la imitara y se detuvo para examinar el arco.

—Es un estuche qumano —dijo sin admiración—. Los reconozco. Encontramos bastantes entre los cadáveres de los soldados qumanos y los liberamos de la mancha de sus manos impías, de esos desagradables adornos. El arco también debe ser obra suya. Eran más cortos que los nuestros y se curvaban hacia atrás, pero eran igual de letales y sus flechas estaban envenenadas. ¡Salvajes! —escupió en el suelo.

Las letras parecían dariyanas, pero habían sido alteradas de formas sutiles. No eran idénticas a las que habían sido talladas en la piedra del viejo fuerte, ni a las que habían sido grabadas en la empuñadura de su nueva espada, ni a las que había leído en los viejos pergaminos desmenuzados que descansaban en los scriptoria de los monasterios en los que se habían cobijado papá y ella durante sus viajes.

Buscador de Corazones. Las palabras llegaron a sus labios, pero no se atrevió a pronunciarlas en voz alta. Nadie más parecía haber advertido aquellos extraños y delicados grabados. La parte posterior del arco carecía de marcas, excepto las de la pintura. El arma solo hablaba en su curva interior, mirando al arquero. Liath prefirió guardar silencio, recordando lo que siempre le decía papá: «Las palabras que pronuncias de forma precipitada pueden ser utilizadas en tu contra, como armas». O: «¡guarda silencio, Liath! Si dices en voz alta tus secretos estarás actuando como un mercader que abre un cofre lleno de joyas ante cada persona que pasa por el camino, dando a conocer su tesoro a los bandidos».

Como el Libro de los Secretos. No miró hacia los establos, donde había guardado su equipo de montar. Estaba segura de que Wolfhere sospechaba que llevaba el libro consigo, pues estaba delante cuando Hanna se lo arrebató a Hugh. Jamás lo había mencionado ni le había hecho ninguna pregunta sobre él, pero a Liath eso le hacía recelar.

—¿De dónde ha salido? —preguntó, señalando el arco.

—Nunca lo había visto —respondió Wolfhere—, pero hacía cinco años que no venía a Steleshame.

—Estuve aquí hace dos años y tampoco recuerdo haberlo visto —dijo Hathui—. ¿Manfred?

El hombre sacudió la cabeza y extendió una mano para coger el arco. Liath vaciló unos instantes, pero se obligó a sí misma a entregárselo. Manfred lo examinó, cogió una flecha de su carcaj y la disparó contra la empalizada. Cuando la punta se hundió en la madera, los pollos corrieron por el patio, los perros empezaron a ladrar y los niños gritaron.

Gruñó satisfecho y le devolvió el arco a Liath, sin hacer ningún comentario sobre los grabados.

Ama Gisela salió de la residencia principal, seguida por su corte, formada por las mujeres de su propiedad. Por la mañana, cuando habían llegado, Liath había visto hombres, niños y otras mujeres trabajando en la aldea y en los campos que rodeaban Steleshame. Gisela, una mujer corpulenta con el brillo de la autoridad en sus ojos azules, sostenía una cuchara que aún estaba mojada de caldo. A Liath se le hizo la boca agua. A sus espaldas, unas niñas trabajaban con husos, bajándolos y levantándolos de nuevo para hilar hebras de lino.

—Espero, Maese Wolfhere —dijo Gisela con severidad—, que no pretendáis practicar el tiro con arco dentro de estos muros. No me importa que utilicéis las espadas, pero deberéis practicar con el arco lejos de aquí. Siento un gran aprecio por mis pollos y por los niños de la fortaleza.

—Os pido disculpas, Ama —dijo Wolfhere. Entonces señaló el arco y el estuche y le preguntó—: ¿recordáis cuándo llegó esto a Steleshame?

La mujer frunció el ceño.

—No lo había visto antes. Deberíais preguntárselo al herrero, pues está mejor informado sobre las armas que entran y salen de la fortaleza.

El hecho de que Steleshame tuviera su propio herrero era una marca de prestigio concedida por la protección del rey. El herrero, un hombre bajito y corpulento con la tez casi tan oscura como la de Liath, por los años que llevaba trabajando con fuego y ceniza, tampoco había visto nunca el arco ni el estuche ni sabía cuándo había llegado allí. Nadie lo sabía. Gisela ordenó que los niños regresaran a sus tareas y que las mujeres siguieran tejiendo e hilando.

Fue ella quien presidió la comida del mediodía, que consistió en pollo asado, puerros, pan, queso, aguamiel y manzanas. Cuando terminaron de comer y después

de que todos hubieran brindado por Santa Bonfilia, cuya festividad se celebraba aquel día, Gisela pidió a su sobrina, una atractiva joven de cabello rubio claro, que fuera a buscar las dos capas nuevas.

—Hiladas el pasado invierno —anunció—, con lana andallana de las Montañas Pyrani. La lana de esa región es especialmente fuerte y abrigada. El marido de mi prima me trajo cuatro sacos de Medemelacha.

—Medemelacha está muy lejos de aquí —comentó Wolfhere.

—Realiza el trayecto en barco cada dos años —explicó Gisela, con orgullo—. Tenemos una propiedad tan próspera que podríamos alimentar al rey si su marcha pasara por aquí.

—Tened cuidado con lo que deseáis —murmuró Hanna—. No quiero ni imaginar como sería tener que alimentar a todas las personas que viajan con el rey.

—Han pasado seis años desde la última vez que el rey visitó Gent —dijo Wolfhere con calma, ignorando la presunción de Ama Gisela—. Y con los problemas que existen en la actualidad, es muy posible que pronto veáis cumplido vuestro deseo.

La mujer asintió enérgicamente.

—Los Dragones pasaron por aquí hace doce días, como ya os dije. Pero tenían tanta prisa que no pude hacer más que darles provisiones mientras el herrero comprobaba sus armaduras y su equipo. Después siguieron adelante.

Mientras Gisela hablaba, Liath advirtió con sorpresa que su sobrina se sonrojaba y levantaba un poco los brazos para ocultar su rostro con las capas.

Ama Gisela soltó una risita a la vez que movía la cabeza.

—Espero que los Dragones consigan ahuyentara los Eika. Gent está tan solo a tres días de viaje, si las lluvias no son malas. El marido de mi prima suele viajar hasta allí y navegar por el río Vesper hasta el mar del norte; entonces recorre el litoral de Wendar y, virando al sudoeste, navega por la costa de Varre hasta llegar a Salia. Si los Eika continúan atacando o si nos invaden, como dicen que han hecho esta primavera... bueno —levantó las manos, angustiada, aunque Liath sospechaba que disfrutaba hablando ante una audiencia que podía apreciar la importancia de su familia y su lejano parentesco—. ¿Cómo podremos comerciar por mar si el río está en manos de salvajes?

—Lo mismo me pregunto yo. Os agradezco vuestra hospitalidad, Ama —Wolfhere se levantó y Gisela le imitó—, pero ahora debemos ponernos en marcha.

Hizo una señal y todos los presentes se levantaron y se retiraron de la mesa.

—Acércate, muchacha —dijo Gisela con sequedad. Su sobrina, vacilante y todavía sonrojada, obedeció y le tendió las capas a Wolfhere. Este las cogió, se giró y entregó una a Hanna y la otra a Liath.

—¡Qué trabajo más delicado! —exclamó Hanna, bastante sorprendida.

—Os agradezco el cumplido —dijo Gisela—. No me cabe duda de que durante vuestro viaje oiréis decir que Steleshame es famoso por sus tejidos. En la sala de tejedura solo acepto a aquellas mujeres que gozan de buena salud y son hábiles en el

arte. A las demás las vendo o las envío a los campos junto a los hombres. Todas las hijas de mis parientes que demuestran ser hábiles costureras se crían aquí conmigo hasta que contraen matrimonio.

Liath se limitó a sonreír mientras acariciaba la gruesa capa gris. Estaba ribeteada con un trozo de tela de un tono escarlata tan oscuro como la sangre, con águilas bordadas en oro. Se acercó a la sobrina.

—¿Lo has bordado tú? —preguntó. La hermosa joven asintió y se sonrojó de nuevo—. Es preciosa. Siempre que la lleve puesta pensaré en ti.

La sobrina sonrió vacilante, pero entonces preguntó en voz baja:

—¿Veréis a los Dragones?

—Supongo que sí.

—Quizá podríais preguntar... —se interrumpió con expresión mortificada. Entonces añadió con un hilillo de voz—: no, seguro que él no piensa en mí.

—¿Disculpa?

Pero los demás ya se habían alejado y a Liath no le quedó más remedio que seguirlos. Los mozos de cuadra habían ensillado los nuevos caballos. Hathui ya había montado y parecía impaciente por ponerse en marcha.

—Puedo cabalgar bastante bien —estaba diciendo Hanna—, pero temo que Liath aún no haya recuperado las fuerzas. —Miró hacia la puerta y al ver que la había oído, añadió con brusquedad—: ¡sabes que es cierto!

—Tengo fuerzas suficientes —replicó, pues no deseaba quedarse en Steleshame mientras los demás cabalgaban hacia Gent. Quería ver a los Dragones, a los soldados junto a los que Ivar siempre había deseado luchar y jamás podría hacerlo. Deseaba conocer al hijo del primo de papá.

Además, no podía dejar a Hanna ni a Wolfhere. Ellos la protegían de Hugh. Si se quedaba en este lugar, sería vulnerable y Hugh la atraparía. Sabía que lo haría.

—Creo que Liath tiene fuerzas suficientes —dijo Wolfhere con placidez—. De hecho, se ha recuperado más deprisa de lo pensaba.

Se acercó a ellas y con una señal les indicó que guardaran silencio. Cerró la capa de Hanna alrededor de sus hombros con un broche de bronce y después hizo lo mismo con Liath. Sus manos eran firmes y decididas.

—Estas capas indican que cabalgáis bajo la protección de las Águilas —explicó, antes de indicarles que debían montar y prepararse para partir.

—Las Águilas también llevan el sello del rey como insignia —comentó Hanna, pues su madre solía recalcar este tipo de detalles.

—Todavía no os habéis ganado el derecho de llevar su emblema —respondió, acercando una mano a la insignia de bronce que pendía de su túnica, junto a su garganta—. Antes tendréis que aprender los preceptos que rigen la conducta de un Águila y prometer que los acatareis. —Hizo una pausa y miró a Hathui y Manfred. Ambos llevaban el sello estampado en insignias circulares. Eran jóvenes y llevaban menos tiempo al servicio de las Águilas que Wolfhere, pero sus insignias parecían

viejas.

Liath oía a alguien cantado en los campos. La puerta se abrió y aparecieron dos muchachos con dos lechones que chillaban y gruñían sin parar. Llevaban a los animales a la pequeña cabaña situada en el rincón más alejado del complejo, donde serían sacrificados para el banquete de la noche. Hathui, incapaz de esperar ni un minuto más, espoleó a su caballo y avanzó hacia la puerta.

—Y por último —dijo Wolfhere—, debéis saber que ningún hombre ni mujer recibe el emblema de Águila hasta que ha visto morir a un compañero. La muerte siempre está al acecho. No nos convertimos en verdaderas Águilas hasta que aceptamos y comprendemos que deseamos pagar ese precio por nuestro servicio y por nuestro rey.

Diez días después de abandonar Steleshame, Liath cabalgaba junto a Wolphere y el pequeño grupo de Águilas hacia las tierras bajas del oeste de Gent, abriéndose paso entre una marea de refugiados. Estos llegaban en carromatos o a pie, caminando junto a sus asnos o sus vacas, transportando jaulas en las que se confinaban pollos y gansos, o tirando de niños, arcones y sacos de nabos marchitos y tarros protegidos por cestas de centeno y cebada. El equipaje que habían desechado aquellos que habían conseguido abandonar sus hogares con más posesiones que la vida ensuciaba el viejo camino. Sus pasos habían convertido en barro el sendero mojado y, allí donde el bosque se retiraba del camino, las roderas de sus carros habían abierto nuevos senderos entre la hierba.

Wolphere vio un noble montado a caballo, vestido con una delicada túnica de lino y acompañado de dos carromatos, cinco sirvientes y diez vacas. Se acercó a él y le pidió que le acompañara a un lugar más apartado. Tras una breve conversación, el noble y su séquito volvieron a ponerse en marcha hacia el oeste. Wolphere regresó junto a sus compañeros con una expresión sombría en el rostro.

—¿Son los habitantes de Gent? —preguntó Liath, observándoles. No eran hordas, sino un flujo constante de personas. Era la primera vez que veía tanta gente en el camino. Cuando viajaba con papá, las únicas personas que encontraban a su paso eran los mercaderes que comerciaban entre un pueblo y el siguiente, y los fraters, clérigos y mensajeros que viajaban sirviendo al rey y a la iglesia.

Al pensar en los clérigos recordó a Hugh. Sintiéndose indispuesta, cerró los ojos unos instantes y reprimió el impulso de mirar atrás para ver si estaba siguiendo sus pasos. De algún modo, en algún lugar, Hugh sabía donde estaba. Podía sentirlo.

—No, muchacha. Son los campesinos de las propiedades y aldeas que rodean la ciudad. Gent tiene murallas. —La voz de Wolphere le ayudó a calmarse.

—¿Y por qué no se han refugiado en el interior de la ciudad?

Wolphere sacudió la cabeza.

—No sabría responderte... pero si no lo han hecho, mucho me temo que quienes viven en el interior de las murallas han corrido peor suerte.

Muchas de las personas que se dirigían al oeste se detenían para preguntarles:

—¿Traéis noticias del rey?

—¿Qué hay de la condesa Hildegard? ¿Ha llegado ya? Dicen que ha reunido a sus

parientes y que se ha puesto en marcha para salvar la ciudad.

—¿Cuándo se marcharán los Eika? ¿Cuándo podré regresar a salvo a mi granja?

—¿El rey Henry vendrá con un ejército? —preguntó una mujer anciana, con la falda salpicada de barro.

—¿No están aquí los Dragones? —le preguntó a su vez Wolfhere.

—Son tan pocos, y los Eika tantos...

—¿Cuántos? —preguntó, pero la mujer ya se había vuelto a poner en marcha, tirando de su carreta. Sus seis hijos corrían tras ella, con los rostros demacrados por el miedo.

Después del mediodía el camino quedó vacío, excepto por algún rezagado. Poco después se cruzaron con una diaconisa que avanzaba a pie; su túnica blanca y su tabardo estaban salpicados de barro y tierra. Sus siervos tiraban de dos mulas: una cargaba con el enorme Círculo de plata que antaño había adornado el Hogar, y la otra con el cáliz, los libros sagrados y un paño de altar bordado en oro y doblado precipitadamente. Todo ello había sido rescatado de la iglesia que habían tenido que abandonar.

—No sigáis adelante, personas honradas —dijo a Wolfhere, indicando a sus siervos que se detuvieran—. Dad media vuelta mientras aún estéis a salvo e informad al rey de que Gent ha sido sitiada.

—¿Por qué no os habéis refugiado en el interior de la ciudad? —preguntó Wolfhere.

—Están atacando las tierras que la rodean. —Liath tenía la impresión de que la mujer estaba demasiado calmada, dada la gravedad del desastre—. Están por todas partes, buen mensajero. Gent está rodeada. Predico en las tierras y propiedades del oeste de la ciudad, de modo que pude escapar después de cerciorarme de que todos mis parroquianos habían abandonado a salvo sus hogares. Ignoro qué ocurre al este de la ciudad y el río, aunque hace veinte días que veo ascender columnas de humo. Es como si estuvieran ardiendo varios fuegos a la vez.

Hathui respiró hondo.

—Hay fuegos nuevos y viejos —anunció—. Y polvo, como si se estuviera moviendo una gran horda. —Movi6 la cabeza para observar el oeste y después la volvió hacia el horizonte del este. Entonces se dirigió a Liath y Hanna—. ¿Podéis ver que el cielo y las nubes tienen un color diferente? Debéis tener en cuenta este tipo de cosas y aprenderlas. —Inhaló de nuevo—. Percibo un olor distinto; es como aire que llevara demasiado tiempo encerrado entre muros de piedra. Qué extraño.

Hizo una señal a Manfred, que se adelantó y, tras dejar atrás a la diaconisa y sus siervos, se detuvo unos cincuenta metros más adelante, sobre una elevación que le ofrecía una mejor panorámica. Los árboles aún no les permitían ver la torre de la catedral.

Liath solo percibía el fuerte olor de la lluvia que se aproximaba desde el norte, desde el lejano mar. Las nubes grises descendían sobre la tierra, aunque todavía

quedaban algunos claros azules.

—La tormenta se acerca desde el mar —anunció la diaconisa, cepillando el barro de la manga de su túnica. Entonces suspiró, como si acabara de darse cuenta de que era una empresa inútil—. Debo irme, buen hombre. Llevo conmigo un hueso del dedo de Santa Perpetua. Una reliquia sagrada no debe caer en manos de salvajes.

—Marchad entonces —dijo Wolfhere.

—Id con mi bendición.

Tras bendecir a las Águilas, la diaconisa se puso en marcha. Sus nerviosos sirvientes parecían complacidos de poder seguir adelante.

Wolfhere estaba más serio que antes, si tal cosa era posible. No habían dado más de doscientos pasos cuando el caballo de Manfred, que iba al frente, se asustó e intentó retroceder. Hathui y Wolfhere sacaron sus espadas al instante, mientras Manfred intentaba calmar a su montura. Entonces, los demás animales percibieron el olor y, echando hacia atrás las orejas, empezaron a caminar de lado. Liath sujetó con fuerza los estribos y soltó ligeramente las riendas, a la vez que cogía el arco y colocaba una flecha.

El camino serpenteaba dejando atrás un montículo de árboles que se unían con el horizonte del este. Campos de centeno descansaban bajo la amplia curva de un riachuelo que fluía hacia el este y desembocaba en el río Vesper.

—Ahí están —dijo Hathui, señalando con la cabeza el montículo.

¿Cómo puede estar tan tranquila?, se preguntó Liath.

—¡Ay, Señora! Estoy aterrada —susurró Hanna, acercando su caballo a Liath. La lanza se le había resbalado de las manos y ahora descansaba sobre su bota derecha.

—Si vamos a campo través podremos aventajarlos —dijo Wolfhere.

Giraron a la izquierda y se abrieron paso entre los campos. Los verdes tallos de centeno se doblaban bajo los cascos de sus caballos y se alzaban de nuevo a sus espaldas. Liath miraba constantemente hacia atrás, hacia el montículo, con una mano en las riendas y la otra en el arco y la flecha. Empezó a llover y pronto tuvo el cabello empapado, pero no se atrevió a ponerse la capucha porque temía que su visión quedara limitada. De repente, cuando el viento cambió, percibió el olor que tanto había asustado a los caballos.

Tenía un regusto árido, como el que sientes en el aire que el polvo y el viento han secado: el de las piedras calentadas hasta agrietarse o el del almizcle de una caverna habitada por dragones.

—¡So! —gritó Hathui.

¡Allí! Entre los árboles aparecieron tres perros de color gris hierro, los perros más grandes y feos que Liath había visto jamás. Cinco Eika corrían tras ellos, armados con lanzas. Arrojaron sus armas al unísono, como si de una mente colectiva se tratara. Casi todas resbalaron entre el centeno sin causar ningún daño, pero una de ellas se hundió temblorosa en el suelo, a los pies del caballo de Hanna. El animal se levantó sobre sus patas traseras y Hanna salió despedida de su montura.

Hathui bajó de un salto de su caballo.

—¡Liath! —gritó Wolfhere—. ¡Cabalga hacia la ciudad!

Ahora que el montículo había quedado atrás, Liath podía ver la lejana torre de la catedral de Gent. La piedra gris se alzaba hacia las nubes grises y, más allá, en el este, ascendían oscuras columnas de humo.

Hanna intentó ponerse en pie, pero se le escapó un gemido y se llevó una mano a la rodilla. Manfred cabalgaba al galope hacia los Eika, con la espada en alto. Las criaturas ya habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba y los perros corrían hacia ellos, alzando sus hocicos al viento.

No puedo ir.

En ese instante, Liath supo que no podría marcharse hasta que Hanna estuviera a salvo. Sin Hanna...

—Sin Hanna ya estaría muerta —dijo en voz alta. Hanna era la única persona en quien realmente podía confiar—. Ella es quien me protege.

Levantó el arco y colocó una flecha.

Apuntó hacia uno de los perros. Lo veía con claridad: la saliva goteaba en sus mandíbulas y en su larga lengua, que colgaba a un lado del hocico. Era realmente monstruoso, con grandes colmillos, un estómago hueco y los costados huesudos y larguiruchos.

Disparó.

El perro cayó al suelo, lanzando terribles gemidos. Sus dos compañeros corrieron hacia él y, para horror de Liath, empezaron a desgarrar su carne.

El altercado detuvo los pasos de los Eika y Liath aprovechó su confusión para colocar otra flecha en el arco y apuntar al que tenía más cerca. Mientras disparaba, observó el brillo blanco como el hielo de su cabello trenzado.

El Eika cayó como una piedra, con la flecha clavada en su pecho de bronce. ¿Sería su piel o una armadura? Lo miró aterrada, incapaz de reaccionar. Entonces, sus manos buscaron a tientas el carcaj para coger otra flecha. Se oyó un terrible aullido cuando los guerreros se detuvieron a olfatear a su compañero caído; entonces el primero, después el segundo y por último el tercero echaron a correr hacia Manfred. El cuarto se detuvo junto a los perros e intentó separarlos a golpes del cadáver, que todavía se crispaba.

Otra docena de Eika y cuatro perros más salieron del montículo de árboles. Sus gemidos y agudos ladridos le perforaban los oídos, pero no sabía qué criatura emitía cada uno de aquellos sonidos. Sus enemigos descendían a toda velocidad la colina, dirigiéndose hacia ellos.

—¡Liath! —Wolfhere cabalgó hacia ella—. ¡Márchate!

Hizo un gesto con una mano, un gesto absurdo que Liath fue incapaz de comprender. Por un instante sintió un suave tirón en el corazón: Debo ir. Tengo que cabalgar hacia Gent. Pero entonces descubrió que sus manos habían cogido otra flecha. La colocó en el arco y apuntó. Este Eika también tenía el cabello

sorprendentemente blanco y su abdomen era una llamativa combinación de colores azules, amarillos y blancos. Debajo de la pintura percibió un destello cobrizo, como si su piel estuviera cubierta por una suave lámina de metal. Disparó.

El Eika se desplomó, con una flecha clavada en el pecho.

Sus tres compañeros habían alcanzado a Manfred, que movía la lanza a diestro y siniestro para mantenerlos a una distancia prudencial. Tras ayudar a Hanna a montar, Hathui sujetó las riendas de su caballo. Una lluvia de lanzas cayó sobre ellas, hiriendo a Hathui en el muslo izquierdo. Wolfhere se adelantó para ayudar a Manfred mientras Hanna estiraba el brazo para ayudar a montar a su compañera, pero esta se sujetó con fuerza a la perilla de la silla y pronto estuvo sobre su montura.

Liath colocó otra flecha y apuntó. ¡Allí! Un hacha se precipitaba contra la espalda de Manfred. Disparó.

Un Eika se tambaleó y cayó al suelo mientras el hacha resbalaba de su mano inerte. Solo quedaban dos... sin contar a la docena que corrían hacia ellos desde la colina y los terribles perros. Uno de ellos saltó y mordió los cuartos traseros del caballo de Manfred. El animal levantó las patas y lo golpeó con fuerza, obligando al Águila a sujetarse a la perilla de su silla. Estuvo a punto de perder la lanza.

Todo sucedía con tal rapidez que resultaba imposible percibir algo más que su propio miedo, y aquellos rostros completamente inhumanos, y aquellas zancadas más rápidas que las de un ser humano, y aquellas manos provistas de garras blancas que parecían hueso afilado, y aquella piel terrible y extraña, más parecida a metal escamado que a carne.

Con tal rapidez que resultaba imposible percibir algo más que su desventaja numérica: había demasiados Eika y muy pocas Águilas. Liath apuntó y disparó, pero le temblaban tanto las manos que la flecha se clavó en el suelo a veinte pasos de la escaramuza que se desarrollaba alrededor de Manfred. No había tiempo que perder. Antes de que pudiera contar hasta veinte, los demás estarían sobre él.

Sonó un cuerno.

Un sonido claro, sostenido. Entonces dejó de llover y el sol se abrió paso entre las nubes. Liath oyó caballos.

¡Allí! Por el este se aproximaban seis jinetes protegidos por cotas de malla, pesados cascos de hierro tachonados de latón y capas negras. Un amenazador dragón negro adornaba sus brillantes tabardos dorados. Los dos Eika que hostigaban a Manfred retrocedieron hacia sus compañeros. De pronto se oyó un fuerte silbido procedente del montículo y Liath, sobresaltada, estuvo a punto de perder el arco. Uno de los perros echó a correr hacia la colina; el otro vaciló, pero entonces se abalanzó hacia los jinetes, que le cortaron el cuello en un abrir y cerrar de ojos.

Los Dragones avanzaron al galope hacia Wolfhere, que se había adelantado para recibirlos. Liath llegó después, seguida de Hanna y Hathui. Manfred permaneció en el campo, vigilante.

—¡Águilas! —gritó el jinete que cabalgaba al frente. No se quitó el casco, de

modo que Liath solo pudo ver unos ojos azules, una barba rubia y una expresión sombría tras las protecciones de la nariz y las mejillas del casco—. Imagino que ese silbido es una señal de que necesitan refuerzos. Os escoltaremos hasta la ciudad.

—Hay una diaconisa —dijo Wolfhere, señalando hacia el oeste—. Lleva consigo una reliquia sagrada y solo abandonó su iglesia después de asegurarse de que su pueblo había podido escapar a salvo. Ella y la reliquia deben ser protegidas.

El Dragón asintió con frialdad.

—La escoltaremos hacia el oeste, hasta donde nos sea posible.

—¿Cómo están las cosas en Gent? —preguntó Wolfhere.

—Hemos contado cincuenta y dos barcos Eika, y han llegado más desde que estamos aquí. Desean derribar los puentes de Gent para poder invadir las tierras del interior a su antojo, a lo largo del Vesper. El alcalde de Gent no está dispuesto a que eso ocurra.

—¿La ciudad será sitiada?

—Ya lo está. Sus fortificaciones recorren la mitad de la costa oriental.

Wolfhere se giró.

—Hathui, llévate a Hanna y cabalgad con estos Dragones. Seguiréis a la buena diaconisa hasta Steleshame y la dejaréis allí. Después cabalgaréis hacia el sur para llevar esta amarga noticia al rey Henry.

La sangre se deslizaba por la pierna de Hathui, que tenía los labios apretados por el dolor.

—De acuerdo —respondió sin vacilar.

Sin más, dio media vuelta y Hanna la imitó, lanzando una mirada desesperada a Liath. Al otro lado del campo, a la sombra del montículo, los Eika esperaban, alzándose como estatuas de piedra, observando a sus enemigos.

El Dragón levantó el casco y se llevó a los labios un silbato de madera que colgaba de una cadena de plata alrededor de su cuello. Sopló con fuerza. Liath no oyó nada, pero los perros Eika empezaron a ladrar enloquecidos. A patadas, sus amos les obligaron a guardar silencio. El Dragón silbó una vez más, pero tampoco se oyó ningún sonido. Entonces, guardó el silbato bajo la cota de malla y cubrió de nuevo su rostro con el casco.

—Cabalgad hacia Gent —le dijo a Wolfhere—. Cabalgad deprisa. Habrá más Eika, muchos más, y pronto. Y no olvidéis esto: sus perros son peores que ellos.

Tomó las riendas de su caballo y, dejando atrás a Wolfhere y Liath, cabalgó hacia Hathui y Hanna, que se dirigían ya hacia el oeste. Sus cinco compañeros le siguieron. Más de la mitad de los Eika que les observaban echaron a correr, como si pretendieran seguir a las dos Águilas y su escolta de Dragones hasta el Abismo. Hanna se giró por última vez sobre su montura y levantó una mano... pero la bajó al instante al ver que les seguían los Eika.

—¡Al galope! ¡Vamos, Manfred! —ordenó Wolfhere.

Liath obedeció, sin arriesgarse a mirar atrás. Tenía un nudo en el estómago y su

corazón latía con fuerza. ¡Ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse! Parpadeó para secarse las lágrimas de los ojos.

—Ni rastro —dijo Manfred, examinando los campos y los matojos y los Testos de cobertizos quemados y desmoronados que los separaban del primer puente. El río estaba bordeado por una hilera de árboles y tras estos se alzaban las murallas de Gent.

Los caballos avanzaban al galope. Cien preguntas se precipitaron por su mente: ¿Las lanzas eran las únicas armas que conocían los Eika? ¿Sería aquella piel su armadura? Si no eran humanos ni seres mágicos, ¿qué diablos eran? ¿Y de qué raza eran aquellos perros que parecían demonios de cuatro patas? ¿Y por qué no les perseguían? ¡Ay, Señora! ¿Lograrían alcanzar a Hanna y los demás? ¿Hanna conseguiría escapar con vida?

La lluvia empezó a caer de nuevo. Los caballos avanzaban con dificultad por el suelo húmedo, así que se vieron obligados a reducir la velocidad y se dirigieron hacia el camino con la esperanza de que el terreno firme les permitiera avanzar más deprisa. Liath tenía la espalda seca, protegida por la capa, pero el agua empezaba a deslizarse por su cuello y su pecho. ¿La lluvia estaría empapando también a Hanna? ¿Los Eika lograrían alcanzarles o se negarían a enfrentarse a los Dragones y retrocederían hacia el montículo?

Wolfhere blasfemó.

Liath jadeó al seguir su mirada: unos cien Eika se aproximaban a grandes zancadas, bajo las pesadas nubes negras que se aproximaban desde el norte. Sus cabellos centelleaban con aquel blanco extraño y enfermizo. Iban armados con lanzas, hachas y escudos redondos pintados con temibles serpientes rojas enrolladas entre sí sobre fondos amarillos o negros o rayados. Sus perros corrían delante, formando un agitado seto.

No fue necesario que espoleara a su caballo pues, al llegar al camino, este empezó a galopar hacia el puente. Miró atrás en el mismo instante en que las monturas de Manfred y Wolfhere pisaban la roca y la tierra compacta del sendero. Manfred levantó la lanza y la giró para desplegar el estandarte de las Águilas: una águila con las alas extendidas, con una flecha en el pico y un pergamino en una garra. Los Eika estaban muy cerca del río y corrían a un galope constante que devoraba el terreno que los separaba de sus víctimas. Incluso Liath era consciente de que los Eika conseguirían llegar al puente antes que ellos. Tiró de las riendas y dio media vuelta, solo para comprobar que otro grupo mucho más numeroso de Eika se había reunido en el montículo, ahora distante. Manfred la dejó atrás y siguió cabalgando impasible ante su inevitable destino.

Wolfhere pasó junto a ella y golpeó con fuerza el lomo de su caballo, obligándole a seguir adelante. ¿Pero con qué propósito? Al menos, pensó con amargura, si Hanna sobrevive, será un verdadero Águila, pues mi muerte le concederá ese derecho.

Wolfhere, que había envainado su espada, levantó el brazo izquierdo sobre su pecho con el puño cerrado y realizó un rápido gesto hacia delante, hacia los Eika.

Hubo un destello, una luz centelleante como un fuego visto desde el interior de una habitación oscura. Liath parpadeó. Los caballos relincharon asustados y tuvo que sujetarse con fuerza cuando el suyo saltó encabritado. Manfred, que se había protegido los ojos con una mano, estuvo a punto de ser derribado.

Los Eika empezaron a avanzar un poco más despacio, pero aún muy deprisa. Momentos después se oyó en la distancia un sonido retumbante que acabó con una palmada fuerte como un trueno.

—¡Por la Sangre de la Dama! —blasfemó Wolfhere—. Los Eika utilizan la magia. Liath, suceda lo que suceda, debes llegar a la ciudad. No vaciles ni te detengas. Cuando Gent quede libre, si he muerto, dirígete al convento de Santa Valeria y entrégate a la piedad de la Madre Abadesa. Ella te protegerá.

Los perros de los Eika se detuvieron al llegar al puente, formando un sólido muro. Todavía estaba demasiado lejos para ver las murallas con claridad y saber si alguien se movía por ellas, si alguien se había percatado de su difícil situación. Manfred se detuvo y, tras intercambiar una rápida mirada con Wolfhere, espoleó a su caballo y echó a galopar hacia sus enemigos.

—¡Síguele! —gritó Wolfhere—. Y no te preocupes por lo que veas.

Pero Liath no vio nada, aunque sintió un hormigueo en la espalda y un bofetón de aire frío en las mejillas. De repente, la cabeza y los hombros de Manfred quedaron cubiertos por el diminuto destello de mil luciérnagas, pero la visión se desvaneció contra un fondo de serpientes rojas: los Eika habían dispuesto su trampa y estaban esperando a sus presas, con las lanzas levantadas.

Detrás de los soldados Eika pudo ver el puente de piedra y madera, el abismo de aire que se abría debajo, donde las verticales riberas se desplomaban hasta el río. Más allá se alzaban las murallas de Gent, ahora tan próximas que podía ver las figuras que se movían por el parapeto.

Sin previo aviso, las puertas de Gent se abrieron con chirriante estrépito.

Y de la ciudad empezaron a salir Dragones.

Avanzaban al galope, con las lanzas preparadas y protegidos tras escudos en forma de lágrima, de un color gris metálico idéntico al de las nubes. Pronto se mezclaron con la lluvia que no dejaba de caer. Los únicos colores eran las serpientes rojas y los escudos amarillos de los Eika; los tabardos dorados de los Dragones, tan brillantes que parecía que había salido el sol; y los adornos de bronce de sus cascos, que parecían máscaras de guerra.

Los Dragones atacaron con tal fuerza que Liath sintió que el aire se estremecía. Algunos avanzaron en línea recta sin detenerse y, en vez de dar media vuelta para ayudar a sus compañeros, que ahora peleaban con hachas y espadas contra los Eika que no habían sido derribados, siguieron adelante, dirigiéndose hacia las Águilas. A sus espaldas, la segunda oleada de Dragones arremetió contra la línea de guerreros Eika, que ya se estaba desintegrando. No llevaban lanzas, sino espadas y pesadas hachas. Más guerreros salieron de las orillas del río y la contienda se extendió hacia

los campos que se extendían a ambos lados del río, acompañada de un terrible estruendo metálico. Los perros saltaban y mordían a los Dragones y a sus caballos.

Seis Dragones dieron media vuelta para formar una media luna.

—Detrás de nosotros —gritó el hombre que sin duda alguna era el líder. En su hombro derecho centelleaba un broche con piedras preciosas engarzadas y alrededor de su cuello brillaba un collar de oro que revelaba que era un príncipe de linaje real. Su mirada se posó en Liath.

La joven le miró, pero no pudo ver nada más que sus ojos, verdes como el jade. Su casco no estaba provisto de adornos de bronce como los que lucían sus soldados, sino que tenía incrustaciones en oro que formaban la imagen de un dragón aterrador, terrible de mirar y, al mismo tiempo, al igual que los demás Dragones que eran todo hierro, oro y negro, hermoso de contemplar.

Se dirigieron de nuevo hacia la batalla. Los dos soldados que cabalgaban ante ella bajaron sus lanzas mientras los Eika corrían hacia el camino para interceptarles el paso. El peso de sus caballos les impulsaba adelante. De repente, un Eika se abalanzó sobre Wolfhere con el hacha en alto. El príncipe se inclinó a la derecha y, situándose junto a Wolfhere, que estaba desarmado, asestó un golpe tan fuerte a la criatura que le separó la cabeza del cuello. Pero llegaron más Eika, y más, que se arremolinaron alrededor del príncipe como abejas atraídas a la miel o como perros salvajes ansiosos de carne fresca. La batalla les envolvió y Liath agachó la cabeza mientras musitaba una oración. Manfred hundió la lanza en un Eika y, mientras otro se aproximaba y los caballos quedaban atascados entre los cadáveres y el fragor de la batalla, dejó que se alejara rodando por el camino.

Prácticamente habían llegado al puente, pero cada vez llegaban más Eika. Lentamente, sus enemigos fueron erigiendo una gruesa muralla viva.

Los perros corrían de un lado a otro, rompiendo la formación para abalanzarse sobre los Dragones y las Águilas en medio del caos. Eran unas bestias terribles y babeantes que no tenían miedo de nada y que estaban furiosas y enloquecidas.

Una de ellas arremetió con todo su peso contra el caballo de Manfred y después, salió disparada hacia ella. En aquel instante, Liath pudo ver sus ojos. Eran de un color amarillo ardiente.

Estaba demasiado cerca para disparar. La bestia saltó.

El príncipe se giró sobre su montura y la golpeó con fuerza en el lomo. El perro se desplomó y el caballo saltó para esquivar su cuerpo. Muy rápido. Demasiado rápido.

Los Eika estaban por todas partes, acercándose, estrechando el cerco.

Un nuevo grupo de Dragones atacó a los Eika por detrás, cabalgando hacia ellos desde las puertas de la ciudad. Los Eika cayeron y fueron arrastrados o pisoteados por la fuerza de la carga. Los Dragones, aún en formación, rompieron filas y se dispersaron por todas partes mientras las Águilas y sus escoltas seguían luchando. La piedra retumbaba bajo los cascos de sus caballos hasta que, de pronto, traquetearon

sobre el puente levadizo revestido de metal. Cabalgaban hacia la protección de las murallas.

La lluvia cesó, pero empezó a caer de nuevo en cuanto dejaron atrás la caseta de vigilancia y accedieron al patio que descansaba tras las puertas. Restos de puestos de mercado (algunos medio quemados, otros desordenados, pero todos vacíos), se alzaban en líneas asimétricas por la gran plaza.

Liath, ensordecida por los fuertes gemidos y lamentos que oía a sus espaldas, el matraqueo de los cascos y el coro de gritos, no oyó ninguna orden, pero vio que el príncipe se alejaba de sus escoltas y cruzaba de nuevo las puertas de la ciudad. Los Dragones llegaban de cuatro en cuatro. Los engranajes chirriaron cuando las puertas empezaron a cerrarse.

Se abrió paso hasta un puesto avanzado. La última docena de Dragones intentaba retroceder por el puente y los Eika los seguían. Un soldado estaba desfallecido sobre su montura y otro se sujetaba lánguidamente al cuello de su caballo. Liath observó el puente, el camino y el campo pisoteado, pero no vio por ninguna parte ningún tabardo dorado. Ningún soldado había quedado abandonado en el campo de batalla. Los perros habían empezado a devorar los cadáveres de los Eika caídos.

Muchos de los Dragones ya estaban corriendo hacia el parapeto. En él, los milicianos de la ciudad disparaban una lluvia de flechas sobre el puente. El príncipe fue el último en entrar en la ciudad. Mientras las lanzas que apuntaban a su espalda oscurecían el aire, espoleó a su caballo y cruzó las puertas, que se cerraron de golpe a sus espaldas, dejando atrás un coro de aullidos y los golpes de las lanzas al chocar con la madera revestida de metal. Se oyó un nuevo chirrido cuando los hombres de Gent empezaron a izar el puente.

El caballo del príncipe se tambaleó, cayó, se tambaleó de nuevo y se desplomó con fuerza sobre el suelo. Mientras el animal intentaba levantarse, el príncipe desmontó de un salto, se quitó el casco y lo dejó caer sin importarle estropear sus ricos adornos. Entonces cogió al animal por las bridas y empujó hacia abajo su cabeza. Mientras blasfemaba en voz alta, cuatro de sus hombres corrieron para examinar al animal. Una lanza sobresalía de su estómago y la sangre se deslizaba por el suelo, mezclándose con la lluvia. El caballo se agitó brevemente, pero pronto se calmó; su costado subía y bajaba con sus profundos jadeos. En el exterior se oían los últimos aullidos y gritos de frustración de los Eika, que por fin se retiraban, acompañados por los insultos de los hombres del parapeto.

El príncipe acercó la mano al cinturón para sacar un cuchillo que hundió en la garganta del animal. La sangre cayó sobre sus pies, manchando de rojo sus botas, pero él permaneció arrodillado junto al caballo, en silencio. La lluvia aplastaba su cabello moreno. Tenía una piel muy suave, de color bronce, y un rostro espectacular, pues sus rasgos revelaban que no había nacido de una madre humana.

Pero lo más extraño de todo es que no tenía barba ni vello facial.

La mirada del príncipe se posó en un hombre vestido con una rica túnica. Cuatro

siervos sostenían sobre su cabeza una amplia capa escarlata que le protegía de la lluvia.

—Despedazadlo y saladlo —dijo el príncipe, levantándose y dando la espalda al animal. Tenía la voz ronca y el tono autoritario de un hombre que espera obediencia—. O eso es lo que os sugiero, mi alcalde.

—¿Queréis comer carne de caballo? —El hombre no parecía saber dónde posar sus ojos: en el príncipe, en el animal muerto, en los Dragones que estaban retirando la lanza de su cuerpo, en la sangre y las entrañas...

—Nos parecerá una exquisitez cuando llegue el invierno, si los Eika nos siguen sitiando.

El príncipe vio a Wolfhere, le hizo una señal y se alejó con paso majestuoso. Un Dragón recogió el casco del suelo y corrió tras él.

Wolfhere tendió las riendas de su caballo a Manfred y, sin hacer ningún comentario, le siguió.

Liath desmontó y se acuclilló junto a Manfred, temblorosa. El torrente de energía liberado durante la batalla le estaba abandonando.

—Nunca antes había visto a un hombre que no tuviera barba —susurró—. Es decir, un hombre que no perteneciera a la iglesia.

Manfred deslizó un dedo por su barba afeitada.

—Los Eika no tienen barba.

Liath rio nerviosa. Le temblaban las manos y estaba segura de que su corazón no volvería a latir jamás a un ritmo normal.

—No me había dado cuenta. ¿Crees que Hanna y Hathui habrán conseguido escapar?

Se encogió de hombros.

—¿Qué hacemos ahora?

Llevaron los caballos a las barracas en las que los Dragones habían dejado sus caballos, los cepillaron y les dieron avena. La actividad le ayudó a calmarse. A continuación, se colgó al hombro el petate y las alforjas y siguió a Manfred por las pronunciadas escaleras que conducían a la sala que descansaba sobre los establos, donde se habían instalado los Dragones. La paja fresca cubría el suelo de tablones y los petates descansaban pulcramente alineados a lo largo de las paredes. El olor a caballo y cuadra era intenso, pero no abrumador. Los soldados estaban ociosos, jugando a los dados, tallando madera, engrasando o puliendo su equipo o charlando entre sí. Todos miraron a las dos Águilas con curiosidad, pero ninguno de ellos intentó hablarles.

¿Sería uno de esos hombres su pariente? Examinó sus rostros con disimulo, intentando encontrar algún rasgo que le recordara a papá.

Manfred la condujo al extremo opuesto de aquella gran sala de techos bajos. Aunque las ventanas estaban abiertas para admitir la sombría luz de la tarde y la lluvia caía con más intensidad, la sala estaba mal ventilada y hacía un calor pegajoso, como en verano. El príncipe y Wolfhere estaban sentados frente a frente sobre unas balas de heno, delante de una mesa. Un juego de ajedrez tallado en marfil descansaba sobre la mesa; el tablero medía ocho cuatros de ancho por ocho de largo. El príncipe jugueteaba con las piezas mientras hablaba con Wolfhere, levantándolas y dejándolas en sitios diferentes: los ocho Leones, los Castillos, las Águilas, los Dragones y,

protegidos por los demás, la obispa y el soberano.

La única mujer presente en la sala estaba sentada detrás del príncipe y también lucía el tabardo de los Dragones. Sus manos eran musculosas, diversas cicatrices diminutas marcaban su mandíbula y parecía que se había roto la nariz y se había soldado mal. Estaba frotando el casco del príncipe con un trapo, para darle brillo.

Manfred se acuclilló, preparándose para la larga espera. Liath se arrodilló junto a él. De vez en cuando, una fresca neblina de lluvia rozaba su rostro. La paja le hacía cosquillas en las manos y en la nariz.

—Considero que la ciudad podrá resistir el sitio pero, debido a la gran cantidad de Eikas que han invadido Gent, no creo que mis hombres puedan levantarlo sin ayuda. No tenemos noticias de la condesa Hildegard, ignoramos si ella o su hermano lord Dietrich pretenden dirigir un ejercito para ayudarnos, y ahora me decís que el rey no enviará a ningún soldado...

—Desconozco qué pretende hacer el rey, príncipe Sanglant, pero es posible que no pueda traer a ningún ejército, por mucho que desee hacerlo.

El príncipe cogió un Dragón y lo situó entre dos castillos, como si estuviera atrapado. Liath estaba tan cerca de él que podía ver con todo detalle el contorno de su mandíbula. O se acababa de afeitar o era imberbe... y en ese caso, ¿cómo podían decir que era un hombre?

—He oído los rumores que dicen que *lady* Sabella pretende reunir adeptos y enfrentarse al rey Henry, aunque hace ocho años juró ante la obispa de Mainni que no volvería a molestar al rey con sus falsas reivindicaciones.

—Pues lo ha hecho —comentó Wolfhere—, y se dice que la obispa de Mainni es una de sus consejeras. Los tres duques de Varre y cinco condes de esa región se han negado a presentarse ante el rey Henry en su marcha.

—Sin duda alguna son malas noticias, ¿pero qué debo decir al pueblo de Gent? Si disponen de tiempo, los Eika quemarán y destruirán todos los puentes y, entonces, podrán navegar libremente por el río Vesper. Si consiguen su propósito, las reivindicaciones de *lady* Sabella dejarán de tener importancia, pues el centro de Wendar estará en peligro.

—¿Estáis diciendo que vuestro padre debería priorizar esta amenaza, príncipe Sanglant? En años anteriores, los Eika nos han atacado y después se han retirado, satisfechos con el oro y los esclavos que han podido llevarse en sus naves.

El príncipe miró por la ventana, aunque solo se veía la lluvia y el techo de madera del palacio del alcalde. En la distancia se oían tambores.

—Esto no tiene nada que ver con lo ocurrido en «años anteriores». Este ataque es completamente distinto. El mensajero del general de los Eika ha rechazado los diez cofres de oro y los cien esclavos que ofreció el alcalde Werner a cambio de que se marcharan.

Wolfhere soltó una carcajada.

—He oído un par de cosas por vuestra boca que apenas pudo creer. La primera es

que un hombre sea alcalde de una ciudad; la segunda, que los Eika tengan un general, pues no son más que bandidos... aunque es posible que tengan un capitán que dirija cada barco, si es que podemos dignificar a sus manadas utilizando tales términos. Yo diría que, entre los Eika, la bestia más fuerte es la que obliga a las demás a obedecerla, amenazándolas con garras y dientes.

Sanglant se giró y miró a Liath. La muchacha se sintió muy incómoda. Tenía los rasgos extrañamente afilados y sus brillantes ojos le miraron con curiosidad durante tanto rato que Liath sintió que las miradas de sus hombres se clavaban en su espalda, como si también ellos quisieran saber qué era lo que tanto interesaba a su capitán; le miró durante tanto rato que Wolfhere acabó alzando los ojos para saber qué estaba mirando.

Y Liath advirtió en su rostro una expresión que la desconcertó: Wolfhere estaba molesto.

Sanglant esbozó una lenta sonrisa, quizá a modo de invitación. Cuando sonreía tenía un atractivo tan poderoso que Liath sintió que se sonrojaba. Manfred musitó algo inaudible y Sanglant gruñó, casi riendo, a modo de respuesta. Entonces, encogiéndose de hombros, volvió a mirar a Wolfhere. Ahora, este le miraba con una expresión completamente vacía.

—El alcalde Werner es un hombre interesante, aunque quizá se enorgullece demasiado de las riquezas de su familia. ¿Pero no es cierto que Nuestro Señor juzga la valía de sus hijos terrenales midiendo su generosidad para con sus compañeros y los pobres? Eso solía decir el rey Henry. La madre de Werner fue alcaldesa de la ciudad y él es el único de sus hijos que sigue con vida. Dicen que siempre fue su favorito, aunque no cabe duda de que la vara de autoridad debería haber pasado a una de sus hijas, a sus hermanastras —dijo estas palabras con cierta amargura, aunque también parecía estar riéndose de sí mismo—. De momento, el pueblo de Gent no ha encontrado motivos para estar descontento con su trabajo, de modo que no ha surgido la necesidad de echarle y aceptar a la mujer cuya autoridad, como vos decís, tiene más posibilidades de recibir la Bendición de Nuestra Señora. Y en cuanto al segundo punto... —Alargó el brazo y la mujer le tendió el casco, ahora brillante. El rostro dorado del dragón era como frío fuego ardiendo sobre la dura superficie de hierro. Mientras hablaba, ahora con el semblante serio, deslizó las manos por el casco, siguiendo el delicado grabado con sus largos y oscuros dedos.

»Ahí fuera hay una inteligencia que dirige a los Eika. La he sentido. Me conoce del mismo modo que yo la conozco. Cada uno de nosotros está deseando destruir al otro.

—¿Creéis que es un hombre humano?

—No, no lo creo. ¿Y quién mejor que yo para juzgarlo, amigo mío?

Wolfhere agachó la cabeza, asintiendo.

»Sin embargo, no sé si es un Eika diferente en mente y habilidades a los demás u otra criatura completamente distinta. Llevo ocho años luchando para el rey Henry,

desde que alcancé la mayoría de edad y fui entregado a los Dragones para ser su capitán. Ese es mi derecho de primogenitura; el niño debe demostrar que, como hombre, merece el trono de Wendar. —Su tono era tan frío como un helado viento invernal—. Pero las otras fueron guerras ordinarias; ataques de los jinetes qumanos, la rebelión del duque Conrad, la revuelta de *lady Sabella*, de cuyo final fui testigo.

—Su primera revuelta —le corrigió *Wolfhere* con voz suave.

—Los rumores no hacen una revuelta —replicó *Sanglant*, también con voz suave. Entonces levantó una mano, anticipándose a su comentario—. Pero confío en vuestro juicio sobre tales asuntos, *Wolfhere*, de modo que os creo cuando decís que *lady Sabella* está forjando una nueva rebelión contra el rey. Habéis servido con lealtad al trono de Wendar, o eso es lo que siempre he oído.

—Igual que vos —replicó *Wolfhere*, mostrando sus dientes—. O eso es lo que siempre he oído.

Uno de los Dragones que estaban lo bastante cerca para oír aquel comentario, siseó y respiró hondo, pero *Sanglant* esbozó su fascinante sonrisa, tiró al aire la ficha de ajedrez tallada en forma de Dragón del rey y la recogió al vuelo mientras caía. El movimiento hizo que resbalara el casco que descansaba sobre su recazo, pero la mujer que tenía cicatrices en la mandíbula logró cogerlo antes de que cayera al suelo.

El príncipe abrió la mano y mostró la pieza de ajedrez. Su destello de marfil, aceitoso de tanto tocarlo, acentuaba su tono de piel. Es medio humano, pensó *Liath*, pero entonces sintió vergüenza de sí misma, pues su piel morena también le hacía ser diferente al resto. Pero los esclavos que trabajaban el día entero en los campos estaban tan morenos como ella al final del verano... si no se habían quemado y les habían salido ampollas. Además, papá le había dicho que muy lejos, en el sur, en lugares donde el sol era más ardiente y brillante, vivían personas que tenían la piel mucho más quemada que ella. ¿Qué era mejor, ser completamente humana, pero esclava, o un príncipe semihumano en quien nadie confiaría por completo jamás?

Ya he sido una esclava, se retorció los dedos. Un escalofrío recorrió su espalda, como si el hecho de pensar en aquellos días significara que *Hugh* la estaba observando. Me está observando. Del mismo modo que una «inteligencia» esperaba ahí fuera, entre los *Eika*, a que llegara el momento de enfrentarse al príncipe *Sanglant*, *Liath* sabía que *Hugh* esperaba, consciente de todos sus movimientos, a que ella volviera a caer en sus garras.

Y sigo siendo una esclava porque le temo. Las lágrimas le quemaban los ojos y agachó la cabeza para que nadie la viera llorar. La mano de *Manfred* acarició su pierna, como intentando reconfortarla. Tragó saliva, hizo acopio de valor y levantó la mirada. Nadie parecía haber advertido su pesar.

—Al igual que esta ficha de ajedrez —dijo *Sanglant*—, existo para ser movido por la mano de otro hombre.

Wolfhere esbozó una estrecha sonrisa y cogió la ficha que tenía el príncipe en sus manos. De repente parecía muy viejo.

—Sois muy joven para ser tan anciano en sabiduría, Sanglant.

—Me halagáis. Solo tengo veinticuatro años de edad, según los calendarios del pueblo de mi padre —dijo esto en un tono áspero, casi desafiante.

—En las ruinas del viejo imperio hay otro calendario —comentó Wolfhere—, uno que marca el tiempo según el trayecto de la brillante Somorhas, que es la estrella matutina y también la vespertina, y según la ascensión de las siete estrellas que forman las siete joyas de la Corona de Estrellas. Un niño intenta alcanzar esa Corona. ¿Quién sabe qué ocurrirá cuando la Corona de Estrellas corone los cielos?

Sanglant se levantó de forma regia, como un rey que está a punto de dictar sentencia.

—Nunca conocí a mi madre, Wolfhere. Tampoco se ha aparecido jamás ante mí, ni envuelta en niebla, ni por la noche, ni mediante ningún hechizo que conozca. Me abandonó cuando ni siquiera tenía dos meses. Me dejó aquí y permitió que fuera mi padre quien me criara, aunque ignoro si lo hizo atendiendo a sus propias razones o por algún complot tramado y orquestado por su pueblo. También desconozco el lugar que ocupó yo en esos planes. En estas tierras apenas hay señales de los Perdidos, aunque he oído decir que en Alba es posible encontrarlos caminando por lo más profundo del bosque. No es la primera vez que me decís o me sugerís estas cosas, y debo deciros que estoy cansado de vuestras insinuaciones. Soy un soldado. Soy el capitán de los Dragones, pues ese es mi derecho, del mismo modo que fue el derecho de aquellos que sirvieron como capitanes antes que yo, como Conrad el Dragón, Charles Piel de Lobo y Arnulf el Zurdo. Todos nosotros somos los hijos bastardos del monarca. En este servicio he dejado atrás campos cubiertos de sangre para demostrar que soy merecedor del nombre que mi madre escogió para mí. He visto morir a mis hombres luchando para protegerme, a mí y a los intereses del rey. He asesinado a los enemigos del rey sin piedad y no he perdonado la vida de nadie. Escuchadme bien: sirvo al rey y a nadie más. Podéis creer en las tramas, planes y obras secretas de los cielos, si así lo deseáis, pero a mí dejadme fuera de todo eso.

Cogió su casco, lo guardó bajo el brazo y cruzó la sala dirigiéndose a las escaleras. Solo dos Dragones le siguieron: la mujer y un hombre rubio que cojeaba.

En cuanto se fueron todo quedó en silencio, excepto por el sonido de la lluvia y el de los bueyes avanzando por el empapado camino. Entonces se oyó un murmullo, un suspiro profundo, y los hombres regresaron a sus tareas.

Wolfhere dejó la ficha de ajedrez en el tablero. Manfred se levantó y, tras cepillar la paja que ensuciaba su túnica, se acercó a su compañero, que permaneció largo rato mirando por la ventana. Cuando por fin se levantó, Liath se puso en pie y, con la cabeza agachada, les siguió escaleras abajo, hacia los establos. Tenía la impresión de que todos los presentes la observaban. Deseaba preguntar por su pariente, pero después de las acusaciones que había hecho Sanglant no se atrevía a hacerlo.

De momento prefería no hablar con Wolfhere, pues temía no ser capaz de resistirse a la necesidad de preguntarle sobre el antiguo calendario del que había

hablado. Conocía la Corona de Estrellas: era un grupo de siete estrellas brillantes situadas un poco más allá de la constelación conocida como el Niño, la Segunda Casa del Zodiaco, el dragón del mundo que controla los cielos. Conocía muchos de los nombres con los que los antiguos mathematici dariyanos habían designado las estrellas, unos nombres distintos a los que se utilizaban en la actualidad, pero papá nunca le había dicho que los antiguos dariyanos habían marcado el tiempo en un calendario completamente distinto al que ella conocía.

Las estrellas siempre se movían siguiendo un patrón constante. Con la ayuda del Libro de los Secretos, algo de papel para realizar los complicados cálculos y un poco de tiempo, podría averiguar cuando «coronarían los cielos» el siguiente grupo de estrellas conocido como La Corona de Estrellas. No sabía qué había querido decir Wolfhere con aquello, pero estaba segura de que tenía algo que ver con el momento en que las estrellas alcanzaran su cénit, el punto de la esfera de las estrellas fijas en el que dicha estrella se ve justo sobre el observador.

Guardó silencio mientras caminaban por los establos. ¿Cuántos días llevaba sin poder observar los cielos? Papá solía decir que, durante la primavera, Nuestra Señora cubre de nubes el cielo para que recordemos que debemos mantener los ojos en la siembra. ¿Cuántos días habían transcurrido desde que Wolfhere la había liberado de Hugh? Pronto haría un mes.

Se estremeció. Era como si Hugh estuviera hablando, aferrado a los muros del exterior de la ciudad invisible que protegía su corazón. Del mismo modo que los Eika habían erigido fortificaciones para luchar contra Gent, Hugh la estaba sitiando... y no sabía cuando la dejaría libre.

Treinta días desde que te robaron de mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó Wolfhere.

Le sorprendió la amabilidad de su tono. Habían llegado a una puerta. Manfred, que estaba a punto de cruzarla, se detuvo y la miró preocupado. Tenía unos amables ojos azules y un rostro solemne; no era guapo ni feo, solo firme y silencioso. Un buen compañero.

—Tengo un poco de calor —respondió, cargando la capa sobre su brazo y cambiando de hombro las alforjas. Manfred accedió al patio y avanzó con rapidez hacia las puertas que conducían al palacio del alcalde. Liath se cubrió la cabeza con un trozo de capa y le siguió. Wolfhere la detuvo.

—No es necesario que lleves tus cosas —dijo—. Dormiremos en los establos.

No le quedó más remedio que dar media vuelta y regresar. No se atrevía a decirle que llevaba encima el libro. Ya sabe que has sido educada como un mathematici, se dijo a sí misma mientras avanzaba con sigilo, deseando que nadie la viera. En los establos reinaba el silencio; los Dragones estaban descansando en el piso superior, haciendo guardia o paseando por la ciudad. ¿Y si Wolfhere le quitaba el libro? No podría hacer nada por impedirselo ni por recuperarlo.

A lado de los caballos había un pesebre lleno de paja. Manfred y Wolfhere habían

colocado allí su equipo, pulcramente ordenado, dejando sitio para poder acostarse. Liath levantó la paja y escondió las alforjas debajo. Frunció el ceño. Era demasiado obvio. No pudo evitar la tentación de acercar la mano a la bolsa de cuero y tocar la suave cubierta de piel y las letras que sobresalían en su lomo. Siguió con la yema del dedo las palabras, leyéndolas. El pergamino y las hojas de papel de los tres libros que había en su interior eran como las alas secas de una polilla.

—¿Qué ha ocurrido con Sturm y su compañía? —preguntó una voz profunda—. No han regresado de su ronda.

—¿No lo has oído? Se han quedado en el exterior de las murallas para escoltar a un lugar seguro a las dos Águilas heridas y a una diaconisa que transporta una reliquia sagrada.

—No, no lo he oído. —Hablaba en tono malhumorado—. He llegado tarde porque yo sí que he luchado contra los Eika en ese combate y tenía que hacer un poco de limpieza.

El otro hombre resopló.

—Querrás decir que dejaste que unos cuantos recibieran algunos golpes mientras pasabas por su lado, Yo estoy tan limpio como un santo y, por lo tanto, hay más posibilidades de que Nuestra Señora me bendiga con una buena esposa por mis esfuerzos.

—¡Ja! Las mujeres de Gent son tan amables como los jabalíes. ¿Crees que intentará conquistar a esa hermosa Águila?

Liath tardó un instante en darse cuenta de que hablaban de ella.

—¿Qué? ¿Después de haber discutido con el viejo maestro? No lo creo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Cortejó a la joven heredera de Villam en los viñedos, después de que esta se hubiera prometido y a pesar de que su padre le había llamado la atención en un par de ocasiones.

La tenue luz que entraba por las puertas del establo proyectaba sus sombras contra la pared.

—Muchacho, como no te has criado en el mundo de la corte no conoces aún sus formas. Lo que se dice y lo que se hace pueden ser cosas distintas. Tanto la heredera como el viejo Villam deseaban que la muchacha contrajera matrimonio con el príncipe, pero el rey Henry no puede permitir que Sanglant se case. Esto da legitimidad al muchacho. De modo que pronunciaron unas palabras en público y el compromiso se firmó con otra familia. Así, la muchacha consiguió lo que deseaba y, según dicen, un niño que nació poco después de casarse con el otro candidato.

—¿Y el príncipe? ¿Consiguió lo que deseaba?

—¿Quién sabe? —replicó el otro hombre, que tenía la voz más aguda y confiada—. El príncipe siempre hace lo que le ordena su padre. De hecho, dudo que le interesara aquel compromiso.

—Pues bien que ha mirado a la joven Águila —bramó el primer orador—. Es una pieza atractiva, tan brillante y cálida. ¿Por qué no iba a querer cortejarla? No me

gustó el modo en que el viejo maestro le habló.

—Tampoco a mí. No hay ningún hombre mejor que nuestro príncipe.

El otro gruñó airado, asintiendo.

—Pero aunque a los pichones jóvenes os cueste recordarlo, más allá de los Dragones existe un mundo entero, y es más difícil conocer las reglas de esas batallas que las que libramos contra los enemigos del rey Henry. Por eso, escucha con atención: nunca hagas enfadar a un Águila. Nunca te acuestes con una mujer si el precio, sea en la moneda que sea, es más alto que el placer del que gozarás. Ahora, como pago por este consejo, puedes engrasar mi arnés mientras salgo a cazar jabalíes.

—¡Engrásalo tú!

El hombre empezó a caminar y Liath se acurrucó en un rincón de la pared, con una mano en el libro, pensando en sombras, en silencio e invisibilidad. Cuando ambos Dragones pasaron por delante del pesebre sin verla, el más joven seguía refunfuñando.

Instantes después oyó que Wolfhere la llamaba. Escondió las alforjas debajo de la paja y dejó la silla de montar y el petate encima; entonces corrió al exterior. Manfred había regresado. Tenía la capa mojada pero, por todo lo demás, estaba razonablemente seco. Al verla, esbozó una sonrisa. Consciente de su mirada y sintiéndose avergonzada, Liath se llevó una mano a la cabeza, segura de que había alguna brizna de paja en ella. Ojalá Hanna estuviera aquí con ella. Ojalá alguien le dijera que Hanna seguía con vida.

—Estabas aquí —dijo Wolfhere—. El alcalde Werner nos ha pedido que nos sentemos con él en el banquete de esta noche. Desea hacernos este honor... o no tiene nuevos o mejores huéspedes a los que entretener.

—¿El príncipe estará presente?

Wolfhere arqueó las cejas.

—Supongo que sí. Aunque no se llevaran bien, el alcalde Werner no se atrevería a no invitarlo a su mesa. Además, Sanglant es un amante de la buena comida y la buena bebida.



Y la comida fue realmente buena. De hecho, fue un festín asombroso para tratarse de una ciudad sitiada: cordero hervido con especias que Liath nunca había probado, budín, tartas de manzana, dos cerdos asados, pan blanco y cantidades ingentes de vino. Liath siguió el ejemplo de Wolfhere y bebió con moderación, rebajando el vino con agua. El príncipe, que estaba sentado en el extremo contrario de la mesa, compitió en ingesta de copas con el alcalde Werner.

Manfred parecía molesto.

—¿Qué ocurre? —le susurró Liath.

—Cuando llegue el invierno, los aldeanos se morirán de hambre.

Era la frase más larga que le había oído pronunciar.

—Seguro que tienen sus propias reservas de comida.

—¿Suficientes para un sitio largo?

—¿Crees que la ciudad será sitiada durante tanto tiempo? Seguro que la condesa Hildegard levanta el sitio.

—Si puede hacerlo.

La comida y la bebida continuaron durante lo que a Liath le pareció un tiempo interminable. Un anciano recitó poesía en lo que debía concebir como el estilo de los antiguos dariyanos y Liath, que había leído una copia de la Heliada de Virgilio, le escuchó sobrecogida. Otros poetas cantaron relatos de su propia creación que fueron más agradables, canciones sobre héroes de días pasados y episodios de la gran epopeya El Oro de los Hevelli. Los músicos tocaron liras y cítaras. Hubo un bufón y dos muchachas que hicieron equilibristas sobre una larga cuerda que sostenían dos hombres.

Pero en conjunto, fue un banquete caluroso, ruidoso, aburrido y ahumado.

Se disculpó, aludiendo que necesitaba ir al excusado. Cuando terminó, decidió que no le apetecía regresar al salón. Había dejado de llover y el cielo estaba un poco despejado, así que se podían ver algunas estrellas. Liath se aferró a las sombras, disfrutando del aire de la noche y de la soledad. Todo estaba en silencio, salvo por el sonido enmudecido del banquete que se celebraba en el gran salón y el retumbar lejano de unos tambores. Cuatro mujeres que reían alegremente se dirigían hacia las cocinas, sujetando las bandejas contra las caderas.

—Un hombre es un hombre porque tiene barba —decía una.

—Pero los sacerdotes y los monjes no la tienen.

—¡Para parecerse más a las mujeres y así agradar a Nuestra Señora! Se cortan la barba para demostrar que han prometido sus cuerpos y su honor a la iglesia. Es la marca de su servicio.

—¿Entonces estáis diciendo que un hombre no es un hombre si no tiene barba y no es clérigo?

—Eso podría ser cierto, mi querida Fastrada —dijo una mujer que había permanecido en silencio hasta entonces—, pero hablo en serio cuando digo que el príncipe es un hombre como cualquier otro... o eso es lo que me pareció.

Todas rieron de buena gana y le pidieron más detalles, pero ella se negó a dárselos.

Liath cruzó sigilosamente el patio, rezando para que nadie la viera, y se Escabulló en los establos. Nadie había alterado el pesebre; todo estaba tal y como ella lo había dejado. Regresó al exterior.

El palacio del Alcalde descansaba sobre una elevación, cerca de la orilla oriental del río, y estaba rodeado por una pequeña empalizada. Liath subió las escaleras que

conducían al parapeto y pudo ver a sus pies la ciudad de Gent, la costa oriental y la oscura línea del río Vesper. La luna, que casi estaba en su cuarto creciente, confería un pálido brillo a la noche. No había guardias. Suponía que las personas que solían vigilar este lugar estaban ahora en las murallas de la ciudad. Al este ardían los fuegos del campamento de los Eika, que se extendían al norte y al sur a lo largo del río y hasta más allá de lo alcanzaban a ver sus ojos. La ciudad de Gent estaba más oscura: solo se veía un débil centelleo procedente del salón y los distantes fanales que iluminaban los pasos de los vigilantes que hacían ronda por la ciudad y los guardias apostados a lo largo de la muralla. Dos líneas más oscuras, una al este y otra al oeste, cruzaban el río: los dos puentes que conducían a la amplia isla en la que descansaba la ciudad de Gent.

Estaba sola.

Levantó la mirada, pensando en las palabras de Wolfhere. La constelación del Niño intentaba alcanzar al grupo de estrellas conocido como la Corona, que había desaparecido del cielo a principios de año en el equinoccio de primavera. El León se estaba desvaneciendo y, ahora, el Dragón y la Serpiente gobernaban las Casa de la Noche. El planeta rojo, Jedu, el Ángel de la Guerra, todavía brillaba en la casa del Arquero, el brillante buscador, pero en siete días pasaría a la casa del Unicornio: ambición unida a voluntad. Esto predecía una época de progreso durante la cual aquellas personas de voluntad férrea podrían beneficiarse del poder de su voluntad y su claro sentido de la ambición para abrirse camino por el mundo.

Sin embargo, papá siempre le había dicho que debía mostrarse escéptica ante aquella astrología que afirmaba poder predecir el futuro a partir de los movimientos y las posiciones de los planetas a lo largo de la esfera fija de las estrellas. En el conocimiento de los cielos existía un poder real, pero no era este. Liath los había memorizado hacía largo tiempo, pero carecía de la habilidad de utilizarlos por sí misma.

—El movimiento de las estrellas errantes por los cielos es una de las marcas que permiten a los magos y a los mathematici conocer las líneas mediante las que pueden atraer el poder de los cielos para esgrimirlo en la tierra. A través de este poder también pueden distinguir a los daimones de la atmósfera superior que, con su mayor conocimiento del universo, son más susceptibles de ser coaccionados o persuadidos dependiendo del alineamiento de los cielos.

Unas voces la sacaron de sus ensoñaciones. Instantes después, unos pasos subieron con rapidez los escalones que conducían al parapeto. Liath se retiró hacia las sombras y se envolvió en la capa para fundirse con la oscuridad, para transformarse en un elemento más de la noche y el silencio.

—No fue un debate que yo eligiera —dijo la primera figura, inclinándose para mirar hacia el este. Era el príncipe. Liath le reconoció tanto por su voz, que era insólitamente ronca, como por su porte. Era bastante alto, ancho de hombros y tenía la postura confiada de un hombre que ha recibido un largo y buen adiestramiento con

las armas.

Con él, para su sorpresa, estaba Wolphere. Hablaban con aparente cordialidad a pesar de la discusión anterior.

—Pero también os afecta. En más de una ocasión he oído decir que el rey Henry se niega a permitir que Sapiencia inicie su marcha, como sería su derecho si decidiera escogerla a ella y no a Theophanu. Ya casi tiene veinte años.

—Y a esa edad el rey Henry ya se había convertido en heredero por el derecho de fertilidad, del cual yo fui el resultado. —El tono de Sanglant era monótono, casi burlón.

—Entonces debéis hablar.

—No me corresponde a mí hacerlo. El rey Henry tiene consejeros, hombres y mujeres de su misma edad que cuentan con su propio legado, tierras y propiedades.

—Pero no me cabe duda de que tan grandes magnates no podrán aconsejar al rey sin que se vean perjudicados sus propios intereses.

—Todos nosotros aconsejamos siendo completamente conscientes de qué es lo que más nos beneficia, excepto unas pocas personas que son sabias y no tienen ningún propósito egoísta.

—¿Y en vuestra opinión, quiénes son esas personas, príncipe Sanglant?

—De todas ellas, yo solo confiaría en la clériga Rosvita de Korvei. Tiene un porte elegante que encaja bien con su afabilidad y su benevolencia. Es humilde y paciente, y está muy cultivada. Todo ello la convierte en una sabia consejera.

Se giró ligeramente y Liath retrocedió aún más hacia las sombras. Los postes de madera se clavaban en su espalda, pero la luna y las estrellas no iluminaban lo suficiente para que pudieran verla.

El príncipe suspiró.

—¿Qué queréis de mí, Wolphere? Algunos buscan mi favor y otros hablan mal de mí con la esperanza de volver a mi padre en mi contra. Vos insinuáis terribles complots ideados por el pueblo de mi madre y sugerís que oculto a mi padre y al resto del mundo mi papel en ellos. Sin embargo, a mí no me han educado con libros, como a vos. A duras penas soy capaz de descifrar fragmentos de palabras y frases en lenguas que no sé leer. Se dice que fuisteis investido Águila el año en que murió Arnulf el Viejo, dejando Wendar y Varre a Arnulf el Joven y la reina Berengaria. Pero también se dice, amigo mío, que el año que la reina Berengaria murió, conseguisteis la confianza de aquellos que aprenden en secreto los modos de los magos, las artes prohibidas, y que esta es la razón por la que, a pesar de vuestra sabiduría y experiencia, ahora no camináis entre aquellos que se consideran consejeros del rey Henry.

—Un Águila sirve al soberano llevando mensajes y edictos y observando e informando de lo que ve, no dando consejos. Somos ojos y oídos, príncipe Sanglant, nada más.

—Y, sin embargo, habéis traído a las más hermosas Águilas a vuestro nido, por lo

que he podido observar —Al parecer, pretendía provocar al anciano.

Wolfhere no respondió de inmediato. Los tambores que sonaban sin cesar en el campamento de los Eika cambiaron de ritmo, añadiendo un hipido en medio de lo que había sido un monótono patrón de cuatro golpes.

Wolfhere habló con tanta claridad que las palabras resonaron como un martillazo.

—Manteneos alejados de ella, Sanglant. Ella no es para vos, como tampoco es para vos el trono de vuestro padre.

Sanglant soltó una carcajada.

—¿Acaso alguien espera que viva tanto tiempo? Al fin y al cabo, soy capitán de los Dragones. De todos los capitanes, solo Conrad el Dragón sirvió a su rey duramente más años de los que, de momento, yo he servido al mío.

—Podéis influir en la decisión del rey Henry.

—¿De verdad lo creéis?

A pesar de los esfuerzos de Sanglant, Wolfhere parecía incapaz de perder los estribos.

—Toda persona que se mueve en la órbita de la marcha del rey sabe que os prefiere a vos y no a sus tres hijos legítimos.

—Queréis que diga que no deseo el trono.

—No soy el único que lo desea. Debemos dejar zanjados los asuntos del reino antes de que peores catástrofes recaigan sobre nosotros por la simple razón de que el rey y su corte no están unidos.

Sanglant dio la espalda a Wolfhere y se inclinó aún más sobre el parapeto, como si quisiera ver mejor el campamento que descansaba en la distancia o coger las estrellas con sus manos, pero en ningún momento pareció que fuera a perder el equilibrio.

—Rehusó, como siempre he hecho y como siempre haré. Tendréis que hablar con el rey sobre este asunto. Yo solo soy el Dragón del rey, su hijo y su siervo obediente. Y siempre lo he sido.

—¿Es esta vuestra respuesta?

—Sí, esta es mi respuesta.

Wolfhere se dobló ligeramente sobre la cintura, pero Sanglant no lo vio.

—Entonces os dejaré a solas con vuestros pensamientos. —Si estaba enfadado, no lo demostró.

—¿Cuándo partiréis? —preguntó Sanglant.

—Mi compañera Hathui cabalga en estos momentos en busca del rey Henry para informarle de que la ciudad está sitiada. Nos quedaremos un tiempo aquí, para ver qué ocurre y para ver si puedo encontrar a esa inteligencia que decís que se mueve entre los Eika.

—¿Confiáis en mis instintos?

—Sería, un estúpido si no lo hiciera.

—Eso es todo un halago viniendo de vos, Wolfhere —Más que otra cosa,

parecían dos soldados peleando.

—Eso era lo que pretendía que fuera. Os deseo buenas noches.

—Eso es lo que pretendo que sean.

El propósito de aquel comentario era evidente. Wolfhere movió la cabeza, como si estuviera examinando el suelo del parapeto y el tejado del palacio. Liath permaneció completamente inmóvil, sin hacer ningún ruido. Wolfhere no la vio. Descendió por la escalerilla y pronto el sonido de sus pasos se desvaneció en la distancia.

Hubo un largo silencio. Solo se oían los tambores distantes. Liath rezaba para que Sanglant se marchara pronto.

—Has estado aquí desde el principio —dijo este en voz baja, de repente.

Liath no se movió; ni siquiera se atrevió a respirar.

Sanglant se apartó del borde y avanzó confiado en la noche hacia el rincón en el que se había ocultado. Como podía ver tan bien en la oscuridad, la muchacha advirtió que el príncipe levantaba una mano y le indicaba que se acercara. No se atrevió a desobedecer.

Se levantó, avanzó hacia él y se detuvo a un brazo de distancia.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

—Tengo buen oído. ¿No sabes qué se dice del pueblo de mi madre? —Su tono era tan amargo que, de repente, Liath supo que muchas de las cosas que le había dicho a Wolfhere se debían a un profundo rencor que ella desconocía y no podía entender—. Que es la prole de los ángeles caídos, de los daimones de la atmósfera superior que copularon con mujeres humanas, y que han heredado de sus desagradables padres el don de oír los deseos del corazón de un hombre, aunque no sean pronunciados en voz alta.

—Pero eso no es lo que pensaba Daisan el bendito —espetó ella, horrorizada por haber hablado tan libremente.

—¿Qué fue lo que enseñó Daisan el bendito? —Liath no sabía si aquella pregunta se debía a una curiosidad genuina o si se estaba burlando de ella.

«El príncipe es un hombre como cualquier otro», había dicho la sirvienta.

Cuando Sanglant dio un paso adelante, Liath sintió deseos de dar media vuelta y escapar, pero no podía hacerlo.

Como no sabía qué más hacer, empezó a hablar muy deprisa.

—Nos enseñó que los elfos nacieron del fuego y de la luz, pues todas las cosas surgen de los cuatro elementos, fuego y luz, viento y agua. El universo fue corrompido por el mal solo cuando la oscuridad surgió de las profundidades, y eso significa que los duendes fueron corrompidos por la oscuridad porque también pertenecen a este mundo. Solo en la Cámara de Luz la oscuridad desaparece ante la fiera verdad de la mirada de Nuestra Señora y Nuestro Señor.

A pesar de la oscuridad, vio que Sanglant parpadeaba varias veces; parecía haberse quedado sin palabras. Entonces, se acercó tanto a ella que pudo sentir el calor

de su cuerpo.

—De modo que debo mantenerme alejado de ti, ¿verdad? —Se inclinó, como si fuera a besarla, pero pareció cambiar de opinión y se llevó un dedo a los labios—. Es una lástima que siempre haya sido un hijo obediente.

Dio media vuelta, descendió hacia el patio y pronto se desvaneció en la noche. La dejó allí, de nuevo sola.

Hugh. Hugh los había visto. Hugh lo sabría.

Ay, Señora. No estaba pensando en Hugh. Lo que sentía era deseo. Le avergonzaba profundamente lo que estaba ocurriendo en su corazón. ¿Por qué sentía eso? ¿Cómo era posible que un sentimiento así hubiera cobrado vida en su pecho después del invierno que había tenido que soportar?

Una isla descansa sobre un lago. La ciudad se alza sobre la isla, rodeada por siete muros. En la cumbre descansa una torre de piedra. En esa torre hay cinco puertas, cada una de las cuales está cerrada con la misma llave de bronce. Pero en la puerta que da al norte reside la sombra de una puerta secreta que conduce al bosque. Ahora, la luz inunda el bosque, cálido y acogedor, en aquellas tierras intransitables en las que ha arrojado la llave. Solo ella puede pasear a salvo por este lugar.

Pero este lugar nunca es seguro.

Cayó sobre sus rodillas, apoyando la cabeza en sus manos. No debía ser tentada.

El hijo del rey. Un Dragón del rey. Una persona prohibida, atrapada en las intrigas de la corte. Incluso pensar en un hombre así era peligroso, pues él nunca pensaría en ella con un corazón honesto. Debía quitarse de la cabeza estos pensamientos.

Debía hacer lo imposible por mantenerse escondida. Debía ser cautelosa porque no podía confiar en nadie. Solo tenía a Hanna, que ahora estaba lejos y no tenía ningún poder en el mundo. Ni siquiera sabía si seguía con vida. Sí, seguro que sí.

—Ay, Señora, proteged a vuestra hija —susurró. Pero por amarga que fuera su vergüenza, no podía dejar de pensar en el príncipe. El deseo es como una llama, una antorcha que arde en la noche. En la oscuridad, un viajero no puede evitar sentirse atraído hacia ella.

Liath cerró los ojos. Vio antorchas a lo largo de las paredes de su mente, vio fuegos ardiendo a lo largo de la costa, como si fueran la tentación que devoraba su corazón. Hugh los vería y sabría utilizarlos para encontrarla.

Los sacó de su mente. El sol dejó de brillar en los bosques que había más allá de la ciudad que había construido. Esto calmó su helado corazón, como una fresca tarde de primavera. Todavía estaba a salvo. Si no sentía nada, podría estar a salvo.

Los fuegos se extinguieron en la costa oriental, a pesar de que no había caído ni una gota de lluvia. Una tercera parte de las antorchas que ardían a lo largo de las murallas de Gent se apagaron, a pesar de que no soplaban viento.

CAPÍTULO 10



EL PECADO DE LA SOBERBIA

Los fuegos arden en densas humaredas que transportan el rancio aroma del miedo humano. Se detiene y olfatea el aire. Entre el aroma confuso de la madera quemada, los cadáveres, la paja en llamas y el polvo levantado por las pisadas de varios pies, percibe el familiar aroma almizclado de su raza... pero no tiene el peculiar olor picante de su camada, de su tribu, de su costa natal.

Más allá, el mar surge bajo un promontorio distante, murmurando con más suavidad a lo largo de la orilla en la que están varados los limpios botes de madera. Huelen a agua salada y percebes, a sauce y a roble aderezados con cenizas.

En el bosque se oyen gritos y golpes. Corre a esconderse tras unos matorrales. Algunos de los suaves, los humanos, están corriendo. Su miedo y su dolor saben dulces en su lengua; puede saborearlos en el aire, pero los deja escapar. Dos de ellos son niños, dirigidos por una madre fuerte cuyas lágrimas huelen como la sal del mar. Percibe una nueva debilidad en su ser, debida a su contacto con Halane, el hijo de Henri. Piensa en la Madre Anciana, que ya ha iniciado el lento camino hacia fjall, donde ocupará su lugar junto a la Madre Sabia. Ella habla de las madres blandas con desprecio, pues no pueden soportar camadas tan fuertes y numerosas como las de los Niños de Roca. Pero Halane tenía una madre como esta. Deja que pasen junto a él sin hacerles daño y, entonces, sale de su escondite entre los arbustos e inicia el descenso para reunirse con sus primos.

¿Sus primos le darán la bienvenida con paz en sus corazones o enviarán a sus perros tras él?

Se encoge de hombros. El olor de la Madre Anciana es fuerte en su ser. Ella le prometió muchas cosas antes de que sus articulaciones empezaran a agarrotarse y decidiera pasar el anillo de la decisión a la nueva Madre Joven. Aunque estos guerreros no sean verdaderos primos, no harán daño a alguien que carga con esta señal de Su favor. Tampoco ningún perro de ninguna manada morderá a alguien que haya sido marcado con el aroma de la Madre Anciana.

Sin embargo, ahora carga con una debilidad. Esto descansa en su interior, pero el círculo de madera que pende de su pecho es una señal física de esta nueva debilidad, un recuerdo tangible. Otros humanos escapan a todo correr, pero él los evita. Esta nueva debilidad le ha enseñado una lección: los suaves no son personas de verdad, pero son un tipo de personas. Las personas pueden hablar. Esta es la lección que la

Madre Sabia le enseñó. Es lo que le susurró cuando era un cachorro y se aventuró a subir la montaña para visitar el lugar sagrado que sirven las Hijas Veloces, sin saber si la Madre Sabia le hablaría o le mataría por su osadía.

—El cuchillo y la lengua son armas muy fuertes.

La Madre Sabia había hablado dos veces, y él siempre había recordado sus palabras.

—Enfréntate a tus debilidades y estas se convertirán en tus fortalezas.

Sale del bosque y accede a un paisaje desolado por el viento y por el agua del mar. Todas las casas de los suaves están en llamas. El olor del fuego se mezcla con el aroma pungente del mar, la arena y la orilla. Los perros ladran al sentir su aroma. Alertado, un guardia silba para saber quién es. Él responde, con otro silbido, la señal que le permitirá pasar libremente. Con confianza renovada, avanza hacia el mar.



Alain despertó, helado y tembloroso. Estaba en el suelo, pero no se movió. Las terribles imágenes del sueño se agitaban en su mente. Todavía podía oler el mar y el fuego; todavía podía oír los gritos de los niños y los gruñidos de los hombres que caían bajo las lanzas y las hachas de los Eika; todavía podía ver a los monstruosos perros, con sus estómagos huecos, su rabia eterna y sus ojos amarillos de los que salían chispas. Siempre jadeaban, siempre tenían la lengua fuera y siempre babeaban saliva o cosas peores.

Estremeciéndose, cambió de posición. Rabia y Pesar estaban tumbados a su lado. Su sólida presencia hacía que se sintiera seguro.

A diferencia de los soldados de infantería que marchaban en la caravana de Lavastine, él ahora tenía una cama decente en la que acostarse: la alfombra que siempre extendían delante de la entrada de la tienda de Lavastine. Cada noche, después de dar de comer y beber a los perros y enviarlos al interior para que durmieran con su amo, Alain se tumbaba allí. Sabía que era absurdo, pero con su lanza y su cuchillo (que apenas sabía manejar), imaginaba que era él quien protegía al conde, a pesar de que había dos guardias montando guardia en todo momento. Nadie le había ordenado que se moviera, posiblemente porque nadie se atrevía, pues siempre se movía acompañado de los perros y el conde Lavastine parecía ajeno a todo, excepto a su propósito de ayudar a *lady* Sabella.

Rabia gemía y se movía en sueños. Pesar dormía más tranquilo, pero despertaba en el acto cada vez que Alain se movía. Y ahora, justo mientras pensaba esto, descubrió que tenía que levantarse.

El conde Lavastine y su ejército habían alcanzado a *lady* Sabella el día anterior. El impresionante séquito que Alain había visto por primera vez dos meses atrás en la

Fortaleza Lavas se había convertido en un ejército formidable. Rodulf, duque de Varingia, además de varios condes y señores, se habían unido a Sabella. La llegada de Lavastine acompañado por ciento veinte soldados había sido una buena excusa para celebraciones. El banquete se había prolongado hasta bien entrada la noche y Alain había bebido más cerveza de la debida. Ahora tenía la boca seca, un sabor amargo en la garganta y un terrible dolor de cabeza. Y tenía muchísimas ganas de orinar.

Uno de los guardias estaba dormido. El otro bostezó, aburrido, cuando Alain se puso en pie. Pesar despertó al instante y siguió a Alain, gimiendo suavemente, hacia el cobertizo de madera que descansaba a veinte pasos del campamento.

La luna ya se había puesto y una delgada línea roja bordeaba el cielo oriental. Desde el extremo lejano del campamento se oía el sonido, enmudecido por la distancia, de los clérigos y sacerdotes que entonaban el servicio de Laudes. Mientras daba media vuelta para alejarse de los árboles, Pesar cerró las mandíbulas alrededor de su muñeca y tiró de él. Alain tropezó con la maleza.

—¿Qué ha sido eso? —susurró alguien con brusquedad, en el bosque.

Pesar empujó con tanta fuerza a Alain que el joven cayó sobre las manos y las rodillas. Ahora quedaba parcialmente escondido entre los arbustos. Miró entre las ramas y vio dos figuras que cargaban con un objeto voluminoso. Se habían detenido para descansar.

—Silencio —dijo el otro.

Alain guardó silencio; Pesar guardó silencio; los dos hombres misteriosos guardaron silencio. Los clérigos cantaban en la distancia; sus voces se mezclaban en el gélido aire mientras el cielo pasaba del negro a gris.

—No oigo nada —dijo uno de los hombres—. Será mejor que nos demos prisa, antes de que el campamento despierte.

Levantaron el objeto y se alejaron por la curva del bosque hacia el extremo Oriental del campamento.

Transportaban un cuerpo.

Alain permaneció inmóvil hasta que Pesar le lamió la mano. Entonces, apoyó la mano en el cuello del animal y, juntos, empezaron a seguir a los hombres. Acarició la rosa que escondía bajo su túnica para intentar calmarse; todavía estaba viva, todavía estaba en flor. Sus espinas le dieron valor. No sabía si aquel cuerpo pertenecía a un hombre o a una mujer, si estaba vivo o muerto. Los hombres llegaron a las proximidades del campamento de *lady* Sabella, dejaron atrás la tienda de la cocina y el cerco que encerraba al ganado y se detuvieron ante una jaula cubierta que descansaba a cincuenta pasos de cualquier otra tienda o fuego. Un hombre encapuchado y con los brazos cubiertos por gruesas protecciones de cuero los recibió.

Hablaron en voz baja. Al principio Alain no pudo oír nada. Ningún hombre habría podido oír nada, pero un Eika...

Alain se enderezó y permaneció muy quieto, hasta que oyó la suave respiración de Pesar. Pronto pudo oír la voz de cada clérigo por separado, mientras entonaban,

algunos con devoción y otros sin ella, las cadencias finales de los Laudes. Después oyó los arañazos de unas garras contra la madera, el crujido de las ramitas bajo la brisa del amanecer e incluso el barro comprimiéndose bajo el peso de sus manos.

—... nadie hará preguntas.

—Lo traemos de una propiedad próxima a Autun. Es de la obispa de las tierras de Autun, de modo que también son las tierras del falso rey. La obispa Antonia siempre dice que los hombres del falso rey son caza legal.

El guardián gruñó.

—Mientras no nos cause ningún problema... Si venís desde Autun, supongo que habréis caminado el día entero. ¿Todavía está vivo?

—Parece respirar. Le di la bebida, la cantidad que indicaste. No ha despertado ni sus ojos se han agitado en ningún momento. ¿Para qué es? ¿Acaso le da mejor sabor?

La voz del guardián denotaba desagrado.

—No hay ninguna necesidad de hacerle sufrir más.

—¿Sientes piedad por un hombre del falso rey?

—Solo hago mi trabajo. Ahora marchad.

—¿No podemos mirar?

—Mirad todo lo que queráis —espetó el guardián—. Pero lo lamentaréis.

Algo en el tono de su voz hizo que ambos retrocedieran. De repente, Alain supo que no podía quedarse de brazos cruzados. Esta vez no.

Se levantó de un salto. Pesar intentó pellizcarle la espalda, pero no lo consiguió. El muchacho salió de entre la maleza.

—¡Deteneos! —gritó.

Los dos hombres le apresaron y le retorcieron los brazos tras la espalda. Alain forcejeó brevemente, pero eran mucho más fuertes que él. Se oyó un porrazo dentro de la jaula, como si algo se estuviera arrojando contra los tablones.

—Podríamos darle a este —dijo uno de los hombres—. Está más fresco y es más joven.

Pesar salió de un salto de entre los árboles, gruñendo. Al instante, ambos hombres soltaron a Alain y retrocedieron a la vez que sacaban largos cuchillos de sus cinturones.

—Es uno de los perros del conde Lavastine —dijo el vigilante, nervioso—. No intentéis hacerle daño.

Pesar se sentó, apoyándose en las piernas de Alain.

—No lo hagáis —suplicó Alain—. No es piadoso. No está bien.

El guardián solo tenía un muñón allí donde debería haber una mano. Su frente y mandíbula estaban marcados por cortes viejos y profundos; uno de ellos le había arrancado el ojo derecho, que había cicatrizado como una masa de tejido blanco. De su pecho colgaba un Círculo de Unidad de bronce.

—Debe ser alimentado, muchacho. Hay que alimentarlo con carne fresca. ¿Acaso quieres ofrecerte voluntario?

Alain se estremeció, pero el recuerdo de los chillidos y los sollozos aterrados de Lackling seguía estando demasiado presente. Él había sido el culpable, así que tenía que expiar su culpa. De pronto recordó al frater Agius y sus peligrosas y heréticas palabras: que Daisan el bendito se ofreció como sacrificio para redimirnos de nuestros pecados; que mediante su sacrificio nos hizo dignos. Impulsado por este recuerdo, por la intensidad que impregnaba las palabras y las oraciones del frater, Alain dio un paso hacia la jaula.

Pero Pesar le embistió con tanta fuerza que cayó sobre sus rodillas. El perro le tenía bien sujeto del brazo: sus dientes presionaban dolorosamente su carne, pero no se hundían tanto como para desgarrarle la piel. Los dos hombres se aproximaron con los cuchillos en alto. El perro gruñó, pero no le soltó.

—Parece que no está de acuerdo contigo —comentó el guardián, con amarga diversión. Se inclinó sobre el cuerpo que yacía a sus pies y le pasó los brazos por debajo de las axilas. Le faltaba una mano, pero era un tipo fuerte. Arrastró el cuerpo con facilidad hasta la caja, forcejeó con algún tipo de mecanismo y abrió una pequeña puerta barrada de un metro de altura y apenas lo bastante ancha para que pasara un hombro.

—¡Suéltame! —gritó Alain. Ignorando el dolor, logró soltarse y echó a correr. Iba a detener este asesinato. Tenía que hacerlo.

El guardia levantó la cabeza y, con un movimiento que fue una extensión de su sorpresa, tiró de la tela que cubría la jaula, revelando...

Los dos hombres que estaban detrás de Alain gritaron de miedo antes de que sus exclamaciones quedaran congeladas en sus gargantas.

El gran ojo giró... pues la criatura solo tenía un ojo; el otro era una masa de putrefacción repleta de gusanos que se retorcían en carne infecta y larvas que escapaban a rastras del pus y descendían hacia su hocico en forma de pico. Su mirada le golpeó como la espada de Dios.

Era incapaz de moverse.

Pero podía ver. El horror sofocaba su garganta. Y también el pesar.

Era una criatura enferma, a pesar de su monstruoso aspecto. Como un pájaro enorme, tenía dos pies en forma de garra y dos alas que estaban mudando las plumas. Las plumas y los desechos ensuciaban el suelo de la jaula. Como un dragón, tenía una cola sinuosa y una cabeza con brillantes escamas de color hierro, aunque con un ligero tono verde amarillento, señal de que no gozaba de buena salud. La bestia desplazó con pesadez su enorme cuerpo por la jaula, aproximándose a su comida.

El guardián empezó a empujar el cuerpo hacia el interior. De pronto, este se sacudió y un débil jadeo escapó de él: era el jadeo de un hombre que está despertando de una pesadilla... o que está a punto de entrar en ella. El enorme pie arañó el cuerpo, hundió sus garras en la carne y lo arrastró hacia el interior de la jaula.

El guardián volvió a cubrir los barrotes. Alain oyó un gemido amortiguado y los sonidos de un animal alimentándose con voracidad. El ojo del guivre le dejó libre.

Cayó de bruces, temblando de forma convulsiva, y empezó a llorar. No se movió, aunque ya podía hacerlo. Lo que había visto había sido demasiado terrible.

El guardián cerró la puerta y echó los cerrojos. Miró a Alain con su único ojo.

—Será mejor que vayas con ellos, muchacho. La obispa querrá verte.

La obispa Antonia, por supuesto. Era ella quien estaba detrás de todo esto. El frater Agius se había negado a enfrentarse a ella, tanto en las ruinas la noche que murió Lackling, como en la Fortaleza Lavas al día siguiente. Ahora, a Alain no le quedaba más remedio que hacerlo... pues si no, tendría que iniciar una pelea que sabía que no podía ganar.

Este conocimiento le dejó una repentina sensación de paz. Empezó a seguir a los hombres. Pesar avanzaba junto a él, pisándole los talones.



Aquel sentimiento de paz, de resignación a la voluntad de Dios, se esfumó mientras esperaba en la antesala de la tienda a que la obispa celebrara el servicio de la hora Prima, la celebración del amanecer y el nuevo día. Todas las damas y señores nobles estaban presentes.

Cuando Antonia regresó, resplandeciente en sus hábitos blancos ribeteados de oro y sujetando confiada su vara de obispa con la mano derecha, escuchó la explicación que le hizo uno de sus clérigos entre susurros y se limitó a decir:

—¿Otra vez él? Hermano Heribert, lleve un mensaje al conde Lavastine diciendo que, de momento, el muchacho avanzará con mi séquito. Lavastine no objetará.

El clérigo se marchó. Alain permaneció arrodillado en el exterior, sintiéndose miserable y asustado, mientras desmontaban la tienda y la guardaban en un carromato. Pesar se negaba a alejarse de su lado. Todos le miraban de reojo, pero nadie le hablaba. Dos guardias le custodiaban.

Cuando todo estaba preparado y los nobles ya habían montado en sus elegantes caballos, una forma oscura apareció a toda velocidad desde una hilera de carromatos y Rabia, de un salto, ocupó su posición junto a Pesar. Nadie intentó detener al animal. Su presencia le infundió ánimos.

Cuando la compañía se puso en marcha, dos soldados le empujaron hacia delante. Alain empezó a andar. ¿Qué otra cosa podía hacer? No saber qué debía esperar era, quizá, lo peor de todo. ¿Sería castigado? ¿Ejecutado? ¿Se convertiría en el alimento del guivre? Era incapaz de imaginar qué pretendía hacer con él la obispa Antonia.

Durante toda la jornada marcharon a paso constante, deteniéndose a medio día para dar agua a los caballos. Avanzaban por un terreno montañoso en el que abundaban las granjas y las tierras de pasto; las zonas boscosas coronaban las cimas y cubrían grandes extensiones de terreno. Resultaba sencillo avanzar por este terreno:

vados poco profundos, buenos pastos para el ganado que viajaba con ellos y ninguna señal de las fuerzas leales al rey Henry.

Entrada la tarde, las colinas iniciaron un largo descenso por el valle del río Rhowne. Desde allí, Alain pudo ver la torre de piedra de la catedral de Autun, borrosa por la neblina y tan distante que parecía la diminuta maqueta de un albañil. Habían llegado a los límites de las tierras controladas por el duque de Varingia. Más allá descansaba el corazón del antiguo reino de Varre, conocido como el ducado de Arconia, y más allá todavía, el reino de Wendar.

Los soldados y el cortejo se detuvieron para levantar el campamento y los guardias indicaron a Alain qué entrara en la tienda. Allí, por orden de la obispa, se sentó en un taburete. Los perros le siguieron en silencio y se tumbaron a sus pies.

La obispa le dejó bajo la supervisión de uno de sus clérigos, un joven de pálidos ojos azules llamado Willibrod. El clérigo, que tenía las manos y el cuello cubiertos de heridas rojas, estaba tallando Círculos de Unidad de madera, grabando palabras en sus reversos y pasando correas de cuero para convertirlos en cadenas. Le pareció extraño que clavara mechones de cabello, trozos de hojas y otros objetos en los Círculos, ayudándose de lo que parecía la punta de una flecha.

—¿Has recibido formación eclesiástica? —preguntó Willibrod—. Vas bien afeitado y te comportas como un clérigo.

Alain se sonrojó, algo que resultaba fácil de advertir en su suave piel. Le avergonzaba terriblemente que no le creciera nada más varonil que una pelusilla rubia en la barbilla. No se había afeitado y, sin embargo, el clérigo que estaba sentado junto a él no había sabido distinguir si iba sin afeitar o si se había rasurado la barba.

—Fui prometido al monasterio —balbució por fin—. Pero ahora sirvo al conde Lavastine como soldado.

El clérigo se encogió de hombros.

—No es la primera vez que un monje o un clérigo sirve en el ejército de un señor, pues mientras Nuestra Señora cuida del Hogar, Nuestro Señor esgrime la Espada.

Entró la obispa Antonia. Tres siervos avanzaban junto a olla; llevaban una jarra de agua y una delicada palangana de bronce para que pudiera refrescarse la cara y las manos, y suave lino blanco para que se las secara. Otros empezaron a cepillar el polvo y la tierra que manchaba sus hábitos mientras una mujer trenzaba su largo cabello plateado y lo cubría con una mantilla de lino blanco. Dos clérigos colocaron la mitra que la marcaba como obispa sobre la tela. La mitra, alta y puntiaguda por delante y por detrás, había sido confeccionada con una tela rígida blanca, estaba ribeteada con cintas de oro bordadas y de su parte posterior pendían dos borlas doradas y blancas que caían hasta los pies.

Un clérigo le tendió su báculo y, entonces, la obispa se giró y observó a su séquito con una sonrisa amable en el rostro, como mostrándoles su gratitud por su servicio. Cuando su mirada se posó en Alain, el muchacho agachó la cabeza con rapidez, mortificado porque le hubiera sorprendido observando sus abluciones.

—Hace días que solicité que compareciera ante mí otra persona. ¿No ha llegado aún?

—Todavía no, Excelencia.

—Espero que pueda estar con nosotros para la hora Complina.

La obispa hablaba con placidez, casi con esperanza, pero Alain ahora conocía la corriente oscura que se ocultaba en aquella mujer. Aunque tuviera un rostro gentil y una voz amable, no permitía que nadie se opusiera a su voluntad. Algunos clérigos se alejaron con rapidez y otros ocuparon sus puestos. Juntos, como un grupo unido, salieron en procesión al exterior para que la obispa celebrara el servicio de Vísperas, la misa de vigilia.

El clérigo Willibrod permitió que Alain se arrodillara y rezara mientras cantaban las Vísperas en otra zona del campamento. Durante el salmo final, dos soldados aparecieron en la entrada de la tienda. Junto a ellos, como si estuviera arrestado, apareció el frater Agius. Sus hábitos marrones estaban manchados de tierra y arrugados, como si hubiera realizado un largo viaje, y cojeaba. Alain se quedó tan sorprendido al verle que se puso en pie de un salto.

Agius se liberó de sus guardias y se arrodilló de inmediato para finalizar los últimos versos del salmo. Alain, avergonzado por la piedad que mostraba el sacerdote, le imitó.

—Pensaba que os habías quedado en la ciudad de Lavas —susurró cuando concluyó el último Aleluya—. Pensaba que no teníais intenciones de cabalgar con el conde Lavastine.

—Y no las tenía —Agius se levantó, miró a los guardias y se acercó cojeando a la palangana de bronce de la obispa para lavarse la cara. A Alain le sorprendió y le fascinó semejante exhibición de vanidad y arrogancia humana. El sacerdote se secó la cara y las manos con la misma tela de lino que había usado la obispa—. Mi papel en la vida no consiste en involucrarme en las disputas humanas que tientan a aquellos que han sido seducidos por el poder y los placeres terrenales.

—¿Entonces por qué estáis aquí? —preguntó Alain.

—Fui llamado en contra de mi voluntad.

Agius se sentó en una silla tapizada que incluso un muchacho ignorante como Alain, que no estaba acostumbrado a las formas de la nobleza, sabía que estaba reservada a la obispa. Este acto desafiante le hizo estremecer. Los perros, percibiendo su agitación, empezaron a golpear el suelo con sus rabos y levantaron la cabeza para mirar atentamente a su alrededor.

—Os pido disculpas, Hermano —dijo Willibrod nervioso, tocándose las heridas que cubrían su piel—. Esa es la silla de la obispa Antonia. No es apropiado que un humilde hermano se siente...

Agius miró colérico al clérigo, en silencio.

Alain vio que unas antorchas centelleaban junto a la entrada. La obispa Antonia había regresado.

—¿Es correcto que un humilde frater de la iglesia ocupe el asiento de una persona cuya dignidad ha sido ordenada por la mano de la mismísima skopos? —preguntó la obispa Antonia con voz suave, cuando cesaron las exclamaciones de indignación de sus siervos.

—Nuestra Señora ya juzgó mi corazón y lo consideró pobre. Me esfuerzo en ser digno en Su piedad y Su misericordia, no en la vuestra. —Agius debía de estar furioso para hablar así.

—Estáis enojado, frater. ¿Es este el corazón que mostráis a Nuestra Señora y Nuestro Señor?

Las suaves palabras de la obispa no parecieron conmoverle.

—Ella sabe qué hay en mi corazón —replicó, levantándose. Ya no parecía un humilde clérigo compareciendo ante una obispa de elevado rango, sino un noble molesto por la presunción de un criado—. Vos lo ignoráis.

Los siervos murmuraron escandalizados, pero Antonia los mandó callar con un gesto.

—¿Quién habla ahora, frater Agius? ¿El frater humilde? —Subió el tono de voz, acusadora—. ¿O el hijo orgulloso?

Él parpadeó, pero no miró atrás.

—Haré penitencia por mi orgullo. ¿Qué queréis de mí, Excelencia? ¿Por qué me habéis traído aquí? Yo ya no sirvo al mundo.

—Pero vivís en el mundo. Por mucho que lo intentemos, frater Agius, no podemos escapar de él. Ni siquiera vos habéis aprendido a someter vuestra voluntad a la de Nuestra Señora y Nuestro Señor. Una parte de vuestro corazón vive aún en su lugar original, donde tenéis vuestras costumbres.

—Nuestra Señora me juzgará —repitió él, obstinado—. ¿Qué queréis de mí?

Si se dibujó alguna línea airada en su rostro, esta se disolvió en una dulce sonrisa que sus mejillas rosadas y sus centelleantes ojos azules hicieron aún más agradable.

—Que veáis a vuestra sobrina, por supuesto.

—¡Mi sobrina! —exclamó.

—Está siendo educada por la obispa de Autun —la cólera de su interlocutor no alteró su plácido semblante—. ¿No lo sabíais?

—¡Por supuesto que lo sabía!

—¿Fuisteis vos quien lo sugeristeis, verdad?

Él la miró colérico, negándose a responder.

—Os quedaréis aquí de momento.

—¿Pretendéis tomarme como rehén?

Ella suspiró. Al instante, sus siervos y criados abandonaron la tienda y solo quedaron ella, Alain, los perros y Agius en el interior. La obispa lanzó una mirada a los animales y decidió que estaba a salvo con ellos... o con Alain, que los controlaba.

—Pretendo convertiros en un arma.

—Ya no soy un arma que pueda ser utilizada en asuntos mundanos, obispa Antonia. Cuando me prometí a la iglesia, me prometí a mí mismo que nunca más me preocuparía por las cosas de este mundo.

Ella sonrió con suavidad.

—Ya veremos —asintió con serenidad a Alain y abandonó la sala.

Agius la siguió, pero los guardias le cerraron el paso. Por un momento, Alain pensó que se abriría paso a la fuerza y provocaría un altercado, pero el frater se dejó caer sobre sus rodillas y empezó a musitar una oración. Esbozó una mueca de dolor cuando cargó todo su peso sobre su pierna herida (que aún no se había curado, aunque ya hacía casi dos meses que Pesar le había mordido). A Alain le costó entender sus susurros:

—Soy un hijo indigno. Oh, Señora, os ruego que me hagáis digno de Vuestra Piedad. Os suplico que no me juzguéis con severidad. Por favor, conceded Vuestro Perdón a este pecador. Ay, Señora, os ruego que me concedáis serenidad para aceptar la humildad y vencer el orgullo.

Parecía que nunca concluiría sus oraciones. Al oír las voces de los fieles que se habían congregado para el breve servicio de Compline, al crepúsculo; Alain se arrodilló y se unió a sus plegarias.

La obispa Antonia no regresó cuando concluyó el servicio; seguramente asistió al banquete. Willibrod les llevó pan, queso y vino, y continuó haciendo Círculos ayudado por varios clérigos. El frater no tocó su comida, pero Alain consiguió hacerle beber unos sorbos de vino.

En cuanto regresó, Antonia se acostó, rodeada por sus siervos y clérigos. Alain se acurrucó en el suelo, con los dos perros apoyados contra él. Varias preguntas acudieron a su mente durante su agitado sueño: ¿Qué tenía que ver la sobrina de Agius con la revuelta de *lady* Sabella? Agius solo era un humilde frater... aunque un humilde frater nunca se habría atrevido a ocupar el asiento reservado a una obispa sagrada.

Cada vez que despertaba, oía a Agius susurrando sus oraciones.



Por la mañana, Alain sacó a los perros a hacer ejercicio, acompañado por un guardia. Cuando regresó, vio que se aproximaba un cortejo: diversos hombres y mujeres vestidos con ricas túnicas y cadenas de oro y plata. Corrió al interior de la tienda, junto a Agius.

—¡La obispa viene hacia aquí! —siseó—. La acompañan varios nobles.

Agius se levantó, temblando ligeramente, pero irguió la espalda y se volvió hacia la entrada con orgullo. No parecía un humilde clérigo. Alain se arrodilló, flanqueado por los perros, pues no podía permanecer en pie ante unos señores y unas damas de casa noble. Él solo era el hijo de un mercader.

La luz del exterior era deslumbrante, pero no tanto como el fastuoso atuendo de *lady* Sabella y el corpulento hombre que la acompañaba: Rodulf, duque de Varingia. Sus elegantes trajes, adornados con piedras preciosas y cintas de oro y plata, y el atractivo despliegue de oro de sus cadenas, diademas y anillos, hacían que los hábitos de la obispa Antonia, cosidos con hilo de oro, parecieran modestos.

Rodulf soltó una carcajada y se dirigió a la obispa Antonia.

—¡Dios Bendito! No habría reconocido a este hombre, vestido con semejantes harapos, si no me lo hubierais advertido, Excelencia. —Avanzó hacia él sobre sus robustas piernas. Ancho de espaldas y pesado, tenía las mejillas coloradas de un hombre que comía con buen apetito y nunca había pasado hambre. Dio unas palmaditas al frater Agius en la espalda y le saludó con alegría—. ¿Qué os ha ocurrido, amigo? ¿Alguna desgracia? Oí decir que vuestros padres se pusieron coléricos cuando disteis la espalda al matrimonio para entrar en la iglesia; sin embargo, pensaba que seríais un presbítero y que os enviarían a la maldita ciudad de Darre para asistir a la skopos. ¿Qué es esto? —Cerró su mano carnosa alrededor de la vieja túnica del clérigo y tiró con tanta fuerza que Alain temió que la tela se rasgara.

—Sirvo a nuestra Señora —espetó Agius—. Nunca he pretendido otra cosa.

No hizo ninguna reverencia a Rodulf ni a *lady* Sabella, que permanecía en silencio detrás, con el semblante severo y meditabundo.

—Pero habéis venido a ayudar a vuestra prima —dijo Rodulf, señalando a Sabella.

—No es cierto.

Alain no se atrevía a moverse, temiendo el altercado que no dudaba que iba a producirse.

Sabella, impasible, dio un paso adelante.

—De todos modos, serviréis a nuestras necesidades, Agius —dijo con su voz monótona—. No puedo perder el tiempo sitiando Autun y sé que la obispa Constance no me entregará voluntariamente la ciudad. Tampoco puedo marchar con la milicia y los recursos de Autun en mi contra... además de su hostilidad. A cambio de la seguridad de vuestra sobrina, me traeréis a la obispa de Autun como rehén.

Esta amenaza, si realmente era una amenaza, no persuadió al frater. De hecho, ahora parecía más confiado.

—Si no contáis con el apoyo necesario para marchar contra el rey Henry, quizá sería mejor que os retirarais a vuestras tierras y las administrarais de un modo más conveniente.

Los delgados labios de Sabella se arquearon, pero no esbozaron ninguna sonrisa. Hizo una señal a uno de sus siervos. Al instante, una doncella entró en la tienda, trayendo consigo a una niña de unos cinco o seis veranos, una muchacha bastante desarrollada con un cabello tan rubio y fino como grueso y moreno era el de Agius. En su rostro aún había lágrimas. Al ver a Agius gritó, se liberó de las manos de la doncella y se arrojó a su cuello, sollozando.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Han matado a mi aya! —la pequeña lloraba desconsolada.

Él la abrazó con fuerza y le susurró al oído, intentando calmarla.

Cuando se tranquilizó, Sabella habló de nuevo.

—Mis jinetes de escolta tropezaron con vuestra sobrina y su séquito mientras cabalgaban hacia Autun. Hubo una pelea. Algunos de sus siervos se negaron a venir sin luchar.

—¿Qué pretendéis hacer con ella? —preguntó—. Está prometida a la iglesia, como ya debéis saber.

Rodulf jugueteó con los anillos de sus dedos, como si esta conversación le resultara desagradable. La obispa Antonia sonría dulcemente a todos los presentes. Alain sintió que sus ojos se posaban en él y se estremeció, como si cientos de arañas se arrastraran por su espalda. Acercó una mano al hocico de Rabia cuando el animal empezó a gruñir.

—No pretendo hacer nada con ella —dijo Sabella—. A no ser que me vea obligada. Quiero a la obispa Constance.

Agius estaba tan pálido que sus ojos oscuros parecían maquillados en negro, como los de una prostituta deseosa de atraer a los hombres. La niña se abrazó a él, enterrando el rostro en sus hábitos.

—Constance no sospechará de vos, Agius —continuó Sabella—. Fuisteis criados juntos y, si no recuerdo mal, incluso se habló de compromiso matrimonial entre ambos antes de que se decidiera que ella debía entrar en la iglesia y vos debíais casaros con la duquesa Liutgard. —Tocó el collar de oro que llevaba al cuello y bajó la mano para mostrar su palma vacía al aire—. Pero ese compromiso no culminó cuando os casasteis con la joven duquesa, sino cuando lo hizo vuestro hermano. El joven Frederic fue un hombre amable y generoso. Y también un buen soldado. Es una lástima que tantas personas perdieran la vida en las guerras que libró Henry por el este, cuando debería haber prestado más atención a los territorios que aún afirma poseer. —Hizo otra señal a la doncella, que se adelantó para sujetar a la niña.

La pequeña empezó a llorar de nuevo y se abrazó a su tío. Él la abrazó con fuerza, con los ojos llenos de cólera. Entonces, con una expresión que reflejaba el desprecio que sentía hacia sí mismo, le pidió que se separara de él. La doncella se la llevó.

—Ya veo que nos entendemos —dijo Sabella. Sin añadir nada más, abandonó la

tienda.

—Debéis saber que no tendré más reyes ni obispos wendianos en mis tierras —dijo de repente Rodulf—. Vos tenéis sangre wendiana por parte de vuestro padre, así que supongo que no simpatizaréis con mis opiniones, a las que me aferro con fuerza. Sin embargo, quiero que sepáis que me disgustan estos métodos.

—De este modo se salvarán muchas vidas —dijo la obispa Antonia con suavidad—, y la ciudad de Autun no será asolada por la guerra. Seguro que estamos de acuerdo en que la paz es mejor que la guerra.

—Al menos, la guerra es una profesión honorable —murmuró Rodulf—. El engaño no lo es, aunque esté aprobado por una obispa.

Dicho esto, salió de la tienda.

—Partiremos a mediodía —anunció la obispa—. Yo os escoltaré. —Señaló la tienda y los objetos que se diseminaban por su interior—. Preparaos como creáis conveniente.

En cuanto se fue, Alain y Agius pudieron asearse con cierta intimidad. Alain vertió el agua de un cántaro en la palangana de cobre reservada para el uso de los siervos de la obispa, se quitó la túnica y se lavó el pecho, los brazos y el rostro. El agua estaba amargamente fría.

Agius tenía los ojos enrojecidos por la extenuación. El frater se arrodilló y unió las manos en una plegaria.

Alain sentía una gran compasión por él. Estaba seguro de que Nuestra Señora y Nuestro Señor no deseaban que ninguna persona fuera mortificada de semejante forma por la agonía y las dudas. ¿No le habían enseñado que, a través de Su Piedad, recibían la promesa de ser purificadas de la oscuridad?

Cogió la palangana, la llevó junto a Agius y se arrodilló junto a él.

—Aquí hay agua para que os aseéis, Hermano.

Agius sonrió, dolorido.

—El pecado del orgullo me ha mancillado para siempre —dijo con los dientes apretados y los ojos fuertemente cerrados.

Por primera vez, Alain se fijó en los pies del clérigo, medio tapados por sus deshilachados hábitos. Estaban descalzos, cubiertos de viejas úlceras supurantes y cortes recientes, manchados de sangre seca y polvo. Cada paso debía dolerle. De pronto, Alain deseó poder liberar a Agius de todo nuevo dolor, pues su expresión de absoluto abatimiento reflejaba el que ya sentía. Sumergió la tela en agua y lavó suavemente su rostro.

—Te lo ruego —dijo Agius, sin abrir los ojos—. No soy digno de tu compasión.

—Seguro que toda alma es digna de compasión —replicó Alain, sorprendido. Volvió a mojar el lino y empezó a limpiar con sumo cuidado los pies del frater—. ¿No es bondad lo que se nos pide que concedamos libremente a nuestras hermanas y hermanos? —Levantó la mirada y, para su horror, descubrió que Agius sollozaba en silencio. Apartó la tela de inmediato. Estaba manchada de sangre, pus y suciedad—.

Os pido disculpas. No pretendía causaros dolor.

—No me importa el dolor físico, pues me ayuda a recordar mis pecados. Ay, Señora, en mi orgullo pensaba que había dejado atrás las amenazas que me atan a los viejos vínculos de la sangre y la tierra, pero no es así. No puedo ignorar el afecto que siento por mi hermano. No puedo amarle menos que a Nuestra Señora, aunque esté muerto y en Su cuidado. Ahora esta niña está en peligro y, obligado por la amenaza de ese peligro, me veo obligado a servir a aquellos que buscan el poder en el mundo. En mi orgullo pensaba que había dejado atrás mi nacimiento, pero ahora sé que no es así. Y mientras me aten mis viejos afectos, nunca podrá ser así. Sin embargo, no deseo realizar el verdadero sacrificio, el de desvincularme por completo de los lazos que me unen a mi familia y entregarme en cuerpo y alma a Nuestra Señora.

Sin saber qué más hacer, Alain siguió lavando sus pies con cuidado, intentando no volver a abrir heridas recién curadas.

—¿Quién sois? —preguntó, pero al instante temió haber sido presuntuoso.

Tras un largo silencio, Agius respondió:

—Soy el hijo mayor de Burchard, duque de Avaria, y de Ida, hija del duque de Provensalle.

En la aldea de Osna se consideraba que la obligación de la hija mayor era heredar los bienes, las propiedades y el título de la madre y proseguir con su trabajo, mientras que la del hijo mayor era contraer un buen matrimonio para establecer vínculos más fuertes entre las familias. Solo el hijo menor era enviado a la iglesia. Sin duda alguna, los grandes príncipes del reino esperaban lo mismo de sus hijos e hijas.

—No me extraña que vuestros padres enfurecieran —dijo Alain, comprendiendo la rebeldía de Agius.

El frater se limitó a gruñir. De repente se recostó en su asiento, se pasó una mano por el cabello, desordenándolo, y se llevó un dedo a la barbilla, cubierta por una barba de varios días.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Alain.

—Salvaré a la hija de mi hermano, por el amor que hubo entre nosotros. De este modo, el número de mis pecados aumentará.

—Pero dijisteis que no les ayudaríais... Además, vuestra sobrina es tan joven —Alain se interrumpió. La niña era un poco más pequeña que la hija menor de tía Bel, la dulce Agnes—. ¿Qué poder tienen realmente sobre vos? Estoy seguro de que no...

—¿La matarán? —Agius sonrió con amargura—. Eres un buen chico, Alain. Todavía no comprendes de qué somos capaces aquellos que aún perseguimos el poder que nos tiende el enemigo a modo de tentación. El poder que nos ha sido concedido en esta tierra es un poder vacío comparado con el sacrificio realizado por Daisan el bendito y la promesa de la Cámara de Luz. Pero como estamos mancillados por el pecado, nos aferramos a las sombras con la mirada borrosa. —Dio una fuerte palmada—. ¡Clérigo! Tráeme un cuchillo. Con semejante barba, no soy digno de ser considerado un buen sacerdote.

Su expresión estaba rota por la desesperación, pero se movía con la seguridad y la decisión de un hombre que ha aceptado su terrible destino.

Alain caminaba junto a Agius, seguido por los sabuesos. La obispa Antonia avanzaba al frente de la procesión sobre su mulo blanco, acompañada de sus siervos. Un clérigo llevaba un estandarte verde con el distintivo de su ciudad: una torre negra en la confluencia de dos ríos. En la tela negra de la torre había un báculo de obispa bordado en hilo de oro.

—Se habla demasiado de duques, tierras, obispos y lealtades —confesó Alain—. No le encuentro el sentido.

Agius esbozó una tensa sonrisa.

—¿De verdad no puedes entender por qué me utilizan como trampa para atrapar al ciervo blanco?

—¿Al ciervo blanco?

—Así es como llamamos a Constance. —Alain asintió, aunque seguía sin entender de qué estaba hablando, y Agius dejó escapar un suspiro de frustración—. Constance es la hermana del rey Henry. Brun y ella son sus hermanos pequeños.

—¿Por qué *lady* Sabella os llama primo? No lleváis el... —Alain deslizó los dedos por la curva de su garganta.

—Solo a los descendientes de la casa real se les permite llevar el collar de oro. Representa su sangre real. Tanto Sabella como su marido Merengar lucen ese collar. La duquesa Liutgard también puede llevarlo, pero yo no.

—¿Por qué...? ¿Vos no...? ¡Si sois hijo de un duque!

Las nubes se habían aproximado por el este. Hacía más frío que por la mañana. Alain sentía el polvo del camino bajo sus botas. Si llovía, el suelo se llenaría de barro. ¿Cuánta lluvia, cuánto barro, sería necesario para evitar que este plan siguiera adelante? Sin embargo, si avanzaba con las tropas de Sabella, bajo la protección del conde Lavastine, ¿no debería desear con devoción su victoria?

—Como la lectura y la oración, esto es lo que dispone el mundo —dijo Agius con un suspiro.

—¿Qué?

—Parece que estoy destinado a enseñarte, Alain. Confío en que la Sabiduría de Nuestra Señora te ayude a entender la gran verdad del sacrificio y la redención de Su Hijo; que te resulte más sencillo aprender esto que las palabras. Ahora, atiende.

Avanzaban por un camino desierto. Los campesinos y propietarios libres que

debían obediencia a Autun habían escapado al interior de los muros de la ciudad al ver llegar al ejército de Sabella. Aunque las nubes eran su techo y los verdes campos su habitación, Alain se sintió transportado a los días que el frater le instruía en la Fortaleza Lavas. Agius era un profesor severo, brusco e impaciente con los errores y poco dado a perdonar los fallos. Estaba decidido a conseguir que los demás supieran lo que él sabía.

—Hay diez grandes príncipes en el reino de Wendar y Varre. A seis de estos príncipes los conocemos como duques y a los otros cuatro como margraves, pues administran las tierras que se extienden a lo largo de la frontera oriental. El soberano es el primero de entre estos príncipes, y solo con el consentimiento de todos ellos y la fuerza del soberano, un príncipe o princesa de la línea real puede convertirse en el siguiente rey de Wendar y Varre.

—¿Pero Wendar y Varre no fueron antaño reinos independientes?

—No puedo imaginar en qué estaría pensando tu padre para no educarte como es debido —espetó Agius, con cierta exasperación.

—Mi padre me enseñó todas las cosas que necesita saber el hijo de un mercader —respondió Alain, enfadado por esta crítica injustificada—. Sé reparar un barco, sé un poco de vela y navegación, conozco el valor de las monedas de diferentes reinos y pueblos y sé hacer trueques.

—No me refería a tu padre adoptivo.

Distraído, Alain olvidó momentáneamente su enfado.

—Supongo que no seguís creyendo que soy el hijo bastardo del conde Lavastine.

Agius gesticuló con elocuencia a los perros, que avanzaban fielmente tras él. Eran tan mansos como cachorros... siempre y cuando Alain o el conde Lavastine estuvieran cerca. El clérigo sabía perfectamente qué harían a cualquier otra persona que se acerca a ellos.

—Pero eso no viene al caso. Voy a emprender la tarea que me ha encomendado Nuestra Señora, así que escucha.

Coronaron una elevación. En la distancia, Alain vio la ciudad de Autun, la torre de la catedral, las murallas de la ciudad y el débil destello del río Rhowne a su paso por los campos en los que crecía el grano. Entonces el camino empezó a descender por el bosque y los árboles ocultaron las vistas.

—No voy a agobiarte con la historia del auge de la casa de Saonia. Es un asunto largo y complicado que es mejor dejar a las monjas de Korvei, que durante muchos años han registrado las hazañas de los grandes príncipes de este reino. Lo que debes saber es que en el año 679, según cuentan sus crónicas, murió el joven rey Louis de Varre, conocido como Louis el Niño. Dos años después perdió la vida Arnulf el Viejo, rey de Wendar. Su hijo, Arnulf el Joven, se convirtió en el rey de Wendar y Varre. ¿En qué año estamos, Alain?

¿Qué año? Estaban en primavera. Hoy en particular era el Día de San Casceil, como habían anunciado durante el servicio de la mañana. Todavía no habían

celebrado la Festividad de Santa Susannah, de modo que no había llegado el mes de Sormas... pero ahora no recordaba qué día de Abril se celebraba la festividad de San Casceil.

Y si no recordaba el día, ¿cómo iba a recordar el año? Alain no estaba acostumbrado a marcar el paso de los años. Excavó en su memoria, tropezó con un agujero del camino y recordó.

—Es el año 728 desde la Proclamación del Mundo.

—Correcto. Conoces la lucha de Henry y Sabella por el derecho a ocupar el trono de Wendar y Varre. —Agius señaló, haciendo una mueca, a la obispa Antonia, que había empezado a cantar. Como siempre, los clérigos unieron sus dulces voces a la suya. Alain no entendía sus palabras, pues eran dariyanas.

Mientras cantaban, Agius, distraído, murmuró estas palabras:

*«Estas cuatro Diaconisas eran tesoros,
que tenían en su integridad,
la clave del misterio.
Cuatro puertas abrieron para nosotros,
cada una de ellas con su llave,
que la gloria sea para aquellos que saben elegir sabiamente».*

—¿Significan eso sus palabras? —preguntó Alain.

—Sí. Es una vieja canción del este, pero no me hagas caso. No debemos distraernos de nuestro propósito. Pronto llega remos a las murallas de Autun y nuestras lecciones llegaran a su fin. ¿Cuál es el nombre del rey y quiénes son sus hermanos?

—¡El rey Henry, por supuesto! —Consciente de que había hablado demasiado alto, Alain agachó la cabeza, avergonzado. En el campamento de Sabella nadie se refería a Henry como rey—. Y *lady* Sabella, que es su hermana mayor.

—Su hermanastra —le corrigió Agius—. Es hija de la reina Berengaria de Varre. Cuando murió, Arnulf el Joven contrajo matrimonio con Mathilda de Karrone, que es la madre de Henry. ¿Quién más?

—No lo sé.

—Estos son los hijos de Arnulf y Mathilda que siguen con vida: Henry, Rotrudis, Richardis, conocida como Escolástica y Madre en el Convento de Quedlinhame, Benedict, Constance y Brun. Henry también tiene una hermanastra, hija de Arnulf el Joven y una concubina. Se llama Alberada y ahora es obispa de Handelburg, pero como esas tierras se encuentran muy lejos, al este, no ha tomado partido en las disputas entre Henry y Sabella. Veamos, ¿quiénes son los seis duques?

—No... no lo sé. Veamos, el duque Rodulf es uno de ellos. Y Berengar, el marido de Sabella, también lo es, ¿verdad?

—En efecto. Es el duque de Arconia, aunque es *lady* Sabella quien administra sus

tierras, tal y como le corresponde como esposa. Rodulf es el duque de Varingia. La ciudad de Autun descansa en la frontera entre las tierras administradas por Rodulf y su esposa, conocidas como Varingia; y las tierras administradas por Sabella y Berengar, llamadas Arconia. Por lo tanto, es posible que te preguntes por qué la obispa de Autun apoya la causa de Henry, a pesar de que su ciudad descansa en la región controlada por *lady* Sabella.

Alain asintió diligente.

—Hace ocho años, cuando Sabella se rebeló contra la autoridad de su hermano por vez primera, la obispa de Autun fue uno de sus principales apoyos. Por esta razón, Henry la destituyó y la convirtió en abadesa de un pequeño y aislado convento. Después convenció a la skopos para que nombrara obispa de Autun a su joven hermana Constance, el ciervo blanco. Es normal que Constance apoye a Henry.

—¿Y qué ocurre con los demás Duques?

—Tres de ellos apoyan a Henry. Rotrudis, la hermana de Henry, es duquesa de Saonia y Attomar. El ducado de Saonia es la sede original del poder de su familia. Antes de convertirse en reyes, fueron los duques de Saonia.

—¿Y cómo se convirtieron en reyes?

—Eso tendrás que aprenderlo en otro momento o leerlo por ti mismo. Ahora escucha. —Miró adelante cuando dejaron atrás las sombras de los árboles y les recibió la luz del sol. Una larga pendiente se extendía a sus pies. Alain se preguntó cuánto tardarían en descubrir su presencia las personas que vivían tras los muros de la ciudad—. Burchard, duque de Avaria.

—Es vuestro padre.

—Sí —Alain deseaba sonsacarle, pero Agius había respondido con tanta sequedad que no se atrevió a hacer más preguntas—. Y en tercer lugar, Liutgard, duquesa de Fesse, que también procede de una familia real.

—A quien fuisteis prometido.

—Veo que has escuchado con más atención de la que pensaba.

—Pero fue vuestro hermano quien se casó con ella.

Agius apartó la mirada con rapidez para ocultar su expresión. Alain pensó en la niña que se había abrazado a su tío en la tienda de la obispa Antonia. Era evidente que el vínculo que le unía a su hermano y, por lo tanto, a los hijos de este era muy fuerte.

Sintiendo compasión por el pesar y la furia impotente de Agius ante el cautiverio de su sobrina, Alain formuló otra pregunta.

—¿Quién es el sexto duque?

Agius vaciló. Cuando por fin habló, lo hizo con la cabeza agachada, mirando al suelo.

—Conrad, duque de Wayland, conocido como Conrad el Negro. Sabella afirma que cuenta con su apoyo, pero no ha enviado a sus hombres para que avancen junto a ella.

—¿Y los margraves?

Agius, que había recuperado la compostura, levantó la barbilla (que se había afeitado por la mañana, como correspondía a un hombre entregado a la iglesia) y respiró hondo, como intentando darse fuerzas.

—De todos los margraves, el principal es Helmut Villam. En segundo lugar, y casi tan poderosa como él, está Judith, margrave de Olsatia y Austra. Werinhar, margrave de Westfall, es la tercera.

—Antes dijisteis que eran cuatro.

Una sombra de pesar cruzó su expresión. Alain comprendió al instante que aquello estaba relacionado con su amado hermano.

—La margrave de Eastfall y sus dos hijos murieron hace tres años luchando contra los qumanos.

—¿Fu... fue esa la batalla en la que murió vuestro hermano? —solo había sido una conjetura, pero Alain supo que había dado en el clavo por la dura mirada que le lanzó y por su sombrío silencio.

Caminaron durante un rato. La obispa y los clérigos todavía cantaban; era evidente que el himno del este tenía muchos versos. No deseaba mirar a Agius ni hacerle más preguntas, ni sobre margraves ni sobre versos. Agius guardaba tanto dolor en su interior que a Alain le dolía verlo.

El frater susurró unas palabras en wendiano, uniendo su voz a la de los clérigos.

*«Hijas de Nisibia, actuar como hizo vuestra madre,
que dispuso un Cuerpo en su interior,
¡Y este se convirtió en un Muro sin ella!
Dispuesto en vosotras tenéis un Cuerpo vivo,
que puede ser el Muro de vuestra vida.
Que la gloria sea para aquellos que saben elegir sabiamente».*

Mientras los clérigos finalizaban el himno, la obispa tiró de las riendas de su mulo y el conjunto de la procesión se detuvo. Antonia desmontó.

Autun se alzaba sobre una colina que descansaba en la llanura del Valle Rhowne. Cabañas y barracas se diseminaban por el exterior de las murallas pero, al igual que los campos, estaban vacías de vida excepto por algún pollo extraviado que picoteaba junto a las casas. La comitiva de Antonia todavía estaba lejos de las murallas, pero ante la gran puerta de la empalizada que marcaba la entrada de la ciudad ya se había reunido un grupo de gente. Dos estandartes salieron a recibir a la obispa Antonia. Mientras la compañía descendía por el sendero, Alain pudo distinguir sus diseños. El primero, como el de la ciudad de Mainni, mostraba una torre gris coronada por un cuervo negro. El segundo, de un color dorado tan brillante que parecía reflejar la luz del sol, representaba a un ciervo blanco.

Agius se adelantó para situarse junto a la obispa. Estaba tan pálido que parecía

enfermo. Antonia, con el semblante tranquilo, esperaba con una sonrisa magnánima a que el grupo de la ciudad llegara para darle la bienvenida.

Como correspondía a una hija y hermana de reyes, la obispa de Autun tenía un generoso e impresionante séquito. Sus clérigos vestían hábitos de delicado lino teñido de un rico color borgoña y todos ellos sostenían un libro, símbolo de su posición. Colgado del hombro izquierdo llevaban un largo echarpe de lino bordado. Debía de haber unos treinta clérigos en la compañía. Alain nunca había visto tantos libros en un mismo lugar; de hecho, jamás se le había ocurrido pensar que pudieran existir tantos libros en el mundo.

También le acompañaban monjes y monjas que cargaban con incensarios, vasijas redondas de bronce batido en el que quemaban incienso. Los incensarios pendían de cadenas que oscilaban lentamente al ritmo de los suaves cánticos de la compañía.

—Kyria eleison. Kyrie eleison. —Señora, tened piedad de nosotros. Señor, tened piedad de nosotros.

La obispa de Autun cabalgaba sobre un mulo blanco en el centro de la procesión. Llevaba las ricas vestimentas y la mitra de una obispa, y Alain pudo ver en su cuello el collar de oro que marcaba su cuna real. Era joven; Alain la aventajaba en edad, pero su expresión grave, firme y sabia le hacía parecer infinitamente mayor. Su rostro parecía saludable, pero su tez era pálida. Cuando desmontó y se acercó con las manos extendidas hacia la obispa para saludarla, Alain advirtió que era tan alta como su hermanastra Sabella y comprendió que hubiera recibido el apodo de «ciervo blanco»: caminaba con pasos gráciles y su porte era elegante.

Tomó las manos de la obispa Antonia entre las suyas y, al instante, los suaves cánticos de su compañía cesaron. Se hizo el silencio, excepto por el sonido de los pies sobre el terreno y el tintineo de los arneses.

—Os saludo, hermana, y os doy la bienvenida a mi ciudad —dijo Constance. Tenía la voz aguda y hermosa, llena y clara, pero no sonreía—. Me sorprende veros aquí, tan lejos de Mainni y del Hogar que os ordenaron vigilar.

—Yo también os saludo, hermana —dijo Antonia con más dulzura—. Vengo con la paz de Nuestro Señor y Señora.

—Os acompañan más personas —Constance observó el camino por el que se había aproximado el cortejo.

Estaba vacío, por supuesto. El ejército de Sabella había acampado a varias horas de distancia, en los territorios del duque de Varingia. El ducado de Arconia permanecía bajo la protección de Berengar y Sabella, pero las obligaciones de la obispa eran dobles: tenía que velar por el bienestar espiritual de sus cargas y proteger el Hogar de la catedral que la autoridad de la skopos había dejado a su cargo; además, debía ser consultada en asuntos mundanos, del mismo modo que un rey o un duque podían decidir qué mujer noble merecía ser ascendida a obispa cuando una sede quedaba libre por razones de muerte o deshonor. Como obispa de Autun, cuyo deber espiritual era velar por los habitantes de la región central de los reinos de Wendar y

Varre (la región conocida como Arconia), Constance tenía el derecho de exigir ser consultada en asuntos relativos a la administración del ducado de Arconia. El duque de Arconia era el marido de Sabella, pero quizá, la lealtad de su pueblo no era tan grande como su amor por la nueva y joven obispa, Constance.

—Temo que haya desavenencias en vuestra familia —dijo Antonia, que parecía afligida por tener que ser la portadora de tan malas noticias—. He venido como mediadora. Os suplico que vengáis conmigo para tratar estos asuntos con Sabella y Rodulf.

—Me entristece oír tales cosas —respondió Constance, aunque no parecía que aquella noticia le resultara desconocida—, pero creo que hay mala voluntad por parte de Sabella, por razones que ya debéis conocer. Además, me niego a dejar a mi pueblo... —señaló hacia la ciudad, que descansaba en silencio bajo el sol de mediodía— sin mi guía y sin mi presencia para protegerlo.

Agius, que se había mantenido en un segundo plano y estaba medio escondido por los hábitos de los clérigos de Antonia, dio un paso adelante. El tono oscuro de su sotana destacaba junto a los brillantes hábitos de sus hermanos más mundanos.

La expresión de Constance se iluminó. Parecía encantada.

—¡Agius! Me has sorprendido —soltó las manos de Antonia y atrajo a Agius hacia ella como si fuera su hermano. Aquella muestra de familiaridad desconcertó a Alain—. No esperaba encontrarte en semejante compañía.

Alain captó cierto tono de disgusto en la voz de Constance. Ignoraba si Antonia también lo habría advertido, pues les sonreía con el mismo orgullo como el que una mujer aprobaría el reencuentro de dos hermanos reñidos.

—Viajo allí donde debo —respondió Agius. Parecía estar librando una batalla interior entre la alegría que le proporcionaba haberse reencontrado con la obispa Constance y el dilema que pendía sobre él, como la espada de un verdugo pende sobre el cuello del condenado—. Sigo el camino que Nuestra Señora ha puesto ante mis pies.

—¿Y ese camino te ha conducido al campamento de Sabella? —preguntó la obispa. Alain no detectó ningún sarcasmo en su voz.

—La consideración mundana me ha conducido al campamento de Sabella, Excelencia.

—Creía que habías dado la espalda a las consideraciones mundanas cuando te negaste a contraer matrimonio para vestir el hábito marrón de vuestro servido.

Él esbozó una triste sonrisa.

—Por desgracia, el mundo no ha terminado para mí, Excelencia.

—El mundo siempre se entromete cuando deseamos con todas nuestras fuerzas contemplar únicamente a Dios. —Constance unió sus manos e inclinó ligeramente la cabeza, como si se estuviera sometiendo a la voluntad de Dios. Instantes después, levantó de nuevo la cabeza para mirar a Agius—. Pero Dios proporcionó a los humanos una libertad igual a la de los ángeles. ¿No es cierto que el sol y la luna e

incluso las estrellas están fijas y solo pueden moverse por el camino que les ha sido marcado? Pero no ocurre lo mismo con aquellos que han nacido de madres humanas; por eso, nuestra conducta debe ser comparada con la de los ángeles. Las alabanzas o reproches que merece la conducta de un hombre es en realidad la que merece él como persona —se volvió hacia la obispa Antonia—. ¿Estáis de acuerdo conmigo, Excelencia?

Alain advirtió al instante que aquel comentario había sido como una lanza provista de púas: diseñada para hundirse con facilidad y ser extraída provocando un gran dolor.

La obispa Antonia tenía una armadura impenetrable.

—Pienso como vos, Excelencia —respondió sonriendo—. Así es como Nuestro Señor y Nuestra Señora juzgan nuestras acciones: por lo que hacemos y lo que dejamos sin hacer.

Agius guardó silencio.

La obispa Antonia aprovechó este silencio para reflexionar.

—Ahora que nos hemos encontrado en el camino —dijo por fin—, os suplico que regreséis conmigo a mi salón, donde mi pueblo os entretendrá como merecéis, con un buen festín y el sabor del vino de Autun.

Agius se agitó, nervioso.

—He venido a pedirte que regreses con nosotros al campamento de Sabella —dijo con rapidez—, como ha dicho ya la obispa Antonia.

—No creo que sea prudente que me ponga bajo el poder de mi hermana Sabella, aunque no tengo ninguna enemistad personal hacia ella.

—Si ocurre alguna desgracia, solo yo seré el responsable, Excelencia.

—¿Me estás prometiendo un paso seguro, Agius?

—Estoy prometiendo que os escoltaré hasta la seguridad de vuestra ciudad, Excelencia.

La obispa estaba desconcertada, aunque intentó ocultarlo.

—En ese caso, accedo a acompañaros —anunció—. Es mejor la paz que la guerra, como dijo Daisan el Bendito.

—Entonces os acompañaré al salón —añadió Agius—, mientras reunís todo aquello que necesitéis llevaros al campamento de Sabella.

—No será necesario. —Se encogió de hombros e indicó por señas a sus siervos que le trajeran el mulo—. Voy armada con mi fe, frater Agius, como todos aquellos que hemos dado nuestras vidas al Señor y la Señora. La confianza que ha depositado en mí mi hermano me ha hecho fuerte.

—Entonces podemos ponernos en marcha. —A pesar de sus palabras, Agius vaciló. Ambas obispas montaron ayudadas por sus siervos, pero el frater se adelantó y cogió las riendas del mulo de Constance—. ¿Acaso no dijo Daisan el bendito: aquel que rechaza lo que se le ofrece suele estar necesitado? Ya es más de mediodía y si nos ponemos en marcha ahora, nosotros y el resto de la comitiva habremos caminado el

día entero en ayunas.

Alain no tuvo que adivinar cuál sería la reacción de Constance: estaría encantada de poder ofrecerles su hospitalidad. Tía Bel había dicho en más de una ocasión: «Así nos juzga nuestra Señora: por nuestra hospitalidad en la mesa». La tía Bel era tan conocida por alimentar a las personas que pasaban por la Aldea de Osna que otros propietarios menos magnánimos a veces le robaban a los clientes haciéndose pasar por ella.

—Entonces debemos regresar a mi palacio y comer —dijo Constance con evidente placer.

Con Agius dirigiendo al mulo, todos se dirigieron hacia Autun. Era la ciudad más grande que Alain había visto jamás, con una muralla de piedra, una catedral de piedra y madera y muchos edificios, tan apretados entre sí que le extrañó que las personas que vivían allí no se asfixiaran. Cruzaron las puertas con rapidez y descendieron por una amplia avenida flanqueada por casas de madera construidas con un estilo muy distinto a los edificios alargados de su aldea. Las paredes del palacio de la obispa medían como tres hombres. Apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que fueran conducidos al interior del imponente salón.

Allí se sentó junto al gran hogar, donde comió un pan tan blanco y suave que parecía más una nube que las pesadas barras de gruesas costras oscuras que él conocía. Le dieron permiso para comer tanto como quisiera del mejor queso que había probado en su vida, además de los restos de perdiz y pescado que componían la comida del mediodía de la obispa. Mientras tanto, Rabia y Pesar roían huesos de jamón aún repletos de carne y grasa. Probablemente, el pobre Lackling no había comido tanto cerdo en su fría y solitaria vida como la que devoraron los perros durante el transcurso de la hora siguiente. Le parecía terrible poder estar sentado, comiendo con tanto placer, cuando Lackling ni siquiera gozaba de la paz de una tumba marcada.

Pero Alain no pudo contenerse. Nunca había asistido a un banquete tan elegante como este, ni siquiera cuando ayudó a servir la mesa del conde Lavastine durante la visita de *lady* Sabella y su séquito... pero debía recordar que la obispa Constance era la hermana del rey, que había nacido ni un linaje de reyes. Las oscuras vigas y los muros tapizados, los bulliciosos clérigos y el delicado lino que vestía hasta el más humilde de los siervos le hicieron ser consciente de lo pequeña que era la aldea de Osna. Tía Bel y su padre Henri siempre habían sido unos propietarios respetables y prósperos; la enfermedad había arrebatado algún hijo a tía Bel, pero el hambre nunca, como ocurría con frecuencia en muchas familias. Sin embargo, a pesar de estar sentado en una sucia esquina al lado del hogar, aquel fastuoso salón hacía que su orgullo quedara empequeñecido ante la espléndida posición de la que gozaban los príncipes.

Ignoraba qué conversaciones tenían lugar entre las personalidades reunidas. Comió tanto que empezó a dolerle el estómago, lleno de rica comida a la que no

estaba acostumbrado. El largo camino de regreso al campamento de Sabella le pareció que duraba una eternidad. Tropezaba a cada paso y se inclinaba, alternativamente, sobre Rabia o Pesar para mantener el equilibrio. Las dos obispas cabalgaban juntas, reacias a ocupar el sitio de honor. Agius, decidido a mantener su postura de frater humilde, llevaba las riendas de la mula.

Alain deseaba ser capaz de llegar al campamento sin tener que detenerse a vomitar a un lado del camino.

Una hora después, como el día no era demasiado caluroso ni demasiado frío y el viento acariciaba con suavidad su rostro, empezó a sentirse mejor. De todos ellos, solo Agius parecía sentirse peor a medida que se aproximaban al campamento de Sabella.

Los escoltas se habían adelantado. Cuando la comitiva cruzó el último campo de centeno, antes de que el campamento empezara a extenderse por pastos y zonas arboladas, los soldados empezaron a alinearse a los lados del camino para ver a la obispa real. Antonia y Constance formaban una pareja insólita: senectud alegre y juventud severa. No era habitual ver a dos obispas en una misma procesión. Alain deseó con todas sus fuerzas que Lackling estuviera vivo para verlo, pues siempre le había gustado todo aquello que fuera brillante y hermoso de mirar... aunque fuera desde cierta distancia. Pero Antonia había matado a su amigo. ¿Cómo era posible que la obispa cabalgara con semejante tranquilidad, como si nada perturbara su conciencia?

¿Pero no había sido Agius quien le había hablado del corazón interior? Tía Bel solía decir: «Un semblante tranquilo refleja un alma calmada en el interior», y eso era lo que siempre había creído Alain. ¿Cómo era posible que el rostro de una persona que mantenía tratos con la sangre y con sombras oscuras y que había causado la muerte a un muchacho inocente no mostrara señales de su terrible pecado?

Lady Sabella esperaba delante de su gran tienda, coronada por su estandarte. Su hija Tallia estaba junto a ella, pálida y muerta de frío en su vestido de seda del color del trigo cosechado. El duque Rodulf y sus seguidores esperaban junto a ellas unos pasos más atrás. El conde Lavastine parecía vacío de vida. Sabella no se acercó para saludar a su hermanastra, sino que esperó a que desmontara y que fuera ella quien se acercara.

—Hermana —dijo Constance con suavidad—. Te presento mis saludos. Tengo la esperanza de que podamos enmendar este conflicto que ha separado a nuestra familia.

Sabella no le ofreció sus manos, gesto que habría denotado familiaridad y protección. En vez de ello, dio un paso atrás e hizo una señal a sus soldados. Estos se adelantaron para formar un círculo alrededor de ambas mujeres y sus acompañantes. Antonia desmontó y se situó junto a Sabella. Tallia miraba lúgubrementemente a Constance, como si la joven obispa fuera una aparición. Agius apoyó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza, sin apartar las manos del mulo blanco de Constance.

—Ahora estás en mis manos, Constance —dijo Sabella con aquel tono monótono

que ocultaba sus emociones, si es que las tenía—. He decidido convertirte en mi rehén para garantizar la buena conducta de Henry y para que acceda a considerar mi reivindicación legítima.

Como un ciervo, sorprendido por la repentina aparición de un cazador, la obispa Constance levantó la cabeza, con los ojos abiertos de par en par. Por un momento pareció que iba a escapar... pero estaba rodeada. Echó las manos hacia atrás y después las unió ante ella. Este gesto le permitió recuperar la compostura.

—He sido traicionada —dijo en voz alta, firme. Se volvió para mirar a Agius, que se levantó lentamente, con el rostro muy pálido—. Prometiste que me escoltarías a salvo hasta mi ciudad, Agius. Primo. —Esta palabra, pronunciada con énfasis y cólera, fue un arma diseñada para herir.

Agius guardó silencio.

—Y cumplió su promesa —se entrometió Antonia—. Os escoltó a salvo hasta vuestra ciudad, donde rompimos nuestro ayuno. Después vinimos aquí, pero ya estaba eximido de su obligación. No prometió protegeros por segunda vez.

Constance ni siquiera miró a Antonia.

—Me has decepcionado, Agius. Nunca lo olvidaré.

—Y no debes hacerlo —respondió él, con voz ronca, mirando a Sabella. A Alain le sorprendió la edad de aquellas mujeres: Sabella era lo bastante mayor para ser la madre de Constance, y podría haberlo sido si hubiera demostrado ser fértil varios años atrás, durante la marcha que le había comportado la pérdida del trono. Tallia, el fruto tardío de su matrimonio, parecía el frágil junco con el que crearía la vara que le concedería la autoridad de una reina soberana.

—Y así, *lady* Sabella —dijo Agius con aspereza—, mi parte en esto ha terminado. Liberad a mi sobrina y dejadnos marchar en paz, como prometisteis.

—Como prometí, dejaré a vuestra sobrina bajo la custodia de la obispa de Autun, a quien ahora le devuelvo la sede que le fue arrebatada ilegalmente por decreto de mi hermano Henry con el consentimiento de mi hermana Constance. —Hizo una señal y una frágil anciana se adelantó vacilante, vestida con los hábitos de obispa que lucían el estandarte de la ciudad de Autun.

—¿Vas a rebelarte contra los deseos de Henry? —preguntó Constance—. Yo soy la obispa de Autun.

—¿Y con qué derecho apartó Henry a esta mujer de su puesto? —El tono de Sabella era suave y obstinado—. Hace veinte años, la autoridad de la skopos concedió el báculo a Helvissa. La autoridad terrenal de Henry no supera a la autoridad espiritual de la skopos en estos asuntos, de modo que he devuelto a la obispa Helvissa el cargo que le corresponde.

Pero mirando a la anciana, de manos temblorosas y agarrotadas, Alain no podía imaginar que fuera algo más que un peón en los planes de Sabella.

—Ahora es Madre en un convento —dijo Constance—, no una obispa. Yo fui investida...

—Fuiste investida diaconisa de la iglesia, hermana. En mi opinión, tu investidura como obispa puede considerarse inválida. De hecho, permaneceréis bajo mi custodia como diaconisa.

Constance jadeó. Con ojos furiosos, cerró la boca con fuerza.

Apareció una sirvienta con una niña, la sobrina de Agius. La pequeña tenía la misma expresión que un animal acorralado que permanece inmóvil mientras espera el golpe fatal. Vio a su tío y se inclinó hacia él como los juncos se inclinan bajo la brisa, pero no intentó correr a su lado. Era como si una cuerda la retuviera junto a sus captores. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y le temblaba la barbilla, aunque no emitía sonido alguno. Un delgado collar de oro centelleaba en su cuello.

—La niña regresará con la obispa a la ciudad de Autun —dijo Sabella, que parecía satisfecha consigo misma y los frutos de su plan—. Pero vos no me abandonaréis, frater Agius. Todavía os necesito.

—Entonces mi sobrina permanecerá bajo vuestra custodia. —Su voz era suave, quizá demasiado. Alain nunca le había visto tan subyugado. El frater miró brevemente a su sobrina, que hipó un sollozo a modo de respuesta.

Constance se arrodilló y extendió los brazos.

—Ven, pequeña. —Era más una orden que una petición. La pequeña miró a su tío y, al ver que asentía en silencio, dio unos pasos vacilantes hasta que las manos de Constance descansaron suavemente sobre sus hombros—. Esta es Ermengard, hija de la duquesa Liutgard y su marido, Frederic de Avaria. Está destinada a la iglesia. — Constance miró a Sabella—. Nuestras disputas no deben oponerse a la voluntad de Nuestra Señora y Nuestro Señor. Permite que uno de mis clérigos la escolte hasta Autun y la deje al cuidado de mi castellana, una mujer de buena cuna y buena educación.

Agius estaba inmóvil, con los puños cerrados, mirando a su sobrina con incómoda intensidad. Entonces, la nueva obispa se tambaleó y un siervo tuvo que sujetarla para que no cayera.

—Acepto tu petición —dijo por fin Sabella—. Constance, te dejo en manos de la obispa Antonia. —Se volvió hacia el duque Rodulf—. Ahora, pongámonos en marcha. Autun cumplirá con los deseos de su obispa legítima, pero dejaremos atrás una guarnición para garantizar que mantienen su lealtad.

Alain vio de repente al marido de Sabella, Berengar, sentado frente a un siervo en el suelo delante de la gran tienda. Ambos, noble y siervo, estaban jugando al ajedrez. Berengar rio con alegría y, casi bramando de placer, derribó una de las piezas del siervo y se proclamó campeón. Tallia se sobresaltó y la obispa Antonia apoyó una mano en el hombro de la joven.

Así que ya estaba hecho. Los acompañantes de la nueva obispa de Autun se llevaron a la pequeña Ermengard y Constance se alejó flanqueada por los guardias. Se negó a renunciar a sus hábitos de obispa, a la mitra y al báculo, y ninguno de los presentes se atrevió a quitarle esas cosas por la fuerza.

—Me habéis decepcionado, Sabella —dijo Agius por fin.

—Me sorprende oírlos decir eso —replicó Sabella—, pues ambos prometimos una escolta segura y ambos hemos cumplido nuestras prometas. A mí no me parece un engaño.

—A mí sí.

—Debéis tener en cuenta, primo, que si Constance permaneciera en Autun, habría una guerra entre su pueblo y el mío. ¿Acaso existe un juicio mejor que aquel mediante el que desaparece la discordia y se restablece la paz?

—¿Si existe un juicio mejor? Por supuesto: el de Nuestra Señora, que mira el interior de nuestras almas y juzga lo que ve en ellas.

Sabella levantó una ceja, el gesto más expresivo que Alain había visto jamás en su rostro.

—Soy tal y como me veis, frater Agius. Eso es lo único por lo que podéis juzgarme. Confío en que os sometáis a la custodia de la obispa Antonia.

—Lo haré porque no tengo otra alternativa.

—Entonces es vuestro, Excelencia —dijo, dirigiéndose a Antonia.

—Y también este joven —ordenó la obispa. Para horror de Alain, la mujer de cabellos blancos volvió su mirada hacia él.

—¿Este joven? —Sabella miró a su alrededor hasta que lo encontró entre los perros. Lo miró con confusión, como si fuera la primera vez que le veía—. Es un mozo de las perreras, ¿verdad? Reconozco a los perros de Lavastine.

—Creo que es algo más que eso —replicó Antonia—. Estaría muy agradecida si lo dejarais bajo mi custodia.

Sabella se encogió de hombros. Ni siquiera consultó a Lavastine, que en cualquier caso ya no hablaba a no ser que le hablaran y, si lo hacía, empleaba aquel tono monótono que a Alain le recordaba tanto al de Sabella.

—Es vuestro.

Dio media vuelta y el duque Rodulf y los demás la siguieron. Tallia, que se quedó rezagada, miró atrás por encima del hombro hasta que sus ojos se encontraron con los de Alain. Eran del color gris azulado más pálido que había visto jamás, como el cielo del amanecer en un día despejado. Instantes después, desapareció en el interior de la tienda.

Alain se estremeció. No se atrevía a mirar a Antonia. La indiferencia de Sabella ante su destino le aterraba. Fuera del campamento de Lavastine, nadie sabría ni a nadie le importaría lo que le ocurriera. ¿Y si Antonia sospechaba, o incluso sabía, que había sido testigo del asesinato de Lackling?

—Ven —dijo la obispa con su agradable voz—. Esta noche servirás el banquete, Alain.

Se estremeció. Incluso recordaba su nombre.

—Frater Agius, espero que no vuestro orgullo no os impida servir.

—Serviré, como es mi deber.

Pero Alain oyó el terrible dolor que se escondía bajo sus humildes palabras.



Juntos, fueron escoltados hasta el río, donde les concedieron cierta intimidad para asearse. La expresión de Agius estaba tan vacía que Alain temía por él. El frater se arrodilló junto a la orilla y empezó a rezar en silencio mientras Alain se lavaba la cara y las manos y, después, con indecisión, se quitaba la túnica para mojarse el pecho y la espalda. Finalmente, como no estaba seguro de cuándo volvería a tener la oportunidad de bañarse, se desvistió y vadeó hacia la parte más profunda del riachuelo, cogió aire y se sumergió.

Apareció de nuevo, escupiendo y tosiendo, en una masa en ebullición de perros. Nadaban a su alrededor, azotándole con sus colas. Rabia le mordisqueó mientras Pesar nadaba hasta la orilla, donde se sacudió con tanta fuerza que le mojó, a pesar de encontrarse en medio del río.

De repente sintió que le embargaba la alegría y se echó a reír. ¡Rabia y Pesar le habían elegido como compañero! Era imposible que la obispa Antonia pudiera hacerle daño mientras los dos perros estuvieran a su lado para protegerle.

Vadeó hasta la orilla, donde Agius seguía rezando. Alain dudaba que hubiera apartado los ojos de sus manos ni siquiera una vez.

—Aseaos, amigo mío —dijo por fin—. Nuestra Señora desea que nos presentemos limpios ante ella.

Sin estar seguro de que Agius hubiera oído sus palabras, sacudió su ropa lo mejor que pudo, esperó a que su cuerpo se secara y se vistió. Los guardias se movían inquietos, ansiosos por devolverlos a la custodia de la obispa.

—Tienes razón —dijo Agius de repente, quitándose su humilde hábito. Debajo de este, contra su piel, llevaba una áspera camisa de lino y pelo de caballo. Alain advirtió que su pierna, allí donde le había mordido Pesar, estaba sucia, enrojecida e hinchada. Antes de que pudiera pronunciar palabra, Agius se quitó la camisa.

Alain jadeó y los guardias murmuraron, asombrados y horrorizados.

La rígida tela había dejado en carne viva el torso de Agius. En algunas zonas, las heridas supuraban.

Agius se tumbó en el suelo, juntando las manos y dejando a la vista sus terribles heridas.

—No merezco otra cosa. He traicionado a una por la otra, solo para encontrarme a mi vez traicionado. Ay, Señora, solo deseaba ayudar a la pequeña, movido por mi amor a Frederic.

—Pero habéis salvado a vuestra sobrina.

—¿De qué la he salvado? Permanece bajo la custodia de Sabella, pues su criatura

ahora ejerce de obispa de Autun. Ni siquiera he podido llevar a la pequeña a un lugar seguro, de vuelta al castillo de su madre o a la marcha del rey. Rezo porque el rey sepa pronto de estos asuntos, pues se sentirá sumamente enojado. —Ahora hablaba más despacio, casi saboreando las palabras—. La cólera del rey es terrible de contemplar. —Un débil gemido escapó por su garganta, el sonido de una criatura lamentándose—. Ay, Señora, me juzgaréis con dureza, como merezco. Juré abandonar el mundo y entrar a Vuestro Servicio, pero el mundo me persigue y no muestra piedad por sus cargas. Perdonad mis pecados. Permitid que mi fe en el verdadero conocimiento del sacrificio de Vuestro Hijo conceda cierta medida de paz a mi corazón.

Agius prosiguió con sus plegarias mientras los guardias murmuraban, escuchando y observando.

Alain no sabía qué hacer. De un modo extraño, Agius le recordaba al lastimoso guivre: herido y sufriendo en una jaula construida por otros. Sin embargo, el guivre no era una criatura digna de compasión, pues tenía una nobleza fiera y espeluznante, separada de las preocupaciones humanas.

Al cabo de un rato, los perros se aventuraron a acercarse y empujaron suavemente el cuerpo postrado del frater, que no reaccionó a esta amenaza. Era posible que deseara que le rompieran en pedazos y pusieran fin a su vida, pero Pesar empezó a lamer la herida de su pierna mientras Rabia lamía las llagas de su espalda.

Alain corrió hacia él y descubrió que estaba sollozando en silencio. Se arrodilló y le susurró palabras reconfortantes, como hacía con Agnes, la hija pequeña de tía Bel, cuando tenía pesadillas.

Por fin, Agius permitió que le ayudara a entrar en el agua para lavarse.

Aquella noche Agius no comió, ni tampoco al día siguiente, cuando abandonaron las tierras de Autun. Solo por la tarde, Alain logró convencerle de que tomara un poco de pan, tan duro que ni siquiera un mendigo lo habría comido con agrado.

Como les vigilaban en todo momento, esta información fue transmitida a la obispa Antonia. A la mañana siguiente, se llevó a Alain a un lado y le dio las gracias por cuidar del frater Agius.

—Aunque profesa una herejía —dijo con amabilidad—, espero poder hacerle entrar en razón y devolverle a la iglesia.

Pero Alain temía, tanto por su silencio como por su mirada, que al frater se le hubiera metido en la cabeza alguna idea terrible, que pretendiera hacer algo temerario o peligroso. Agius rezaba sin cesar, incluso mientras caminaban. Cada vez que se detenían en la marcha, hablaba ante una audiencia cada vez más numerosa de curiosos sobre la revelación del Hijo, Daisan el bendito, que con Su sacrificio nos había redimido del pecado.

CAPÍTULO 11



EL HAMBRE DE UN RATÓN

—Permitidme descansar aquí —dijo Rosvita a sus acompañantes. Señaló un tronco que, por Ja gracia de Nuestro Señor y Señora, había caído como un banco en el punto en que el sendero abandonaba el bosque en lo alto de un cerro. Desde este llano pero estratégico puesto podía contemplar el valle que se extendía debajo, los edificios de argamasa y madera del Monasterio de Hersford, sus grandes terrenos y las diversas aldeas ensartadas como racimos de uvas a lo largo de Su Río.

Se sentó, aunque no estaba segura de que un magnate de la talla de Helmut Villam se dignara a ocupar tan humilde asiento. Momentos después, el hombre tendió las riendas de su caballo a su hijo y la imitó.

El fuerte viento que soplaba en lo alto de la cima transportaba el débil sonido de un cuerno. El rey y su séquito salieron de un bosque, marcando su paso con banderas brillantes.

Un estandarte blanco que mostraba un águila roja de perfil ondeaba entre las demás banderas, que le resultaban más familiares. La duquesa Liutgard de Fesse había llegado el día anterior al Monasterio de Hersford, que descansaba en la frontera que separaba los ducados de Saonia y Fesse y, por tradición, el duque reinante debía escoltar al rey por sus dominios. Liutgard había heredado su posición a una edad muy temprana... y quizá, por su juventud, se adhería de forma estricta a las viejas costumbres.

—Me temo que os habéis perdido la cacería —dijo Rosvita. ¿Qué intrigas se habrían sembrado en la cacería de hoy, cuyo fruto sería cosechado dentro de unos meses... para bien o para mal?

Villam tosió, con el rostro sonrojado por el esfuerzo de haber ascendido la colina. Era un hombre grande que había ahorrado a su caballo el esfuerzo de cargar con su peso durante la última parte del ascenso.

—Siempre estamos de caza, Hermana Rosvita. Lo único que cambia de una cacería a otra es la presa que cazamos.

—¿Creéis que el rey Henry habla en serio cuando dice que pretende dar el trono al hijo ilegítimo y no a los legítimos?

Villam esbozó una sonrisa burlona.

—No soy un observador imparcial en este asunto. Si el rey Henry nombrara heredero a Sanglant, contra toda costumbre, la gente diría que yo tenía un interés

genuino en promover el encumbramiento de ese hijo.

—¿Cómo puede ser eso cierto? —Rosvita se preguntó si iba a confesarle lo que la mayoría de la gente creía: que había estado de brazos cruzados mientras su hija mayor, Waltharia, mantenía una relación de varios meses de duración con el atractivo Sanglant, relación que había terminado con el embarazo de esta y su posterior boda con un fornido joven de cuna noble y educadas maneras.

Pero, en respuesta, el hombre esbozó una astuta sonrisa. Su hijo Berthold, que estaba lo bastante cerca para oír la conversación, soltó una carcajada. Estaría bien recordar, pensó Rosvita, que además de una indudable maestría con las armas, el joven tenía el sarcasmo de su padre y un almacén al parecer infinito de amabilidad.

—Creo que el rey debería asumir que tiene que contraer matrimonio de nuevo —dijo de repente Villam—. La reina Sophia descansa en paz desde hace dos años en la Cámara de Luz y las monjas han cantado oraciones en su memoria durante dos Penitires. El rey es fuerte, pero a un hombre siempre le beneficia contraer matrimonio con una mujer que le iguale en valor y astucia.

Rosvita se aventuró a mirar a su hijo, que estaba intentando reprimir las carcajadas. Villam era conocido entre los grandes príncipes del reino por lo mucho que le gustaban las jóvenes hermosas; era bueno saber que sus hijos conocían su debilidad y a la vez sabían juzgarle con benevolencia. Rosvita suspiró. Ahora que el rey Henry le había encomendado esta misión, se vería arrastrada hacia las intrigas que viajaban con la caravana de criaturas físicas y dioses de la marcha del rey. Esto no le causaba ninguna alegría, pues sabía que solo le quitaría tiempo para dedicar a su Historia.

—Si vuelve a contraer matrimonio, deberá elegir con cautela —dijo, resignándose a lo inevitable.

—Cuando vuelva a contraer matrimonio. Henry es demasiado listo para no casarse y, cuando surja una alianza que merezca la pena, estoy seguro de que sabrá aprovecharla. El rey es un hombre como cualquier otro. —Villam acarició su barba gris mientras veía como los perros y después los jinetes desaparecían en el bosque. Esbozaba su sonrisa afable habitual, pero había cierta reticencia en su expresión mientras contemplaba con cierta indiferencia los árboles silenciosos que ocultaban la partida de caza—. Un hombre como cualquier otro. Excepto en que tiene un hijo bastardo al que prefiere sobre los legítimos. Sin embargo, nadie puede reprocharle al rey su piedad.

—Por supuesto que no —se apresuró a decir ella. Sin duda, aquello era cierto.

—Pero no es la piedad lo que le impide seguir por ese camino.

—¿Estáis diciendo, lord Helmut, que es el recuerdo y no la piedad lo que le impide buscar una nueva concubina? Los acontecimientos a los que os referís tuvieron lugar mientras yo era novicia en Korvei. ¿Creéis que sigue amando a esa mujer?

—No es una mujer y no estoy seguro de que pueda llamarse amor, sino

hechicería. Debéis comprender esto, Hermana Rosvita: a aquella mujer, los demás no le importábamos nada. —La sonrisa burlona tensó sus labios y después se desvaneció—. Y no digo esto porque soy un hombre vanidoso que deseaba que respondiera al interés que sentía por ella y me molestó que no lo hiciera, pues os aseguro que era hermosa. Sin embargo, también tenía una arrogancia digna del emperador Taillefer, si este hubiera descendido de los cielos y hubiera caminado entre nosotros como hizo ella en aquel momento. Pero nosotros no éramos nada para ella. La indiferencia que nos mostraba era tan completa como la que nosotros mostramos... —deslizó una mano por la suave superficie del tronco (despojada de su corteza por el efecto del viento, la lluvia y el sol), cogió un insecto diminuto y dejó que se deslizara por las yemas de sus dedos antes de sacudir la mano para desembarazarse de él. El insecto desapareció entre las hierbas—... estas humildes criaturas de Nuestro Señor y Señora. Puede que solo fuera por mi vanidad, pero siempre sentí que aquella mujer no sentía amor por Henry, sino que deseaba algo de él. Nunca logré averiguar qué era lo que quería.

—¿No sería el bebé?

—¿Entonces por qué lo dejó atrás cuando apenas tenía dos meses? No. —Sacudió la cabeza—. Puede que simplemente fuera víctima de un ataque de locura. Quizá, como a las bestias del campo, le llegó el momento de ser madre y Henry era el toro que tenía a mano. También es posible que su raza no piense como nosotros y que, por lo tanto, jamás seamos capaces de comprender sus acciones y sus intenciones. O quizá, como susurran algunos, existen fuerzas que nosotros desconocemos. —Se encogió de hombros—. Sanglant es fuerte y valiente, está bien versado en el combate y es generoso, leal y prudente. Sin embargo, es un bastardo y eso siempre prevalecerá.

—Bueno, creo que hemos vuelto a desviarnos de nuestro propósito. Ya he descansado suficiente, Lord Helmut. ¿Podemos continuar?

El hombre asintió. Su hijo le tendió las riendas de su caballo y Rosvita recogió su bastón. Le habían ofrecido un asno, pero prefería acercarse a un eremita de tan sagrada reputación de la forma más humilde posible, del mismo modo que Santa Tecla se había acercado con humildad a Daisan el bendito para implorarle que la convirtiera en su discípula.

Siguieron adelante. Rosvita había demorado su partida varios días, con la esperanza de que Henry cambiara de idea, pero eso no había ocurrido. Se había sentido obligada a partir al conocer los apuros del Hermano Bardo, pues mientras la marcha del rey permaneciera en el Monasterio de Hersford, el abad tendría la obligación de alimentarlos. Hersford era próspero, pero no lo bastante rico para hospedar al cortejo del rey durante más de cinco días.

El amplio camino de tierra pronto se convirtió en un estrecho sendero que se abría paso entre matorrales y zonas arboladas. El grupo tenía que avanzar en fila india y los caballos sufrían el azote de la vegetación. Rosvita, que iba al frente, tuvo que

disculparse en más de una ocasión por soltar una ramita contra la cabeza del hijo de Villam, que avanzaba tras ella, pero Berthold no se quejó ni una sola vez. Era un día tranquilo y hacía un poco de bochorno, lo que sugería que el verano sería caluroso.

Había imaginado que en la cumbre de la colina habría un bosque tan espeso como el que habían dejado atrás, pero no fue así. De repente, el sendero quedó bañado por la luz del sol y aparecieron en una llanura salpicada de grandes rocas caídas, arbolillos y matorrales que indicaban que aquel lugar había estado habitado aunque ahora, al haber quedado abandonado, estaba siendo engullido lentamente por el bosque que lo rodeaba. En el enorme claro se alzaban cuatro montículos en los que crecían frondosos pastos y flores salvajes.

—No sabía que los antiguos dariyanos habían construido sus hogares sobre colinas tan elevadas como esta —dijo Villam, sorprendido de encontrar ruinas en este lugar.

Rosvita se aventuró a adentrarse en el claro y se encaramó a una roca escondida entre hierbajos. Era un gran bloque de piedra gris con imágenes o palabras talladas en él, tan erosionadas por las inclemencias del tiempo, el paso de los años y el liquen que crecía en sus curvas y surcos que era imposible distinguir qué habían grabado sus constructores en él. Siguió la forma del monolito con las manos, arrancando los hierbajos. El bloque de piedra era enorme: le doblaba en altura, aunque ahora descansaba horizontal sobre el suelo. En la base encontró el profundo agujero que antaño lo anclaba al suelo, donde ahora crecían las ortigas.

—Creo que no son ruinas dariyanas —dijo cuando Villam y su hijo se aproximaron—. Mirad. Estas inscripciones o dibujos están demasiado deteriorados aunque, por lo general, siempre hemos podido leer los grabados que dejó atrás el pueblo dariyano. Además, todos los fuertes dariyanos que he visto fueron construidos en forma de cuadrícula.

Se giró hacia el claro para mostrar los cuatro montículos que se alzaban equidistantes y en ángulos idénticos a la posición de la base del gran bloque de piedra. El bosque los rodeaba y sus elevados árboles les impedían ver las tierras que se extendían más allá.

—Parece que las otras piedras están dispuestas en círculo alrededor de esta. Todas ellas están contenidas por montículos de piedra. Esto no es obra de los dariyanos.

—¿Y de quién más podría ser? —preguntó Villam, que todavía resoplaba—. Solo los gigantes podrían haber traído hasta aquí una piedra de semejante tamaño. Es imposible que los caballos la hubieran arrastrado por una ladera tan pronunciada y elevada como esta.

—Y con unos árboles tan altos —añadió Berthold, que estaba intrigado por las ruinas—. Además, no fue construido con la intención de que hiciera las funciones de un fuerte, pues desde aquí no se ven las tierras que se extienden a nuestro alrededor.

Rosvita estudió los montículos y la línea de árboles.

—Me pregunto... —Cogió el bastón para apartar la maleza y se abrió paso por el

claro, dirigiéndose hacia uno de los montículos. Berthold la siguió, pero Villam se quedó atrás, intentando recuperar el aliento. Los soldados se habían llevado a un lado a los caballos, para que pastaran. A medida que avanzaba y era más consciente de la antigüedad de las piedras que le rodeaban, Rosvita empezó a pensar que los soldados se habían quedado atrás porque no deseaban acceder a las ruinas del círculo de piedra.

Pues no le cabía duda de que era eso lo que tenía delante: el anillo de un gigante, como decían algunos, o coronas de duende, como decían otros. Algunos afirmaban que eran dientes de dragones que se habían quedado dormidos y se habían convertido en piedra al ser rozados por la luz de sol, mientras que otros aseguraban que antes de que los Aoi, los Perdidos, abandonaran a los Dariya bajo el ataque de los Bwermen y sus aliados humanos del este, otras criaturas vagaban por estos parajes: gigantes, la prole semihumana de los dragones y los descendientes de los ángeles. Se decía que estas criaturas poseían una fuerza y una sabiduría que habían quedado perdidas para siempre, del mismo modo que el conocimiento y la sabiduría que florecieron a partir de la unión de duendes y hombres, conocida como el viejo imperio Dariyano, había desaparecido prácticamente por completo con la caída del imperio.

Ayudándose con el bastón, subió la pronunciada ladera de uno de los montículos... el más occidental, a juzgar la posición del sol y las sombras. Tropezó con la túnica y tiró de ella para arrancarla de sus pies con un gruñido irritado. Berthold no la siguió, sino que empezó a inspeccionar la base del montículo, golpeando trozos de piedra y arrancando arbustos y plantas con el mango del cuchillo.

Resoplando y con las mejillas sonrojadas, alcanzó la cima desigual del montículo y miró a su alrededor satisfecha. Como había sospechado, desde allí arriba podía ver por encima de las copas de los árboles, pero no el valle, sino las cumbres de otras colinas y el cielo. También tenía una buena perspectiva del claro y pudo comprobar que, efectivamente, las rocas que ahora descansaban entre la mu loza habían sido dispuestas en círculo.

—¡Mirad esto! —gritó Berthold, emocionado. Estaba justo debajo de Rosvita, a los pies del montículo, en el lado exterior del círculo de piedra. Rosvita descendió con cautela y llegó junto al joven a la vez que su padre.

Tenía el rostro sonrojado por la emoción.

—No es la primera vez que veo montículos como este. Había un grupo junto al río Auras, en las tierras de mi bendita madre. Siempre hay una especie de obertura, un pasaje. Y mirad esto. Aquí. —Había encontrado un grueso palo que utilizó para levantar un bloque de piedra. Rosvita se arrodilló y miró. Allí había un agujero, negro como un pozo, que olía a aire y objetos que llevaban largo tiempo sin ver la luz del sol. Se estremeció y retrocedió. Berthold, con todo el entusiasmo de la juventud, ocupó su lugar y consiguió apartar un poco más la piedra.

—¿Te parece prudente? —preguntó Villam.

—Entramos en el otro —Berthold había hundido tanto los hombros en el agujero que su voz sonaba amortiguada—. En su interior no encontramos nada más que una cámara bastante profunda, algunos huesos viejos y vasijas rotas... y polvo.

Villam dibujó el Círculo de Unidad en su pecho.

—¿Es ese el modo de respetar los restos de los difuntos? —preguntó—. No creo que sea prudente... —se interrumpió.

—¡Ay! —gritó Berthold enojado, retrocediendo—. Está muy oscuro y no tenemos antorchas. Aunque pudiera apartar la piedra, hay una curva en el pasaje, así que no habrá luz para ver. Bueno, regresaré mañana o pasado con algunos de mis hombres y antorchas. —Miró por encima del hombro, sonriendo con dulzura—. Con vuestra venia, padre.

—¿Para perturbar a qué tipo de criatura? —preguntó Villam, consternado.

Rosvita no pudo más que asentir. Era mejor que la vieja tumba, si es que era una tumba, no fuera perturbada. Sin embargo, Berthold tenía el alegre entusiasmo de la juventud. Estaba exaltado.

—¿Os imagináis...? —preguntó—. No. Si hubo viejos hechizos en este lugar, es evidente que hace tiempo que se apagaron. ¡Pero podría haber un tesoro!

—Hermana Rosvita —dijo Villam, apelando a su sentido común para detener el entusiasmo de su hijo—, seguro que creéis, al igual que yo, que es mejor dejar descansar a los muertos y no molestarlos a no ser que sean ellos quienes nos inviten a entrar.

—Sé poco de magia, lord Helmut. Las hermanas de Santa Valeria son conocidas por sus estudios sobre las artes prohibidas, mientras que las de Korvei trabajamos desde hace años en nuestras crónicas. Sin embargo, considero que no debemos tomar a la ligera ninguna señal de magia... ya sea de los vivos como de los que llevan muertos largo tiempo.

Habló con severidad, esperando causar alguna impresión en el joven, pero Berthold se limitó a asentir obediente y se alejó para examinar los demás montículos.

Villam suspiró.

—Es un buen chico, pero demasiado curioso y carece de prudencia.

—Pronto seguiremos con nuestro camino, lord Helmut. Hasta entonces, intentaré mantener un ojo puesto en él.

—Os lo agradezco.

Mientras el joven rebuscaba entre la hierba, sus ojos se desviaron hasta la línea de árboles que marcaba el principio del bosque. Allí vio un sendero. No era más que un hueco entre los árboles, pero encajaba con las vagas indicaciones que había dado el Padre Bardo: «Al llegar a la cumbre, seguid el sendero de los animales, o eso es lo que me han dicho». No habían considerado apropiado que fuera el Padre Bardo quien visitara al miembro más famoso de su monasterio, pues no le habría gustado tener que abandonar los agradables lujos del monasterio.

No seas demasiado orgullosa, Rosvita, se dijo a sí misma; si no, serás juzgada con

la misma dureza con la que tú juzgas a los demás.

—Ese es nuestro camino —dijo, girándose para mirar el bosque.

En cuanto dio la espalda al montículo y la estrecha abertura que bostezaba en su base, sintió que algo la observaba.

Se giró. Al instante, la sensación se desvaneció. Allí solo había un montículo cubierto de vegetación con un pasaje obstruido por bloques de piedra.

Pero Villam tenía una expresión extraña en el rostro.

—He tenido una sensación extraña —dijo, estremeciéndose—. Como si alguien se hubiera aferrado a mí para intentar descubrir qué soy, del mismo modo que un ciego palpa lo que tiene delante porque solo puede verlo y reconocerlo a través de los dedos.

—Pongámonos en marcha —dijo Rosvita.

—Iré a buscar a mi hijo —dijo—. Nos reuniremos en el sendero.

Se alejó con rapidez. Rosvita volvió a dar la espalda al montículo y sintió de nuevo aquella presencia, ahora más débil, como si estuviera intentando mantener las distancias. Tuvo que armarse de valor para alejarse del montículo sin mirar atrás.

Villam, Berthold y los soldados se reunieron con ella en el sendero, que apenas era una ligera separación de ramas que se internaba entre los árboles. Apenas había dado cien pasos cuando se encontró ante un muro de roca. Un manantial brotaba de la piedra y una cabaña diminuta se alzaba entre los árboles y la roca. Las paredes exteriores estaban cubiertas de argamasa fresca y crecía musgo en el techo, proporcionando a la choza un abrigo verde.

De pronto advirtió el viento que soplaba entre los árboles, el chasquido de las ramas contra la roca, el canto de los pájaros en las copas de los árboles y el chirrido de las criaturas diminutas que guardaban silencio al oír los cascos de los caballos. Se encontraba en un lugar tranquilo, pero no silencioso.

Sin embargo, en el claro había reinado un silencio absoluto. No había habido más sonido que el que habían traído consigo o el que habían causado con sus movimientos.

Villam y sus hombres se mantuvieron atrás respetuosamente mientras Rosvita se aproximaba a la cabaña. Un tronco tallado en forma de banco descansaba delante de la puerta, que había sido construida uniendo diversas ramas entre sí. La tosca puerta carecía de cerrojo y en su base había un agujero del grosor y la longitud de su brazo, desde la mano hasta el codo.

Se arrodilló y habló con voz suave.

—Hermano Fidelis, soy Rosvita de Korvei. He venido a suplicaros que habléis conmigo.

Nada. Ninguna respuesta, ningún sonido procedente del interior. Aquella cabaña tenía unas dimensiones tan miserables que Rosvita era incapaz de creer que un hombre se sintiera realmente cómodo en su interior, pues nunca podía estar completamente estirado, ni de pie ni tumbado.

—¿Hermano Fidelis?

Nada.

Le dio un miedo terrible pensar que podía haber muerto... pero eso no sería tan terrible si el ermitaño había muerto en paz mientras meditaba y los ángeles lo habían llevado a la Cámara de Luz. Pero sería decepcionante, pues había deseado aprender muchas cosas de él. Sonrió con tristeza, consciente de que su deseo por aprender hacía que su corazón estuviera inquieto y que, por lo tanto, no siempre fuera capaz de contemplar la piedad de la Gracia de Nuestro Señor y Nuestra Señora tal y como debería.

Seguía sin oír nada. ¿Y si la presencia del montículo se lo había llevado? ¿Y si en la cumbre de la colina vivía alguna criatura antigua, poco acostumbrada a la compañía y muy celosa de su intimidad, que odiaba todas las cosas que todavía caminaban confiadas a la luz del día?

Oyó un suave murmullo.

—¿Hermano Fidelis?

Su voz era como el susurro de las hojas arrastradas por el suelo del bosque por una ráfaga de viento.

—Recitad algo de vuestra nueva obra, la historia sobre el pueblo wendiano en la que estáis trabajando, Hermana Rosvita.

—No la he traído conmigo —respondió ella, sorprendida por su petición.

—Mi curiosidad me hace humilde —Rosvita percibió diversión en aquella voz seca y apacible, y un acento saliano en su modo de pronunciar las palabras wendianas —. Amiga mía, mi corazón siempre busca la paz, pero mi alma todavía está inquieta. —Ella sonrió y, como si hubiera visto su sonrisa, el hermano añadió—: Y supongo que a vos os sucede lo mismo, Hermana. Sin embargo, no habéis venido aquí para escuchar mi confesión.

Esto la sorprendió aún más.

—¿Deseáis confesaros, Hermano? Por supuesto que os escucharé si os sentís impulsado a hablar.

—Estoy lleno de pecados, como todos aquellos que vivimos en esta tierra. He sido un hijo leal de la iglesia pero, por desgracia, mi corazón no siempre ha sido leal a Nuestra Señora y Nuestro Señor. Ante mí han aparecido demonios que han intentado tentarme.

La puerta de ramas la miraba, revelando tan solo el suave recubrimiento de madera erosionada por el tiempo. En este momento no había nada que deseara más que saber qué disfraz habían adoptado los demonios para tentar al Hermano Fidelis. Era tan anciano como la Madre Otta, que había vivido nueve o diez décadas, o eso se decía en el Monasterio de Hersford. No era habitual que una mujer escuchara la confesión de un monje pues, por lo general, eso debía hacerlo un clérigo o un frater. La mayoría de los monjes daban la espalda al mundo, y eso incluía el servicio de las diaconisas, pues todas ellas eran mujeres.

El Hermano Fidelis tosió tras la oscura pantalla de la cabaña, un sonido rasposo empeorado por la fragilidad del anciano.

—Ambos somos iguales —dijo cuando recuperó el aliento—. Sé qué estáis pensando, pues yo me estaría preguntando lo mismo si estuviera allí fuera y vos aquí dentro. Hace años que hice el voto de silencio y me encerré en esta cabaña para que el mundo no me distrajera, pero siento que mis días en esta tierra están llegando a su fin. Por esta razón hablaré con vos y responderé a vuestras preguntas.

Rosvita se sentó sobre sus tobillos y apoyó las manos en los muslos mientras esperaba a que el anciano recuperara el aliento.

—He venido por orden del rey Henry. Desea saber si conocéis las leyes que existieron durante el reinado del emperador Taillefer.

—Cuando todavía era un bebé, fui entregado al monasterio fundado y controlado por Santa Radegundis, que fue la octava y última mujer de Taillefer, y después su viuda. Serví en ese monasterio hasta su muerte, que tuvo lugar unos cincuenta años después de que falleciera Taillefer. —Le temblaba tanto la voz que, para poder oírle, Rosvita tuvo que inclinarse y pegar la oreja a la puerta. Sus laboriosos jadeos eran más fuertes que sus palabras—. Aquella fue una época dura... y yo sucumbí a mi eterno pesar.

Se produjo un largo silencio mientras el anciano recuperaba el aliento. Rosvita esperó paciente. A sus espaldas, los caballos golpeaban el suelo y los soldados hablaban entre susurros. Un pájaro trinó. Villam ni siquiera se atrevía a acercarse a la cabaña, aunque Berthold estaba examinando la elevada roca, buscando asideros.

—Más adelante abandoné el monasterio para viajar por el mundo. Con mi voz dije que deseaba buscar nuevas pruebas de los milagros forjados por Santa Radegundis, que en su misericordiosa bondad y su sincera generosidad fue la mejor y la más pía de nosotros. Sin embargo, lo que realmente buscaba mi corazón eran conocimientos. Sentía curiosidad. No lograba encontrar en mi interior ese desapego que buscamos aquellos que hemos consagrado nuestras vidas a la iglesia. La sabiduría me tentaba demasiado. Cuando empecé a sentirme demasiado débil para recorrer tantos kilómetros decidí venir a este lugar. Dejé el monasterio atrás y vine a esta montaña, para buscarlo y encontrarlo, pero también fracasé. —Su voz era suave y ligeramente confusa—. Me alegro de que Nuestro Señor y Señora sean piadosos, pues rezo cada día para que perdonen mis debilidades.

—Estoy seguro de que lo harán, Hermano —dijo, conmovida por este breve relato de su vida.

—Por lo tanto, conozco ligeramente las leyes de Taillefer —concluyó—. Preguntad lo que queráis.

Rosvita vaciló... pero estaba aquí por orden del rey y, aunque servía a la iglesia, también servía al monarca.

—El rey Henry desea conocer las leyes de sucesión que existían entre los salianos durante la época de Taillefer.

—La influencia de Taillefer se extendió hasta más allá de estas tierras, pero murió sin designar un heredero... como supongo que sabéis, pues habéis estudiado las viejas crónicas, al igual que vuestras hermanas de Korvei. Al no haber heredero, las disputas de aquellos que reivindicaban el trono hicieron que el gran imperio llegara a su fin.

—Tenía hijas.

—Hijas legítimas, tres de las cuales habían consagrado sus vidas a la iglesia. Sin embargo, según la tradición saliana, solo los hombres podían ser soberanos y sus esposas, reinas consortes.

—Pero Nuestra Señora y Nuestro Señor reinan juntos en la Cámara de Luz.

Se oía un pitido cada vez que el anciano respiraba. Rosvita esperó a que volviera a recuperar las fuerzas.

—Como dijo Daisan el bendito: «Las personas pueden establecer leyes en cada país por la libertad que Dios les ha concedido». No todas las personas dirigen sus vidas del mismo modo, y eso mismo sucedía con el pueblo saliano y el wendiano.

—Pero Daisan el bendito también nos recordó que no éramos esclavos de nuestra naturaleza física.

El anciano rio suavemente y empezó a resoplar. Rosvita tuvo que esperar de nuevo a que recuperara el aliento.

—Algunas crónicas dicen que la reina Radegundis estaba embarazada cuando murió su marido —añadió Rosvita—. Y que de haber sido varón, se habría convertido en el heredero. Sin embargo, nadie sabe qué fue de él: si fue un mortinato, si fue asesinado o si la reina decidió poner fin al embarazo.

—Radegundis nunca habló del bebé. De todas las personas que había en la corte de Taillefer en aquel entonces, solo una doncella llamada Clothilde permaneció a su lado durante todos los años que esta pasó en el convento. Puede que conociera la respuesta de este misterio, pero también guardó silencio. Y fue ese silencio el que comportó el fin del gran imperio de Taillefer. Si la reina Radegundis hubiera dado a luz al bebé y, mientras este se convertía en un adulto, hubiera contado con el apoyo de la nobleza saliana y várrica, el pequeño habría sido su sucesor.

Si Sabella se había rebelado contra un rey tan fuerte como Henry, ¿cuánto más probable era que los nobles hubieran luchado por un trono ocupado por un niño? Ningún menor estaba a salvo de las intrigas de los grandes príncipes, pues todos ellos buscaban el poder. Según se decía, cuando Radegundis contrajo matrimonio con Taillefer era muy joven y contaba con más hermosura que riquezas pues, a sus sesenta y cinco años, Taillefer podía escoger a sus esposas a su antojo. Ninguna reina sin fuertes relaciones familiares podría haber guiado a su hijo por semejante mundo, habiendo tantos duques y condes dispuestos a arrebatarle el trono.

—En Varre gen Wendar —continuó Fidelis—, la hija que no ingresara en la iglesia habría heredado y ocupado el trono, pero los salianos preferían un hijo bastardo a una hija legítima. Cuando todavía vivía en el Monasterio de Santa

Radegundis, leí con mis propios ojos un decreto capitular de aquella época que afirmaba que un hijo ilegítimo podía heredar una parte de la dote de su padre. Esta es la razón por la que los duques y los condes de Salia y los hijos bastardos de Taillefer (que tuvo tantas concubinas como esposas), lucharon por el control del Imperio y lo llevaron a la ruina.

Este era el mensaje que el rey Henry deseaba oír: «Un decreto capitular constataba que un hijo ilegítimo podía heredar». Sin embargo, el Hermano Fidelis también estaba hablando de la caída del Imperio.

—¿Entonces un hijo bastardo podía heredar el trono y la corona de Salia?

—Uno lo hizo. Gobernó durante cuatro años antes de que el duque de Rossalia le asesinara bajo la bandera de tregua. Por su perfidia, el duque de Rossalia fue castigado por la justicia de Nuestro Señor y Nuestra Señora: durante veinte años, sus tierras fueron assoladas y desvalijadas por los ataques de los Eika, hasta que no quedó ninguna casa en pie y todo el mundo hubo escapado. El trono pasó a los primos lejanos de Taillefer, no a su propia semilla, legítima o no, y su linaje desapareció de la tierra.

Rosvita dejó escapar un profundo suspiro. Cuatro años. No había sido un reinado auspicioso ni estable.

—¿No es esto lo que deseabais oír? —preguntó el hermano Fidelis.

Rosvita tenía la impresión de que el anciano podía ver su expresión... o incluso leer su alma.

—Lo que importa no es lo que yo deseo, Hermano. Sin embargo, quizá el mensaje que debo transmitir al rey Henry es el de la ruina y la caída del Imperio en manos de los hijos bastardos.

—Incluso yo, en mi cabaña, he oído rumores sobre el hijo bastardo que tuvo Henry con una mujer Aoi. Los pájaros cantan sobre este hijo y por la noche, cuando medito, los daimones de la atmósfera superior hablan entre susurros de cómo se ha ido convirtiendo en un adulto; por esa razón no he podido evitar oírlo.

¿Estaba bromeando o hablaba en serio? Rosvita no lo sabía. Su aliento silbó, un sonido suave en la apacible tarde, tan frágil como una paja seca que cae del techo al frío suelo. Rosvita sintió la dura presión de la tierra bajo sus rodillas. Se le estaba durmiendo un pie.

—Habládme de vuestro trabajo —dijo él.

Rosvita pudo oír en su voz el mismo anhelo que la devoraba: una curiosidad constante, como el hambre de un ratón.

—Estoy escribiendo la historia del pueblo wendiano, que será presentada ante la madre del rey Henry, la reina Mathilda. Ahora reside en el convento de Quedlinhame, donde confío que haya encontrado la paz y donde cuida de sus hijos. Gran parte de la historia se centra en los reinos del primer rey Henry y los dos Arnulf, pues fueron sus esfuerzos los que concedieron al pueblo wendiano el poder del que ahora goza.

Reflexionó unos instantes. El anciano respiraba, paciente. La tarea de escribir esta

historia había aparecido en su mente, intimidante y a la vez atractiva, sobre todo porque suponía un verdadero reto. No le cabía duda de que este hombre comprendía qué era lo que le impulsaba a escribir: su curiosidad, sus miedos, la necesidad de investigar y descubrir.

—Me veo obligada a trabajar del mismo modo que una persona andaría por un bosque donde todos los senderos han quedado escondidos bajo una gruesa capa de nieve. No tengo a nadie que me guíe mientras avanzo, de modo que a veces camino por desvíos y a veces encuentro el sendero correcto. ¡Hay tantas cosas que podríais contarme, Hermano Fidelis! ¡Hay tantas cosas que sabéis! ¡Hay tantas cosas que habéis visto con vuestros ojos o que os han contado aquellos que las vieron!

—Apenas me queda aliento. —Sus palabras sonaron tan débiles que Rosvita pensó por un instante que solo las había imaginado—. Complaceme, Hermana. Del mismo modo que un niño se confiesa a su madre, ¿puedo confesarme yo ahora?

Sintió una amarga decepción, pero no podía negarse.

—He sido ordenada diaconisa, así que puedo oír confesiones.

El anciano ahora hablaba muy despacio; sus laboriosas palabras iban seguidas de resuellos.

—Pequé en una ocasión, e intensamente, al yacer con una mujer. Eso ocurrió hace muchos años, pero todavía la recuerdo con afecto. He intentado sentirme satisfecho y aplacar la cólera que devora mi corazón, hasta que por fin he logrado encontrar una especie de paz. He dado la espalda al mundo y he visto que sus tentaciones no son nada si las comparamos con la promesa de la Cámara de Luz. —Su voz era amable, la de un hombre que conoce sus defectos y los perdona (no con arrogancia ni indulgencia, sino con sabiduría), sabiendo que él, como todos los humanos, es una criatura imperfecta—. Pero los demonios me siguen visitando. No lo hacen disfrazados de mujer, pues así es como afligen a muchos de mis hermanos. Tampoco lo hacen adoptando la forma de aquella a quien recuerdo con tanta claridad. —Hizo una pausa. Resultaba doloroso oírle respirar, oír aquellos pitidos que escapaban de su débil y anciano pecho—. Lo hacen vestidos de eruditos y magi, y me tientan con conocimientos. Si tan solo... si tan solo pudiera...

Dejó de oír su voz. Su respiración era tan débil que el aleteo de una mariposa podría sofocar su sonido. De pronto, Rosvita fue consciente del mundo que la rodeaba. Los pájaros cantaban. ¿Estarían relatando las hazañas de Sanglant? Nunca lo sabría, pues no comprendía su idioma. Berthold había escalado hasta lo alto del peñasco y estaba de pie en el borde, contemplando con evidente placer las tierras que se extendían a sus pies. Su juventud y su vitalidad escapaban a gritos de su ser, que jamás estaba completamente quieto. Villam se había detenido en la base del saliente; era evidente que estaba molesto o preocupado, pero no se atrevía a alzar la voz por miedo a perturbar al hombre santo.

Hacía calor, a pesar de que el sol estaba escondido detrás de las nubes. La túnica de lana era tan abrigada que el sudor había empezado a deslizarse por su espalda.

Reprimió sus deseos de secarse el cuello, pues sabía que cualquier movimiento que efectuara podía impedirle oír las palabras del Hermano Fidelis.

Oyó que el anciano se movía al otro lado de la puerta.

—Si tan solo pudiera contarles todo lo que sé sobre los secretos de los Siete Durmientes... Pero juré que nunca más volvería a hablar de tales cosas. Sin embargo...

Rosvita esperó, pero el anciano permaneció callado.

En el interior oyó el sonido de algo que estaba siendo arrastrado. No algo pesado como un cuerpo, sino algo ligero y sólido. Una sombra cruzó el orificio de la puerta y lentamente apareció una forma oscura. Rosvita tiró de ella; su corazón latía a toda velocidad.

Era un libro.

Laboriosamente atado y con hojas de pergamino, era un libro escrito con letra clara y elegante.

—He trabajado varios años en este libro, a pesar de que debería haber estado meditando sobre la Sagrada Palabra de Dios en la Unidad. Os lo entrego para que deje de retener a mi espíritu en esta tierra. Buena suerte, Hermana. Que Nuestro Señor y Señora cuiden de vuestras tareas. No olvidéis lo que habéis aprendido aquí. Id con Dios.

Rosvita observó el libro. En las palabras estaban inscritas las siguientes palabras: Vida de Santa Radegundis.

Entonces asimiló sus últimas palabras: Id con Dios.

—¿Hermano Fidelis?

El sol apareció tras las nubes, cegándola momentáneamente con su brillante luz.

—Marchad —dijo la voz del anciano en sus oídos. Fue una orden, fuerte y firme, completamente diferente a las frágiles frases pronunciadas a través de la pantalla de ramas.

Se levantó, sujetando con fuerza el libro.

—Id con Dios, Hermano. Y muchas gracias. Vuestras palabras permanecerán guardadas en mi corazón.

¿Le había oído sonreír? Seguro que solo era su imaginación. La cabaña se alzaba ante ella, pequeña y destartada, un hogar tan humilde como el que habría construido un mendigo para resguardarse de la lluvia. Empezó a caminar hacia atrás, pues no deseaba dar la espalda al anciano por miedo a parecer irrespetuosa, pero tropezó y cayó al suelo.

Villam la cogió del brazo.

—¿Ha terminado la entrevista?

—Sí. —Miró atrás. En la cabaña no había señales de vida.

—No he visto ni he oído nada —dijo Villam—, excepto a mi hijo, trepando como una ardilla y haciendo números para romperse la cabeza contra el suelo.

—Pongámonos en marcha —dijo Rosvita, que no tenía ánimos para relatarle la

conversación.

Aceptando su mutismo, Villam hizo una señal a sus hombres. Juntos regresaron por el sendero, rodeando el claro de rocas caídas. Rosvita estaba demasiado absorta en sus pensamientos para contemplar el círculo de piedra o dedicarle algún pensamiento. Berthold intentó acercarse a uno de los montículos, pero su padre se lo impidió.

Si el rey Henry deseaba nombrar heredero a Sanglant, era evidente que no le gustaría saber lo que había dicho el Hermano Fidelis. Era bueno saber que un bastardo había heredado el trono de Salia, pero no cuando el precio había sido la muerte, la guerra civil y la extinción de un noble linaje. Bueno, era posible que Henry atendiera a razones. Era un buen hombre y un buen rey, y tenía tres hijos legítimos y fuertes.

De todos modos no era eso lo que la carcomía por dentro. Una pregunta perturbaba sus pensamientos: ¿quiénes eran los Siete Durmientes?

Alguna vez había encontrado alguna referencia en los textos que leía y estudiaba para escribir su obra. Se trataba de una leyenda inocua, una de las muchas que existían sobre los primeros mártires. Incluso Eusebc había mencionado a los Siete Durmientes, de pasada, en su Historia Eclesiástica.

En la época en que los daisanitas fueron perseguidos por orden del emperador dariyano Tianathano, siete jóvenes de la ciudad santa de Sais se refugiaron en una cueva para recuperar fuerzas antes de presentarse a su martirio. Milagrosamente, la cueva se selló y ellos quedaron encerrados en su interior hasta...

¿Hasta qué? Rosvita nunca lo había leído ni se le había ocurrido preguntarlo pues, como bien había aprendido en las dos décadas que llevaba analizando crónicas y entrevistando a testigos de acontecimientos que habían sucedido cincuenta años atrás, no todas las leyendas eran necesariamente ciertas.

Pero el modo en que el Padre Fidelis había pronunciado aquellas palabras, el hecho de que hubiera vacilado y hubiera sugerido que unas criaturas inhumanas le molestaban en su soledad, hostigándole para que les hablara de esos «siete durmientes», le hacía pensar que era algo más que una leyenda.

—Estáis muy seria, Hermana Rosvita —dijo Villam, intentando darle conversación.

—Tengo muchas cosas en las que pensar —respondió ella.

El noble no quiso insistir.

Aquella noche celebraron la festividad de Santa Susannah, adorada por los zapateros y los orfebres. La comitiva del rey llenaba las casas de huéspedes del viejo monasterio y la mitad de los hogares de los aldeanos que vivían a menos de una hora de distancia, además de las tiendas de campaña que se habían levantado en los pastos circundantes. El hermano que estaba al cargo de las provisiones del monasterio ya se había quejado del número de personas que formaban la marcha del rey y de lo mucho que les gustaba su comida y su vino.

Henry mostraba un rostro sombrío a los presentes. Solo Rosvita y Villam sabían porqué les había enviado al hogar del viejo ermitaño... y solo Rosvita conocía el contenido de la entrevista y la reacción que había tenido Henry cuando le había contado lo ocurrido.

Había meditado largo y tendido mientras Rosvita esperaba, paciente y silenciosa, a su lado. El Padre Bardo había ofrecido al rey su estudio, para que lo utilizara como dormitorio y sala de visitas, pero Henry había preferido utilizar la habitación del piso superior de la casa de huéspedes principal. La habitación era espaciosa, pero carecía de adornos.

Allí, con las persianas abiertas al aire primaveral, Rosvita y el rey Henry habían permanecido a solas unos instantes.

Excepto en ocasiones formales, Henry vestía como su gente, aunque con ropas más lujosas: una túnica hasta las rodillas ribeteada con un cordón de oro, polainas y, en esta época del año, unas suaves botas de cuero decoradas con águilas, leones y dragones, los tres pilares sobre los que se cimentaba su poder. Las Águilas eran sus mensajeras, los Leones sus leales soldados de infantería y los Dragones, su caballería, el orgullo de su ejército. Sin embargo, estas solo eran sus armas personales.

Su poder como rey de Wendar y Varre radicaba en la sumisión de los grandes príncipes del reino.

En su cinturón de cuero negro estaban grabados y pintados con oro los sellos de seis ducados: un dragón para Saonia, un león para Avaria, un águila para Fesse, un guivre para Arconia, un semental para Varingia y un halcón para Wayland.

Llevaba cuatro anillos de oro, uno por cada margrave: Helmut Villam, Judith de Olsatia y Austra, y Werinhar de Westfall. La margrave de Eastfall había muerto y el anillo que Henry le había entregado se había perdido en el campo de batalla o había

sido robado para que adornara la mano de algún señor qumano.

Colgado de la cadena de oro que adornaba su cuello había un quinto anillo con el sello de su soberanía.

No llevaba corona. Esta viajaba, junto con su capa oficial, su cetro y la Sagrada Lanza de Santa Perpetua, la Dama de las Batallas, en un arcón de roble tallado con grifos y dragones enzarzados en su eterna batalla.

El rey escuchó las explicaciones que hizo Rosvita sobre su entrevista con el Hermano Fidelis. En su juventud había sido más impetuoso y siempre había dicho lo que pensaba, pero ahora, dieciocho años después de haber ocupado el trono de Wendar y Varre, había conseguido dominar el arte de permanecer sentado y en silencio.

—Pero Taillefer no designó heredero a ninguno de sus hijos ilegítimos —dijo finalmente—. Basta con mirar a mi familia. Sabella demostró no ser apta para gobernar, como tampoco lo habría sido yo si mi marcha hubiera sido infructuosa. En ese caso, mi padre habría cedido el trono a una de mis hermanas, o a mi hermano Benedict, pero decidió presentarme a los duques y margraves para que consintieran mi nombramiento. Taillefer no designó heredero a ninguno de sus hijos, fueran bastardos o no. Si lo hubiera hecho, los acontecimientos habrían sido muy distintos.

Rosvita abandonó la sala sin haber averiguado nada pues, aunque había preguntado con discreción, Henry no le había proporcionado ninguna información sobre sus planes. Aquella noche, Sapientia y Theophanu se sentaron a ambos lados de su padre durante el banquete. Ekkerhard, su hijo pequeño, cantó acompañado del laúd. Su voz era tan dulce que, si Henry decidía enviarlo a la iglesia, sus oraciones se elevarían delicadamente a los cielos.



Al día siguiente, a media mañana, llegaron dos Águilas cubiertas de polvo y rendidas de cansancio. Traían consigo malas noticias.

—Gent ha sido sitiada —anunció la de mayor edad, una mujer sombría con la pierna izquierda herida, que se dirigió al rey Henry sin reservas—. Cinco Águilas cabalgamos hacia Gent para conocer la verdad de esos rumores. La ciudad ya estaba ante nuestros ojos, pero aún permanecíamos en el exterior de sus murallas, cuando fuimos atacados por los Eika. Yo resulté herida durante el ataque, al igual que mi compañera... —señaló a la otra mujer, una joven de aproximadamente la edad de Berthold o Theophanu—, pero escapamos hacia el oeste para traeros estas noticias, Majestad. Cabalgamos con una compañía de Dragones encargados de escoltar a un lugar seguro a una diaconisa que llevaba consigo una reliquia sagrada. El resto de Dragones, incluido el príncipe Sanglant, permanecen sitiados en el interior de Gent.

—¿Decís que es un grupo de atacantes? —preguntó Henry con serenidad.

Ella movió la cabeza.

—No según los Dragones que nos escoltaron, Majestad. La última vez que las contaron, había cincuenta y dos embarcaciones de Eika.

Henry estaba sentado en un banco, en el patio del unicornio, acompañado por sus cortesanos. Esta información desencadenó una serie de murmullos que se acallaron con rapidez cuando el monarca levantó una mano.

—¿Creéis que pretenden invadirnos?

—Según Sturm, el comandante de la compañía con la que cabalgamos, los Eika desean derribar los puentes que conectan Gent con la orilla oriental y occidental del río. De este modo, podrían invadir a su antojo las tierras que descansan río arriba.

—¿Y dónde está ahora el comandante Sturm?

—Regresó a las proximidades de Gent. Él y sus hombres pretenden atacar a los Eika para ayudar a sus hermanos atrapados en el interior de las murallas.

Henry miró a su derecha, donde se encontraba Helmut Villam.

—Gent descansa en las tierras administradas por la condesa Hildegard, ¿verdad? Villam asintió.

—¿Dónde está su ejército? —preguntó el rey.

—No lo sé —admitió el Águila—. No está dentro de la ciudad, pero seguro que a estas alturas ya está al corriente de que Gent ha sido sitiada.

El rey hizo una señal y uno de sus siervos se acercó con una copa de vino. Bebió un sorbo, mientras reflexionaba.

—¿Habéis dicho que había cinco Águilas?

La mujer asintió. Su compañera, que ya era pálida, cada vez estaba más blanca. Tenía el aspecto de una mujer que lleva varias noches sin dormir, dando vueltas en su cabeza a algo que le preocupa. Su complexión ligera, sus ojos azules y sus ásperas trenzas de color trigo revelaban su sangre norteña. En el rostro de su compañera no había cólera ni pesar.

—Los demás siguieron cabalgando. No sé si llegaron a salvo a la ciudad, pero creo que lo consiguieron.

—¿No los visteis entrar en las murallas?

—No, pero mi compañero Manfred y yo estamos vinculados a Wolfhere, el Águila con quien cabalgamos, de diversas maneras. Si hubiera muerto, creo que lo habría sabido.

—Ah —dijo Henry, arqueando una ceja—. Wolfhere.

Para Rosvita, todas las Águilas eran muy parecidas. Los hijos e hijas de cuna noble recibían su propio séquito al alcanzar la mayoría de edad o se unían a los Dragones si las circunstancias lo requerían. Servir al rey como mensajero o como soldado de infantería quedaba relegado a los hijos de los propietarios libres. Sin embargo, todos los clérigos de la capilla y la schola del rey conocían a Wolfhere, ya fuera personalmente o por su reputación. No había ningún Águila que le superara en

edad y en ocasiones se susurraba (aunque ya no se hacía con tanta frecuencia) que sabía muchas cosas que estaban fuera del alcance del conocimiento humano. Había contado con el favor de Arnulf el Joven; de hecho, había quien afirmaba que había tenido demasiado influencia sobre él, a pesar de no pertenecer a la nobleza. Este favor había terminado el mismo año en que Henry había subido al trono y, desde entonces, Wolfhere había desaparecido de la corte.

—Sí, Majestad —la mirada de la mujer era dura y no temía mirarle a los ojos—. Me enorgullece poder llamarle praeceptor. —Instructor y guía. Como había utilizado la palabra dariyana de forma deliberada, Rosvita suponía que sabía algo de la reputación que tenía Wolfhere en la corte.

Los labios de Henry esbozaron una sonrisa. Rosvita le conocía tan bien que sabía que admiraba la franqueza de la joven Águila.

—¿Cuánto tiempo lleváis sirviendo en mis Águilas y cuál es vuestro nombre y vuestro linaje?

—Llevo siete años sirviendo en las Águilas, sobre todo en las tierras fronterizas. Me uní a vuestro servicio en cuanto alcancé la mayoría de edad. Me llamo Hathui, hija de Elseva, propietaria libre de Eastfall.

—¿Y vuestro padre?

—Mi padre se llamaba Volusianus. También era hijo de padres libres pero, por desgracia, Majestad, fue asesinado mientras servía al rey Arnulf, luchando contra los Redari.

El rey miró a Villam, que observaba con benignidad a la joven. Rosvita recordaba con claridad la última guerra que se libró contra los Redari: había tenido lugar durante el último año del reinado de Arnulf y se había librado principalmente en la frontera de los Villams. De hecho, las tierras que controlaba esta familia se habían expandido enormemente tras la capitulación de los miembros de la tribu Redari y su conversión a la fe de las Unidades.

—Después de su muerte, mi madre y sus dos hermanos viajaron al este del río Eldar junto a todos aquellos que decidieron beneficiarse de las concesiones hechas por el rey Arnulf y ocupar tierras que no estuvieran bajo el dominio de ningún señor.

—Excepto el del rey.

Ella inclinó levemente la cabeza, reconociendo la verdad de sus palabras.

—Excepto el del rey —repitió.

Henry levantó la mano izquierda, indicando que se levantara.

—Viajaréis con mi corte, Hathui, hija de Elseva, y me serviréis.

Esta señal de honor no pasó inadvertida por los presentes, que sin duda alguna se estaban preguntando en qué medida pretendía favorecer a su sierva. Rosvita observó a los cortesanos. ¿Quién sería el primero que intentaría entablar amistad con el Águila y el primero que intentaría provocar su caída?

Hathui no parecía molesta por esta señal de favor.

—¿Y qué ocurrirá con mi compañera Hanna, hija de Birtha y Hanal? Es nueva en

las Águilas y tiene poca experiencia, menos adiestramiento y ningún pariente en las proximidades.

—También puede unirse a nosotros. Seréis su praeceptor.

Rosvita se dio cuenta de que Henry estaba recompensando a las Águilas por otra razón: por haber traído noticias de su hijo.

—Debemos preparar un ejército —dijo entonces el rey, volviéndose a Villam—. ¿Cuándo podremos partir hacia Gent?

En cuanto su sorpresa inicial se disipó, Hanna se sintió más frustrada que honrada por haberse convertido en una de las sublimes Águilas que prestaban un servicio personal al rey Henry.

No le había decepcionado el rey, pues este era tal y como siempre había imaginado que sería: severo pero capaz de reír; elegante pero sin la vanidad que impulsa a los hombres a lucir ropas y joyas exquisitas para hacer ostentación de sus riquezas; amable sin llegar a ser cordial; y poco dispuesto a tolerar la incompetencia y las demoras.

¡Pero eran tantas las cosas que tenía que hacer un rey cuando llegaba el momento de mover su inmenso séquito o crear un ejército con hombres procedentes de lugares tan remotos como las tierras situadas al noroeste del ducado de Saonia, las tierras altas del sur de Avaria y las tierras fronterizas del este!

Criada por unos posaderos enérgicos y eficientes, a Hanna le sorprendía lo lentos que eran los preparativos y las muchas discusiones que se producían entre castellanos, ayudantes y señores sobre insignificantes asuntos de posición y honor que no tendrían ninguna relevancia para las personas atrapadas en Gent si los Eika lograban derribar los muros de la ciudad.

—A este paso, estarán muertos antes de que abandonemos el monasterio —murmuró a Hathui aquella tarde, mientras otro noble (en esta ocasión una joven dama) explicaba al rey porqué necesitaría una irracional cantidad de días para reclutar soldados y aún más, para llevarlos a unas tierras tan distantes como las de Gent. ¡Madre Bendita! Además de ser una locura, también era sumamente aburrido. Reprimió un bostezo y sintió que Hathui cambiaba de posición.

—¿Qué tal tienes la pierna?

—Se pondrá bien —dijo Hathui—. Ahora céntrate en tu tarea. ¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—La mujer que está hablando con el rey.

Hanna la miró, pero era incapaz de distinguir a un noble de otro. Todos ellos se mezclaban en su mente con sus trajes y túnicas hermosamente bordados, sus polainas ribeteadas de oro y sus elegantes collares y anillos.

—Forma parte de tus obligaciones, Hanna —dijo Hathui con severidad, con un tono muy similar al que habría empleado Wolphere—. Debes memorizar las grandes

casas de Wendar y Varre, aprender los nombres de los señores y damas de esos linajes y conocer las alianzas forjadas mediante matrimonios, parientes y juramentos. También debes saber quién desprecia a quién, quién desea contraer matrimonio con quién para conseguir qué terrenos, y qué propiedades al perder a su señor han pasado a manos de la iglesia o han sido entregadas al rey para recompensar a alguna familia que le hubiera prestado servicio.

—Ay, Señora —gimió Hanna—. ¿Todo eso?

—Todo eso y mucho más. —Hathui sonrió, eliminando la amenaza de sus palabras—. Esa mujer es Liutgard, duquesa de Fesse. Como Fesse descansa en el centro del reino, el viaje hasta Gent, que se encuentra en el noroeste, es muy largo. Además, el ducado de Fesse está junto al de Arconia, que está administrado por la hermanastra de Henry, Sabella. Supongo que habrás oído los rumores que dicen que Sabella planea rebelarse contra el rey.

Hanna había oído tantos rumores en las ocho horas que habían transcurrido desde que habían llegado al Monasterio de Hersford que había renunciado a intentar distinguir uno del siguiente.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver con la duquesa Liutgard?

—Esto: que Liutgard no desea enviar tropas a Gent, que se encuentra a varios días de viaje al noreste, cuando sus propias tierras podrían estar amenazadas por Sabella. Henry debe equilibrar la amenaza de Gent y la amenaza de Fesse.

Hanna suspiró.

—¿Cómo puedes recordar todo eso?

—Pues es solo el principio.

Hanna pudo ver que Hathui bromeaba.

—¿Cuándo ingresaste en las Águilas no te parecía también muy difícil? ¿No te parecían demasiados nombres sin ningún significado unido a ellos?

Hathui se encogió de hombros.

—Cuando Wolphere es tu praeceptor, jamás admites lo mucho que te esfuerzas. La verdad es que sí que me parecía difícil, pero después de un tiempo empecé a distinguirlos. ¿Verdad que conoces a todos los aldeanos de Descanso del Corazón y a las personas que habitan en las granjas y aldeas cercanas?

—¡Por supuesto!

—Bueno, entonces piensa en los señores y damas nobles que se mueven en la marcha del rey como si fuera una aldea. Algunos permanecen siempre con el rey, mientras que otros van y vienen según las obligaciones que tienen en las propiedades de su familia. En verdad, Hanna, no son diferentes a las personas normales y corrientes. He observado que tienen sus feudos y sus amantes secretos, sus alianzas y sus desacuerdos. Como cualquier persona normal y corriente, duermen y rezan y utilizan el excusado. No estoy convencida de que, si vistieran a uno de ellos con un guardapolvo de granjero y a un propietario con túnicas elegantes, pudieras distinguir quién es el noble y quién el granjero.

—¡Hathui!

Hathui esbozó su orgullosa sonrisa de habitante de tierras fronterizas y le indicó que volviera a centrarse en los procedimientos.

Y Hanna lo hizo. Por alguna extraña razón, los sorprendentes comentarios de Hathui hicieron que le resultara más sencillo distinguir a un noble de otro. El brillo de intimidación había desaparecido y ahora advirtió que el viejo consejero (el margrave Helmut Villam) bostezaba mientras la duquesa Liutgard prometía que se pondría en marcha al alba con su séquito, pero añadía que pasarían unas semanas antes de que pudiera reclutar a los soldados y aún más hasta que pudiera ordenarles que cruzaran el reino.

El joven que estaba de pie junto a Villam (era su hijo, pero Hanna no sabía cómo se llamaba... ni tampoco recordaba si había oído ya su nombre) se movía inquieto y parecía deseoso de estar en cualquier otro lugar. Ivar, el hermano de leche de Hanna, tenía aquella misma expresión cuando ideaba una travesura o le pedía que le acompañara a pasear por el bosque. Ivar era una de esas personas que no tienen término medio: o están pletóricas o sumamente deprimidas.

¿Qué tal le irían las cosas? ¿Habría llegado ya al Monasterio de Quedlinhame para iniciar su vida como monje? Hanna no conocía bien las distancias del reino ni dónde estaban todas las ciudades y monasterios, pero había una cosa que sí que sabía: que Ivar no se acostumbraría jamás a las paredes del monasterio. Seguro que cometía alguna travesura.

Suspiró. ¡Ay, Señora! No podía hacer nada por él. Había elegido a Liath y, para castigarla por su elección, Nuestra Señora la había separado de ambos.

La duquesa Liutgard concluyó su charla con el rey y se retiró para dejar paso a una mujer noble que parecía tener la misma edad que Henry y llevaba con orgullo sus años. Su cabello, largo y trenzado, era gris, pero no cabía duda de que antaño había sido de un brillante tono marrón.

Hathui se inclinó para susurrarle al oído:

—Judith, margrave de Olsatia y Austra.

La margrave anunció a Henry que partiría de inmediato hacia Austra y reuniría al menos a doscientos hombres que cabalgarían hacia Gent.

—Y no olvidéis que mi hijo Hugh es ahora abad de Firseburg. Si le informáis de la situación, sé que podrá enviar un contingente para reforzar vuestras tropas, Majestad.

¡Hugh! Hanna contuvo el aliento durante unos instantes. Casi se había olvidado de Hugh, pero al contemplar a esta mujer imponente, su recuerdo le golpeó de nuevo. Judith era una mujer madura, rechoncha de cuerpo y digna de modales. Sus delicados rasgos aún no habían sido oscurecidos por la vejez y podía ver a Hugh en ellos: en la forma de su hermoso rostro, en sus profundos y brillantes ojos azules, en su arrogante expresión. Sin embargo, la margrave había tenido el cabello moreno, mientras que el de Hugh era rubio claro. ¿Sería cierto que su padre había sido un esclavo de Alba,

conocidos por su hermosura y sus rubios cabellos?

No seas estúpida, Hanna, murmuró para sus adentros. Al instante se preguntó cómo estaría Liath. ¿Habría llegado a salvo a Gent? ¿Estaría bien? ¿Herida? ¿Muerta? ¿Hugh pensaría aún en ella? Sabía que nunca pensaba en personas como Hanna. ¿Qué ocurriría si enviaba un contingente de hombres a Gent? ¿Cómo iba a proteger Wolfhere a Liath si no sabía lo que había ocurrido aquel invierno en Descanso del Corazón?

Hathui le tocó el codo, reconfortándola, aunque era imposible que conociera sus pensamientos. Hanna no tenía ningún deseo de revelárselos a nadie, sobre todo por lo mucho que le avergonzaban después de lo mal que el frater había tratado a Liath. No es momento de andarse con tonterías, pensó, recordando las palabras de su madre. Se sacudió y se concentró en su labor.

Más tarde, cuando las audiencias concluyeron, Hathui fue enviada al médico del rey y Hanna a la casa de huéspedes donde residían los hijos de los reyes.

Se detuvo al lado de la puerta mientras los dos guardias apostados en ella (los leones negros cosidos a sus tabardos de oro los identificaban como soldados de la infantería de Henry) la miraban con curiosidad.

Sentía una gran curiosidad por los hijos del rey. Ekkehard era joven, todavía estaba en la schola y aún no tenía la edad necesaria para que le concedieran su propio séquito y lo enviaran al mundo como adulto. En estos momentos estaba sentado junto a una de sus hermanas, que le acompañaba con la lira. Tenía una voz hermosa.

*«Cuando las naves llegaron del norte
y vio el destello de oro en su vientre,
se zambulló en las aguas,
gélidas como el corazón de su madre.
Se zambulló en las aguas,
y nadó hasta alcanzarlos.
Con su espada mató al vigía,
con su cuchillo mató al timonel,
y los esclavos remeros se inclinaron ante él,
implorándole que les explicara,
cómo había apresado las naves,
y esta fue su canción».*

Era Theophanu quien le acompañaba. Aunque en la corte del rey había un bullicio constante, y lo había habido desde la mañana, la muchacha estaba sentada tranquilamente, tocando el laúd al son del dulce cantar de su hermano.

La otra hermana, pequeña, morena y elegante, era Sapientia. Daba vueltas de un lado a otro, sin parar, como un animal enjaulado. Hanna dio un vacilante paso adelante. Al verla, Sapientia echó a correr hacia ella, pero se detuvo de repente al

recordar su posición. Le hizo una señal.

—¿Tienes algún mensaje para mí, Águila? —preguntó.

Sin dejar de tocar, Theophanu levantó brevemente los ojos para observar la escena. Ekkehard siguió cantando, absorto.

Hanna se agachó para apoyar una rodilla en el suelo.

—Sí, el rey Henry solicita que vayáis a ver al herrero.

—¡Eh! —dijo Sapiencia, exultante. Se volvió e hizo una señal a sus doncellas, que estaban sentadas junto al fuego, cosiendo—. ¡Venid!

Empezó a caminar con tanta rapidez que las doncellas tuvieron que dejar sus labores sobre el banco y echar a correr tras ella, sin poder siquiera recoger sus capas.

Hanna vaciló. Ekkehard seguía cantando su canción. En verdad era una canción dentro de otra, en la que el héroe Sigisfrid relataba a los desventurados remeros sus grandes hazañas, además de revelar por vez primera el amor que sentía por su prima Waltharia, un amor prohibido que podía condenarlos. Ekkehard tenía un conocimiento sorprendente de la leyenda. En la posada, Hanna había oído cantar versos de esta gran epopeya a ancianos maestros bardos y, aunque la interpretación de Ekkehard era bastante inmadura, resultaba fascinante.

Theophanu levantó la mirada de nuevo para observar a Hanna. La mirada de la princesa era clara y completamente ilegible. Al darse cuenta de que no debería estar allí, retrocedió con rapidez y tropezó con uno de los Leones.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Os ruego que me disculpéis, amiga —dijo—. Habéis llegado esta mañana de Gent, junto con el otro Águila.

—Sí.

—¿Sois nueva en las Águilas?

Asintió. No confiaba en él: era un joven atractivo, y los pocos hombres atractivos de Descanso del Corazón eran, al igual que su hermano Thancmar, unos engreídos.

El hombre abrió la puerta, miró a su compañero y la siguió al exterior.

—¿Dónde os alojáis esta noche? —preguntó. Tenía una sonrisa agradable, un rostro agradable, y unos hombros bonitos, pero Hanna despreciaba a los hombres que se daban demasiada importancia. A todos, excepto a Hugh. Apartó de su mente este pensamiento.

—Con las Águilas, supongo —dijo con frialdad—. Duerman donde duerman.

El hombre consideró sus palabras a la luz de las antorchas que iluminaban el umbral. No parecía abatido ni ofendido por su rechazo; de hecho, Hanna no estaba del todo segura que hubiera considerado que aquello había sido una negativa.

—Bueno, si no vamos a alojarnos juntos... —Miró a sus espaldas—. Estoy de guardia, así que no tengo demasiado tiempo. Estuvisteis en Gent, ¿verdad? ¿Visteis allí a los Dragones?

—Vimos a una compañía, pero no entré en la ciudad. Hathui y yo dimos media vuelta.

—¿Sabéis si había una mujer con ellos?

—¿Una mujer? ¿Con los Dragones? No, que yo viera.

—Ay —hizo una mueca de decepción. ¿Su amada estaría entre los Dragones? Se dio cuenta de que le había juzgado mal y de repente advirtió que era bastante atractivo—. Mi hermana cabalga con los Dragones.

—¿Vuestra hermana?

El joven soltó una carcajada.

—¿Pensáis que un muchacho de cuna corriente como yo no puede tener una hermana en los Dragones?

Eso era lo que pensaba, así que no intentó negarlo.

—Suelen proceder de cuna noble y en su mayoría son bastardos o hijos pequeños sin un legado que les permita ingresar en la iglesia. Mi hermana jamás deseó nada que no fuera luchar. Se consagró a Santa Andrea cuando era muy joven, antes incluso de su primera menstruación, y nadie logró hacerla cambiar de idea. Se unió a los Leones, o mejor dicho, se abrió paso a cachiporrazos. Yo seguí su ejemplo.

Hanna pensó en cómo le había mirado su hermano Karl el día que abandonó Descanso del Corazón. ¿Este joven habría mirado a su hermana de la misma forma? ¿Había sido la admiración que sentía por ella lo que le había impulsado a seguir su ejemplo años después?

—Se forjó un nombre —prosiguió el León, orgulloso de poder hablar de su hermana ante una nueva audiencia—. Salvó el estandarte de los Dragones. Hay quien dice que salvó la vida del príncipe, aunque otros afirman que ningún hombre ni mujer podría hacer algo así porque está protegido por la magia, que su madre le lanzó un hechizo cuando nació y que las manos humanas no pueden darle muerte. De todos modos, yo creo que sí que le salvó la vida.

—No la vi —repitió Hanna, lamentándolo—. ¿Cómo se llama?

—Adela. —El joven se llevó una mano al pecho e hizo una pequeña reverencia, un gesto cortés que sin duda había aprendido de los señores nobles. Sonrió y apareció un hoyuelo en su rostro—. Yo me llamo Karl.

Ella rio.

—Tengo un hermano que también se llama Karl. Yo soy Hanna.

—Ay, Señora. Esto es un mal presagio... que puedas pensar en mí como en un hermano. —De repente, el muchacho había recordado que era de noche, que era joven y que ella era... bueno, podía decirse que bonita, pero también deseable al ser un rostro nuevo entre tantos conocidos. Hanna se sonrojó y se enfadó consigo mismo por ello.

—¿Y qué dice tu hermana del príncipe? —preguntó, por decir algo.

Él gruñó.

—No hace más que alabarlo, algo que resulta sumamente aburrido en una mujer cuando habla de un hombre. Le es tan leal como un perro, al igual que el resto de Dragones. No lo entiendo. —Deslizó dos dedos por el mentón, hasta la barbilla—.

¿Cómo pueden decir que es un hombre si no le crece la barba?

Hanna no sabía qué decir, de modo que guardó silencio.

La puerta de la casa de huéspedes se abrió.

—¡Eh! ¡Karl! Ya has hablado suficiente. —Su compañero parpadeó a la noche y, al ver sus siluetas, le llamó por señas—. Vamos. Regresa. No conseguirás nada de un Águila. Ya sabes cómo son.

Karl lanzó un beso a Hanna y regresó a su puesto.

—Señor, ten piedad —murmuró ella, y regresó apresuradamente a la sala en la que estaba el rey. Pero Henry se había acostado, o eso le dijo Hathui.

—¿Dónde vamos a dormir?

—¿No te han hecho todavía ninguna proposición? —preguntó Hathui. Rio al ver que Hanna se sonrojaba, pero pronto volvió a ponerse seria—. Escucha mis palabras, Hanna. Solo hay una cosa que puede apartar a una mujer de las Águilas: que no pueda cabalgar porque lleve un bebé en las entrañas. No te comprometas con nadie más que con otra Águila que haya hecho el mismo juramento que tú.

—Es un precepto muy duro.

—Nuestro servicio es duro. Muchos de nosotros morimos sirviendo al rey. No estoy diciendo que no puedas amar a ningún hombre ni acostarte con él, sino que no debes tomar esa decisión a la ligera y que jamás debes hacerlo solo por el placer de una noche. Hay personas, en su mayoría hombres y mujeres ancianos, que conocen el uso de ciertas hierbas y aceites.

—Pero eso es magia —susurró Hanna—. Magia pagana.

Hanna se encogió de hombros.

—He visto a una diaconisa utilizar hierbas y cánticos del Libro Sagrado para curar heridas, de modo que si eso es magia, supongo que en la iglesia hay personas que no ven con malos ojos su uso. Lo único que te estoy diciendo, Hanna, es que si el deseo es muy fuerte, hay formas de prevenir la concepción... aunque dichas formas no siempre funcionan. Cada don de Nuestra Señora es tanto una carga como un tesoro, y esta es la lección que debemos aprender. Del mismo modo que el fuego puede calentar o matar, ese sentimiento que llamamos pasión puede dar como fruto la muerte o una bendición en forma de niño sano —sonrió con amargura—. En ocasiones es más sencillo consagrar tu vida a un santo, como hice yo. Cuando me convertí en Águila, no tenía virginidad que prometer a Santa Perpetua, de modo que le ofrecí mi castidad.

—¿Estuviste casada antes de convertirte en Águila?

Sacudió la cabeza, con los labios torcidos y los ojos fuertemente cerrados, como si estuviera intentando evocar un viejo recuerdo.

—No, me la arrebató un invasor qumano. Si alguna vez tropiezo con él o con su pueblo, pagará por lo que me robó.

De pronto, Hanna advirtió que se había quedado boquiabierta.

—Te van a entrar moscas —dijo Hathui, que casi se había recuperado.

—Lo... lo siento.

—¿Qué podías esperar de unos bárbaros? —espetó Hathui—. Al menos no sufrí ningún daño duradero. Mi tía, en cambio, fue asesinada durante el ataque.

—Pero... ¿eso significa que nunca podré tener un hijo? —Esta posibilidad no le proporcionaba ninguna alegría. Era algo que jamás se le había ocurrido considerar. ¡Era una mujer y no había ingresado en la iglesia! ¡Por supuesto que tendría hijos!

—Claro que podrás, si eso es lo que deseas. Pero tendrás que abandonar a las Águilas o casarte con uno de sus miembros. Aquellos bebés que nacen de la unión de dos Águilas están bien vistos. Yo ya he conocido a tres.

—¿Conoces a alguna mujer que haya sido expulsada de las Águilas por haberse quedado embarazada?

—Sí —Hathui tocó su insignia de bronce; sus largos dedos siguieron el contorno del águila grabada en ella—. Esta era su insignia. Murió durante el parto, al igual que el bebé.

Hanna dibujó la señal del círculo en su pecho. La muerte o una bendición... estas palabras le parecían bastante apropiadas. Era el tipo de cosa que diría su madre.

—Vamos, Hanna. Vayamos a dormir. Mañana nos espera mucho trabajo. —Le dio un cariñoso beso en la frente y la cogió del brazo—. Vayamos a por nuestras mantas. Podemos pasar la noche aquí, a los pies del trono del rey.

—¡A los pies del trono del rey! —Hanna se preguntó si sus padres alguna vez creerían que a su hija le había sido concedido semejante honor.

—De hecho, fue él quien lo dijo. Es un buen hombre, es nuestro rey y estoy orgullosa de servirle.



Por la mañana, justo después del servicio de la hora tercia (la tercera hora del día) llegó otro Águila. Venía del oeste y estaba rendido de cansancio, al igual que su montura.

Mientras los mozos se llevaban el caballo a las cuadras, Hathui le tomó de la mano y le condujo al lugar en donde estaban reunidos el rey, Helmut Villam, la margrave Judith y otros nobles, ultimando los detalles para reclutar a los ejércitos que cabalgarían hacia Gent. Henry interrumpió su conversación y se levantó.

El Águila se dejó caer sobre sus rodillas, ante el rey.

—Majestad —tenía la voz tan ronca que apenas podía hablar.

—Traedle aguamiel —ordenó el rey. Sus siervos le obedecieron al instante.

El hombre bebió una taza de vino con sabor a miel que suavizó su garganta.

—Os pido disculpas, Majestad —se disculpó.

—¿Qué noticias traéis?

—Son noticias terribles, Majestad. —El hombre casi lloraba—. Vengo de Autun. He cabalgado cuatro días y cinco noches, y solo me he detenido para cambiar de caballo. —Cerró los ojos.

La tensión de la sala se hizo insoportable mientras todos los presentes esperaban que continuara. Hanna intentó recordar dónde estaba Autun y qué significado podían tener aquellas palabras. ¿No era la sede del obispado? ¡Sí! Eso era: Constance, la hermana pequeña de Henry, era la obispa de Autun.

Mientras recordaba esto, el Águila recobró la compostura y siguió hablando:

—Logré escapar de Autun gracias a la ayuda de la castellana de la obispa Constance. Ahora Autun está en manos de *lady* Sabella.

Varios cortesanos empezaron a hablar a la vez, pero guardaron silencio cuando Henry levantó una mano. El rey parecía preocupado, y tenía que estarlo.

—¿La ciudad ha caído?

El Águila habló entre suspiros.

—Por la traición, Majestad. La obispa Constance es prisionera de *lady* Sabella y su séquito. Sabella a nombrado a Helvissa obispa de Autun.

—¿Helvissa, a quien destituí hace ocho años con el consentimiento de las otras obispas del reino?

—La misma, Majestad. Autun se rindió sin luchar, para garantizar la seguridad de la obispa Constance. Nadie en la ciudad acepta a Helvissa como obispa legítima. Pero eso no es todo. Sabella tiene un ejército y el duque Rodulf de Varingia avanza con ella.

Nadie se movió ni habló; todos esperaban a la reacción del rey.

Hanna solo era capaz de repetir en su mente estas terribles palabras: «Sabella tiene un ejército».

—¿Qué hay del duque de Wayland? —preguntó Henry con voz suave.

Hanna no recordaba cómo encajaba el duque Conrad de Wayland en el complejo parentesco de la corte del rey y los grandes príncipes pero, para todos los demás, aquella pregunta estaba cargada de significado. Todos esperaban. Villam se secó los labios con el nudillo. La duquesa Liutgard (que todavía no se había marchado, aunque ya estaba vestida para partir), se retorció las manos nerviosa.

El Águila se limitó a sacudir la cabeza. Parecía extenuado.

—Ignoro si avanza con ella. Tuve que escapar en plena noche. No tengo más información que esta: Sabella avanza hacia el este.

Hacia el este. Incluso Hanna sabía qué significaba aquello. Hacia el Este. Hacia Wendar.

—Me hizo un juramento —dijo Henry, con voz aún más suave. Parecía furioso y sus movimientos, cuando se volvió hacia quienes estaban más cerca de él, eran tan tensos como los de un león esperando para atacar. Pero no dejó que la rabia le venciera—. Wendar está en peligro. Sabella se ha rebelado contra mi autoridad y no debemos tolerarlo. No podemos cabalgar hacia Gent.

Para Hanna, estas palabras fueron como un martillazo.

—Ay, Señora —murmuró, sintiendo un gran peso en su corazón. ¿Qué iba a ser de Liath?

—No podemos cabalgar hacia Gent.

¿Cuánto le había costado a Henry pronunciar estas palabras?

Rosvita miró a Villam y vio que él también le miraba, como si hubieran compartido el mismo pensamiento. Henry tenía tres hijos legítimos. Por el bien del reino, debía correr el riesgo de perder al cuarto.

Con las manos cerradas en un puño, contempló durante un prolongado momento la elegante alfombra arethousana que se extendía a sus pies: era un diseño geométrico en púrpura imperial y pálido marfil, círculos florales que encerraban ocho estrellas puntiagudas. La alfombra había sido un regalo que le había hecho la reina Sophia, pues solo ella, hija de emperador y nieta del emperador arethousano reinante, podía caminar sobre púrpura. Tras su muerte y cumpliendo con su voluntad, algunas de sus posesiones habían sido enviadas de vuelta a Arethousa. El rey había conservado la alfombra, quizá en contra de sus deseos: según se decía, opinaba que de todos los reyes reinantes, solo él tenía poder suficiente para vestir el manto del Santo Emperador Dariyano. Otros habían intentado conseguir el título que había ostentado el gran Taillefer, pero nadie lo había conseguido. El «nuevo» imperio restaurado por Taillefer había durado veinticuatro años y había muerto con él. Sin embargo, ningún rey que se enfrentara a una guerra civil podía esperar convertirse en emperador, ni siquiera contando con el apoyo de la skopos.

—Preparaos para partir —dijo el rey Henry por fin—. Nos pondremos en marcha al amanecer.

A pesar de haber cabalgado sin detenerse y exponiéndose a graves peligros, el Águila no recibió ninguna señal de favor del rey, aunque le dieron comida y bebida y le permitieron ir a descansar. El rey se retiró a su dormitorio y los nobles fueron en busca de sus siervos. Pronto, la comitiva real empezó a prepararse para partir. Ciertos nobles como Liutgard y Judith, que ya estaban preparados para regresar a sus tierras, habían unido sus fuerzas al ejército del rey Henry. Ya no había tiempo para reclutar soldados en tierras lejanas.

Las Águilas fueron enviadas junto a Rotrudis, duquesa de Saonia y Attomar, y junto a Burchard, duque de Avaria. Algunas partieron hacia las tierras de otros condes y señores de menor importancia. Grandes cantidades de grano y verdura abandonaron la bodega del monasterio poni llenar los carromatos del rey. Los pollos y los gansos

fueron enjaulados y las jaulas fueron arrojadas sobre montones de nabos y judías, cestas de grano, cebada y centeno. Dadas las terribles noticias de la rebelión de Sabella, ni siquiera el hermano encargado de las provisiones del monasterio se quejó cuando todos los barriles que quedaban en la bodega rodaron hasta el interior de los carromatos.

Justo después de las Vísperas, Villam se acercó a Rosvita, que estaba en el scriptorium guardando sus notas, el estilete, los pergaminos, las plumas y la tinta en un cofre. Al ver que parecía estar a punto de sucumbir al pánico, la mujer dejó a un lado lo que estaba haciendo y se acercó a él.

—Mi hijo ha desaparecido —anunció—. ¿Lo habéis visto hoy?

La culpa golpeó su corazón. Habían ocurrido tantas cosas que había olvidado su promesa de tenerlo vigilado. De todos modos, imaginaba dónde podía haber ido.

—No, no le he visto. ¿Y sus acompañantes?

—Seis de ellos han desaparecido, los que tienen aproximadamente su edad. Los demás, que son mayores, se niegan a decir nada —era evidente que Villam se temía lo peor—. Traédmelos.

Villam se marchó con sombría satisfacción. Rosvita terminó de empaquetar sus cosas y, tras dejar el cofre al cuidado de uno de sus siervos, se reunió con ellos delante del Hogar, el único lugar del valle en donde reinaba algo parecido a la paz. Villam regresó acompañado de dos hombres: uno con el cabello cano y una expresión que indicaba que era un fiel compañero curtido por la batalla, y otro que no tendría más de dieciocho años, con el rostro sonrojado y los ojos enrojecidos por haber llorado.

Rosvita los observó y decidió no interrogar al anciano. Parecía el praeceptor, el hombre al que años atrás le habían asignado el adiestramiento del joven, y sabía que nunca traicionaría al muchacho que había crecido con él. El maestro de armas no se dejaría doblegar por el miedo... pero el joven sí.

—Espero que no intentes mentirme —le dijo—. ¿Quién eres, muchacho? ¿Quiénes son tus padres?

Tartamudeando, le dijo su nombre y su linaje.

—¿Dónde está lord Berthold?

Lanzó una mirada al anciano, revelando que sabía la verdad, y empezó a moverse inquieto, retorciéndose las manos y mordisqueándose el labio inferior.

—Mírame a los ojos, muchacho, y júrame por el nombre de Nuestra Señora y Señor que no lo sabes.

El joven rompió a llorar.

Rápidamente, como para ahorrarse la vergüenza de mentir o traicionar a su amo, el anciano maestro de armas habló:

—Él no sabía nada de la expedición. Le aconsejé que no fuera, pero cuando a lord Berthold se le mete una idea en la cabeza, es imposible hacerle cambiar de opinión.

—¡Pero no fuisteis con él! —Villam levantó un puño y por un momento pareció

que iba a golpear el Hogar; entonces, recordando dónde estaba, se golpeó la palma de la mano. Cada vez estaba más oscuro y Rosvita ya no podía leer las expresiones de sus rostros. Dos monjes entraron en la capilla, llevando en sus manos hierros al rojo vivo con los que encendieron los candelabros. Pronto empezaría el servicio de Complines; después, los monjes se retirarían a sus celdas a descansar durante la noche.

—Porque así me lo ordenó, mi señor. Yo solo soy su siervo obediente... y la verdad es que en ningún momento pensé que pudiera correr peligro alguno. Solo son unas viejas ruinas. He visto cosas así con mis propios ojos y no temo que ocurra nada malo en ellas. Cuando marchó por la mañana, después del servicio de la hora Prima, ordené a seis de sus mejores hombres que le acompañaran.

—Pero aún no han regresado.

El maestro de armas inclinó la cabeza. Incluso la temblorosa luz de las antorchas reflejaba su culpabilidad, el reconocimiento de su error, con la misma claridad que si hubiera hablado en voz alta.

—Id en su búsqueda con antorchas, picos, palas y todo lo que sea necesario. Que os acompañen diez de mis soldados y el resto de los acompañantes de mi hijo. ¡Enseguida!

Hicieron lo que Villam ordenaba.

Rosvita se unió a las oraciones de Complines. Además del rey, todos los nobles de la marcha habían acudido al servicio, así que la iglesia estaba llena a reborar. Cuando concluyó, Villam permaneció en la capilla durante el resto de la noche, arrodillado sobre el frío suelo, con las manos unidas en oración.

Los monjes cantaron las Nocturnas y, después, con la primera luz, los Laudes. El rey Henry llegó al servicio de la hora Prima preparado para el viaje, vestido con una cota de malla. Sapientia caminaba junto a él, también preparada para partir. Llevaba el casco de su padre bajo el brazo y la insignia de Santa Perpetua, Dama de las Batallas, sobre el hombro derecho. Theophanu permanecería en la caravana, detrás del ejército principal, junto a aquellos que, como Rosvita, no iban a luchar.

En cuanto acabó el servicio, Henry abandonó la iglesia y se acercó al lugar en donde le esperaba su caballo, que ya estaba ensillado. Estaba amaneciendo, pero ningún hombre había regresado de la expedición nocturna a las viejas ruinas.

—Debemos ponernos en marcha —anunció el rey Henry.

Villam agachó la cabeza, pues sabía que el rey hablaba en serio. Salpicó su rostro con agua para refrescarse y le siguió.

Aquella mañana, el ejército avanzó ante la caravana de carromatos, personas y animales que formaban la marcha del rey. A mediodía, un equipo del monasterio los alcanzó.

Rosvita abandonó su posición en la caravana y se adelantó para oír las noticias. Berthold era un buen chico con un futuro prometedor. Se sentía responsable de lo ocurrido, pues no le había vigilado como había dicho que haría.

No leyó ninguna esperanza en el rostro del anciano maestro de armas, que se adelantó como portavoz.

—Tengo que contaros algo terrible, señor. —Hablaba con voz serena, pero sus ojos revelaban la profundidad de su angustia.

—Mi hijo está muerto —dijo Villam, como si el hecho de expresar en voz alta estas palabras pudiera hacer que el peor de los dolores, el dolor de perder a un hijo, pasara con rapidez para convertirse en el triste recuerdo de una pérdida sufrida años atrás. Mejor eso que el crudo dolor que atravesaba el corazón.

El maestro de armas inclinó la cabeza.

—No, mi señor —respondió, pero su tono no era alentador. Respiró hondo y por un momento fue incapaz de continuar.

Rosvita se mezcló entre la multitud, que se apartó para abrirle paso. Cuando llegó junto a Villam, el noble acercó un brazo a la manga de su túnica, buscando apoyo. Entonces, los presentes se hicieron a un lado para dejar paso al rey Henry, que había abandonado su posición al frente del ejército.

—He visto cosas extrañas que no sé explicar. Esto es lo ocurrido.

Era la Festividad de San Ambrose, el tercer día del mes de Sormas. Habían transcurrido dos días desde la Festividad de Santa Susannah. El día había amanecido claro y agradable y parecía que iba a continuar así. Seguramente, esto era una señal de que el Señor y la Señora favorecían su viaje. Mientras el anciano relataba lo ocurrido, Rosvita advirtió que el tiempo no había cambiado y que las nubes bajas que se alineaban en el horizonte no se habían extendido para engullir el cielo. El cielo seguía claro y la luz del sol les seguía calentando, pero no estaba segura de qué significado tenía todo esto. Si la magia estaba despierta, en este momento no les miraba.

—Tardamos varias horas en subir la ladera —explicó el maestro de armas—. A pesar de que brillaba la luna y seguimos el sendero, este giraba y serpenteaba de un modo tan confuso que nos perdimos varias veces. Llegamos a una zona boscosa, de elevados pinos del norte, que ninguno de nosotros había visto desde abajo. Con la primera luz llegamos a un saliente rocoso que ignorábamos que se alzara sobre nuestras cabezas, aunque uno de nuestros soldados lo reconoció como el lugar en donde el hombre santo se había retirado a meditar.

—Para nuestra sorpresa, a medida que llegaba la mañana y podíamos ver mejor a nuestro alrededor, descubrimos a dos leones descansando en lo alto de la roca. Cuando nos vieron, huyeron entre las rocas y los perdimos de vista. Temiendo por la vida del hombre santo, corrimos hasta su cabaña.

Dibujó el Círculo de Unidad en mi pecho y acercó suavemente los nudillos a sus labios, como si estuviera dando un beso a Nuestra Señora.

—Cuando toqué la puerta, esta se abrió, revelando lo que había al otro lado. —Parpadeó repetidas veces, como si le hubiera cegado la luz—. ¡Un milagro! Allí estaba el hombre santo, sentado en aquel diminuto espacio sin tocar los lados de la

cabaña. Su aroma era tan fresco que parecía que un campo de flores había florecido en su interior, pero allí dentro solo estaba él, el diminuto taparrabos blanco que le cubría y el sucio suelo. Cuando nos aventuramos a tocarlo para despertarlo, pues parecía estar dormido, descubrimos que estaba frío como la piedra. ¡Estaba muerto! —Su voz tembló al pronunciar estas palabras.

Rosvita inclinó la cabeza y pronunció una silenciosa oración por el difunto, cuyo nombre se añadiría a las listas de plegarias que se entonaban en cada Penitire. No podía lamentar la pérdida del Hermano Fidelis, pues había ascendido a la Cámara de Luz. Además, tenía algo que le había pertenecido: el libro que le había entregado.

—Envié a diez de mis hombres a investigar las ruinas de las que hablasteis, señor —continuó el maestro de armas—, mientras yo me quedaba atrás con el resto para dar sepultura al hombre santo. No sé cómo explicarlo, pero teníamos la sensación de que una fuerza nos protegía. Mientras cavábamos la tumba en el duro suelo, los leones aparecieron de nuevo en el saliente que se alzaba sobre nosotros pero no intentaron aproximarse. De hecho, parecían estar protegiéndonos... y solo desaparecieron cuando el hombre santo estuvo debidamente enterrado.

»Entonces seguimos el sendero y poco después del amanecer accedimos a las ruinas que descansan en lo alto de la colina. ¡Qué visión más extraña apareció entonces ante nuestros ojos! Dijisteis que eran ruinas, pero no es eso lo que vimos. En aquel lugar se alzaba un círculo de piedras con una roca enorme situada en el centro.

—¿Estaban en pie? —preguntó Villam, sorprendido.

—En pie y perfectamente ordenadas, con dinteles entrecruzados. Había visto antes ruinas así... sin duda alguna dejadas atrás por gigantes... pero nunca tan bien conservadas como estas.

—¡Imposible! —exclamó Villam—. Hace tres días esas piedras estaban rotas en pedazos.

El maestro de armas inclinó la cabeza hasta que su frente quedó apoyada en sus manos. Permaneció en esta posición mientras el rey Henry se llevaba a Villam a un lado y hablaba con él en voz baja.

—No podíamos creer lo que veíamos —dijo por fin el maestro de armas, en un susurro—. Los túmulos estaban abiertos. Todos y cada uno de ellos tenía una entrada enmarcada por bloques de piedra. Encendimos nuestras antorchas y accedimos a su interior. Teníamos que caminar algo encorvados, pero los pasadizos habían sido contruidos con piedras lisas y no parecían los de una tumba, sino los de un baluarte. Todos los montículos eran iguales: un pasaje que conducía en línea recta a una cámara redonda que descansaba en el centro del túmulo, enterrada bajo una capa de polvo. En esa cámara no había nada: ni nuevos túneles ni señales de tumbas, huesos, gigantes, sacrificios o tesoros. Nada de nada. Solo encontramos una huella atrapada en el polvo... y esto.

Extendió la mano derecha y la abrió, como un pétalo al sol. En su palma descansaba un anillo de oro.

Villam gimió y se lo arrancó de las manos. Lo giró, una y otra vez, con una dolorosa expresión en el rostro.

—El anillo de su madre —susurró—. El que le dio en su lecho de muerte.

Entonces rompió a llorar y los demás lloraron con él, el maestro de armas y los jóvenes acompañantes de Berthold. Al no haber protegido a su señor, le habían fallado. Henry, que era de lágrima fácil, también rompió a llorar. Un rey debía mostrar compasión por el dolor que sentían sus súbditos.

Pero las lágrimas no inundaron los ojos de Rosvita, que estaba demasiado sorprendida por la historia. Miles de pensamientos se arremolinaban en su mente. Fuerzas extrañas habían entrado en acción. ¿Cómo era posible que unas rocas de semejante tamaño pudieran levantarse y ocupar de nuevo sus posiciones? ¿De dónde habían salido los leones que habían visto aquellos hombres? ¿Por qué el Hermano Fidelis le había dado el libro justo en ese momento? ¿Acaso se había deshecho de sus posesiones porque sabía que la muerte se cernía sobre él? ¿Qué había intentado decirle cuando mencionó a los Siete Durmientes?

¿Qué había impulsado a Berthold a ir a explorar las ruinas acompañado por seis compañeros?

Rosvita no podía creer que aquello fuera una coincidencia.

Por fin, Villam logró controlar su dolor, aunque estaba segura de que este le perseguiría durante los meses venideros. Tenía un deber para con su rey y una guerra que librar.

Con rostros sombríos y corazones fuertes, cabalgaron hacia el oeste para encontrarse con el ejército de Sabella.

CAPÍTULO 12



CORAZÓN
SANGRIENTO

En las calles de Gent reinaba el caos y solo la lluvia que se deslizaba por los tejados y empapaba las calles, impedía que les rodeara una nube de polvo levantada por el gentío. El barro y el polvo estaban por todas partes; nadie se atrevía a utilizar la preciada agua para lavar. Los pozos seguían llenos y, habiendo río a ambos lados, era poco probable que se secaran, pero nadie se atrevía a correr ese riesgo. Podían asearse a la orilla del río, pero los Eika tenían arcos primitivos y flechas con punta de piedra con los que les podían matar.

Liath había visto diversos lugares en su vida: había vivido en Darre, la ciudad de la skopos; había visitado aldeas construidas en las ruinas de las espléndidas ciudades de Sirracusa y Cartiago; había vivido cerca del palacio del Califa en la ciudad jinna de Qurtubah; había paseado por Pairri, sede de los reyes salianos; había cogido barcos en el emporio conocido como Medemelacha; y había caminado entre los orgullosos y bulliciosos residentes de la ciudad en la que se alzaba la catedral de Autun. Papá y ella habían pasado por aldeas que se estaban recuperando de una hambruna; habían esquivado ciudades en las que ondeaba la bandera roja que alertaba de plagas; y habían rezado en iglesias grandes y pequeñas, incluida la gran basílica de Varre dedicada a Santa Tecla, la Testigo. En ocho años, papá y ella habían viajado tanto como harían mil personas en toda su vida.

Sin embargo, nunca había visto nada como Gent: una próspera ciudad en la que se apiñaban el doble o el triple de personas de lo que era habitual. Muchas familias habían huido de los campos para refugiarse en el interior de sus muros y ahora vivían sumidos en el miedo. Estar sitiado no era agradable.

Liath caminaba cada día por este caos.

El alcalde Werner era un hombre vanidoso, malcriado por su madre y acostumbrado a conseguir siempre lo que quería. Estaba encantado de tener un Águila del rey a su servicio. Werner daba por sentado que Wolfhere debía sentarse a su lado en los banquetes que se celebra ruin cada noche; le impresionaba su edad, su sabiduría y su reputación; le impresionaba tener a su lado al hombre que una vez fue el asesor favorito del rey Arnulf el Joven. Por esta razón, al anochecer, Wolfhere no podía preguntar a Liath sobre la vida que habían llevado papá y ella durante aquellos ocho años.

Durante el día, Liath atendía a Werner y llevaba mensajes de un lugar a otro de la

ciudad. En su mayoría eran absurdos, pero le mantenían ocupada... y lejos de Wolfhere. Había muchas preguntas que deseaba formularle, pero como decía papá: «Antes de saltar el riachuelo, asegúrate de comprobar el terreno». Sabía que Wolfhere era mucho más astuto que ella y no se sentía preparada para enfrentarse a él. Por eso le evitaba.

Sin embargo, no podía evitar la ciudad, pues tenía que recorrerla una y otra vez llevando mensajes. Hoy tenía la impresión de que una corriente de locura se había extendido por sus calles. Mientras se dirigía a la armería para realizar el cómputo diario de lanzas y espadas forjadas y para saber cómo iban las reservas de combustible, tuvo que abrirse paso a empujones por las pasarelas de madera, a pesar de que vestía la capa ribeteada en rojo que la marcaba como Águila del rey. Las calles estaban atestadas de gente. Algunos llevaban sus bienes terrenales a la espalda, como si no tuvieran ningún lugar donde dejarlos; otros hablaban, gesticulando y gritando, reunidos bajo los aleros de las casas o saliendo de las tabernas.

—¡Abran paso! —gritó Liath, intentando pasar entre un grupo de hombres que se había reunido en un rincón de la plaza del mercado—. Soy un Águila.

—¡Maldita Águila! —gritó uno de ellos, levantando una vara de forma amenazadora—. ¡Tú te alimentas bien, allí arriba en palacio! —Era un hombre delgado y encorvado por el hambre que vestía ropas harapientas.

Liath se dio cuenta de que sus compañeros la miraban con expresiones hostiles. Uno de ellos acarició su cuchillo.

—Vamos, amigos —dijo otro hombre, adelantándose. Era un corpulento artesano con las manos sucias y el rostro sombrío—. Este Águila es la mensajera del rey. No es responsable de los abusos del alcalde. Dejadla pasar.

A regañadientes, el otro hombre retrocedió junto a sus compañeros, murmurando.

—Os lo agradezco —dijo Liath al artesano.

—Será mejor que evitéis la plaza del mercado, pues allí se han reunido muchas personas indignadas —le alertó el artesano—. Marchad y, cuando regreséis a palacio, decidle al alcalde que un buen ciudadano de Gent os ha dicho que, si no la alimenta como es debido, la bestia del interior puede ser tan peligrosa como la del exterior.

—Lo haré —dijo ella, sorprendida por este comentario.

Tomó un camino lateral, pero también tuvo que abrirse paso entre refugiados que se acurrucaban junto a las pertenencias que habían podido llevarse consigo; algunos ni siquiera tenían un trozo de tela con el que proteger sus cabezas de la lluvia. Los bebés lloraban; los niños sollozaban. Una anciana, envuelta en un mugriento chal cuyo doliendo bordado asomaba bajo una capa de barro, había preparado una masa de harina y agua que intentaba cocer en un fuego humeante que ardía en la parte posterior de una casa.

Ay, Señora, pensó Liath. Con qué facilidad podría declararse un incendio si el tiempo era muy seco. En el fondo era bueno que lloviera... pero claro, ella tenía un techo sobre su cabeza.

—¡Os lo ruego, Águila! —dijo una voz masculina, congestionada por la gripe.

Sorprendida, Liath se detuvo a la sombra de un hediondo montón de basura. En la base se diseminaban los huesos y la piel de ratas muertas cuya carne había sido roída. Aquel lugar olía a orina y heces. Un hombre que vestía una pesada túnica de granjero salió de las sombras. Tenía el rostro delgado, desesperado, y los mocos se deslizaban por su nariz. Liath retrocedió asustada, alejándose de él.

—Os lo ruego —repitió—. Llevadme junto al alcalde.

—No puedo. Solo hago recados.

—Por favor —suplicó. Entonces intentó coger su mano, tirar de ella. Liath retrocedió de un salto, pero había algo en aquel hombre que le impidió echar a correr—. Por favor, tiene que haber algo que podáis hacer por mi hija.

—¿Vuestra hija?

—Está enferma y no tiene suficiente que comer. Está aquí. Venid.

Su hija. El dolor que le causaba la muerte de papá la embargó de nuevo y las lágrimas asomaron en sus ojos. Entumecida, siguió al hombre por aquel diminuto callejón repleto de basura, hasta el fétido rincón en que habían buscado cobijo. La pequeña debía de tener unos ocho o diez años, aunque resultaba difícil saberlo con certeza. Tosía sin parar y estaba medio dormida, pero al oír los pasos de su padre levantó lastimeramente los brazos hacia él.

—¿Papá? —susurró—. Papá, siento un dolor tan grande en el pecho. Lo siento, papá. Ojalá fuera más fuerte. —Entonces vio a Liath y sus ojos se abrieron de par en par. Sufrió otro ataque de tos.

El hombre se arrodilló junto a ella y la acarició, reconfortándola, hasta que la pequeña se calmó. Entonces miró a Liath con una expresión agonizante.

—No somos pobres, Águila. Yo era un buen campesino que pagaba fielmente mis impuestos a la condesa Hildegard. Perdí a mi mujer dos años atrás, víctima de la tisis, y el bebé al que acababa de dar a luz murió con ella. Esta muchacha, Miriam, es lo único que me queda. En esta ciudad no tenemos nada, ni siquiera parientes; nadie puede ayudarnos y no logro encontrar trabajo. Por favor, Águila, ayudadnos. Dicen en la plaza del mercado, que el alcalde celebra un banquete cada noche, pero aquí no tenemos nada. Temo que mi pequeña pueda... —se interrumpió y enterró la cara en el cabello de la niña.

Liath reprimió un sollozo. Aquel pensamiento había regresado: papá había muerto. Había muerto y nunca regresaría, nunca volvería a caminar junto a ella ni volvería a enseñarle nada. Independientemente de cuáles hubieran sido sus defectos, que los tenía, se había esforzado en ser un buen hombre y siempre, siempre, había cuidado de ella. Las lágrimas y la lluvia se mezclaban en su rostro. La pequeña la miraba con temor reverencial; su padre, con desesperada esperanza.

—¿No podéis ir a la catedral? —preguntó—. La obispa ha permitido que los refugiados acampen en la nave. Creo que también está intentando darles de comer.

—Lo he intentado —respondió, mientras la esperanza moría en sus ojos—. Pero

hay demasiada gente. Tuvimos que dar media vuelta antes incluso de llegar a los escalones. Los guardias del alcalde nos obligaron a marchar.

Liath se quitó del dedo el anillo de Águila y lo sostuvo en alto.

—Llevad esto al palacio —dijo, temblando—, y pedid que os dejen entrar en los establos. Decid a los Dragones que hay allí que deseo que trabajéis para ellos. ¿Sabéis cuidar caballos, verdad?

El hombre tragó saliva.

—He tenido ovejas, cabras y gallinas, pero nunca caballos.

—Gallinas entonces —dijo con rapidez—. Llevaos a vuestra hija. Esto os permitirá la entrada. Debéis conseguir entrar, pues necesito que me devolváis el anillo. Iré a recogerlo allí.

—¡Papá! —susurró la pequeña, pero entonces tosió.

El hombre empezó a darle las gracias con tanta profusión que Liath temió que llamara la atención de otras personas, a pesar de encontrarse rodeados de basura. No podía salvar a todo el mundo.

—Debo irme —dijo ella—. Tengo que llevar un mensaje.

Se alejó agradecida bajo la lluvia y lloró durante todo el camino hasta la armería y de vuelta a palacio.

Werner la mantuvo ocupada durante el resto del día y, por la noche, para mitigar sus preocupaciones, ordenó celebrar un opíparo banquete para el que Liath no tenía apetito. Después realizó un turno de guardia nocturna, durmió de forma intermitente hasta el amanecer y fue despertada a media mañana por un angustiado sirviente que le imploró que acudiera inmediatamente al salón.

—¡Águila! —Werner daba vueltas por el salón, frenético—. ¿Lo has oído? ¿Lo has visto?

—Ruego que me disculpéis, alcalde Werner —dijo ella—. Acabo de despertar. Estuve de guardia la pasada...

—¡Por el Señor y la Señora! ¡Hasta dónde vamos a llegar! —Levantó la mano para indicar a un sirviente que le acercara la bandeja y se llevó un dulce a la boca para aliviar la angustia que sentía—. He enviado a Wolphere y al otro Águila a la curtiduría, así que no sé qué debo hacer. ¿Qué debo hacer?

El alcalde abofeteó a un criado que pasó por su lado y este gesto pareció calmar ligeramente sus nervios, pues por fin logró decir algo coherente:

—Una multitud se ha reunido en el exterior de las puertas. ¡Al otro lado de estas puertas, como si yo fuera su enemigo! ¡Qué calamidad!

—¿Os han dicho qué es lo que desean, alcalde Werner?

—¡Pan y judías! —espetó—. ¡Pan y judías! Los buenos ciudadanos de Gent nunca habrían actuado así si nadie hubiera ejercido una mala influencia sobre ellos. Al parecer, alguna diaconisa les ha inflado la cabeza con historias sobre los banquetes que celebramos aquí mientras sus hijos se mueren de hambre. ¿Puedes creerlo? ¡Ningún niño se muere de hambre en el interior de las murallas de Gent! La obispa se

encarga de ello. Me llaman glotón y dicen que celebro banquetes mientras sus hijos se mueren de hambre. ¿Puedes creerlo? ¿Puedes creerlo?

Liath esperó pero, por desgracia, el alcalde parecía desear una respuesta.

—Estoy aquí para servirlos, alcalde Werner —dijo por fin.

—Alguien tiene que salir a aplacarlos —la miró con una mezcla de astucia y vacilación.

—Preguntan por vos, señor —dijo el mayordomo con cautela.

Werner alisó nervioso su exquisita túnica de lana y sus dedos se retorcieron sobre el suave cinturón de cuero. La hebilla de oro estaba decorada con un ostentoso lapislázuli.

—No puedo... sería demasiado peligroso... —Su mirada distraída se posó de nuevo en Liath y su expresión se iluminó—. Águila, ve en busca del príncipe Sanglant. Él me ayudará. Al fin y al cabo... —Empezó a girar los anillos en sus dedos, un gesto que Liath le había visto hacer con anterioridad. Eran unos anillos sorprendentemente hermosos. Uno tenía diminutos rubíes engarzados; otro, una amatista; otro, un lapislázuli de un color azul sumamente intenso; y el cuarto era un pequeño círculo de esmalte tabicado tan delicadamente tallado que Liath dudaba que hubiera muchos dedos humanos capaces de crear semejante maravilla—. Al fin y al cabo, está aquí para proteger la ciudad. Si la multitud se agita, busca venganza o me amenaza...

Liath asintió obediente y salió al patio exterior, donde brillaba el sol. Un lado del patio estaba cercado por el palacio y el pabellón; otro, por las cocinas y los cobertizos; otro, por los establos; y otro, por las puertas de la empalizada. Desde allí podía oír a la multitud que se había congregado al otro lado de las puertas del palacio. Hablaban con muchas voces, pero sus murmullos desprendían furia y esa desesperación de los que ya no tienen nada que perder.

Werner no podía permitir que se produjera una revuelta en el interior de la ciudad mientras esta estaba sitiada. De repente, Liath comprendió qué había querido decir el artesano de la plaza del mercado con aquello de la bestia del interior. Alisó su túnica y retorció el extremo de su trenza con una mano; entonces, se maldijo a sí misma por preocuparse de su aspecto físico. Puede que el príncipe Sanglant la mirara de vez en cuando, pero también miraba a cualquier mujer remotamente atractiva que aparecía ante él. Además, se había dado cuenta de que la miraba porque también ella miraba, a pesar de que intentaba no hacerlo, cuando coincidían en el salón o se cruzaban en el patio o en las proximidades de los establos.

Sin embargo, no podía perder el tiempo pensando en asuntos triviales. Como solía decir papá: «No sirve de nada preocuparse por tener un hilo suelto cuando el lobo se está comiendo las ovejas».

Recobrando la compostura, avanzó a grandes zancadas hacia los establos y recorrió el largo y oscuro pasadizo. No vio por ninguna parte al hombre ni a la muchacha a los que había intentado ayudar. Más allá de los establos, dentro de la

empalizada, había un patio más pequeño provisto de su propia puerta donde los Dragones solían descansar bajo el sol primaveral o practicar con la danza y la espada. Eso era lo que estaban haciendo ahora.

Al llegar junto a las puertas le entró un poco de polvo de paja en la nariz que le hizo estornudar. Dos hombres estaban entrenando con varas y varios jóvenes golpeaban un sólido palo de madera clavado en el suelo. Había un hombre de mayor edad sentado en un banco, reparando un par de canilleras de cuero que habían sido engrasadas y emitían un hermoso brillo marrón. Sanglant soltó una carcajada.

Su risa fue tan repentina y brillante que resonó por el aire. Lo buscó con la mirada y lo encontró medio escondido tras una hilera de ropa que se estaba secando al sol de la mañana. El príncipe abandonó la sombra de la colada, mirando hacia atrás. Su frente brillaba de sudor. En una mano sostenía una espada envuelta en tela y en la otra, su escudo en forma de lágrima. No vestía la armadura de malla, sino solo el peto acolchado que se colocaba debajo de la armadura. Tras él caminaban una mujer y un joven de cabello claro y barba dorada, provistos de armas similares. Seguramente, habían estado practicando con la espada.

Sanglant se secó el sudor de la cara. Al volverse, vio a Liath y levantó una mano. Al instante, toda actividad cesó y los Dragones presentes se giraron para mirarla. Liath, reprimiendo el impulso de echar a correr, levantó la barbilla y cruzó el patio, dirigiéndose hacia el príncipe.

—El alcalde Werner desea que le ayudéis —dijo con voz clara—. Hay una multitud...

—Ah, sí —le interrumpió el príncipe—. Me estaba preguntado cuándo iba a enviar a alguien a buscarme. La multitud ha ido aumentando en número desde el amanecer. —No parecía enfadado ni preocupado, sino divertido. Tendió la espada y el escudo a la mujer, cogió una lanza e indicó a Liath que le guiara. Nadie más les acompañó. Mientras dejaban atrás los establos, Liath sentía su mirada clavada en su espalda.

»Nunca te he visto utilizar ese arco —dijo él—. Es qumano, ¿verdad?

—Sí.

—El dibujo es extraño: el ciervo ha sido derrotado y, sin embargo, su cornamenta da vida a grifos.

Aquel comentario le sorprendió, pero no se atrevió a aminorar el paso ni a girarse.

—Tienes unos ojos azules tan brillantes —añadió, como si lo acabara de pensar—. Azules como el corazón del fuego o como la delicada piedra de lapislázuli que brilla en el dedo de Werner.

A Liath le ardían las mejillas. No sabía qué decir.

Cuando cruzaron las puertas del establo y accedieron al patio, encontraron al alcalde Werner acompañado por un grupo de sirvientes. Estaban muy nerviosos.

—Abrid las puertas —dijo Sanglant, adelantando a Liath.

—¡Pero...!

—¡Abrid las puertas!

Werner no se atrevió a dar la orden hasta que, ayudado por sus hombres, se encaramó al parapeto de la empalizada para que la enfurecida horda no pudiera alcanzarle si cruzaba las puertas del palacio. Sin embargo, una vez en lo alto, quedó a la vista de la multitud que aguardaba en el exterior. Liath trepó tras él y vio al gentío que aguardaba a sus pies. Eran campesinos y personas pobres, asustadas, flacas y desesperadas... personas idénticas a las que había visto el día anterior en la ciudad. Al ver al alcalde empezaron a gritar, algunas insultándole, otras suplicándole y otras maldiciéndole. Un hombre levantó a su hijito sobre su cabeza para que el alcalde (cuyo rostro redondo y colorado revelaba que jamás le había faltado comida) pudiera ver el hambre en el rostro del pequeño. Algunos blandían varas y guadañas que agitaron coléricos cuando Werner intentó sin ningún éxito pronunciar unas frases conciliadoras. Era incapaz de hacerse oír sobre el estruendo del gentío.

Las puertas se abrieron. Sanglant salió al exterior, con la lanza en la mano izquierda y la mano derecha levantada, abierta y vacía. Ningún soldado le acompañaba. De pronto, Liath se sintió tan nerviosa que sacó el arco, cogió una flecha y apuntó con ella hacia el príncipe, para estar preparada por si alguien le atacaba.

Sanglant alzó la mirada como si hubiera oído el chasquido de la cuerda al ser tensada y esbozó su fascinante sonrisa, como si aquel gesto de protección le hubiera divertido o halagado. Por un instante, Liath olvidó dónde estaba y qué estaba haciendo allí. Entonces, Sanglant apartó la mirada y levantó su lanza. La gente se agitó inquieta, volviendo la mirada hacia Sanglant. El príncipe avanzó lentamente entre ellos, sin ningún miedo. Resultaba fácil seguirle porque sacaba media cabeza al más alto de los presentes, que se apartaban para dejarle paso. En algún momento encontró una caja o un bloque de piedra y, utilizándolo como tarima, alzó la lanza sobre su cabeza y les indicó que guardaran silencio.

Para la sorpresa de Liath, la multitud obedeció.

—Oh, Dios mío, Dios mío —murmuraba Werner, pero cuando se dio cuenta de que la multitud no iba a atacar a Sanglant, guardó silencio.

—Debéis elegir a tres de vosotros —dijo Sanglant sin más preámbulo—. Esas tres personas serán llevadas ante el Alcalde y le expondrán vuestras penurias. Debéis escoger deprisa y sin discusiones. Los demás regresaréis a vuestros hogares o allá donde viváis. Solicitaré a la obispa que haga de mediadora —hizo una pausa.

Su voz era tan ronca que a Liath le sorprendía que le llegara con tanta claridad. Sanglant se movió y la luz del sol rebotó en su collar de oro, haciéndolo centellear. Liath bajó el arco. Era incapaz de concentrarse cuando miraba a Sanglant. ¿Verdad que los antiguos escribieron que el deseo era una maldición? Advirtió que le temblaban las manos y soltó el arco. El príncipe no corría ningún peligro.

Pero quizá ella sí.

—Permitid que os diga —continuó—, que Gent es una ciudad que está sitiada. El

enemigo que espera en el exterior en más implacable que vuestro hambre, pues hay provisiones de sobra en esta ciudad si se racionan de forma justa. Sin embargo, no hay piedad en el corazón de nuestros enemigos... si es que tienen corazón. No debemos luchar entre nosotros, pues de ese modo solo conseguiremos que la muerte nos llegue a todos. Tenéis derecho a exigir comida si vuestros hijos están hambrientos, pero nadie debe esperar banquetes...

—¡El alcalde celebra banquetes cada noche! —gritó una mujer, con voz chillona pero clara. Vestía hábitos de diaconisa.

—Entonces vos, buena diaconisa, podéis presentaros ante él y decidle lo que pensáis. Vos seréis la primera. Hay que elegir a dos personas más.

Sus enérgicas órdenes calmaron a la multitud. Algunos ya habían empezado a alejarse. Tras una breve conversación, dos hombres se acercaron a la diaconisa y siguieron a Sanglant al interior. Liath reconoció a uno de ellos, pues era el artesano que la había ayudado en el mercado. Las puertas se cerraron tras ellos y solo entonces Werner se atrevió a descender del parapeto. En cuanto pisaron el gran salón, los tres plebeyos parecieron subyugados. Quizá les acobardaba el alcalde o quizá (y con más probabilidad) la imponente presencia de Sanglant.

—Águila —dijo Werner—, ve a buscar a la obispa y tráela a palacio. Implórale su ayuda.

Sanglant se movió y, por un instante, Liath pensó que se iba a ofrecer a escoltarla. Pero no lo hizo. En vez de ello, suspiró y se sentó en una silla junto a Werner.

¡Serás estúpida! Se alejó apresuradamente, maldiciéndose a sí misma. Las puertas se abrieron para dejarla salir y, en esta ocasión, la multitud se apartó para dejarla pasar. Quizá papá tenía razón; casi siempre la tenía. ¿Tan vanidosa eres?, le había preguntado en cierta ocasión. Pero aquel día habían estado hablando de Hugh... y, por desgracia, Liath no se había equivocado. Papá no había sabido ver sus verdaderas intenciones.

Pero ahora no quería pensar en Hugh. No quería volver a pensar nunca más en él.

La obispa de Gent resultó ser una mujer que no perdía el tiempo. Liath fue enviada de vuelta a palacio con un mensaje para Werner: la obispa se reuniría con él en media hora y hallarían una solución para el problema antes del anochecer; en caso contrario, sería ella quien impondría una solución.

Cuando Liath regresó al pabellón, la diaconisa y el artesano ya habían hablado. Ahora, el tercer representante, un hombre anciano ataviado con una elegante túnica de lino, estaba disertando sobre las posiciones de las estrellas en los cielos y el destino que auguraban para Gent en general y el alcalde en particular. Werner le escuchaba con tanta atención que no se dio cuenta de que Liath había regresado.

—Pues en las escrituras de las madres de la iglesia y en los cálculos de los mathematici babaharshanos —explicó el hombre, con aquella voz sonora que solo los engreídos saben adoptar— está escrito que el paso de Mok al símbolo del Sanador, la undécima Casa del Círculo inferior, el dragón del mundo que controla los cielos,

augura un periodo de curación y esperanza cuyos rayos emanantes serán intensificados por el paso de Jedu, el fiero, el Ángel de la Guerra, al mismo símbolo. Y eso ocurrirá pronto, muy pronto, pues el fiero Jedu pronto saldrá del Unicornio y entrará en el Sanador. Por lo tanto, debéis esperar que los cielos nos concedan esperanza en estas horas oscuras y debéis ser generoso aliviando las cargas de aquellos que hemos quedado atrapados en vuestra justa ciudad.

—Oh, líbranos de este absurdo —murmuró Liath entre dientes. Al instante lamentó haber dicho eso: ¡Había olvidado el buen oído que tenía Sanglant!

Sanglant la miró, pero no dijo, nada.

—Continúe —dijo Werner.

El hombre obedeció, ajeno a todo excepto a la extasiada atención que le brindaba Werner.

—Sí, los cielos nos dan esperanza. No debéis esperar desastres, pues ningún cometa ha ardido en los cielos y solo tales espadas centelleantes auguran la ruina. Debemos celebrar y festejar que nuestro rescate está a punto de llegar. —Werner pareció alegrarse al oír estas palabras—. Además, colocando oro según un patrón que conozco, podré leer por medios secretos la hora exacta y el día de nuestra liberación.

—Ah —suspiró Werner, extasiado.

¡Ay, Señora! Este hombre podía hacer más mal que bien... pero las Águilas no podían opinar. Sin embargo, el príncipe sí que podía. Liath tenía que arriesgarse.

—Este hombre es un fraude —murmuró.

Al instante, Sanglant levantó la mano para pedir silencio.

—¿Dónde aprendisteis tales conocimientos de los cielos? —preguntó al anciano—. ¿Cómo podéis garantizar que son ciertos?

El hombre se llevó una mano al pecho.

—Noble príncipe, me honráis con vuestra atención. Fui educado en la Academia de Diotima de Darre, bajo la sombra del palacio de la skopos. En la Academia aprendimos los secretos de los cielos a partir de las escrituras de los antiguos, y también aprendimos a predecir el destino de un hombre y el mundo a partir de los movimientos de los astros.

—A un precio —dijo Liath—. Por lo general, en oro.

Se horrorizó al darse cuenta de que había hablado en voz alta. ¿Pero como podría haberlo evitado? Durante su largo viaje, papá jamás se había hecho pasar por astrólogo ni haruspex. «Esos hombres dicen ser capaces de adivinar el destino de los reyes y otras personas, pero solo son estafadores», decía papá. Aunque sus conocimientos le habrían permitido ganarse bien la vida imitando a esas personas, papá respetaba los conocimientos que tenía y, sin duda, también los temía, pues siempre se los había tomado muy en serio. Le ardía en el corazón saber que los conocimientos por los que su padre había tenido que pagar un precio tan caro podían tratarse como una simple forma de comercio... un comercio lucrativo llevado a cabo por charlatanes para estafar a ignorantes e ingenuos.

El anciano le miró airado.

—El mío es un comercio digno y, aunque algunos en la iglesia lo miren con el ceño fruncido, no ha sido condenado...

La diaconisa le interrumpió.

—El lanzamiento de hechizos ha sido perseguido desde el Concilio de Narvona. Solo Dios y los ángeles pueden predecir nuestro destino.

—Bueno, yo... —balbució él—. No predigo horóscopos individuales, por supuesto, pero poseo grandes conocimientos y nadie se ha atrevido nunca a desairarme, pues conozco los caminos de los cielos, he estudiado el Astronomicon de Virgilia y...

—Virgilia escribió la Heleniada —resopló Liath—. Fue Manilius quien escribió los cinco libros conocidos como el Astronomicon, a los que supongo que os referís. Y la Academia fundada por Diotima de Mantinea descansaba en la ciudad de Kellai, no en Darre.

Sanglant tosió, pero en realidad estaba reprimiendo una carcajada.

Liath vaciló. Todos los presentes le miraban como si de repente hubiera empezado a hablar en una lengua extraña, como los discípulos el día de Pentekoste, cuando fueron tocados por la Palabra Santa.

¡Ay, Señora! Había permitido que su desprecio por los farsantes y la cólera que aún sentía por la muerte de papá le traicionaran. Se había puesto en evidencia delante de todos.

—¿Qué? —dijo el alcalde. Estaba boquiabierto, como un pez en una bandeja—. ¿Qué...? No...

—¡Me siento ultrajado! —exclamó el hombre que afirmaba ser astrólogo.

La diaconisa se adelantó, mirando con interés a Liath. ¿O era sorpresa? ¿O quizá recelo?

—Alcalde Werner —dijo Sanglant con tanta brusquedad que todos los presentes se alejaron de la silla del alcalde—. Necesito a este Águila. A partir de ahora, vuestros mensajes serán transmitidos por aquellos de mis hombres que estén apostados a lo largo de las murallas. Creo que tenéis un asunto pendiente y la obispa está a punto de llegar.

Werner abrió la boca.

—Bien —dijo Sanglant. Entonces, volviéndose hacia Liath, añadió—: ven.

Ella le siguió al exterior. Su corazón palpitaba con fuerza. Por alguna extraña razón, no estaba asustada, sino aliviada... y puede que incluso eufórica.

Al llegar al patio, Sanglant se detuvo bajo la luz del sol y estiró los hombros y el cuello, como una gran bestia relajándose tras una batalla triunfal. Entonces la miró y, como Liath ya se había traicionado, no tuvo ningún reparo en sostener la mirada.

—He oído la Heleniada en alguna ocasión —comenzó—, o al menos algunos fragmentos. En la marcha del rey son muchos los poetas que cantan esta epopeya para entretener a la corte. Supongo que tú también la has oído por boca del poeta que

reside en el palacio de Werner, que ha recitado algún fragmento durante estas últimas diez noches.

—Más que recitado, destrozado.

Sanglant sonrió.

—Quizá sabes interpretarla de un modo más agradable.

Liath movió la cabeza con brusquedad.

—No soy poeta ni barda para cantar en público.

—No, no lo eres. Creo que eres algo completamente distinto. ¿Realmente existe un libro llamado... Astronomicon?

—He oído hablar de él, pero jamás lo he visto. Aparece una referencia en las Etimologías de Isidora de Seviya, donde la autora habla sobre... —se interrumpió. ¡Por el Señor del cielo! ¿Estaba intentando impresionar a Sanglant?

—¿Eres discípula de Wolphere, verdad?

—No sé qué queréis decir con eso.

—Tampoco yo sé que quiero decir —replicó con brusquedad. Entonces frunció el ceño y apartó la mirada. A Liath le resultó doloroso ver como sus ojos se apartaban de ella; no había advertido el calor que le daba su mirada ni lo mucho que deseaba su atención.

Liath parpadeó. Ella estaba sola y él estaba aquí...

Sanglant era completamente distinto a cualquier otra persona que hubiera conocido jamás.

El príncipe levantó la mano y ella se puso tensa, pero solo porque una parte de su ser deseaba que él la tocara y la otra temía lo que ese roce (la señal tangible e irrevocable del interés que sentía por ella) pudiera desencadenar. ¿Cómo era posible que sintiera algo así después de lo que le había hecho Hugh?

Pero Sanglant no deseaba tocarla, pues abrió la mano para mostrar el anillo de Águila que descansaba en su palma.

—Un hombre me trajo esto ayer. ¿Me equivoco al pensar que es tuyo?

El príncipe esperó. Por fin, con el mismo cuidado con el que alguien cogería una joya que descansa sobre el cuerpo enrollado de una serpiente, Liath lo recogió.

—Es mío. ¿Qué ha ocurrido con el hombre?

—Le dimos cobijo y una especie de empleo. —Sus ojos brillaron, pero Liath no supo leer su expresión—. Envié a su hija a nuestro sanador. Sobrevivirá.

—Os lo agradezco —dijo Liath en voz baja. El anillo todavía estaba cálido por haber estado en contacto con su piel.

—Déjame a mí —dijo Sanglant, tomando su mano y deslizando el anillo por el dedo. Vio algo a sus espaldas que le hizo apartarse con brusquedad—. Aquí esta tú preceptor. —Saludó a Wolphere con una breve sonrisa—. Es toda vuestra, aunque quizá deberíais vigilarla con más atención.

Giró sobre sus talones y se alejó.

Wolphere cruzó los brazos sobre su pecho y miró a Liath con el ceño fruncido. La

muchacha se sonrojó y, guardando silencio, giró el anillo alrededor de su dedo. El hedor de la curtiduría se aferraba a la ropa de Wolfhere.

—El príncipe Sanglant tiene razón. Debería vigilarte más de cerca. —Le hizo una señal, indicando que le siguiera—. Ven.

Liath no se atrevió a desobedecer.

Werner los entretuvo de nuevo pero, finalmente, Liath acabó sentada ante Wolfhere en el establo vacío que se había convertido en dormitorio y almacén para las tres Águilas.

—Bueno, Liath —dijo Wolfhere con el tono sosegado de un hombre que no está dispuesto a tolerar ninguna réplica—. Llevamos veinticinco días encerrados en Gent y me has evitado en todo momento, excepto cuando te he pedido tiempo para enseñarte las obligaciones de un Águila.

—El alcaide Werner requería mis servicios como mensajera.

—El alcalde Werner se cree demasiado importante y desea mejorar su posición haciendo que un Águila del rey se ocupe de hacerle recados triviales. Serías de más utilidad si te dedicaras a hacer recados para los Dragones... y para su capitán.

Liath se sonrojó.

—Es el hijo del rey, Liath. Lo que para él es trivial, para ti podría ser desastroso. —La joven se sonrojó aún más, mortificada—. Quiero que recuerdes los preceptos que te he enseñado y que entiendas que deberás aferrarte a ellos en cuanto seas un verdadero Águila. —Liath intentó asentir, pero solo logró sacudir levemente la cabeza. Se alegró de que Wolfhere cambiara de tema—. En cualquier caso, esta tarde me he excusado del banquete, que al parecer será mucho más reducido ahora que ha venido la obispa para distribuir alimentos por toda la ciudad. Manfred asistirá al alcalde Werner y tú me asistirás a mí. Ha llegado el momento de que seas testigo de las obras de los magi, aunque sea uno tan débil en el arte como yo.

—Papá decía que yo era sorda a esas cosas —farfulló, deseosa de demorarlo.

—¿Sorda a qué?

—A la magia. —Ya lo había dicho.

—De modo que te enseñó magia. Debes confiar en mí, Liath. No puedes ocultarme la verdad. Conozco demasiado bien tu origen.

Al parecer, lo conocía mucho mejor que ella. Liath se encogió de hombros, intentando no parecer indiferente, pero la mirada de Wolfhere era demasiado intensa. No podía engañarle. Sin embargo...

Wolfhere levantó una ceja esperando a que dijera algo.

Liath se quitó un trozo de paja de sus polainas y se removió en su asiento. Estaba harta de la paja: se le clavaba por todas partes y le picaba en la nariz durante toda la

noche. La silla de montar que descansaba a sus espaldas le proporcionaba un apoyo razonable, pero sentía la presencia del libro, escondido bajo la silla, en las alforjas de cuero. ¿Sentiría también Wolfhere su presencia? ¿Estaría solo aguardando a que llegara el momento apropiado?

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó.

—Buscar una visión de la inteligencia de la que habla el príncipe Sanglant, la criatura que dice que controla el sitio de los Eika. —Se levantó y Liath no pudo hacer más que imitarle y seguirle al exterior.

Estaba anocheciendo. Las nubes habían llegado después de la gloriosa y radiante mañana primaveral y la tarde se había quedado gris, oscura y húmeda. El día de Santa Melania, pensó Liath, llamado así por la santa que había reprendido a los patriarcas de Kellai por negarse a aceptar la supremacía del Señor y la Señora de las Unidades. También era el día decimoséptimo del mes de Sormas. Como las nubes tapaban el cielo, no podía orientarse por las estrellas... y tampoco se atrevía a hacerlo. Ya era bastante malo que Wolfhere supiera que su padre y su madre habían estudiado las artes prohibidas. ¡Y ella no había hecho más que empeorarlo al haber sido tan impetuosa en el salón del alcalde Werner!

Aquella noche las calles estaban prácticamente vacías. Quizá, la emoción de la mañana había dejado a todos exhaustos. Sus pasos eran engullidos por la tranquilidad de una ciudad que pasaba del día a la noche, de la actividad al sueño agitado, acosado por la presencia de los Eika al otro lado de las murallas. La lluvia que había caído por la tarde confería un débil brillo de humedad a las pasarelas de madera que les mantenían apartados del fango de la calle. Esta noche, los tambores que retumbaban continuamente en el campamento de los Eika habían enmudecido, pero aún podían oírse. Liath advirtió que caminaba a su ritmo.

Wolfhere sonrió cuando dejaron atrás la plaza del mercado y bordearon la mina real, que estaba bien vigilada. El viento cambió, trayendo consigo el hedor de las curtidurías que había en la orilla occidental del río. El trabajo proseguía durante la noche en los almacenes adyacentes, donde se construían armaduras y armas con el hierro, la madera y el cuero que los refugiados habían traído de los campos.

Wolfhere cruzó la plaza central de Gent y subió los escalones de la catedral. Construida en piedra, su imponente fachada se alzaba como un escudo de fe en el centro de la ciudad. Pronto estuvieron en el interior, pues la puerta carecía de cierres.

Algunos de los refugiados procedentes de los campos se habían instalado en la nave de la catedral. Liath vaciló en el umbral al oír el susurro de los cuerpos del interior, las toses y los murmullos. Después del ocaso no estaba permitido encender ninguna luz, ni siquiera en un edificio de piedra, por miedo a que se declarara un incendio, pero Liath podía ver bloques de sombras, tendales y mantas dispuestas como paredes entre los bancos para separar una familia de la contigua. Todos se disponían a dormir. Wolfhere le tocó el brazo y la muchacha le siguió en silencio hasta las escaleras que descendían hacia la cripta.

A Liath nunca le habían dado miedo los muertos ni la oscuridad. Como solía decir papá: «Quienes descansan en paz se encuentran en la Cámara de Luz; los otros no tienen poder suficiente para hacernos daño». Empezaron a descender los escalones, que primero fueron de piedra y después de tierra, y pronto todo estuvo tan oscuro que ni siquiera ella con sus ojos de salamandra pudo distinguir las paredes. Avanzaban a tientas.

Wolfhere, que caminaba delante, se detuvo y Liath apoyó una mano en su espalda para mantener el equilibrio. Reinaba la más absoluta oscuridad. La cripta olía a humedad, barro y limo. Oía un lento goteo junto a ella.

Le irritaba aquel sonido: una gota de Agua rompiéndose en pedazos sobre la piedra, seguida de otra. Le recordaba ni agua de la cripta de la iglesia en la que el mariscal Liudolf la había encerrado tras la muerte de papá. Aquel lugar también era oscuro y ella estuvo prisionera... hasta que llegó Hugh.

Su corazón se llenó de miedo y se agarró con fuerza a la espalda de Wolfhere, aterrada. ¿Y si Hugh la estaba acechando en estas sombras?

—Invoca la luz, Liath —dijo Wolfhere.

—No puedo.

—Busca en tu mente el recuerdo de la luz e invócalo.

La muchacha sacudió la cabeza. Estaba sudando, aunque hacía mucho frío. Ruidos extraños resonaban en el aire. Sabía que Hugh estaba muy lejos, pero sentía que estaba a punto de tocarla.

Wolfhere continuó, tan tranquilo como siempre.

—Si no recuerdo mal, aquí hay una antorcha. Piensa en las llamas y después invoca el fuego.

—¡No me enseñaron tales cosas!

Sentía el aire en su nuca. ¡Luz! A pesar de que no veía nada, le resultó difícil reunir el valor necesario para cerrar los ojos. Entonces formó una imagen de luz, la cámara iluminada, la luz del sol entrando por las ventanas de la torre de su memoria e iluminando las cuatro puertas que conducían a ninguna parte y a la vez a todas, cubriendo con un baño de oro el sucio suelo dispuesto de forma imposible en el centro de la habitación. Luz.

Pero no ocurrió nada. En la gélida torre, la luz era tan fría como el beso del invierno y, aunque iluminaba, su roce no traía la vida. Un zarcillo, como una telaraña que se había desprendido de sus anclajes, le acarició la nuca. Retrocedió de un salto e intentó quitársela de encima, pero allí no había nada. Sentía una presencia a sus espaldas, algo que la acechaba continuamente.

No podía soportarlo más. «Es mejor seguir adelante que mirar atrás para ver qué se arrastra hacia ti», solía decir papá. Tropezó en el nivelado suelo de losa mientras adelantaba a Wolfhere y empezó a caminar a tientas, siguiendo la pared. De pronto, su mano tocó el palo de una antorcha. Tiró de ella y la osciló a su alrededor como si fuera un arma. Allí no había nada, excepto su miedo.

Y aquella cólera chispeante. ¿Qué derecho tenía Hugh a mortificarla de este modo? ¿Alguna vez lograría liberarse de él? Él era la oscura presencia que sentía siempre a sus espaldas, pero había algo más que no sabía designar, algo que había acechado a su padre durante todos estos años.

—¡Déjame en paz! —gritó. Las paredes de piedra de la cripta absorbieron su voz, sofocándola.

—Ahora, Liath... —empezó a decir Wolfhere.

Estaba furiosa, la cólera palpitaba en su interior como el fuego. En la antorcha de su mano se encendió una llama que ardió con una luz intensa y misteriosa. Empezó a retroceder, parpadeando para secarse las lágrimas. Le pareció que Wolfhere estaba algo pálido, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la luz advirtió que esbozaba una amarga sonrisa.

—Eso está mejor —dijo él.

Liath estaba aterrada. Había invocado fuego, pero ignoraba cómo lo había hecho. Ahora Wolfhere pensaría que conocía las artes de la magia.

Pero si podía invocar fuego, ¿por qué no había aprendido las artes de la magia? ¿Por qué no se había convertido en un magus o un mathematicus como le habría correspondido?

Wolfhere no volvió a mencionar la antorcha, ni tampoco le preguntó cómo había conseguido encenderla. Dio media vuelta y Liath le siguió, pues no deseaba quedarse sola en aquella cámara enterrada. El hombre se detuvo bajo los amplios arcos de piedra que sostenían la cripta para contemplar la famosa tumba de la obispa Mariana, predecesora de la actual obispa. Acurrucada entre su tumba y la pesada pared de piedra de la cripta descansaba otra tumba; había sido tallada en un granito menos imponente, pero su epitafio era mucho más elaborado:

Aquí descansa Flodoard, presbítero de la Santa Iglesia, siervo de Nuestro Señor y Señora, guía e instructor de Luis, rey de Varre. Devoto en su práctica y humilde en su espíritu, fue el mejor de entre nosotros. Por eso descansa en la luz de la verdad.

De pronto, Liath fue consciente del espacio que se abría a sus espaldas, el inmenso vientre de la catedral y los monumentos que marcaban las tumbas de las mujeres y hombres que habían servido en estas tierras. El mejor de entre nosotros. Se sintió en paz, aquí entre los santos difuntos. Puede que no estuviera a salvo con Wolfhere ni con ningún hombre ni mujer mortal, pero tenía la certeza de que estos santos eran sus guardianes, puesto que protegían a todo aquel que conservaba la fe.

—He oído decir que en la cripta de la Catedral de Gent se esconde la tumba de un santo.

Wolfhere observó la oscura caverna. El silencio era intenso. No se oía ningún ruido, a pesar de los refugiados que dormían en la catedral. Además, estaba segura de que en la ciudad de Gent había personas que, incapaces de dormir, mantenían un ojo abierto para saber qué estaban haciendo sus asediadores. Las tumbas se desvanecían en la oscuridad a una distancia que quedaba marcada por las diferentes tonalidades de

gris. Liath no podía ver las paredes distantes ni la abertura que conducía a las escaleras. La Catedral de Gent era muy antigua: se decía que sus cimientos fueron construidos durante los últimos años del viejo imperio, por orden de un príncipe semihumano que se había convertido a la fe de las Unidades mientras el Imperio se derrumbaba a su alrededor.

Wolfhere siguió adelante, recorriendo oscuras cámaras y descendiendo un pequeño tramo de escaleras. Liath le seguía. Cuanto más se internaban en la cripta, más fresco olía el aire, que transportaba el amargo dulzor de algún tipo de grano. Liath estornudó.

—Pero también se dice —añadió Wolfhere—, que solo aquellos de gran santidad, gran inocencia o gran necesidad pueden encontrar la tumba.

—¿A quién pertenece? —preguntó Liath, mirando a su alrededor, buscando el resplandor de una luz plateada o una esquina de piedra escondida entre las sombras. Solo veía las tumbas de las obispos y los presbíteros, las santas diaconisas, los alcaldes y una condesa de Gent, cuya efigie la representaba sosteniendo un pergamino en una mano y un cuchillo en la otra.

—Santa Kristine de los Cuchillos, una mujer que soportó tormentos abominables en los últimos días del viejo imperio en vez de rendirse ante los invasores. Se dice de ella que aunque un imperio pueda caer en desgracia, Santa Kristine nunca caerá debido a su gran fortaleza.

No encontraron la tumba de ningún santo.

Regresaron a las escaleras y accedieron a un sombrío pasaje que conducía a una capilla lateral en la que descansaban dos tumbas tan antiguas que sus inscripciones estaban prácticamente borradas. También había un bloque de piedra negra que brilló cuando acercaron la antorcha.

Se arrodilló y deslizó una mano a lo largo de su superficie. Era más suave que el cristal.

—Es obsidiana —explicó—. Hay quien dice que no es piedra, sino restos de huesos de dragones que han sido expuestos a la luz del sol.

Wolfhere se arrodilló junto a ella.

—La utilizaré para la visión. ¿Bernard te enseñó este arte?

Liath sacudió la cabeza. Nunca había visto «visionar» nada a papá, aunque había leído que era posible mirar cosas que se encontraban a gran distancia a través de ciertos medios, como el agua, el fuego y ciertos tipos de roca.

—¿Es correcto practicar las artes prohibidas en suelo sagrado? ¿En una iglesia?

Wolfhere levantó los ojos. Su mirada era suave pero directa.

—Es necesario, y Nuestro Señor y Nuestra Señora no prohíben aquello que es necesario. O eso dijeron los ancianos de la iglesia en el Concilio de Kellai. La iglesia no condena la magia, Liath, aunque en el Concilio de Narvona impuso un castigo para aquellos que la practicaran lejos de la supervisión de la iglesia.

¿Cómo era aquello que le había dicho Hugh? Estoy seguro de que hay personas

en la iglesia que han emprendido la tarea de aprender las artes prohibidas de la magia, pero todavía no las he encontrado.

—Pero se llaman artes prohibidas —susurró.

—Es cierto que la iglesia mira con el ceño fruncido a aquellos que buscan las artes antiguas: las artes practicadas antaño por los paganos, que dejaron constancia de ellas en sus escritos; las artes que pueden ser utilizadas por personas poco escrupulosas para conseguir poder. Sin embargo, sería una estupidez negar que esas artes y poderes están dentro de nuestro alcance, o intentar condenarlas del mismo modo que condenamos la herejía. Sería imposible, además de peligroso. Por eso, en su sabiduría, la Skopos Mary Jehanna, que presidió el Concilio de Kellai, fue la primera en proclamar que algunas artes prohibidas descansaban en el seno de la iglesia, y el Concilio de Narvona confirmó sus palabras cien años después. De hecho, en la actualidad, el Convento de Santa Valeria es conocido por su estudio de las artes prohibidas.

—Pero vos no estáis en la iglesia.

—Recibí parte de mi educación en un monasterio de Aosta, en una de sus scholas. Jamás prometí mi vida a la iglesia. Ahora, préstame atención.

Abrió la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y sacó un frasco de su interior. A continuación, desenfundó una daga y una espada y las dejó a un lado. Destapó el frasco y se lo ofreció. Cuando ella lo rechazó, bebió un trago y volvió a dejarlo en la bolsa.

Liath esperó. Ahora no le daba miedo satisfacer su intensa curiosidad: Wolfhere sabía qué habían sido sus padres y, además, había invocado fuego delante de él.

El hombre colocó ambas manos, con las palmas hacia abajo y separadas a la altura de los hombros, sobre la cristalina superficie de piedra negra. En la cripta reinaba tal silencio que le pareció oír el sonido del polvo asentándose sobre las tumbas y el lento crujido de la piedra moviéndose sobre los huesos de la tierra. La oscuridad que envolvía a la centelleante llama de la antorcha ya no la asustaba: allí solo había sombra y silencio y los restos físicos de los muertos, cuyos espíritus se habían alzado largo tiempo atrás hacia las siete esferas.

—Liath.

Dio un respingo. Wolfhere la miró, sorprendido.

No era él quien había hablado.

Al ver que la miraba con expresión inquisidora, Liath sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él. O no había oído la voz o era más astuto de lo que se temía.

—Nada. —Sujetaba con fuerza la antorcha, que ardía con fuerza renovada—. Una araña ha trepado por mi mano.

Crejera o no la excusa, la aceptó. Entonces giró la mano izquierda, dejando la palma hacia arriba y el dorso apoyado sobre la piedra, y ahuecó ligeramente los dedos

como si fuera a coger una esfera.

—La magia es una disciplina mental, no física. Es la manipulación de las fuerzas ocultas que nos rodean y que siempre están activas, aunque sean invisibles a nuestros cinco sentidos. Algunas personas que conocen las artes prohibidas utilizan medios físicos, hechizos, sortilegios y objetos para enfocar su mente y acceder a unos conocimientos que escapan a lo corriente. Conocemos a estas personas por diferentes nombres, dependiendo de los elementos que intentan manipular: los tempestari desean controlar el tiempo; los haroli invocan a los daimones de la atmósfera superior, que poseen casi tanta sabiduría como los ángeles; los sortelegi echan la suerte y hacen predicciones; y los viejos sabios que aún recuerdan a los antiguos dioses y no han dado la espalda por completo a Nuestro Señor y Señora hacen predicciones a través del vuelo y los gritos de los pájaros. A estos los llamamos augurios. Incluso entre las personas iletradas hay aquellos que, por diversos medios y malentendidos complejos, tienen cierta habilidad con la magia.

Guardó silencio y pareció esperar a que hiciera algún comentario.

El grabado de la tumba de mármol que había junto a su mano izquierda representaba a una mujer con mitra y sotana de obispa: Caesaria, diaconisa y obispa. Caesaria sostenía un escudo en el que aparecía una mujer con los brazos extendidos que sostenía un cuchillo en cada mano y tenía un cuchillo clavado hasta la empuñadura en el pecho. Era Santa Kristine.

—Pero la iglesia condena a algunos magi —dijo Liath—, y mira con recelo a todo aquel que no le presta su servicio.

—Eso es cierto. La iglesia no aprueba que se busquen estos poderes sin su orientación, pues siempre habrá personas que utilizarán las artes en su propio beneficio o para herir a otros. A estos los llamamos malefici. Los peores son aquellos que negocian con los demonios mediante la sangre y los maleficios. Pero también otros son sospechosos, sobre todo aquellos a los que conocemos como mathematici, pues el estudio de los cielos deriva de las artes de los magos babaharshanos y la iglesia mira con desagrado aquellos conocimientos que tienen un origen pagano.

¿Y qué ocurría con aquellos que podían decir un nombre y conseguir que resonara a una gran distancia? No era la primera vez que oía aquella voz diciendo su nombre y estaba segura de que pertenecía a un mago o a alguna criatura de origen inhumano, como un ángel o un daimone. O un demonio al servicio del Enemigo. Se estremeció.

Wolfhere levantó una mano y le tocó la rodilla. El contacto fue breve y reconfortante.

—Conmigo estás a salvo, Liath.

No dijo nada, pues no le creía. Wolfhere la miró en silencio. Liath observó su expresión grave; el brillo de sus ojos, severo pero bondadoso a la vez; las marcas de la edad en su piel, en su cabello y en su barba, donde apenas quedaban indicios de juventud, unas mechas marrones acurrucadas entre cabellos plateados.

Sabía que Wolfhere no deseaba hacerle ningún daño, pero recelaba del objetivo

que perseguía. Sospechaba que la quería por alguna otra razón, una que había preferido no revelar. «No confíes en nadie». Aunque solo le deseara bien, ¿cómo iba a poder protegerla del destino que había acabado con la vida de papá? ¿Cómo iba a protegerla de un poder que era capaz de matar a un hombre sin abrir una puerta ni una ventana, sin dejar ninguna marca en el cuerpo? ¿Cómo iba a protegerse ella misma de semejante poder?

Wolfhere volvió a apoyar la mano sobre la piedra.

—Pero si la mente está bien adiestrada, ninguno de estos caminos es necesario ni tan siquiera preferible. ¿Qué hacían los magi para enfocar y entrenar sus mentes?

—La escalera.

Él asintió.

—La escalera por la que ascienden los magi. ¿Sabrías recitarlo?

Se había esforzado tanto en no pensar en estas cosas mientras había sido la esclava de Hugh que le llevó cierto tiempo desandar sus pasos por la ciudad de la memoria y marcar las puertas y los niveles en los que estaban almacenados todos sus conocimientos.

—Hay siete peldaños en la escalera, que corresponden a las siete esferas de los cielos. El primero es la rosa de la curación. Después la espada de fuerza. La taza de aguas infinitas. El círculo de fuego, que también conocemos como el Círculo de Unidad, símbolo de Nuestra Señora y Nuestro Señor, que juntos forman el Dios de Unidades. El trono de virtud. El cetro de sabiduría. Y la Corona de Luz, que también conocemos como verdad.

Wolfhere asintió.

—Esas son las herramientas que utilizan los magi. Sígueme con el ojo de tu mente. A través del círculo de fuego podemos tener una visión de otro lugar. —Separó sus manos un poco más y miró fijamente la piedra negra.

Liath sintió que su silencio alcanzaba un nuevo nivel, mucho más profundo, como si estuviera alejándose de ella aunque en realidad no se había movido. No había aprendido a construir el círculo de fuego en su mente, pues papá no le había enseñado ejercicios mentales que estuvieran por encima de la espada de fuerza. Observó la superficie de piedra que descansaba entre las manos de Wolfhere, una con la palma hacia arriba y la otra hacia abajo, y sujetó con más fuerza la antorcha. El aire cada vez era más denso. Wolfhere respiraba entre dientes. Sus pupilas se dilataron y de repente se contrajeron, como si se hubiera encendido una luz radiante.

Liath solo veía la piedra negra.

—¿Qué ves? —susurró, como si le costara esfuerzo hablar.

—Nada.

Sacudió la cabeza y sus pupilas se dilataron de nuevo. Parecía estar buscando algo.

—Yo tampoco veo nada —murmuró—. Fuegos de campamento, tiendas, barcos y una especie de oscuridad que oculta el centro de su campamento. —Cerró los ojos,

apartó las manos de la piedra y se sacudió levemente. Miró a Liath—. El hechicero se protege contra mi visión. Me temo que esto es un mal presagio. Mis poderes no son fuertes, aunque como Águila domino algunas técnicas. La visión es una de ellas. ¿Tú tampoco has visto nada?

—Nada —respondió, pero era consciente de que su «nada» no era el mismo «nada» que había visto Wolfhere. Liath no había visto nada de nada; solo oscuridad. Papá tenía razón: era sorda a la magia.

¿Pero entonces, cómo había conseguido prender la llama?

Wolfhere frunció el ceño.

—Jamás oí decir que los Eika fueran buenos magi ni que tuvieran ningún control sobre las artes prohibidas. De hecho, ni siquiera sabía que las conocían, pues al fin y al cabo son bárbaros. Ya no dudo de las palabras del príncipe Sanglant. Entre ellos hay una presencia que amasa un gran poder. Eso debe explicar... —deslizó una mano sobre la superficie de obsidiana—. Qué extraño.

—¿Qué debe explicar?

Wolfhere no respondió.

—Quédate sentada en silencio —ordenó. Dibujó un círculo sobre la piedra y apoyó de nuevo las manos, una con la palma hacia arriba y la otra hacia abajo. Observó la superficie negra con intensidad, concentrándose. Liath no veía nada, pero sentía que unas alas le acariciaban las mejillas.

—¡Un Águila! —jadeó Wolfhere, retrocediendo—. Un águila volando y descendiendo en picado hacia el suelo. Ven, Liath. Debemos regresar. No sé qué augura esto. —Recogió apresuradamente sus armas del suelo y regresó a las escaleras que conducían al exterior de la cripta. Liath dejó la antorcha en el candelabro y la llama se apagó, sumiéndolos en la más completa oscuridad. Wolfhere gruñó, sorprendido, pero no dijo nada. Ascendieron las escaleras a tientas y salieron corriendo de la catedral.

El cielo seguía nublado, pero después de la oscuridad de la cripta, la noche no parecía tan negra. Los tambores de los Eika sonaban ahora con más fuerza, pues solían alcanzar su apogeo a media noche.

Mientras regresaban apresuradamente al palacio del Alcalde, Liath recordó lo frase que Wolfhere había dejado a medias.

—Antes dijiste que la presencia de un hechicero podía explicar algo.

—Ah —Wolfhere avanzó doce pasos, fuertes y rápidos, sobre la pasarela de madera, meditando—. Cuando cabalgamos hacia Gent, lancé un hechizo para intentar retardar el avance del grupo Eika que nos seguía. No era más que una ilusión. No tengo demasiada habilidad y solo conozco algunas artes de visión. Te advertí que ignoraras lo que vieras.

La huida a Gent seguía grabada en la memoria con los vividos colores de un mural recién pintado. Lo que acababa de decir le ayudó a comprender lo que casi había olvidado, pues hasta este momento no había tenido ningún sentido.

Un destello, un centelleo de luz como un fuego visto desde una habitación oscura. El caballo había estado a punto de derribarla y Manfred se había llevado una mano a los ojos, como si deseara protegerse de una visión más fiera.

Un hormigueo en su espalda. El diminuto centelleo de las luciérnagas.

Pero eso era lo único que había visto. O la magia de Wolfhere era muy limitada o...

—Sabía que había algún tipo de magia activa —continuó—, pero ahora sé que es mucho más poderosa de lo que temía. Disipar mis ilusiones es una cosa, pero ocultar mi visión es otra completamente distinta.

O solo había visto el extremo más débil de su magia... o algo que no era su magia, sino los restos del encantamiento que había protegido a los Eika.

—Has recordado algo —dijo Wolfhere.

—No, nada. —No le confesaría este misterio hasta que no lo comprendiera; de otro modo, le estaría dando más poder sobre ella del que ya tenía—. Solo lo que solía decir papá: «Dominar un conocimiento significa obtener poder de él».

—Son unas palabras muy ciertas —comentó Wolfhere.

La empalizada que rodeaba el palacio del alcalde se alzaba ante ellos en la penumbra. Liath oía el zumbido distante de varias voces hablando a la vez.

¿Eran ciertas esas palabras? ¿Cuándo papá le decía que no confiara en nadie, también se refería él? Aunque era sorda a la magia, había empezado a enseñarle las artes de los magi. Era sorda a la magia, pero tenía algún tipo de poder... un poder que se había manifestado en dos ocasiones: la primera cuando había dibujado con fuego la Rosa de la Curación sobre la mesa del estudio de Hugh y la segunda, esta noche en la cripta, encendiendo la antorcha.

—¿Eso es todo lo que has recordado? —preguntó Wolfhere.

Liath permaneció en absoluto silencio.

—¿Alguna vez he intentado hacerte daño, Liath? —preguntó con amabilidad, aunque con un tono ligeramente acusador—. ¿Alguna vez he intentado ponerte en peligro?

—¡Me has traído a Gent! —replicó Liath, esbozando una pequeña sonrisa.

Cruzaron la puerta de madera y accedieron al patio del palacio del alcalde, que estaba iluminado por la luz de las antorchas. El humo y las llamas proyectaban una neblina amarillenta sobre las personas reunidas. Era una nueva multitud, menos numerosa que la que se había congregado por la mañana y agitada de un modo completamente distinto.

—Lamento haberlo hecho —murmuró Wolfhere. La cogió del codo y, con una expresión sombría, se abrió paso entre la multitud, apartando a empujones a los Dragones, a los ricos mercaderes y a los siervos del alcalde para poder llegar hasta el centro.

Allí estaban el alcalde, Manfred y el príncipe Sanglant... y también un Águila destrozada: tenía la capa desgarrada, la cabeza envuelta en un sucio paño sangriento y

un brazo le colgaba inerte a un lado. Su caballo yacía muerto a sus pies.

El Águila levantó la mirada y, al ver aparecer a Wolfhere entre la multitud, intentó levantarse. Se tambaleó y Manfred le ayudó a mantener el equilibrio.

—Id en busca de un sanador —ordenó el príncipe Sanglant a sus Dragones—. Traed una camilla y vino. —Los criados que estaban más cerca, la mujer con cicatrices en la mandíbula y un hombre que cojeaba, se alejaron apresuradamente.

La luz de la antorcha confería una terrible palidez a la figura del alcalde Werner. Su expresión también era aterradora: tenía el aspecto de un hombre que ha visto su propia tumba.

—Tumbate, hijo —Wolfhere se arrodilló junto al Águila y lo tumbó sobre la capa doblada de Manfred—. ¿Qué noticias traes?

Liath se aproximó. La sangre empapaba la túnica del Águila, que respiraba con dificultad. El extremo roto de una flecha sobresalía de su pecho.

Liath jadeó y dio un paso adelante. De pronto, una mano la cogió por la espalda.

Lo supo antes de mirar, lo sintió en todo su ser. Sabía que había sido el príncipe Sanglant quien había impedido que siguiera avanzando. Su mano le quemaba en la espalda, incluso a través de la ropa, aunque sabía que solo era la vergüenza de su deseo lo que le hacía sentir su presencia con tanta intensidad. Se arriesgó a mirarle porque sabía que sería una cobardía no hacerlo, pero cuando sus ojos se encontraron, fue él quien apartó la mirada. El príncipe la soltó y retrocedió medio paso. Liath tuvo la repentina e incómoda sensación de que su presencia le turbaba.

El Águila tosió, escupiendo sangre. Ay, Señor, la flecha se había clavado en un pulmón. Solo era cuestión de tiempo.

—Malas noticias. —Cada vez respiraba con más dificultad. Su piel se sonrojó por el esfuerzo que le causaba hablar—. La condesa Hildegard. Cabalgando a Gent. Muchas tropas. Nos tendieron una emboscada. Escapé a...

—Llegó a la puerta oriental hace menos de una hora —dijo Sanglant—. Estos hombres le trajeron. —Señaló al gentío, que se había visto obligado a retroceder bajo la presión de los Dragones—. Aunque habría recorrido las calles con más rapidez si hubieran estado en sus camas y no hubieran salido en tropel a las calles para obstaculizarle el paso.

—¿Qué hay de la condesa Hildegard? —preguntó Wolfhere.

El hombre tosió de nuevo, escupiendo coágulos de sangre. Cuando habló, Liath tuvo que inclinarse para oírle.

—No lo sé. Quizá logró escapar. Nuestro Señor...

Empezó a tener convulsiones. Liath corrió hacia él para ayudarle. Manfred estaba delante de ella, sujetándole el pecho. Wolfhere le había cogido una pierna y Sanglant la otra. Oía los gemidos del alcalde Werner y los gritos y sollozos de la multitud.

El Águila se quedó inmóvil. Liath se echó hacia atrás y, al levantar la mirada, advirtió que Sanglant la miraba, con las manos apoyadas sobre la pierna izquierda del Águila. El príncipe permaneció inmóvil durante un prolongado momento. Wolfhere

murmuró una maldición y se acuclilló para acercar el oído al pecho del hombre herido.

—No es necesario —dijo Sanglant, sin apartar la mirada de Liath—. Ha dejado de respirar. No hay pulso de sangre. Está muerto. —La extraña ronquera de su voz confería un pesar a sus palabras que Liath no veía en su expresión. Esto no significaba que estuviera contento, solo que la muerte ya no le afligía ni le sorprendía.

Liath apartó la mirada a la vez que Manfred se cubría los ojos con una mano. Wolfhere permaneció inclinado sobre el cuerpo durante un largo momento, ocultando su rostro. Por fin se enderezó.

—Está muerto. —Se sentó sobre sus tobillos.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro del alcalde Werner. Liath sospechaba que no lloraba por la muerte de aquel hombre, sino porque había perdido la esperanza.

Sanglant levantó una mano mientras los Dragones sacaban a los espectadores del patio.

—No es momento de llorar —dijo el príncipe, levantándose y volviéndose hacia el alcalde Werner—. Fue un hombre valiente y merece este honor. No debemos darnos por vencidos solo porque nos ha traído esta noticia que le ha costado la vida. Es posible que la condesa Hildegard haya salido victoriosa.

—¿Y si no es así?

—Si no es así —replicó el príncipe—, si su ejército ha sido destruido, tendremos que racionar la comida de forma más estricta y prepararnos para un largo asedio. Tenemos buenas reservas de agua y hay esperanzas de que los compañeros de Wolfhere consigan encontrar al rey Henry. Algunos de mis hombres continúan en el exterior de las murallas atormentando a los Eika hasta que podamos escapar u otra fuerza venga a liberarnos.

Wolfhere se movió, solo para coger la insignia de bronce que llevaba el Águila muerta en el pecho. Estaba húmeda de sangre y espuma reseca. La limpió sobre su destrozada capa y se levantó. Manfred y Liath le imitaron. Wolfhere extendió una mano. En su palma descansaba la insignia, que centelleaba a la luz de la antorcha.

—¿Cuáles son los preceptos que rigen la conducta de un Águila, Liath?

Eran bastante sencillos, de modo que no le había costado memorizarlos.

—Sirve al rey y a nadie más. Di solo lo verdad de lo que ves y oyes, pero no hables jamás con los enemigos del rey. No permitas que ningún obstáculo se interponga en el camino de tu servicio al rey, ni el tiempo, ni la batalla, ni el placer, ni la plaga. Tus obligaciones para con los tuyos deben quedar en segundo lugar. Y no debes contraer matrimonio más que con otro Águila que haya hecho el mismo juramento que tú.

No pudo evitarlo. Miró a Sanglant, que también se había girado para mirarla... o para mirar a Wolfhere. Su mirada era firme y algo imponente, pero no hizo ningún gesto ni movimiento alguno.

Mientras cogía aire para concluir, advirtió que Manfred también la miraba. Tenía una expresión extraña, como si estuviera deseando ver qué iba a hacer o cómo iba a reaccionar. ¿Había estado ciega? ¿El afecto que Manfred sentía por ella iba más allá del que se siente por un compañero? Apartó este pensamiento de su mente con impaciencia. Solo los vanidosos pensaban así. El hecho de que Hugh solo le hubiera deseado a ella entre todas las mujeres de Descanso del Corazón no significaba que todos los hombres estuvieran enamorados de ella.

Manfred le sonrió con tristeza. Liath le devolvió la sonrisa y prosiguió.

—Ayuda a todo Águila que lo necesite y protege a tus compañeros de todo aquel que pueda hacerles daño. Y por último, observa tu fe en Nuestra Señora y Nuestro Señor.

—¿Juras cumplir estos preceptos? —preguntó Wolfhere.

Ahora que la multitud se había dispersado, todo estaba en silencio. El alcalde, que había dejado de sollozar, estaba acucillado detrás de Sanglant. Sus siervos se apiñaban a su alrededor con el rostro solemne y las manos unidas en oración. Las antorchas centelleaban y el viento transportaba el aroma del humo, punzante y amargo. Desde el este llegaba el sonido de los tambores de los Eika, que ahora sonaban con más fuerza.

—Lo juro —respondió, comprendiendo de pronto lo que estaba ocurriendo.

Manfred se arrodilló y cubrió el ensangrentado rostro del Águila fallecida con su destrozada capa. Wolfhere se inclinó sobre el cadáver para recoger la insignia, pero Sanglant se acercó e interpuso una mano entre ambos.

—Como representante del rey, me corresponde a mí ese derecho —dijo.

Wolfhere vaciló un instante, ¿pero acaso tenía alternativa? Le tendió la insignia y Sanglant la prendió en la túnica de Liath, rozándole el cuello con los dedos. Sus labios estaban ligeramente curvados hacia arriba, pero Liath, que se había sonrojado, no sabía si aquella expresión era una sonrisa. Sanglant mantuvo la mirada donde debía, en el alfiler que estaba clavando en su túnica, pero en cuanto estuvo prendido, tardó unos instantes en retirar las manos. Entonces, sus miradas se encontraron y el príncipe articuló tres palabras. Como estaba dando la espalda a Wolfhere y a Manfred y todos los demás se habían alejado o se habían marchado, solo ella pudo oírlas.

—No contraigas matrimonio.

Sanglant dio media vuelta y desapareció en la oscuridad. Liath le siguió con la mirada y, deslizando los ojos hacia el cadáver del Águila, tocó la insignia que llevaba al cuello. El metal estaba frío y resbaladizo por los efluvios de su agonía.

—Ahora eres un verdadero Águila —dijo Wolfhere en voz baja y triunfal.

Liath despertó al amanecer, rígida y temblorosa. Hacía más frío que el día anterior y, mientras se ponía la túnica de lana sobre la muda, advirtió que la luz también era distinta. Salió al exterior, pasándose la capa sobre los hombros.

Las nubes habían desaparecido y desde el parapeto podía ver el gélido círculo centelleante del sol, brillante pero cargado con el aliento del viejo invierno, el último recuerdo de la nieve, el hielo y el frío. Sacudió las piernas y se frotó las manos, intentando entrar en calor. Se negaba a permitir que el recuerdo de Hugh estropeara este día, el primero que viviría siendo una verdadera Águila. Tocó la insignia de bronce que llevaba al cuello. Seguro que le protegería de él. Seguro que ni siquiera el hijo bastardo de una mujer noble intentaría hacerle romper el juramento que había hecho al rey... Al menos, eso era lo que deseaba creer. Era una mañana tan clara y agradable que no quería que el miedo la estropeara.

La orilla oriental estaba cubierta por la niebla que el sol aún no había conseguido disipar. No podía ver el campamento de los Eika y las fortificaciones no eran más que formas oscuras que se alzaban entre el blanco manto de niebla. Al oeste había nubes. Se chupó un dedo y lo sostuvo en alto. El viento venía del este, de modo que aquellas nubes eran las que habían cubierto Gent la noche anterior. Esbozó una pequeña sonrisa. Sabía que, de haber estado allí, Hathui habría resoplado y habría señalado que incluso un niño podría haber llegado a tan profunda conclusión.

El hecho de pensar en Hathui le hizo pensar en Hanna. ¿Dónde estaría ahora? ¿Habría logrado escapar de los Eika? ¿Estaría en un lugar seguro? ¿Habrían conseguido llegar junto al rey? ¿Estaría Henry de camino, dispuesto a levantar el sitio? ¡La echaba tanto de menos! Además, el frío se aferraba a su mente y le hacía pensar en Hugh, le hacía recordar aquella noche en la que había decidido no morir, cuando una luz había avanzado de forma errática hasta el lugar en donde estaba acurrucada en la pocilga, solo para revelar que era Hugh con un fanal. Hugh, que la había llevado al interior y...

No servía de nada seguir dándole vueltas.

«Es inútil pensar solo en aquellas cosas que nos afligen», solía decir papá... pero él había sido un experto ignorando los problemas que le acechaban, las deudas o lo que fuera que había conseguido encontrarle y poner fin a su vida.

Se secó una lágrima con el dorso de la mano y, juntándolas, las frotó con fuerza

intentando calentarlas.

—¡Liath!

Se giró. Wolfhere estaba abajo, en el patio, haciéndole señas. Descendió por la escalerilla y corrió hacia él.

—Debo preparar el cuerpo para el funeral —le dijo—. Pero con la sorpresa y las prisas de anoche, olvidé el frasco en la cripta de la catedral.

Liath asintió.

—Iré a buscarlo.

—Ven aquí cuando lo tengas. Enterraremos a nuestro compañero después de la hora Tercia.

La ciudad estaba más agitada de lo normal, aún siendo tan temprano. La gente deambulaba por las calles como si buscara a sus parientes perdidos. El martilleo de los herreros sonaba con estruendo en la armería y un flujo constante de hombres y mujeres cargados de metal, cuero y todo aquello que podía convertirse en arma o armadura se dirigía a los almacenes en los que se habían instalado las armerías. Liath advirtió que no había ningún niño en las calles.

Cuando llegó a la catedral oyó el salmo final del oficio de hora Prima.

—Dios, Nuestra Señora y Nuestro Señor han hablado y han invocado al mundo desde el alba hasta el ocaso.

Subió corriendo los escalones y cruzó las puertas abiertas. La catedral estaba atestada de gente: refugiados, aldeanos, el alcalde y su séquito. Al frente, arrodillado en el puesto de honor, estaba el príncipe Sanglant. Su cabello negro azulado y el destello de oro de su cuello eran balizas para los ojos de Liath. Vestía una armadura flexible y la túnica de combate. Cincuenta Dragones se arrodillaban junto a él; todos ellos estaban vestidos para la batalla y sujetaban sus cascos bajo el brazo. La obispa se alzó ante su trono dorado, que descansaba detrás del Hogar, levantó las manos y guio a su congregación por los versos finales del salmo.

«Nuestro Señor se acerca y no guardará silencio:

el fuego arde ante él y le envuelve.

*Nuestra Señora invoca el cielo en las alturas y en la Tierra
para juzgar a su pueblo.*

Pensad bien en esto, vosotros que olvidáis a Dios,

O seréis partidos en pedazos

Y nadie os podrá salvar».

Todos estaban de rodillas. Liath se arrodilló en la nave lateral, detrás de la multitud, y unió su voz al Kyria final.

Señor tened piedad. Señora tened piedad.

Entonces, mientras la oración final expiraba y la congregación esperaba a que la obispa les permitiera marchar en paz, Liath se levantó y se deslizó por la pared hasta

el sombrío rincón del vestíbulo en donde una pesada puerta de madera cerraba el paso a la cripta. La puerta crepitó cuando la abrió. Miró atrás, pero el zumbido de la multitud, cada vez más intenso, sofocó el ruido; seguramente, los presentes estaban esperando a que la obispa o el alcalde les hablara del mensaje de la noche anterior. La muchacha dejó la puerta entornada a sus espaldas.

Empezó a descender. Una delgada línea de luz perfilaba la puerta y, al llegar a la primera esquina, rebotaba en la piedra e iluminaba una perla de agua que había quedado atrapada en una delicada telaraña. Al doblar la esquina la puerta desapareció, pero la sugerencia de la luz del día siguió sus pasos. Avanzaba lo más sigilosamente posible, pues no desea perturbar la paz de los muertos. Llegó al final de las escaleras y su pie golpeó el suelo allí donde pensaba que había otro escalón. Se detuvo para dejar que sus doloridos hombros se recuperaran.

Era extraño que la luz de lo alto aún proyectara un débil resplandor que le permitía ver la forma de su mano si la sostenía delante de su rostro. En cambio, la noche anterior... Pero ya había oscurecido cuando Wolfhere y ella habían descendido. Por eso, todo había estado tan oscuro. De repente oyó un ruido en lo alto de las escaleras. Se quedó inmóvil, escuchando.

Alguien empezó a descender los escalones. Sus pasos eran pesados e iban acompañados por el delicado matraqueo de varias cadenas, amortiguado por la tela. Los pálidos fantasmas de las tumbas observaban desde la penumbra. Descubrió que no estaba en absoluto asustada. De hecho, aunque ignoraba la razón, había sabido que vendría.

—Liath —dijo él. Solo podía ver su forma, abultada por la armadura. Advirtió que el aire se movía cuando se detuvo a cinco escalones de ella, bloqueando con su cuerpo el estrecho pasadizo.

—Habéis oído el crujido de la puerta por encima del sonido de la congregación —dijo Liath.

—Por debajo del sonido de la congregación —corrigió él.

Liath sintió que había sonreído... o quizá solo deseaba que lo hubiera hecho. En cualquier caso, Sanglant descendió los escalones que quedaban y tropezó contra el suelo, pues no lo esperaba tan pronto.

—¡Maldición! ¡Qué oscuro está esto! ¿Cómo es posible que puedas ver algo? ¿Qué estás haciendo aquí abajo?

—He venido a buscar algo que quedó olvidado.

—Una respuesta digna de Wolfhere. No soy tu enemigo, Liath.

—No —dijo ella. Le temblaba la voz—. Nunca lo he pensado.

La mano de Sanglant encontró su hombro. Era como una criatura ciega que tenía que guiarse por el sonido. La cripta reverberaba de un modo extraño e incluso el suave sonido de su malla, que tintineaba con cada movimiento, quedaba atrapado y distorsionado entre las tumbas y la inmensa caverna de aire y piedra.

—¿Quién eres? —preguntó él—. ¿Quién es tu familia?

—Soy hija de Anne y Bernard. No sé nada del linaje de mi madre, excepto que nació libre. Wolfhere la conoció, así que es probable que sepa cosas sobre ella que no ha querido contarme.

Sanglant rio, un suave sonido sobre una exhalación de aire.

—Wolfhere no es un hombre que comparta confidencias... o eso es lo que dice mi padre. Pero supongo que tú no recibirás el mismo trato que el resto de nosotros.

El hecho de que tuviera la mano apoyada en su hombro la distraía, pero no deseaba que la retirara.

—¿Por qué? ¿Por qué decís eso?

—Te ofrece un trato de favor... o quizá debería decir que parece protegerte.

—Puede que sea cierto, pero la verdad es que lo ignoro.

—Bueno, ¿y qué sabes de la familia de tu padre?

—Tampoco demasiado, excepto que vinieron al oeste y se establecieron en Wendar durante el reinado de Taillefer. Todavía tengo una prima que posee tierras cerca de Bodfeld, pero jamás la he conocido. Uno de sus hijos cabalga con los Dragones.

Sanglant apartó la mano de su hombro y Liath lamentó perder aquel contacto. Él se agitó inquieto y ella observó en la penumbra la forma de su cabeza, cómo la inclinaba hacia atrás y después hacia un lado, como si estuviera escuchando algo. Liath solo podía oír el peso de la piedra que descansaba sobre ellos.

—Bodfeld —murmuró—. Entonces debe de ser Sturm, pero está atrapado en el exterior.

¡Le conocí!, pensó ella, recordando al Dragón que había dirigido a la compañía que les había salvado del primer ataque de los Eika. Pero lo único que había visto de aquel hombre habían sido sus ojos azules, su barba rubia y su expresión sombría. Una expresión muy similar a la que, a juzgar por su tono de voz, debía de haber adoptado Sanglant en estos momentos.

—Es un buen soldado.

Le complació que alabara a un miembro de su familia, aunque sus palabras fueron bruscas y no parecían haber sido pronunciadas para que ella se sintiera halagada.

—¿Por qué me habéis seguido? —preguntó, con osadía.

En vez de responder, Sanglant se sentó en el penúltimo escalón. Fue un gesto inesperado y extraño. Ahora, en vez de alzarse ante ella, su cabeza quedaba a la altura de su pecho. Parecía menos imponente, y quizá eso era lo que pretendía.

—Un buen linaje, aunque no el mejor —dijo—. Puede que eso tenga que ver con tu falta de respeto.

Liath se sonrojó, sintiéndose avergonzada y herida.

—Os pido disculpas, mi señor. Papá siempre me dijo que procedíamos de un linaje orgulloso y que no teníamos que arrodillarnos ante nadie más que el rey.

Sanglant soltó una pequeña carcajada. Era evidente que no se sentía ofendido.

—No habéis respondido mi pregunta. ¿Por qué me habéis seguido?

Sacudió la cabeza, negándose a contestar. Quizá ni siquiera él lo sabía.

Pero sí que lo sabía. Liath no temía a Sanglant. Su reticencia le ofendía, le irritaba. Seguro que la oscuridad, la roca y la tierra les ocultaban de cualquiera que pudiera estar observando. Las gélidas tumbas emitían una débil fosforescencia, pero las hermanas y hermanos sagrados de la iglesia estaban acostumbrados al pecado, ¿no? Rezaban para buscar el perdón. ¿No estaba permitido ceder a los deseos del corazón, aunque solo fuera por una vez?

Liath había olvidado que tenía un corazón y redescubrirlo ahora le dolió tanto como si le hubieran puesto sal en una herida. Sanglant permanecía inmóvil. No podía ver su expresión. El oro centelleaba suavemente en su cuello, en el collar de oro que era el emblema de su real familia. Podía distinguir el contorno del dragón negro de su tabardo, que parecía haber sido cosido con hilo de luz de luna y seda de araña salpicada de rocío.

¿Sería cierto que no le crecía barba, como a las mujeres? Impulsivamente, levantó una mano para tocarle la cara. Estuvo a punto de retroceder, recordando el rostro sin afeitar de Hugh, pero advirtió que la piel de Sanglant era completamente distinta. Estaba curtida por la exposición a los elementos e irritada por la correa que sujetaba el casco a la barbilla y cálida.

Y carecía de barba. Su piel era tan suave que parecía que acababa de afeitarse.

Su corazón latía muy deprisa. La sombra de Hugh estaba furiosa, pero en estos momentos se encontraba lejos, muy lejos.

—Sanglant —susurró, preguntándose si tendría el valor necesario para... ¿Para qué?

Sanglant, que llevaba las manos enguantadas en suave cuero, posó una mano sobre la suya y la apartó de su rostro.

—No me atrevo a recorrer ese camino —dijo, con voz suave pero firme.

Le soltó la mano.

Liath, que se había quedado entumecida, dejó que la mano cayera sobre su costado.

—Te pido disculpas —añadió el príncipe, como si de verdad lo sintiera.

Ay, Señora. Estaba molesta y avergonzada y sentía tantas emociones distintas a la vez que era incapaz de separar una de otra. Si todo el mundo decía que Sanglant ora un mujeriego, ¿por qué la estaba rechazando?

Sanglant se agitó inquieto. Este era su castigo. Casi podía oír las carcajadas de Hugh, aquel sonido suave y arrogante. Eres mía, Liath. No estás hecha para nadie más. Las lágrimas le escocían en los ojos, lista era la lección que tenía que aprender: debía permanecer encerrada en su torre. No debía, no podía, sucumbir a la tentación. Jamás se lo permitirían. Ya estaba irremediabilmente manchada.

—Debo irme —dijo él de repente. Por un instante, su voz ronca le hizo pensar que lamentaba tener que irse. Sin embargo, su voz siempre sonaba igual. Se levantó, haciendo que su armadura tintineara—. Nos estamos preparando para cruzar las

murallas si vemos alguna señal de la condesa Hildegard y su gente.

—¿Por qué dijisteis eso la pasada noche? —La cólera le ayudó a reprimir las lágrimas, la cólera que le causaba el rechazo de Sanglant, el agarre constante de Hugh, las medias verdades de Wolphere y la muerte de papá—. ¿Por qué?

—¿Qué es lo que dije?

—No lo habéis olvidado.

Sanglant hizo un gesto brusco y Liath comprendió que no lo había olvidado, que hablaba tanto con el cuerpo como con las palabras.

—No te cases, Liath —dijo él con aspereza—. Comprométete con el destino que otros han decidido para ti, como he hecho yo. Solo así te mantendrás a salvo. —A pesar de sus palabras, parecía que se estaba burlando de ella.

—¿Me mantendré a salvo? ¿De qué? ¿De qué estáis a salvo, Sanglant?

El príncipe esbozó una sonrisa burlona.

¿Cómo era posible que pudiera verle sonreír a pesar de la oscuridad?

Pero la oscuridad ya no era tan intensa; el rostro y la frente de Sanglant estaban iluminados por una suave luz blanca que parecía proceder de las estrellas. El dragón negro parpadeó y se agitó bajo aquella luz cuando el príncipe se movió para observar la cripta. Sus ojos se abrieron sorprendidos. Levantó una mano, pero entonces se quedó inmóvil, paralizado, atónito.

Liath se giró. Justo a sus espaldas, tan cerca que pudo sentir cómo se movía el aire, Sanglant se arrodilló.

Ella se alzaba junto a las tumbas como si acabara de salir de la tierra. Vestía un largo vestido de lino con un corte que Liath no había visto más que en mausoleos y relieves tallados en piedra. Su rostro era tan pálido como la luna, marcado por unos ojos tan azules como lo más profundo del fuego; y su largo cabello, cubierto por el mismo toque de luz sobrenatural, parecía hilado en oro y le caía hasta las rodillas. Iba descalza, pero sus pies no tocaban el suelo de la cripta. En cada mano sostenía un cuchillo cuyo filo brillaba como si fuera de cristal ardiente.

Y sangraba de las manos, los pies y el pecho, donde asomaba la empuñadura de un cuchillo, cuyo filo se había hundido profundamente para absorber la sangre de su corazón. La sangre se deslizaba por el vestido desde la herida y también por sus lágrimas.

Pero miraba a Liath y a Sanglant con la calmada serenidad de alguien que está más allá del dolor y el sufrimiento. Y les estaba llamando por señas.

Vacilando, apretando con fuerza la tela y la madera del Círculo de Unidad que colgaba de su cuello, Liath avanzó hacia ella. Sanglant la siguió, susurrando una oración.

Ella no dijo nada, pero retrocedió hacia la oscura bóveda de la cripta, hacia la madriguera de cámaras en las que estaban enterrados los hermanos laicos y los siervos de la obispa menos conocidos y menos honorados.

Allí, plana contra la tierra, descansaba una lápida sencilla que carecía de marcas e

inscripciones. La mitad de la lápida estaba cubierta por unos hongos grisáceos que crecían siguiendo un patrón que habría revelado un nuevo misterio si hubiera habido más luz. El fulgor que rodeaba a la santa (¿pues qué otra cosa podía ser aquella mujer?) permitía ver el agujero que se abría detrás de la lápida, un pozo negro que se transmutaba en unas escaleras que descendían hacia la más completa oscuridad.

Sanglant se arrodilló junto a la tumba, pero Liath se aventuró a seguir a la santa, que ya estaba descendiendo las escaleras. Su luz se alejó de ellos y se desvaneció cuando dobló una esquina en el interior de la catacumba. Liath puso un pie en el primer escalón.

—No sigas adelante —dijo de repente Sanglant—. El aire huele fresco y transporta el aroma de la cebada.

Liath se detuvo y miró atrás. La luz sobrenatural se había desvanecido, como la llama de una vela.

Sanglant añadió impaciente:

—El suelo del valle del río al este de Gent es lo bastante rico para sembrar trigo y centeno. Los lugareños solo cultivan cebada en las colinas occidentales. Este túnel debe alejarse mucho de la ciudad.

—Pero nos ha llamado...

Se oyeron voces en lo alto, acompañadas por el tintineo de las cotas de malla y fuertes pisadas. La luz de las antorchas iluminó la cámara, proyectando rayos de luz sobre la piedra, la tumba y la tierra. Liath se cubrió los ojos.

—¡Mi señor! ¡Príncipe Sanglant!

Este se levantó y dio media vuelta justo cuando apareció el primero de sus Dragones.

—¡Mi señor Sanglant! —Era la mujer que tenía cicatrices en el rostro. Le miró primero a él, después a Liath, que todavía tenía un pie en el agujero, y de nuevo al príncipe.

—Hemos seguido a una visión de Santa Kristine —dijo Sanglant con rapidez, mientras los demás les rodeaban—. Nos ha traído hasta aquí.

Algunos dibujaron un círculo en sus pechos. Nadie parecía inclinado a reírse ni a hacer bromas, ni siquiera por haber encontrado al príncipe en un lugar como este, acompañado de una joven tan atractiva.

—La niebla se ha levantado en la orilla oriental, señor —continuó la mujer. También ella vestía armadura y, con su altura excepcional y sus anchos hombros, parecía tan preparada para la batalla como cualquiera de sus colegas—. El guarda ha visto la bandera de la condesa Hildegard entre una multitud de jinetes. Intentan escapar de una horda de Eikas. Cabalgan hacia Cent.

Sanglant miró a Liath con dureza. No podía leer nada en la expresión de su rostro, aunque tampoco era un hombre que revelara fácilmente sus emociones. Sanglant levantó una mano y se tocó la mejilla con un dedo, un eco inconsciente del momento en que ella le había acariciado. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, retiró

inmediatamente la mano y se alejó, al frente de sus Dragones. Sus fuertes pasos y el tintineo de sus cotas de malla resonaron como un trueno por la cripta, haciéndole daño en los oídos. Nadie esperó por ella.

Liath permaneció inmóvil. La luz se desvaneció, tanto la de las antorchas como la pálida florescencia de la santa, sumiéndola en una penumbra aliviada tan solo por la suave estela de luz del sol que se filtraba entre el polvo y la oscuridad. El aire acariciaba su rostro con la suavidad de una pluma, escapando de la catacumba que se abría a sus pies. Percibía un fresco aroma a tierra y brotes de algo, pero era incapaz de distinguir el olor de la cebada en aquella mezcla de tierra, colinas y aire.

La santa se había desvanecido escaleras abajo, en el oscuro misterio que había más allá. Liath no se atrevía a seguirla, a pesar de lo mucho que deseaba hacerlo. Quizá, por un instante, comprendió a Sanglant. No me atrevo a recorrer ese camino. Pero eso no la ayudó a aliviar su dolor.

Se sacudió y salió del agujero. Entonces avanzó a tientas hasta la gran cámara, donde encontró la superficie de obsidiana y el frasquito que había quedado olvidado junto a la lápida de la obispa Caesaria. Lo destapó y bebió un sorbo. El líquido era tan amargo que le lloraron los ojos, pero era refrescante. Con energías renovadas, ascendió de nuevo al mundo de los vivos.

Al igual que Sanglant, no dudaba que Santa Kristine de los Cuchillos se había aparecido ante ellos. Sin embargo, no sabía responder a la pregunta más apremiante: ¿Por qué a ellos? ¿Y por qué ahora?

Llegó a las escaleras de la catedral a tiempo de ver a Sanglant montando a su caballo. La mujer le tendió el casco, pero antes de ponérselo, miró hacia las puertas abiertas. Sus miradas se encontraron entre la multitud que se había congregado. Las calles estaban atestadas de personas histéricas, asustadas y esperanzadas.

No le sonrió, solo se limitó a mirarla. Entonces alguien habló y Sanglant desvió su atención. Se colocó el casco sobre la cabeza y mediante este simple gesto se transformó: ya no era el príncipe Stinglant, sino el capitán de los Dragones del rey.

Sus tabardos dorados brillaban tanto como la luz del sol, sobre todo el del príncipe, con su dragón negro cosido en tela dorada con vetas de hilo de plata. Parecían tan temibles como su reputación, fieros e implacables con sus cascos de hierro con los frontales de bronce. El casco de Sanglant, con su delicado dragón dorado, era tan hermoso que no hacía más que acentuar el contraste que había entre sus delicados adornos y su terrible fuerza.

El príncipe sopesó su escudo en forma de lágrima, tocó la empuñadura de su espada y se puso al frente. Los demás avanzaron tras él. Eran más de cien. Juntos se dirigieron a la avenida principal, hacia la puerta que se abría al este, donde se reunirían con el resto de sus compañeros, tanto los que ya estaban de servicio como los que aún se estaban preparando.

Liath regresó corriendo al palacio del alcalde. Al ver su capa ribeteada en escarlata y su insignia de Águila, la gente se apartaba para dejarla pasar.

Wolfhere esperaba, paseando impaciente por la Capilla de la Señora donde habían dispuesto los restos del Águila. Su cuerpo estaba envuelto en una túnica de lino blanco y un recuadro de tela blanca ocultaba decentemente su rostro. Yacía, como era apropiado, a los pies del Hogar.

—¡Liath!

Le tendió el frasco. Wolfhere lo cogió con aire meditativo, sin mirarlo, y lo guardó entre el cinturón y la túnica.

—He enviado a Manfred a la puerta oriental para que sea nuestros ojos con los dragones. Ve para allá. Si tienen que salir, observa y manténme informado. Tienes un caballo ensillado.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Comprobó el arco, el carcaj y la espada; todo estaba en su sitio. Entonces, corrió hasta el patio, donde le esperaba un caballo, uno de los capones del alcalde Werner, un alto y hermoso caballo bayo. Ahora, el tamaño del animal le sería de más ayuda que la insignia de Águila. En las calles se amontonaban cientos de personas y cada vez eran más las que salían de sus casas al conocer la noticia de la llegada de la condesa Hildegard.

Cuanto más cerca estaba de la puerta oriental, más se apiñaba la multitud. En una ciudad sitiada, incluso con una fuerza tan temible como la de los Dragones, los ciudadanos optaban por la prudencia. Una calle discurría en paralelo a la pared del río. Aquí encontró un grupo de muchachos lo bastante mayores para ser útiles, lo bastante jóvenes para no tener miedo a nada y, por lo tanto, enamorados de los Dragones. Tiró de las riendas del caballo y se acercó a uno de ellos, un joven larguirucho con el rostro delgado y ojos vivos. Desde su posición de ventaja podía ver los rangos de los Dragones, en filas de diez; eran unos doscientos, alineados en el espacio abierto que se extendía ante la puerta.

Los muchachos, que conocían bien la ciudad pues se habían criado en ella, le mostraron una escalera que conducía a lo alto de la muralla. Liath ascendió por ella, sorprendiendo a los hombros de la milicia de la ciudad que montaban guardia, observando la orilla oriental con ansiedad.

La niebla se había levantado... al menos, en su mayor parte. En lo que antaño había sido un rico campo de cultivo, la tierra hervía de movimiento. Los Eika les superaban en fuerza. El terreno llano ofrecía una buena perspectiva. Tras unos minutos de confusión, empezó a ordenar la escena que veía como si fuera un mosaico.

Los Eika les superaban en fuerza, cierto. Nunca había visto tantas personas en un mismo lugar, todas moviéndose a la vez. La bandera verde y blanca que marcaba el avance de la condesa Hildegard y su séquito ondeaba entre una estrecha masa de jinetes respaldados por una línea de infantería. Aquellos que no podían seguir el ritmo estaban rodeados por la masa de Eika que les seguía de cerca, agotados y rendidos. Los Eika estaban ganando terreno a las tropas de la condesa, rodeándolas. Solo había una estrecha franja de terreno vacía: el camino que conducía al río y el

punto oriental de Gent.

Era una carrera. Liath no sabía si el conde y los soldados que quedaban lograrían llegar al puente a tiempo... a no ser que los Dragones se arrojaran a las fauces del ejército de los Eika.

Este pensamiento la golpeó con la fuerza de una ducha de agua fría en un día caluroso, despejándole la mente. Entonces fue su visión la que se nubló. Cerró los ojos y, tras frotárselos con los nudillos, los abrió de nuevo.

Y advirtió horrorizada que la imagen de las colinas que se alzaban más allá del río era completamente distinta.

Había un estandarte verde y blanco, con un escudo de armas que probablemente era el emblema de las tierras y el pueblo de la condesa Hildegard. Sin embargo, no estaba rodeado por ningún séquito humano. Tampoco ningún jinete cabalgaba junto a él ni ningún soldado de infantería luchaba desesperado en la retaguardia. El estandarte estaba rodeado por el gélido destello de mil guerreros Eika que corrían con rapidez por la estrecha franja de tierra que conducía al puente de piedra y madera. Era el camino por el que se accedía a Gent.

Lo que había visto antes había sido una ilusión.

Lo que había visto antes era lo que todos los demás veían: los vigías apostados en la muralla, los Dragones que habían abandonado sus caballos y subido a las bases que descansaban en lo alto de las puertas para informar al príncipe y decidir cuál era el mejor momento de salir. Todos veían una ilusión provocada por un terrible y poderoso hechizo, lanzado por una fuerza que no podía imaginar. Ella era la única que veía más allá del hechizo y conocía la verdad.

—Eres sorda a la magia —decía siempre papá.

O estaba protegida de ella.

Este pensamiento la golpeó con tanta fuerza que, por un terrible momento, fue incapaz de moverse o pensar.

Pero tenía que pensar. No sabía qué había ocurrido con la condesa Hildegard y sus soldados, pero podía imaginarlo. El ejército de la condesa había sido destruido y su estandarte, que colgaba de las manos agonizantes de su último siervo leal, estaba siendo utilizado como una trampa que llevaría a los Dragones a su muerte.

Liath era la única que podía impedirlo.

Liath bajó las escaleras con tanta rapidez que las astillas se clavaron en su mano izquierda, pero el dolor no fue más que otro estímulo. Los muchachos que sostenían las riendas de su caballo la miraron mientras corría hacia los Dragones, que habían centrado su atención en los hombres que montaban guardia en lo alto de la puerta.

—¡Abrid paso! —gritó—. Tengo que hablar con el príncipe.

La dejaron pasar sin más demora. Sanglant estaba al frente de sus tropas, conversando con un viejo miliciano, un Dragón desmontado y su primer ayudante, la mujer de las cicatrices.

Levantó la mirada y, al verla, alzó una mano para indicar al miliciano que guardara silencio.

—¡Pero mi señor Sanglant! —protestó el hombre, malinterpretando el gesto del príncipe—. ¡Son demasiados! Sería una locura enfrentarnos a ellos. Si la condesa Hildegard logra cruzar el puente le abriremos las puertas para recibirla.

Entonces vio a Liath y guardó silencio.

—¡No lo hagáis! —gritó Liath, arrancándolas riendas del caballo de Sanglant de las manos de un Dragón, como si creyera que así podría ejercer algún control sobre sus decisiones—. La condesa Hildegard no está allí fuera. Es magia...

Sanglant descendió del caballo al instante. Sin esperar por ella ni por nadie, corrió hacia el muro y subió los pronunciados escalones de tres en tres. Liath le siguió. Manfred indicó a los dos Dragones y al grupo de milicianos que le acompañaban que se apartaran para que el príncipe pudiera acercarse. Liath se detuvo junto a su compañero porque estaba segura de que, aunque los demás no pudieran verlo, él la creería. Protegidos por una pared de madera cubierta de pieles de animales empapadas en agua, observaron la orilla opuesta desde el parapeto.

¡Ahora lo veía con tanta claridad! Debía de haber más de mil Eika, dos mil quizá, un número que superaba con creces a los defensores de Gent. Los bárbaros avanzaban a un trote constante; el estandarte oscilaba entre ellos, como un trofeo de guerra. Sus enormes perros corrían a su lado, alzando sus hocicos al viento. Pudo ver una hilera tras otra de escudos azules y amarillos con la amenazadora serpiente roja de su blasón; y una oscura línea de armas listas para atacar. El cabello de color hueso de los Eika brillaba a la luz del sol a medida que se iba disipando la niebla. ¿Cómo era posible que alguien pudiera ver allí los restos del ejército de la condesa

Hildegard? Los Eika gritaban palabras que no podía entender y que sonaban a burla en sus oídos y los perros corrían guardando un espeluznante silencio. El río seguía su curso, ignorando lo que ocurría a su alrededor. Los tambores retumbaban al ritmo de los pasos de los Eika.

Cada vez estaban más cerca. Liath ya podía distinguir los detalles del estandarte verde y blanco: un jabalí sobre un campo blanco. Podía ver los alargados costados de los perros y sus lenguas, colgando de sus bocas. La primera línea de Eikas prácticamente había llegado al puente; al príncipe apenas le quedaban unos segundos para tomar una decisión.

—¿No lo veis? —gritó.

Sanglant entrecerró los ojos.

—¡Manfred! —Liath le cogió del brazo y lo sacudió con fuerza—. ¡No es la condesa Hildegard! ¡Son solo Eika! Mira con atención. Eres un Águila. Deberías ser capaz de ver la verdad.

—¡Allí! —gritó Sanglant—. En la cuarta fila. ¡Allí está la condesa Hildegard y su hermano!

Se apartó del muro.

El estandarte y la primera fila de Eikas pisaron el puente. Sus pasos resonaron como el vacío sonido de la condena sobre la estructura de piedra y madera. Un agudo lamento se alzó desde las tropas enemigas como si hubieran percibido el olor de su presa... como si hubieran visto el casco de Sanglant en lo alto del parapeto y supieran que les estaba esperando.

—¡Los Eika están a punto de alcanzarles! —gritó Manfred, liberando su brazo de las manos de Liath. Le lanzó una rápida mirada, como si quisiera decirle que lo sentía.

Sanglant la miró con ojos penetrantes y vaciló. Era evidente que no sabía qué hacer. Deseaba confiar en ella, pero volvió a mirar atrás. Los aullidos resonaban en el puente, un coro de perros y Eikas uniendo sus voces hasta ensordecernos. Los hombres que observaban desde el parapeto palidecieron de horror. Liath ya no podía imaginar qué era lo que veían o qué era lo que creían ver. Ella solo veía a un ejército Eika a punto de atacarlos.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Sanglant.

Cuando pasó junto a ella, Liath le cogió del brazo. Los Dragones que estaban más cerca del príncipe blasfemaron y se abalanzaron sobre ella. Las grandes ruedas que controlaban las puertas empezaron a crujir y a girar.

—¡Cerrad las puertas! —gritó Liath, pero nadie la escuchaba. Abajo, los Dragones se separaron, la mitad para cada lado, dejando sitio para que la condesa y su séquito entraran en la ciudad—. ¡Es una ilusión, una trampa!

Lo único que podía ver de Sanglant eran sus ojos verde jade, que la miraban con dureza. El príncipe sacudió la cabeza y desapareció escaleras abajo.

Las puertas chirriaron, abriéndose cada vez más deprisa. Imitándolas, los Eika de

las primeras filas echaron a correr.

—¡Manfred! —gritó Liath, sujetándole por la capa y tirando de él—. ¿No lo ves? ¡Manfred! ¡Tienes que creerme!

Pero era demasiado tarde.

Las puertas se abrieron. El estandarte de la condesa Hildegard dejó atrás el último pilón y pisó tierra firme de nuevo. Instantes después, los Eika entraron en la ciudad. Sanglant quedó atrapado en la escalera; no podía llegar junto a su caballo ni junto a sus hombres.

La plaza que había a sus pies se convirtió en un absoluto caos. Los aullidos de los Eika alcanzaron su máximo apogeo; eran tan agudos que le hacían daño en los oídos. Manfred jadeó y le señaló la pasarela.

—¡Corre! Corre por la muralla hasta que estés a salvo. ¡Ve en busca de Wolfhere!

Liath tropezó y cayó de bruces en el mismo instante en que una flecha se hundía con fuerza en el miliciano que estaba a sus espaldas. El hombre gruñó, más sorprendido que dolorido, y cayó lentamente sobre sus rodillas. Mientras intentaba arrancarse la flecha del pecho, se desplomó sobre el borde de la pasarela. Liath intentó detener su caída, pero fracasó. El miliciano aterrizó sobre dos guerreros Eika que estaban atacando a un Dragón; ambos se desplomaron bajo su peso, pero vinieron otros tras ellos, y más. Pronto, también los perros le encontraron. Algunos siguieron corriendo y otros se detuvieron para alimentarse. Liath sintió cómo la bilis ascendía por su garganta.

Una mano cubierta por una armadura la arrojó contra el suelo. Mientras intentaba incorporarse de nuevo, tropezó con un tabardo que tenía un dragón negro bordado en plata.

Era Sanglant. Sin decir nada, el príncipe la obligó a avanzar por la pasarela con tanta rapidez que sus pies apenas tocaban el suelo. Ni siquiera pudo mirar atrás para ver qué había sido de Manfred. Estaba demasiado entumecida para sentir miedo; estaba completamente paralizada.

Dos flechas se hundieron en la espalda de Sanglant, en su armadura. Una de ellas se desprendió, temblorosa, y cayó al suelo. Los milicianos estaban de rodillas, disparando sus flechas hacia el puente por el que se aproximaban los Eika desde la orilla oriental. En el patio que descansaba tras las puertas reinaba tal confusión que era imposible disparar a los Eika sin herir a los defensores de Cent.

Los Eika les aventajaban en número; los Dragones ya se habían visto obligados a retroceder ante la fuerza del inesperado ataque y la ferocidad de sus enemigos. Liath no podía ver ningún patrón en la batalla que se libraba en el patio, pero los Dragones, protegidos con cascos de hierro, luchaban desesperados intentando ponerse en formación.

Oyó en la distancia el crujido de los engranajes que movían las puertas. Entonces oyó gritos y percibió el olor del humo.

Las flechas se hundieron en staccato en la madera que había a sus espaldas, como

un repentino clamor de tambores, fuerte y definitivo. Sanglant gruñó, blasfemó y se detuvo. Liath se giró. Una flecha sobresalía de su pierna izquierda, justo encima de la rodilla. Mientras miraba (parecía que el tiempo obedecía a leyes distintas en este lugar) una gota de sangre empapó el cuero y salió al exterior, seguida por una segunda y una tercera, creando un trazo rojizo en la curva de la rodilla. Sangre roja, idéntica a la suya, idéntica a la de cualquier ser humano.

Liath no conseguía que el aire entrara en sus pulmones. Se iba a asfixiar.

—Rómpela —le ordenó Sanglant.

Obediente, cogió la flecha y sujetó con una mano la pierna del príncipe antes de empujar con fuerza hacia abajo. El eje era sólido. Advirtió con vaguedad que las plumas eran azules y rígidas como el metal; se clavaban en su piel. Por fin logró partirla y arrojó al suelo el extremo.

Sanglant, sujetándose a ella, la obligó a seguir adelante.

—¡Mi señor! —gritó un miliciano desde la seguridad de un puesto de vigilancia construido en la pared. Sanglant la condujo al interior, donde un miliciano de barbas blancas retiró una escotilla que ocultaba una puerta secreta.

—Por aquí, señor —Liath no lograba recuperar el aliento. Observó la capa marrón del hombre, fascinada por su humilde tejido y su textura Ordinaria. El hombro había sido remendado con un trozo de tela de un color ligeramente distinto.

Sanglant se apoyó en la puerta cerrada, jadeante, sabiendo que de momento estaba a salvo de las flechas. Liath oía el fragor de la batalla: espadas chocando contra armaduras y escudos ribeteados de hierro. El sonido de un cuerno alertaba a los ciudadanos de Gent del ataque.

Sanglant se apartó de la puerta y se dirigió a una tronera. Aún no la había soltado, de modo que Liath se vio obligada a seguirle. El arquero que estaba allí apostado se apartó al instante. Juntos, Sanglant y Liath se asomaron a la delgada ventana que daba a la orilla oriental del río.

El puesto de vigilancia había sido construido de tal forma que podían ver la orilla del río allí donde el puente tocaba la costa oriental. Los guerreros Eika se apiñaban en el puente, contenidos por las puertas medio cerradas, la resistencia que ejercían aquellos que estaban en el interior de la ciudad y la estrechez del camino.

Aunque se veían obligados a avanzar más despacio, los Eika seguían adelante, aullando y gimiendo como bestias salvajes.

En la orilla oriental, el campo quedaba oculto bajo unas vetas de niebla; una sombra se cernía sobre el territorio, envuelta en bruma.

Pero no era niebla ni bruma, pues en ella había algo diferente: un patrón, un movimiento, el modo en que los ojos de Liath deseaban apartarse de ella. Era un hechizo. Se obligó a mirarlo con atención, a negarse a creer que era sombra y niebla, sino un hechizo lanzado para encubrir algo.

La niebla se disipó... o mejor dicho, se desvaneció para dar paso a cuatro figuras. Dos de ellas eran guerreros Eika pintados y vestidos como el resto de sus

compañeros. Sus escudos redondos con serpientes rojas estaban apoyados contra sus piernas y sostenían sus hachas de doble filo como si fueran bebés. Entre ambos guerreros se alzaba un Eika que destacaba por su esbeltez y su aparente desnudez, pues vestía un harapiento taparrabos y un cinturón de oro. En sus manos sostenía un pequeño cofre de madera y una bolsa de cuero colgaba de su cinturón.

Junto a estas tres figuras se alzaba una cuarta, distinta a las demás por su estatura y por algún rasgo indistinguible que Liath no sabía señalar y mucho menos reconocer. No podía apartar la mirada de aquella criatura. Era un Eika enorme que parecía estar cubierto de bronce debido al brillo escamoso de su rostro, sus brazos y su pecho. No vestía túnica y nada cubría su pecho... ni siquiera los dibujos multicolores que lucían los guerreros. Llevaba diversos collares y cadenas doradas de las que colgaban cuentas, caparazones y huesos, y cuerdas de metal de las que pendían lo que parecían monedas de oro y plata con el centro agujereado. Sus rígidos pantalones, de un tejido azul brillante, estaban sujetos con una confusión de oro brillante que caía hasta sus rodillas. Sus gruesos brazos estaban rodeados por brazaletes de oro que parecían serpientes retorcidas y su cabello de color hueso brillaba a la luz del sol, peinado en una trenza que descendía hasta sus rodillas.

Sanglant, que estaba junto a ella, respiró entre dientes.

—¡Allí! —dijo Liath—. ¿Lo ves?

—Lo veo. —Sacudió la cabeza como si quisiera desembarazarse de un insecto molesto—. Ya había sentido la presencia de esa criatura. Ella tiene el poder.

—Es el hechicero —también Liath podía sentir su poder.

Sanglant se inclinó sobre la tornera y observó con atención a los Eika.

—Dime tu nombre —susurró.

El hechicero Eika volvió la cabeza tan repentinamente que Liath se estremeció. Era como si hubiera oído las palabras de Sanglant. Miró a su alrededor y pronto posó sus ojos sobre ellos, aunque era imposible que pudiera verlos, escondidos como estaban tras las paredes de madera y los estrechos confines del puesto de vigilancia. Era imposible que supiera que el príncipe le observaba desde allí.

¿Pero por qué no iba a saberlo si era un hechicero tan poderoso?

A Liath le pareció que pronunciaba una palabra a modo de respuesta, pero estaba demasiado lejos para leer sus labios y no podía oír su voz debido al fragor de la batalla que profería con furia en la ciudad.

—Corazón Sangriento —dijo Sanglant en voz baja. Ambos parecían estar mirándose, midiéndose—. Nos veremos pronto.

Más allá, en la orilla del río, la marea de Eika se reforzó. El nudo que se abría paso por el puente se rompió y Liath apartó la mirada del hechicero al ver que las puertas se abrían de par en par para recibir a los guerreros.

Apartándose de un salto de la tornera, Sanglant se volvió hacia Liath.

—Ve a la catedral y salva a los que puedas. —Los milicianos esperaban nerviosos en la trampilla.

—¿Adónde vais?

Era una pregunta estúpida. Supo la respuesta antes de que saliera por boca de Sanglant.

—Mis Dragones me necesitan. Los contendremos mientras podamos. —Levantó una mano y le tocó la mejilla con su mano enguantada, del mismo modo que Liath le había acariciado en el silencio de la cripta.

Levantó el escudo, alzó la espada y salió por la trampilla antes de que ella pudiera decir nada más. Liath le siguió con la mirada mientras se alejaba por la pasarela y descendía la escalerilla para sumirse en el caos que reinaba en las puertas de la ciudad. Al instante se oyeron gritos que pronunciaban su nombre una y otra vez. Antes de que el miliciano la obligara a moverse, vio que los Dragones corrían, a caballo o a pie, hacia la figura solitaria de su príncipe, que parecía dispuesto a abalanzarse sin ayuda de nadie contra los guerreros Eika.

Una mano la cogió del hombro y la apartó de la puerta en el mismo instante en que una flecha se clavaba en ella. Una flecha en llamas. El humo le picaba en los ojos. El hombre barbudo cerró la puerta de un portazo y Liath oyó que nuevas flechas se hundían en ella, como una reverberación de los tambores que resonaban sin cesar en el campamento de los Eika.

—¡Por aquí! —dijo apremiante—. Debéis descender dos niveles hasta el túnel inferior, que se extiende desde este puesto de vigilancia hasta el palacio del alcalde. Allí encontraréis un túnel de mayor tamaño que discurre en línea recta. No toméis ningún túnel lateral, pues solo llevan a otros puestos. Rezo para que los Eika no los hayan tomado ya y hayan entrado en los túneles.

Liath descendió por la escalerilla sin mirar atrás. El hombre no la siguió. El primer tramo desembocaba en un sucio y diminuto espacio del interior de la muralla, tan estrecho que apenas podía respirar. Encontró la otra escalerilla y siguió descendiendo, doce peldaños, hasta llegar a un túnel revestido de ladrillo, apenas más ancho que sus hombros. Vaciló y tocó su arco, pero prefirió sacar la espada. Sus dedos acariciaron las palabras talladas en la empuñadura: «Esta buena espada es la amiga de Lucian».

—Te lo ruego —susurró—. Sé también mi amiga.

Avanzó con cautela, pues estaba oscuro y podía oír los distorsionados y reverberantes sonidos de la batalla sobre su cabeza, entrecruzándose como los hilos de un complejo tapiz. Imploró a Dios que aquel tapiz no representara la caída de la ciudad de Gent.

El estrecho túnel lateral desembocó en un pasadizo de mayor tamaño por el que podrían avanzar dos hombres, uno al lado del lado. Detrás, donde consideraba que se alzaba la muralla, pudo ver el centelleo del fuego y sentir su pungente olor. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. El túnel que se abría ante ella estaba más oscuro y más silencioso.

A sus espaldas oyó un gruñido y el fuerte golpe de un cuerpo aterrizando en el

suelo. Se giró y pudo ver el brillo traicionero de unos cabellos blancos. ¿Qué más podía hacer?

Corrió hacia ella y le clavó la espalda en las entrañas en el mismo instante en que el Eika se giraba. Sintió la resistencia de su piel, que parecía estar revestida de una aleación de metal. Pero Lucian tenía una buena espada. Quizá, los dariyanos conocían secretos de metalurgia que habían quedado perdidos para los herreros de la actualidad... o quizá, la piel de los Eika no era tan dura como parecía. La espada se hundió y atravesó a la criatura.

La bestia aulló. Liath alzó la espada y la dejó caer con fuerza sobre su rostro. El hedor fue terrible. En lo alto, el fuego centelleaba y un hombre gritaba de dolor. A mayor distancia, podía oír unos gritos más fuertes entre el humo, las pisadas, los gritos y la caótica cacofonía de la batalla que estaban perdiendo lenta y brutalmente:

—¡A por el príncipe! ¡A por el príncipe!

Liath se apartó del cadáver, que se crispó mientras ella huía por el túnel. No comprobó si alguien la seguía. Estaba demasiado ocupada corriendo; demasiado ocupada recordando.

Le había tocado la mejilla. ¿Estaba preocupado por ella? Sin duda alguna moriría. ¿Pero qué importaba ahora? No había suficientes defensores en Gent para frenar el ataque de los Eika. Además, su líder era un hechicero que, por poco poder que tuviera, poseía el don de crear ilusiones... y la ilusión era un arma poderosa en manos de alguien que se atrevía a blandirla a su antojo.

—Salva a todos los que puedas —le había dicho Sanglant. Sin duda, esa era la razón por la que la santa se había aparecido ante ellos. Los santos, al igual que los ángeles y los daimones de la atmósfera superior, no estaban vinculados al mundo del tiempo, de modo que podían ver el futuro.

Dejó atrás más túneles laterales, oyendo el fragor de la batalla y los gritos, oliendo la sangre y el humo.

El túnel conducía a las barracas. Ascendió por una estrecha escalerilla hasta la cámara superior e introdujo la cabeza por una trampilla que abrió desde debajo, arañándose los nudillos con las barras de hierro que la mantenían cerrada.

Los establos ahora estaban completamente vacíos. Solo se oía el sonido distante de los tambores, la corneta que alertaba del peligro y, más cerca, el fragor de la batalla. Todos los Dragones habían desaparecido. Habían muerto demasiado pronto, pero Liath no tenía energías para llorar. Debía alertar a Wolfhere. Tenía que guiar por las catacumbas al máximo número de personas antes de que la ciudad cayera. Ya no le cabía duda de que Gent estaba condenada.

Al llegar a las puertas de los establos se quedó inmóvil. Vaciló y dio media vuelta, observando las vacías hileras de pesebres y oliendo la paja, que en parte estaba seca y en parte mojada de orina y estiércol. El fuego ardería con fuerza en este lugar.

Corrió hasta el pesebre en el que habían dormido Manfred, Wolfhere y ella. La silla de montar de Manfred seguía apoyada en el mismo poste en el que la había

dejado su dueño hacía un mes. Su presencia fue como una acusación. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría con vida? ¿Había pensando en él en algún momento desde que se habían abierto las puertas? Pero no tenía tiempo para esto; ni siquiera debería estar aquí. Cada segundo que pasaba era una vida salvada... o perdida.

Pero debía coger el libro. Levantó la silla, cogió las alforjas y las colgó a su espalda. Después corrió al exterior, cruzando el patio desierto. Reinaba un absoluto silencio.

—¡Liath!

Wolfhere, que estaba en la empalizada, bajó de un salto las escaleras en sus prisas por llegar hasta ella.

—¡No hay ninguna esperanza! —grito Liath—. Los Eika han cruzado las puertas. Todo el mundo deberá armarse y luchar, o ir a la catedral.

—¿Cómo...?

—Un hechizo... —De repente recordó el extraño intercambio—. Dice llamarse Corazón Sangriento.

Wolfhere asintió con brusquedad.

—Entonces ve, Liath. Ve. Si consigues escapar, deberás informar al rey.

No le preguntó qué iba a hacer él, pues no había tiempo que perder. Al este de la ciudad, el humo ya ascendía en gruesas nubes, pesadas, negras y amenazadoras, y las llamas lamían los tejados de las casas cercanas. Quizá, la guardia del alcalde había conseguido llegar a la puerta oriental.

Pero cuando cruzó la arcada y empezó a avanzar por la avenida principal, le sorprendió la confusión reinante. La calle estaba atestada de personas nerviosas y asustadas. Algunas, armadas con cuchillos de carnicero, varas, palas, hachas y cualquier otro objeto que pudiera ser utilizado como arma, se abrían paso hacia el este. Pero no todos se dirigían hacia allí, pues la mayoría de los ciudadanos de Gent se habían dejado llevar por el pánico.

Liath se abrió paso a empujones y codazos. Al principio intentaba gritar cada tres pasos: «¡Id a la catedral!», pero era inútil. No lograba hacerse oír sobre los gritos, los rebuznos de los asnos, los cacareos de las gallinas, los gemidos de los niños, el restallido del fuego y las infinitas pisadas que resonaban por el camino de madera y piedra. Todo el mundo avanzaba en todas las direcciones y en ninguna.

Pero no debería haberse preocupado, pues abrirse paso por la empalizada del palacio, cruzar la plaza y llegar a los grandes escalones que conducían a la catedral de Gent resultó ser la parte más sencilla del trayecto.

La catedral estaba atestada.

Las personas se empujaban en los escalones, rellenoando todos los huecos, llorando y suplicando, alzando a sus hijos sobre sus cabezas para que pudieran acceder al santuario del interior si a ellos les era negado.

—¡Dejad paso! —gritó Liath, pero el ruido sofocaba sus palabras. Sacó la espada y utilizó la empuñadura para abrirse paso. Las personas se giraban, airadas o llorosas,

pero se retiraban al ver su insignia de Águila.

De este modo, logró ascender lentamente los escalones. El interior estaba aún más lleno, si algo así era posible. La gente había conseguido entrar a empujones, desplazando a los que ya estaban en el interior hacia el Hogar, el refugio, el lugar sagrado. Liath no sabía cómo podían respirar. Además, estaba segura de que ni siquiera unos salvajes como los Eika profanarían el lugar sagrado del Dios de las Unidades.

Aquellas personas hedían a miedo y a sudor. Le resultaba imposible, absolutamente imposible, creer que lograría abrirse paso hasta el Hogar, donde esperaba encontrar a la obispa. Envainó su espada.

Entonces oyó un cambio en las voces de la multitud. Como una manta enmudecida que se extendía lentamente por la congregación, los murmullos, los gritos y los sollozos cobraron forma y un himno empezó a arrastrarse desde el frente de la catedral.

—¡Levantadme! —ordenó Liath.

Para su sorpresa, dos hombres la sujetaron por las piernas y la alzaron. La obispa estaba en el Hogar con los brazos elevados hacia los cielos, conduciendo a la congregación por los salmos.

*«Vosotros que vivís al abrigo de la Luz,
vosotros que decís: «El Señor es mi refugio seguro,
la Señora la fortaleza en la que confío».
Él os cubrirá con sus alas.
Ella os cobijará bajo sus brazos.
No debéis temer la flecha que vuela por la noche
ni la lanza que acecha durante el día.
Mil pueden caer a vuestro lado,
Diez mil en las proximidades
Pero vosotros no seréis tocados».*

Liath cantó con ellos. Cuando finalizó el salmo en una sombría Kyria, la obispa volvió las manos, con las palmas hacia fuera, y la multitud guardó silencio para escuchar. Solo se oían los hipidos de los niños asustados.

—Os ruego silencio —dijo la obispa.

El rugido del fuego, la batalla y los tambores lejanos se colaba por las paredes y las puertas abiertas. Antes de que el pánico de la gente congregada en el exterior pudiera poner fin a la paz que habían encontrado, Liath elevó su voz, centrando la atención en su persona del modo que papá siempre le había dicho que debía evitar.

«No pases nunca advertida. No destaques nunca. No eleves nunca tu voz».

—Obispa, os ruego que escuchéis mis palabras. ¡Soy un Águila del rey!

Los hombres que la sujetaban se movieron y tuvo que apoyar una mano en el

hombro de cada uno de ellos para mantener el equilibrio. Todas los presentes la miraron con los rostros pálidos por el miedo. La obispa bajó las manos y le indicó que continuara.

—Excelencia, por favor, creed lo que os digo. He visto una señal. Santa Kristine se apareció ante mí... —Liath se interrumpió, consciente de que estaba perdiendo su atención, la fe que habían depositado en ella—. Santa Kristine de los Cuchillos se apareció ante el príncipe Sanglant. Fue una visión real. Debajo de la catedral, en las catacumbas, hay un túnel que conduce al oeste. Por allí...

No tuvo tiempo para más.

Un grito se alzó entre la multitud congregada en el exterior.

—¡Los Dragones! ¡Los Dragones han caído!

Liath se llevó las manos a los oídos a la vez que los hombres la soltaban. Cayó, pero no llegó a estrellarse contra el suelo debido a la cantidad de personas que se hacinaban en la catedral. Todas empezaron a empujarse, dejándose llevar por el pánico, pero nadie consiguió dar más de medio paso hacia la derecha o la izquierda.

Al instante, un cuerno inundó la catedral, reverberando en la piedra y ensordeciendo a Liath y a todos los presentes, pero silenció a la multitud el tiempo suficiente para que la obispa pudiera hacerse oír.

—¡Esto es lo que digo! —gritó con su poderosa voz—. ¡Esto es lo que os digo, pueblo! ¡No me moveré de este Hogar hostil que todos estéis a salvo o los Eika hayan sido vencidos! Todos aquellos que seáis capaces de luchar coged cualquier arma que podáis encontrar y pelead por salvar nuestra ciudad. En nombre de Nuestra Señora y Nuestro Señor, en nombre de Santa Kristine, que sufrió y murió en este lugar sagrado pero no nos ha abandonado.

Contuvo el aliento, pero el poder de su voz y la tensa expectación eran tales que nadie habló ni llenó el vacío con un clamor.

—Santa Kristine se ha aparecido al príncipe, que en estos momentos está luchando con su propio cuerpo para ahorrarnos el dolor y la profanación. Este es mi mundo, de modo que debéis obedecerme. Permitid que los niños y las mujeres que los están criando sigan al Águila hasta la cripta de forma ordenada. Reunid a los niños, pues ellos y las reliquias sagradas de este Hogar son los tesoros de nuestra ciudad. Debemos salvarlos, si esa es la voluntad de Nuestra Señora, Nuestro Señor y la santa que nos protege. Permitid que los niños mayores cuiden de los pequeños y que los enfermos esperen conmigo en el Hogar. Depositemos nuestra confianza en Dios. Señor, tened piedad. Señora, tened piedad de nosotros.

Sus diaconisas trajeron antorchas y la multitud se separó para dejar paso a Liath que, cogiendo una antorcha, se dirigió hacia la cripta. Cuando descendió los escalones, el estruendo quedó sofocado por la tierra y las paredes de piedra, por el manto de muerte y las pálidas tumbas de los santos. La antorcha soplaba su calor contra su rostro, haciendo que le picaran los ojos.

Esperó a que bajaran las diaconisas que transportaban las sagradas reliquias de

Santa Kristine y, entonces, las escaleras se llenaron de niños asustados y llorosos. Los sentía a sus espaldas como un peso: todos dependían de ella.

«Salva a todos los que puedas», le había dicho Sanglant. Y en el exterior, la multitud había gritado: «Los Dragones han caído».

No tenía ni idea de dónde estaba la tumba de la santa. Todo parecía haber cambiado de lugar. La cripta se abrió ante ella en silencio, taciturna, pues no deseaba revelar sus secretos.

Siguiendo un impulso, se arrodilló en el punto en el que sus pies y los de Sanglant habían pisado la tierra de la cripta hacía tan pocas horas. Miró a su alrededor y... ¡allí!

En el suelo, a unos dos pasos de donde estaba, vio unas gotas de sangre seca.

Siguió el rastro de sangre que había dejado la santa, que la condujo hasta el pozo y las escaleras que descendían hacia la negra oscuridad. Poco a poco, la cripta se fue llenando de gente. Las diaconisas susurraban, asustadas. Un niño empezó a llorar, pero pronto le calmaron.

Ya no se oía la batalla que estaba librando en Gent. No sabía si Sanglant seguía vivo; no tenía ni idea de qué había sido de Wolphere y Manfred.

Albergaba la esperanza de que Hanna hubiese conseguido escapar con vida. Resultaba irónico que su amiga, que se había visto obligada a huir de los Eika, hubiera tomado el camino más seguro... aunque no lo había parecido en su momento.

No podía demorarse. Lo que descansaba en la oscuridad de la tierra no podía ser peor que el destino que aguardaba a aquellos que se enfrentaban a la matanza de los Eika. Respiró hondo y empezó a descender los escalones.

Los fue contando a medida que descendía, consciente de la presión de los refugiados a sus espaldas. No se giró en ningún momento para observarles, ayudarles o asegurarse de que no tropezaban, pues el camino que debía recorrer le resultaba desconocido. Contó ochenta y siete escalones, pronunciando sus números en voz alta para darse valor, para que la oscuridad no le resultara tan absolutamente envolvente. El aire olía a moho y a tierra. En un par de ocasiones que acarició la pared con la mano le pareció que sus dedos tocaban gusanos u otras criaturas acuosas que solo vivían en la oscuridad, pero no podía acobardarse. Debía que seguir adelante.

Los escalones acabaron y el suelo se niveló y viró de forma repentina. El túnel se ensanchó, permitiéndole extender los brazos. Entonces se detuvo, pero solo una vez. La antorcha iluminaba las ásperas paredes de piedra y un techo bajo tallado en la roca. El suelo también era de roca, salpicado de piedritas y guijarros que crujían bajo sus pies, pero era bastante suave, como si antaño el agua hubiera discurrido por este lugar o cientos de pies lo hubieran recorrido, moliendo la piedra bajo su peso y el de los años.

No podía ver qué se extendía ante ella, pero el aire tenía un olor que no había sido perturbado por el fuego, la guerra o la muerte. El aroma de la cebada había quedado atrapado en la suave brisa transportada desde las distantes colinas. Esto le dio ánimos.

Las diaconisas se detuvieron tras ella; el arcón de madera en el que transportaban las reliquias sagradas sobresalía a su espalda.

—Está muy oscuro —dijo un niño, con voz aguda y vacilante—. ¿Dónde está mi mamá?

Liath se internó en la oscuridad. Ella los guiaba, contando hasta que fue ridículo contar, mil y dos mil y más. El túnel discurría en línea recta, como una flecha que se precipita hacia su objetivo.

Y mientras caminaba, lloraba con lágrimas silenciosas. No podía evitarlo. No podía impedir que el pesar la cegara. A sus espaldas oía los suaves gemidos de los bebés y los desvalidos sollozos de niños que no podían entender qué estaba ocurriendo. Las diaconisas murmuraban con voz suave al ritmo de sus pasos, las palabras del salmo que habían entonado en la catedral.

*«Pues Ella ha encargado a Sus ángeles
que os protejan allá donde vayáis,
que os eleven en sus manos».*

Siguió adelante, dirigiendo al grupo. Debía continuar, alejarse lo máximo posible de la ciudad de Cent. ¡Serían tan pocos los que podrían salvarse!

«Los contendremos mientras podamos». Estas habían sido sus últimas palabras.

Sabía que su amor nunca habría sido correspondido. Era una estupidez, un capricho; de hecho, ni siquiera era amor, pues el amor se construye a partir de los vínculos de sangre o el trabajo compartido o la compañía mutua, no mediante una mirada o las divagaciones de un deseo obstinado e insistente. Aunque hubiera sobrevivido, Sanglant nunca habría sido suyo, y no solo por su diferencia de cuna. Papá siempre le había dicho que no debía arrodillarse ante nadie más que el rey y Liath le había creído. Ambos habían nacido libres, ambos eran los descendientes de un antiguo linaje, pues esa era la información que papá le había dado, aunque no había añadido más detalles. Liath procedía de un linaje que había conseguido tierras a cambio de su señorío, unas tierras que no debían rendir cuentas a ningún duque ni conde, solo al rey... como las de la familia de Hathui en las tierras fronterizas del este.

No, era algo más que eso, algo completamente distinto.

«Comprométete con el destino que otros han decidido para ti, como he hecho yo». El deber del capitán de los Dragones del rey era morir al servicio de su rey, y el deber de Liath era vivir si podía.

Además, estaba ligada a ese otro misterio, el de la muerte de papá y la de su madre ocho años atrás, el de la sala del tesoro, el del secreto que guardaba en sus alforjas y quizá en su propia persona. Se había convertido en esclava por el deseo de un hombre de poseer lo que ocultaba en su interior. No siempre había estado marcada por la esclavitud, pero había quedado marcada de por vida por el asesinato de papá y

el misterio de la pluma blanca que había encontrado junto a su cadáver. Era sorda a la magia o estaba protegida contra ella... pero sin duda alguna, la magia le vinculaba.

Es imposible escapar a ciertos destinos.

Siguió caminando, dejando la ciudad de Gent atrás. No sentía nada en su cuerpo. No podía permitir que el pesar detuviera sus pasos y durante los largos meses que había vivido con Hugh había aprendido a ignorar sus emociones, a encerrarlas tras aquella sólida puerta.

Sin embargo, sí que se permitió llorar. Lloraba por Sanglant y por lo que nunca podría haber sido. Lloraba por papá, por mamá, por Wolfhere y por Manfred, por el Águila muerta cuya insignia había heredado. Lloraba por todas las almas que iban a morir, por la valiente obispa y su pueblo. Liath había visto al hechicero Eika que se hacía llamar Corazón Sangriento y no creía que fuera a mostrar piedad ni respeto por la santidad del Hogar. ¿Pero por qué iba a hacerlo si no había sido llevado al Círculo de Unidad? Había asesinado a la condesa Hildegard y después había utilizado su estandarte como parte de una trampa sin escrúpulos. Aquel hechicero deseaba a Sanglant por razones que Liath era incapaz de comprender, y Sanglant y él se habían enzarzado en un duelo que se había iniciado antes incluso de haberse visto las caras.

Su antorcha seguía ardiendo con fuerza, sin apagarse ni consumirse. La sostenía ante ella como una baliza; era la única luz que le quedaba.

No, no era la única luz que le quedaba. ¡Tenía que creer que Hanna seguía con vida! Debía encontrar a Hanna.

Levantó el brazo y tocó la insignia, siguiendo con los dedos el contorno del águila tallada en el bronce. Hanna y las Águilas lo eran todo. Liath ahora era una verdadero Águila. Y eso, quizá, le concedía un lugar en donde podría estar a salvo.

Siguió caminando por aquel túnel interminable. No sabía si quienes la seguían habían desfallecido, pues les guiaba sin mirar atrás.

Los Eika cruzaron las puertas del este poco después del amanecer y ya era mediodía cuando Liath salió, parpadeando, cegada y exhausta, de la estrecha boca de la caverna para ser recibida por la deslumbrante luz de un agradable día primaveral.

A sus espaldas, los refugiados de Gent ascendían a trompicones una pronunciada pendiente de varios metros. El trayecto por el túnel había sido largo y el miedo lo había hecho más duro. Liath temía que los escalones tallados en roca de la ascensión final fueran excesivos para los refugiados más débiles, que estos demoraran los pasos de aquellos que avanzaban detrás.

¡Avanzaban tan despacio! Primero emergieron las nerviosas diaconisas, transportando las reliquias sagradas de la catedral. Después apareció una larga hilera de niños, los pequeños de la mano de los mayores y los bebés en brazos de sus madres. Había mujeres en todos los meses de gestación, incluso una que tenía contracciones. De vez en cuando aparecían otras personas: un herrero con su martillo y sus pinzas, pues sus habilidades eran demasiado valiosas para dejar que se perdieran en una lucha desesperada; las dos muchachas larguiruchas que habían hecho acrobacias en el palacio del alcalde Werner; el anciano bardo que había destrozado la Heleniada y producido sus atroces imitaciones del antiguo verso dariyano durante los diversos banquetes celebrados en el salón del Alcalde.

Avanzaban demasiado despacio. Después de que una hilera de doce abandonara los túneles, se producía una pausa tan larga que Liath contenía el aliento y rezaba para que no hubiera terminado allí la expedición. De pronto aparecían más personas, un inválido, un cojo o un niño que era incapaz de seguir caminando por sí solo. Y entonces el goteo se convertía en una corriente y aquellos que habían quedado atrás se apresuraban a salir y dispersarse por la colina.

Liath no podía soportar el dolor de aquellas personas, pues el suyo ya le pesaba demasiado. Se alejó de la cueva, que descansaba medio escondida por los arbustos y los árboles en lo alto de una enorme colina.

Los campos de cebada se extendían por la ladera, como había dicho Sanglant.

Zonas arboladas bordeaban la cebada madura y, más allá, el bosque ascendía hacia tierras más agrestes. Dos cabañas descansaban a la sombra de los árboles. Mientras miraba, un hombre salió de la más cercana para saber qué ocurría. Entonces, ondeando las manos, corrió hacia las diaconisas y todos empezaron a hablar a la vez.

Liath se acercó un poco, pero recordó que como Águila del rey tenía el derecho y la obligación de escuchar su conversación.

—... pero... pero es un milagro —el hombre sollozaba, con las manos en las mejillas—. La gruta se estrecha y termina en una pared de roca unos treinta pasos más adelante. Nos hemos escondido allí en alguna ocasión, cuando los exploradores Eika se acercan demasiado. Una compañía de Dragones se escondió allí hace cinco noches. ¡Pero jamás he visto escalones ni ningún túnel que conduzca hacia el este!

Se oyó un trueno distante, aunque el cielo estaba claro. Liath se encaramó al cerro que ocultaba la caverna. Desde allí, la colina descendía en picado hasta el valle que se extendía en verde, dorado y tierra hasta el sombrío horizonte del este. El río serpenteaba como hilo negro por la llanura. El cielo estaba tan claro que la luz del sol había blanqueado el azul más intenso en su cénit e inundaba la tierra con su claridad. En la distancia, Gent parecía el juguete de un niño, la maqueta de una ciudad creada con edificios diminutos.

La ciudad de Arnulf, como la llamaban algunos, donde el rey Arnulf el Viejo había unido a sus hijos en matrimonio con los últimos herederos de Varre.

La ciudad ardía en llamas. El humo ensuciaba el horizonte, extendiéndose hacia el cielo. Soplaban tan poco viento que el humo ascendía en vertical formando gruesas columnas que le impedían la visión. La ciudad estaba demasiado lejos para poder identificar sus edificios, pero ni siquiera alcanzaba a ver la torre de la catedral.

La llanura estaba repleta de hormigas que aprovechaban los restos que habían dejado atrás los Eika. Sacudió la cabeza. A ratos estaba impasible, pero entonces le embargaba un gran pesar. Por mucho que lo intentara, no podía seguir ignorando su dolor.

Abandonó su posición para dejar sitio a tres muchachos que ascendieron tras ella. Los tres observaron y señalaron la ciudad, y uno miró boquiabierto a Liath. Su delgado rostro le resultaba familiar, pero no lograba situarle. Quizá era uno de los siervos del palacio del alcalde.

—He perdido el caballo —dijo el muchacho, sollozando.

Liath se alejó. No tenía nada que decirle, ni a él ni a los demás. Mientras descendía con cautela, buscando puntos de apoyo entre la roca suelta y las raíces, observó a los refugiados que seguían emergiendo de la boca de la caverna. Niños y más niños; un bebé regordete y moreno de sexo indeterminado en brazos de una delgada joven de cabello claro que no parecía lo bastante fuerte para llevar esa carga; algunas personas de mayor edad que llevaban bultos a la espalda, quizá sus posesiones más preciadas. Al salir del túnel, algunos se dejaban caer sobre sus rodillas y daban gracias a Dios por haberlos salvado; otros se desplomaban y tenían que ser apartados para que la boca de la caverna quedara despejada.

Pero avanzaban demasiado despacio. Pocos lograrían escapar. Seguro que a estas alturas los Dragones habían sido derrotados. Esperaba que en cualquier momento acabara la hilera de refugiados o que aparecieran los Eika oscilando a diestro y

siniestro sus hachas y sus letales lanzas.

—¡Carromatos! —gritó uno de los muchachos desde lo alto del cerro.

—¡Llevan los colores del alcalde! —gritó otro.

Liath corrió con el granjero hasta el camino. Algunas diaconisas valientes les siguieron, pero los demás permanecieron donde estaban, como si la caverna y la piedad de la santa pudiera concederles la seguridad que tanto ansiaban. Liath sacó el arco y se escondió detrás de un árbol. El granjero levantó una horca.

Pero no necesitaban armas, esta vez no. Los carromatos realmente pertenecían al alcalde Werner. Avanzaban dando bandazos sobre las dos roderas que hacían las veces de camino. El alcalde, con el rostro sonrojado e hinchado por las lágrimas, iba sentado en la parte delantera de un carromato conducido por...

—¡Wolfhere! —Liath dio un salto y corrió, casi bailando, junto al carromato mientras este acababa de ascender la colina y se detenía ante las dos cabañas del granjero de cebada.

El Águila bajó de un salto del carro, la miró con atención y llamó por señas al granjero.

—Indicad a estos siervos dónde pueden encender una hoguera. Buscad un lugar que esté apartado del camino.

—¿Para alertar a los Eika? —protestó el hombre.

Wolfhere hizo un gesto impaciente con la mano.

—Hoy han encontrado una presa mejor que las pobres sobras que hay aquí.

El granjero se retiró obediente.

—He visto la ciudad —dijo Liath, que no podía apartar los ojos de Wolfhere. No podía creer que estuviera vivo—. Está en llamas.

—Así estaba cuando partí.

—¿Cómo conseguisteis escapar? —Miró atrás, esperando ver...

Pero no les acompañaba ningún Dragón, solo los siervos de palacio, unos treinta, que caminaban junto a los diez carromatos. La hermosa mujer de tez pálida que conducía el último vehículo empezó a cepillar a los caballos con ojos secos y sombríos. Liath la reconoció: era la doncella que, como todos sabían, había tenido una aventura con el príncipe. ¿Lloraba por su amante o se alegraba de seguir con vida?

Un hombre se acercó a ella para ayudarla. En el interior del carromato, una niña asomó la cabeza para mirar a su alrededor. Eran la pequeña y el padre que había rescatado de las calles.

Las personas que salían del túnel se arremolinaban en torno al alcalde Werner, asfixiándole a preguntas, súplicas y exigencias.

—¿Dónde está mi marido? ¿Sabéis que ha sido de mi madre? ¿Y la mina? Mi padre montaba guardia allí. ¿La obispa sigue con vida?

Y así sucesivamente. Como un cobarde, pensó Liath con amargura, el alcalde había preferido salvarse antes que morir defendiendo su ciudad. Había delegado esa

responsabilidad en el príncipe Sanglant y los Dragones.

—Mi buen pueblo —gritó, secándose las lágrimas que caían por sus mejillas. Cómo odiaba Liath aquella voz, cargada del engreimiento y la debilidad del niño llorón y mimado que siempre había sido—. Os ruego que guardéis silencio. No hay tiempo que perder. Debemos ponernos en marcha. Nos llevará varios días llegar a Steleshame y en el grupo hay personas débiles y niños pequeños. Hemos vaciado las despensas del palacio. Eso debería bastarnos para el viaje. ¡Escuchad mis palabras!

Por fin, el grupo de refugiados guardó silencio y se aproximó al alcalde. De la boca de la caverna seguían saliendo personas, en fila india o de dos en dos.

—Los niños mayores cuidarán de los pequeños y todos ellos serán divididos en grupos para que no haya confusiones y para que ninguno de ellos quede atrás. Aquellos que sean lo bastante fuertes cargarán comida sobre sus espaldas; de este modo, en los carromatos habrá más espacio para aquellos que tengan las piernas debilitadas. Ahora repartiremos el pan. En una hora nos pondremos en marcha, pues no nos atrevemos a esperar más.

Dicho esto, dio media vuelta y empezó a dar órdenes a sus criados. La hermosa doncella retiró la pesada tela que cubría los alimentos de su carromato y empezó a repartir el pan con una eficiencia fruto de la larga práctica, ayudada de nuevo por el padre de la pequeña. Las diaconisas empezaron a dividir a los niños en grupos de diez, que quedaban a las órdenes de un adolescente. Una de las delgadas acróbatas se acercó a una mujer que lloraba en silencio para ofrecerle pan; la mujer amamantaba a un bebé mientras su hijo pequeño se aferraba a sus faldas. En la boca de la cueva, nuevos refugiados eran recibidos por la resplandeciente luz del mediodía, pero ahora había siervos que les guiaban hacia la comida y un lugar en donde descansar hasta que comenzara la siguiente etapa del trayecto. Ahora, uno de cada cinco refugiados eran adultos que estaban heridos o tenían la ropa chamuscada. En el campo de cebada se habían congregado unas ochocientas personas. Midiendo la posición del sol con los dedos, calculó que había salido de los túneles hacía ya una hora. ¿Los Dragones no llegarían nunca?

Por supuesto que no. El príncipe Sanglant no abandonaría la ciudad hasta que todas y cada uno de las personas que vivían en ella estuvieran a salvo o muertas.

—Liath —Wolfhere le indicó que se acercara. La muchacha le siguió hasta la parte posterior de la cabaña, donde el granjero había preparado una hoguera. El fuego ardía con alegría, un entramado de palos que se desplomó cuando los que estaban en la base se redujeron a cenizas. El granjero arrojó más madera al fuego y, ante una señal de Wolfhere, se retiró, dejándolos a solas.

—Debemos mirar —dijo Wolfhere.

—¿Cómo conseguiste liberarte? —preguntó ella—. ¿Y los demás...? ¿Dónde está Manfred?

El anciano sacudió la cabeza. Por primera vez, Liath vio que sus labios se tensaban, intentando ocultar el dolor de su corazón.

—Cargamos las provisiones en los carromatos y escapamos por la puerta occidental. Otros cruzaron también esas puertas, pero muchos murieron en manos de los Eika. Es posible que alguno consiguiera escapar. Nosotros llegamos más tarde, cuando la batalla que empezó en la puerta oriental ya se había extendido hasta engullir a la mitad de la ciudad, de modo que nos fue relativamente sencillo escapar. Solo perdimos un carromato y fue porque su eje estaba roto. Entonces encontramos a los Dragones...

—¡Dragones!

Wolfhere levantó la mano, obligándola a guardar silencio.

—Los recordarás, pues fueron los mismos que nos salvaron cuando llegamos a Gent hace un mes.

—Sturm —murmuró ella. Su primo, si Sanglant había dicho la verdad.

—Bloquearon el paso a una compañía de Eikas, permitiéndonos escapar.

—¿Y entonces? —preguntó.

Wolfhere frunció el ceño y cerró los ojos, como si no soportara aquel recuerdo.

—Entraron en la ciudad por la puerta oriental, para reunirse a sus compañeros.

Liath cerró los ojos.

—Escucha —dijo Wolfhere—. No podemos permitirnos el lujo de lamentarnos, Liath. Debemos ver con los ojos de las Águilas. Ese es nuestro deber.

—¿A través del fuego y la piedra? —susurró ella.

—No todas las Águilas poseen esa habilidad. Ahora, ayúdame. —Cerró los ojos y levantó las manos sobre los hombros, con las palmas mirando hacia el fuego.

—Pero es cierto —dijo ella, interrumpiéndole. Wolfhere tenía que entenderlo—. Yo no puedo ver de esa forma. No vi nada en la cripta... y no porque hubiera una sombra, sino porque solo veía la piedra. Y respecto a los Eika, hay un hechicero... pero es un Eika, no una criatura de otra raza. —Este recuerdo le dolió, pues todavía estaba demasiado fresco. Recordaba a Sanglant mirando al jefe Eika y pronunciando su nombre—. Así fue como se vinieron abajo las puertas. Urdió una ilusión. No eran las tropas de la condesa Hildegard.

Wolfhere abrió los ojos y la miró.

—Continúa.

—Fue una ilusión. Todos vieron el estandarte, a la condesa y su séquito, todos menos yo. Yo pude ver a través de la ilusión.

—¿Qué intentas decirme?

—Estoy diciendo que soy sorda a la magia, como decía papá. O que algo me protege de ella. No sé exactamente qué es. —Al instante se maldijo por haber confesado su secreto, pero se había alegrado tanto al verle que tenía la certeza de que eso significaba que era alguien en quien podía confiar, al menos en parte. Wolfhere la había salvado de Hugh y siempre la había tratado con amabilidad y buena voluntad. De pronto descubrió que también ella había aprendido a preocuparse de él. Apoyó una mano en el cálido cuero de sus alforjas, sintiendo el libro escondido en su

interior, y esperó.

Wolfhere parecía sorprendido.

—Corazón Sangriento —dijo—. Una ilusión. Ahora lo entiendo. Me preguntaba por qué no había visto a los soldados de la condesa Hildegard en la ciudad ni a ningún miembro de su séquito. Me preguntaba cómo se había venido abajo la puerta. Yo también lo vi, Liath. Vi su estandarte y a sus hombres, perseguidos por los Eika. Desde la empalizada del palacio vi que llegaban al puente, pero después no vi nada más. Y ahora me dices que viste a través de la ilusión.

—Y es cierto.

—No consigo explicarlo, ni para ti ni para mí mismo. Liath ayúdame. Dime qué ves. —Levantó las manos de nuevo y cerró los ojos; instantes después, los abrió y contempló el fuego.

Una llama de color amarillo anaranjado lamió el aire. Liath la miró con atención. Vio en el ojo de su mente un círculo dibujado en el aire: el Círculo de fuego, el cuarto peldaño de la escalera de los magos. A través de este círculo veía la llama.

No veía nada más que la lengua y los chisporroteos del fuego. Sin embargo, ¿no había visto en cierta ocasión salamandras de ojos azules pestañeando entre las brasas del hogar? ¿Y no había visto mariposas invocadas por su padre en el jardín, un día de verano? Una vez, años atrás, antes de que su madre muriera, había visto magia. Antes de que mamá muriera. Después, todo había cambiado.

Papá me estaba protegiendo.

Había dado su vida para protegerla. Para ocultarla.

Hay espíritus que arden en el aire con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos. En sus espaldas, las llamas se alzan furiosas hacia la oscura noche, pero no hay nada que temer. Cuando las cruzas, encuentras un nuevo mundo. En la distancia, un tambor resuena como el latido del corazón y el viento transporta el sonido de una flauta, similar al aleteo de un pájaro.

Unas alas se posan en el alero. Una repentina ráfaga de nieve blanca entra por el hueco de la chimenea. El viento transporta el sonido de las campanas.

—¿Dónde está ella? —había dicho la voz de las campanas.

—Allí donde no podáis encontrarla —había respondido papá.

El fuego ardía cada vez con más fuerza, engullendo los troncos, y en sus llamas pudo ver la batalla, los escalones de la catedral y los Dragones, formando una última y desvencijada línea. ¡Ahora eran tan pocos! Sus caballos y sus compañeros se diseminaban por el suelo, marcando el rastro de su retirada. Los perros que no corrían de un lado a otro, enfurecidos por la batalla, se alimentaban con voracidad. Liath se estremeció, sintiendo náuseas.

Un último grupo de guardias de la ciudad luchaban desesperados junto a la mina, pero pronto fueron vencidos. A sus espaldas, la empalizada del palacio del alcalde y el techo de madera del pabellón ardían en llamas, un terrible y brillante telón de fondo para el último campo de batalla.

Los Eika golpeaban a los Dragones, hundiendo una y otra vez las hachas en sus escudos en forma de lágrima. Las serpientes rojas obligaban a los Dragones a retroceder, a subir los escalones que conducían a las puertas de la catedral.

¡Allí! Cojeando y ensangrentado, Sanglant daba golpes a diestro y siniestro a la vez que retrocedía lentamente, soportando el embate de la matanza. A su derecha, la mujer de las cicatrices, que llevaba el destrozado estandarte de los Dragones alrededor de los hombros, hundía una y otra vez su lanza en el cuerpo de sus enemigos. A su izquierda estaba Sturm que, con ojos sombríos, destrozaba primero a un Eika y después a otro. Manfred se encontraba en las puertas de la catedral, mirando y observando, como era su deber.

De uno en uno, todos los Dragones fueron cayendo. Gent ardía en llamas y sus calles estaban desiertas... excepto por los Eika, que olfateaban los umbrales y saqueaban las casas; excepto por los cadáveres y los perros que seguían dando cuenta de ellos.

Habían llevado un carromato a la plaza que descansaba ante la catedral y, desde este, rodeado por sus aulladoras tropas y por una manada de perros babeantes, Corazón Sangriento observaba las ruinas y a la última fila de Dragones. Bajó de un salto y, levantando una lanza con sus inmensas manos, corrió hacia las escaleras y los atacó de dos en dos. Tras él corrían sus soldados, con las bocas abiertas, lanzando chillidos y aullidos que Liath no podía oír. El Eika desnudo permaneció detrás del carromato, pero incluso él sonreía; sus dientes eran joyas tachonadas que parpadeaban ante el destello de las llamas.

Corazón Sangriento atacó a los últimos Dragones con la fuerza de un martillo. Eran tan pocos y estaban tan heridos y exhaustos que la mitad de ellos se vinieron abajo. Sturm se desvaneció en una salva de golpes de hacha y la mujer estaba siendo desgarrada por los enormes perros, que tiraban de ella hacia abajo. Los Dragones gritaron el nombre de su príncipe, pero los Eika les rodearon y les obligaron a retroceder hasta la base de las escaleras. Sanglant, en el centro, en el ojo de la tormenta, golpeaba enloquecido a diestro y siniestro, abriéndose paso hacia Corazón Sangriento.

El golpe que lo derribó le fue asestado por la espalda.

Fue rodeado, flanqueado y engullido por sus enemigos. Un Eika gritó y saltó al hueco que se abría tras el príncipe. Sanglant se sacudió y se desplomó, como una roca que se deja caer. Su cuerpo aterrizó con fuerza a los pies de Corazón Sangriento.

Los Dragones se habían ido, se habían desvanecido como si jamás hubieran existido. Corazón Sangriento miró al príncipe, se inclinó y le arrancó el casco de la cabeza para observar su rostro inerte. Entonces, deslizó una mano bajo el collar de oro y lo arrancó, desgarrando con sus blancas uñas el rostro y el cuello de Sanglant. La sangre empezó a caer, pero pronto se detuvo.

El líder de los Eika levantó el collar de oro como si fuera un trofeo, echó hacia atrás la cabeza y aulló triunfante.

Liath se estremeció. No debería haber oído aquel aullido, pero lo oyó, como si hubiera sido transportado por el viento a través del túnel por el que huían los refugiados, como si se hubiera abierto paso directamente hasta su corazón.

Era incapaz de apartar la mirada.

Corazón Sangriento bajó el collar, pero solo para apartar a los perros. Osciló la lanza a su alrededor, usando el eje y la punta, y gruñó y maldijo a las bestias mientras las obligaba a alejarse de su trofeo, de Sanglant. Los perros obedecieron y se sentaron sobre sus patas traseras; sus ojos amarillos ardían de cólera, sus lenguas colgaban y sus hocicos estaban manchados de saliva y de sangre. El de mayor tamaño gruñó y mostró sus dientes al capitán de los Eika, pero este le golpeó con fuerza en la cabeza. Sus garras (un brote erizado que nacía en sus nudillos) abrieron un profundo corte en su mejilla. El animal gimió y se agachó ante él; los demás volvieron sus desagradables cabezas y miraron hambrientos el cuerpo del príncipe, pero no intentaron acercarse. Aún.

Pronto. Pronto, Sanglant les pertenecería.

Liath se inclinó hacia el fuego, deseando coger su cuerpo y llevarlo a la seguridad para ahorrarle esta profanación. El calor secaba sus lágrimas, pero no podía eliminar su dolor. No podía cambiar lo que estaba viendo.

Corazón Sangriento se sacudió y se giró, como si hubiera sentido el aliento del enemigo en la nuca. Alzó la mirada a media distancia y todo cambió. El fuego centelleaba ante ella. Liath parpadeó y descubrió que la estaba mirando.

—¿Quién eres? —preguntó Corazón Sangriento, fijando de forma imposible su mirada a través del luego—. Me molestas al espiarme. ¡Márchate!

Escupió. Liath retrocedió y se encontró mirando nuevamente el fuego, que rugía, crepitaba y se consumía. Los edificios de piedra desaparecían bajo el rojo del calor y el azul blanquecino de la llama; un humo espeso y aceitoso se filtraba en sus fosas nasales. Oyó los caballos galopando, un grito en la distancia, el suave sonido de un cuerno atrapado en el viento. Era la primera vez que veía aquellos edificios. No eran los que se alzaban en la ciudad de Gent.

Una figura se giró. Era un hombre armado con una coraza de bronce y una lanza con la punta de plata.

—Liathano —dijo.

A través de él se abre una puerta; su propia sombra es la puerta, como las estrellas vistas a través de fina gasa. Un tambor resuena con el latido del corazón y la flauta desliza su música por el aire como hojas que ascienden y caen. Ella no ve ninguna llama; está mirando un fuego distinto, un fuego que no es el suyo.

Allí, en una piedra lisa, hay un hombre sentado... pero puede que no sea un hombre, pues sus rasgos son exóticos y diferentes a los de cualquier otro que haya visto en su vida; sin embargo, guarda cierto parecido con Sanglant: su piel de color bronce, sus elevados pómulos, su rostro imberbe. Viste un extraño taparrabos exquisitamente trabajado, con un diseño de cuentas en forma de pájaros y hojas

unidas en un estrecho abrazo. Fundas de cuero protegen sus antebrazos y sus pantorrillas, cubiertas por hojas doradas y verdes, y por diminutas conchas, cuentas de oro y piedras pulidas unidas entre sí. Una capa ribeteada de conchas blancas y cerrada sobre el hombro derecho con un broche de jade cae sobre su cintura. Alargados trozos de fibra (quizá lino) se deslizan sobre sus muslos desnudos, convirtiéndose en tela.

Levanta la mirada, sorprendido, y la mira, pero no parece verla. A sus espaldas se mueve una figura, pero está demasiado lejos para poder verla con claridad.

—Liath.

La muchacha retrocedió de un salto. Tenía el rostro sonrojado por el calor y descubrió que estaba mirando la hoguera. Wolfhere se alzaba ante de ella; las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras contemplaba las llamas.

—Aoi —murmuró en voz baja, cuando por fin apartó la mirada.

Liath parpadeó, desconcertada. ¿Quién había pronunciado su nombre y la había apartado de aquella visión final?

—Esos eran los Perdidos, Liath.

—¿Quiénes? —No lograba encontrar el sentido del mundo, de sus dedos en sus manos, del crepitar del fuego o del soplo del viento contra su rostro.

Ay, Señora. Sanglant había muerto.

Wolfhere se sacudió como un perro... o como un lobo... y se levantó con brusquedad.

—Tendremos que resolver más adelante este misterio —dijo—. Ven, Liath. Nuestro primer deber es para con el rey, que debe ser informado de esto.

—¿De qué? —Hacer esta pregunta le resultó bastante difícil. No podía moverse; ni siquiera recordaba qué era moverse.

—De la caída de Gent. De la muerte de su hijo.

La muerte de su hijo.

—Alimento para los perros —murmuró Wolfhere. Hizo una mueca, como un hombre que tiene la punta de una flecha clavada en el muslo.

Liath cayó sobre sus rodillas y unió las manos ante ella.

—Ay, Señora —susurró—. Escucha mi plegaria. Jamás amaré a ningún otro hombre.

—Unas palabras imprudentes —dijo Wolfhere con severidad—. Ven, Liath.

—Unas palabras seguras —respondió ella con amargura—, puesto que ahora está muerto. Yo seguiré el destino que otros han dispuesto para mí.

—Todos nosotros lo haremos —dijo él en voz baja.

Dejaron el fuego, que seguía ardiendo, y al dar la vuelta a la cabaña encontraron el campo repleto de refugiados que se estaban poniendo en fila, preparándose para partir.

—¿Tanto tiempo ha transcurrido? —preguntó Liath, sorprendida. Había unos cien refugiados más en el campo de cebada y seguían saliendo hombres por el túnel,

abrasados, temblorosos y sollozantes. Aquellas personas habían abandonado Gent horas atrás. No podían saber qué acababa de ocurrir, que habían visto Wolfhere y ella—. ¿Cuánto rato hemos contemplado el fuego?

Wolfhere no respondió. Se había alejado para hablar con el alcalde Werner, para pedirle que dejara dos caballos a las Águilas. Liath no escuchó la discusión, pues siguió observando la boca de la cueva, de donde seguían saliendo personas a la luz del sol, parpadeando, sollozando, asustadas, aliviadas. ¿Cuántos más llegarían? ¿Estaría Manfred entre ellos o habría sido asesinado? ¿La obispa había sobrevivido?

—¡Liath! —Wolfhere le llamó, impaciente, tenso y enfadado—. ¡Ven!

Trajeron los caballos. Werner escupió furioso, pero hizo lo que le pedían. Liath cogió las riendas de un capón y montó.

—¿Qué ocurre con Manfred? —preguntó, mirando atrás sobre sus hombros, hacia la hilera de carromatos y los ordenados grupos de refugiados, que ya estaban preparados para iniciar el largo trayecto. Miraba con esperanza, desesperada, hacia la boca de la caverna.

—No podemos esperar —dijo Wolfhere. Espoleó a su caballo, avanzando hacia el viejo camino.

El primer carromato arrancó con una sacudida hacia el oeste, hacia Steleshame, buscando un refugio seguro. Los refugiados, con murmullos, suspiros y lamentos, se pusieron en marcha. Liath vaciló y volvió a mirar atrás.

Puede que fuera una ilusión, pero le pareció ver una tenue figura alzándose en el saliente rocoso que descansaba sobre la boca de la cueva. Era una mujer vestida con un traje de diseño antiguo; estaba herida pero se mantenía en pie, sin dejar que el dolor la venciera. La santa patrona de Gent seguía cuidando de su rebaño.

Puede que no fuera más que un efecto creado por la brisa. De pronto le pareció oír un grito y una última figura apareció en la boca de la cueva.

—¡El túnel está cerrado! ¡Está completamente sellado, como si nunca hubiera existido!

—¡Liath! —Wolfhere ya estaba entre los árboles. Los carromatos avanzaban por el camino.

La muchacha siguió a Wolfhere por el viejo sendero que conducía al bosque, alejándose de Gent. Los refugiados pronto quedaron atrás.

CAPÍTULO 13



LA SOMBRA DEL GVINRE

1

El ejército de Sabella levantó el campamento en el Valle de Elmark, en la frontera oriental de las tierras heredadas por su marido. Aquí, cincuenta años atrás, el reino de Varre había dado paso a las tierras gobernadas por los reyes y reinas de Wendar. En las laderas que se alzaban más allá del valle descansaban las aldeas controladas por el duque de Fesse, cuya lealtad hacia la casa real de Wendar era absoluta.

Al anoecer llegó la noticia de que un ejército dirigido por el rey Henry había llegado a la ciudad de Kassel, que se encontraba a un día de camino de la frontera y de la posición que ocupaban. Aquella noche, los clérigos de la obispa Antonia se movieron por el campamento repartiendo amuletos a los soldados; Alain avanzaba con ellos. Ya estaba acostumbrado a su presencia, pues dormía, comía, caminaba y rezaba bajo la mirada constante de Willibrod o Heribert.

Y la de Agius, pero su compañía era como la áspera camisa que vestía. Alain consideraba que el roce constante de su dura presencia era bueno para el alma y, por lo tanto, le ayudaría a conseguir un pensamiento más pío y más elevado; sin embargo, prefería no tener que sufrir continuamente aquel contacto.

No le cabía duda de que esta forma de pensar revelaba lo deficiente que era su verdadera santidad, pues solo tenía que mirar a Agius para contemplar a un hombre que no deseaba más que unirse a Dios. Alain admiraba la ferocidad de su devoción pero, a pesar de las circunstancias, le maravillaba estar viendo por fin algo de mundo. Suponía e imploraba que Nuestro Señor y Nuestra Señora le perdonaran por desear experimentar el mundo antes de entregarse por completo a Su servicio.

—¿Qué es esto? —preguntó Agius, cuando Alain y los clérigos regresaron a la tienda de la obispa Antonia. El frater prefería rezar vigilado por los guardias que deambular por el campamento acompañado por los clérigos de Antonia, a quienes despreciaba. Además, deseaba permanecer encerrado, como un rehén, para que nadie creyera que se había unido voluntariamente a la causa de Sabella—. ¿Es un amuleto?

El clérigo Willibrod balbució algo incomprensible y se rascó sus heridas.

Heribert, que nunca parecía intimidado por el elevado rango de Agius, le tendió el amuleto impaciente.

—Tened esto. Os protegerá.

Agius levantó una ceja.

—¿Magia? ¿Ahora la obispa Antonia coquetea con la magia, además de la

traición?

Willibrod rio nervioso.

Heribert dejó caer el amuleto en la mano de Agius y se giró.

—Es tarde, hermano —le dijo a Willibrod—. Debemos rezar y acostarnos.

La cama de la obispa Antonia estaba vacía, pues seguía conversando con Sabella y los demás nobles. En el exterior, un guardia bostezó. Rabia y Pesar se dirigieron a su rincón favorito y se giraron varias veces, persiguiendo sus propias colas, hasta que por fin se quedaron tranquilos. Agius miró el amuleto, manoseándolo, girándolo a un lado y al otro.

Alain se acuclilló junto a él.

—¿Creéis que es magia? —susurró.

Agius se encogió de hombros.

—No sé nada de magia... o al menos, no sé más de lo que puedes saber tú.

Alain también llevaba uno de esos amuletos alrededor del cuello, atado con un trozo de cuerda. Lo sostuvo en alto, comparándolo con el que tenía Agius. Era un pequeño círculo de madera bastante inocente, pues parecía un Círculo de Unidad, el adorno que cualquier persona desearía llevar en su pecho. Sin embargo, al dorso habían tallado unas letras diminutas que Alain no conocía, y habían adjuntado un mechón de cabello, un delicado cañón que parecía proceder de una pluma y una hoja marchita.

—En nuestra aldea vive una anciana que conoce el lenguaje de las aves —dijo Alain—. En cierta ocasión, un hombre viajó a la Aldea de Osna afirmando que podía decirnos nuestra fortuna leyendo el mapa de los cielos el día que nacimos, pero como cobraba dinero por sus profecías, la diaconisa Miria dijo que era un fraude y lo echamos de la ciudad.

Agius observó con el ceño fruncido las letras chamuscadas al dorso del círculo de piedra.

—No conozco estas letras ni estas palabras —comentó—. Ni tampoco tengo intenciones de preguntar a nuestros hermanos clérigos qué significan, si es que lo saben. —Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Alain. Su expresión era severa. El joven supo al instante qué estaba pensando: en la noche en que Antonia había sacrificado a Lackling, cuando llegaron los espíritus atraídos por el olor de la sangre. Después de aquella noche, el conde Lavastine había cambiado, había dejado de ser un hombre astuto y decidido, y se había convertido en un títere que obedecía a la voluntad de otros.

—Supongo que la obispa Antonia pretende usar magia —susurró Alain mirando a los clérigos, que estaban rezando y no parecían prestar atención a su conversación—. Ya la ha utilizado con anterioridad.

—¿Pero con qué propósito? —murmuró Agius—. ¿Y cómo? Cuando participé en la marcha del rey en mi infancia, conocí a algunos compañeros en la schola que podrían saberlo o averiguarlo. Por ejemplo, el hijo bastardo de la Margrave Judith, a

quien siempre le interesó todo aquello que los clérigos no deseaban enseñarle. A mí las artes prohibidas nunca me interesaron, pues ya había descubierto las palabras perdidas de Daisan el bendito y el testimonio de su santa discípula Santa Tecla...

Guardó silencio y se levantó. Pesar aulló desde lo más profundo de su garganta y Alain se puso en pie de un salto cuando llegó la obispa acompañada de sus siervos. Sus hábitos llevaban el brillo de las gotas de lluvia, que centelleaban a la luz de la antorcha. El aire que trajeron consigo olía a humedad. Alain oyó en la distancia un cantar ebrio, obsceno. Sabella había despedido recientemente a su último amante y había concedido su favor a un hombre más joven y atractivo, un soldado que había nacido libre y que trabajaba en la guardia del duque Rodulf. Cinco noches atrás se había producido una amarga pero breve confrontación entre ambos y, ahora, el amante despechado era objeto de burlas y se había convertido en el protagonista de una gran cantidad de versos malévolos.

—Clérigo Heribert —dijo la obispa. El joven acudió al instante y se arrodilló ante ella—. Quiero que dejes espacio para una cama aquí, en el rincón, junto a nuestros huéspedes. —Siempre se refería a Agius y a Alain usando ese eufemismo—. En cuanto termines, tráela aquí. Debemos hacer sitio, pues se han unido más personas al ejército de Sabella. «Que todo el mundo tenga su sitio en la casa de los justos».

—No debéis invitar a vuestro hogar a todos los que llegan —replicó Agius—, pues la deshonestidad tiene muchos disfraces.

Antonia le lanzó una mirada compasiva, la misma con la que alguien miraría a un niño que es lo bastante mayor para llevar las cabras al monte pero que sigue orinándose encima. Después posó sus ojos en Alain. Pesar gruñó y el muchacho apoyó una mano en su hocico para que guardara silencio.

—Ven, muchacho —dijo la obispa, ignorando la hostilidad del perro—. Hablaremos mientras me preparo para acostarme.

Willibrod acercó un taburete para que Alain tomara asiento y revoloteó nervioso a sus espaldas mientras los criados ayudaban a la obispa a despojarse de la mitra y los hábitos, los doblaban con sumo cuidado y los guardaban en el arcón exquisitamente tallado y pintado que descansaba a los pies de su cama. La obispa, que llevaba una túnica de seda blanca bajo los hábitos, se sentó mientras una de sus doncellas destrenzaba y trenzaba de nuevo su cabello. Sus dedos jugueteaban con un Círculo de Unidad dorado, con piedras preciosas engarzadas. Alain miraba por turnos sus manos y las de ella.

—¿Has proseguido con tus lecciones durante las tardes? —preguntó.

—Sí, Excelencia.

—Lee para mí. —Cogió un libro guardado en un estuche de mármol tan hermosamente tallado que, cuando se lo tendió, le dio miedo tocarlo. La obispa asintió, indicándole que debía aceptarlo.

A regañadientes, Alain cogió el libro de sus manos y empezó a hojearlo. La primera página estaba hermosamente decorada con una imagen de los siete discípulos

elevando sus manos hacia los cielos, celebrando el milagro del Pentekoste. La voluta estaba diseñada con tinta dorada y la gran letra inicial del texto contenía en su grueso contorno negro infinitos búhos diminutos apostados en un estrecho Árbol de la Sabiduría, cada uno de los cuales sostenía en sus garras un pergamino o una pluma aún más diminutos. Todo se había dibujado en meticuloso y perfecto detalle. Alain nunca había tocado nada de tanto valor.

—Lee, muchacho —repitió.

Alain empezó a leer con voz vacilante.

—Entonces ocurrió que siete veces siete días después del Translatus, Tecla oyó la voz de Daisan el bendito y recuperó la visión. Él se apareció ante ella y sus compañeros para mostrarles que estaba vivo. Habló con ellos durante siete horas, adoctrinándolos sobre el Dios de las Unidades y la Cámara de Luz.

Con el corazón palpitando con fuerza, guardó silencio y respiró hondo. Siempre se ponía nervioso cuando tenía que leer delante de Agius, pero era peor tener que hacerlo bajo la mirada atenta de Antonia. Agius se había arrodillado, como hacía siempre que alguien leía el libro de los Versos Sagrados.

—Has hecho progresos —dijo Antonia—. Pero todavía no lees con fluidez. Continúa.

Envió una silenciosa oración de gracias a la Señora y al Señor. Aunque sabía descifrar el dariyano, la lengua de la iglesia, le habría resultado imposible leer cualquier otro/texto que no fuera este. Había oído aquella historia tantas veces en la iglesia de Osna, cuando la diaconisa Miria leía en voz alta los Versos Sagrados o la contaba de memoria con todo lujo de detalles, que aunque no reconociera una palabra, sabía qué venía a continuación.

—Y Daisan el bendito les dijo:

—Recibiréis el poder cuando un ángel que lleve consigo el Logos Divino, la Palabra Sagrada de Dios, aparezca ante vosotros. Entonces daréis testimonio de lo que habéis visto en Sais, en Dariya y en Arbahia, y viajaréis por el mundo para propagar la Palabra Sagrada.

Tras decir esto, se elevó en los ciclos y su cuerpo quedó escondido tras una nube.

Entonces regresaron a Sais desde la colina llamada Olivassia, que se alza en las proximidades de Sais, a no más de un día de viaje. Al llegar a la ciudad se dirigieron a la casa en la que se alojaban Tecla, Pedro, Matthias, Thomas, Lucia, Marian y Johanna. Todos se unieron en la oración.

Y este fue el día conocido como Pentekoste, el quincuagésimo día tras el Éxtasis y el Translatus de Daisan el bendito a los cielos. En este día, mientras estaban todos reunidos, un sonido del cielo similar al de un fuerte viento inundó la casa y aparecieron lenguas que parecían llamas de fuego.

Antonia suspiró y asintió con la cabeza, como si aquel relato le afectara profundamente.

—Y así fue como los discípulos hablaron en todas las lenguas de todas las naciones —dijo la mujer—. Incluso en aquellas lenguas que no conocían. Daisan el bendito reveló la Palabra Santa y el mensaje de Luz fue enviado al mundo entero.

—¿Incluso a los Eika? —preguntó Alain—. ¿Y a los Perdidos? ¿Y a los duendes que viven en las Montañas Harenz?

—Incluso a ellos —replicó Antonia con voz solemne—. Pues no nos corresponde a nosotros juzgar quién puede entrar en la Cámara de Luz y quién no.

Alain pensó en el Quinto Hermano y en cómo había contado al príncipe Eika la historia del Éxtasis y el Translatus de Daisan a los cielos. El príncipe no entendía el wendiano... pero aquella historia le había hecho pronunciar su primera palabra, revelando que podía hablar y que tenía una inteligencia que comprendía y buscaba el intercambio verbal. Había hecho que el príncipe, aún siendo un salvaje, intentara mantener cierta amistad con él.

Una doncella trajo un cántaro lleno de agua humeante y, tras verterla sobre la delicada palangana de cerámica, humedeció un trapo y lavó con sumo cuidado el rostro de la obispa. A continuación, ungió su piel con aceites perfumados con aroma de lavanda.

—Continúa —dijo Antonia con los ojos cerrados, mientras la doncella deslizaba el trapo por su rostro—. Sigue leyendo, muchacho.

Tragó saliva y miró a Agius, pero el frater había apoyado la frente en sus manos y miraba al suelo. Se humedeció los labios, nervioso, y continuó.

—En Sais ahora vivían personas de todas las naciones que existen bajo el cielo. Una multitud sorprendida y perpleja se congregó al conocer el milagro. Tecla se alzó junto a los Seis y se dirigió a ellos: «Y esto decía el profeta. Y esto es lo que dice el Dios de Unidades: “Durante los próximos días verteremos sobre todas y cada una de las personas una parte de nuestra Palabra Sagrada. Vuestras mujeres recibirán visiones y vuestros hombres tendrán sueños Oníricos. Incluso los esclavos recibirán una parte de nuestra Palabra y podrán profetizar. El cielo nos mostrará presagios y la tierra señales, sangre y fuego y tormentas, El sol se sumirá en la oscuridad y la luna en sangre. Llamad a la Señora por Su nombre, la Madre de Vida, y llamad al Señor por Su nombre, el Padre de Vida, y seréis salvados y elevados a la gloria de la Cámara de Luz”». Entonces, los discípulos unieron sus manos y elevaron sus voces en una oración, como para reafirmar sus palabras.

Un clérigo entró y se inclinó para susurrar algo al oído de Antonia. La mujer sonrió y, haciendo una señal, se levantó.

—Esta noche tenemos un nuevo huésped en nuestra tienda —anunció. Mientras se giraba, el clérigo Heribert apareció en la entrada de la puerta, acompañado por los dos guardias que habían custodiado a Constance. Tras ellos aparecieron diversos siervos que transportaban una cama de madera y un colchón de plumas.

Durante los días anteriores, Constance había perdido sus hábitos de obispa. Alain no sabía si había renunciado a ellos o si le habían sido arrebatados, pero se alegró al comprobar que en su rostro no había señales de coerción física.

—Mi bendita hermana —dijo Antonia, acercándose. Constance extendió la mano, como si pretendiera que se la besara, pero Antonia se la apretó con afecto como si fuera la de un familiar. Alain ignoraba si aquella impertinencia había irritado a Constance: al fin y al cabo, Sabella le había arrebatado el obispado y, por lo tanto, la obispa Antonia ocupaba una posición superior en la jerarquía de la iglesia... aunque no en la del mundo. Como obispa, Constance había lucido el collar de oro que la marcaba como hija de familia real, collar que seguía llevando con sus humildes hábitos de diaconisa.

—Lamento esta pérdida de comodidades —continuó Antonia—. Pero estabais sola con vuestros siervos en aquella tienda y el primo del duque Conrad, el hijo de la hermana de su padre, se ha unido a nosotros acompañado por veinte hombres a caballo y cincuenta soldados de infantería.

—¿Y qué hay de Conrad? —preguntó Constance con frialdad, sin dedicar ni una sola mirada a Agius—. ¿No ha venido a unirse a Sabella? Quizá no le ha parecido buena idea prestar sus servicios a una rebelión ilegal. —Uno de sus siervos acercó un taburete para que tomara asiento.

Agius no había levantado los ojos de su oración, pero había cierta tensión en sus hombros. Parecía que su cuerpo deseaba expresar lo que sus ojos y sus labios se negaban a decir: que la había traicionado.

—El duque Conrad no ha llegado aún. Se dice que su mujer Eadgifu está a siete días de dar a luz.

—Será su cuarto hijo —dijo Constance. Solo el lento movimiento de su mano derecha, acariciando los dedos de la izquierda, revelaba su nerviosismo o su enfado—. Pero eso es solo una excusa, Excelencia. Eadgifu tiene parientes a su lado, de modo que no hay ninguna necesidad de que su marido esté junto a ella en un momento así. No os engañéis, si el duque Conrad no ha acudido aún junto a Sabella, es porque no tiene ninguna intención de hacerlo.

—Tampoco ha acudido junto a Henry.

Constance esbozó una pequeña sonrisa.

—Conrad no carece de ambiciones pues, aparte de mi familia, él es el único descendiente con vida del primer Henry. Si los hijos de Arnulf el Joven perecen luchando por su derecho a reinar, será él quien reclame el trono.

—¿Olvidáis que también puede reclamarlo la duquesa Liutgard?

—Es cierto que procede de un linaje real, pues es la bisnieta del hermano de la reina Conradina. Sin embargo, cuando su abuelo renunció al trono y dio su apoyo a Henry, renunció al poder para siempre. No, la lealtad de Liutgard está asegurada.

En este momento miró a Agius, que levantó brevemente la mirada, pero enseguida apartó los ojos de ella.

—¿Entonces cuál es vuestro consejo? —preguntó Antonia, sin utilizar el título honorífico que correspondía a una obispa. Era evidente que se trataba de una omisión deliberada: mientras Sabella controlara la ciudad, Constance no sería la obispa de Autun.

—Os aconsejo la paz —dijo Constance—. Como debemos hacer todos aquellos que prestamos servicio a Nuestra Señora y Nuestro Señor.

Antonia hizo una señal a sus siervos, que trajeron almohadas y una colcha de plumas.

—Es tarde —dijo la obispa—. Nos pondremos en marcha por la mañana.

—En cuanto crucéis la frontera de Wendar habréis mostrado vuestro desafío al reinado de mi hermano —advirtió Constance—, y este gesto sobrepasará con creces lo ocurrido durante los últimos meses.

—Así sea —replicó Antonia, esbozando una de sus sonrisas más amables. Parecía una profesora que intenta ser paciente con una estudiante a la que le cuesta aprender—. Según nos han informado nuestros exploradores, Henry nos espera en Kassel. Allí es donde nos reuniremos. Ahora recemos y descansemos.

Se arrodilló, y sus siervos y el clérigo se arrodillaron con ella. Constance vaciló, pero entonces, con orgullo y el aire noble de una mujer que no está dispuesta a permitir que la adversidad la supere, también se arrodilló y se unió a la oración.



Aquella noche, Alain soñó.

La oscilación del bote le arrulla, pero no consigue dormir. Hay veinte prisioneros, convertidos en esclavos, acurrucados en el fondo del bote. Todos ellos lloran o gimen o duermen el sueño de aquellos que han renunciado a la esperanza. Sus primos cogen solo a los más fuertes, a los más jóvenes, que prestarán servicio durante unos años antes de sucumbir al hielo del invierno o a la depredación de los perros. Algunos incluso criarán, pero los suaves bebés serán débiles y frágiles, no estarán preparados para sobrevivir. Cómo han conseguido crecer hasta diseminarse por las tierras del sur es un misterio que no puede responder, ni tampoco se atreve a preguntárselo a las Sabias, pues estas no desean oír hablar del destino de los infieles. Sin embargo, recuerda que Halane Hijo de Henry, hablaba de un dios y de fe. Toca el círculo que pende de su pecho. Está frío.

Las olas golpean el casco y los remos crujen en las horquillas a medida que la nave surca los mares. Esta es la música que ha oído durante toda su vida y su cadencia es como aliento para él. Es una buena noche para viajar por el mar del norte.

Está de pie en la proa, observando el movimiento del agua. Estudia las estrellas, que son los ojos de las Madres más antiguas, aquellas cuyos cuerpos fueron

transportados por el viento y llevados hasta el valle del hielo negro, el fjall de los cielos. La luna, el corazón del Hombre Antiguo, extiende su luz sobre las aguas.

En cierta ocasión, también él ocupó su lugar en los remos. Pero eso fue antes de que su padre robara el secreto del poder del hechicero y, vinculando dicho poder a su ser, sacara a su tribu sus cachorros de luchas infinitas y los llevara a la supremacía.

Antaño él trabajaba junto a los demás, pero eso fue antes de que su padre abriera agujeros en sus dientes y los rellenara con joyas para marcar su superioridad. Ahora, era él quien gobernaba, junto a sus hermanos de nido.

Esta nave no pertenece a su tribu natal, pero está marcada por la sabiduría de las Madres Sabias y su padre es el gran hechicero y jefe de las tribus de la orilla oriental. Por lo tanto, estos primos le han aceptado como líder. Por supuesto, tuvo que matar a su Primer Hermano y al líder de la manada de perros, pero eso es ley de vida en cada camada y cada tribu: solo un macho puede gobernar. Los demás deben mostrar sus gargantas o morir.

¿Los blandos escogerían a sus líderes de este modo? ¿O quizá eran débiles porque no lo hacían? Él no los entiende, no comprende por qué Halane le dejó en libertad. La compasión no tiene cabida en el cruel norte. Como dijo en cierta ocasión la Antigua Madre, los Hijos de la Roca habrían muerto años atrás si hubieran sucumbido a la pasión.

El viento lleva el aroma de la costa a sus fosas nasales. Una de las esclavas llora sin cesar, un gemido lastimoso que le enerva. Antaño habría soltado a los perros sobre ella o le habría cortado la garganta con sus propias garras, pero ahora, el recuerdo de Halane le contiene. Lo soportará. Sufrirá las quejas de los débiles.

Por ahora.

El olor del agua fresca le roza los labios. Los humedece, pues de pronto se siente sediento, pero todavía no quiere cederá esta necesidad. Ceder deprisa no hace más que incrementar la debilidad. A sus espadas, como si conocieran sus pensamientos, los perros aúllan. Él se gira y les gruñe en respuesta. Los perros guardan silencio, aceptando su supremacía.

Por ahora.

Percibe el aroma de una arboleda de fresnos y robles. Están pasando junto a un bosque mientras viajan hacia el este. Al este, donde caza su padre.

Los remos baten el mar, se hunden profundamente, una y otra vez. El viento sopla en su rostro y la sal cubre de escarcha sus labios. Desde la orilla le llega el olor del carbón; vuelve a girar la cabeza y olfatea, acariciando el aire con la lengua.



Alain abrió los ojos. Estaba completamente despierto y le sorprendió advertir que sus

ojos ya se habían adaptado a la oscuridad. Rabia dormía. Pesar gimió suavemente, pero no se movió. Detrás de Pesar, las mantas en las que dormía Agius estaban vacías.

A la luz del carbón del brasero, Alain vio una figura oscura arrodillada junto a la cama en la que dormía Constance. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Acaso alguien estaba a punto de matarla?

Estuvo a punto de levantarse de un salto, pero esta noche su oído estaba agudizado. Podía oír su respiración, el árido roce de la piel cuando sus manos se tocaron, sus susurros, tan suaves como el murmullo de los daimones en el aire de la noche.

—Frederic estuvo implicado en la primera revuelta de *lady Sabella*. ¿Por qué debería confiar ahora en ti, después de lo que has hecho, sabiendo lo que sé de tu hermano? —Sus duras palabras no tenían nada que ver con su tono y el modo en que tocaba las manos de Agius, más como una amante que como una obispa severa.

—No estaba contento. Era muy joven. Alcanzó la mayoría de edad y mi padre le dio un séquito pero ninguna responsabilidad. Era un alma temeraria y deseaba acción. Sabes que es cierto. Por eso, cuando la rebelión fracasó, fue castigado y contrajo matrimonio con Liutgard.

—¿Consideras que fue un castigo tener que contraer matrimonio con Liutgard? —estuvo a punto de reír.

—Ay, Señora. Lo habría sido para mí —se asfixió con las palabras, pues las pronunció con demasiada emoción.

—Silencio, Agius. —La obispa se movió y a Alain le pareció ver que acercaba un dedo a los labios del frater, que le tocaba de un modo muy íntimo.

Alain se sonrojó y apartó la mirada. Por alguna razón pensó en Withi, en sus hombros y en la pálida extensión de pecho que le había permitido ver aquel día, antes de seguirla hasta las ruinas la víspera del solsticio de verano. Nunca había tocado a una mujer de aquella forma.

—Debes amar a Dios, Agius —murmuró Constance—. No al mundo y a aquellos que viven en él. La obispa Antonia me ha dicho que estás implicado en la herejía. No tengo ninguna razón para confiar en ella, de modo que dejaré que te defiendas de tan desagradable acusación.

—No puedo hacerlo. No lo haré. Después de que fueras prometida a la iglesia en vez de... —titubeó—. En vez de al matrimonio, juré que no descansaría...

—Juraste que te vengarías de tu padre y de mi hermano. Pero no debes hacerlo, Agius. Debes permitir que esta cólera desaparezca. Ni tú ni yo podíamos hacer nada.

—Mi padre juró delante del Hogar, al igual que tu hermano, pero el Señor y la Señora no les castigaron cuando se retractaron de su promesa. De este modo supe que sus palabras estaban vacías, pues habían sido pronunciadas a la sombra de la verdad. Habían escuchado las falsas palabras de aquellos que presidían el Concilio de Addai, aquellos que suprimían la verdad. También Santa Tecla contó la verdad del don que le

fue entregado a Daisan el bendito. He visto el pergamino que registra sus palabras.

—¿Dónde has visto semejante pergamino?

—Está escondido para que la iglesia no lo queme y destruya sus verdaderas palabras, vergonzosamente olvidadas: «Entonces, Daisan el bendito se presentó ante la emperatriz Thaisania, la dama de la máscara. Y como no se inclinó ante ella, sino que le habló de la verdad de la Madre de Vida y el Logos Divino, la Palabra Sagrada, esta dictó su sentencia de muerte. Él la aceptó con alegría, pues abrazaba la promesa de la Cámara de Luz. Sin embargo, los discípulos que lo acompañaban lloraron con amargura cuando se lo llevaron y le arrancaron el corazón».

El silencio era tan intenso y la voz de Agius tan suave que Alain creyó oír el zumbido de los carbones a medida que se consumían y empezaban a enfriarse.

—«La oscuridad se cernió sobre la tierra y, profiriendo un fuerte grito, Daisan el bendito murió. La sangre de su cuerpo cayó sobre la tierra y floreció como las rosas. Una luz iluminó los confines de la Tierra, tan brillante como los ropajes de los ángeles. Esta luz cegó a Santa Tecla y los demás discípulos, que vivieron siete veces siete días en la oscuridad, asustados». Pero yo no estoy asustado, Constance. No me da miedo proclamar la verdad, pues Daisan el bendito nos dijo: «Tened la certeza de que estaré siempre con vosotros, hasta el fin de los tiempos» y la Madre de Vida nos entregó a su único hijo para perdonar nuestros pecados.

Constance suspiró.

—Ay, Agius, eso es herejía. ¿Cómo puedes pronunciar semejantes palabras? Se trata de una acusación muy seria en caso de que tengas que comparecer ante el presbítero que protege la orden de los frater. ¿Es eso lo que quieres? ¿Ser condenado por hereje?

—Es preferible decir la verdad y morir, que vivir guardando silencio.

—Estás lleno de amargura, Agius. Antes no eras así.

Con un brusco movimiento, Agius enterró la cabeza en su pecho. Cuando habló, su voz quedó amortiguada por la tela.

—Perdóname, Constance. Lo hice para salvar la vida de mi sobrina, por la amistad que compartí con su padre.

—Siempre has amado con demasiada intensidad, Agius —suspiró profundamente—. Sabes que te he perdonado. ¿Cómo no iba a hacerlo? Eres el primero en mi corazón, después de mi promesa a Nuestro Señor y Nuestra Señora.

—Sin embargo, no protestaste. No te rebelaste cuando tu hermano te entregó a la iglesia.

—Conozco mis obligaciones —dijo con suavidad, acariciándole la cabeza.

Alain se dio cuenta de que Agius estaba llorando. Constance también lloraba, y el muchacho advirtió que podía saborear la amalgama de sus lágrimas. Quizá Agius amaba con demasiada intensidad, ¿pero no estaba escrito que Daisan el bendito amaba al mundo y a todas las personas que vivían en él? ¿Acaso el amor no era la principal bendición que había sido concedida a los seres humanos por la piedad y la

gracia de Nuestra Señora y Nuestro Señor?

Alain podía sentir su proximidad, podía saborear el calor de sus cuerpos, uno contra el otro, y sintió envidia. ¿Cómo sería amar tanto a una mujer? Agius había amado tanto a Constance que, si sus insinuaciones eran ciertas, solo había dado la espalda al mundo cuando había sabido que no contraería matrimonio con ella. Esta era la razón por la que se había consagrado a la iglesia como humilde frater, ocupando una posición muy inferior a la que le correspondía en la vida.

¿Alguna mujer lloraría por Alain? ¿Alguna mujer le abrazaría con tanta fuerza?

Ay, aquel dicho era cierto. La envidia es la sombra del guivre, las alas de la muerte. Alain conocía la vergüenza, pues deseaba aquello que no podía tener. Había sido marcado en dos ocasiones, una por la iglesia y otra por la Dama de las Batallas, cuya rosa pendía de su pecho.

Pero no podía evitar recordar las noches en el hogar de su tía, cuando permanecía despierto escuchando los suaves sonidos de otras camas, la de Stancy y su marido, la de tía Bel y el tío Ado antes de que este muriera. Alain sabía que, de todos los adultos, solo su padre Henri y aquellos que se habían prometido a la iglesia no se involucraban en ese tipo de unión. Aunque Agius y Constance no estaban compartiendo nada más íntimo que un abrazo, lo que había entre ellos lucía como una luz brillante, como el calor de los carbones del brasero.

Había otro brasero en la tienda, el que estaba situado junto a la cama en la que dormía Antonia. Alain miró hacia allí, intentando no moverse y revelar así que estaba despierto. Jadeó sorprendido y se mordió el labio. No respiró por el espacio de cinco latidos del corazón.

Antonia tenía los ojos abiertos y Alain podían ver en ellos el destello de la suave luz del brasero. Constance y Agius estaban demasiado absortos en sí mismos para darse cuenta.

Antonia observaba en silencio. Para Alain era como una enorme boca que bostezaba, absorbiendo la vida y el aire. Antonia observaba, no porque sintiera envidia ni porque deseara espiarles para conseguir información, sino porque estaba ávida, porque del mismo modo que un gato lame la leche o un grifo chupa la sangre de su madre, ella deseaba extraer lo máximo posible de ellos. Era como si deseara recolectar y almacenar aquella intensidad de emociones.

Aquello le hizo sentirse enfermo.

Cerró los ojos y volvió su rostro hacia la seguridad, hacia el cálido costado de Pesar.

Entonces, cuando no hubo más susurros, se quedó dormido.

El consejo se reunió al amanecer, en el exterior de la tienda de Antonia.

—Sigo diciendo que es demasiado pronto —protestó el duque Rodulf. Llevaban discutiendo este asunto varios días y todavía no se había resignado a desistir—. Si nos reunimos con Henry ahora, nos arriesgamos a perderlo todo.

—Reunimos ahora con Henry es exactamente lo que he planeado y lo que deseo hacer —replicó Sabella. Había algo extraño en su monótona voz; su falta de emoción le confería un aire de obstinada decisión. Sabella no era una luz brillante ni un líder resplandeciente; ni siquiera tenía aquella brusca impaciencia con la que Lavastine había gobernado sus tierras. Como una roca que rueda montaña abajo, no hacía grandes reivindicaciones ni encendía grandes fuegos, pero conseguía deshacerse de todos los obstáculos que se cruzaban en su camino—. Él ha venido de forma precipitada, de modo que en estos momentos no tendrá demasiada fuerza.

—Sin embargo, según nuestros exploradores, le acompaña un ejército mayor que el nuestro —Rodulf frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No es tan grande como el que llegará a tener si le dejamos tiempo para reclutar nuevos soldados, si dejamos tiempo para que sus defensores recluten hombres en sus tierras y crucen Wendar para luchar junto a él. No, este es el momento en que Henry tiene menos fuerza para defender su corona. Esta vez no será suficiente.

—¿Estáis segura de lo que decís? —preguntó Rodulf. De todos los nobles y tenores que asistían a Sabella, era el único que a estas alturas seguía cuestionándole las cosas. Sabella había soportado sus preguntas, pues debía hacerlo: Rodulf era duque, tenía su mismo rango y, aunque no llevaba el collar de oro, su abuela había sido una princesa de Salia, de modo que también procedía de un noble linaje.

Alain estaba de pie detrás de la obispa Antonia, escondido entre sus clérigos, observando la escena. El clérigo Willibrod ya no era el único que tenía sarpullidos y desagradables llagas en las manos y los labios, aunque seguía siendo el único que se los tocaba continuamente. Heribert, el hombre más remilgado que Alain había conocido en su vida, mantenía una piel impoluta, pero al ser el jefe de los clérigos de Antonia evitaba todo tipo de trabajo y se limitaba a supervisarlos ropajes, la confección de amuletos, el cuidado de los enfermos y otras tareas menores.

—Completamente segura —replicó Sabella—. Ahora es el momento de actuar; ahora es el momento de luchar.

Miró a la obispa Antonia, que asintió, respondiendo a una pregunta silenciosa. En ocasiones, Alain se preguntaba si Antonia controlaba a Sabella del mismo modo que controlaba a Lavastine, pero nunca había visto ninguna señal. Sabella y Antonia trabajaban juntas. A pesar de lo mucho que había pensado en ello, ignoraba qué agravios había en el interior de sus corazones que les impulsaran a cometer estos actos. Las quejas de Sabella eran las más evidentes: consideraba que le habían privado de un trono que le pertenecía por derecho propio. Sin embargo, ¿no había sido Dios quien había hablado, por omisión, cuando Sabella había regresado de su marcha sin concebir un hijo? Henry, en su marcha como heredero, había concebido un hijo, pero lo había hecho con una pareja extraña, una mujer Aoi. ¿Por qué Sabella se negaba a aceptar lo que el destino y Dios habían decretado para ella?

Tampoco yo lo he hecho, pensó con tristeza. El destino y el Dios de las Unidades habían decretado que entrara en la iglesia como novicio, pero aquí estaba él, marchando hacia la guerra, viendo más mundo del que había esperado ver... haciendo lo que siempre había soñado.

Todos se prepararon para el combate. El duque Rodulf se reunió con sus tropas mientras Sabella esperaba a que le trajeran el caballo. El ejército formó una gran procesión que se dirigió hacia el este, cruzando el río El por un vado poco profundo y avanzando hacia las tierras altas. Ahora marchaban por tierras que debían su obediencia al duque de Fesse. Estaban en Wendar.

Al llevar tropas armadas a las tierras del exterior de Arconia, Sabella había cruzado la línea de no retorno, pero Alain no podía evitar sentirse emocionado. Los hombres junto a los que marchaba, los guardias y clérigos que protegían a la obispa Antonia y a sus «huéspedes» (Constance y Agius) también se sentían así. Reían, cantaban alborotados y bromeaban entre sí, jactándose de lo que harían con las riquezas que pretendían arrebatarse de los cuerpos de los soldados de Henry: una punta de lanza, una buena daga, algún tipo de armadura, un escudo, un casco de metal, un sobretodo de cuero o, si realmente eran afortunados, una cota de malla o una espada.

Alain se dio cuenta de que, ganara quien ganara esta batalla, una gran cantidad de riquezas cambiarían de manos.

A mediodía ambos ejércitos se reunieron, desplegándose por una amplia extensión de terreno. Las fuerzas de Henry ocupaban la mejor posición. El terreno se deslizaba suavemente hacia arriba, hacia las escabrosas colinas que se alzaban más allá, y Henry había ordenado sus fuerzas de modo que Sabella tuviera que ascender para poder llegar hasta él.

Sabella se mantuvo impassible.

—¿Y bien? —dijo triunfante al Duque Rodulf, que había dejado atrás a sus soldados de caballería para consultar algo con ella—. Mirad los estandartes de las fuerzas de Henry y decidme qué veis.

Desde su posición entre el séquito de Antonia, que siempre marchaba al lado de Sabella, Alain observó al ejército de Henry. Parecía grande, infinito. Nunca había

visto tantas personas reunidas en un mismo lugar. Había tantas que ni siquiera sabía contarlas, pero oyó que el clérigo Heribert susurraba a Antonia:

—Son algo menos de ochocientos hombres, y aproximadamente una tercera parte van a caballo.

Alain reconoció el dragón de Saonia, pero los hombres reunidos bajo su estandarte no superaban en número a los que cabalgaban con el séquito del conde Lavastine. El águila de Fesse ondeaba sobre un grupo más formidable de soldados, muchos de los cuales iban a caballo. Varios jinetes se apiñaban alrededor de una figura que vestía un sobretodo blanco y dorado, los colores reales; debía de ser la duquesa Liutgard. También ondeaba el estandarte de Avaria. Alain miró hacia Agius, que estaba junto a Constance, y advirtió que estaba rezando, sin prestar ninguna atención al estandarte del ducado de su padre ni al de la mujer con la que su hermano había contraído matrimonio. A su lado, Constance parecía serena; apoyaba un brazo en su pecho y la mano en su cuello; sus labios se movían mientras pronunciaba, al parecer para sí misma, los nombres de los señores y lores y condes y duques que cabalgaban junto a Henry.

En el centro ondeaba un enorme estandarte de seda roja en el que aparecía una columna con tres animales bordados en hilo dorado: un águila, un dragón y un león, símbolos de la autoridad de Henry. Incluso desde esta distancia, a Alain le pareció reconocer al rey, rodeado por un grupo de soldados.

El rey llevaba un casco copetudo de hierro y mangas de malla, y su pecho estaba protegido por una coraza de metal dispuesta sobre una camisa de malla. También llevaba malla en las piernas, para proteger sus muslos, y grebas de hierro en las pantorrillas. Muchos de sus soldados de caballería llevaban esas mismas grebas, hecho que mostraba su riqueza y su posición. El rey blandía en su mano izquierda una lanza y llevaba la derecha vacía, para poder coger fácilmente la espada cuando la necesitara. El escudo que colgaba de su montura era de hierro, sin adornos ni colores.

Ni los soldados comunes ni Alain llevaban cascos de metal ni armaduras tan elaboradas. Era incapaz de imaginar cuántas sceattas podía costar semejante equipo. Ni siquiera el duque Rodulf llevaba una armadura tan impresionante, a pesar de que iba bien protegido.

Era un ejército formidable. Solo dos estandartes ducales ondeaban entre las fuerzas de Sabella: el guivre de Arconia y el caballo semental de Varingia, pero Rodulf y ella habían reclutado a muchos hombres... aunque en su mayoría no iban tan bien armados ni montaban tan buenos caballos como los soldados de Henry.

Parecía una jugada desesperada.

—Conrad el Negro no ha elegido aparecer en el campo de batalla —dijo Rodulf a Sabella, observando la línea de estandartes y soldados que esperaban en la ladera que se alzaba sobre ellos.

—Conrad juega su propio juego —respondió Sabella—. Si no me apoya a mí, me complace que tampoco apoye a Henry. ¿Pero no lo veis, Rodulf? ¿No veis qué falta

allí? —Hizo un amplio gesto con el brazo, englobando el conjunto del ejército de Henry y los estandartes expuestos—. No hay ningún estandarte de los Dragones. Puedo ver el dragón rojo de Saonia, pero no hay ningún dragón negro. ¡Los mejores luchadores de Henry no están con él en el campo!

Rodulf lanzó un fuerte silbido.

—Es cierto. Ya no desespero, Sabella.

—No deberíais haber desesperado. ¿Lleváis vuestro amuleto, Rodulf?

—Sí, pero...

—Es lo único que importa. Regresad con vuestros hombres.

—¿Dónde están los Dragones? ¿El príncipe Sanglant se ha alzado contra su padre? Nunca he oído decir que ese muchacho tenga una sola gota de sangre rebelde —rio, un poco nervioso aún, pero decidido a ver el final de esta batalla—. En ocasiones desearía que mis propios hijos fueran tan obedientes.

—Seguro que me habéis oído decir que mis informadores me explicaron que los Dragones habían cabalgado hacia el norte, bien lejos de nuestro camino, para luchar contra los invasores Eika.

—Ah, por supuesto. Hay que atacar a las ovejas mientras el perro guardián está fuera cazando al lobo, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa que más bien era una mueca—. Si los Dragones se alzarán junto a Henry en este día, me parecería más astuto pedir perdón que luchar, pero...

—Pero no están con él, así que no es necesario que toméis esa decisión. Vamos. —Hizo una señal a uno de sus soldados. El hombre debía de estar esperando esa señal, pues dio media vuelta y cabalgó de nuevo hacia la caravana.

Rodulf tiró de las riendas de su caballo y, acompañado por sus ayudantes, cabalgó hacia sus soldados, que ocupaban el flanco derecho, frente al estandarte de Fesse. Lavastine y un grupo variopinto de nobles y soldados reclutados en las tierras monasteriales formaban el flanco izquierdo, que miraba al león de Avaria y al pequeño contingente que había recorrido el largo camino que los separaba de Saonia. Alain sospechaba que ningún contingente había tenido tiempo de llegar desde tan lejano lugar y que el estandarte de Saonia pertenecía a aquellos que habían acompañado al rey Henry en su marcha. Quizá, el estandarte ondeaba más para mostrar la lealtad de Saonia que para alardear de la fuerza de sus soldados.

—Pretenden negociar —dijo Constance con voz clara, al ver que varias figuras provistas de un estandarte azul con un árbol de plata se separaban del séquito de Henry y cabalgaban hacia el espacio abierto que separaba ambos ejércitos—. Es el emblema de Villam.

—Por supuesto —dijo Sabella.

De repente, la figura vestida de blanco y oro se alejó de la bandera de Fesse para unirse a Villam.

Sabella asintió a Antonia.

—Ya sabes qué decir.

La obispa, que ya había montado sobre su mula blanca, hizo una señal a sus clérigos y todos, excepto Heribert, se alejaron.

—Tallia —dijo Sabella con brusquedad. Su hija se acercó de mala gana—. Ayuda a la obispa Antonia. Es el momento de que te vean.

La muchacha asintió obediente, aunque no parecía contenta. Parecía un ratoncillo atrapado en las garras de un búho.

Antonia observó al grupo, formado por Villam, la duquesa Liutgard y otras dos personas. Entonces se volvió hacia Sabella, pero sus ojos se detuvieron en Alain.

—Vamos, muchacho —dijo—. Llevarás mi mula.

Sabella levantó una ceja.

—¿Un mozo de las perreras?

—Creo que es algo más que eso. Esos dos animales que le acompañan son los perros de Lavastine. Villam los reconocerá y sabrá que el conde cabalga voluntariamente entre nosotros.

—¿De modo que vamos a enviar a los perros de Lavastine como delegados? —espetó Sabella—. A mí me parece divertido, pero no creo que mi hermano opine lo mismo. Pero eso también sirve a mi propósito, de modo que adelante.

A Alain no le quedó más remedio que coger las riendas de la mula y conducir al animal ladera arriba. Pesar y Rabia le pisaban los talones. El clérigo Heribert tomó las riendas del caballo de Tallia y empezó a caminar junto a Alain para que la obispa y la muchacha cabalgaran juntas, confiriéndoles así idéntica posición.

Mientras caminaban, Alain observó a las cuatro figuras que habían sido enviadas. Dos eran Águilas, como indicaban sus capas ribeteadas en escarlata, ambas eran mujeres y una de ellas debía de tener su misma edad. Esta sostenía el estandarte de Villam en su mano izquierda.

Había un hombre robusto de mayor edad, que debía de ser Villam. Vestía una delicada cota de malla y, encima de esta, un bonito tabardo con un árbol de plata grabado.

Alain desvió la mirada hacia el cuarto componente del grupo. Era la duquesa Liutgard, la mujer con la que Agius se había negado a contraer matrimonio. Era alta y bastante más joven de lo que esperaba. Tenía un rostro arrogante, una mirada serena y una alusión de mal genio en los ojos.

Sostenía su propio estandarte con extraña afectación y cabalgaba un hermoso capón blanco provisto de arneses adornados con oro. Su armadura era más rica que la de Villam, más elaborada incluso que la del rey. A Alain le sorprendió que una mujer de su rango, en el inicio de sus años fértiles, cabalgara hacia la guerra exponiendo así su vida. Sin embargo, su expresión y la forma de su mandíbula sugería que la duquesa Liutgard tenía una voluntad férrea difícil de doblegar.

La mujer advirtió que la miraba y también le observó con curiosidad. Mucho podía decirse de una negociación según las personas elegidas para llevarla a cabo. Pudo oír la voz de tía Bel en su cabeza: «Lleva siempre el pelo arreglado y las manos

limpias, muchacho. Cuando conozcas a alguien, muestra una expresión que no sea demasiado seria ni demasiado sonriente, porque no confiaran ni en lo uno ni en lo otro». Recordando estas palabras, Alain intentó adoptar una expresión de indiferente humildad.

Deslizó los ojos hacia Tallia. Nunca había estado tan cerca de la joven princesa. Tenía la piel suave y limpia, salpicada de pecas, y al sol, su cabello rubio brillaba con el color del fuego. Le temblaba el labio superior. Entonces se arriesgó a mirar a Antonia, que mostraba su expresión solícita habitual.

Villam, con cierta renuencia, desmontó y besó el anillo de la obispa como señal del respeto que sentía por su cargo. Tras una pausa deliberada y después de tender su estandarte al otro Águila, la duquesa Liutgard le imitó. Las dos Águilas no eran lo bastante importantes para que les fuera concedido este honor, de modo que, al igual que Alain y Heribert, se quedaron atrás, observando la escena.

—*Lady Tallia* —dijo Villam, asintiendo a la muchacha—. Es un placer volver a veros.

Ella asintió a modo de respuesta, pero no dijo nada. En estos momentos parecía incapaz de hablar.

—¿Nadie más os acompaña para negociar? —prosiguió Villam—. Parece que el duque Rodulf no nos va a deleitar con su presencia.

—Creo que conocéis bastante bien su opinión.

—Es cierto —dijo Villam, intentando ocultar una sonrisa—. Rodulf es un hombre refrescantemente honesto, pero veo otros estandartes que me sorprenden. El conde Lavastine me conoce, y también al rey, pero no se ha acercado para expresar su opinión.

Los labios de Antonia se torcieron y señaló a los perros. Villam, al mirar hacia donde señalaba, tuvo una reacción extraña. Al principio pareció molesto, como si pensara que Antonia le estaba sugiriendo que Lavastine era un perro que corría tras los talones de Sabella o que el conde había pretendido insultar al rey enviándole dos perros como delegados, pero entonces vio a Alain. Observó al muchacho durante un largo momento, hasta que en su rostro apareció una expresión de pesar y tuvo que apartar la mirada para ocultarla. La duquesa Liutgard le tocó el codo del mismo modo que haría alguien para ayudar a mantener el equilibrio a una persona que acaba de tropezar.

—Mantendré una conversación con Sabella —continuó Villam, instantes después.

—Por supuesto —dijo Antonia con suavidad—. Cualquier palabra que pronunciéis aquí llegará a sus oídos. No soy más que la vasija mediante la que viajan los mensajes. De hecho, Sabella también tiene algunas palabras para su hermano.

—No lo dudo —dijo Villam con sequedad—. Pero me temo que estamos hablando de gestas, no de palabras. ¿Por qué Sabella ha salido con este ejército de Arconia, el territorio que administra para su esposo Berengar?

La mula se movió y Alain sujetó con fuerza las riendas para que se quedara

quieta. Antonia abrió una mano e hizo un elocuente gesto hacia el estandarte de seda roja de Henry.

—Está afligida porque su hermano le ha usurpado la posición que le correspondía como reina de Wendar.

Villam sacudió la cabeza. Sus ojos eran oscuros y pesados; parecía llevar varias noches sin dormir.

—Esta disputa quedó zanjada hace ocho años. Sabella prometió sobre vuestro anillo, obispa Antonia, que no mantendría sus quejas contra el rey Henry y que se retiraría a sus propiedades, donde sería una fiel defensora de su mandato. ¿Ha decidido romper dicha promesa?

—Hizo esa promesa bajo coacción, como vos mismo presenciasteis. Solo aquellos que se han comprometido a vestir ropajes de mártir deben elegir la muerte sobre la vida. Nuestra Señora perdona nuestros vínculos con la vida siempre y cuando nuestros corazones permanezcan puros y nuestro porte sea digno; siempre y cuando recordemos nuestro deber para con Dios.

—¿Así es como interpretáis las escrituras? —preguntó Liutgard con brusquedad.

—No pretendo debatir aquí las escrituras —respondió Antonia con una sonrisa paciente. Pintonees se volvió hacia Villam. Era un hombre tan alto y Corpulento que, aunque la obispa seguía sentada sobre su mula, su cabeza no se alzaba sobre la suya.

—Sabella es una mujer razonable. Henry podrá conservar su título como duque de Saonia y cederá el condado de Attomar a su hermana Rotrudis. Sabella heredará la corona y el trono de Wendar, y Varre será para Tallia. Sabella mostrará su favor hacia Henry permitiendo que su hijo Ekkehard contraiga matrimonio con Tallia y se convierta así en rey consorte de Varre.

Villam era demasiado anciano y astuto para enfadarse. Además, cargaba con un dolor demasiado intenso.

—Me echaría a reír si dichas sugerencias no resultaran tan ofensivas, además de ridículas. El rey Henry envía estas palabras a Sabella: si da media vuelta y abandona ahora el campo, podrá quedarse con su ducado.

—No es su ducado, Villam. Berengar es el duque de Arconia.

Villam gruñó, y su voz sonó irritada.

—Excelencia, no me tratéis como si fuera estúpido. Estoy seguro de que Berengar es un hombre bueno y noble, pero la verdad es que no tiene demasiado ingenio. Es Sabella quien gobierna el ducado, como hombre y como mujer. —Miró a Tallia, que se había sonrojado y se miraba las manos tan fijamente que primero Alain, después Heribert, después las dos Águilas silenciosas y finalmente los otros tres empezaron a mirarle las manos para ver si crecía algo en ellas—. Os pido disculpas, *lady* Tallia.

Esta murmuró algo incomprensible, pero no pareció molesta.

—Si no vamos a llegar a ningún acuerdo, lord Villam —dijo Antonia—, es inútil que intentemos discutirlo.

—¿Deseáis luchar? —Villam parecía sorprendido... y podía estarlo: Henry

contaba con más hombres y, lo que era más importante, con más soldados a caballo. Su peso y su fuerza dominante garantizaban su victoria.

—Por supuesto que no deseamos luchar —replicó Antonia con un sentido suspiro—. Por supuesto que deseamos la paz, lord Villam, duquesa Liutgard. Todas las almas desean la paz, ¿pues no es ese el deseo devoto de Nuestro Señor y Señora? Sin embargo, ¿es justo que Sabella permita que Henry continúe ocupando un trono que le pertenece legítimamente a ella?

—Ella no...

—Tiene una hija. Aquí está Tallia, ante vos. Henry solo tiene la palabra de una mujer pagana... si es posible confiar en la palabra de una Aoi. ¿No se dice que los duendes son niños engendrados por ángeles caídos en mujeres humanas?

—De hecho... —empezó a decir Liutgard, mientras Antonia se interrumpía para coger aire—, si estudiamos el Diálogo del Destino, leemos que Daisan el bendito dijo que los duendes eran...

—No pretendo discutir ahora asuntos de la iglesia —Antonia hizo un brusco gesto con la mano derecha, como si se estuviera cortando la mano izquierda por la muñeca. Silencio.

La duquesa Liutgard palideció. Parecía ligeramente molesta y apretaba los labios. Villam emitió un suave sonido y, con evidente esfuerzo, la duquesa guardó silencio.

—¿Cómo podemos saber que Henry se ha ganado el derecho a ser el heredero? —continuó Antonia—. ¿Cómo podemos saber con certeza que Sanglant es su hijo? La primera elección de Arnulf fue Sabella, no Henry. Los hombres pueden jurar que un niño es sangre de su sangre, pero solo una mujer que da a luz delante de testigos puede demostrar que el niño le pertenece. Ningún hombre puede hacer eso, pues aunque encierre bajo llave a una mujer, hay criaturas sin sangre humana que conocen otros métodos de entrada.

—¿Estáis diciendo —dijo Villam con voz serena, pero cada vez más airada—, que Henry mintió sobre Sanglant y su marcha como heredero?

—No estoy diciendo eso. Lo único que digo es que Henry nunca podrá saber con certeza si Sanglant es su hijo y que, por lo tanto, nosotros tampoco lo sabremos. ¿Por qué creéis que la iglesia insiste en que las herencias se transmitan por la línea materna, lord Villam? ¿Duquesa Liutgard? Los antiguos dariyanos practicaban la adopción, llevando a todo tipo de personas a sus casas, pero hace unos trescientos años, en el Concilio de Nisibia, la iglesia prohibió que los adoptados pudieran heredar. Algunos seguimos trabajando en la actualidad para prohibir también que la línea paterna pueda heredar —Antonia ahora hablaba con verdadero fervor. Alain nunca la había visto tan emocionada—. Si Henry prosigue con su reinado, ¿quién será su heredero? ¿Los hijos de Sophia y Arethousa? ¿Permitiremos que la mancha del Este se infiltre en nuestro reino? La nueva herejía que ha extendido sus zarcillos por nuestra fe procede de las tierras gobernadas por los emperadores arethousanos. ¿Debemos permitir que nuestros soberanos tengan sangre arethousana y no

wendiana?

—Serán los hijos de Henry —dijo Villam con firmeza—. Y serán fuertes gobernantes, a pesar de lo que digáis, obispa Antonia.

—Cuidado con los arethousanos que traen regalos —replicó, sombría—. Si Henry se hubiera casado con una buena mujer wendiana de cuna noble no sería tan firme en mi causa. Pero no lo hizo. Se sabe que dos mujeres han sido sus consortes, ambas extranjeras, y que una de ellas ni siquiera tenía sangre humana. —El placido semblante de abuelita había desaparecido por completo de su rostro. Debajo de aquella máscara, Antonia era una mujer fría y severa—. ¡No puedo confiar en un hombre así! Ni tampoco confiaré en su vástago. ¡Sanglant! ¡Su mascota! Un hijo bastardo que no es humano y que probablemente ni siquiera lleva su sangre, pues solo tenemos la palabra sin valor de su madre. ¡Henry es un estúpido por favorecer a ese hijo! ¡Todo el mundo que habita en las tierras wendianas lo sabe! No considero que esto sea una virtud digna de un rey ni que con ella haga gala de sentido común. Sabella contrajo matrimonio, como era su deber, con un hombre de su propio pueblo. Sin embargo, Henry no puede contentarse con eso, puesto que tiene puesto el ojo en cosas más importantes. Desea el trono del emperador, en Darre; desea seguir los pasos de Taillefer. ¡Bien! Que Henry proteja sus tierras antes de que tenga que partir para salvar otras. Que se una a una mujer de su propio pueblo antes de copular con prostitutas forasteras. —Antonia estaba colorada y furiosa. Alain observaba la escena, impresionado y a la vez horrorizado.

Liutgard hizo ademán de adelantarse para enfrentarse físicamente a la obispa, pero Villam la detuvo.

—Ya he oído suficientes insultos —dijo—. No hay nada más que decir. Que el peso de esta batalla recaiga sobre vos, obispa Antonia. Que se diga, a partir de este momento, en todas las crónicas que registren este día, que Sabella rechazó la clemencia de Henry cuando le fue ofrecida y que prefirió enfrentarse a su rabia.

Dicho esto, montó a su caballo, dijo media vuelta y se alejó colina arriba.

Liutgard sacudió la cabeza, como un caballo brioso, y miró a Antonia con dureza.

—Sois como un pozo de agua dulce que ha sido envenenado con la ponzoña de un guivre. —Dicho esto, dio media vuelta y siguió a Villam. El Águila que portaba su estandarte avanzó tras ella.

Una de las Águilas, la más joven, se quedó atrás. Alain la observó. Tenía el cabello tan rubio que casi era blanco. Era el cabello más claro que había visto en su vida, excepto por el del príncipe Eika. La joven advirtió que le miraba y, por un momento, sus ojos se encontraron. El Águila no parecía hostil, sino curiosa. Sus ojos azules eran sorprendentemente claros.

—¡Hanna! —gritó su compañera con brusquedad, girándose. La joven apartó los ojos de Alain, echó un rápido vistazo a los perros y siguió a su compañera colina arriba, tras los nobles.

—¿Es cierto, Excelencia? —preguntó Tallia.

—¿Qué? —Antonia había recuperado su calma habitual—. Vamos, muchacha. Debemos colocarnos detrás de las filas. La batalla no tardará en empezar.

—Esas cosas que habéis dicho sobre Henry.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué iba a decir algo así si no fuera cierto?

—Oh —fue la única respuesta de Tallia.

La muchacha permitió que el clérigo Heribert la condujera junto a su madre. Cuando llegaron al lugar en el que ondeaba el estandarte de Sabella, Willibrod arrancó de las manos de Alain las riendas de la mula. Tallia fue llevada a la seguridad de la caravana de provisiones, donde las personas que no iban a luchar esperarían a que concluyera la batalla. Alain se sorprendió al ver que habían adelantado un carrozco... y más se sorprendió al advertir que era la jaula cubierta en la que se ocultaba el guivre.

—¿No veis señales de los Dragones? —preguntó Sabella.

—Ninguna, pero jamás he oído decir que los Dragones se escondan. Siempre cabalgan en la primera fila de batalla.

—Por bastardo e hijo de prostituta que sea Sanglant, —dijo Sabella a regañadientes—, siempre le ha precedido su valor. ¿Qué me decís de los demás?

—No he visto a nadie.

—¿No está ninguno de los hijos de Henry?

—Ninguno.

Sabella frunció el ceño.

—Eso es una desgracia. Esperaba apresar a uno o a todos ellos para que fueran mis rehenes. Me ayudaría tenerlos en mis manos.

Antonia habló en voz tan baja que solo Alain, y quizá Heribert, la oyeron.

—Os ayudaría más si estuvieran muertos.

El capitán de Sabella cabalgó hacia ellos para anunciarles que los hombres de Rodulf estaban preparados.

—Debéis retroceder, Excelencia —dijo Sabella a Antonia. Colocó el casco sobre su cofia de malla y apretó la correa. El estandarte de Arconia ondeaba a sus espaldas, sostenido por un soldado: un guivre verde con las alas extendidas y una torre roja en su garra izquierda, dispuesto contra un fondo de seda dorada—. No nos podemos permitir perder.

—¿Qué hay de nuestros huéspedes? —Antonia miró y sonrió a Constance y Agius.

—Llevadlos con vos. Son demasiado valiosos para dejarlos aquí mientras profiere la batalla.

Antonia hizo una señal y Constance y Agius fueron custodiados.

—Venid —dijo la obispa a sus ayudantes. Empezaron a retroceder, pero Alain vaciló—. Vamos muchacho —Antonia le llamó por señas—. Tú también me ayudarás.

Sabella advirtió su renuencia.

—Es uno de los soldados de Lavastine, ¿verdad? Ya es hora de que regrese junto al conde.

—Pero...

—Haced lo que os digo —espetó Sabella, con una expresión que indicaba que no tenía tiempo para discusiones.

El rostro de Antonia se convirtió en una máscara de quietud. Entonces, del mismo modo que el sol aparece tras las nubes, sonrió con su benevolencia habitual.

—Como deseáis. —No hizo ninguna reverencia, pero cedió. Por lo tanto, Sabella no era su títere. Puede que Antonia controlara a Lavastine, pero no a la hija de Arnulf.

En cuanto Antonia se hubo ido, nadie prestó la menor atención a Alain, aunque diversos soldados le obligaron a retroceder a empujones. Todos se disculparon cuando los perros empezaron a gruñir, pero dibujaron la señal del círculo en sus pechos, como si el muchacho fuera un ser maligno.

Alain retrocedió hasta el final de la línea. En la compañía de Sabella había más de cien soldados de caballería bien armados y quizá el doble de escaramuzadores y soldados de infantería. En conjunto (según los cálculos de Heribert), había unos seiscientos soldados. El ejército de Henry era mayor y su caballería, la columna vertebral del ejército de cualquier noble, estaba mejor armada. Había una centuria de Leones de infantería, pero según los informes, estos se encontraban en su mayoría en la frontera oriental, combatiendo contra los jinetes qumanos y otros bárbaros.

Corrió hacia el final de la formación. El cuero de los soldados crujía cada vez que estos se movían, expectantes, anticipando el primer paso. En la colina que se alzaba sobre ellos, ninguno de los soldados de Henry se movía. Alain podía ver el estandarte rojo ondeando contra el cielo azul y las nubes blancas, pero las cabezas (algunas protegidas por cascos, otras por gorros de cuero rígido y algunas sin protección alguna) de los soldados de Sabella le impedían ver la mayor parte del escenario.

¿Así era como se libraba una batalla? ¿Prepararían alguna estrategia o ambos bandos se limitarían a esperar hasta que un comandante perdiera la paciencia o los nervios y enviara a sus soldados adelante... o les obligara a retirarse?

Se abrió un agujero entre el extremo izquierdo de la compañía de infantería de Sabella y el extremo derecho de la compañía de soldados que estaban bajo el mando de Lavastine. Los hombres permanecían con los brazos en los costados, para que el peso de sus escudos descansara contra las caderas. En su mayoría llevaban lanzas, pues pocos tenían los recursos necesarios para comprar una espada.

Mientras Alain cruzaba a todo correr el espacio abierto, dirigiéndose hacia la seguridad que le ofrecerían los hombres de Lavastine, miró hacia el ejército de Henry y advirtió que ya había movimiento entre sus rangos. De repente, las flechas oscurecieron el cielo. La mayoría cayeron ante la línea de vanguardia del ejército de Sabella sin causar ningún daño, y solo unas pocas se hundieron en sus objetivos. Mientras los soldados maldecían y uno de ellos gritaba de dolor, los arqueros del

ejército de Sabella apuntaron y dispararon.

Tuvieron que hacerlo levantando mucho los arcos, para ganar altura, pero esta descarga fue más efectiva que la primera. Una onda cruzó el ejército de Henry como si diversas fechas hubieran alcanzado su objetivo.

Los caballos avanzaban a intervalos. Los escaramuzadores de Henry se pusieron en marcha, provistos de lanzas y escudos... o solo lanzas. Se adelantaron, oscilaron sus lanzas y dieron media vuelta para escapar de su alcance antes de girarse de nuevo...

Alain corrió hacia la retaguardia y vio la espalda de Lavastine y el abrigo negro de sus perros en el mismo instante en que un fuerte grito escapaba de la multitud de soldados que rodeaban el estandarte de Sabella. Un grupo de infantería corrió hacia el campo vacío que descansaba entre los dos ejércitos. Llevaban la jaula cubierta consigo.

—¡Eh! ¡Por Henry! —gritó la horda que se alzaba sobre ellos.

Alain logró llegar junto a Lavastine. El conde no advirtió su presencia, pues estaba absorto en la batalla. En el flanco situado en el extremo izquierdo, unos veinte escaramuzadores se habían adelantado para recibir a los del ejército contrario. Un grupo de jinetes se alejó del estandarte de Saonia y empezó a dispersarse, desapareciendo en el bosque.

Lavastine buscó a su capitán.

—Enviad una compañía tras ellos —ordenó.

Un nuevo grito procedente del ejército de Henry rasgó el aire. El rey se adelantó varios pasos y levantó la lanza.

—La Lanza Sagrada de Santa Perpetua —murmuró Lavastine, sin dirigirse a nadie en concreto.

Santa Perpetua. La Dama de las Batallas.

Alain se palpó el cuello y encontró la rosa. El rey Henry llevaba la Lanza de Santa Perpetua, una reliquia de gran antigüedad y santidad. ¿Pero no había sido la Dama de las Batallas quien se había aparecido ante él, el hijo de un humilde mercader, aquel día tormentoso sobre la Bahía de Osna? ¿No había sido la dama de las Batallas quien había cambiado su destino?

No podía imaginar con qué propósito había sido conducido a este lugar, en este día, en esta hora y en este momento.

El ejército de Henry empezó a descender la colina, aumentando la velocidad para aplastar con su peso los flancos de Sabella. El primer obstáculo que encontrarían a su paso sería el nudo de soldados de infantería que transportaban la jaula ladera arriba.

La jaula se balanceó y se detuvo con una sacudida. Una de las ruedas se había atascado. Los soldados de Henry ganaron velocidad y fuerza. El capitán de Sabella gritó una orden y levantó un estandarte blanco, ondeándolo. La línea de vanguardia de su ejército se abalanzó adelante.

Cuando Lavastine levantó un brazo, Alain se sintió perdido. Ambos ejércitos

avanzaban hacia su inevitable encuentro. Rabia y Pesar gimieron. El muchacho se detuvo, pues no sabía hacia dónde avanzar ni qué debía hacer. Además, el único arma que llevaba encima era la navaja que utilizaba para comer. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Se quedó atrás, pero desde su posición no podía ver nada más que los estandartes y los pendones y el confuso movimiento de la colina.

Pero en el mismo instante en que se reunieron los dos bandos supo qué ocurría. Era un clamor distinto a cualquier otro que hubiera oído en su vida, más terrible aún por el implacable estruendo de las espadas y las lanzas sobre los angustiosos gritos de los hombres mortales.

Pensó en las advertencias de Rodulf y en la respuesta de Sabella: «esta vez no será suficiente». ¿Cómo esperaba salir victoriosa enfrentándose a un ejército tan grande y tan bien armado?

No sabía si la jaula se había abierto de forma deliberada o si había sido derribada accidentalmente durante el ataque, pero supo que había ocurrido porque en ese mismo instante se oyó, desde el centro del campo de batalla, un gemido procedente de cien gargantas cuyos corazones parecían haber quedado congelados en sus pechos. Fue incapaz de respirar durante un momento tan prolongado que tosió cuando Rabia le golpeó en la espalda, sacándole de su estupor.

En la colina, semioculto por la confusión de soldados que se dispersaban, los caballos que retrocedían relinchando y la multitud de soldados que intentaban seguir adelante o escapar, lo vio alzándose hacia el día primaveral del mismo modo que un pájaro extiende las alas hacia el cielo y la libertad.

Solo para ser detenido por la gran argolla que ataba su pierna a una pesada cadena de hierro, con tanta brusquedad que estuvo a punto de estrellarse contra el suelo. Gritando de rabia, la criatura batió sus gigantescas alas intentando liberarse de los grilletes que la encadenaban. La corriente que levantó hizo que varios hombres cayeran de sus caballos.

Emitiendo aún aquel áspero grito similar al de un águila, el guivre deslizó la mirada por el campo de batalla. Allá donde sus ojos se encontraban accidental o expresamente con los de un hombre, este se quedaba paralizado... salvo los soldados de Sabella, que llevaban los amuletos que los clérigos de Antonia habían creado tan minuciosamente.

La masacre comenzó.

El rey Henry era un hombre que nunca dejaba nada al azar.

De un modo extraño, a Hanna le recordaba a su madre, Ama Birta. Tenía un lado severo y pragmático, pero podía dar rienda suelta a sus sentimientos como cualquier otra persona. Sin embargo, para Hanna lo más importante era lo que Hathui le había dicho aquella tarde, cuando llegaron a la corte de Henry en el monasterio de Hersford y fueron aceptadas como miembros de su séquito personal: «Es un buen hombre, es nuestro rey y estoy orgullosa de servirle».

Hathui, con su fiera independencia propio de una persona que se había criado en tierras fronterizas, era reacia a servir a nadie, y el hecho de que Henry hubiera conseguido su lealtad con tanta rapidez era, a su modo de ver, una prueba de su realeza. El verdadero corazón del reino era Henry, no una ciudad, un lugar sagrado, un palacio o una fortaleza.

Ahora, montada sobre su caballo mientras Villam conversaba con Henry tras la desastrosa negociación, Hanna se sentía preocupada. Nunca había sido una persona aprensiva, pero desde que Hathui y ella se habían visto obligadas a dejar atrás a Liath, algo había cambiado en su interior. Hathui decía que si les hubiera ocurrido algo a Wolfhere y a Manfred lo sabría, pero una molesta ansiedad carcomía a Hanna. ¿Y si a Liath le había ocurrido algo terrible? Había jurado protegerla y había roto su promesa.

Pero no había sido culpa suya. Estaba segura de que Birta le diría eso... y también Liath.

Pero Hanna solo podía pensar en promesas rotas mientras observaba al ejército de Sabella, que se había puesto en formación. Había prometido proteger a Liath, pero estaba muy lejos de ella. Sabella había jurado fidelidad a Henry y había roto su promesa. Por mis actos, pensó con tristeza, pertenezco al bando de Sabella.

Entonces, enfadada consigo misma por pensar algo tan ridículo, dejó escapar un suspiro de exasperación. Era inútil culparse. Ella no era el capitán de los Eika que habían sitiado Gent. No había sido ella quien había pedido a los Eika que atacaran a las cinco Águilas. Se había caído del caballo y se había dislocado el tobillo, pero todos sabían que no tenía demasiada experiencia como jinete. Hathui y ella habían espoleado a sus caballos para que Henry supiera lo antes posible que Gent había sido sitiada. Había realizado un gran esfuerzo y ahora tendría que aceptar lo que ocurriera

a continuación. No había sido culpa suya, sino de Sabella, que Henry no hubiera partido de inmediato hacia Gent.

Además, era Liath quien estaba siempre preocupada sin motivo alguno; era ella quien se preguntaba constantemente qué había hecho mal, en vez de aceptar que, en ocasiones, la suerte no está de tu lado. El mundo era así... aunque era posible que la diaconisa Fortensia dijera que esta era una forma pagana de ver las cosas.

Hanna y el resto de su familia seguían dejando flores a los pies de ciertos árboles del bosque y guirnaldas en aquellas rocas en las que surgía un manantial. Por supuesto que creía en Nuestro Señor, en Nuestra Señora y en el Círculo de Unidad, pero eso no significaba que los viejos espíritus hubieran abandonado el mundo. A su modo de ver, simplemente se habían escondido.

Los viejos espíritus... como el muchacho que sujetaba las riendas de la mula blanca de la obispa, que le había mirado de aquel modo tan extraño. ¡Y aquellos perros! No eran feos como los de los Eika pero, aunque parecían igual de letales, habían permanecido sentados a los pies de aquel muchacho como dulces mascotas. Por supuesto que había muchas cosas extrañas que caminaban por el mundo, pero no todo el mundo tenía ojos para verlas.

—... la joven Águila... Sacudió la cabeza y escuchó las palabras de Henry.

—... asistirá a Sapientia. Ella sabrá qué hacer. Traeré a Constance de vuelta antes de que Sabella pueda retirarse y llevársela como prisionera.

Henry estaba rodeado por su centuria de Leones. Hanna miró a su alrededor y encontró la amplia espalda de Karl entre sus rangos; siladeaba la cabeza hacia la derecha, podía ver su perfil. Él no la vio pues, al igual que sus compañeros, observaba con atención la base de la colina, donde se movía el ejército de Sabella. Los Leones estaban preparados para la batalla.

Henry y Villam concluyeron su conversación. Al instante, Hathui se alejó para transmitir un mensaje a Theophanu, que había quedado al mando de los carros de provisiones. Henry, siempre cauto, había dejado el aprovisionamiento y a las personas que no iban a combatir en la ciudad fortificada de Kassel.

Hanna fue enviada tras las líneas del bosque que se alzaba más allá. Henry había elegido este escenario por la disposición del terreno. Imaginando que Sabella llevaría consigo su carromato de provisiones, en vez de dejarlo en Arconia, había ordenado que ochenta soldados de caballería se escondieran en el bosque, bajo el mando de Sapientia y un capitán veterano. Ocultos por los árboles y la escaramuza que precedía a cualquier batalla, estos soldados rodearían el flanco derecho del ejército de Sabella y se abrirían paso hasta la caravana de provisiones para liberar a Constance.

O para hacer que la maten, pensó Hanna. De todos modos, suponía que Henry prefería ver a su hermana muerta que convertida en rehén pues, mientras Constance permaneciera (con vida) en manos de Sabella, sería un arma que esta podría utilizar en contra del rey.

Al menos, esto era lo que Hathui le había explicado. Pero Hathui se había criado

en las duras tierras fronterizas, en un lugar que estaba constantemente en guerra. Allí, como le había dicho en más de una ocasión, preferían matar a un niño antes que permitir que cayera en manos de los invasores qumanos.

Sapientia parecía un galgo sujeto a una tensa correa: estaba ansiosa por echar a correr. Era una mujer tan pequeña que a Hanna le sorprendía que Henry le hubiera permitido luchar.

Todos los adultos debían luchar en ciertas circunstancias, como cuando una aldea era sitiada o atacada, pues sería una estupidez prescindir de su fuerza. Sin embargo, las mujeres, que habían sido bendecidas por Nuestra Señora con el don de dar la vida, no solían unirse a los rangos de los soldados armados. Algunas consagraban sus vidas a Santa Perpetua o Santa Andrea (ambas soldados de Dios) y daban la espalda al matrimonio y a la maternidad, como había hecho Hathui. Otras, por su tamaño o su fuerza inusuales, servían un año o dos a un noble, antes de regresar a sus tierras y reanudar su antigua vida.

No era deshonoroso que una mujer noble se excusara de la batalla, pues para eso estaban su esposo y sus hermanos. Su primera responsabilidad era administrar las tierras y engendrar hijos para que su linaje perdurara. Además, Sapientia era tan pequeña que Hanna, que le había transmitido varios mensajes de Henry, conocía los problemas que habían tenido el rey y los herreros para proporcionarle una armadura decente.

Pero Sapientia deseaba luchar y dirigir su propio ejército, y Henry se lo había permitido porque así podría demostrar algo... o, mejor dicho, porque así ella podría demostrarle algo a él. Nadie podía ocupar el trono si era incapaz de dirigir a los grandes príncipes y a sus soldados en la batalla.

—¿Cuándo nos pondremos en marcha? —preguntó Sapientia.

El viejo capitán le habló con suavidad, intentando que se tranquilizara.

Hanna oyó a los soldados en el campo de batalla, uniendo sus voces en un fuerte grito:

—¡Por Henry!

Esta era la señal.

Sapientia levantó una mano y empezó a cabalgar al frente de sus soldados, rodeando los árboles. Hanna cabalgó hacia la retaguardia sujetando con fuerza su lanza, protegida por sus compañeros. Sabía que nadie esperaba que un Águila luchara a no ser que la situación fuera desesperada, pero estaba muy nerviosa. Miraba entre los árboles y se sobresaltaba cada vez que un nuevo tronco aparecía ante ella. Afortunadamente, los soldados que avanzaban con ella estaban demasiado concentrados para advertir lo nerviosa que estaba. Quizá, también ellos lo estaban... aunque Hanna lo dudaba. Para su primera misión, Henry había proporcionado a Sapientia soldados experimentados que, en su mayoría, habían pasado un tiempo luchando en el este. Si todo salía según lo esperado, podrían derrotar el flanco derecho de Sabella e incluso engullir a la retaguardia, impidiendo así la retirada de

sus enemigos.

En la distancia, entre los árboles, Hanna advirtió que los sonidos que llegaban desde el campo habían cambiado. Uno de los soldados que estaban junto a ella gruñó.

—Ya ha empezado la batalla —dijo al hombre que cabalgaba a su lado.

Siguieron adelante, desviándose a la derecha. De pronto, un espantoso gemido se alzó sobre el distante fragor de la batalla.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró uno de los soldados.

En ese mismo instante, los jinetes que estaban al frente de la compañía espolearon a sus caballos, pues habían visto a su objetivo. Sus gallardetes ondeaban tras ellos, serpentinas en rojo y dorado.

Hanna vio la hilera de carromatos, dispuestos de dos en dos para formar un muro y un espacio en el que podían refugiarse los no combatientes. Le sorprendió descubrir que Sabella solo había dejado una fuerza simbólica para proteger el carromato de provisiones. Algunas flechas volaron por el cielo, pero su silbido fue como una advertencia que llegaba demasiado tarde.

Sapientia alzó su voz en un grito estridente:

—¡Hailililili!

Sus soldados se desplegaron en abanico y, alcanzando la hilera de carromatos, formaron una serie de remolinos de pelea que pronto quedaron sofocados.

Hanna se quedó atrás, observando. Hathui se lo había repetido cientos de veces en los últimos diez días, mientras cabalgaban hacia el oeste para reunirse con Sabella:

—Eres los ojos y los oídos del rey. Observa y toma nota de todo lo que ocurre. No estás aquí para actos heroicos, sino para que vivas y transmitas tu testimonio.

Pero aquí no había lugar para heroísmos. Las tropas de Sapientia se apoderaron de la caravana de provisiones con facilidad y empezaron a agrupar a los nuevos prisioneros, buscando a la obispa Constance. Un grito salió de los bosques, en el lado opuesto de la hilera de carromatos. Hanna se acercó un poco para investigar.

¡Allí! Vio jinetes entre los árboles, pero no pudo identificarlos. El capitán de Sapientia reunió veinte soldados y cabalgó con ellos hacia el bosque.

Y en ese mismo momento, alguien cogió las riendas de su caballo y tiró con fuerza de ellas. Hanna, sorprendida, osciló la lanza para apuntar a...

Un frater.

Se quedó paralizada. El hombre tenía un rostro severo y uno de sus labios sangraba.

—¡Dadme vuestro caballo! —exigió. No era ningún humilde clérigo. Después de veinte días en la marcha del rey, Hanna reconocía la arrogancia de un gran señor cuando la veía.

Sin embargo, vaciló. Al fin y al cabo, iba vestido como un humilde frater.

—¡Ay, Señora, concédeme paciencia! —gritó el clérigo—. ¡Águila! ¡Desmonta y dame ese caballo!

—¿Con qué propósito? —preguntó ella—. Estáis en la caravana de Sabella...

—Soy el prisionero de Sabella, no su aliado.

—¿Cómo puedo saber...?

En la distancia, el terrible gemido se alzó de nuevo en el viento, seguido por un extraño murmullo; era una mezcla de llamadas triunfales y gemidos de derrota.

El frater refunfuñó airado, la cogió del brazo y la tiró del caballo. Hanna golpeó el suelo con tanta fuerza que estuvo a punto de perder el sentido. El animal se encabritó, pero el hombre tiró de las riendas y, mientras la joven intentaba levantarse, se arrojó sobre la montura y pasó una pierna sobre su lomo. Entonces espoleó al caballo y se alojó a todo galope hacia la batalla, con los hábitos ondulando sobre sus muslos. ¡Señora! ¡Iba descalzo!

Jadeante, Hanna se levantó del suelo. En el bosque, dos fuerzas se habían encontrado. Al ver el dragón rojo de Saonia supo que eran aliados. Mientras este pensamiento cruzaba su mente, se oyó un grito.

—¡Los jinetes de Lavastine se acercan! ¡Media vuelta! ¡Dad media vuelta y enfrentaos a ellos!

¡Ay, Señora! ¿Qué le había dicho Hathui? ¡Un Águila sin caballo es un Águila muerta! El frater y su montura habían desaparecido. Sujetando aún su lanza, Hanna corrió a esconderse entre los carromatos.

¡Eso era lo que habían pretendido desde el principio! Alain ahora lo veía con una claridad que solo quedaba oscurecida por los gritos de los hombres que, perdidos y asustados, corrían intentando escapar de aquella brutal carnicería o habían quedado paralizados.

Aquellos soldados de Henry que habían quedado atrapados en la mirada del guivre eran como cerdos en el matadero, pues les cortaban la garganta mientras chillaban. Este no era el tipo de batalla santificada por el Señor de las Huestes, que no desfalleció cuando fue llamado para esgrimir la Espada del Juicio. Esto era una masacre.

Alain sabía que estaba mal, lo sabía en lo más profundo de su corazón. El guivre gritaba de rabia y batía frenético sus alas para liberarse. La primera línea de jinetes de Sabella ascendía la colina, demorando ligeramente su marcha por lo sencillo que resultaba matar a los soldados de Henry y porque tenían que abrirse paso entre los cuerpos de los hombres muertos o agonizantes y los caballos que se habían desplomado en el suelo. En el flanco derecho había gran agitación, pero el estandarte de Fesse seguía ondeando y había empezado a retroceder.

En lo alto, la mitad de la centuria de Leones avanzaba para reunirse con el ejército de Sabella, pues la otra mitad era incapaz de moverse. Henry permanecía detrás, inmóvil sobre su caballo. ¿Estaría esperando o habría quedado atrapado en la mirada del guivre?

Los soldados de caballería que combatían contra las fuerzas de Lavastine intentaban hacerles recular para poder llegar junto a Henry. Alain se abrió paso a empujones entre los rangos posteriores de arqueros y lanceros que habían retrocedido tras la primera refriega, ayudado por los ladridos y mordiscos de Rabia y Pesar, que deseaban reunirse con sus hermanos, los perros negros que asistían al conde Lavastine.

Alain se detuvo junto al conde, que estaba lejos de la primera línea de batalla, observando el avance de sus hombres. El muchacho cogió los estribos de su caballo y tiró con fuerza. El conde le miró, pero no pareció reconocerle.

Medidas desesperadas para tiempos desesperados. Implorando a la Señora Bendita que le diera fuerzas, cogió la cota de malla de Lavastine y tiró con todas sus fuerzas.

El conde, que no esperaba semejante agresión, perdió el equilibrio. Entonces, Alain le cogió del brazo y lo arrancó de su montura. Lavastine cayó al suelo con fuerza, donde permaneció inmóvil.

Una lanza se clavó entre sus dos omóplatos. Alain se dejó caer sobre sus rodillas y empezó a palpar su pecho a la vez que giraba la cabeza para ver a quién tenía detrás.

Era el sargento Fell.

—¡Me conocéis, Sargento! —gritó—. Sabéis que el conde está actuando de un modo extraño. ¡Esto está mal! ¡No deberíamos estar aquí!

Fell, que había abandonado la línea de vanguardia al ver que el conde había sido derribado, vaciló. Los perros rodearon a Alain, gruñendo y obligando a todo el mundo a retroceder. Nadie se atrevió a golpearlos. El joven encontró la rosa y la mostró.

—Os ruego, Dama de las Batallas, que vengáis en mi ayuda —jadeó. Acarició los pálidos labios de Lavastine con los pétalos de la rosa, justo por debajo de la protección de la nariz de su casco.

Más allá se oía el fragor de la batalla. Aquí estaba protegido, atrapado en un remolino, rodeado por un muro negro de perros. Pesar lamió el rostro de Lavastine y el conde abrió los ojos. Parpadeando, se pasó una mano por el casco como si acabara de darse cuenta de que lo llevaba puesto. Entonces se incorporó. Alain le cogió por las axilas y los perros se separaron para dejar pasar al sargento Fell. Juntos, Alain y el sargento ayudaron a Lavastine a ponerse en pie.

—¿Qué es esto? —preguntó Lavastine, observando el caos que le rodeaba, viendo que sus soldados luchaban contra los soldados de Saonia. El estandarte de Fesse estaba retrocediendo, mientras que el de Sabella ya había alcanzado a los Leones. El guivre gimió. El estandarte de los Leones se vino abajo y desapareció de la vista. Henry, rodeado solo por su guardia personal, permaneció inmóvil.

El capitán apremió a su caballo entre el nudo de perros y hombres, que se separaron para dejarle paso. El sargento Fell soltó al conde y volvió a coger las riendas de su caballo antes de que este pudiera escapar. La presencia del guivre inquietaba a los caballos, que se encabritaban cada vez que se oía un grito.

—Estamos luchando en el bando de Sabella, contra Henry —dijo el capitán.

—¡No puede ser cierto! —gritó Lavastine—. Que todos mis hombres se retiren de la batalla.

La orden se extendió por el campo de batalla como el fuego. Lavastine montó en su caballo y empezó a retroceder. Paso a paso, con gran dificultad, sus soldados intentaron retirarse, hasta que los capitanes del ejército de Saonia se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo y por fin los dejaron marchar.

Pero Henry estaba desprotegido. Sabella ya estaba avanzando entre los Leones y él aún no se había movido. Alain permaneció en el campo de batalla mientras los soldados de Lavastine se retiraban, arremolinándose a su alrededor, hasta que quedó

solo entre los cadáveres, viendo cómo daba media vuelta la caballería de Saonia para ayudar a su rey. Observó al guivre, que seguía retorciéndose, intentando liberarse de sus cadenas, mientras su funesta mirada se posaba en los soldados de Saonia. Advirtió que la compañía de Sabella se dividía para ocuparse de esta nueva amenaza.

Algunas flechas y lanzas cortaron el cielo desde los rangos de las tropas de Fesse, aunque se deslizaron por la piel escamosa del guivre sin causarle ningún daño y cayeron al suelo. El terreno que rodeaba a la criatura estaba vacío: a pesar de estar protegidos contra su mirada, los soldados de Sabella preferían dejarle un amplio margen de maniobra. Nadie osaría quedar dentro del alcance de sus garras, delimitado por la longitud de la cadena que lo ataba a la jaula de hierro.

Lentamente, los soldados de Henry fueron derribados o se vieron obligados a retroceder colina arriba, hacia el rey.

A Alain se le cayó la rosa de las manos. No podía seguir de brazos cruzados, observando. Sabía que no era él quien debía juzgar si las quejas que tenía Sabella contra Henry eran justas, pero no podía permitir que Sabella ganara recurriendo a una treta tan horrible. Había asesinado a Lackling para conseguir el apoyo de Lavastine. Los soldados de Henry habían acudido para luchar con honestidad y Sabella, con sus artimañas, los estaba derrotando.

Cruzó el campo de batalla a todo correr, tropezando con los cadáveres y saltando sobre hombres que se retorcían o intentaban arrastrarse hacia un lugar seguro. Corrió hacia el guivre y solo se detuvo una vez, el tiempo suficiente para rescatar una espada del cuerpo ensangrentado y lánguido de un señor noble. Ni siquiera miró su rostro.

Pero otra figura llegó junto al guivre antes que él. Alguien que cabalgaba sobre un caballo pardo. El hombre se arrojó del caballo y lo golpeó en el costado. El animal escapó a toda velocidad.

Y el frater Agius (pues era él, como pudo ver mientras echaba a correr, aún sabiendo con certeza que no conseguiría llegar a tiempo) avanzó sin miedo hacia las garras del guivre.

La criatura gritó alborozada y furiosa, precipitándose sobre él. Cegada por el hambre y enloquecida por su largo cautiverio y el tormento de su cuerpo destrozado y dolorido, tomó la comida que se le ofrecía.

Agius desapareció bajo una confusión de alas y garras duras como el metal. El guivre agachó la cabeza para alimentarse.

En ese mismo instante, Henry y su ejército (o mejor dicho, lo que quedaba de él) regresaron a la vida. Con gritos de rabia, enloquecidos por lo que habían visto y habían sido incapaces de evitar, se abalanzaron sobre los soldados de Sabella, que habían abandonado la formación a medida que ocupaban la colina y daban muerte a sus víctimas. Los soldados de Fesse y Avaria se reagruparon y se unieron a la delgada y extensa línea del duque Rodulf. Las tropas de Saonia retrocedieron y cabalaron hacia los vacilantes soldados de Sabella. Alain corrió hacia el guivre. Las tropas de Sabella, sorprendidas por este revés, estaban retrocediendo. Alain las ignoró, pero

Pesar y Rabia ladraron y mostraron sus dientes para que nadie obstaculizara su paso. ¿Pero quién iba a hacer algo así? El guivre era enorme, una forma encorvada tan alta como dos hombres, uno a hombros del otro. El sol brillaba en sus escamas y comía con la rapacidad de una criatura a la que le ha sido negado este placer durante demasiado tiempo. Alain apareció tras ella y pensó en golpearla, pero no lo hizo. La criatura no parecía haber advertido su presencia. Oyó el crujido de los huesos y un terrible gemido que se convirtió en un sofocado sollozo y se interrumpió bruscamente.

Rodeó a la gran bestia. De su ojo infectado cayeron gusanos que empezaron a retorcerse por el suelo. Desde este lado, la criatura no podía verle. Además, estaba demasiado ocupada comiendo.

Levantó la espada en el mismo instante en que sonaba un grito de advertencia a sus espaldas, seguido por el alarido más lejano de «¡Hailililili!». Después oyó el tronido de los cascos, gritos de consternación pronunciando el nombre de Rodulf y, de nuevo, las voces que aclamaban al rey: «¡Henry! ¡Por el rey Henry!».

Bajó la espada con fuerza sobre el cuello de la criatura. Esta gritó, ensordeciéndole, y levantó su enorme y horrible cabeza de lo que quedaba de Agius. Elevándose en el aire, se arrojó primero sobre el lado que veía y después sobre el otro, batiendo las alas para derribarle. Era una criatura torpe que no había nacido para moverse por el suelo, pues solo tenía garras y alas.

Intentó clavarle las garras, pero falló porque no podía verle. Se tambaleó; estaba tan enferma que apenas podía mantener el equilibrio. Alain retrocedió a la vez que giraba la espada para que su filo señalara hacia arriba. Sus tobillos encontraron resistencia y cayó sobre una rodilla. Miró atrás.

Y lo que vio le horrorizó. El guivre había abierto en canal a Agius para comer sus suaves entrañas, pero los ojos del frater le miraban y le seguían. ¡Todavía estaba vivo!

El guivre chilló de furia y se posó en el suelo. Su sombra cubrió al joven y a su agonizante compañero.

Pero como dicen las viejas leyendas, toda gran bestia tiene su punto débil. Sin vacilar, Alain hundió profundamente la espada en su pecho desprotegido.

La sangre empezó a brotar, cayendo sobre él como una cascada de fuego. Soltó la empuñadura de la espada y retrocedió de un salto, cogiendo a Agius y tirando de él mientras el guivre se retorció en su angustia mortal. Escupiendo y tosiendo, cegado por la punzante y ardiente sangre, Alain siguió alejándose, arrastrando consigo al frater. El guivre se desplomó y derribó a Alain, que cayó sobre el clérigo. La criatura se estremeció en una gran convulsión y permaneció inmóvil.

Agius murmuró algo, una palabra rechinante seguida de otra. Alain se inclinó, con ojos llorosos y sintiendo un gran picor en las manos. Una forma se abalanzó sobre él y, al instante, Rabia empezó a lamerle el rostro y las manos. Intentó ahuyentar al animal, pero no podía hacerlo y escuchar a Agius a la vez.

—Libera al ciervo blanco —susurró el frater—. Ay, Señora, que este sacrificio me haga digno del ejemplo de Vuestro Hijo. —Su mirada se volvió vidriosa, se estremeció como el guivre y murió.

Rabia limpió sus ojos de la sangre del guivre y el muchacho parpadeó ante el repentino resplandor. El campo de batalla estaba bañado por la luz del sol. Entonces advirtió que el estandarte de Sabella estaba retrocediendo y que el peso de la victoria había cambiado. Con la muerte del guivre, los soldados de Sabella se habían rendido y ahora intentaban escapar.

Una espina rozó suavemente su mejilla y Alain se sorprendió al ver que Pesar llevaba la rosa en su hocico. ¡La había traído desde el extremo contrario del campo de batalla! Sus pétalos se habían oscurecido, adoptando un tono rojo intenso como el de la sangre de Agius que seguía cayendo al suelo.

Alain escondió su rostro entre sus manos y lloró.

CAPÍTULO 14



LA PROMESA DE PODER

Rosvita era incapaz de concentrarse cuando esperaba. Daba vueltas y vueltas al salón de banquetes del palacio que había construido el primer duque de Fesse ochenta años atrás y, de vez en cuando, se acercaba a las grandes puertas que ofrecían una hermosa vista de la aldea de Kassel, que descansaba a los pies de la colina sobre la que se había erigido el castillo. Una enorme piedra de color gris azulado cubría el dintel de esta puerta monumental. Cuando Rosvita levantaba la mirada, veía figuras y diseños diminutos tallados en la piedra y difuminados por el paso del tiempo.

Sucios gallardetes seguían decorando las calles del pueblo que descansaba a sus pies. Cuando había llegado Henry acompañado por su ejército, la aldea de Kassel aún se estaba recuperando de la ruidosa Festividad de San Mikhel, celebrada cuatro días antes. Aunque la obispa había expresado con claridad su rechazo a varias costumbres locales, no había podido impedir que se celebrara esta fiesta. En ella, una mujer joven cabalgaba por las calles de Kassel ataviada tan solo con su cabello (o, en este caso, con una transparente combinación de lino, prestando así cierta atención al pudor), mientras los aldeanos cerraban sus persianas y fingían no mirarla. En cuanto finalizaba esta procesión, todo el mundo salía a las calles y bebía hasta enfermar. Rosvita no sabía qué había ocurrido exactamente en la historia original para que una mujer se viera obligada a cabalgar de una forma tan humillante, pero San Mikhel había vestido milagrosamente a la desafortunada virgen con una luz cegadora que la había protegido de las miradas de los paganos y los impíos.

—Se dice que esta fortaleza fue construida sobre las ruinas de un fuerte dariyano que, a su vez, fue construido sobre las ruinas de un antiguo palacio cuyas grandes piedras fueron colocadas por los daimones de la atmósfera superior —explicó la princesa Theophanu, acercándose a Rosvita para que su cuerpo quedara bañado por la luz del sol. Señaló el enorme dintel.

—Como los círculos de piedra —dijo Rosvita, pensando en el joven Berthold—. Aunque hay quien dice que fueron erigidos por gigantes. —Eso era lo que Helmut Villam había dicho aquel día, cuando habían explorado el viejo círculo de piedra, acompañados por Berthold. ¡Ay, Señora! Sabía que siempre cargaría con este pesar, pero no estaba dispuesta a venirse abajo—. Ven —dijo, volviéndose hacia Theophanu—. Leeremos el libro que me dio el ermitaño, el Hermano Fidelis. Así podremos reflexionar sobre la vida de una mujer santa mientras esperamos noticias del rey

Henry.

Contempló el salón, donde la luz y las sombras jugueteaban entre las gruesas columnas de madera y el techo que descansaba en lo alto. Ningún fuego ardía hoy en el hogar, pues el día era bastante cálido y solo se habían encendido los fuegos de la cocina para preparar la comida. Siervos ataviados con tabardos en los que había sido bordado el león dorado de Fesse se demoraban nerviosos junto a las puertas laterales. Uno de ellos se acercó trayendo vino, pero Rosvita le indicó que se lo llevara. No tenía sed.

El joven Ekkerhard se había quedado dormido en el banco. Su gentil rostro y su dulce perfil le recordaban amargamente a Berthold Villam, que ya no estaba con ellos. Ekkerhard es un buen chico, aunque le gusta demasiado quedarse de fiesta hasta bien entrada la noche y cantar con los bardos que viajaban de una gran corte a otra.

—Es mejor así —dijo Theophanu, deteniéndose junto a Rosvita.

—¿Qué es mejor?

Theophanu señaló con la cabeza a su hermano pequeño. De todos los hijos de Henry, Ekkerhard era el que más se parecía a su padre: tenía el cabello rubio oscuro, el rostro redondeado y una nariz fuerte y ligeramente arqueada. A sus trece años era larguirucho, alto y algo desgarbado, excepto cuando tocaba el laúd, y se decía que Henry también había sido así cuando tenía su edad, hasta que creció para convertirse en el hombre alto y fuerte que era ahora.

—Es mejor que Ekkerhard ame la música y los placeres de la fiesta con más intensidad que la promesa del poder —explicó Theophanu.

Rosvita no supo cómo interpretar este comentario.

Theophanu volvió sus ojos negros hacia ella.

—¿No es esa la fuente de la rebelión de Sabella? ¿El hecho de que no esté contenta administrando el ducado de su marido? ¿El hecho de que desee más?

—¿Acaso no es la codicia la fuente de muchos pecados? —preguntó Rosvita.

Theophanu esbozó una sonrisa inocente.

—Eso es lo que nos enseña la iglesia, buena hermana.

Theophanu era lo bastante mayor para tener su propio séquito, pero su padre la retenía a su lado, del mismo modo que retenía a Sapia en vez de concederle un título y tierras que administrar. ¿Estaría disgustada por este trato? Lo ignoraba. ¿Le molestaba que su hermana hubiera acompañado a Henry para enfrentarse a Sabella en el campo de batalla y que le hubieran dejado al mando de un grupo de soldados? ¿Le molestaba que la hubieran dejado atrás cuando ella era más fuerte y estaba mejor preparada físicamente para la guerra? Era incapaz de leer la expresión de Theophanu para saber qué pensaba sobre este asunto.

Rosvita retiró el envoltorio de lino con el que había envuelto el viejo códice y lo abrió por su primera página. La caligrafía del Hermano Fidelis era delicada pero firme, aunque su avanzada edad quedaba reflejada en los lazos, espirales y

ocasionales papirotazos con los que se había permitido decorar sus escritos. Una mano saliana, pensó Rosvita. Durante el transcurso de los años había examinado diversos manuscritos y libros y había aprendido a reconocer los rasgos y señales deladoras de escribas concretos o los hábitos adquiridos en ciertas escuelas monásticas.

Tocó el papel amarillento con respeto, sintiendo las líneas de tinta bajo sus dedos. La voz de Fidelis le llegaba como a través de un largo túnel, a través del velo de los años.

Theophanu se sentó junto a ella y esperó, con las manos unidas en el regazo. Rosvita empezó a leer en voz alta.

—El Señor y la Señora confieren gloria y grandeza a las mujeres a través de la fuerza mental. La fe las hace fuertes, y en estas vasijas terrenales se esconde un tesoro celestial. Una de estas mujeres fue Radegundis, cuya vida mundana yo, Fidelis, más humilde y menos digno, deseo conmemorar para que todos puedan conocer las hazañas y cantar alabanzas en su gloriosa memoria. El mundo separa a aquellos a quienes antaño no les separaba ningún espacio. Así concluye el Prólogo.

Rosvita suspiró, oyendo a Fidelis en estas palabras como si su voz reverberara en la tinta para llegar a sus oídos.

—Así empieza la Vida. Radegundis, más que bendita, era del rango terrenal más elevado...

Ekkerhard resopló y despertó de repente. Cayó del banco y aterrizó sobre las alfombras que habían extendido con sumo cuidado sus siervos. En ese mismo momento, una de las doncellas de Theophanu apareció en el umbral.

—¡Un Águila! —gritó—. ¡Viene un Águila!

Rosvita cerró el libro con manos temblorosas y lo envolvió en la tela. Abrazándolo contra su pecho, se levantó sin dejar de temblar y corrió hacia las grandes puertas. Theophanu la siguió, completamente calmada. Ekkerhard hablaba emocionado a sus espaldas y sus siervos se habían apiñado a su alrededor para ayudarlo a levantarse. La castellana y otros siervos de la duquesa de Fesse rodearon a Rosvita y la Princesa.

El Águila era Hathui, la joven a la que Henry había honrado al unirla a su séquito personal. La mujer tendió las riendas de su caballo a un lacayo y, tras avanzar unos pasos, se arrodilló ante Theophanu.

—Alteza, princesa Theophanu —dijo, alzando los ojos para mirarla. Hathui tenía la extraña habilidad de ser altiva pero no insolente—. El rey Henry os envía el mensaje de que su hermana Sabella se niega a negociar y tendrá que unirse a la batalla.

—¿Y qué hay del curso de dicha batalla? —preguntó la joven.

—Lo ignoro. Cabalgué con rapidez y sin mirar atrás, como es mi deber.

—Traedle aguamiel —ordenó Theophanu, observando la ciudad.

Kassel era un cuadrado con dos grandes avenidas dispuestas en perpendicular que

la dividían en cuatro cuartos. Estaba rodeada por una antigua muralla que, junto a los baños, era la última prueba que delataba que había sido una ciudad dariyana en la época del viejo imperio. Probablemente, en aquel momento su tamaño había sido mayor pues, en la actualidad, dentro de sus murallas había espacio para algunos campos de —cultivo (en su mayoría vegetales, además de un impresionante bosquecillo de árboles frutales y algunos pastos para las vacas) entre la última línea de casas y las puertas de la ciudad. En el exterior de los muros se cultivaba centeno y cebada, pues el suelo de este lugar era la arcilla roja característica de las tierras altas.

¿Adónde habrían ido todas aquellas personas y qué habría sido de sus descendientes? ¿Habrían huido a Aosta, a la ciudad de Darre en la que había crecido el Imperio? ¿Habrían muerto en las guerras y plagas y hambrunas que habían devastado y destruido el viejo imperio? ¿O simplemente se habían desvanecido para no regresar jamás, como el pobre Berthold?

Rosvita no podía evitar hacerse todas aquellas preguntas.

«El conocimiento me tienta demasiado», le había dicho el Hermano Fidelis. En momentos como este sabía que también ella era demasiado curiosa. Henry podía estar muerto y todo aquello por lo que había luchado podía haber desaparecido. Quizá había cometido el terrible crimen de matar a una persona de su propia familia, el mismo crimen que, según narraban algunas crónicas, había comportado la caída del imperio Dariyano. ¡Y aquí estaba ella, preguntándose por la historia de Kassel a pesar de que la paz y la estabilidad del reino estaban en peligro!

—Ven —le dijo a Theophanu—. Sentémonos de nuevo a esperar.

Theophanu sacudió suavemente la cabeza.

—Ha llegado el momento de ensillar nuestros caballos —dijo con voz calmada—. Y de reunir a los sanadores. O cabalgamos hacia la batalla para proporcionar ayuda a los heridos o huimos.

—¿Huimos?

Theophanu dio media vuelta. Las oscuras pestañas que enmarcaban sus ojos eran tan largas como las de las reinas de los antiguos mosaicos. Estaba muy tranquila.

—Si Sabella gana, Ekkehard y yo tendremos que mantenerlos bien lejos de sus manos. Debemos estar preparados para escapar a Quedlinhame, junto a nuestra tía escolástica.

Rosvita acercó una mano a su pecho y se inclinó ligeramente, mostrando su respeto por la joven princesa. Theophanu tenía razón. Había aprendido política en las rodillas de su madre, y esta había aprendido política en la corte de Arethousa, donde las intrigas se sucedían en telarañas tan complejas y peligrosas como las de cualquier corte del mundo de la humanidad.

De modo que esa era la decisión que Henry debía tomar: tenía que escoger entre Sapientia, la hija audaz y abierta que, con demasiada frecuencia, tomaba malas decisiones, y la fría e inescrutable Theophanu, que tenía buenos instintos políticos pero carecía del carisma vital que marcaba a un soberano como el elegido de Dios.

En una confiaban todos y en la otra nadie. No le extrañaba que Henry pretendiera ceder el trono a Sanglant, su hijo bastardo.

De un frater a una diaconisa.

—¡Consígueme un caballo!

La mujer que le dio esta orden tenía el tono imperioso de una noble, pero vestía sencillos hábitos de diaconisa y ni siquiera tenía un chal con el que cubrirse su cabello trenzado. Hanna no podía complacerla. No tenía caballo, pues se lo había llevado el desesperado frater.

—Os pido disculpas, Diaconisa —dijo, levantando la lanza por si intentaba escapar mientras los soldados de la princesa Sapiencia combatían el nuevo ataque—, pero todas las personas presentes en esta caravana están bajo la custodia del rey Henry.

Para su sorpresa, la diaconisa rio.

—Por supuesto, muchacha. ¿No me conoces?

Hanna solo pudo sacudir la cabeza mientras miraba hacia el bosque con la esperanza de ver a las tropas de la princesa. Solo había algunos soldados que se habían quedado rezagados. La mayor parte de las personas que estaban en la caravana de provisiones yacían en el suelo, heridas o muertas, o vagaban por los alrededores con una expresión perdida en los ojos, como si estuvieran completamente fuera de su elemento. A unos tres metros de la diaconisa había dos guardias vestidos con los colores de Sabella; ambos estaban muertos. Unos cinco carromatos más allá, Hanna vio que una mujer con hábitos de obispa era ayudada a subir a un carromato.

—¡Ay, Señora! —jadeó—. Es la obispa Antonia.

—No debe escapar —dijo la diaconisa con voz dura—. Tráeme un caballo o ve al bosque en busca de mi sobrina.

Mi sobrina. Un terrible pensamiento cruzó la mente de Hanna. Se arriesgó a mirar con atención a la mujer y decidió que podía ser verdad, que había cierto parecido en sus rasgos, en la nariz, en la forma de la mandíbula y en su penetrante mirada.

Apoyó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza.

—Os pido disculpas, Excelencia —se apresuró a decir.

—¡Olvídate de eso! —espetó la mujer—. No quiero que Antonia logre escapar y no tengo ningún arma para detenerle.

Hanna corrió hacia los árboles y advirtió que las tropas de Sapiencia estaban regresando, flanqueadas por los soldados que ondeaban el dragón rojo de Saonia. Los

otros soldados, los escaramuzadores de Lavastine, se habían retirado. Hanna hizo una señal a la princesa, que se detuvo de inmediato.

—Vuestra tía, la obispa Constance, espera vuestra protección —gritó Hanna, sujetando las riendas mientras el caballo de Sapientia retrocedía asustado. Hanna conocía los caballos lo bastante bien para ver que este tenía, además de un talante nervioso y un imperioso jinete y demasiada emoción que asimilar—. Os implora que impidáis que la obispa Antonia logre escapar.

El rostro de Sapientia se iluminó.

—¡Capitán! —gritó—, debéis encontrar y proteger a Constance. Los que estéis conmigo, seguidme. —Espoleó a su caballo y se alejó con tanta rapidez que arrancó las riendas de las manos de Hanna. Unos treinta soldados la siguieron; los demás se quedaron atrás, confusos o esperando a que su capitán les confirmara la orden. Este musitó algo entre dientes, pero entonces levantó la voz para que todos pudieran oírle.

—Vosotros diez, regresad a los carromatos y proteged a la obispa Constance. Tenemos soldados de sobra. Los demás, incluidos los soldados de Saonia, regresaréis conmigo al campo de batalla, donde está luchando Henry. —Mientras los soldados se ponían en formación, el capitán miró a Hanna—. ¡Águila! Te quedarás con la obispa Constance.

Hanna asintió, contenta de someterse a una autoridad que sabía lo que hacía. Los soldados se alejaron hacia la batalla, cuyo resultado desconocían.

A pesar de los muchos remolinos de desorden provocados por el entusiasmo de Sapientia, la obispa Antonia fue apresada junto su horda de clérigos. Encontraron al duque Berengar acurrucado bajo un carromato, acompañado tan solo por un sirviente; estaba tan asustado que se había orinado en sus polainas. Hanna sintió lástima de él cuando fue llevado ante la severa obispa Constance, que se había puesto al mando de los cuarenta soldados de Sapientia y ahora controlaba el carromato de provisiones. Le sorprendió que Constance no le mostrara piedad, sino indiferencia, pero pronto comprendió la razón: no era la primera vez que veía aquella expresión embobado y aquellos repentinos e inapropiados ataques de risa. Merengar era idiota y, por lo tanto, un simple peón... un León en un tablero de ajedrez.

La persona que realmente importaba era la obispa Antonia, que miró a los ojos de Hanna con bastante alegría, a pesar de estar bajo el poder de Constance. Antonia era una mujer de aspecto amable que no se movía con la arrogancia de la mayoría de los nobles, sino con sonriente modestia. Sin embargo, en la negociación, al enfrentarse a Helmut Villam, había hablado con una pasión que no parecía propia de ella.

Y había otro premio escondido entre los clérigos.

—Ah —dijo Constance—. Acércate, Tallia. No voy a hacerte daño, pequeña.

La muchacha fue conducida hasta ella. Estaba llorando y tenía la nariz sonrojada. No tenía nada que decir, así que no le quedaba más remedio que someterse a la piedad de Constance. Hanna era incapaz de apartar la mirada de los clérigos de Antonia, que formaban el grupo más desagradable que había visto en su vida: todos

parecían tener algún tipo de infección, pues había llagas en sus rostros y sus manos y sarpullidos en sus barbillas. Muchos tosían suavemente y vio que uno (el que parecía más enfermo) tenía una mancha de sangre en la mano cuando la apartó de su boca.

¡Ay, Señora!, pensó Hanna, ¿y si tienen la peste?

—Sepáralos de los demás —ordenó Constance a Sapia, como si hubiera pensado lo mismo—. Pero quiero que Tallia y Berengar se queden a mi lado.

—¿Están enfermos? —preguntó Sapia, que había desmontado después de cabalgar entre los árboles durante un rato, buscando a alguien contra quien luchar. Había regresado del bosque para informarles de que iba a regresar a la batalla, pero Constance se lo había impedido con una orden directa, de tía a sobrina, y la impetuosa joven no se había atrevido a desacatar a una obispa. Constance apenas era cuatro o cinco años mayor que Sapia, pero su autoridad superaba con creces a la de la hija de su hermano.

—No sé si están enfermos —dijo la obispa—, pero debemos ser cautelosos. He oído diversas historias sobre la plaga de Autun, ciudad que fue fuertemente golpeada por la enfermedad veinte años atrás. Sepáralos de los demás y tenlos vigilados, pero no permitas que nadie los toque.

La obispa Antonia no mostraba señales de tener la enfermedad, ni tampoco el joven clérigo que estaba junto a ella. Y estuviera enferma o no, Constance no estaba dispuesta a perder de vista a la obispa.

—Tendréis que responder por lo que habéis hecho, Antonia —le dijo.

—Todos respondemos ante Dios —replicó ella.

Levantaron la cabeza al oír el estrépito de los cascos. El capitán de Sapia había regresado, acompañado de sus tropas pero sin los escaramuzadores de Saonia. La expresión de su rostro era fría.

—¿Qué ocurre? —gritó Sapia.

Antonia sonrió.

—Buen capitán —dijo Constance, con voz firme pero calmada—. ¿Qué noticias traéis?

Parecía angustiado.

—El Señor nos ha bendecido con la victoria, Excelencia, pero el precio ha sido terrible.

Por un instante, la expresión triunfal de Antonia desapareció de su rostro para mostrar algo más desagradable, astuto y frágil que había debajo. Hanna miró a Constance, que observaba al capitán con expresión grave... y no era para menos. Cuando miró de nuevo a Antonia, esta había recuperado su expresión habitual, tan plácida como la de un santo, tan suave como la crema. La muchacha sacudió la cabeza, preguntándose si había imaginado aquel otro rostro.

—Dadnos vuestro informe —apremió la obispa. Sapia parecía estar a punto de espolear a su caballo para marcharse, pero la dura mirada de su tía le indicó que se quedara donde estaba.

El capitán desmontó y se arrodilló ante ella.

—La victoria pertenece al rey Henry, pero el precio ha sido muy alto. Son muchos los que yacen muertos en el campo de batalla, pues Sabella utilizó... —vaciló—. Sabella trajo una criatura terrible que tuvo que ser engendrada por algún ser maligno. Con su magia, el ejército de Sabella asesinó a más de la mitad de los hombres de Henry... de hecho, a casi todos sus Leones, mientras estos permanecían paralizados en el campo de batalla, inmovilizados por algún terrible hechizo.

Sapientia jadeó y los soldados murmuraron incrédulos y horrorizados. ¡Casi todos los Leones! Hanna intentó reprimir un sollozo.

La obispa levantó una mano para pedir silencio y todos obedecieron.

—Entonces, ¿cómo consiguió salir victorioso?

—Lo ignoro. Solo sé que un hombre, un frater, se arrojó sobre la bestia y, de algún modo, logró distraerla y matarla.

Antonia musitó algo, pero Hanna no pudo oír sus palabras. Su rostro seguía siendo apacible, pero su mirada se había endurecido.

Constance palideció.

—¿Un frater? —preguntó—. ¿Qué más sabéis de él?

—Algunos dicen que es el hijo de Burchard, duque de Avaria, pero apenas puedo creerlo...

Al ver que Constance levantaba una mano, el hombre guardó silencio.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la obispa, pero el viento hizo que se desvaneciera como si nunca hubiera existido.

—Llevaosla lejos de mi vista —dijo, señalando a Antonia—, pero vigiladla bien.

El capitán, sorprendido, se puso en pie de un salto para hacer lo que le pedía.

—¿Qué me decís de Sabella? —preguntó Sapientia—. ¿Ha conseguido escapar?

—No —respondió el capitán, mientras sus hombres rodeaban a la obispa Antonia y la conducían a uno de los carromatos—. El propio Villam la capturó, aunque está gravemente herido y tememos por su vida. *Lady Sabella* se encuentra bajo la custodia de Henry.

Constance cerró los ojos y los mantuvo así durante un prolongado momento, mientras se llevaban a Antonia y la encerraban en un carromato. Sapientia perdió la paciencia y pidió su caballo.

—Ven, Águila —dijo—. Cabalgarás conmigo.

—No —dijo Constance, abriendo los ojos—. Ve tú si quieres, Sapientia, pero el Águila permanecerá junto a mí, como corresponde.

Se tocó el collar de oro que lucía en su cuello.

—Es cierto que vuestra Águila leal llegó desde Autun —dijo Sapientia pensativa, echando hacia atrás la cabeza—. Así fue como el rey Henry supo que debía venir aquí. —Esbozó una extraña sonrisa—. Pero sin un ejército, ¿cómo va a ser capaz de cabalgar hasta Gent?

—¿Cabalar hasta Gent? —preguntó Constance—. ¿Por qué iba Henry a querer ir

allí?

Sapientia tiró de las riendas de su caballo y, sin responder, se alejó hacia el campo de batalla para reunirse con su padre victorioso.

—Ay, Señora —murmuró Hanna. Sapientia tenía razón. Henry había marchado con un gran ejército formado por más de ochocientos soldados. Podía reclutar más hombres en Wendar, Varre y las tierras fronterizas, pero le llevaría meses hacerlo y marchar con ellos hacia Gent. Sabella también había perdido a muchos soldados en la refriega... ¿pero cómo iba Henry a confiar en los señores de Varre si se habían alzado contra él? Además, estos podían negarse a ceder sus ejércitos para salvar al hijo que ninguno de ellos apreciaba.

No pensarían en la gente de Gent ni en su sufrimiento. No pensarían en Liath ni en el peligro al que se enfrentaba. ¿Los reyes y los príncipes se preocupaban por la vida de sus Águilas? Al fin y al cabo, estas solo eran una herramienta más que podían utilizar en su propio beneficio, como las espadas.

El rey Henry estaba de muy mal humor. La verdad es que Rosvita nunca le había visto tan furioso.

La noticia de la victoria había llegado a Kassel y habían partido de inmediato. Al llegar, habían encontrado a Henry dando vueltas de un lado a otro delante de la tienda de campaña en la que yacía Helmut Villam que, según se decía, agonizaba. Todos los siervos de Henry y los diversos nobles que le acompañaban en su marcha estaban tan asustados que se mantenían a más de seis pasos del rey, pues este era capaz de hacer un doloroso e injustificado reproche a cualquiera que se situara dentro de su campo visual.

A Theophanu le bastó una mirada para saber que era mejor no acercarse, de modo que se llevó a Ekkerhard a un lado y lo condujo hasta los refugios que se habían construido para proporcionar auxilio a los heridos. El Águila Hathui, experta en pasar desapercibida, se situó junto a la entrada de la tienda, cerca del rey, pero permaneció tan inmóvil contra la pared de lona que este no pareció advertir su presencia.

Los cortesanos pronto empezaron a acosar a Rosvita, implorándole que hiciera entrar en razón a Henry. Ella intentó distraerlos, enviándoles a realizar diversos recados, hasta que por fin encontró a una persona que podía proporcionarle información sobre lo ocurrido: la Margrave Judith.

Estaba sentada en una silla de campamento, contemplando la escena desde una distancia segura. Sus siervos mantenían a los inoportunos cortesanos alejados de ella para que pudiera beber su copa de vino en soledad, observando las idas y venidas de Henry. Los siervos revolotearon alrededor del rey, pero este les obligo a alejarse.

Más allá podía ver la masacre. La mayor parte de los heridos habían sido trasladados, pero el campo de batalla estaba salpicado de cadáveres. Eran demasiados para que pudieran enterrarlos con la rapidez necesaria, de modo que, posiblemente, tendrían que dejarlos abandonados en el campo. No sería la primera vez. Hombres y mujeres, soldados rasos y campesinos avanzaban entre los muertos despojándoles de sus objetos de valor. Rosvita suponía que el verdadero botín se lo habían llevado ya los siervos del rey o los señores nobles.

Lo más extraño de todo y lo más terrible de contemplar era la criatura que yacía en el centro del campo donde había tenido lugar la masacre. Era una bestia tan espeluznante en la muerte que se estremeció al verla, a pesar de la distancia. Su

cabeza era tan grande como la rueda de un carromato, y muy similar a la cabeza de un gallo. Sin embargo, tenía un cuerpo sinuoso, una cola de reptil y unas gigantescas garras de águila.

—Es el guivre —dijo Judith con el distanciado interés de alguien que ha salido ileso de un desastre.

—¡Un guivre! —exclamó Rosvita—. He leído sobre esos monstruos, pero nunca creí que vería uno.

La criatura yacía con su enorme ojo abierto, mirando hacia el cielo azul sin verlo. Sus alas emitían un brillo similar al del metal y sus plumas eran de cobre. Rosvita se estremeció al advertir que había una forma humana medio escondida bajo su cuerpo. Algún saqueador había robado los zapatos del difunto... o quizá este había ido descalzo. Unas cosas pequeñas y blancas que parecían gusanos se arrastraban por el cuerpo del guivre. Rosvita apartó la mirada con rapidez.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a Judith.

—Una gran bestia ha encontrado la muerte, como podéis ver —respondió la margrave. Tenía sangre en el tabardo, la cota de malla agujereada y un moratón en la mejilla derecha. El casco, algo abollado, descansaba a sus pies—. Ay, Señor. Soy demasiado mayor para esto. Los sanadores me han dicho que no habrá más niños ni más peleas. Un hombre puede luchar hasta mucho después de que su pelo se haya vuelto de color plata, si vive lo suficiente, en cambio a mí me duelen todos los huesos. Después de esto, los maridos de mis hijas aguantarán como es debido y, si una mujer debe asistir en la batalla, ellos tendrán que acompañarla.

Rosvita no sabía qué decir. No era la primera vez que veía muertos, pero jamás en una escala semejante. En lo alto, entre los Leones, un Águila sollozaba, arrodillada sobre el cuerpo de un soldado de infantería.

—Ha sido una dura batalla —dijo Rosvita por fin.

—¿Cuál? ¿La que tuvo lugar en el campo de batalla o la que presenciamos justo antes de que llegaran vuestras tropas?

—¿Qué batalla fue esa?

—La discusión de Henry con la duquesa Liutgard.

Rosvita no conocía bien a la duquesa Liutgard pues no solía visitar con frecuencia la corte, pero sabía que poseía el mítico temperamento que, según decían las crónicas, había arruinado el reino de la hermana de su tatarabuela, la reina Conradina, una mujer que había pasado a la historia por haber tenido tantas disputas como amantes.

—¿Y por qué iba el rey a discutir con Liutgard?

Judith encontró una mancha de sangre bajo una uña y llamó por señas a una doncella, que se acercó apresuradamente y empezó a lavarle las manos mientras seguía hablando.

—Liutgard cabalgaba junto a Villam cuando la guardia de Sabella fue apresada. Lucharon con lealtad...

—¿Liutgard y Villam?

Judith sonrió; había cierto sarcasmo en su expresión.

—No me refiero a eso. El séquito de Sabella luchó con lealtad y muchos fueron asesinados antes de que se dieran por vencidos. Rodulf murió allí.

—¿El duque Rodulf? Es una noticia terrible.

—Luchó por Varre, como siempre hizo. De hecho, creo que luchaba más por Varre que por Sabella. Es una lástima que se negara a aceptar a un rey wendiano.

—Puede que sus herederos sean más razonables.

—Puede —repitió Judith, torciendo los labios en una expresión que no denotaba esperanza, sino duda.

—¿Villam resultó herido? —Rosvita empezaba a preguntarse si Judith estaba jugando con ella para divertirse.

—De gravedad. —No parecía demasiado afligida. A Rosvita nunca le había gustado la margrave, pero esta había sido leal a Arnulf y después a Henry; siempre les había brindado su apoyo sin vacilar. No era fácil sentir simpatía por ella, pero tampoco se la podía ignorar, pues era demasiado poderosa—. Como Villam resultó herido, Liutgard pudo dejar a Sabella bajo su custodia.

—Ah. —Esto lo explicaba todo—. Supongo que eso no le sentó bien a Henry.

—En efecto. Y por eso estuvieron discutiendo. Henry exigía que Liutgard le cediera la custodia de Sabella, pero Liutgard le dijo que no lo haría hasta que estuviera más calmado y fuera capaz de pensar con claridad.

—Ay, Señora —murmuró Rosvita—. No debería haber sido tan temeraria. Debería haber buscado palabras más diplomáticas.

—La diplomacia es para los cortesanos y los asesores, hermana, no para los príncipes. En cualquier caso, nunca he creído que Liutgard tenga el menor ápice de sutilidad. ¿Sabéis que el hijo de Burchard está muerto?

—¿El hijo de Burchard? —¿Qué tendrían que ver en todo esto el duque de Avaria y sus hijos? Judith había cambiado de tema con rapidez, antes de que Rosvita hubiera acabado de comprender el anterior, y ahora se sentía incapaz de seguirla. Liutgard se había casado con el segundo hijo del duque de Avaria, Frederic, que había muerto hacía varios años.

Judith suspiró con fuerza, se examinó las uñas en busca de restos de sangre u otras señales de la batalla y permitió que la doncella se las secara con un paño de lino limpio. Entonces, con un gesto, le indicó que se retirara.

—Sabella parece decidida a arrastrar en sus derrotas a los hombres de ese linaje, aunque no le importa ninguno de ellos. Estoy hablando del hijo mayor de Burchard: Agius, el que ingresó en la iglesia.

Judith le relató una historia bastante confusa sobre el guivre, el frater y un muchacho que había conducido a los perros del conde Lavastine a la masacre.

—Vais demasiado deprisa —dijo Rosvita—. Ignoro qué papel ha desempeñado el conde Lavastine en esta batalla. Lo último que oí de él fue que se había negado a asistir a Henry en su marcha, pero eso ocurrió hace más de un año.

—Apareció en la batalla al lado de Sabella. —Judith hizo una pausa y se pasó un dedo por el labio superior, sobre el que crecía un poco de vello. Era una señal de inminente paso de la fertilidad a la sabiduría—. Pero esto es lo más extraño: ordenó que sus fuerzas se retiraran en plena batalla.

—¿Después de que el guivre fuera asesinado, cuándo vio de qué lado soplaba el viento?

—No. Mucho antes, cuando parecía que todo estaba perdido para Henry y que Sabella iba a ganar. Nadie puede explicarlo, pues Lavastine y sus hombres han huido.

Por fin, Rosvita empezaba a ver adónde conducía todo esto.

—¿Qué hay de Henry y Sabella?

—Parece que estamos en un punto muerto. Liutgard se niega a ceder la custodia de Sabella a Henry, y Henry está indignado, como podéis ver.

—¿Habéis intentado intervenir?

—¿Yo? —Judith sonrió.

¡Aquella sonrisa! Era la famosa sonrisa de Judith, la razón de que a Rosvita no le gustara aquella mujer. La margrave de Olsatia y Austra era leal a la casa de Saonia. Había jurado lealtad a Arnulf el Joven y, tras la muerte de este, a Henry. Sin embargo, Rosvita creía que no había ningún afecto ni ningún vínculo profundo que les atara a ellos. Consideraba que Judith era leal a Henry porque le necesitaba y por el apoyo militar que le podía proporcionar. La posición de margrave en las inestables tierras fronterizas era precaria y Judith había pedido y recibido la ayuda de Henry en más de una ocasión.

Como muchos otros nobles de mayor rango, Judith había tenido un hijo antes de casarse por primera vez. El niño había sido engendrado por su amante o por algún joven atractivo que, a pesar de no pertenecer a la nobleza, la había hechizado. Como siempre sucedía, su primer matrimonio había sido dispuesto por su familia para el mutuo beneficio de ambas casas. Su amante había desaparecido hacia largo tiempo, pero el niño había vivido y prosperado.

¡Cómo había mimado y consentido a ese niño! Si no hubiera sido tan guapo, quizá no se habría vuelto tan insufrible. Quienes llevaban más tiempo que Rosvita en la corte solían decir que el niño se parecía físicamente a su padre, y algunos afirmaban que también había heredado su encanto. Había sido un estudiante brillante, uno de los más brillantes que habían pasado por la schola del rey mientras Rosvita estuvo en ella, pero no le había entristecido verle partir. Qué diferente a Berthold había sido en todos los aspectos, excepto en el único por el que ni ella ni nadie podía condenarle: la curiosidad.

Ahora Hugh había ingresado en la iglesia y, seguramente, estaba muy ocupado con los asuntos eclesiásticos y su nueva posición como abad de Firseburg. Su madre deseaba elevarlo al rango de presbítero y, si le era concedido ese honor, abandonaría Wendar para vivir en el palacio de la skopos de Darre. Por lo tanto, Hugh no tenía ninguna razón por la que perturbar la marcha del rey con su presencia.

Afortunadamente.

—He ordenado a mi médico personal que asista a Villam —dijo Judith. Entonces se encogió de hombros y se colocó bien la cota de malla—. Pero no, no he intentado intervenir. Eso corresponde a mis asesores.

Rosvita esbozó una triste y sumisa sonrisa. ¡Qué medios utilizaba Dios para recordarle que no debía juzgar a los demás! Asintió a la margrave y se disculpó. Había llegado el momento de coger el toro por los cuernos.

—¿Qué tenéis que decir? —preguntó Henry en cuanto la vio—. ¿Por qué no me habéis traído a Sabella? ¡Ay, Señora! Según los informes, esa estúpida hija mía se ha puesto en ridículo delante de todo el mundo y ni siquiera se ha dado cuenta. Ay, Señor, ¿qué habré hecho yo para merecer semejantes hijos?

—Ahora estoy aquí, Majestad —dijo ella, intentando mantener la calma. Henry estaba tan sonrojado que sus venas sobresalían y parecían estar a punto de explotar—. Aunque procedo de un orgulloso linaje, sabéis que no puedo dar órdenes a la duquesa Liutgard.

Henry meditó estas palabras un par de segundos, que Rosvita aprovechó para acercar una mano a su codo. El roce le sorprendió. No debería tomarse la licencia de tocar al rey, pero con este gesto consiguió que Henry se olvidara por un momento de sus quejas.

—Estáis enojado, Majestad —comentó.

—¡Por supuesto que estoy enojado! Liutgard me niega a la única persona cuya traición podría costarme al único hijo...

—¡Rey Henry! —dijo ella levantando la voz. Sabía que el rey había estado a punto de decir algo que más tarde lamentaría. Algo sobre Sanglant—. Entremos a ver cómo está Villam.

¿A nadie se le había ocurrido calmarle apelando al genuino cariño que sentía por su viejo amigo y compañero? Rosvita no podía creer que estuvieran tan nerviosos como para pasar por alto semejante detalle. Señaló la tienda. Henry la miró con el ceño fruncido, pero entonces entró en su interior y permitió que le siguiera. El Águila, Hathui, asintió al ver entrar a Rosvita. ¿Había sido un gesto de aprobación? Rosvita sacudió la cabeza. Dudaba que un Águila de cuna ordinaria, ni siquiera una tan orgullosa como esta, se atreviera a aprobar o desaprobar las acciones de los nobles.

Villam había perdido el brazo izquierdo justo por encima del codo. Rosvita no se atrevió a preguntar cómo había ocurrido, pues el hombre parecía medio dormido y temía que sus susurros lo despertaran.

Henry ordenó al médico que se apartara y apoyó una mano (con suavidad, a pesar de la furia que le seguía carcomiendo) en la frente de su amigo.

—Es fuerte —murmuró.

El médico asintió, dándole la razón.

—¿No hay infección? —preguntó Rosvita en voz baja.

—Aún es demasiado pronto para saberlo —respondió el médico. Tenía la voz suave y aguda, y un fuerte acento—. Como bien ha dicho su Majestad, es un hombre fuerte. Si no hay infección, se recuperará. Si la hay, morirá.

Henry se arrodilló junto a la cama. El médico le imitó, como si no se atreviera a permanecer en pie mientras el rey estaba arrodillado. Henry levantó la mirada e hizo una señal a Rosvita, que se arrodilló junto a él y murmuró una oración. Henry rezó junto a ella, sujetando en su mano derecha el dorado Círculo de Unidad que colgaba de su pecho.

En cuanto la oración terminó, el rey miró al médico.

—¿Qué recomendáis?

Rosvita lo observó con atención. No confiaba en los médicos, pues le recordaban a los astrólogos que iban de un pueblo a otro diciendo que podían leer el destino en las posiciones de las estrellas... por una suma sustancial de dinero, por supuesto. Se aprovechaban de las personas crédulas y asustadizas para conseguir comida y cobijo. Sin embargo, este hombre carecía de barba, de modo que o era un clérigo o un eunuco del Este. Se preguntó dónde lo habría encontrado Judith y qué tipo de negocios mantendría con Arethousa.

Su voz, cuando habló de nuevo, confirmó su posición. Era demasiado aguda para ser un verdadero hombre.

—A través de los escritos de la doctora dariyana Galenc, una mujer que vivió en la antigüedad, dotada de grandes conocimientos, aprendí lo siguiente: un hombre que ha sufrido semejantes heridas debe descansar durante varias semanas en un lugar seco y cálido. Las heridas deben mantenerse limpias. El hombre debe... —se interrumpió y, con una mano, hizo ver que comía—... ah, comer caldos y otros alimentos buenos para el estómago. Su cuerpo se curará o no. Nosotros ayudamos, pero es Dios quien decide. —Dibujó el Círculo en su pecho e inclinó la cabeza para mostrar su sumisión a la voluntad de Dios.

Villam tenía el brazo derecho doblado sobre su pecho. Henry lo cogió entre sus manos y su amigo abrió los ojos y le miró, en completo silencio. El rey se secó las lágrimas.

—Debes ir a Kassel, Helmut, y recuperar allí la salud —dijo, con voz suave—. Iré a Autun para devolver el obispado a mi hermana.

Tras decir esto, se inclinó y besó a su anciano amigo en ambas mejillas. Entonces se levantó.

Durante este interludio se había calmado ostensiblemente. El rey asintió al médico que, siguiendo la costumbre oriental, apoyó su frente en el suelo.

Una vez en el exterior, Henry se volvió hacia Rosvita.

—Dejemos que Sabella espere —dijo en voz baja y tensa, revelando la rabia que hervía aún en su interior—. Dejemos que se pregunte qué está pasando mientras cabalgamos hacia Autun y nos negamos a verla.

Rosvita esbozó una pequeña sonrisa. Henry había recuperado el sentido común.

¡Con qué rapidez había cambiado de opinión! Ahora, en vez de decir que Liutgard le había impedido acercarse a Sabella, todo el mundo diría que el enfado de Henry había sido tal que había sido incapaz de mirar a su hermana a la cara. Por supuesto, eso sería mucho más efectivo.

Necesitaba hacerle una pregunta, pero le daba miedo hacerlo.

—¿No vais a ir a Gent?

Su mandíbula se tensó. Henry unió las manos detrás de su espada, como si esa fuera la única forma de controlarse.

—Dos terceras partes de mi ejército han muerto o han resultado heridas. Devolveré el obispado a Constance y durante el verano prepararé un ejército. Gent deberá resistir hasta el otoño. —Sus ojos centelleaban de cólera—. Y Sabella aprenderá qué significa haber levantado su mano en mi contra por segunda vez.

Henry y su séquito permanecieron acampados en el exterior de Autun tres días, antes de que la obispa Helvissa reuniera el coraje necesario para abrir las puertas y dejarles entrar.

Desde un punto de ventaja situado sobre la ciudad, Alain vio cómo se abrían las puertas y los habitantes de Autun salían alegres a dar la bienvenida a Constance.

—Henry no permitirá que Helvissa continúe siendo obispa demasiado tiempo —dijo Lavastine que, insólitamente, estaba junto a él observando lo que quedaba del ejército de Henry y la rebelión de Sabella.

Durante los últimos días, mientras marchaban hacia el oeste y permanecían escondidos en las proximidades de Autun, Alain había visto grupos de hombres huyendo hacia el oeste. Eran los soldados que habían sido reclutados en las tierras controladas por Sabella, el duque Rodulf y los demás nobles que se habían sometido a su control. Huían hacia el oeste, hacia sus hogares, pues tenían trabajo que hacer en los campos. La época de la siembra de primavera había pasado hacía largo tiempo y ahora solo les quedaba esperar que el verano fuera largo, que la sequía se retrasara y que sus familias hubieran podido plantar algo para aliviar el hambre del invierno. Ahora solo les quedaba esperar que la cosecha de trigo y centeno del invierno fuera buena para tener comida el próximo año.

Aparte del ejército de Henry y la comitiva de los grandes señores que permanecían bajo su custodia, solo la compañía de Lavastine se mantenía intacta. Había ordenado al sargento Fell que se adelantara con la infantería, pues el conde y su gente también tenían tierras que cuidar y un invierno que superar. Ninguno de los hombres de su compañía habían sufrido heridas graves, de modo que todos regresarían junto a sus familias.

Lavastine se había quedado atrás con sus veinte soldados de caballería y había seguido la marcha de Henry hasta Autun. Ahora esperaba aquí. Alain ignoraba qué intenciones tenía. Solo sabía que su actitud hacia él había cambiado de forma radical, pues ahora dormía en una cama decente en su tienda, comía los mismos alimentos que él y vestía una delicada túnica de lino, en vez de la harapienta túnica de lana, cada día más raída y remendada.

—Ven —dijo Lavastine, dando media vuelta mientras el estandarte de Henry desaparecía en el interior de la ciudad—. Regresemos a la tienda.

Los perros avanzaron tras ellos, alegres en este hermoso día. Alain estaba inquieto. Todavía tenía pesadillas en las que veía a Agius. Si hubiera podido salvarlo... pero no lo había hecho. Agius se había sacrificado... ¿pero por qué? No lo había hecho para ayudar a Henry, sino para rebelarse contra Sabella y Antonia... pero con su gesto había salvado al rey.

Ay, Señora. ¡Si tan solo tuviera el valor necesario! Pero no lo tenía. Se había quedado de brazos cruzados cuando Lackling fue asesinado, temeroso del poder de Antonia, y había guardado silencio después de haber visto como alimentaban al guivre con un pobre inocente. No había acusado a nadie (seguramente, ningún noble habría escuchado las palabras del hijo de un propietario libre) y ni siquiera se le había ocurrido arrojar a las fauces del guivre durante la batalla. Además, sabía que solo había podido matar a aquella criatura porque Agius se había sacrificado por el bien de los demás.

O para vengarse de Sabella.

Alain suspiró. Todo esto era demasiado profundo y complejo para encontrarle sentido.

—Entra —ordenó Lavastine.

Alain, que no lograba comprender por qué el conde le dispensaba ahora tantas atenciones, le siguió al interior. Le sacaba media cabeza, pero Lavastine tenía una gran presencia. El hechizo que Antonia había lanzado sobre su persona debía haber sido muy poderoso para haber podido superar su imperiosa disposición.

—Siéntate. —Parecía irritado porque no se hubiera sentado de inmediato.

—Pero, mi señor... —empezó a decir, mientras el capitán y los siervos que se habían congregado a su alrededor les miraban. Les sorprendía tanto como a él que un conde deseara que un muchacho corriente se sentara a su lado como si fueran parientes.

—¡Siéntate!

Alain obedeció.

Tras pedir vino y dos copas, Lavastine despidió a todos los presentes excepto a Alain. La puerta se cerró tras el último siervo y la tienda se sumió en la penumbra. Delgadas lanzas de luz se filtraban por los agujeros de sus paredes, iluminando una moqueta de lino, la empuñadura de una espada, la oreja de un perro... Pesar giró sobre su espalda para rascarse el lomo contra la moqueta, pero Rabia le gruñó porque se estaba acercando demasiado a Alain.

—Alain hijo de Henri —dijo el conde—. ¿Es así como te llamas?

—Sí, mi señor.

—Salvaste mi vida y mi honor en el campo de batalla.

Alain no supo que decir, así que simplemente agachó la cabeza.

—No pretendía apoyara Sabella, ni tampoco pretendía apoyar el rey Henry. Mi única preocupación son mis tierras y la seguridad y el bienestar de la gente que vive en ellas. Eso es todo. Nunca desee ser arrastrado hacia semejante conspiración, pero

tú no podías saberlo. ¿Por qué actuaste como lo hiciste?

—P-porque... yo...

—¡Vamos! Debías tener una razón.

Viendo que, aún estando de buen humor, a Lavastine le irritaba su silencio, Alain habló lo más deprisa que pudo, esperando que su respuesta tuviera sentido.

—Vi que la obispa Antonia no estaba... ella hizo que asesinaran a Lackling. Iba a asesinar al príncipe Eika que cogisteis prisionero, pero él... escapó. Entonces mató a Lackling, así que no podía confiar en ella...

—Espera, espera, muchacho. ¿Quién es Lackling?

—Uno de los mozos de cuadra, señor.

Lavastine sacudió ligeramente la cabeza. Aquel nombre no significaba nada para él.

—¿Ella lo asesinó? ¿Por qué esta noticia nunca llegó a mis oídos?

—Invocó extrañas criaturas en las ruinas, mi señor, y después vos cambiasteis. Estabais...

—Hechizado, sí. —Por un momento pareció que iba a escupir, como si aquella palabra, al pasar por sus labios, le hubiera resultado desagradable—. Supongo que la obispa Antonia podría haberlo negado todo y haber puesto su palabra contra la tuya. Continúa.

—Bueno, simplemente me pareció que aquello no estaba bien. No me parecía bien que Sabella ganara mediante la magia, la mentira y aquella pobre criatura aprisionada...

—¿El príncipe Eika? Pero si escapó...

—No me refiero al Eika, sino al guivre.

—¡El guivre! —Lavastine soltó una carcajada—. Una criatura como esa no merece mi compasión. —Apoyó una mano en la cabeza del perro que estaba sentado a sus pies... o, mejor dicho, sobre sus botas. Alain advirtió que era Terror, pues tenía el hocico blanco, señal de su avanzada edad. El perro levantó la cabeza para que los dedos de Lavastine se la rascaran.

—No, mi señor —respondió Alain, imaginando que eso era lo que esperaba que dijera. Sin embargo, él sí que sentía compasión por aquella bestia, por horrible que fuera, pues también había sufrido. La había matado tanto para acabar con su miseria como para salvar a Agius—. Y el frater Agius...

—Sí —dijo Lavastine—. El frater Agius salvó al rey a cambio de su propia vida. ¿Y tú, qué recompensa quieres por salvarme la vida?

—¿Yo?

—No veo a nadie más. Cuando hago una pregunta, espero una respuesta.

—P-pero no deseo ninguna recompensa, señor. Hice lo correcto. Eso es recompensa más que suficiente ante los ojos de Nuestro Señor y Nuestra Señora, ¿no? Sin embargo, quizá algo para mi familia...

—Ah, sí. Tu familia. ¿Ese tal Henri qué es?

—Mercader, señor. Su hermana Bel es una propietaria libre que goza de cierta distinción en la aldea de Osna.

—A sí. Cerca del monasterio que ardió el año pasado. ¿Qué dice Henri el mercader sobre tu linaje, Alain?

Alain se removió en la silla y bebió un sorbo de vino para ocultar su incomodidad. Nunca antes había probado nada tan bueno; un vino así no rozaba los labios de la gente corriente... ni siquiera los de los ciudadanos libres.

—Dice... —Alain pensó brevemente en mentir, pero Henri y tía Bel no le habían enseñado a hacerlo. Siempre le habían tratado como a uno más de la familia, de modo que les deshonoraría si tergiversara ahora sus palabras—. Mi madre fue una doncella de vuestra fortaleza, señor. Mi padre Henri... sentía afecto por ella. Se sabía que... — Se mordió el labio. ¡Ay, Señora! No podía decir que su madre era una prostituta... se había unido a varios hombres. Murió tres días después de darme a luz y la diaconisa me dejó al cuidado de Henri a cambio de que él me entregara a la iglesia en cuanto cumpliera dieciséis años.

—Pero ahora tienes más de dieciséis años, ¿verdad?

—Diecisiete, señor. Habría ingresado en la iglesia el pasado año, pero el monasterio de Cola de Dragón...

—Ardió en llamas. Sí. ¿Esa es toda la historia?

—Sí, mi señor.

Lavastine estaba sentado en la penumbra, jugueteando con su copa, dándole tantas vueltas que Alain estaba seguro de que iba a derramar su contenido. En el exterior oía hablar al capitán; estaba diciendo algo sobre Henry y Autun y la piedad del rey pero, aunque su oído estaba agudizado, no lograba unir las palabras para convertirlas en una frase inteligible. Pesar bostezó mostrando todos los dientes y se apoyó en sus piernas con todo su peso. El muchacho se movió en su silla para no caer y este movimiento hizo que el conde tomara una decisión.

—Escucha, muchacho —dijo con un tono brusco, impaciente—. Ahora te contaré una historia que debes escuchar con atención, pues se trata de una historia que jamás he confesado y que no volverá a salir por mis labios mientras viva.

Alain asintió, pero entonces se dio cuenta de que estaban prácticamente a oscuras y se apresuró a susurrar:

—Sí.

Los perros gimieron y gruñeron. Eran ocho perros de caza negros, unas criaturas hermosas pero crueles.

—Estuve casado una vez —dijo Lavastine en voz baja—. Pero, como todo el mundo sabe, mi esposa y mi hija fueron asesinadas por los perros.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así? —preguntó Alain, permitiendo que la curiosidad se impusiera sobre el sentido común—. O la pequeña, al menos...

—¡Escucha! —espetó Lavastine—. No interrumpas. —Temor abandonó su posición junto a Alain y, acercándose a la entrada, asomó el hocico por la puerta. Con

la nueva luz, el muchacho pudo ver que el conde sonreía con tristeza—. ¿Que cómo pudo ocurrir? Ni siquiera yo sé cómo mi abuelo consiguió esos perros. No sé si los recibió sellando algún tipo de pacto con alguna criatura o si le fueron entregados como parte de su legado. Mi padre, que fue el único de sus hijos que logró sobrevivir, los heredó en su momento y más adelante los heredé yo, pues también fui el único de sus hijos que llegó a la vida adulta. Mi padre me prometió en matrimonio para que pudiera engendrar hijos. Se esperaba que tuviera más de uno, para perpetuar la línea.

Vació la copa de vino de un trago y la dejó sobre la moqueta.

—En aquel momento era joven y tenía una amante, una hermosa muchacha que trabajaba como doncella. Solíamos encontrarnos en las ruinas porque quería mantener nuestra relación en secreto. Con el tiempo, como suele ocurrir, se quedó embarazada y me pidió que reconociera al niño para que no la tacharan de prostituta. Pero mi prometida era una mujer orgullosa y ambiciosa que, cuando llegó a Lavas me dijo que no quería ningún hijo bastardo corriendo por la corte. Por este motivo, dejé de lado a la doncella y me negué a reconocer al bebé. Sin embargo, confesé mi pecado a la diaconisa, bendita sea su memoria, que me prometió cuidar del pequeño y me aseguró que no tenía que preocuparme más del tema, pues la madre ni siquiera era libre. —Cogió la copa de vino y se la llevó a los labios como si hubiera olvidado que ya se la había bebido. Enseguida volvió a dejarla en el suelo, con cierto disgusto—. Asumo mi culpa en este asunto.

Alain tragó aire. Se le había olvidado respirar.

—¿La doncella murió? ¿Murió durante el parto?

Lavastine se levantó de un salto y avanzó a grandes zancadas hasta la entrada. Una vez allí, golpeó suavemente a Temor en el costado para que se apartara. La puerta de la tienda se cerró.

—Permanecerás en silencio mientras hable, Alain.

El joven asintió, pero el conde le estaba dando la espalda.

—Basta de vino —murmuró Lavastine—. Sí, murió durante el parto. —Se giró y habló con rapidez, como si deseara concluir lo antes posible aquel relato—. Mi prometida era joven, terca e impaciente, y le gustaba discutir. No congeniamos, pues yo tenía un carácter similar. Pocas veces me permitió dormir en su cama y, aunque reprimí mis deseos de tener una concubina, pronto empecé a sospechar que ella tenía un amante. No pude demostrarlo porque sus doncellas eran leales y le ayudaban a esconderlo. Cuando se quedó embarazada, no podía creer que aquel bebé fuera hijo mío y, sin embargo... —Realizó un brusco gesto y regresó a la silla, pero no se sentó—. Sin embargo, podía serlo. Educó a la niña haciendo que desconfiara de mí, aunque yo me esforzaba en ser su amigo. Era una niña muy dulce, o eso me parecía desde la distancia. Después de tener una hija que asegurara la sucesión, mi esposa dejó de fingir. Me prohibió acercarme a su cama y empezó a presumir de tener un amante que no pertenecía a la nobleza. ¡Podría haberme abofeteado públicamente! Solía decirme: «Tuviste una plebeya en tu cama, así que también yo tendré al mío».

Cuando se quedó embarazada de nuevo, supe que aquel niño no podía ser mío... y le pedí que sometiera a nuestra hija a la prueba, que se enfrentara a los perros.

Alain jadeó y se llevó una mano a la boca. Podía hacerse una idea bastante clara sobre lo ocurrido.

—Intentó huir con la niña, pero aquella noche los perros se soltaron.

Los perros estaban en absoluto silencio, como si estuvieran escuchando. Pesar y Rabia apenas tenían tres años... ¿pero Fervor y Terror habrían estado allí aquella noche? ¿Habrían perseguido a la mujer embarazada y a su hija bastarda? ¿Alguno de los dos habría sido el primero en dar alcance a las fugitivas?

Lavastine habló en voz tan baja que Alain tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder oír sus palabras.

—Mientras agonizaba me maldijo: «No tendrás ningún heredero de tu propia sangre. Cualquiera mujer con la que contraigas matrimonio sufrirá una muerte terrible. Juro esto por los viejos dioses que aún caminan por el universo y a cuya prole pertenecen esos perros». Al año siguiente, cumpliendo con mis obligaciones, me comprometí con una joven de buena familia. Una semana antes de la boda, de camino a la Fortaleza Lavas, se ahogó mientras su caballo vadeaba un río. Un año después me casé con una joven viuda que enfermó durante el banquete y murió de una hemorragia dos días después. No he intentado contraer matrimonio de nuevo, pues no deseo más muertes sobre mi conciencia. Pero ahora...

¿Ahora? Alain esperó sin decir nada.

Lavastine se acercó al muchacho. Se alzaba ante él en la penumbra, más como una sombra que como un hombre vivo.

—El otoño pasado empecé a preguntármelo, cuando regresé de la campaña contra los invasores Eika, pero el hechizo hizo que lo olvidara por completo. Sin embargo, ¿no te resulta tan obvio como lo es para mí?

Alain no sabía qué era lo que le estaba intentando decir, pero entonces miró a los perros, que descansaban a su lado o junto a la silla de Lavastine. Acarició el dobladillo de su nueva y elegante túnica, cuyo ribete estaba tan exquisitamente bordado que incluso una propietaria tan próspera como tía Bel tendría que dar a un hijo a cambio de un trozo del tamaño de un brazo.

Lavastine tomó las manos de Alain entre las suyas para que se pusiera en pie. Su boca formaba una estrecha y decidida línea, y cuando habló, lo hizo con una voz que no dejaba lugar a argumentos.

—Eres mi hijo.

Liath tenía pesadillas. Cada noche, los perros le desgarraban la piel y le arrancaban las extremidades de una en una. Cada noche despertaba sudando, con el corazón latiendo a toda velocidad, y se sentaba hasta que el frío aire de la noche borraba el miedo de su ser. Pero el frío no lograba borrar su tristeza.

Entonces lloraba.

Durante estos episodios, Wolfhere solía estar dormido, o lo fingía. Liath no lo sabía con certeza, ni tampoco lo quería saber. El anciano estaba muy preocupado y hablaba solo cuando le hablaban o cuando era absolutamente necesario conseguir provisiones o nuevas monturas. Solo en una ocasión le oyó susurrar un nombre: «Manfred».

Cabalgaron durante varios días, pero Liath no llevó la cuenta. A pesar de que el cielo estaba despejado, no seguía el curso de la Luna por las Casas de la Noche, el dragón del mundo que controla los cielos; no seguía el movimiento de los planetas por esas mismas constelaciones; no repetía las lecciones que papá le había enseñado una y otra vez; no paseaba por la ciudad de la memoria, tan laboriosamente construida, tan cuidadosamente protegida durante tantos años.

Simplemente lloraba en sueños.

En ocasiones, si sus ojos se posaban en un fuego o una fogata, tenía la repentina sensación de que estaba mirando por el ojo de una cerradura, observando la escena que se desarrollaba al otro lado de una puerta cerrada.

Hay espíritus que arden en el aire con alas de fuego y ojos tan brillantes como cuchillos. Se mueven sobre las alas del éter que sopla en la esfera de la Luna y, con frecuencia, su mirada cae sobre la Tierra como una flecha resplandeciente, con la contundencia de un rayo, y quema todo aquello que toca, pues no pueden comprender la fragilidad de la vida terrestre. Pertenecen a una raza más antigua y no son tan frágiles. Sus voces tienen el crepitar del fuego y sus cuerpos no son los cuerpos que nosotros conocemos, sino la unión del fuego y el viento, el aliento de fiero Sol en el que se combinan la mente y la voluntad.

—¿Pero no somos sus primos? ¿No nacimos del fuego y la luz? ¿Nuestro

lugar no está más allá de la esfera de la Luna, como el de ellos?

El primer hablante se mueve, estudiando las Humas, pues también puede ver a Liath a través del fuego, a través de una puerta imposible de tocar. Parece saber que está escuchándoles, que puede verles. Habla con una mujer que está a sus espaldas, oculta entre las sombras, fuera del campo visual de Liath.

—No somos tan antiguos, hija mía. No nacimos de los propios elementos, aunque estos se modelaron en nuestra forma. Somos los hijos de los ángeles, pero ya no podemos vivir lejos de la Tierra que nos dio la vida.

Levanta una mano. Liath lo reconoce. Es un hombre que empieza a resultarle familiar, pero al que teme, no porque le mire de forma amenazadora, sino porque es completamente inhumano, completamente distinto a papá o a cualquier otra persona que haya conocido jamás; incluso es distinto a Hugh, un ser abominable pero completamente humano. Es un Aoi, uno de Los Perdidos, seguramente anciano (pues su porte transmite autoridad), aunque no parece joven ni viejo por ninguna señal que ella sepa leer. Se parece a Sanglant, y eso también la asusta. No le gusta que ese hombre que viste de un modo tan extraño le recuerde a Sanglant, a quien solo desea olvidar. A quien no desea olvidar jamás.

—¿Quién eres? —le pregunta él con curiosidad, sin parecer enfadado ni asustado—. ¿Quién eres tú que mira a través del fuego? ¿Dónde has encontrado este portal? ¿Cómo has conseguido hacer que cobre vida? — Sobre sus muslos desnudos descansan las hebras de lino que está convirtiendo en cuerda, más larga cada vez que Liath lo ve a través del fuego. La cuerda crece lentamente, apenas unos centímetros, a medida que pasan los días y Liath y Wolfhere cabalgan hacia el sudeste, en busca del rey Henry.

No puede responderle. No puede hablar a través de las llamas. Teme que su voz reverbere por pasajes desconocidos y por cámaras ocultas; que el viento y el fuego la transporten hasta los oídos de aquellos que puedan estar escuchándola, buscándola.

El hechicero, pues con esa sabiduría y esa visión no puede ser más que eso, arranca una pluma dorada de la vaina que forma su antebrazo izquierdo y la arroja a las llamas.

Liath retrocede de un salto cuando el fuego se aviva y se consume de repente. Parpadea para contener las lágrimas provocadas por el humo y se frota la nariz. Tiene el rostro caliente. A sus espaldas, la puerta se abre de golpe y entra Wolfhere, dejando atrás la oscuridad del exterior.

Está sentada en el centro de una pequeña casa de huéspedes del Monasterio de Hersford. El abad no suele ceder a las Águilas sus mejores habitaciones, pero tampoco las peores. El fuego crepita y arde con alegría, libre de hechizos. Debe de

haberlo soñado. Pero no, no ha sido ningún sueño... cuando duerme, sueña con los perros de los Eika.

—¿Qué has descubierto? —pregunta.

Wolfhere tose y se frota las manos, limpiándolas de algo.

—Henry y la corte celebraron aquí la Festividad de Santa Susannah, pero tuvieron que partir hacia el oeste. Según el padre Bardo, Sabella reclutó un ejército y Henry tuvo que viajar hacia el oeste para reunirse con ella antes de que lograra entrar en Wendar. Sabella destituyó a la obispa Constance y designó a otra mujer como obispa de Autun. Además, se llevó a Constance como prisionera.

Liath apoyó el codo en la rodilla y la cabeza sobre una mano. Estaba muy cansada y no le interesaban los conflictos y las intrigas de los nobles.

—Sabella habría hecho mejor enviando a su ejército contra Corazón Sangriento —murmuró.

—Los grandes príncipes suelen pensar en ellos mismos, no en los demás —dijo Wolfhere—. El padre Bardo ignora qué ha sido del rey o si acudió a la batalla. Bueno, creo que será mejor que durmamos. Partiremos al amanecer.

A Liath le daba miedo dormir, pero, su cansancio acabó imponiéndose, sumiéndola...

... en la cripta de Gent, donde los cadáveres se diseminaban entre las pálidas tumbas de los santos difuntos y los perros que se alimentaban con tanta voracidad que podía oír el chasquido de los huesos...

Despertó asustada, bañada en un sudor frío. Su corazón palpitaba con fuerza. ¡Ay Señora! ¿Cuánto más tendría que sufrir esta pesadilla? Wolfhere dormía al otro lado del fuego, en el que ahora solo había brasas tan frías como su corazón. Solo quedaba un guiño de calor, un resplandor dorado entre el gris de las cenizas.

Sin pensarlo, acercó la mano al fuego... y sacó de las cenizas una pluma dorada.

Henry había reunido a su corte en el gran salón del palacio de la obispa de Autun. Sus tres hijos estaban sentados a su derecha; su hermana Constance y sus asesores de confianza, a su izquierda. Unas horas antes, en la catedral, la obispa Constance (que ya había recuperado su posición) había celebrado la Misa de Lucia, una de las cuatro misas que marcaban las estaciones del año. Rosvita sabía que los mathematici les concedían otros nombres (los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de verano e invierno), pero ella prefería pensar en estas fechas como las festividades que celebraban la vida de los cuatro discípulos misioneros de Daisan el bendito, que llevaron la palabra Sagrada a los cuatro puntos de la Tierra: Mariana, Lucia, Matthias y Candela, conocida por los antiguos paganos como Dheare, la noche oscura del sol. Esta última era la festividad de San Pedro el Discípulo, que fue quemado vivo como sacrificio al dios fuego de los Jinna cuando se negó a retractarse de su fe en el Dios de las Unidades.

Después de la misa, Henry y su corte habían regresado al gran salón, donde el banquete proseguiría hasta bien entrada la noche, pues era el solsticio de verano y el sol permanecía largo tiempo en el cielo, celebrando el triunfo del Logos Divino, la Palabra Santa, y la promesa que ofrecía de la Cámara de Luz.

Pero Henry, que tenía asuntos de los que ocuparse, se había sentado junto a su hermana y había reunido a su pueblo a su alrededor. Todos esperaban en filas ordenadas que se extendían hasta el exterior. Había muchas más personas que las que formaban parte de su marcha, pues los habitantes más prósperos de Autun se habían presentado ante él para jurarle lealtad.

En esta ocasión Henry vestía la túnica dorada que revelaba su posición. En su mano izquierda sostenía el cetro, símbolo de la justicia del rey; en la derecha llevaba el anillo dorado de soberano; y sobre su cabello plateado descansaba la pesada corona con joyas engarzadas. La obispa Constance lo bendijo y lo ungió con aceite bendecido por la skopos y aromatizado con esencia de rosas.

De este modo fue confirmado ante los ojos de su corte y de los habitantes de Autun como rey, elegido y aprobado por la sabiduría divina de Nuestra Señora y Nuestro Señor.

—Que la justicia sea servida —dijo Henry a las multitudes. Ordenó que se presentaran ante él los herederos del duque Rodulf.

Rosvita sentía cierta simpatía por el joven que se adelantó. Sus siervos avanzaban tras él, sumamente asustados. Carecía de la autoridad de Rodulf y acababa de superar la mayoría de edad. Probablemente, el duque lo había traído para que tuviera un primer contacto con la guerra... y el pobre muchacho se había visto obligado a presenciar la muerte de su padre.

—¿Quién eres? —preguntó Henry, aunque sabía perfectamente quién era aquel joven.

—Soy Rodulf, hijo de Rodulf e Ida. —El muchacho estaba sonrojado y le temblaban las manos, pero fue capaz de responder.

—¿Habláis como heredero de Varingia?

—H-hablo en nombre de mi hermana mayor, Yolande, que fue nombrada heredera por mi padre hace cinco años.

—¿Y dónde está ahora?

—En... en la Fortaleza Arlanda, construida por mi padre. —El joven Rodulf se mordió el labio y esperó. El castigo por traición era, por supuesto, la muerte.

—Que se presente ante mí antes de la misa de Matthias —dijo Henry. Extendió un brazo para indicarle que se acercara y el joven cayó sobre sus rodillas ante él—. Si lo hace, le pediré las siguientes cosas a cambio de clemencia: cincuenta de los mejores caballos de Varingia para mis establos; vasijas y ropajes de oro que adornen la catedral de Autun para compensar el agravio del que ha sido víctima la obispa Constance; un convento fundado en nombre de mi madre, la reina Mathilda; y a vos, joven Rodulf, junto a diez nobles jóvenes de buen carácter, que os uniréis a mis Dragones para proteger mi reino.

El joven empezó a llorar. La multitud murmuró, impresionada por la justicia del rey... y por su piedad. La familia de Rodulf no mantenía lazos sanguíneos con la suya, de modo que podría haberles quitado la vida como pago por su traición. Rosvita asintió, pues era una sabia decisión.

—Llevaré el mensaje, Majestad —dijo el muchacho—. Y os juro que, de ahora en adelante, nos mantendremos siempre a vuestro lado. —Constance mostró un relicario que contenía el fémur y un trozo de tela que antaño había vestido Santo Tomás el Apóstol. El joven Rodulf besó la caja enjovada y después el anillo del rey, para sellar su juramento.

—Que la obispa Antonia sea traída ante mí —ordenó el rey.

Fuertemente custodiada y con las manos atadas, la obispa Antonia fue llevada ante el rey Henry y le miró con el mismo orgullo con el que miraría a su sobrino favorito.

Henry suspiró.

—Estáis bajo la protección de la iglesia, Excelencia, de modo que aunque hayáis conspirado en mi contra, estoy obligado a enviaros a Darre, donde presentaréis vuestras razones ante la skopos. Que sea ella quien juzgue vuestra traición.

—No he renunciado al juramento que le hice a la iglesia, Majestad —dijo

Antonia con voz dulce—, de modo que estoy segura de que la sentencia de la skopos me será favorable.

Solo el clérigo Heribert asistía a la obispa.

Constance se adelantó con el semblante sombrío.

—¿Qué me decís de vuestros otros asistentes, obispa Antonia? La mitad están muertos y el resto pronto morirá de una enfermedad que tan solo les afecta a ellos. Ninguna de las piadosas monjas que les han cuidado en su agonía han contraído esa enfermedad.

—Lamento que enfermaran —replicó Antonia—, pero ni siquiera yo puedo detener las manos de Nuestro Señor cuando corta con su espada el hilo que nos une a la vida.

—Hay quien os ha acusado de hechicería —continuó Constance, decidida a zanjar este tema de una vez por todas. No miró a Henry para pedirle permiso, ni tampoco él intentó detenerla. Constance era la única persona que tenía el mismo rango espiritual que Antonia; ningún poder secular podía intervenir—. Hay quien dice que ordenasteis a vuestros clérigos que modelaran unos amuletos y que su sufrimiento es la marca de la magia cruel, la misma magia que llevó a un guivre al campo de batalla y permitió que los soldados de Sabella pudieran avanzar sin verse afectados por su mirada, mientras los soldados de Henry se quedaban petrificados.

Antonia separó sus manos y las alzó, con las palmas hacia arriba, en un gesto de inocencia.

—Si su sufrimiento es una marca de hechicería y yo soy la hechicera que diseñó esos amuletos, ¿cómo es posible que la enfermedad no me haya afectado? ¿Cómo es posible que Heribert —señaló al joven clérigo que permanecía, como siempre, un paso detrás de ella— también haya resultado indemne? Son muchas las cosas que provocan enfermedades, incluidos los espíritus malignos. Lamento que estén sufriendo y hago todo lo que está en mi mano por aliviar su dolor, pues me llena de pesar, pero lo que les ha azotado procede de unas manos diferentes a las mías.

—Ya basta —dijo Henry, en el mismo instante en que Constance cogía aire para hablar de nuevo—. Ya hemos pasado por esto cien veces y no deseo seguir hablando de ello. La obispa Antonia será llevada bajo custodia ante la skopos de Darre y allí será juzgada por practicar ciertas magias condenadas por la iglesia en el Concilio de Narvona.

Antonia fue conducida al exterior con su único ayudante. Desde su punto de ventaja situado a la izquierda del rey, Rosvita no vio ninguna señal de miedo, pesar o arrepentimiento en el rostro de la obispa. De hecho, parecía tan angelical como una abuela impecable que ha visto crecer a todos sus hijos y nietos hasta la edad adulta.

Henry permaneció sentado un largo momento en silencio. La multitud no se agitó. De hecho, nadie se movió pues todos sabían que, seguramente, su hermana sería la siguiente en comparecer ante su presencia.

Finalmente hizo una señal y la joven duquesa Liutgard se adelantó.

—Ahora accedo a hablar con la mujer que tenéis bajo vuestra custodia —dijo el rey.

Liutgard asintió brevemente y miró hacia Rosvita, como agradeciéndole que hubiera impedido que Henry cometiera una locura.

Cuando Sabella fue llevada al salón, el silencio fue tan profundo que a Rosvita le pareció oír ladridos de perros en la distancia. Quizá eran imaginaciones, o quizá algún señor tenía perreras en las proximidades.

Sabella se negó a arrodillarse ante su hermano. Henry no se levantó ni se adelantó para saludarla, ni tampoco extendió su mano para que la besara... aunque Rosvita no creía que su hermana le hubiera concedido aquel honor o aquella pleitesía.

—¿Qué tienes que decir? —preguntó el rey, recorriendo con la mirada al séquito de Sabella, cuyas expresiones eran más contritas y temerosas que las de su señora. Un siervo limpiaba las babas de los labios del duque Berengar. La joven Tallia, vestida con un traje de seda verde, estaba pálida y parecía más un cervatillo capturado que la princesa que era.

Rosvita observó a las demás princesas, las hijas de Henry. Afortunadamente, hoy Sapientia se estaba comportando con prudencia, conteniendo su mal genio, su lengua y su entusiasmo. Estaba sentada muy quieta, observando los procedimientos con una mirada ávida y sombría, como si estuviera representando el papel de reina. La quietud que rodeaba a Theophanu era más fría; no había expresión alguna en su rostro, ni tampoco reaccionaba cuando se dictaba sentencia. Incluso el joven Ekkerhard, que la mayor parte del tiempo parecía estar medio dormido, había saltado y murmurado, sorprendido por la clemencia que Henry había mostrado hacia los herederos del duque Rodulf. Ante estos tres jóvenes robustos y hermosos, Tallia era como un pálido capullo, perdido en el resplandor de las ambiciones de su madre.

—No tengo nada que decir —dijo Sabella.

La cólera de Henry era evidente, pero en esta ocasión no permitió que se impusiera.

—Has conspirado contra el rey legítimo de Wendar y Varre, ungido por la mano de la skopos, nombrado heredero por nuestro padre Arnulf y confirmado como tal por los grandes príncipes del reino. Eso es traición... y el castigo de la traición es la muerte.

Se oyó un jadeo entre la multitud que pronto quedó silenciado. Todos los presentes estaban muy tensos. Parecía que el aire no soplabá y que respirar estaba prohibido, pues incluso el movimiento del pecho podía mancillar la claridad de visión y oído que reinaba en el salón.

—Pero somos parientes y llevas el collar de oro de la casa real. —Henry no tocó el que llevaba al cuello, pero Sabella acercó una mano al suyo—. No mancharé mis manos ni las de mis hijos con la sangre de mi familia. Sin embargo, sí que haré lo siguiente: dictaré sentencia.

Se levantó.

—Te quito la custodia de tu hija Tallia, que quedará bajo mi tutela. Considero que tu marido Berengar, duque de Arconia, no es apto para gobernar, de modo que le despojo del título de duque. Se retirará al Monasterio Hersford, donde los hermanos santos lo cuidarán como consideren oportuno. Y tú, Sabella...

Nadie se movió, nadie habló.

—También a ti te despojo del título de duquesa y se lo niego a tus herederos de por vida. El ducado de Arconia se ha quedado sin duque, de modo que me corresponde a mí disponer de dicho título y de la autoridad que confiere. Lo dejo ahora en las manos de mi hermana Constance, obispa de Autun. Sabella, tú quedarás bajo su custodia, pues retuviste a Constance en contra de su voluntad.

La multitud ya no podía disimular su sorpresa. Todos los presentes empezaron a susurrar tan fuerte que Rosvita apenas podía oír sus pensamientos. Sapia, imitando a la multitud, se puso en pie de un salto, pero su hermano le tiró de la manga y, tímidamente, se sentó de nuevo. Theophanu no se había movido, pero tenía una pequeña sonrisa en el rostro.

Sabella no dijo nada. Su rostro reflejaba una letal y amarga cólera, pero no podía hacer nada. Había apostado y había perdido. Berengar, que ya no era duque, se estaba sonando la nariz en la manga mientras sus siervos se lo llevaban de la sala. ¡Pobre hombre! Rosvita suponía que le cuidarían bien en el monasterio. Tallia lloraba. Las lágrimas manchaban de rojo su pálida piel y su nariz. Sabella se giró y espetó unas airadas palabras a su hija, pero había tanto ruido que Rosvita no pudo entenderlas.

¡Menudo alboroto había en el salón! La gente gritaba «¡Henry!, ¡rey Henry!», y aclamaba a Constance como duquesa y obispa. Combinar dos títulos en una misma persona era un acto que carecía de precedentes... pero, por supuesto, Constance estaba siendo compensada por su constancia. El pueblo de Autun estaba contento, pues amaba a su obispa.

Pero Rosvita no lograba entender porqué los ladridos cada vez sonaban más fuertes y se producía un cambio en las voces de la multitud.

—¡Abran paso! —gritó alguien.

—¡Dejen pasar! —chilló una mujer.

—¡Que el Señor nos proteja! ¡La prole del demonio!

Rápidamente, los guardias se llevaron a Sabella al exterior.

En el salón apareció una procesión sorprendente, el último fugitivo, el único que no había rendido cuentas tras la batalla: el conde Lavastine y sus famosos perros negros. Junto a él avanzaban su capitán y un joven elegantemente vestido, que ya no era un niño pero aún no era un hombre.

El rey Henry parpadeó varias veces, pero esta fue la única señal de sorpresa que mostró. El conde avanzó con osadía y se detuvo ante él. No se arrodilló.

—El año pasado —dijo Lavastine—, enviasteis un Águila para solicitar mi presencia en vuestra marcha. Estoy aquí.

Estaba siendo tan impetuoso que Henry estuvo a punto de echarse a reír, pero la

situación era demasiado grave.

—Ya es tarde. Esa llamada la realicé hace largo tiempo —respondió Henry—. Además, habéis cabalgado hasta aquí con una extraña compañía, conde Lavastine.

—Es cierto, Majestad, pero no lo hice por voluntad propia. Tengo testigos que demuestran que otra mano me controlaba y que no marchaba con *lady* Sabella porque yo lo deseara, sino porque algo me obligaba.

—Es una buena excusa, conde Lavastine. De hecho, una muy elaborada y astuta, ahora que la obispa Antonia ha sido acusada por realizar actos de brujería.

Pronunció estas palabras con tanta brusquedad que Rosvita pensó que Lavastine respondería del mismo modo pero, por una vez, el conde reprimió su célebre irritabilidad.

—Testificaré ante vuestros clérigos —dijo Lavastine—. Hay personas que pueden hablar en mi favor... y espero que entre ellas se encuentre mi primo lord Geoffrey, a quien traté sumamente mal mientras estuve hechizado.

—Vuestro testimonio será enviado al sur con el grupo que acompaña a la obispa Antonia para que sea juzgada por la skopos —dijo Henry—. Pero os hablaré con franqueza, conde Lavastine. Sé que retirasteis vuestras tropas del campo de batalla mientras el viento aún soplaba a favor de Sabella, y eso hablará en vuestro favor cuando tenga que juzgaros... Sin embargo, todos creíamos que habíais escapado, así que decidme: ¿por qué os personáis ahora ante mí? Sé que no me tenéis ningún aprecio.

—No soy un conspirador, Majestad, y pretendo limpiar mi nombre de dichos cargos. No tengo nada que esconder, pero necesito pedirlos algo.

—Ah —dijo Henry.

—Ah —susurró Theophanu, separando ligeramente los labios mientras se inclinaba hacia delante, prestando atención.

—Quiere algo —murmuró Sapia a Ekkerhard—. Por eso ha venido, a pesar de que podría haber huido a sus tierras.

—Silencio —dijo Constance.

La multitud se calmó y se oyó el susurro de la tela mientras los presentes cambiaban de posición. Los perros que asistían a Lavastine (el único séquito que necesitaba) gruñeron. Uno de ellos se levantó y mostró los dientes a un hombre que se había acercado demasiado.

Y entonces ocurrió algo insólito: el conde Lavastine no intentó detener al perro. En el rostro de su capitán se dibujó una breve y enfermiza expresión. Era bien sabido por todos que Lavastine debía ser un señor bueno y generoso para merecer la lealtad de tantos soldados y siervos, pues cualquiera de ellos, en cualquier momento, podía perder una extremidad entre las fauces de aquellos perros.

Entonces, un joven dijo una palabra en voz baja y los perros le obedecieron.

—Arrodíllate ante el rey —dijo Lavastine. El muchacho se acercó y le obedeció. Era alto y larguirucho, de cabello moreno y ojos sorprendentemente claros. No era

atractivo ni elegante, pero Rosvita descubrió que, al mirarle, su corazón se llenaba de dicha.

—Sabéis que enviudé por dos veces y que no tengo herederos —dijo Lavastine—. Y que es poco probable que tenga uno ahora, por razones que confesé hace largo tiempo y por las que ya he cumplido penitencia. Esta es la razón por la que me he presentado ante vos, Majestad. Deseo pedir os que este joven, mi hijo bastardo Alain, sea reconocido como mi heredero para que pueda heredar mi título y mis tierras cuando yo muera.

¡Señora Bendita! Las rodillas de Rosvita casi cedieron bajo su peso. Volvió sus ojos hacia Henry para estudiar su expresión. Por el hormigueo que sentía en los hombros y en la espalda, imaginó que todo el mundo estaba mirando al rey. Sus hijos (sus tres hijos legítimos) le miraban con fiereza. Constance había apoyado el dorso de una mano contra su mejilla y había cerrado los ojos.

En el silencioso salón se oyó una carcajada.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Sabella en tono burlón—. ¿Qué vas a hacer, hermano? ¿Convertir a un bastardo en conde y al otro en rey?

Henry hizo un brusco y airado gesto con la mano derecha. Al instante, los guardias escoltaron a Sabella hasta la torre donde la tenían prisionera.

Henry descendió de la tarima y apoyó la mano en la que llevaba el anillo sobre la cabeza del joven. Sus ojos se encontraron con los de Lavastine y ambos sostuvieron la mirada durante un prolongado momento.

—Muchos nobles afirmarían tener un hijo bastardo con tal de no tener que ceder sus tierras a un pariente poco apreciado. ¿Cómo podéis demostrar que es realmente hijo vuestro?

—Mis diaconisas llevan un cuidadoso registro de todos los nacimientos y muertes que tienen lugar en la Fortaleza Lavas, pero no creo que necesitéis mejor prueba que esta.

Lavastine silbó.

Los perros se apiñaron a su alrededor y Henry regresó con rapidez a la tarima. El joven levantó la mirada, con los ojos abiertos de par en par, y llamó a los perros al orden. Estos le obedecieron al instante y se tumbaron a sus pies. Cuando Henry dio un paso adelante, los perros le gruñeron.

El muchacho chasqueó los dedos y se alejó con las bestias hasta una distancia segura, lejos del rey.

—¿Qué me dices de ti, muchacho? —dijo el rey, mirando al joven—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Alain, Majestad. —Tenía la voz clara y no vacilaba al hablar, ni tampoco lo hacía con rudeza, como cabría esperar de un muchacho de baja cuna.

—¿Es eso cierto?

Alain agachó la cabeza con humildad.

—El conde Lavastine me ha reconocido como hijo.

—¿Qué sabes de tu nacimiento?

—Nací en la Fortaleza Lavas. Mi madre fue una mujer soltera que murió tres días después del parto. Fui criado por unos propietarios libres en la aldea de Osna y prometido a la iglesia. Pero... —Relató con rapidez la historia de los Eika y el monasterio que había ardido en llamas—. De modo que fui enviado a la Fortaleza Lavas para servir durante un año.

—Y me salvó la vida —interrumpió Lavastine, que había estado golpeando el suelo con los pies, impaciente, durante todo el relato—. Y me liberó del hechizo que habían impuesto sobre mí persona. De hecho, no fui yo el primero en sugerir este vínculo, Majestad. El frater Agius, que servía en mi Fortaleza, mencionó este asunto hace varios meses, pero me negué a creerle.

Constance apartó la mano de su rostro.

Henry parpadeó varias veces y se llevó una mano a los labios.

—Entonces... ¿este es el joven que mató al guivre! —exclamó—. Se han contado muchas historias sobre lo que ocurrió aquel día pero, por mucho que buscamos, nadie pudo encontrar al hombre que salvó mi reino. Ven, muchacho. Bésame la mano.

Tras mirar a Lavastine, a su padre, Alain se arrodilló ante el rey y aceptó el honor de besarle la mano.

—El gesto de este muchacho debe ser recompensado —anunció Henry. Tras la amarga confrontación que había mantenido con su hermana, había recuperado el buen humor. De hecho, parecía exultante.

Rosvita tuvo la repentina sensación de que Henry estaba a punto de cometer un acto cuyas repercusiones le perseguirían durante largo tiempo. Se adelantó y levantó una mano para llamar su atención... pero ya era demasiado tarde.

—Por mi poder como rey de Wendar y Varre, y por el derecho de la ley registrada en un decreto capitular de la época del emperador Taillefer, os concedo, Lavastine, conde de Lavas, el derecho de nombrar heredero a este joven de vuestra sangre, aunque no naciera de una unión legítima. Podrá heredar vuestro título y la autoridad que este concede sobre vuestras tierras. Que mis palabras sean la ley. Que queden recogidas por escrito.

¡Ay, Señora! Todo el mundo sabía qué significaba esto. Todo el mundo sabía porqué había una expresión triunfal en el rostro de Henry. Había tomado una decisión y ahora solo había que esperar. Sapia se levantó con tanta rapidez que derribó la silla; entonces empezó a hablar, se interrumpió y salió a todo correr del salón. Ekkerhard estaba boquiabierto. Theophanu levantó una ceja, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Henry —murmuró Constance en voz baja, para que solo Rosvita y el puñado de personas que ocupaban la tarima pudieran oírla—. ¿Sabes qué estás haciendo?

—Sí, sé perfectamente qué estoy haciendo —respondió Henry—. Y debería haberlo hecho hace tiempo. Hace largo tiempo. Él es la única persona en la que puedo confiar para que ocupe mi lugar como rey soberano cuando yo abandone esta Tierra y

pase por las esferas hasta la Cámara de Luz.

Constance trazó el Círculo en su pecho para evitar el mal agüero.

—Nadie ni nada —proclamó Henry, ahora en voz más alta—, podrá hacerme cambiar de opinión.

Se oyó un grito en las puertas.

—¡Águilas! ¡Abrid paso a las Águilas!

Entraron precipitadamente. Eran dos, fatigados por el viaje y rendidas. Una era joven y tenía la piel sorprendentemente oscura, como si el sol estival se la hubiera quemado tanto que no había podido recuperar su color natural. Aquel toque de brillo estival que llevaba consigo hizo que todos las miradas se demoraran en ella.

La otra era Wolfhere, a quien años atrás le había prohibido presentarse ante el rey Henry y su corte. El anciano avanzó a grandes zancadas, como si no recordara dicha prohibición... o como si no estuviera dispuesto a acatarla. El Águila joven parecía desgarrada por el pesar; las fuertes líneas de su rostro formaban una máscara de tristeza y desesperanza. Wolfhere tenía el semblante sombrío. A sus espaldas, Rosvita oyó que las dos Águilas, Hathui y su joven compañera, exclamaban sorprendidas.

—No —murmuró Hathui a la joven—. No te adelantes. Debemos esperar nuestro turno.

—Lleva el emblema de Águila —susurró la joven, que parecía estar a punto de romper a llorar.

—Ay, Señora —exclamó Hathui—. Mira sus caras.

No dijeron nada más.

Las dos Águilas recién llegadas se detuvieron ante la tarima.

—¿Por qué os presentáis ante mí, sabiendo que lo tenéis prohibido? —preguntó el rey.

—Venimos de Gent —anunció Wolfhere—, y traemos terribles noticias. Gent ha caído bajo el ataque de los Eika y los Dragones han sido eliminados. Todos y cada uno de ellos. El príncipe Sanglant ha muerto.

—¡Señora Bendita! —jadeó Henry, llevándose una mano al pecho. No dijo nada más, pues era incapaz de hacerlo.

Rosvita advirtió que esta terrible noticia había dejado paralizado al rey. Y como alguien debía actuar, fue ella quien lo hizo, aunque tenía la impresión de que no era ella quien controlaba sus movimientos. Se acercó a Henry, le cogió del brazo... y estuvo a punto de desplomarse, porque el rey cargó sobre ella todo su peso. Parecía estar a punto de desmayarse, pero gracias a la ayuda del Águila Hathui, logró llevarle al jardín que descansaba detrás de la capilla privada.

Una vez allí, el rey se dejó caer sobre el suelo de piedra, ante el Hogar, sin importarle que sus ropajes de oro se mancharan, sin importarle que la corona cayera al suelo, sin importarle que su cetro resbalara de sus dedos entumecidos. Buscó a tientas en su pecho y sacó un viejo trozo de tela manchada de rojo que guardaba contra su piel.

No podía llorar. Todo rey debía llorar para mostrar su compasión por aquellos que sufrían, pero este dolor era demasiado profundo.

—Mi corazón —murmuró contra la inquebrantable piedra—. Me han arrancado el corazón.

Acercó la tela a sus labios.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de Hathui.

Rosvita trazó el Círculo en su pecho, se arrodilló ante el Hogar, junto al rey, y empezó a entonar una oración por las almas que habían perdido la vida.

Después de que la multitud abandonara el salón y Wolfhere y Liath comieran el pan y la carne que, tras una precipitada deliberación, les ofrecieron varios caballeros y damas nobles cuyos nombres desconocía y cuyos rostros confundía, Liath fue escoltada hasta una pequeña capilla.

Wolfhere no la acompañó. De hecho, la muchacha vio que le impedían el paso y que era conducido a otro salón. Una elegante y orgullosa mujer vestida con hábitos de obispa la llevó ante el rey, que estaba sentado en un banco. Ya no llevaba sus delicados ropajes ni sus distintivos reales. Un clérigo y varios ayudantes le ayudaron a ponerse en pie; uno de ellos le pasaba continuamente un paño humedecido por la cara. Cuando se arrodilló ante el rey, Liath vio que sujetaba en su mano derecha un harapo manchado de sangre.

—Cuéntame lo ocurrido —dijo, con voz ronca.

Liath deseaba implorarle que no le obligara a relatarle lo sucedido, que no la obligara a revivir la caída de Gent. Otra vez no, Señora, por favor. Pero no podía mantener la boca cerrada. Era un Águila, los ojos del rey, y su deber era contarle todo lo que veía.

Todo no. Había ciertas cosas que no podía contar a nadie: el rostro de Sanglant junto al suyo; el brillo de sus ojos; el sombrío gesto de su boca; la amarga ironía de su voz cuando le dijo: «No contraigas matrimonio»; el tacto de su piel cuando le tocó por impulso la mejilla. Eso no. Esos eran sus recuerdos y no los iba a compartir con nadie. Nadie necesitaba saber cuánto le amaba. Nadie lo sabría jamás, ni siquiera Sanglant. Ni siquiera Sanglant.

Contar la historia sería revivirla, pero no tenía más opción. Todos la miraban, expectantes. Entre la multitud se alzaba Hathui, que le asintió con energía, dándole valor. Liath se aclaró la garganta y empezó a hablar.

A duras penas consiguió que las palabras salieran por su boca. Era terrible ser la portadora de noticias funestas, pero era peor tener que relatar la historia con los ojos del rey fijos en ella, mirándola como si la odiara.

Pero no le culpaba. En cierto sentido, también ella se odiaba a sí misma por seguir con vida cuando habían muerto tantas personas. Por fin guardó silencio, tras haber contado la última y más comprometedor parte de la historia: la visión que había tenido a través del fuego. Esperaba que la sometieran a un intenso interrogatorio y

que la acusaran de brujería, pero el rey se limitó a levantar una mano débilmente, pues no tenía fuerzas para más.

—Ven —dijo la obispa, conduciendo a Liath al exterior. Una vez allí, se detuvo bajo el pórtico abovedado que conducía a un hermoso jardín en el que crecían lirios, rosas y espléndidas caléndulas—. ¿Eres la discípula de Wolfhere? —preguntó, utilizando la palabra dariyana.

—¿Yo...? No, no lo sé. Me he unido recientemente a las Águilas, justo después de la Misa Mariana.

—Sin embargo, ya llevas la insignia de Águila.

Liath se cubrió los ojos con una mano, intentando reprimir las lágrimas.

—Lo que viste en el fuego —dijo la obispa, utilizando lo que quizá pretendía que fuera un tono más amable—, se conoce como una de las artes por las que pueden ver ciertas Águilas. No tengas miedo, pequeña. No toda la magia está condenada por la iglesia. Solo se condena aquella que es nociva.

Liath se arriesgó a levantar la cabeza. La obispa era una mujer joven, pálida y elegante, ataviada con elegantes ropajes y una mitra de obispa adornada con borlas.

—¡Sois Constance! —exclamó Liath, recordando los linajes que papá le había enseñado—. Obispa de Autun.

—Así es —dijo la obispa Constance—. Y ahora también soy la duquesa de Arconia. —Dijo esto con cierta ironía, o quizá tristeza—. ¿Dónde fuiste educada, muchacha?

—Mi padre me enseñó —dijo Liath, maldiciendo ahora el destino que la había separado de Wolfhere. No tenía fuerzas para desviar ciertas preguntas sobre su pasado y sus dones, sobre todo si provenían de una mujer noble con la educación y el elevado rango de Constance—. Os pido disculpas, Excelencia, pero estoy muy cansada. Hemos recorrido un largo camino con tanta rapidez que... —Por su boca estuvo a punto de escapar un sollozo, pero logró reprimirlo.

—Y has perdido a alguien muy querido —añadió la obispa. Liath vio en su rostro una repentina y sorprendente compasión—. Uno de mis clérigos te enseñará el lugar donde se hospedan las Águilas.

Un clérigo la condujo a los establos. Allí se quedó sola, en un desván situado sobre los pesebres. Las persianas estaban abiertas de par en par, admitiendo los últimos rayos de luz. Se tumbó sobre el heno, pero se levantó de nuevo, sonándose la nariz. Empezó a pasearse. Era como si, al haber recitado la terrible historia, hubiera transmitido parte de su pesar al rey Henry. Ahora estaba demasiado agitada para dormir. Los mozos murmuraban en el piso inferior. Estaba sola.

Por primera vez en meses, por primera vez desde que Hugh le había enseñado nociones de arethousano y aquellos malditos verbos imposibles, estaba sola.

Con cuidado, sacó El Libro de Secretos de la alforja y lo desenvolvió. Lo abrió por el texto central, el antiguo y frágil papiro, y deslizó el dedo a lo largo de la línea de texto, escrito en una lengua que no reconocía, aunque incluía algunas anotaciones

en arethousano. Las letras arethousanas le seguían resultado extrañas pero, concentrándose, fue abriendo puertas en la ciudad de la memoria hasta encontrar el salón en el que había almacenado el recuerdo del alfabeto arethousano. Ahora podía traducirlas en su mente a letras dariyanas, que le resultaban más familiares, y formar de este modo palabras. Hugh le había enseñado algunas, pero otras no tenían ningún significado para ella.

En lo alto de la página, encima del texto principal, había escrita una única palabra en arethousano: krypte.

—Esconde esto —susurró, y sintió un repentino y fuerte dolor en el pecho. Esconde esto.

Se cubrió la boca con la mano, respiró hondo intentando calmarse y entonces observó el texto inferior. Las letras que lo formaban le resultaban completamente desconocidas. No eran como las arethousanas ni como las dariyanas. Tenían la curvada gracia del jinna, aunque el perfil de estas era más cuadrado. No podía leerlas ni adivinar en qué idioma habían sido escritas.

Pero una mano distinta había hecho una anotación debajo de la primera frase, traduciéndola con palabras arethousanas. En las demás páginas aparecían de vez en cuando breves anotaciones que comentaban algún punto del texto, pero esta primera glosa podía proporcionarle alguna pista sobre el contenido del texto. Quizá, esta había sido la intención del escriba al traducir por completo la primera frase.

Dolorosamente, deteniéndose una y otra vez para escuchar el movimiento de los mozos bajo sus pies, la leyó.

Polloi epekheirsan anataxafthai diggesink peri ton peplcrophorcmenon en hemin teraton, edoxe kamoï pare kolouthgkoti anothern pasin akribos kathexcs, soi grapsai, kratista Theophile, hina epignois pero hon katchkethcs logon tcn asphaleian.

Apenas había luz. Estaba tan oscuro que solo alguien con ojos de salamandra podría leer.

—*Muchas personas...* —susurró, pues conocía la primera palabra. Saltó las siguientes, hasta que sus ojos encontraron otra palabra que conocía. Se detuvo, con el corazón palpitante y el aliento detenido en su garganta—... *sobre presagios mágicos...* —retrocedió hasta el verbo pluscuamperfecto, una extraña forma que Hugh le había enseñado con gran dificultad—... *presagios mágicos que se han cumplido entre nosotros. A mí me pareció...* —a continuación seguían unas palabras que tampoco conocía, y entonces:—... *todas las cosas de los cielos... eres tú quien debe escribir sobre ello...* —Cerró los ojos, tan llenos de una mezcla de horror y excitación que por un momento pensó que sus emociones la romperían en dos como los perros de los Eika—. *Theophilus.* —Eso era un nombre—... *para que puedas saber sobre esto...* —¿Estas palabras? ¿Estos hechizos? ¿Podrían ser hechizos?—...

en los que has sido instruido por la palabra de la boca... —Liath no conocía la última palabra.

Le temblaban las manos. El aliento le salía a golpes. Todas las cosas de los cielos.

Oyó voces abajo. Rápidamente, envolvió el libro y lo escondió en sus alforjas mientras unos pasos subían las escaleras. Eran Wolfhere y Hathui.

Hanna estaba con ellos. Toda la emoción, todo el pesar y todos aquellos días llenos de esperanza y tristeza la abrumaron. Se arrojó a los brazos de Hanna y las dos rompieron a llorar, liberando la tensión y el miedo que habían sentido durante tantas semanas.

—Debemos rezar por el alma de Manfred —dijo Wolfhere, secando una lágrima de su rostro. Se arrodillaron y rezaron.

Después, Wolfhere se puso en pie y empezó a caminar por la sala.

—Te daría la insignia de Manfred si pudiera, Hanna —dijo—. Aunque no le hayas visto morir, cabalgaste con él y eso también cuenta. En cualquier caso, ya la has ganado con creces. —Suspiró—. Pero es imposible recuperarla. ¿Podrás esperar? Ordenaré que sea fabricada una nueva.

Hanna, abrazada con fuerza a Liath y a Hathui, asintió con gravedad.

—Así será —dijo Wolfhere.

Hathui se preparó para marchar.

—Debo regresar junto al rey —se disculpó.

—Es tarde, hemos recorrido un largo trayecto y hemos sufrido mucho —dijo Wolfhere a sus compañeras—. Merecemos un descanso.

Liath encontró una cama de paja en la que dormir, la cama más rica en la que se había acostado desde...

Hugh.

No. Ahora estaba a salvo. Ya no debía temerle.

Dejó su espada, su buena amiga, a su lado y alcanzó el carcaj para tocar la madera y el cuerno de su arco, Buscador de Corazones. A continuación acercó las alforjas a su cuerpo. El libro era un bálsamo para su alma... y también la pluma de oro que descansaba escondida entre sus páginas. Con el tiempo, esperaba ser capaz de descifrar el secreto del texto de su interior.

Le daba miedo dormir, pero estaba tan cansada que no podía seguir resistiéndose.

Hanna se tumbó junto a ella y la rodeó con sus brazos.

—Pensaba que estabas muerta —susurró—. Oh, Liath. Me alegro tanto de que estés viva.

Liath la besó en la mejilla y secó la última lágrima de su rostro. No podía hacer nada más, excepto descansar y rezar para que el camino le pareciera más claro por la mañana. Tenía tantas cosas que aprender y que descubrir sobre sí misma, el libro y todo aquello que papá le había ocultado durante tantos años.

Krypte. «Esconde esto».

«No confíes en nadie». Papá no pretendía dejarla sola. Deseaba protegerla durante

el mayor tiempo posible.

—Te quiero, papá —susurró.

Durmiendo entre los brazos de su amiga, no tuvo pesadillas.

Henry se negaba a abandonar la capilla o, quizá, era incapaz de hacerlo. Por fin, con los esfuerzos de varios siervos, fue llevado al dormitorio que le habían preparado. Allí permaneció silencioso e inmóvil sobre la cama, no porque durmiera, sino porque no tenía fuerzas para levantarse, arrodillarse o llorar. Sus hijos fueron a verle. Theophanu, muy pálida pero sin ninguna lágrima que manchara su rostro, cuidaba de un tembloroso Ekkehard, y Sapientia lloraba ruidosamente. Rosvita recordaba que, de pequeña, Sapientia había idolatrado a Sanglant y le había seguido por todas partes como si fuera un perrito, hasta el punto de ser molesta. El príncipe jamás había perdido los estribos con ella... pero la verdad es que siempre había sido un joven amable y bastante dócil. Por mucho que le envidiara por ser el favorito de su padre, era posible que Sapientia lamentara de veras su pérdida, pues nunca había sido una persona hipócrita. La margrave Judith apareció en el umbral, habló con un siervo y fue conducida al interior. Se acercó a Rosvita.

—Traigo noticias de Kassel —murmuró, mirando al rey con interés y, quizá, con piedad—. La salud de Helmut Villam ha mejorado. Parece que vivirá.

Animado por estos susurros, Henry se incorporó con gran esfuerzo. Había envejecido diez años en una hora y su rostro estaba desgarrado por el dolor.

—¿Estáis hablando de Villam? —preguntó—. ¿Qué noticias traéis?

—Vivirá —dijo Rosvita con voz calmada, pues tenía la certeza de que el rey no necesitaba más agitación.

Sapientia contuvo un sollozo, pero pronto estalló en un nuevo torrente de lágrimas.

Henry cerró los ojos. Lentamente, acercó a su rostro la mano en la que sujetaba la tela y murmuró algo, una palabra... No, era un nombre.

—Alia.

Tocar aquella tela pareció darle fuerzas.

—¡Quiero que se lo lleven! —exclamó—. ¡Que desaparezca de mi vista! Enviadle al sur, a Darre, con la escolta de la obispa Antonia.

—¿De quién habláis, Majestad?

—¡De Wolphere! Pero dejad aquí a la otra Águila, la que presencié lo ocurrido. ¿Dónde está Hathui?

La mujer salió de una sombra que había junto a la puerta.

—Estoy aquí, Majestad.

—Te quedarás a mi lado —ordenó.

—Sí, Majestad.

—Ha llegado el momento. —Su voz estaba quebrada pero seguía siendo inconfundible—. Sapientia. —Sorprendida, la joven se dejó caer sobre sus rodillas y, sujetando la colcha, inclinó la cabeza. Henry extendió el brazo... pero no llegó a tocar a su hija. Era una señal de afecto que aún no podía mostrarle. Quizá, jamás podría hacerlo—. Partirás por la mañana en tu marcha como heredera.

Sus sollozos cesaron y empezó a hablar. Él le dio la espalda.

—Márchate. —Su voz sonó amortiguada por la tela en la que había enterrado su rostro.

Rosvita empezó a adelantarse para llevarse a Sapientia antes de que cometiera alguna estupidez, pero Judith se anticipó.

—Dejadme a mí —dijo la Margrave—. Me ocuparé de que todo se prepare y disponga de la forma apropiada.

—Gracias —murmuró Rosvita.

La Margrave se llevó a Sapientia de la habitación. Los siervos deambulaban nerviosos, pero Henry permaneció inmóvil. Había hecho lo correcto, había hecho lo que debería haber hecho meses atrás, pero Rosvita no tenía intenciones de recordárselo. Sanglant era un hombre valiente con buen alma (aunque esta solo fuera en parte humana), pero no debía ser rey. Suspiró consternada. Los siervos trajeron agua y paños para limpiar el rostro de Henry.

Theophanu miró a Rosvita y le hizo una silenciosa pregunta. La clériga movió la cabeza. Sí, era mejor que se llevara de aquí al pequeño para que no recordara a su hermano muerto. Con un ligero asentimiento, Theophanu abandonó el dormitorio, acompañada de Ekkehard.

Henry no respondió, ni cuando sus siervos le ofrecieron vino ni cuando lavaron su rostro. Estaba como una piedra, completamente ajeno al mundo. Rosvita y el Águila pasaron la noche en vela, a su lado.

Alain no podía dormir. La cama que le habían dado era demasiado suave, demasiado cálida y demasiado cómoda. Era incapaz de conciliar el sueño. Los perros roncaban suavemente y también el conde Lavastine, marcando un silencioso contrapunto. A diferencia de la mayoría de nobles, Lavastine no dormía en la misma habitación que sus siervos, puesto que nadie se atrevía a pasar la noche con los perros. Quizá, era esta falta de gente lo que hacía que Alain despertara continuamente, pues nunca antes había dormido con tanta intimidad. En el hogar de tía Bel, dormían cada noche treinta personas, y en los establos...

Ya no es mi tía Bel.

Se levantó de un salto por enésima vez. Pesar despertó y, gimiendo suavemente, buscó su mano y se la lamió.

¡El heredero de Lavastine! Ni en sueños había imaginado algo así. Sabiendo que esta noche ya no dormiría más, se levantó, se vistió en silencio y salió de la tienda, seguido por Pesar. Rabia, que dormía plácidamente, no se movió.

En el exterior, un siervo despertó de inmediato.

—Mi señor, ¿puedo escoltaros?

¡Qué diferencia de trato le dispensaban ahora! Era el heredero de Lavastine y había sido reconocido por el propio el rey. En diez o veinte años controlaría los destinos de estas personas y sus familias.

Como había servido en la propiedad de un noble, sabía que no conseguiría ir solo a ninguna parte, que sus guardias no lo permitirían.

—¿Hay una capilla en las proximidades? —preguntó—. Deseo rezar.

Llamaron a uno de los clérigos de la obispa y fue escoltado hasta una diminuta capilla, en cuyo Hogar había un elegante relicario decorado con piedras preciosas, que descansaba sobre el mudo esplendor de la madera pulida del altar. La capilla no estaba vacía. Delante del Hogar, arrodillada sobre la piedra, una joven limpiaba el suelo con su vestido.

Justo antes de que levantara la cabeza, como si fuera un ratoncillo al que han atrapado mordisqueando el queso, Alain la reconoció.

—¡Mi señora! —exclamó, sorprendido de encontrar a Tallia arrodillada en la capilla, frotando la piedra con sus elegantes faldas de seda. La joven tenía las manos enrojecidas, casi en carne viva, pues no estaba acostumbrada a realizar este tipo de

faenas.

Ella le miró con los ojos abiertos de par en par, asustada.

—Os lo ruego —dijo en un susurro—. No me echéis. Permitid que alivie mis culpas ante nuestra Señora de este modo, con el trabajo de mis manos, aunque sea indigna de Su mirada.

—¿Pero estáis segura de querer destrozar una tela tan delicada? —Alain podía imaginar qué diría tía Bel si viera que utilizaban seda de semejante calidad para fregar el suelo, por muy sagrado que fuera.

—Las riquezas de la Tierra son como el polvo para la gloria de los cielos y la Cámara de Luz. Eso es lo que decía el frater Agius.

—¿Oísteis predicar al frater Agius?

—¿No le oísteis vos también? —preguntó con timidez. Se adelantó, aún de rodillas, y cogió las manos de Alain entre las suyas, casi suplicante—. Vos fuisteis su compañero. Él supo que erais de noble cuna antes que los demás, ¿verdad? Su visión era un don que le fue concedido por Nuestra Señora. Agius predicaba la verdadera Palabra del sacrificio y la redención de Daisan el bendito.

—Eso es herejía —susurró Alain, mirando a su alrededor. Estaban solos en la capilla. Pesar estaba sentado delante de la puerta, jadeando, de modo que ningún hombre se atrevía a entrar.

—No es herejía —replicó ella. Su pálido rostro adquirió color, animándose quizá al recordar algo que Agius había predicado—. Vos le oísteis predicar. Deberíais saber que es la verdad.

—Yo... —A Alain le resultaba sumamente incómodo que una princesa que lucía el collar de oro de la familia real estuviera arrodillada ante de él, hablando de herejía en el palacio de la obispa—. Debéis levantaros, princesa. —Intentó tirar de ella para ponerla en pie, pero o era más fuerte de lo que parecía o se negaba a ceder a su empeño. Sus manos eran cálidas entre las suyas. El muchacho observó su rostro, pero no comprendió lo que vio en él.

—Rezo para que el rey Henry me envíe a la iglesia —dijo ella, mirando a Alain.

O que os ordene contraer matrimonio conmigo. Este pensamiento apareció de repente en su mente y le asustó tanto que soltó sus manos y se sentó en el banco más cercano. ¡Ay, Señor y Señora Benditos! Ahora era un noble, el hijo del conde de Lavas. Podía pensar en matrimonio.

—Cuando me convierta en diaconisa, predicaré —dijo en un fiero susurro—. Predicaré la Palabra Sagrada que Agius me enseñó, aunque la skopos la considere herejía. Si me condenan por ello seré una mártir, como lo fue él, y ascenderé a la Cámara de Luz, donde los santos y los mártires viven bajo la resplandeciente luz de la mirada de Nuestra Señora y la dulce gloria de Su Hijo.

Alain estuvo a punto de reírse... no de ella, sino del extraño camino que le había traído esta noche hasta la capilla.

Sírveme, le había dicho la Dama de las Batallas, dándole una rosa de color rojo

sangre como recuerdo, como señal de su favor. La había servido tan bien como había podido: había cabalgado a la guerra, había roto el hechizo impuesto por Lavastine y había matado al guivre, pero solo por el sacrificio que había realizado Agius. Siempre había intentado hacer lo correcto, aunque a veces había fallado. No había salvado a Lackling, pero sí al príncipe Eika... aunque, quizá, la vida del salvaje valía menos que la del pobre idiota. Sin embargo, no le correspondía a él juzgar la valía de sus almas.

Había pasado de ser el hijo de un propietario libre al heredero de un conde, algo que realmente era un gran salto en la vida de un hombre... pero Alain sabía que dicha fortuna solo podía deberse a la presencia del favor divino.

—Venid, Tallia —dijo, atreviéndose a usar su nombre y deseando que no le considerara orgulloso ni insolente por ello—. No debéis estar arrodillada. Sentaos junto a mí, os lo ruego. —Le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Ella titubeó, pero pronto estuvo sentada junto a él.

La joven miró hacia la puerta y se estremeció.

—¿Qué ocurre?

—El perro. Me asusta.

—No permitiré que os haga daño. —Alain chasqueó los dedos—. Pesar, ven, muchacho. —Pesar avanzó obediente hacia él y, como si estuviera sujeto a una cuerda invisible que le unía al perro, su agitado siervo entró en la capilla y se detuvo a cierta distancia para observar a salvo la escena. Tallia se encogió ante la masiva presencia del perro. Alain ordenó al animal que se sentara, tomó la mano de la joven y, susurrando suavemente, permitió que le acariciara la cabeza—. Veis —dijo—. Es como cualquier alma que solo desea ser tocada con compasión, no con odio ni con miedo.

—Sois muy listo —dijo Tallia, apartando la mano del animal, aunque este no se había movido ni había gruñido.

Alain esbozó una sonrisa torcida.

—No soy listo. Solo repito lo que mi pa... —Henri no era su padre... Pero le había criado y lo había hecho lo mejor que había sabido—. Solo repito lo que otros me enseñaron.

Hubo un repentino movimiento junto a la puerta. Rabia entró como una exhalación, seguido de Lavastine. Tallia se encogió acobardada, pero el animal la ignoró por completo y se sentó a los pies de Alain, como si quisiera asegurarse de que no escapaba.

Lavastine deslizó una mano por su despeinado cabello y miró colérico a Alain.

—¿Qué pretendes con esto? —preguntó.

—Yo... mi señor... yo...

—¡Venga! ¡Dilo!

—No podía dormir, así que vine aquí... —Estaba aterrado por haber ofendido a Lavastine y confuso por la expresión de su rostro, que no sabía interpretar.

Lavastine guardó silencio e hizo una pequeña reverencia.

—Princesa Tallia, os pido disculpas —llamó a un siervo—. Escoltad a la princesa hasta sus aposentos.

A Tallia no le quedó más remedio que obedecer pero, antes de abandonar la capilla, le lanzó una mirada... suplicante o agradecida.

—Ahora está en desgracia —dijo Lavastine, sentándose en el banco junto a Alain y dejando que Pesar le mordisqueara la mano—. Y también su madre. —Se frotó la barba y tocó el Círculo de plata que pendía de su pecho en una cadena de oro—. Henry estará deseoso de darla en matrimonio, si se le ofrece la dote correcta. Cualquier linaje quedaría reforzado con sangre real. —Miró el Hogar durante un prolongado momento, aunque era obvio que no estaba contemplando el exquisito relicario ni meditando sobre su sagrado contenido. Entonces se sacudió, incapaz de soportar por más tiempo aquella quietud—. Vamos muchacho, está a punto de amanecer, ¿lo sabías?

No se había dado cuenta, pero ahora vio el destello de la luz a través del cristal. Sacudió la cabeza.

—Me llevé un susto tremendo cuando desperté y descubrí que no estabas en la habitación. Pensaba que lo había soñado todo: el príncipe Eika, Sabella, la campaña... y tú, hijo mío. —Lavastine se levantó e hizo una señal a sus siervos—. ¡Vamos! No veo ninguna razón por la que esperar. Henry nos ha perdonado. No tengo intenciones de quedarme en este oscuro palacio importunándole en su pesar, ni recordándole que yo he ganado lo que él ha perdido. —Cerró la mano alrededor de la muñeca de Alain, como si no quisiera que se alejara jamás de su lado.

—Vamos, hijo —dijo, saboreando esta palabra en su boca.

—¿Adónde? —preguntó él. Al otro lado de las ventanas de la capilla podía ver el jardín, cuyas flores y setos se alzaban en la penumbra hacia la luz de un nuevo y hermoso día. En la distancia, oyó una voz de mujer entonando la misa por los difuntos.

Lavastine sonrió.

—Regresamos a casa.

EPÍLOGO

Estaba atrapado entre la inconsciencia y la vigilia. Su mente estaba despierta pero sus extremidades eran tan pesadas como las de un cadáver. No sabía si estaba vivo, pero entonces advirtió que yacía sobre la fría losa y otro cuerpo. Sentía un dolor agónico en la columna que pronto empezó a remitir, hasta convertirse en una molesta palpitación.

No conseguía abrir los ojos, pero sabía que cientos de cuerpos se diseminaban a su alrededor como si fueran basura. En algunos todavía había vida, pues oía el sofocado palpar de sus corazones y sentía su suave respiración en el aire. El cuerpo sobre el que estaba tumbado había muerto recientemente; aún conservaba su calor, pero ya se estaba enfriando.

Era tan difícil levantarse... y quizá sería mejor no hacerlo.

No. Que nunca nadie dijera que no había luchado hasta su último aliento.

Oyó los resuellos de los perros y empezó a invadirle el miedo. No quería que esas bestias le encontraran antes de que fuera capaz de moverse y defenderse. Había pocos destinos peores que ser destrozado por un perro, como un animal pasivo atrapado en el exterior de establo.

Oyó sus gruñidos y cómo hundían sus hocicos en tela, piel y metal, buscando algún cuerpo que aún siguiera con vida. Oyó el suave retumbar de unas voces, más lejanas, pronunciando palabras que no conocía en una lengua gutural que le resultaba familiar porque era la que utilizaban los salvajes Eika. De vez en cuando, los hablantes invisibles se reían. De vez en cuando, sus perros ladraban triunfales y se oía el gruñido o el grito de un hombre, que pronto quedaba interrumpido. Entonces se maldecía a sí mismo por tener tan buen oído, porque oía cómo caía la sangre y cómo la carne se separaba del hueso. En cierto momento reconoció, brevemente, la voz de uno de sus hombres.

Pero no se podía mover.

Un hocico olfateó su mano izquierda y un duro colmillo siguió la manga de su cota de malla. El perro gruñó. Su cálido aliento, que olía a sangre fresca, acarició su mejilla. Intentó moverse.

Milagrosamente, su cuerpo se crispó. Movié la mano derecha y, arrojándose hacia un lado, hundió su guante de malla en el hocico del perro, que retrocedió. Intentó ponerse en pie, pero aún estaba de rodillas cuando otros dos perros se acercaron gruñendo por su espalda. Lanzó a uno de ellos sobre su cabeza y le clavó el codo en las costillas al otro. Buscó a tientas el cuchillo que guardaba en su cinturón, pero no lo encontró.

Una de las bestias le mordió la mano izquierda, que había perdido su guante. Le aplastó la mandíbula contra el suelo de piedra y, sintiendo puñaladas de dolor por todo el brazo, liberó su mano de las fauces del animal, alzó en el aire su cuerpo inerte y lo arrojó sobre las otras dos bestias.

Ahora venían más, muchos más. Los animales se acercaron, rodeándole. Esperó jadeante, lamiendo la sangre de su mano destrozada.

Uno saltó y mordió su cota de malla. Él se giró y le golpeó. La bestia retrocedió de un salto, pero otro perro empezó a morderle los tobillos. Le pegó una patada. El animal gimió y retrocedió.

Giró sobre sus talones y observó a sus atacantes. Estaban esperando, poniéndole a prueba para ver lo rápido, lo fuerte y lo decidido que era.

Más allá de los perros alcanzó a ver otras formas... pero esta pelea era a muerte, así que no tenía tiempo para mirar. No tenía casco, ni tabardo, ni protección en su ensangrentada y destrozada mano izquierda, pero aún le quedaba el guante de malla de la mano derecha y la cota de malla que cubría su abdomen y la parte superior de sus brazos. Los perros aguardaban expectantes y, aunque eran terribles de mirar (sus ojos escupían fuego, sus lenguas colgaban y la saliva se deslizaba por sus colmillos), no eran más que unas bestias estúpidas y rabiosas. Él era mucho más listo.

Retrocedió, tropezando con los cadáveres, hasta que encontró una pared. Con esta a sus espaldas miró a las bestias. Algunas estaban sentadas sobre sus patas traseras, gruñendo. Se decidió por la más grande y temible y se abalanzó sobre ella antes de que las demás pudieran detenerle. Rodeó su cuello con ambas manos y, con todas las fuerzas que le quedaban, lo giró y estrelló su cabeza contra la pared. El animal cayó inmóvil al suelo.

Comenzó un ensordecedor coro de aullidos. Los perros se apiñaron a su alrededor, saltando a la vez y tirando de él hacia abajo, hasta que quedó atrapado bajo sus cuerpos. No podía mover los pies ni los brazos. Estaba indefenso. Iba a morir.

Una de las bestias, la de mayor tamaño, se abrió paso entre la manada para alzarse sobre su pecho. Su cabeza se alzaba amenazadora sobre su rostro y su gran hocico se abrió de par en par para aullar su triunfo antes de asestar el golpe definitivo.

Entonces vio su oportunidad.

Mientras el perro descendía hacia él, levantó la cabeza y se abrazó a su garganta. La sujetó con fuerza, inmovilizando al animal.

¡Ay, Señora! No podía cortarle el cuello, pero podía aplastarle la tráquea hasta sofocarlo. El perro se agitó cuando le mordió. Su pellejo de color hierro sabía a metal y su sangre se deslizaba hacia su garganta. El animal intentó desgarrarle el abdomen con las zarpas, pero pronto se detuvo y quedó inmóvil. Le dolía terriblemente la mandíbula, pero solo lo soltó cuando sintió que su tráquea se rompía.

La bestia se derrumbó sobre él.

Los demás perros retrocedieron asustados y le gruñeron mientras se ponía en pie. Escupió el pelo que tenía en la boca y se frotó los dientes. Le dolía todo el cuerpo, pero había matado a aquella bestia.

Percibió movimiento y, justo antes de que llegaran los Eika, se dio cuenta de que estaba en el interior de la gran catedral de Gent. ¿Habrían arrastrado a todos sus Dragones hasta aquí? Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido desde la caída de Gent. Podía haber pasado una hora o un día entero... o quizá, el hechicero conocía encantamientos que iban más allá de la ilusión y le permitían cambiar el curso de las

estrellas.

—¿Qué tenemos aquí? —Un Eika enorme apareció en su campo visual, apartando los perros a patadas y zarpazos.

—Corazón Sangriento —susurró, pues hacía largo tiempo que había aprendido a marcar a sus enemigos por el nombre.

El hechicero Eika soltó una carcajada, un sonido áspero similar a una lima afilando el hierro.

—¡Un príncipe entre los perros! Es un buen premio para mi manada. Incluso mejor que esto...

El hechicero le mostró el brazo izquierdo. Allí, envuelto a su alrededor a modo de brazalete, estaba el collar de oro que marcaba su ascendencia real.

Sanglant no pudo soportarlo. ¿Cómo podía burlarse así del regalo que le había hecho su padre? Aullando desde lo más profundo de su garganta, se abalanzó sobre el capitán de los Eika.

Corazón Sangriento era fuerte, pero Sanglant era más rápido y ya había encontrado con la mirada la funda en la que el hechicero guardaba su daga. Encontró la empuñadura y la liberó. Y mientras Corazón Sangriento retrocedía, hundió la daga en su dura piel, hasta la empuñadura de oro y joyas, perforando el corazón del Eika.

Corazón Sangriento echó hacia atrás la cabeza y aulló de dolor. Entonces, cogió a Sanglant del cuello y lo arrojó con fuerza al suelo. Los perros se apiñaron a su alrededor, pero el príncipe empezó a asestar golpes a diestro y siniestro y, con su desesperada furia, consiguió hacerles retroceder. La furia era un buen compañero cuando todos los demás habían muerto o agonizaban. Derribó a dos perros más, pero los otros se sentaron de nuevo a su alrededor para que no pudiera moverse sin quedar dentro del alcance de sus dientes. La saliva se deslizaba por sus lenguas.

Con un gruñido, Corazón Sangriento arrancó la daga de su pecho y, blasfemando, escupió a Sanglant. Entonces, con una áspera carcajada, tendió la daga a un pequeño Eika que iba completamente desnudo, excepto por el sucio trozo de tela que cubría sus caderas. Era una criatura marchita y grotesca, tanto por los extraños dibujos que adornaban su piel como por la forma de su cuerpo, tan similar a la humana excepto por el brillo de las escamas. El pequeño Eika escupió sobre el filo de la daga y lo lamió. La sangre siseó y burbujeó. En cuanto el cuchillo estuvo limpio, presionó su filo contra la herida que tenía Corazón Sangriento en el pecho y, mediante algún hechizo, quemó el agujero para cerrarlo.

Sanglant pestañeó ante el amargo olor y un perro se abalanzó sobre sus piernas. Lo golpeó, casi ausente y el animal se escabulló gimiendo. El cuchillo se levantó de nuevo para mostrar una pequeña cicatriz blanca en la piel de color bronce del hechicero.

—Tendrás que pensar en algo mejor —dijo Corazón Sangriento, respirando hondo e inflando el pecho. Vestía un corsé de eslabones de oro entrelazados, unido a una falda de belleza y elegancia extremas que se movía sobre sus caderas y muslos

creando un delicado sonido que contrastaba con su cabello de color hueso, la sangre que ensuciaba sus brazos y sus rodillas y el hilillo de sangre que descendía por su pecho desnudo.

Con un gruñido, levantó al perro de mayor tamaño que yacía inerte en el suelo y, mirando a Sanglant, le mostró los dientes. En ellos había joyas engarzadas: esmeraldas, rubíes y zafiros diminutos.

—Así no podrás matarme, príncipe de los perros. No guardo el corazón en mi cuerpo.

Sanglant sintió un cálido goteo junto a su ojo derecho y advirtió que tenía un corte. ¿Le habría herido Corazón Sangriento o uno de los perros? No recordaba cuándo había recibido aquel golpe. Solo deseaba que no sangrara con demasiada profusión, haciendo que se le nublara la vista.

Varios guerreros Eika se acercaron, gruñendo y señalándole, pronunciando palabras en su áspero idioma. Podía imaginar qué decían:

—¿Podemos matarlo ya? ¿Puedo tener yo ese honor?

Se preparó. Antes de ser derrotado se llevaría consigo, al menos, a uno de ellos, por haber matado a sus amados Dragones. Bajo los murmullos de los Eika no oía ninguna respiración, ni ningún jadeo, ni ningún susurro pronunciando el nombre de un ser amado. Levantó la mirada y sus ojos barrieron la inmensa nave de la catedral. El sol entraba por sus gigantescas vidrieras, cortando la luz en cientos de lanzas que se diseminaban sobre la carnicería del interior.

Allí estaba Sturm; su compañía lo rodeaba en la muerte del mismo modo que había hecho en vida. Allí estaba Adela, una mujer tan fiera como los Eika, pero ahora estaba muerta y había sido devorada por los perros. Tuvo que apartar la mirada. Allí, en el lugar en donde había recobrado el sentido, descansaba la valiente Águila que había luchado con ellos hasta el amargo final. Estaban muertos, todos y cada uno de ellos. ¿Por qué él seguía con vida?

Era dolorosamente consciente de los movimientos de los perros, por mínimos que fueran: se sacudían, cambiaban de posición o cerraban la boca y la abrían de nuevo para mostrarle los dientes, esbozando una sonrisa tan amenazadora como la de Corazón Sangriento. Era mejor ser derrotado luchando contra hombres, aunque fueran Eika, que ser arrojado a los perros. No había honor entre los perros.

—¿Podemos matarle? —preguntaban los guerreros Eika... o eso suponía, por el modo en que le señalaban, levantando hachas y lanzas, ansiosos por conseguir el último trofeo de la batalla.

—Nay, nay —dijo Corazón Sangriento, usando la lengua wendiana—. Es como nosotros, ¿acaso no lo veis? Mirad cómo le obedecen los perros. Mirad como esperan, sabiendo que es más fuerte y más listo que ellos. Él es el Primer Hermano de la manada y ahora nuestro príncipe. Se ha ganado ese derecho.

Se agachó junto a un perro muerto y arrancó el collar de hierro que rodeaba su cuello. Alzándolo en el aire, ladró unas palabras en su propio idioma.

Los soldados Eika rieron con gran estrépito; sus ásperas voces reverberaron en la nave del mismo modo que antaño habían reverberado los cánticos de los fieles. Entonces arrojaron sus lanzas y le rodearon. Eran más listos que los perros y más fuertes que él, así que lograron inmovilizarle, pero Sanglant peleó antes de ser derrotado.

Colocaron el collar de hierro en su cuello, lo llevaron a rastras por la nave y lo ataron mediante una larga cadena al Hogar, un altar tan grande y pesado que, por mucho que lo intentara, jamás podría moverlo. Los perros avanzaron a grandes zancadas hacia él. Algunos le gruñeron, pero no con hostilidad, sino con curiosidad. Uno le mordió y Sanglant le asestó un fuerte bofetón en el morro; el animal gimió y retrocedió y, al instante, fue atacado por otro animal. Ambos lucharon durante unos instantes, hasta que uno de ellos mostró la garganta al ganador.

—¡Basta! —gritó Sanglant, y en esta ocasión no hubo ninguna muerte.

El hechicero Eika cantaba con voz suave, acucillado y meciéndose adelante y atrás sobre sus tobillos. Sostenía en sus manos una pequeña taza de cuero que sacudía a la vez que sacaba unos objetos blancos de su interior; parecían dados o huesos. Pasó una mano por estos objetos, los estudió y, cantando de nuevo, los guardó. Acto seguido, dejó la taza en una talega que colgaba de su cinturón. A sus pies descansaba un pequeño baúl de madera.

Más guerreros entraron en la catedral y empezaron a llevarse los cadáveres hacia la cripta. Sanglant advirtió que unos cargaban con un gran trono que había sido tallado a partir de un gigantesco bloque de madera. El trono estaba pintado en oro, rojo y negro y decorado con perros y dragones que se mordían entre sí formando infinitos círculos. Los Eika dejaron el trono junto al Hogar, burlándose de la silla de la obispa.

Corazón Sangriento se sentó sobre este trono y observó sus nuevos dominios con satisfacción, acariciando el collar de oro que adornaba su brazo. Sin poder evitarlo, Sanglant levantó la mano y tocó el collar de hierro que ahora rodeaba su cuello, reemplazando al de oro.

Este movimiento llamó la atención de Corazón Sangriento. Se acercó a él, pero no demasiado; no más de lo que se acercaría a sus perros.

—¿Por qué sigues vivo cuando todos los demás han muerto? —preguntó.

—Déjame luchar —dijo Sanglant. Esperaba que no creyera que estaba suplicando. ¡Ay, Señora! No deseaba morir de un modo tan deshonesto. Ni a su peor enemigo le desearía morir así, como un perro, entre perros—. Concédeme una muerte honorable, Corazón Sangriento. Permite que el más osado de tus guerreros elija las armas y que luchemos, él y yo.

—Nay, nay —Corazón Sangriento le mostró los dientes en una sonrisa. Las joyas brillaron, un rico tesoro engarzado en sus dientes—. ¿Acaso no soy rey entre los Eika de la orilla oriental? ¿Acaso no he luchado contra todas las demás tribus hasta que han desnudado sus gargantas ante mí? ¿Acaso mi manada de perros no cuenta con el

hijo de un rey? —Rio, complacido por su triunfo—. Creo que no, mi príncipe. Eres el trofeo de mi manada, un elegante señor provisto de un excelente séquito. Mis perros deben partir hacia el reino del Wendar y tú debes dirigirlos. —Su sonrisa se convirtió en un gruñido—. Dirígelos durante el tiempo que puedas... porque te irás debilitando y, cuando lo hagas, te devorarán.

Más allá, los Eika despojaban a los cadáveres de sus posesiones antes de llevarlos a rastras a la cripta. Uno de ellos arrancó el emblema de Águila de su capa y lo tiró. Este aterrizó a los pies de Corazón Sangriento, que lo recogió, lo mordió y escupió.

—¡Bronce! ¡Puaj! —exclamó, arrojándolo al suelo.

Sanglant apartó a los perros a golpes y lo recogió, haciendo que los perros se agitaran y empezaran a gruñir de nuevo. La insignia tenía un borde limpio y redondeado que podía abrir profundos cortes. Los perros retrocedieron y se quedaron tranquilos de nuevo. Uno de los de mayor tamaño le gruñó, pero Sanglant hizo un brusco gesto y el animal levantó la cabeza para dejar expuesta su garganta, mostrando su sumisión.

Apartó unos pelos de sus labios e intentó ignorar el mal sabor que tenía en la boca. La mano izquierda le palpitaba, pero la hemorragia se había detenido. El corte de la cabeza también había dejado de sangrar. De modo que este era el secreto de su madre, el hechizo que le había impuesto el día que desapareció de las tierras de los humanos. Esto era lo que la sangre de su madre le había dado: un oído agudizado y poderes sobrenaturales de curación.

Un Eika cogió al Águila muerta por los tobillos y arrastró su cuerpo hacia la cripta. Sanglant acarició la insignia con su mejilla.

De repente pensó en Liath, lo joven Águila que le había acariciado la mejilla en el silencio y la intimidad de la cripta. El recuerdo le sacudió con tanta fuerza que durante unos instantes se sintió mareado. Los perros se agitaron nerviosos y le gruñeron. Sanglant se puso tenso; las bestias se calmaron.

No podía ni debía permitir que Corazón Sangriento ganara. Sabía que Liath estaba viva, pues el último informe que había recibido antes de que sus Dragones fueran derrotados decía que los niños de Gent habían sido conducidos a un lugar seguro.

—Estás muy callado, príncipe —dijo Corazón Sangriento—. ¿Ya te estás convirtiendo en perro? ¿Ya has perdido la capacidad de hablar?

—Soy como tú, Corazón Sangriento —dijo, con voz ronca. Su voz siempre había sido así, pues había sobrevivido a heridas peores que estas. El collar de hierro y las cadenas le pesaban en el cuello—. Mi corazón no descansa conmigo, sino con otra persona que está muy lejos de aquí. Por eso nunca me podrás derrotar.

Los perros, siempre vigilantes, gruñeron suavemente. Seguían esperando, ansiosos.

APÉNDICES

Los Meses del Año:

Yanu
Avril
Sormas
Quadrii
Cintre
Aogoste
Setentre
Octumbre
Novarian
Decial
Askulavre
Fevrua

Los Días de la Semana

Día de la Luna
Día Segundo
Día de la Señora
Día del Hijo
Día Quinto
Día del Señor
Día del Cielo

Las Horas Canónicas

Vigilias (03.00 a. m. aprox.);
Laudes (primera luz del día);
Prima (amanecer);
Tercia (tercera hora, 09.00 a. m. aprox.);
Sexta (sexta hora, mediodía aprox.);
Nonas (novena hora, 13.00 p. m. aprox.);
Vísperas (cántico vespertino);
Complina (puesta de sol);

Las Casas de la Noche (el zodiaco):

El Halcón;
El Niño;
Las Hermanas;
El Perro de Caza
El León;
El Dragón;
La Balanza;
La Serpiente;
El Arquero;
El Unicornio;
El Sanador;
El Penitente;

Los Grandes Príncipes del reino de Wendar y Varre:

Duques de Wendar:

Saonia
Fesse
Avaria

Duques de Varre:

Arconia
Varingias
Wayland

Margraves de los Territorios Orientales:

La Tierra Fronteriza de los Villams
Olsatia y Austra
Westfall
Eastfall



KATE ELLIOTT, seudónimo de la escritora estadounidense de fantasía y ciencia ficción ALIS A. RASMUSSEN (Junction City, Oregon, Estados Unidos, 1958).

Rasmussen se trasladó a Oakland, California, para asistir a Mills College. Allí conoció a su futuro esposo, Jay Silverstein; viven en San José, California, y tienen tres hijos (incluyendo gemelos). Ha recorrido Europa y América empapándose de las culturas primitivas. Es una experta en esgrima medieval, cinturón marrón de karate y se dedica a tiempo completo a la escritura.

Sus novelas funden la magia, las intrigas políticas, el suspense, la aventura, mundos sólidos y trabajados y cuidadas historias de personajes de una manera memorable.

La talentosa serie *Corona de estrellas*, que ahora se presenta en España, cuenta con millones de seguidores en todo el mundo; ha sido traducida también al alemán, francés, italiano, ruso y al polaco.

Kate Elliott es una inquieta y cuidadosa escritora que aborda sin miedo la fantasía. En sus novelas recrea un mundo rico y sugerente, de bases históricas y gran profundidad, donde ubica historias llenas de emoción, suspense y personajes atractivos.